



Arturo Fuentes Rabé

Tierra del Fuego

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Arturo Fuentes Rabé

Tierra del Fuego

Dedicatoria

Al Excmo. Señor don Arturo Alessandri, Presidente de la República, dedico, respetuosamente, este trabajo.

Me alientan a honrar mi obra con esta dedicatoria, los elevados principios con que terminó su último *Mensaje el Primer Mandatario de la Nación*:

«El pesimismo es obra disolvente que destruye y aniquila; el optimismo y la esperanza son fuerzas redentoras que crean, levantan, abren camino fecundo de redención y señalan horizontes de prosperidad y de grandeza.

¡Queden los pesimistas en el camino! ¡Atrás los que duden! ¡Paso a los que esperan!»

El que ha visitado el Sur de Chile y ha palpado personalmente la generosidad y riquezas de esas regiones, siente la fuerza poderosa que hace desaparecer todo pesimismo y sólo ve en el porvenir de esas tierras el optimismo, la esperanza y la sana administración, fuerzas redentoras que darán desarrollo, harán prosperar y formarán una fuente inagotable de recursos en la zona más austral de la República.

El Autor.

Introducción

Dos palabras sobre el objeto de este libro

Durante largo tiempo habíamos alimentado la esperanza de conocer de cerca el apartado Territorio de Magallanes y, muy especialmente, la Isla Grande de Tierra del Fuego.

Los diversos y muy confusos datos históricos y geográficos que existen sobre aquella apartada región, describen o pintan a la zona austral con los caprichos de una fantasía o leyenda inverosímil, versiones y relatos que más fuertemente reforzaron en nuestro ánimo el deseo de trasladarnos hasta aquellas latitudes, en demanda de la confirmación o del mentís de todo aquel bagaje descriptivo que circulaba y aún circula en el centro del país.

Quiso nuestra buena suerte que el Supremo Gobierno nos confiara una comisión en Tierra del Fuego, disposición gubernativa que nos llevó al Territorio de Magallanes en los primeros días del mes de abril del año 1918.

La estada en el Territorio no fue muy prolongada, sin embargo nos dio tiempo suficiente para que recorriéramos la Isla Grande en toda su extensión y nuestro espíritu investigador llegara hasta las apartadas islas que aparecen hacia el Sur del Canal Beagle.

En el transcurso de los largos y penosos recorridos, pudimos acumular interesantes impresiones personales, trabajo que llevamos al papel y que hasta la fecha ha permanecido inédito por haberlo destinado exclusivamente para la lectura de nuestros compañeros de armas, a cuya benévola y bien intencionada insinuación, muchas veces repetida, se debe hoy la publicidad de esas memorias de Tierra del Fuego.

Aparte de esta última consideración, en el presente trabajo nos anima el cariño que tenemos para la patria, cariño que se siente crecer en forma poderosa cuando personalmente se palpan factores que están encaminados a quitar el valor real que tienen nuestros lejanos y ricos suelos australes.

El desconocimiento y poco interés por Magallanes, trajo como consecuencia el cercenamiento de la mayor parte de la Patagonia y Tierra del Fuego, y a este cercenamiento doloroso para nuestra extensión territorial, ha seguido la poderosa influencia que ejercen los intereses creados, muro de granito donde va a estrellarse el vigor de las arcas fiscales, traduciéndose en un perjuicio manifiesto para el bienestar de todo el país.

Esta publicación está destinada a llevar al conocimiento de nuestros connacionales el valor inmenso que poseemos en los territorios del Sur, y la enorme fuente de entradas que guarda aquella rica región para el futuro desenvolvimiento de la República.

También se ha tratado de hacer la descripción geográfica de la Isla Grande, estudio que marcha unido a la vida actual de los habitantes y al desarrollo ganadero e industrial de Tierra del Fuego. En esta forma creemos hacer más fácil la lectura, toda vez que la sola descripción geográfica no atrae, sino a aquéllos que de preferencia se dedican a este estudio.

La vasta región austral que nos ocupa, más que tratada en su vida actual, ha sido descrita en forma histórica y, muchos son los autores que han presentado trabajos interesantes que se refieren a las actividades marinas de las diferentes comisiones exploradoras que lograron llegar hasta esos apartados mares.

Hemos, pues, prescindido de la historia del Territorio, anterior a la fecha en que nuestro Gobierno sentó su soberanía nacional sobre las costas y el Estrecho de Magallanes y, sólo comprendíamos ligeramente los hechos que, desde aquella época, se han desarrollado hasta nuestros días. Como fuente de consulta para la relación histórica a que hacemos referencia, nos hemos servido de varias obras, siendo la principal de ellas, el interesante estudio de Don Robustiano Vera: *La Colonia Penal de Magallanes y Tierra del Fuego*.

La descripción de los canales marcha unida al accidentado viaje que, a fines de 1920 y con ocasión del 4.º Centenario del Estrecho, efectuaron a Magallanes S. A. R. el Infante don Fernando de Baviera y distintas embajadas que nos honraron con su visita. Describimos someramente la larga y hermosa travesía por aquellos angostos brazos marítimos creyendo así dar una idea de la más pintoresca y caprichosa ruta que es dado recorrer, saturada de una naturaleza que debemos enorgullecernos de presentar ante los ojos del mundo entero, como una de las maravillas más preciadas con que ha sido engalanado el suelo de nuestra privilegiada República.

Con motivo de este segundo viaje que efectuáramos a Punta Arenas, se nos presentó la ocasión de allegar nuevos datos referentes a la vida, costumbre e historia de las razas aborígenes de aquel suelo, pobladores, cuya procedencia ha sido tan discutida y que actualmente se presenta a consideraciones tan diferentes. Como fuente de consulta para esta última parte hemos recurrido a buena cantidad de folletos y memorias de viaje, siendo las principales de ellas, la compilación de datos preciosos que han logrado reunir los Misioneros Salesianos y que el Padre don Antonio Coiazzi dio a la publicidad en el año 1914, en su interesante obra: *Los indios del Archipiélago Fueguino*. Su autor ha vivido en medio de aquellos infelices tan bárbaramente exterminados y su trabajo lleva el sello de garantía que nace en medio de las selvas en donde el autor impregnó su cerebro.

Otra fuente de consulta son los trabajos del IV Congreso Científico (1.º Pan-Americano) celebrado en Santiago de Chile del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909, en el volumen XIV (Trabajos de la III Sección «Ciencias Naturales Antropológicas y Etnológicas» se encuentra el interesante trabajo, de indiscutible mérito, titulado *Antropología Chilena* por Ricardo E. Latcham (miembro corresponsal de «*The Royal Anthropological Institute of Great Britain Ireland*»).

El estudio que presenta el señor Latcham se extiende hasta los primitivos habitantes del territorio de Magallanes y sobre la procedencia de ellos se pronuncia en forma clara y terminante, rechazando ideas que carecen de base científica y que en forma antojadiza presentan al aborigen fueguino como venido de Polinesia.

Por nuestra parte, en el capítulo correspondiente, estamparemos ambas opiniones agregándole nuestro pequeño comentario, opinión que se deriva del conocimiento del

terreno y de las múltiples observaciones que logramos anotar durante nuestro recorrido hasta Magallanes y permanencia en aquella región.

En la primera parte va un rápido estudio relacionado con el tratado de límites de 23 de agosto de 1881.

Ajenos en absoluto a pretender hacer de él una crítica, sólo lo presentamos para el conocimiento del público lector y en atención a que su influencia poderosa se ha dejado sentir hondamente en la más extensa y rica de nuestras regiones ganaderas; apartada zona que ha motivado estas Memorias.

Para el breve estudio de las islas más australes de nuestro territorio, hemos recurrido a una base jurídica de sólido prestigio y de competencia desapasionada y clara: el valioso y terminante trabajo *La Soberanía Chilena en las Islas al Sur del Canal Beagle* de que es autor Don J. Guillermo Guerra, profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Chile; Miembro de la Asociación Chilena de Derecho Internacional.

Aunque el autor citado se refiere exclusivamente a la cuestión de la soberanía chilena sobre las islas Picton, Nueva y Lénnox, hace también algunas observaciones sobre el valor o importancia de las islas tratadas y las presenta pobres y de poco interés nacional. Séanos permitido pronunciarnos en absoluto desacuerdo con esta última apreciación, toda vez que esos terrenos australes han surgido como fuente de riquezas a medida que las distintas vías de comunicación los han ido acercando al apartado continente.

Hacen sólo pocos años se dijo igual cosa de la Patagonia y Tierra del Fuego: ¡qué mentís más poderoso ha dado el transcurso de algunos lustros!

Existen hombres de empuje y de clara concepción del porvenir; ejemplos ha dado Magallanes y ejemplos seguirá dando Tierra del Fuego.

Hoy por hoy, algunas islas australes están en buenas manos: un incansable trabajador nacional que sin duda ligará su nombre al futuro de Tierra del Fuego austral, lo será don Mariano Edwards Aristía, denodado luchador en estas tierras abandonadas y sobre cuyos hombros gravita la enorme responsabilidad de demostrar ante sus conciudadanos, las riquezas naturales que guardan aquellas remotas tierras chilenas.

Al presentar las islas del sur, lo hacemos sin avanzar mayores comentarios y llevando al papel las impresiones personales y el conjunto de noticias que hemos logrado recoger en fuentes autorizadas.

Somos terminantes al decir que toda aquella zona es de un gran valor para el futuro engrandecimiento de la Patria y tenemos la íntima convicción que el tiempo se encargará de probar la verdad de nuestra apreciación.

Sirvan, pues, las observaciones que dejamos formuladas para aquilatar el espíritu que nos guía en la presente publicación, espíritu en absoluto ajeno a pasionismos partidaristas y

alejado de aquellos prejuicios de índole social o especulativa tan apartes de la conciencia ecuánime que rige los destinos del que tiene la honra de cargar el uniforme de la Patria.

EL AUTOR.

Informe del ejército

Valdivia, 12 de mayo de 1922.

En cumplimiento a una orden del general Pedro D. Darnel, Comandante en Jefe de la IV División, la Comisión Examinadora dice lo siguiente:

Hemos leído con marcada atención el manuscrito intitulado *Tierra del Fuego.- Canales Magallánicos*, de que es autor el Capitán don Arturo Fuentes Rabé, y su lectura nos ha dejado la impresión de que es una obra de grande importancia nacional.

En ella se relata, fundado en argumentos oficiales, el pasado histórico y la situación presente del Territorio de Magallanes y en especial el progreso estupendo de la ciudad de Punta Arenas y Tierra del Fuego; se da a conocer la geografía y población de aquella zona, la fertilidad asombrosa de su suelo, la colosal producción ganadera, la riqueza inagotable de sus ríos auríferos y el incremento soberbio de sus industrias; se describe su flora y su fauna y se refiere la dolorosa extinción del aborigen fueguino; se hace notar con cifras a la vista el escaso esfuerzo nacional y el predominio avasallador del elemento extranjero, el que, hoy por hoy, es dueño y señor de las 4/5 partes de aquella rica zona austral; de igual modo se da a conocer el grande acaparamiento de tierras fueguinas, por parte de algunos hacendados opulentos, que han ido adquiriendo de año en año y en forma ocasional, inmensas extensiones de terrenos que mantienen inculto en su mayor parte, sistema odioso y perjudicial para los intereses de los pobladores o pequeños agricultores de aquellas comarcas, por cuanto impide el libre y amplio desarrollo de trabajos agrícolas y labores industriales, encareciendo así enormemente la vida regional.

Además, la obra mencionada contiene relaciones anecdóticas y descriptivas muy interesantes, en que el autor pinta con lucidez el cuadro alegre o sombrío de la vida humana y de la naturaleza en aquellas frías comarcas, descripción que va acompañada de un centenar de hermosas vistas fotográficas y de varios planos y croquis de la región, lo cual hace muy amena y atrayente su lectura.

Por otra parte, la obra de que se trata, tiene un gran alcance nacional: ella está destinada a dar a conocer al desnudo, puede decirse, la actual situación social, económica y agraria en el territorio de Magallanes y Tierra del Fuego; su publicación y lectura descenderá el velo que por tantos años ha mantenido oculto a la vista de nuestros propios

connacionales las fabulosas riquezas de todo orden que atesoran aquellas apartadas regiones y que podrían constituir una segura y rica reserva de oro para el porvenir del país, siempre que los hombres de gobierno quieran hacerse cargo de la nacionalización de aquel vasto y aún virgen territorio, legislando al respecto sobre la materia.

Por lo expuesto, la Comisión estima que la obra del Capitán señor Fuentes, es de gran utilidad como una base de consulta e ilustración para los militares, industriales, agricultores, mineros, comerciantes, turistas, maestros y alumnos de instrucción superior y en general para todos los chilenos y muy particularmente para los hombres dirigentes del Gobierno, por cuanto encontrarán en ella datos precisos y valiosos que se relacionan con sus respectivas actividades.

Por lo tanto, su publicación la consideramos como necesaria e indispensable para la utilidad pública y privada, permitiéndonos, recomendarla a la alta consideración del Supremo Gobierno y muy especialmente a la Oficialidad estudiosa del Ejército.

Varias firmas.

Capítulo I

Breve comentario del tratado de límites entre Chile y la República Argentina

El tratado de 1856.- Tratado de 1881.- Protocolo de 1895.- Acuerdo de 1896

Las divergencias que a las dos Repúblicas más australes de Sudamérica llevaron los viejos problemas de índole limítrofe, trajeron como consecuencia el «Tratado de límites de 23 de agosto de 1881».

Repasemos someramente las causas que lo originaron y el cercenamiento, doloroso para Chile, a que él dio lugar.

Tratado de 1856.-

«Este tratado entre Chile y la República Argentina, no está en vigencia en algunas de sus partes, pero sí lo está, como lo indica su art. 40, en lo concerniente a las relaciones de paz y amistad de las dos Potencias. Para este objeto principal el tratado de 1856 es perpetuamente obligatorio».

Así, se halla vigente el art. 39 de dicho tratado:

«Art. 39.- Ambas partes contratantes reconocen como límites de sus respectivos territorios los que poseían como tales al tiempo de separarse de la dominación española el año 1810, y convienen en aplazar las cuestiones que han podido o pueden suscitarse sobre esta materia, para discutir las después pacífica y amigablemente, sin recurrir jamás a medidas violentas y en caso de no arribar a un completo arreglo, someter la decisión al arbitraje de una nación amiga».

Con motivos de la colonia penal chilena que nuestra República estableciera en Punta Arenas, la cuestión de límites entre las dos naciones tomó un giro inusitado. Fue así como el año 1847 nacieron las negociaciones diplomáticas entre ambas Repúblicas, controversia que tuvo mayores o menores impulsos, según fueran los gobernantes que la presentaban.

Anterior a la fecha que estampamos, ambas naciones habían zanjado sus dificultades internacionales, buscando los ríos o arroyos que regaban aquellos valles litigiosos, teniendo como norma invariable para sus procedimientos la línea divisoria de las aguas.

La porción menos explorada de la inmensa Cordillera andina, comprendía los siete grados geográficos que se extienden hasta el paralelo 52; espina dorsal que corría por el centro de la inmensa Patagonia Chilena.

Las líneas fronterizas que antes dividieran a ambas naciones, no fueron aceptadas por los Gobiernos de ambos países y ello dio causa suficiente para que se presentaran litigiosos terrenos que sumaban una área no inferior a cien mil kilómetros cuadrados.

Prescindimos en esta parte de hablar de la Punta de Atacama, extensión de terreno que en ningún caso debió considerarse como litigiosa y de la cual, encontramos el siguiente pronunciamiento en el folleto «Cuestión de Límites» antes citado.

«En cuanto al límite de la Punta de Atacama, el Perito argentino traza una línea enteramente convencional desconociendo los derechos adquiridos por Chile a todos los territorios que pertenecían a Bolivia antes de la guerra de 1879, y que por suerte de las armas han pasado al dominio de Chile.

Por las actas de los Ministros de Chile y de la República Argentina, señores Latorre-Piñero, se dejó el arreglo de la divergencia pericial en la Punta de Atacama para tratarlo con posterioridad.

Este arreglo no se ha producido hasta la fecha».

Junto con presentarse las dificultades en la región patagónica, comenzaron los comentarios más equívocos sobre el valor real de los terrenos de aquel territorio. Quiso nuestra mala suerte que nada o casi nada conociéramos del inmenso valor que encierra Magallanes. Aún más; se tenía de aquellos campos una idea tan errada, que se les

presentaba como parajes ajenos a la civilización y sin valor alguno para la ganadería y agricultura.

Los muy pocos voceros autorizados, en aquel entonces, sólo habían recorrido muy someramente los canales de Chiloé o las costas del Pacífico y se expresaban de la inmensa región como un campo ajeno a la vida y propio sólo para la desolación y la muerte.

Es indudable que tan falsa concepción era hija legítima del abandono en que se mantenía aquella zona y el ningún interés que ella despertaba ante los dirigentes del país.

Nuestros vecinos, en cambio, no escatimaban esfuerzos por penetrar hasta los innumerables valles que continuamente se presentan entre los infinitos contrafuertes cordilleranos y, mientras nosotros desprestigiábamos la región, ellos aquilataban sobre el terreno, su verdadero valor.

«El único estadista -dice don Alberto Fagalde, en su obra *Magallanes: el País del porvenir*- que tuvo la visión del porvenir y que defendió la Patagonia y la región magallánica hasta quemar su último cartucho, el ilustre Ministro de Relaciones Exteriores don Adolfo Ibáñez, no hizo tanto la defensa de los derechos de Chile por conocimiento de la región disputada, sino por una solemne inspiración patriótica, que el tiempo ha venido a confirmar con hechos que valen más que todo el viejo país que nos legara la Corona de España».

En medio de este desconocimiento absoluto de las tierras australes y con anterioridad a la fecha del tratado que nos ocupa, sólo dos estudios hemos encontrado, que adelantan una vaga idea sobre el Territorio. Ambos fueron ordenados por el Gobierno y desempeñados por oficiales de nuestra Marina de Guerra.

El primer estudio dio como resultado el *Bosquejo sobre la Historia Natural de Magallanes y de las costumbres de sus habitantes*, trabajo efectuado en 1848 por el Capitán don Buenaventura Martínez y el Cirujano de Marina don Napoleón Gobert.

Desgraciadamente la publicación se hizo el año 1849 en el «Registro de la Marina de la República de Chile», sólo fue leído por unos pocos y no trascendió al público como hubiera sido de imprescindible necesidad.

Posteriormente en los veranos de los años 1877-78 y 1878-79 una segunda comisión al mando del Capitán de Corbeta don Juan José Latorre, marino de ilustre memoria y de glorioso nombre, realizó dos expediciones que a no ser por los trascendentales acontecimientos que en las mismas épocas se desarrollaron, habrían proporcionado una fuente de conocimientos que tal vez hubiera cambiado la conclusión del tratado de 1881.

Primero, el motín de Punta Arenas, año 1877, impidió que el preclaro marino diera feliz término a su cometido, y después, cuando ya la comisión se había lanzado hasta la desconocida Isla Grande de Tierra del Fuego, la guerra contra los enemigos aliados en el

Norte, 1879, obligó a que el marino pusiera proa hacia el Pacífico, en cuyas aguas tantas glorias debía conquistar.

Por otra parte, si consideramos las cartas geográficas que representaban aquella región, debemos considerarlas casi nulas, con excepción de las que habían sido confeccionadas por Fitz-Roy y que siendo inexactas, fueron las causantes de que perdiéramos una tercera parte de la Isla Grande de Tierra del Fuego.

Con los escasísimos conocimientos geográficos que dejamos señalados, llegó el año 1881, y el desconocimiento de nuestro suelo, más que ningún otro factor, fue la consecuencia lógica de una cesión de inmensos terrenos en la Patagonia y de veinte mil kilómetros cuadrados en la Isla Grande de Tierra del Fuego.

Los principios sobre los cuales descansaba el Tratado del 81 pueden considerarse los que en términos de derecho se denominan *divortium aquarum*, principios que fueron aceptados y sustentados por todos los geógrafos chilenos y argentinos.

Este principio de demarcación de límites, apoyado, como veremos, por los más distinguidos geógrafos de la República Argentina, era aceptado por todos los hombres públicos de ese país, y había encontrado su fórmula en el lenguaje legislativo corriente. En 24 de septiembre de 1871, los señores don Bartolomé Mitre, don B. Vallejos, don Juan Herrera, don José M. Arias y don Juan E. Torrent, miembros de la comisión de límites de los territorios provinciales, presentaron al Senado argentino un proyecto de división de una grande extensión de territorio de esa República, en diversas Gobernaciones. Seis de éstas eran fronteras con la República de Chile; y al fijar el límite occidental de cada una de ellas en la Cordillera de los Andes, el proyecto aludido emplea en los distintos casos, las siguientes expresiones: «la línea divisoria de las aguas en las cumbres de los Andes» - «la línea divisoria de las aguas en la Cordillera de los Andes» - «la línea divisoria de las aguas en las cordilleras de los Andes».

Reforzando el principio a que aludimos aparece la personalidad de don Germán Burmeister:

«Es el sabio más eminente -dice don Diego Barros Arana- que haya recorrido y estudiado la República Argentina y que haya escrito sobre la geografía de este país».

Más adelante agrega:

"La Description physique de la Republique Argentine, por don German Burmeister, comenzada a publicarse en París en 1876, es, bajo todos aspectos, lo mejor que hasta ahora exista sobre la materia. Allí, en el libro II, Cap. I, página 150 del tomo I se leen estas palabras: 'La frontera occidental (de la República Argentina) está mejor fijada. Es la misma que existía desde el tiempo de los españoles entre el Virreinato de la Plata y el Gobierno de Chile. Al crear el nuevo Virreinato, se eligió con inteligencia la separación de las hoyas hidrográficas como límite político, y se asignó al estado del Plata todo el país y todas las montañas cuyas aguas corren al Este. Chile, por el contrario, tuvo la red hidrográfica que

corre al Oeste".

Si a las opiniones anteriores se agregan las siguientes de algunos tratadistas de derecho internacional, la duda desaparece ante la evidencia de los principios.

Extractamos del folleto antes citado:

«Del distinguido jurisconsulto italiano Pascuale Fiori-Art. 536: cuando dos estados están separados por una cadena de montañas... para determinar la frontera entre uno y otro país, se seguirá la línea divisoria de las aguas».

Del profesor inglés Williams Edward Hall: tratando del límite de las naciones, dice:

«Cuando un lindero se prolonga por montañas o cerros, la línea divisoria de las aguas constituye la frontera».

Veamos ahora como este principio absolutamente lógico y aceptado por los geógrafos y hombres públicos de ambos países, iba a sufrir modificaciones con perjuicio directo para nuestro territorio.

Tratado de límites de 1881, Artículo 1.º:

«El límite entre Chile y la República Argentina es de norte a sur hasta el paralelo 52 de latitud, la cordillera de los Andes. La línea fronteriza correrá en esta extensión, por las cumbres más elevadas de dichas cordilleras que dividan las aguas, y pasará por entre las vertientes que se desprenden a un lado y otro. Las dificultades que pudieran suscitarse por la existencia de ciertos valles formados por bifurcación de la cordillera y en que no sea clara la línea divisoria de las aguas, serán resueltas amistosamente por dos peritos nombrados uno por cada parte».

El artículo 3.º del tratado de límites de 1881 a que nos referimos dice textualmente lo que sigue:

"En Tierra del Fuego se trazará una línea que partiendo del punto denominado Cabo de Espíritu Santo en la latitud cincuenta y dos grados cuarenta minutos, se prolongará hacia el sur coincidiendo con el meridiano occidental de Greenwich sesenta y ocho grados treinta y cuatro minutos, hasta tocar en el canal de Beagle. La Tierra del Fuego, dividida de esta manera, será chilena en la parte occidental y argentina en la parte oriental. Esta limitación, trazada en vista de las célebres cartas del almirantazgo inglés, que corrían con el nombre de Fitz-Roy, señalaba dos condiciones al punto de partida de la línea divisoria en la Tierra del Fuego, suponiendo que el Cabo del Espíritu Santo estaba precisamente situado en la longitud 68º, 34' al occidente de Greenwich. Ahora bien, las exploraciones posteriores, y los

más recientes trabajos geodésicos o hidrográficos, dejaban ver que la excelente y acreditada carta de Fitz-Roy adolecía de un pequeño error, y que el cabo de Espíritu Santo estaba situado un poco al occidente de aquel meridiano. Cuál de las dos demarcaciones debía seguirse en la demarcación, ¿el nombre del Cabo o la designación de longitud?

Aceptándose esta última, la línea divisoria habría corrido algo más al oriente ensanchando, por lo tanto, la porción territorial de Chile. El perito chileno, que percibió el error de aquella carta, y que conoció esta contradicción entre las dos indicaciones del tratado, creyó que la lealtad recomendada atenerse al espíritu de este pacto, y trazar la línea partiendo del cabo Espíritu Santo, sin tomar en cuenta la designación de longitud".

La apreciación anterior daba a la República Argentina una extensión enorme del terreno fueguino, cercenando en nuestro territorio campos de un valor inapreciable. Lo más grave de la tal cesión, se consultaba en las costas; ateniéndose al espíritu y letra del tratado, la línea divisoria debió pasar a la altura de Cabo Domingo, junto a la desembocadura del río Carmen Silva.

Sentado el principio absoluto de que la línea divisoria de las aguas, *divortium aquarum*, debía correr por «las cumbres más elevadas de dichas cordilleras que dividan las aguas; y pasará por entre las vertientes que se desprenden a un lado y otro», se presentó, por parte de la República Argentina, una interpretación que debía cambiar casi radicalmente la legalidad de este principio, sustentado por los tratadistas y jurisconsultos más notables en la materia.

En efecto, la República Argentina dio en estipular que la línea divisoria debía pasar «por las cumbres más elevadas absolutas».

A tal concepción, el perito chileno, don Diego Barros Arana, formula las siguientes preguntas:

«¿Para qué se dice que pasará 'por entre los manantiales de las vertientes que se desprenden a un lado y otro'? ¿Qué objeto tendría el hablar enseguida de la 'línea divisoria de las aguas'? ¿Cómo suponer que los negociadores argentinos que querían una cosa, firmasen un pacto que estipulaba otra diametralmente diversa?»

Tal fue el principio que generó más tarde distintas aclaraciones al texto del tratado del 81, divergencia de opinión que unido al desconocimiento de nuestra riqueza austral, trajo la pérdida dolorosa del inmenso territorio patagónico y fueguino.

Más aún, la aceptación de tan inconsulto principio presentaba un formidable avance argentino hacia el Pacífico, peligrando la continuidad de nuestro territorio en la parte que corresponde a los canales de Chiloé.

Veamos lo que a este respecto dice don Diego Barros Arana:

"Cuando se celebró el tratado de límites de 1881, era muy poco conocida la parte austral del continente, al Norte del Estrecho de Magallanes, o más bien dicho, sólo se conocía la configuración de las costas. Al estipularse el Artículo 2.º de ese pacto, y al trazarse en el mapa la línea divisoria entre Chile y la República Argentina, se convino en que la división se efectuara dentro del continente; y en las comunicaciones cambiadas entre los negociadores se dejó establecido que todas las costas continentales hasta la Punta Dungenes, a la salida oriental del Estrecho, eran propiedad de Chile. En el principio, la inteligencia de este artículo no dio lugar ninguno a duda. En uno y otro país, así como en el extranjero, se publicaron numerosos mapas grandes o pequeños, en que la línea divisoria estaba trazada con bastante exactitud. Sin embargo, cinco o seis años después de sancionado el tratado, comenzaron a publicarse en Buenos Aires, mapas diversos que trazaban líneas quiméricas y fantásticas que asignaban a la República Argentina extensión territorial hasta las orillas del Pacífico. Uno de esos mapas generales de la República (el de Duclout) uno de los muchos que se imprimían allí como empresa comercial, señalaba, en las costas chilenas del Pacífico, entre los paralelos 42 y 52, nada menos que ocho puertos argentinos, o más bien, ocho porciones de esta costa como propiedad de aquel estado, que habrían interrumpido la continuidad del territorio chileno. En honor del Gobierno Argentino debe decirse que, según creemos, nunca hizo caso de esas pretensiones ni manifestó directa o indirectamente, propósitos de apoyarlas. Pero es la verdad que ellas, por desautorizadas que fuesen, contribuían a extraviar en aquel país el criterio de las personas ignorantes, o poco conocedoras de la geografía y de los antecedentes que prepararon el tratado de límites, y debían despertar en Chile desconfianza y recelos sobre la manera como se intentaba cumplirlo en la República Argentina. Tan equívocas apreciaciones, dieron origen a aclaraciones que debieron resolverse posteriormente. De ello nació el convenio de 1888 destinado a 'fijar el modo y forma en que habrá de nombrarse la Comisión de Peritos a que se refieren los Artículos 1.º y 4.º del Tratado de límites de 23 de julio de 1881'".

Posteriormente, el 1.º de mayo de 1893 se celebró en Santiago de Chile, el protocolo destinado a aclarar definitivamente la cuestión de límites.

Tres aclaraciones de capital importancia contiene este Protocolo, el resto de los puntos tratados, que en total suman once, se refieren al *modus operandi* en la demarcación. Copiamos a continuación las tres declaraciones a que hacemos referencia:

Primero.- Estando dispuesto por el Artículo primero del Tratado del 23 de julio de 1881 que "el límite entre Chile y la República Argentina es de Norte a Sur hasta el paralelo 52 de latitud, la cordillera de los Andes y que la línea fronteriza correrá por las cumbres más elevadas de dicha cordillera, que dividan las aguas, y que pasará por entre las vertientes que se desprendan a un lado y a otro", los Peritos y las sub-comisiones tendrán este principio por norma invariable de sus procedimientos. Se tendrá, en consecuencia, a perpetuidad, como de propiedad y dominio absoluto de la República Argentina, todas las tierras y todas las aguas, a saber: lagos, lagunas, ríos y partes de ríos, arroyos, vertientes que se hallen al oriente de las líneas de las más elevadas cumbres de los Andes que dividan las aguas, y como de propiedad y dominio absoluto de Chile todas las tierras y todas las aguas, a saber: lagos, lagunas, ríos y partes de ríos, arroyos, vertientes que se hallen al occidente de las más elevadas cumbres de la cordillera de los Andes que dividan las aguas. Segundo.- Los

infrascritos declaran que, a juicio de sus Gobiernos respectivos, y según el espíritu del Tratado de Límites, la República Argentina conserva su dominio y soberanía sobre todo el territorio que se extiende al oriente del encadenamiento principal de los Andes, hasta las costas del Atlántico, como la República de Chile el territorio occidental hasta las costas del Pacífico, entendiéndose que, por las disposiciones de dicho Tratado, la soberanía de cada Estado, sobre el litoral respectivo es absoluta, de tal suerte, que Chile no puede pretender punto alguno hacia el Atlántico, como la República Argentina no puede pretenderlo hacia el Pacífico. Si en la parte peninsular del Sur, al acercarse al paralelo 52, apareciere la Cordillera internada entre los canales del Pacífico que allí existen, los Peritos dispondrán el estudio del terreno para fijar una línea divisoria que deje a Chile las costas de esos canales; en vista de cuyos estudios, ambos Gobiernos la determinarán amigablemente. Cuarto.- La demarcación de la Tierra del Fuego comenzará simultáneamente con la de la cordillera, y partirá del punto denominado cabo Espíritu Santo. Presentándose allí, a la vista, desde el mar, tres alturas o colinas de mediana elevación, se tomará por punto de partida la del centro o intermediaria, que es la más elevada, y se colocará en su cumbre el primer hito de la línea demarcadora que debe seguir hacia el Sur, en la dirección del meridiano".

Este Protocolo está firmado en Santiago a primero de mayo de 1893 por los Ministros señores Isidoro Errázuriz y N. Quirno Costa.

El seis de septiembre de 1895 se celebró en Santiago un nuevo Protocolo destinado a aclarar la prosecución de las demarcaciones y, por último, el 17 de abril de 1896 se celebró un acuerdo entre ambos países representados, Chile por el Ministro de Relaciones Exteriores don Adolfo Guerrero y Argentina por el Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en Chile don Norberto Quirno Costa.

En este acuerdo se estipuló, en general, la forma como los Peritos debieran proceder en el caso de surgir divergencias en la ubicación de los hitos y en particular, de común acuerdo, se nombró árbitro de las dificultades al Gobierno de Su Majestad Británica.

El Artículo segundo del acuerdo, dice así:

"Segundo.- Si ocurrieran divergencias entre los Peritos, al fijar en la Cordillera de los Andes los hitos divisorios al Sur del paralelo veintiséis grados cincuenta y dos minutos y cuarenta y cinco segundos y no pudieran allanarse amigablemente por acuerdo de ambos Gobiernos, quedarán sometidas al fallo del Gobierno de Su Majestad Británica, a quien las partes contratantes designan desde ahora, con el carácter de Arbitro, encargado de aplicar estrictamente, las disposiciones del tratado y protocolo mencionados, previo el estudio del terreno por una comisión que el Árbitro designara".

Tales han sido, tratados sucintamente, los Tratados y Protocolos que señalaron las fronteras de ambos países. La actual línea divisoria, cercenó a nuestra Patria terrenos cuyo considerable valor será debidamente apreciado en el futuro.

Nos abstenemos en hacer valer consideraciones que pueden encerrar críticas para los que, por desidia o desconocimiento, no batallaron debidamente por mantener incólume

nuestra soberanía nacional sobre territorios que de hecho y legalmente nos pertenecían, nos basta, para corroborar lo que hemos manifestado, consignar a continuación las palabras del preclaro historiador y publicista don Gonzalo Bulnes.

En su obra titulada *Chile y la Argentina* - Un debate de 55 años, refiriéndose a la penetración argentina en Territorio chileno, dice así:

"Chile fue culpable de ignorancia. La Patagonia estaba tan lejos de sus preocupaciones políticas y económicas, que no la conocía absolutamente. Todo lo que sabía era lo que habían escrito contra ella uno que otro viajero... El éxito mediocre, sino nulo hasta entonces de la colonia de Punta Arenas, le hacían mirar los territorios en disputa, con profundo desgano. Punta Arenas no vivía sino que vegetaba tristemente, sin otro comercio que el de las pieles de los lobos que abundan en sus costas. Chile había puesto allí su bandera y no se había vuelto a acordar de ella. Se hablaba de la Patagonia como de la Siberia. Se la consideraba una región estéril, helada, repulsiva al hombre. Se puede probar hasta la saciedad que Chile se desprendió de la Patagonia, primero, por afianzar la paz a la que le daba más valor que a aquélla y además, porque tenía un concepto falso de su importancia económica y agrícola. Su error se fundaba en las opiniones de distinguidos viajeros, aunque en número muy reducido, y que sólo habían recibido la impresión del país. Uno de ellos era Darwin, quien emitió los juicios más poco halagadores sobre él, a pesar de que visitó una de las regiones más aparentes para la ganadería. Los pocos que escribían sobre la Patagonia no hacían sino repetir esos testimonios, y se puso a la moda describirla como si fuese la Groenlandia o la isla polar de Juan Aysen. Así, por ejemplo, Darwin, escribió en su célebre libro de viajes alrededor del mundo, que la Patagonia, siendo estéril, era fecunda en roedores, y en Chile se amplió la frase diciendo: que era tierra sólo para ratones y que éstos acabarían con los hombres que se establecieran en ella. En la Argentina, persiguiendo un interés a la inversa, se afirmaba lo mismo, lo que la hacía aparecer a ella reclamando la zona austral sólo porque le pertenecía, no porque le diera la menor importancia. Se formó una leyenda que sería graciosa de leer hoy, si no fuera en extremo dolorosa para nuestro patriotismo y recuerdos. Se exageró hasta el ridículo el rigor de su clima, la esterilidad de su suelo y sus condiciones repulsivas para la vida humana. Se llegó a decir que hasta sus flores eran hediondas. Y el mismo ilustre Darwin declaró que no sólo las tierras eran malditas, sino que 'la maldición parece transmitirse al agua'. No es raro que Chile, que oía estas cosas y que no tenía antecedentes propios para juzgarlas, creyera que no valía la pena de gastar su tesoro y su sangre por adquirir un terreno semejante, aunque el Gobierno de Errázuriz hizo toda clase de esfuerzos para que el país comprendiera la importancia de la cuestión y la verdad".

Con tales antecedentes muy poco atenuados hasta hace sólo pocos años, vamos a trasladarnos a la hermosa región Magallánica, cuna de tantas fortunas colosales, generadora de otras tantas riquezas tan débilmente conocidas en el centro del país.

La zona que debemos recorrer para llegar hasta Punta Arenas, es la más hermosa que la naturaleza haya colocado sobre la tierra. La multitud inmensa de arterias navegables que buscan vida y expansión a través de la continuidad infinita de islas, islotes y acantilados continentales, presentan a los ojos ávidos del navegante esa formidable atracción que brota

del centro de una vida virgen e inexplorada, haciendo extraño y magnífico contraste con aquella que se desarrolla bajo la mano egoísta y sistemática de la civilización.

Capítulo II

La navegación por los Canales

Puerto Montt.- Recepción hecha a S. A. R. el Infante don Fernando de Baviera.- La odisea de las Embajadas.- Donde el lector hace conocimiento con un raro y alegre personaje.- El casi naufragio del Imperial frente al Golfo de Penas.- Los canales del Sur.- La angostura Inglesa.- El Paso del Abismo.- El Estrecho de Magallanes.- Arribo a Punta Arenas.- Recepción de que se hace objeto a S. A. R. el Infante y Embajadas.- La navegación por los Canales.- Puerto Montt.- Recepción a S. A. R. el Infante don Fernando de Baviera.- La Odisea de las Embajadas.- El casi naufragio frente al Golfo de Penas.- Arribo a Punta Arenas.

El pintoresco y alegre Puerto Montt se encontraba engalanado. La espera de la regia comitiva encabezada por S. A. R. el Infante don Fernando de Baviera, que, en viaje a Punta Arenas, debía detenerse en aquel puerto, había dado margen a un movimiento inusitado.

Muy especialmente la colonia española allí radicada, no omitía sacrificios por festejar dignamente a tan Augusto visitante y Embajadores.

Desde las primeras horas de la mañana se esperaba el convoy especial que debía llegar a Puerto Montt después de caída la tarde.

Desde Valdivia, el Infante y las Embajadas, habían avanzado muy lentamente; el 6 de diciembre (1920) pernoctó en La Unión, el 7 visitó el Lago Llanquihue y sus alrededores, y el mismo día, en las primeras horas de la noche, el convoy frenaba el rodaje en la estación, término sur, de la larga arteria de acero que une los distintos centros poblados de nuestro inmenso territorio.

Aquel mismo día y tal vez a la misma hora de la llegada de S. A. R. el Infante, desembarcaban en Puerto Montt, parte de las Embajadas y Delegaciones que aún permanecían a bordo de los buques surtos en la bahía.

Contra toda expectativa y deseo popular S. A. R. el Infante, optó por permanecer en su coche dormitorio, donde pasó la noche.

El día 8 por la mañana se dio comienzo a los festejos.

Como en las guarniciones del resto de la República, los acordes de la Marcha Real Española dieron la bienvenida a tan Augusto visitante. El Regimiento de infantería Llanquihue N.º: 15, en correcta y brillante presentación, rindió los honores de ordenanza y desfiló ante las autoridades con aquella gallardía y virilidad propia a los hijos de guerreros ilustres y descendientes de una raza indomable.

La multitud inmensa y compacta se estremeció a impulsos del patriotismo y vitoreó a la Madre Patria, a su Augusto representante y Embajadas extranjeras.

El Círculo Español se hizo estrecho para cobijar a tan preclaros huéspedes. Un silencio absoluto, permitió oír claro y vibrante el brindis de salutación y una estruendosa salva de aplausos señaló el término del magistral discurso con que agradeció aquella acogida el incansable orador y hombre de estado Excmo. Sr. don Franco Rodríguez.

El mismo día, en las primeras horas de la tarde, se inició el embarque de las embajadas y delegaciones a bordo de los buques surtos en la bahía.

Frente a la rada se encontraban fondeados: el acorazado España, dos cruceros norteamericanos, el *O'Higgins*, el *Esmeralda* y el *Imperial*.

S. A. R. el Infante, en compañía del embajador Español, se embarcó en el *O'Higgins*, el total de la comitiva se repartió en el resto de los vapores.

Cabe aquí mencionar y, para la mejor comprensión del relato que vamos a tratar de bosquejar, ajustándonos en absoluto a la efectividad de los hechos, algunos antecedentes que se relacionan con el zarandeado y viejo *Imperial*, que tan titánica lucha debía librar en las turbulentas aguas del Golfo de Penas.

Nada podrá exagerar la fantasía al llevar al papel el combate sostenido por el viejo barco, defendiendo tantas vidas contra el empuje de un elemento furioso que, en más de una ocasión, se sintió vencedor, y dueño ya, de una embarcación que parecía demolerse al embate de las olas.

La tragedia del Golfo de Penas, si no fue efectiva, estuvo próxima de serlo, sólo la prolongación de algunos minutos hubieran bastado para que el sacrificio se hubiera consumado, llenando de luto a las naciones sudamericanas y a algunos países del viejo continente: la mayor parte de las embajadas y delegaciones extranjeras viajaban en el *Imperial*.

Los espíritus supersticiosos señalaban al vapor de que nos ocupamos, como el designado con la «JETTA», en atención al sinnúmero de percances que le habían ocurrido desde su partida de Iquique, siendo de ellos, los más notables, la interrupción en el funcionamiento del timón a la salida de Valparaíso y la casi varadura en el Canal de Chacao, poco antes de arribar a Puerto Montt.

Este último accidente pudo ser de consecuencias fatales, y sólo la buena estrella que favorece al vapor desde hace cerca de cuarenta años, hizo que el bajo donde chocó fuera de un suelo quebradizo, facilitando así el deslizamiento del acerado vientre de la nave que, un poco tumbada a babor e impulsada por el enorme pánico de los pasajeros, logró zafarse de tan crítica situación y seguir con rumbo a su destino.

A la hora de nuestro embarque, aún permanecían los buzos registrando el casco del barco, investigación minuciosa que dio como resultado un informe favorable para proseguir la navegación.

Una orden superior indicó la ruta por los canales, con excepción del acorazado España que lo haría mar afuera, en atención a su gran tonelaje.

A las 7:30 p. m. el *Imperial* levaba anclas y tomaba rumbo al sur. A su bordo viajaban más de doscientos pasajeros entre ellos la mayor parte de las embajadas y delegados sudamericanos; la embajada completa de Portugal, la Comisión Oficial del Centenario de Magallanes, el General, Cte. en Jefe de la IV División don Pedro P. Dartnell, Jefes del Ejército, Oficiales Ayudantes, representantes de la prensa y un sinnúmero de agregados civiles (estos últimos de rigor en festejos donde se disfruta de transporte gratis, buena comida, atenciones a bordo y manifestaciones colosales en perspectiva).

Antes de abandonar la rada de Puerto Montt, los distintos vapores recibieron orden de mantenerse en comunicación radiográfica, a fin de prestarse ayuda mutua para el caso de alguna emergencia. Si la navegación se presentaba sin tropiezos, los barcos debían reunirse en el puerto de San Nicolás, distante tres horas de Punta Arenas.

A la hora de partida, reinaba un tiempo bastante malo, un viento persistente soplabla con fuerza, acompañado de una llovizna fina y penetrante. Sin embargo, el calor de la conversación iniciada a bordo durante la comida, mantuvo los ánimos tranquilos y ajenos a malos augurios. Durante la primera velada, que se prolongó hasta horas avanzadas, se brindó por una navegación tranquila y rápida. Especialmente los extranjeros tenían una idea muy favorable del mar que iban a cruzar, la denominación «Océano Pacífico» les sonaba muy bien a los oídos y tenían profunda confianza en el gran Magallanes que así lo había denominado, después de veinte días de navegación sin tropiezos.

Más adelante veremos cuan rudamente iba a tratarlos «ese mar que tranquilo te baña» y cuan distinta idea iban a formarse de las bonanzas que esperaban encontrar.

La nave se presentaba confortable en todo sentido; camarotes con bastante comodidad, cubierta espaciosa donde pasar las largas horas de travesía, salón bien provisto de revistas y material de lectura, por último, un comedor regiamente puesto y servido por un numeroso personal de mozos y mayordomos. Los vinos y licores eran de primera calidad y el «menú» diario suculento, bien condimentado y de una variedad halagadora.

Si el mar se mantenía tranquilo, era de esperar una navegación placentera y agradable. En los canales de Chiloé y en los que se prolongan después hasta el Estrecho de Magallanes, las tormentas se presenta muy de tarde en tarde. Sólo una travesía es molesta y

otra peligrosa, la primera (cinco horas) se experimenta en el Golfo Corcovado y la segunda (16 horas) frente a la Península de Taitao y en el Golfo de Penas.

A la hora de zarpar el *Imperial* de Puerto Montt, como ya lo hemos manifestado, reinaba un viento fuerte acompañado de una llovizna helada y mojadora; sin embargo, el barómetro tenía marcada tendencia a subir, augurando mejoría de tiempo para los días siguientes.

Nos olvidábamos decir, que aparte de las embajadas y comitivas, nos acompañaban a bordo 5 señoras y 2 señoritas, eran ellas: la esposa del embajador de Portugal, señora del Ministro del Interior que acompañaba a su marido, señora e hija del escultor chileno don Guillermo Córdova, señora de Larraín y esposa del capitán Vergara, miembros ambos de la Comitiva Oficial y señorita Larraín, hija del señor Larraín Alcalde. El resto era compuesto netamente por representantes del sexo masculino, en su mayoría jóvenes y amigos de la charla.

A fin de amenizar las horas de las comidas y las largas tardes de a bordo, se embarco al personal de músicos del Regimiento Llanquihue, quienes fueron provistos de música moderna y seleccionada.

Alegres marchas militares saludaron la partida del vapor que coronado por un inmenso penacho de humo, comenzó a deslizarse majestuosamente por sobre las profundas aguas de la bahía, dejando a derecha e izquierda gran cantidad de barcos todavía surtos frente al Puerto.

Millares de luces fueron apagándose lentamente a nuestras espaldas y, al extinguirse lejos los últimos destellos de los focos más poderosos, nos encontramos solos y frente a la oscuridad más absoluta, rompiendo con seguridad las profundas aguas del enorme «Seno de Reloncaví».

Mil seiscientos veinte kilómetros nos separaban del punto término de nuestro viaje. Según cálculos del capitán náutico que nos guiaba, debíamos anclar frente a Punta Arenas después de seis días de navegación; con un andar de 18 kilómetros por hora, navegando 15 horas diarias, el cálculo resultaba matemático: en todo caso, se esperaba economizar tiempo, en atención a que las distintas corrientes de los canales, siguiendo la misma dirección del vapor, imprimirían a éste un mayor andar.

Sin contratiempos de ninguna especie transcurrió el resto de la noche. Las primeras luces de la mañana del día 9, nos sorprendieron penetrando en el Golfo de Ancud. La mayor parte de los pasajeros estaban ya sobre cubierta provistos de una diversidad tan grande de anteojos, que era fácil consultar desde el catalejo antidiluviano hasta el poderoso Zeiss de nuestros días.

Todas las miradas se dirigían a tierra que, muy distante, aparecía semi dormida envuelta aún en el sudario brumoso de la noche. A nuestra derecha (oeste) apenas se destacaban en el lejano horizonte los diseños vagos de la parte noroeste de la inmensa isla

de Chiloé, último baluarte español en nuestro suelo y tan denodadamente defendido por el indomable y valiente artillero Quintanilla.

Según se manifiesta en la Historia, este Archipiélago fue descubierto a fines de febrero del año 1558 por el inmortal cantor de *La Araucana* don Alonso de Ercilla y Zúñiga; primer europeo a quien cupo el honor de sentar pie sobre la Isla Grande.

El ilustre poeta d" Aquí llegó donde otro no ha llegado

don Alonso de Ercilla, que el primero

en un pequeño barco deslastrado,

con sólo diez pasó el desaguadero;

el año de cincuenta y ocho entrado

obre mil y quinientos, por febrero,

a las dos de la tarde, el postrer día

volviendo a la dejada compañía". escribe así el feliz término de su expedición a aquellos mares:

Esta expedición terminó en abril del mismo año, fecha en que el poeta regresó a *Imperial* a descansar y pasar el invierno.

El canal de Chacao separa la isla del continente y la etimología del nombre viene de la palabra indígena *chagcan*: «desmembrar».

Por su parte, Chiloé se deriva de «Chili» y «hue» contracción de «rehue» distrito, región: distrito de Chile (Abraham Konig, *La Araucana* de don Alonso de Ercilla y Zúñiga).

Por la parte del Este, aparecían de tiempo en tiempo picachos elevados y blanquicos, cual centinelas avanzados de la ancha faja inexplorada en la región Sur de la provincia de Llanquihue.

En esta contemplación vaga e indefinida ocuparon los viajeros dos largas horas matinales. Un extranjero algo anciano y poseedor de uno de los catalejos antidiluvianos, tal vez el personaje más corto de vista de todos los improvisados navegantes, era el que se ocupaba en dar los mayores detalles de una naturaleza que no veía. Alargaba sus anteojos en forma sorprendente y apoyándolos con la parte exterior sobre la baranda del buque o sobre el hombro de algún amigo de buena voluntad, señalaba fiordos, marcaba ensenadas y

témpanos de hielo flotante que sólo su imaginación tropical le hacía concebir en medio de un frío que no existía.

Muchas tentativas de observación iniciamos por esa especie de telescopio-acordeón y llegamos al convencimiento de que esas lentes, poderosas en su tiempo, habían caído víctimas del desgaste lógico que acarrear los años, dañando los oculares con esa nube plomiza, propia de los vidrios viejos.

Una campaña digna de una catedral, tocada a degüello por unos brazos hercúleos, señalaron la hora del café de la mañana.

Mientras permanecemos en el comedor, la atmósfera exterior se aclaró lentamente y los primeros rayos del sol, disipando la bruma que cubría las costas, despejaron el horizonte lejano, mostrando en toda su magnitud el mar inmenso, circunscrito por enormes paredones y acantilados colosales.

-¡Dicen que pasamos por las regiones más hermosas de Chile! -exclamó el señor de los catalejos, aseveración que en realidad era efectiva, según lo oímos confirmar por más de algún conocedor de esos alrededores.

Las tierras que se presentaban hacia el Este, forman parte del inmenso archipiélago de Chiloé, poblado por más de cien mil habitantes. El cordón montañoso que recorre la inmensa isla a todo lo largo de ella y en dirección general de Norte a Sur, constituye los últimos contrafuertes de la cordillera de la Costa, tantas veces submarina, cuanto más se avanza hacia el Sur.

Cordón saturado de bosques vírgenes de un vigor extraordinario, no ha sido todavía pisado por la planta de los chilotes que más marinos que terrenales, pueblan la isla en toda su ribera Este y viven repartidos en los innumerables islotes que constituyen el archipiélago.

Cada insular representa un pequeño propietario, por este motivo, el terreno se encuentra completamente subdividido. Desde a bordo se puede apreciar, en todo su esplendor, los beneficios que acarrea para la agricultura, este sistema de propiedades. Pastizales enormes, potreros cubiertos de avena y de trigo y, más que nada, surcos infinitos creadores de cantidades colosales de tubérculos, dan a todas aquellas islas un aspecto muy propio, que ante los ojos del espectador, las hacen aparecer como colosales tableros de ajedrez.

Los tres centros más poblados de esta provincia, lo constituyen la capital Ancud, con los dos puertos de Castro y Achao.

Un ferrocarril de trocha angosta une a la capital con Castro; su recorrido es de ochenta y ocho kilómetros y su trazado significa una obra de ingeniería costosa y difícil, a través de una inmensa selva virgen, tapizada con helechos y musgo.

Terraplenes prolongados, pendientes, salvan las diversas colinas y, puentes de material ligero, unen los costados abruptos de los innumerables cañadones.

Fue construido durante la administración de don Pedro Montt, después de una visita que este Presidente efectuó a la capital de la isla.

La vida de los habitantes chilotes parece desarrollarse sin ambiciones de ninguna especie; generalmente los acomodados que se instruyen e ilustran, emigran del archipiélago y se trasladan al continente en busca de mejores campos y de más amplios horizontes para sus actividades.

El chilote trabaja para sus propias necesidades y sólo exporta en cantidades considerables, la famosa patata de Chiloé; para esta última usa como abono los desperdicios de innumerables jibias que el mar se encarga de proporcionar cotidianamente.

Pocos se dedican a la agricultura en grande escala o a la crianza de ganado. Hace poco tiempo un conocido industrial y agricultor alemán, de apellido Yungue, efectuó la compra de extensos terrenos en los alrededores de Castro. Su carácter emprendedor y activo, le hizo despejar y cerrar grandes potreros; señalando así, el primer paso dado en beneficio de la crianza, en gran escala, de ganado y el cultivo extensivo de cebada y trigo.

Con firmas de Punta Arenas se constituyó, posteriormente, la «Sociedad Austral de Quellón», que obtuvo del Gobierno una concesión de cuatro grados geográficos, comprendidos de mar a cordillera.

Esta poderosa Sociedad, tiende a valorizar enormemente esos campos inexplorados, llevando nuevos pobladores, nueva vida y nuevas industrias al centro de aquellas selvas vírgenes y ricas.

Hoy por hoy, para vivir, los pueblos de Chiloé, son los centros más baratos de país, su tranquilidad trae a la memoria los tiempos coloniales; la mistela de apio o de naranja es la bebida con que se brinda a las visitas.

El «curanto» es de rigor en toda fiesta o paseo y, para esta clase de comidas, el chilote parece poseer un estómago sin fondo.

Sólo las luchas electorales, perturban la tranquilidad patriarcal de los habitantes de la Isla y, en estos casos, justo es reconocerlo, no es el isleño el que levanta tempestades, sino el elemento continental que, en son de combate y bien apertrechado, se traslada hasta el Archipiélago.

Frente a las Islas y mirando hacia el continente, la vista se estrella contra los macizos de la Cordillera Andina. Cubiertos de nieve, los enormes cerros se precipitan en forma vertical hasta las aguas del Golfo. Innumerables son los riachuelos que se despeñan desde el cordón principal y que, en forma de ríos en verano y de glaciares en el invierno, se muestran a los ojos del navegante. Ensenadas sinuosas y profundas se internan

constantemente tierra adentro mostrando sus aguas blanquizas y próximas a escarcharse. Chorrillos innumerables cuelgan desde lo alto de las rocas y, mirados desde lejos, semejan inmensas estalactitas que unieran el espacio con la tierra.

La flora se desarrolla en esos montes, arraigando sus tentáculos vivificadores en medio de las grietas de las rocas. Las aguas que el verano deposita en el granito, al cristalizarse, rompen su lecho, abriendo en la roca un nuevo surco donde pronto se precipita la semilla germinadora. Obra lenta y segura del tiempo es el avance de esta flora fecunda que no muere con los fríos del invierno, considerándolos, en cambio, como un aliado poderoso para su expansión.

La tarde completa transcurre en la contemplación de las bellezas naturales que nos rodean.

Ni un solo movimiento malicioso se ha dejado sentir en el vapor y, los pasajeros encantados de tan magnífico panorama, se sienten saturados de un bienestar inexplicable, precursor de días hermosos y tranquilos.

Nuevamente la inmensa campana deja oír su desconcertante sonido metálico, y los estómagos se aprontan para recibir el magnífico «menú» que debe servirse a la hora de comida.

El comedor se repleta lentamente y comienza el incesante ir y venir de los mozos con librea; semejante a una inmensa colmena, se escucha en un principio el zumbido peculiar de las conversaciones en voz baja. Cada uno cree haber visto y observado más que otro; el más entusiasmado de todos es el caballero de los catalejos, su voz ronca y retumbante, se destaca pronto del diapasón general. Ante su exposición clara y segura, la mayor parte de los comensales guardan silencio y escuchan. Convertido ya en orador, el anciano inicia una conferencia y, ante el auditorio pasmado, desfilan delfines, focas, lobos de mar, gaviotas inmensas, albatros, ballenas, etc. para terminar con los zorros, los gatos monteses y los formidables pumas de la lejana cordillera. Todo lo ha visto el narrador a través de su inmenso periscopio como si se tratara de un espectador que, desde una cómoda butaca de cine, ve desfilar ante sus ojos los cuadros infinitos de una cinta cinematográfica.

Afortunadamente para los comensales, aún queda en el exterior un poco de claridad; tan pronto concluye de comer, el hombre-lente abandona la sala y se instala a popa con su aparato alargado.

La sobremesa se inicia y las señoras, en compañía de numerosos pasajeros, buscan reposo en el salón, ubicado sobre el comedor; pocos pasean sobre cubierta y los menos se recogen a sus camarotes.

Entre los Delegados tropicales, se cuentan músicos excelentes; pronto el piano deja oír sus notas armoniosas y a las cadencias de una canción desconocida, se descubre el velo tirante del protocolo, para dejar paso libre a la alegre algarabía de una reunión de confianza.

Una guitarra bien templada, manejada hábilmente por los dedos de un hijo de Costa Rica, eleva sus sonos quejumbrosos, impregnados de una nostalgia infinita. La voz agradable del cantor llena los ámbitos de la sala y sumerge a la distinguida concurrencia en un silencio profundo. Más clara la voz del cantor, solloza una canción de la patria ausente, cuyo término es glosado con una estruendosa salva de aplausos.

Al calor de la confianza establecida, surgen uno a uno artistas de índole diversa que se disputan a porfía el cetro de la gracia o el predominio de las habilidades. Números de canto se suceden continuamente y, aunque no existen cantantes verdaderos, la reunión se hace simpática y ligera.

Alguien toma la batuta de dirección y promete para el día siguiente un programa regiamente organizado.

A las 11 de la noche, estornudando en forma colosal, aparece a las puertas del salón, el anciano del telescopio. Su cara soñolienta, muestra a las claras que se ha dormido en su puesto de observación a popa; invade la sala con su libreta en la mano y explica: a la 1 p. m. dice, abandonamos el Golfo de Ancud y a las 2 dejamos a nuestras espaldas las islas Desertores, cuyas riberas Este bordeamos muy próximos a las playas del continente. Pude distinguir perfectamente el suelo vegetal de las islas y apreciar en todo su valor la flora fecunda que en ella se desarrolla. Me pareció distinguir, algo lejos, algunos animales vacunos y pequeños piños de lanares que pacían tranquilamente sobre la yerba, especialmente en la Isla Talcan, que es la mayor. Cultivos no vi de ninguna especie. Por parte del continente, la naturaleza se mantiene tal cual pudieron Uds. observarla durante el día, con excepción de los cerros que se aproximan más a las riberas y, más cortados a pique, van a bañar sus faldas bajo las aguas marinas. Las ensenadas son más constantes y profundas, apareciendo como prolongados canales que se internan tierra adentro. Me pareció ver a flor de agua murallas vidriosas de un color verde oscuro, sin duda alguna, son bancos inmensos de choros que ha dejado al descubierto la baja marea. Con la poderosa lente que acompaña mis investigaciones, creí distinguir en el fondo rocoso de las playas, mantos prolongados de ostras, sobre los cuales se recreaban miles de variedades de peces de todos tamaños y formas; el pez sierra, el robalo, y el pejerrey, que me son familiares, nadaban formando cardumen. Sin duda alguna, estas costas son inmensamente ricas en mariscos y peces, y su explotación futura representa una fuente de riquezas para este hermoso país.

A las tres, continuó, se comenzó la travesía del Golfo Corcovado y, como Uds. pudieron notarlo, apenas una ligera marejada vino a molestar la estabilidad del vapor. Ninguno se dio cuenta que estábamos frente al mar abierto y, las aguas han sido por demás tranquilas y quietas.

A las 8, cuando dejé el comedor, hacia el oeste enfrentábamos el archipiélago formado por las islas Guaitecas y, poco después de alcanzar la isla Refugio por el Este, dejamos a la espalda el paralelo 44.

Aprovechando la última claridad del día, a las 9, el *Imperial* buscó refugio en el Puerto Ballena, sobre la isla Molche, donde pernoctará. Mañana seguirá rumbo al sur por el Canal Moraleda, por cuyas aguas navegamos desde hace una hora.

Cerró su libreta el buen observador y, haciendo un guiño de satisfacción, dio las buenas noches y se retiró a su alojamiento.

En verdad que esta vez todos le agradecemos los datos suministrados; en la contemplación exterior habíamos observado todo a la ligera y, en medio de la charla y la fiesta nocturna, apenas nos dimos cuenta de que el vapor se detenía.

El primer día de navegación terminaba con toda fortuna, habiéndose, el mar, mostrado bueno en demasía. La primera preocupación, el Golfo de Corcovado, fue salvada casi sin notarse; ninguna dificultad se opuso a la marcha del *Imperial* y, el barómetro se mantuvo marcando buen tiempo.

Con la esperanza de un amanecer tranquilo, nos recogimos al camarote.

Más o menos a las dos de la madrugada fuimos despertados por un recio choque que hizo tambalearse a la nave; ¿a qué se debía tan extraño modo de dar un aviso?

De un salto nos pusimos de pie y corrimos a cubierta; en el exterior sólo encontramos la sombra inmensa de la noche acompañada de un viento molesto y frío que comenzaba a soplar con fuerza. Según lo supimos más tarde, el golpe en el vapor fue producido por el choque de la primera racha de viento que llegó hasta nosotros. Observado el barómetro, logramos constatar que había descendido bruscamente y el puntero señalador se encontraba marcando tempestad!

Poco a poco, abandonó sus camas una multitud de curiosos y, las preguntas y respuestas se cruzaron a nuestro rededor. En el espíritu pusilánime de algunos, se acrecentó el pavor que antes concibieran por la travesía del Golfo de Penas y, desde aquel momento, sólo vieron ante la inmensidad, un mar borrascoso dispuesto a tragarse el barco.

La palabra autorizada de un marino y la lluvia torrencial que pocos momentos después azotó sobre cubierta, pusieron término a esta improvisada reunión y, llevó la confianza al ánimo de los más timoratos.

En la región de los canales, las tormentas de viento son peligrosas siempre que sorprenden al barco navegando por canales angostos; este peligro desaparece cuando ellas se presentan en canales anchos o abiertos. En esta segunda situación se encontraba el *Imperial*, fondeado en una bahía abrigada y sobre las aguas del Canal Moraleda. En el peor de los casos, teníamos la noche por delante y, ya vendría la clara luz del día a señalarnos el itinerario para proseguir la marcha.

El resto de la noche fue de descanso para algunos y, para muchos, un sueño agitado con pesadillas submarinas.

A las 6 a. m., todos los pasajeros estaban de pie; la lluvia persistía, pero menos densa que durante la noche y, la atmósfera, saturada con una neblina espesa, sólo permitía el dominio de un horizonte reducido; sin embargo, el buque levó anclas lentamente e inició la marcha hacia el sur, azotado por un fuerte viento de proa.

Todas las manifestaciones exteriores, presagiaban la proximidad de una tormenta; la alegre charla del día anterior, fue reemplazada por un comienzo de angustia más o menos manifestada, según el estado nervioso de los pasajeros.

¿Íbamos acaso en desafío de la tempestad que se avecinaba, o se quería proseguir la navegación con la esperanza de que el viento amainara y se despejara la atmósfera? Probablemente fue esta segunda idea la que impulsó al capitán a abandonar la segura rada donde habíamos pernoctado; en la desembocadura del canal cuyas aguas rompíamos confiados, existen fondeaderos preciosos y asilos seguros contra borrascas peligrosas.

La claridad oscura que nos rodeaba, dio motivos para que el vapor avanzara lentamente y con las precauciones del caso.

A bordo se dejaba sentir un malestar bien manifiesto y una tensión nerviosa creadora de un humor insoportable. Todas las preguntas convergían a un mismo punto: el Golfo de Penas.

¿Cuándo lo pasaríamos?, ¿era siempre accidentada y mala su navegación?, ¿se lanzaría el *Imperial* al mar abierto reinando temporal?

Los conocedores de la situación desentendían las respuestas o las formulaban en forma ambigua, reforzando con ello el malestar general en todos los timoratos; sólo el caballero de la lente permanecía alejado de los grupos e increpaba duramente a una atmósfera que se empeñaba en reducirle el horizonte.

Lánguidas y pesadas corrieron las horas de la mañana y sólo después de medio día aparecieron, detrás de un denso velo, las siluetas elevadas de los cordones vecinos.

La lluvia amainó lentamente y, el claroscuro que nos rodeaba, se fue haciendo menos tenue hasta que desapareció por completo. Los rayos intermitentes de un sol que batallaba por dominar con sus resplandores, iluminaron por un momento los picachos más elevados, dejando después la penumbra vaga e incierta de un día que agoniza.

El viento, soplando con furia y sin descanso en la apartada región que recorríamos, mantuvo su predominio molesto sobre los otros elementos.

El barómetro se mantenía firme y los observadores, después de contemplar el puntero que señalaba tempestad, pensativos y entristecidos, buscaron en los salones una tranquilidad que les había abandonado.

Pocas observaciones pudo efectuar el caballero de la lente, sin embargo, sus apuntes presentaban los siguientes puntos: por parte del continente habíamos dejado a la espalda la gran Isla Magdalena, en cuyo centro se levanta el monte Menlolat mostrando sus cumbres siempre nevadas y que se elevan hasta 1660 metros de altura.

Inmensos bosques pueblan esta isla y su explotación es una riqueza futura. La apartan del continente dos anchos estuarios, el del Norte Canal Jacaf y el del Sur Canal de Gai, ambos profundos y navegables; Magdalena está deshabitada.

Avanzando hacia el Sur, la flora disminuye en fuerza y los arbustos parecen luchar tenazmente contra una tierra débil que no quiere darles alimento.

El frío se deja sentir un poco más intenso y los glaciares se avanzan hasta el canal en forma más continua.

Los chorrillos que se precipitan desde los altos picachos, revisten la característica de las aguas próximas a helarse, y los anchos brazos marinos, apareciendo con precisión admirable y continua, se mantienen en una quietud absoluta. Nada parece turbar la tranquilidad de aquellos senos y el viento es impotente para despertar el sueño de esa naturaleza profundamente dormida...

Por el occidente, el archipiélago de los Chonos, con su multitud de islas repartidas al capricho de una idea fantástica, siembra una extensión considerable que el mar se encarga de invadir en todas direcciones.

Toda aquella tierra está magníficamente adornada con elegantes bosques y merece los mismos honores que se señalaron para la Isla Magdalena.

La península de Taitao, tan discutida de ser transformada en isla, cierra el Sur del laberinto de los Chonos, y con su falda austral, contribuye a la formación del peligroso Golfo de Penas.

Estamos frente, dice el narrador, a la Isla James que, en compañía de la Isla Melchor por el Sur, forman el canal Minualaca, angosta vía por la que debemos internarnos para llegar hasta el Pacífico.

Más al Sur, agrega, siguiendo siempre por el Canal Moraleda, existe el estrecho paso señalado por el Canal Pulluche que, a pesar de ser un poco más largo, es preferible al Minualaca cuando reinan vientos tan fuertes como el presente. Navegando por él, se aprovecha en mejor forma la seguridad de la ruta que presentan los canales y se evita el balanceo enorme que provocan las gruesas marejadas del Pacífico frente a la Península de Taitao. La boca del Pulluche, junto al océano, está marcada hacia el Norte por la pequeña Isla Guerrero y hacia el Sur por la Península nombrada.

Un profundo saludo del narrador indica el término de su corta e interesante conferencia; recibido los agradecimientos de estilo, se dirige hacia proa acompañado de su fiel instrumento.

Son las dos de la tarde. Al cruzar el paralelo 45, el *Imperial* abandona el Canal Moraleda, cambia rumbo directo hacia el Este y surcando las aguas un tanto turbulentas del Canal Minualaca, se dirige francamente en demanda del Océano.

El viento persiste con fuerza poderosa y la lluvia, dormida sólo pocos momentos, despierta abundante y gruesa inundando las cubiertas y pasillos.

El hombre-lente, instalado a proa, descubre allá lejos, sobre el inmenso Océano, manchas blancas y espumosas que se agitan conmovidas a impulsos del huracán; hijas del abismo, nacen en el fondo del mar embravecido, surgen hasta la superficie y, empinadas en las crestas de las olas convulsionadas, señalan al audaz navegante el comienzo de una danza pavorosa.

El *Imperial*, resuelto y altanero, levanta su proa en son de combate y se precipita hacia la inmensidad, en desafío de las furias poderosas, desencadenadas en el oscuro y misterioso dominio de los monstruos...

EL COMBATE

El Golfo de Penas, demarcador austral de la Provincia de Llanquihue, abre el centro de su ancha boca para dejar paso libre al paralelo 47.

Sus costas del Norte están formadas por la Península de Taitao que, semejante a la cabeza de una gigantesca ave de rapiña, extiende su pico formidable hacia el Suroeste para ir a morir en las aguas del Océano en la pequeña Península de Tres Montes. Los golfos de San Esteban y Tres Montes, se internan en esta tierra abrupta e inhospitalaria, presentando sus aguas cubiertas de islotes negros y rocosos, cual tentáculos avanzados de pulpos colosales destructores de la humanidad.

Hacia el Este aparece un terreno cubierto de vegetación, verdadero oasis en medio de un desierto de rocas y acantilados. Del centro de esta flora virgen y hermosa, se empinan hacia el cielo conos colosales cubiertos de una gruesa capa de nieve eterna. La isla Javier encierra el fondo de este golfo y su posición semeja un dedo demarcador que muestra directamente la puerta de salvación abierta hacia el Sur por el Canal Messier. Este último, brazo profundo y navegable, separa de un continente inexplorado, las innumerables islas que quedan al Oeste y que están encabezadas hacia el Norte por las Islas Guayaneco. Forman ellas las costas sur del inmenso golfo y sus riberas escarpadas y rocosas parecen centinelas dobles custodiando la única brecha abierta hacia el camino de salvación y vida.

Miles de aves marinas pueblan estas playas desoladas y, semejando aviones de combate, al divisar la aproximación de una víctima, se desprenden majestuosas de sus

ocultos hangares para iniciar un vuelo complicado, intenso en rápidos virajes, alrededor del barco que se acerca.

El formidable albatros o pájaro carnero, capitanea estas escuadrillas infinitas, su poder y fuerzas colosales, lo hacen el enemigo más temido del náufrago que, con sus fuerzas agotadas, combate débilmente con las olas o es arrojado a las desiertas playas. Basta un sólo golpe de esos acerados picos, para que un cráneo se parta o para que se desgarran las entrañas de una víctima.

Están, pues, en su casa, estas aves de la muerte; su elemento benéfico es el mar embravecido y creador de las tempestades destructoras.

Venciendo la cuña formidable de un viento recibido por la proa, el *Imperial* se presenta ante el turbulento Pacífico e inicia el desigual combate.

¡Pobre pigmeo belicoso que se apresta a combatir los elementos!

No es el mar quien primero lo ataca; basta un bofetón del viento para que se tambalee como aturcido y se vea obligado a cambiar el rumbo hacia el Sur.

La lluvia lo azota ahora de costado y, el mar empuja sus olas por debajo de la quilla, obligándolo a danzar el baile extraño de la inestabilidad.

Son las tres de la tarde; los pasajeros hacen lo posible por mantenerse en el puente, concentrando todos sus esfuerzos para retener en el estómago un alimento que desea abandonarlo.

Las caras pálidas, figuran la mueca peculiar de ese algo extraño que sube hasta la boca y después de amargar un momento el paladar, vuelve a deslizarse por el esófago esperando un nuevo vaivén del buque, que impulsa la molesta ascensión, repitiéndola con constancia desesperante.

La grandiosa inmensidad conmovida, turba un momento su soledad aterradora, para presentarnos dos vapores que se aproximan por nuestra banda de estribor: son ellos el *O'Higgins* y el *Esmeralda*; veloces en su andar, surcan gallardos las aguas, en demanda del Canal Messier. Las olas colosales que se oponen a la marcha, son cortadas con empuje irresistible; las moles de acero, se balancean gallardas, mostrando a cada instante sus quillas poderosas.

Bailando la misma danza del *Imperial*, pero más seguros de su sólida estructura, dejan deslizarse por sobre la cubierta cerrada las enormes olas que despedazan y transforman en espuma, lanzándolas al viento convertidas en copos de una blancura infinita.

La banda del *Llanquihue*, rompe el silencio en nuestra nave, y acompaña la marcha de los acorazados tocando los acordes de la Canción Nacional.

Los pasajeros se entusiasman; levantan un momento el ánimo deprimido, y vitorean la terminación del *Himno patrio* con tres hurras lanzados a todo pulmón.

Pronto desaparecen mar adelante las naves guerreras. Solos ante el inmenso Océano, nos aprontamos para la lucha que se acerca.

Parece que el mar esperara este instante de soledad; el viento crece en fuerzas y las olas más hinchadas y furiosas, se rompen con estruendo contra los costados del barco. Ya es difícil mantenerse de pie. La campana que antes tantos pasajeros llamara al comedor, ahora es tocada inútilmente; son muy pocos los que se asoman a la puerta de la sala y la abandonan inmediatamente con manifiestas muecas de desagrado. A bordo todo ha enmudecido; algunos tratan de pasearse y no lo consiguen; sólo se ven algo concurridos los sitios que se frecuentan por obligación.

El caballero del telescopio, ha guardado su instrumento; a pesar de haberse anunciado como un verdadero lobo marino, se presenta con la cara descompuesta y cadavérica.

Un representante de la prensa, orgulloso hasta hace pocos momentos de unos enormes mostachos a lo Kaiser, yace tendido sobre un banco, con sus bigotes colgantes.

Las señoras, buscan asilo junto a un rincón y escuchan resignadas los consejos de sus esposos.

Una ola gigantesca revienta en pleno puente, inunda el barco con agua salobre y espesa, obligando a que los pasajeros, completamente mojados, se retiren a sus camarotes.

Como pacientes anestesiados, bamboleándose cual ebrios, uno a uno abandonan la cubierta en busca de un sitio más seguro.

Una segunda ola pega de lleno sobre un costado; sus aguas lanzadas a manera de catapulta, invaden los pasillos y corredores, arrastrando a aquellos que, sin fuerzas para moverse, han demorado la retirada.

Impulsados por el pánico que nace del peligro y salvados por la baranda del vapor, aprovechan el descenso de la nave para ganar el salón u otro local que les asegure la vida.

En un rincón, semi aturdido, yace el aporreado anciano de los catalejos; su posición es peligrosa e insegura. La mano compasiva de un marinero lo levanta de aquel sitio y apenas tiene el tiempo necesario para dejarlo asegurado en un lugar impropio al descanso merecido e indigno al rango del ocupante.

El temporal, entre tanto, arrecia por momentos; el mar, cada vez más enfurecido, asume proporciones colosales.

La última claridad del día da paso a las sombras de la noche; en medio del caos que avanza, las montañas movibles que nos circunscriben, parecen agigantarse lentamente.

A las ocho de la noche, las tinieblas más profundas, aparecen como formas espantosas precipitándose sobre nosotros; reunidos en el salón, apenas tenemos fuerzas para sujetarnos a los sillones. A esa hora, el telegrafista del barco se presenta en la sala mostrando un radiograma; es del *Esmeralda*, y dice así:

«Cambien rumbo más a tierra, *Esmeralda* perdió un hombre arrebatado por el mar, buscamos fondeadero, en el golfo tempestad espantosa».

Ninguno comentó aquel aviso, sólo un dirigente ordenó se transcribiera al crucero la orden de mantenerse próximo al *Imperial*; ¡el solitario barco reclamaba auxilio!

Ésa fue la última comunicación que recibimos durante la lucha con el voraz elemento, después quedamos aislados de todo ser viviente y sujetos a nuestra propia suerte.

A pesar de estar el vapor bloqueado por la tormenta, siguió lentamente su marcha de avance en demanda de un asilo donde guarecerse.

Según lo supimos más adelante, en las últimas horas de la tarde alcanzamos a enfrentar la puerta del Canal Messier, sin embargo, la noche vino en auxilio de la tempestad, dando nuevos impulsos al huracán. Los dos centinelas avanzados de las Islas Guayaneco, extendieron sus garras rocosas hacia el golfo, sembrando de islotes las riberas hasta tres kilómetros mar adentro. Seguir adelante era exponerse a caer en esas garras y morir después entre las rocas o bajo el ataque seguro del pájaro carnero.

El viento enfurecido, temiendo se le escapara la presa, cambió la dirección del ataque y, soplando desde tierra, arrojó la nave mar afuera.

Así terminaba el comienzo del drama para dar paso a la casi tragedia.

Frente al golfo existen tres corrientes, la producida desde el mar a tierra, la que se produce desde el fondo del golfo hacia el mar, al vaciarse las aguas que no pueden escapar por los canales, y las corrientes constantes que vienen desde el Sur. Al juntarse estas tres corrientes, son peligrosísimas para la navegación, máximum si reina temporal. Hacia ellas nos arrastraba el viento en medio de un caos espantoso.

Lo invisible nos presentaba un combate desigual; era dueño absoluto de la situación y nos tendía sus redes, impulsadas por el sordo rugir del abismo.

A bordo reinaba el silencio más absoluto, ni un grito, ni un quejido se escapaba para responder a la ronca voz submarina. El pánico y el terror llevados a su grado máximum, son creadores del silencio. Jamás se ha oído gritar de terror al reo que sentado en el banquillo

espera el tránsito a lo desconocido. Los músculos se contraen, el alma gime, pero el pecho calla.

Ante la muerte que avanza, la criatura se anonada y espera; algunas elevan una plegaria mientras otras murmuran una imprecación contenida.

En medio de la soledad más absoluta, el mar se agiganta y parece desplomarse el cielo. Las formas espantosas se hacen reales, crean vida y son compañeras del terror.

En un mar desconocido y lejos del auxilio humano, el miedo se convierte en pavor, y el cerebro, al comprender su pequeñez, aquilata la grandeza de la Creación.

Destruir es retroceder, sin embargo, las tempestades destruyen obedeciendo un mandato de la Creación; todos desconocen la utilidad que encierra este misterio...

En medio del caos que nos rodeaba, esperábamos por momentos el descenso hasta el abismo aterrador. El buque era juguete de las olas que tan pronto lo lanzaban al espacio como lo sumergían en su sima. Sin embargo, las horas pasaban y nosotros vivíamos.

El vaivén loco de un cuerpo sin estabilidad tenía cansado nuestro organismo. Combatir era un sarcasmo y, nosotros combatíamos. El trepidar de la hélice bajo el agua, llena de confianza al navegante; la hélice que gime en el espacio aumenta el terror; nosotros percibíamos esta segunda acción y nos sentíamos perdidos. Si el buque perdía la dirección, la tragedia terminaba.

Eran las doce de la noche; juntos los dirigentes del barco, discutían en voz baja la salvación de la nave.

Creyéndose todo concluido, se intentó el regreso a Puerto Montt.

Virar en medio de la tormenta, es peligroso; sin embargo, el *Imperial* intentó el cambio de rumbo y fue dolorosamente castigado. Un poderoso golpe de ola reventó contra la popa, haciendo volar, hecho astillas, un compartimiento completo ocupado por los mozos de a bordo.

Una intervención providencial, mantuvo en pie un tabique del entre puente y contra él estrelló a una veintena de individuos que descansaban. Una estrecha escotilla del puente superior, fue abierta por la fuerza de la ola; por ella se escaparon los náufragos, a tiempo que un segundo ataque destruía el tabique de salvación.

La primera herida inferida por el mar, podía transformarse en llaga y había que evitarlo. El ataque de la tempestad fue mal calculado y la brecha abierta a popa hizo meditar la resolución del piloto.

Si las olas no precipitan el golpe el vapor hubiera virado, sufriendo un desastre completo en su flanco expuesto al mar. La destrucción se hubiera hecho extensiva a todos

los camarotes altos, los que arrancados de su base, habrían volado a la sima, sepultando en el abismo a más de un centenar de vivientes. El resto era cuestión de momentos, abierta la parte alta de la nave, las aguas precipitadas francamente hasta el interior del casco, lo hubieran arrastrado en su caída vertiginosa.

La catástrofe se presentaba horrorosa y muda. Estábamos a cuarenta millas de la costa y ni un vestigio hubiera quedado de este drama solitario. Nadie tenía esperanza de salvación; las aves marinas, prontas para aquella orgía macabra, se habrían encargado de los sangrientos despojos de los cuerpos flotantes.

El viraje interrumpido se detuvo, el aviso del mar fue oportuno y la primera herida nos dio vida.

Mantenerse viento en proa era la salvación remota, era necesario aferrarse de aquel hilo salvador y quedar juguete de las olas hasta que el temporal amainara.

Después de este ataque positivo, el mar pareció retirarse un momento para concentrar todas sus fuerzas; el viento también disminuyó su intensidad para iniciar después un nuevo ataque.

La voz clamorosa de los náufragos se extendió por los compartimientos de la nave, presagiando el fin que se aproximaba.

Así terminaba la noche su odisea dolorosa y, dando paso a una luz opaca, anunciaba el amanecer de un día oscuro y tenebroso. El ambiente exterior saturaba la atmósfera con un olor salino que se hacía irrespirable.

La lluvia continuaba desplomándose del cielo y se dejaba sentir más cercano el mugir sordo de la tormenta.

La incierta nebulosa de una luz ciega, no marcó transición entre la claridad y las tinieblas, mostrando al día semejante a la noche.

A bordo no había vida, la mayor parte de los pasajeros encerrados en sus camarotes, esperaban el final de la tragedia.

El Gigante de los mares, hinchando su pecho colosal, sopló con sus pulmones poderosos dando vida nueva a olas monstruosas.

El barco aparecía como un pigmeo bloqueado por acantilados espantosos; sin embargo, se mantenía.

El chocar de la masa líquida se hizo ahora más continuo y, la nave gimiendo en toda su estructura, reconoció su impotencia.

Enfurecidas las olas por el fracaso de su primer ataque, invadieron las cubiertas desoladas, arrastrando y demoliendo todo cuanto se oponía a su marcha.

Las puertas cerradas en el piso bajo, se abrieron con estrépito ante esta presión formidable, y las chapas saltaron dejando hecho astillas sus emplazamientos. El comedor fue inundado por las aguas y la sillería levantada de sus soportes.

El estrépito de los cristales rotos se hizo ensordecedor; la vajilla se estrellaba contra los compartimientos y después de recorrer la sala en todas direcciones, acompañaba al mar en su huida, precipitándose al abismo.

Los camarotes bajos estaban a flor de agua y las olas se estrellaban contra las claraboyas.

Los pasajeros, guarecidos en sus habitaciones, sentían el rechinar de los goznes que se rompían y el crujir de la nave que se abría. El mar atacaba sin tregua, haciendo rebotar los cuerpos desfallecidos, contra los muros del vapor.

El balanceo era horroroso, y el tumbo producido por una ola era levantado por la que le seguía.

Un golpe asestado a popa, hizo volar varios pernos, aflojando las amarras. El *Imperial* agonizaba lentamente, pero sacaba fuerzas de su agonía para mantenerse a flote. La inteligencia, sobreponiéndose a la inmensidad, no desmayaba ante los ataques del monstruo enfurecido y, sin combatirlo, lo contenía.

Así transcurrió ese día nocturno y llegó el manto espantoso del caos a rodearnos nuevamente.

Con las sombras de la noche, la batalla recrudeció; sin el menor descanso posible para tomar aliento, el *Imperial* seguía defendiendo su estertor de agonía.

Lanzado en la sábana inmensa, había derivado a merced de las corrientes y del viento, ignorando su ubicación.

Las horas pasaban lentamente, en medio de una angustia indecible. Las pocas víctimas que nos manteníamos en un ángulo del comedor, contemplábamos horrorizados el ir y venir incesante de las olas.

¿Cuándo terminaría esa danza monstruosa?

El mar siempre furioso, siguió atacándonos con fuerza inaudita y el pobre y viejo barco que nos albergaba, sólo se mantenía a flote ayudado por la mano protectora de la Providencia.

Treinta y seis horas de combate con el mar, habían agotado nuestras fuerzas y, completamente consumidos, semejábamos tristes despojos de seres con vida.

En medio de la inmensidad y ajeno a todo auxilio, el combate con lo desconocido se presenta espantoso y eterno; cada minuto se acrecienta hasta convertirse en una eternidad. Treinta y seis horas son dos mil ciento sesenta minutos. Calcúlese una eternidad prolongada dos mil ciento sesenta veces y se tendrá una idea de nuestros sufrimientos.

El mar es eterno como el mundo y, sin embargo alberga los caprichos de un adolescente; un barco es un juguete entre sus inmensas manos; juega con él, cual lo hiciera con un muñeco un pequeñuelo. Pronto lo destruye o lo abandona y más tarde lo recupera para iniciar de nuevo el juego pavoroso.

Cansado del muñeco el inmenso océano, calmó un momento su ondulante movimiento, dando tregua a la presa moribunda.

El viento, compañero inseparable de las ondas, se retiró a su caverna misteriosa y los estanques agotados del cielo, cerraron su válvula de escape para acumular nuevamente el líquido vivificador de las florestas, tan imprudentemente vertido en medio de un elemento que no lo necesitaba.

Al apaciguarse el océano, sólo dejó sobre la superficie la agitación molesta de la mar boa.

Bandadas inmensas de aves marinas, revoloteando a nuestro rededor, nos anunciaron el comienzo de un día debilitado. La oscuridad difusa de la atmósfera, mensajera de bonanza, se acrecentaba lentamente señalando las últimas espumas de un mar hirviente que moría.

La confianza renació en los pechos oprimidos y un destello de esperanza se vislumbró en la claridad lejana.

El trepidar del barco desquiciado disminuyó lentamente y, la visión de la nave flotante, dio nueva vida a las almas deprimidas. Todo tendía a su término y aún vivíamos. El juguete había sido abandonado sin ser destruido.

Las nubes desaparecieron poco a poco y la atmósfera oscura se eclipsó. Los primeros rayos de un sol tan esperado nos mostraron en toda su intensidad la magnitud del desastre. Dueños ya de nuestros miembros adormecidos y amoratados, nos lanzamos a recorrer el barco gigante que, a pesar de gemir profundamente durante la batalla, la sostuvo hasta obtener la victoria.

Pernos cortados a cincel por la mano maestra de las olas, aparecían por todas partes. Sobre cubierta, la desolación era completa; nada quedaba en los puentes de lo que antes viéramos, todo se lo había tragado el mar con su insaciable voracidad. La popa aparecía

desmantelada y la prolongación de las dos cubiertas desoladas figuraban la mueca de las mandíbulas que mueren con dolores infinitos.

Los camarotes permanecían herméticamente cerrados y, el buque sin vida, semejaba el navío fantasma desolador de los mares.

Sólo cinco navegantes recorríamos los corredores desiertos, buscando sobre el *Imperial* una tranquilidad que tal vez lo había abandonado para siempre.

El pleno sol de una mañana apacible, inundó con sus torrentes de luz, una atmósfera todavía saturada de neblina y la claridad brillante de las nubes que se alejaban, trajeron la confianza de días más tranquilos.

El *Imperial*, ajeno ya a combates desiguales, surcaba las ondas infinitas en demanda de la libertad y de la vida. Su estructura, conmovida reciamente en medio de su desquiciamiento, sustentaba el albergue de los vivos conduciéndolos hacia un puerto de salvación.

En el lejano horizonte apetecido, surgieron hasta el cielo esplendoroso, las formas vagas de siluetas terrenales, demarcadoras de la ansiada libertad.

La formidable península de Tres Montes, elevando sus conos hasta el cielo, señaló la ruta más segura que debía seguir el *Imperial*.

Estábamos en el día once, es decir, en el cuarto de nuestra navegación. Nuestros relojes marcaban las nueve de la mañana; el rumbo que seguíamos era directo hacia el Este.

Pronto las costas se diseñaron con precisión frente a la ruta de marcha y, el alma ajena ya a terrores submarinos, respiró con amplitud una atmósfera ligera y bienhechora.

Los pulmones se ensancharon fortalecidos y el cerebro atormentado tanto tiempo, buscó reposo en medio de la tranquilidad tan esperada.

El sosiego, creador de la reflexión, trajo a nuestra mente despejada la angustia que debía haberse apoderado de los compañeros de viaje.

Habíamos visto enclaustrar al alegre anciano de los catalejos y hacia él se encaminaron nuestros primeros pasos. Abierta la puerta de su celda improvisada, pudimos constatar una especie de gran estropajo abandonado sobre las baldosas. ¡Treinta y seis horas había pasado el valiente observador en un sitio que se frecuenta sólo por algunos minutos! Nuestros auxilios lo reanimaron pronto y le devolvieron la vida que parecía abandonarlo. Sus primeras preguntas fueron una recomendación: sus catalejos, ¿dónde estaban?, ¿sabía el público el local donde él había permanecido?, ¿habíamos naufragado? ¿seguíamos rumbo a Punta Arenas? etc., etc.

Confortamos en la mejor forma aquel espíritu quebrantado y le prometimos ocultar a los navegantes el local impropio de su cautiverio obligado; sólo una cosa no podríamos evitar; la presencia de los enormes moretones acusadores que, completamente inflamados, adornaban su apergaminado rostro. Más tarde, nuestro silencio fue consecuente con la promesa que le hiciéramos y el golpeado anciano sacó tal efecto de sus contusiones que lo proclamaron el «Rey de la Tempestad».

El barco se aproximaba lentamente hacia la costa, balanceándose dolorido. La moribunda cubierta se vio pronto animada con la presencia de la tripulación que, afanosa y diligente, se concretaba a aminorar el desastre.

Nuestros pasos se encaminaron hacia los camarotes de pasajeros y llevaron palabras de aliento a los desfallecidos. El Hércules de la campana recorrió todos los compartimientos, balanceando su instrumento sonador. La banda, tanto tiempo enmudecida, lanzó al aire los acordes de una diana, dando alegría y vida a los que yacían postrados. Sin embargo, la algarabía bulliciosa que despertaba no fue motivo suficiente para que los navegantes abandonaran sus encierros y salieran a respirar el aire vivificador.

El *Imperial*, temeroso aún del castigo que venía de recibir, se acercaba a tierra con la proa gacha y la popa caída. La tregua ofrecida por el mar podía ser pasajera y era necesario huir de aquel campo de Agramante, antes que las olas comprendieran el estado deplorable de la nave.

A las doce del día, enfrentamos la Península de Tres Montes y surcamos las aguas del golfo, navegando siempre hacia el Este.

Manteniéndonos a conveniente distancia de las playas, pudimos contemplarlas en todo su aterrador salvajismo.

La estabilidad del barco se acentuaba cada vez con mayor solidez y sólo entonces, uno a uno, los pasajeros comenzaron a abandonar sus escondites.

Hacia ya dos días que no se tomaba alimento; los estómagos se encontraban exhaustos a consecuencia del extraño y obligado masaje que acaban de sufrir.

Pronto se inició un desfile intenso hacia el comedor.

Junto a una de las desvencijadas puertas, pudimos contemplar libremente una procesión continuada de rostros afeitados y enjutos. Todos los semblantes disimulaban sonrisas, pero las órbitas de los ojos, todavía dilatadas, era la muestra más elocuente del espanto aún no concluido; el exterior pacífico se esforzaba en vano por contener un interior tempestuoso.

En un principio las mandíbulas dedicaron todos los esfuerzos en triturar alimentos, muy pocos se ocuparon en hacer comentarios, sin embargo el anciano de los catalejos se encargó de dar salida a ese torrente por todos contenido y, la charla se inició.

Contó el buen anciano cómo desde su observatorio en el salón, pudo presenciar, impasible, los avances de la tempestad. Uno a uno fue enumerando los distintos horrores, hasta colocar al navío navegando hacia el golfo.

Mostró sus moradas contusiones y las señaló como efectos de los choques contra el aparato observador. Por su verídica narración pudieron saber los pasajeros que el *Imperial* había alcanzado la boca del Canal Messier, para derivar después mar adentro y repasar tres veces la ancha abertura del golfo. Las olas, decía, eran espesas en cardúmenes de peces que, al estrellarse contra la arboladura del vapor, rebotaban temblorosos sobre la nave en espera de la segunda ola que debía devolverlos a su elemento.

La nave convertida en submarino, se mantuvo entre dos aguas, despreciando la braveza del océano. Las escotillas abiertas y convertidas en sifones, daban paso al agua turbia vaciando los compartimientos cargados con carbón. El valiente anciano sólo se había salvado gracias a la sólida amarra con que logró sujetarse durante la tempestad.

Nada se había escapado a la penetrante mirada y al potente arrojido del audaz lobo marino; su narración conmovedora y espeluznante, hizo que el público lo ovacionara proclamándolo «Rey de la Tempestad».

Iniciada en esta forma la conversación, cada comensal fue un héroe, ninguno se había mareado, todos habían permanecido en los camarotes por temor a mojarse con la lluvia exterior, sin embargo, la mayoría presentaba lesiones más o menos contundentes, pero todas estaban hábilmente disimuladas bajo una gruesa capa de cosméticos. Todos lo habían visto todo y la narración del anciano ninguna nueva les proporcionaba. Por nuestra parte llegamos a la conclusión de que cada uno sufrió y observó las consecuencias de la tormenta en distinto sitio, pero en la misma forma que el señor de los catalejos.

Las playas norte del Golfo de Penas, a pesar de ser abruptas y peligrosas, ofrecen algunos fondeaderos. A las cuatro de la tarde, después de haber rodeado la Península de Tres Montes, el *Imperial* fondeaba en el Puerto Almirante Barroso.

A nuestro frente Este quedaba la península de Forelius que separa los golfos de Tres Montes y San Esteban. En este último, avanzando hacia el Noreste, desemboca el río San Tadeo que atraviesa casi de parte a parte el famoso istmo de Ofqui.

No es pues este istmo el cuello completo que mantiene adherida al continente la inmensa península de Taitao. Sólo un macizo separa al río San Tadeo de la laguna San Rafael, ésta se prolonga hacia el Norte por el profundo y navegable río Témpanos, y tiene comunicación con el golfo Elefante. A su vez, este último, se avanza hacia el Norte por el estero del mismo nombre, y después de unirse con los canales Costa y Errázuriz, echa sus aguas en el ancho Canal Moraleda.

No reviste los caracteres de una obra de titanes la apertura de este istmo diminuto. Cortado por el Sur el angosto paredón que separa las dos vías marítimas, el río San Tadeo ofrece vía segura para la salida al Golfo San Esteban, fondo del de Penas, señalando así ruta fácil hacia el Canal Messier.

Lógico se hace concebir la afluencia enorme de turistas que atraería esta obra realizada. El comercio hasta Punta Arenas se vería poderosamente reforzado con la caravana de pequeños vapores que, burlando el combate casi constante en el Océano abierto, surcarían aguas tranquilas, ajenas a grandes marejadas.

Acrecentando miles de veces el valor de las ricas playas y costas que forman los canales, se daría un paso bien marcado y bien seguro hacia el desarrollo futuro del país en lo que se relaciona con la industria pesquera.

Obras de esta naturaleza no deben consultar un beneficio momentáneo; la vida de la Nación no se refiere al presente y porvenir cercano. La vista debe extenderse hacia adelante y considerar los sacrificios del momento como capitales colocados a largo plazo, creadores de intereses colosales.

Baste considerar el terror constante que inspira el tránsito por el Océano que baña a la Península, para mirar con placer los esfuerzos que hoy se hacen, tendentes a encontrar esa llave de oro perdida, que debe abrir las puertas tan deseadas a la navegación de pequeños vapores.

Fondeado en el puerto antes nombrado, el *Imperial* se ocupa en curar sus numerosas heridas y los prácticos recorren la nave para formular el diagnóstico. Éste se mantuvo en reserva para la casi totalidad de los viajeros, pero el señor de los catalejos, logró anotar en su libreta los siguientes puntos:

«A popa, veinte camarotes destruidos y perdidos por completo; las amarras sostenedoras de los costados del casco, aparecen peligrosamente sueltas y hay que reforzarlas casi en su totalidad. A proa, parte de la arboladura se fue al mar, como en la popa, las amarras están sueltas y debe procederse a su arreglo inmediato. La parte central aparece conmovida reciamente y las uniones han cedido en forma peligrosa. Los destrozos no pueden ser reparados inmediatamente, sólo las amarras serán reforzadas antes de seguir viaje al Sur».

Como consecuencia del examen practicado minuciosamente, se llegó a la conclusión de que el barco no habría podido seguir resistiendo una hora más contra los ataques del temporal. Abiertas las amarras, el *Imperial* se habría desmoronado como un castillo de naipes y en espantosa confusión de vivos y de muertos, se habría precipitado al fondo del abismo.

Por obra providencial, la lucha se terminó en el momento preciso y, la nave aferrada al minuto salvador, desquiciada y moribunda, logró poner proa a tierra, deslizándose tambaleante hasta encontrar refugio en las costas lejanas.

La claridad de la tarde y el mar apacible de la rada, dieron tiempo para que algunos pasajeros bajasen a tierra.

La profundidad de las aguas permitió que el bote se aproximara hasta las rocas y el descenso a la playa se hizo fácil.

En general, la Península es árida y pedregosa; los moluscos, especialmente el choro abunda en las grietas profundas de los acantilados, las lapas, sólidamente pegadas al granito, muestran en todas partes su pequeña caparazón blanquizca. La flora es débil y pequeña; los arbustos raquíuticos y de color café oscuro, se levantan apenas algunos decímetros sobre una naciente capa de tierra vegetal.

Extendiendo la vista en rededor, nada atrae las miradas del que observa. Sólo turban la monotonía del paisaje, las enormes aves que se ciernen en el espacio infinito.

Al regresar a bordo la pequeña embarcación, volvió con los excursionistas cansados y sin nada de nuevo que contar.

La hora de comida y la campana tronadora nos invitan a la sala; esta vez la sobremesa se hizo más corta y los pasajeros extenuados, pronto se recogieron a sus camarotes.

A las nueve de la mañana del día doce, el *Imperial* levó anclas y cruzando por cuarta vez el Golfo, tomó rumbo directo hacia la boca del Canal Messier.

A las 11 dejamos a la espalda el paralelo cuarenta y siete y con un marcado balanceo de proa a popa, navegamos hasta las tres de la tarde, hora en que, enfrentando hacia el Oeste las islas Guayaneco, entramos a navegar seguros por sobre las corrientes aguas del Canal que tanto se hizo desear.

A las cuatro fondeamos en puerto Ballena, situado en la ribera Suroeste de la Isla Wager.

Apenas terminada la comida de aquel día, recibimos comunicación radiográfica enviada desde el resto de los buques; ella confirmaba la noticia recibida desde el *Esmeralda* antes de la tormenta y agregaba la pérdida de botes sufrida por el acorazado España que navegaba mar afuera.

Los comentarios más dolorosos se hicieron a causa de este nuevo desastre y se formularon ardientes votos por el próximo arribo a Punta Arenas.

Según lo supimos más tarde, el marino arrancado al *Esmeralda* fue arrebatado por las olas en los momentos en que cumplía con su deber, amarrando algunas jarcias a popa.

Tan pronto se dio el grito de «¡hombre al agua!», el crucero disminuyó su andar y con toda oportunidad se lanzaron cuatro salvavidas. Todas las miradas de la tripulación

convergían hacia el naufrago que desesperadamente se debatía con las olas. Los salvavidas flotaron junto a él y el marino hizo esfuerzos inauditos para alcanzarlos, todo aquello fue obra de segundos; una nube de pájaros carnero, se precipitó sobre el naufrago arrancándole los ojos espantados y despedazándole el cráneo. Un manto rojizo se extendió sobre la superficie líquida y, ante la mirada angustiada de los espectadores, los despojos de la víctima desaparecieron en los abismos desconocidos...

Tan triste comunicación fue el tema obligado de los diversos comentarios y, el resto de la velada se desarrolló lúgubre y monótono.

En un rincón de la sala, rodeado por un grupo de novedosos, el anciano de los catalejos, estudiaba en la carta los parajes que debíamos recorrer al día siguiente; partiendo al despuntar la primera claridad, decía, en las últimas horas de la mañana podremos alcanzar la famosa Angostura Inglesa, región tan hermosamente descrita por los conoedores de la comarca.

Más allá de ese angosto paso, agregaba, nos encontraremos con los indios Alacalufes, dolorosos despojos de seres vivientes, de los cuales se comentan historias tan diversas y penosas.

FRANCAMENTE HACIA EL SUR

El día trece amaneció espléndido y sereno. El frío intenso del ambiente exterior no fue obstáculo para que los navegantes permanecieran horas enteras contemplando un paisaje completamente nuevo. Los cerros iban perdiendo, paulatinamente, su capa vegetal; algunos se elevaban en formas caprichosas formando una sola roca negruzca cubierta de un sudor helado. Únicamente los pequeños islotes aparecían en continuidad infinita, cubiertos de una flora débil pero hermosa que los hacía aparecer como inmensas jardineras adornando aquel piélago salvaje.

Pronto dejamos a la espalda el paralelo 48 y el barco impulsado por la poderosa corriente de las aguas, tomó un andar más ligero y más estable.

La velocidad fue acrecentándose por momentos; el aparato demarcador señalaba catorce millas por hora.

Antes de la tormenta, el *Imperial* sólo avanzaba a razón de diez millas; nos pareció pues muy extraño que después del casi naufragio, el vapor aumentara su andar. En presencia de un fenómeno de tal naturaleza, nos encaminamos hacia el puente de mando para inquirir la solución precisa de aquel problema.

A medio camino tuvimos la suerte de tropezar con el señor de los catalejos; anciano que se encargó de aclarar la nebulosa.

El Golfo de Penas, nos dijo, puede considerarse como un inmenso depósito donde el mar viene a dejar la enorme cantidad de agua que continuamente lanza contra las playas. El

océano, con su constante marejada, forma dique a este depósito e impide que las aguas vuelvan hacia el mar. Incapaz el golfo de contener tanto líquido, se desprende de una parte considerable y la arroja hacia el Sur por el canal Messier. En tiempos normales, agrega, la corriente marcha, a razón de ocho a nueve millas por hora, hoy avanza catorce, a consecuencia del exceso enorme de agua que se encargó de retener la tempestad.

Gracias a la causa anotada, agrega, el barco tiene poco que trabajar; si la hélice se mantiene evolucionando con fuerza, poco a poco aumentaremos la velocidad.

A pesar de haber dado los agradecimientos por tan sencilla explicación, el observador no nos dejó. Nos hizo considerar cómo la naturaleza viene muriendo marcadamente a medida que se aleja del paralelo 47. La configuración geológica de los cerros, según él, muestra a las claras que estos terrenos son de formación más reciente que los ya recorridos, el avance de la flora, poderosamente ayudada por los vientos del Norte, va poblando lentamente ese granito y demorará muchos años para que se llegue a constituir la capa vegetal necesaria para dar vida y vigor a los gérmenes que en ella se depositen.

El paralelo 48 señala el centro de esta zona árida que comienza a perder su desnudez y a dar señales de vida al aproximarse al paralelo 49.

Su telescopio, agrega, ha podido descubrir miles de gaviotas y patos marinos, recreándose en las innumerables ensenadas que se internan tierra adentro en ambas riberas.

A flor de agua, distingue con frecuencia la cabeza pardusca del lobo marino, compañero de la nutria o chungungo, que abunda enormemente. El pez volador, a quien los tripulantes denominan «golondrina del mar» surge a cada momento junto a los costados del vapor, y en rápido y descompasado volar va a sumergirse aguas adelante. Observado con la lente, este pajarito-pezu, presenta una semejanza muy marcada con la perdiz cordillerana. Su plumaje impermeable, es café claro y jaspeado con pintitas blancas. A veces es sorprendido en el momento de levantar el vuelo, cae entonces sobre cubierta y, falto de impulso para elevarse nuevamente, agoniza en manos de los pasajeros.

Hasta este punto de sus observaciones había llegado el buen anciano, cuando se interrumpió bruscamente y dio un brinco colosal que casi le hizo perder el equilibrio; después enmudeció por algunos momentos y estiró enormemente su aparato por encima de nosotros.

Un grito ronco escapado de su garganta vino a sacarnos de nuestro asombro:

¡Al frente! -dijo-, ¡detrás de la caleta Hoskyn y al oeste de Bahía Magenta, se divisa la Angostura Inglesa! ¡La veo, sí, la veo, es magnífica, estupenda!...

Aprovechando aquella profunda exploración que lo ensimismaba, nos separamos de él.

Efectivamente, estábamos muy próximos al paralelo 49 y teníamos por delante ese laberinto de islotes que, desde la Punta Stopford, se prolongan hasta Bahía Magenta.

La Caleta Hoskyn se presentaba al frente, cerrándonos el camino. Era imposible que el anciano divisara la Angostura Inglesa; ésta no se muestra al navegante sino cuando necesariamente debe ser salvada. El canal Messier hace una pronunciada curva hacia el Oeste y las tierras del continente tapan por completo el horizonte.

Poco a poco el *Imperial* disminuyó su andar hasta parar sus máquinas casi por completo. La ruta terminaba su camino recto, para iniciar un zigzag constante y prolongado. Cada islote era salvado en sentido contrario al que se presentaba; en esta forma y muy lentamente, el barco se aproximó a las playas Oeste de Bahía Magenta; aquí tomó dirección Suroeste y se dirigió francamente hacia la Angostura Inglesa.

Ningún pasajero permanecía en los compartimientos interiores, pronto la proa se repletó y comenzaron a pronunciarse las informaciones obtenidas a través de esa infinidad de catalejos que tanto llamaron nuestra atención durante el primer día de marcha. El anciano sólo lo divisamos cuando un «¡oh!» ronco y vibrante nos hizo mirar hacia lo alto. Sobre el puente de mando existe una pequeña plataforma que desplaza apenas el local necesario para colocar un farol-linterna. En el día ese sitio estaba vacío. Para llegar hasta él, había que trepar una escala de cuerdas angosta y peligrosa, aún para los mismos marineros; sin embargo, el valiente observador la había salvado sin dificultad y se presentaba cómodamente instalado, con ambas piernas colgantes. El enorme peso de su aparato estirado hacia adelante, lo hacía bambolearse buscando el equilibrio; con el cuerpo echado hacia atrás, sostenía en ambas manos el inmenso periscopio y, dando resoplidos de satisfacción, escudriñaba las costas.

Por su parte, los pasajeros a proa, se concretaban a la misma observación. Al frente se extendían, diseminadas en forma de una inmensa «S», una multitud de boyas demarcadoras de los bajos.

Los altos murallones cortados casi verticalmente, perdían sus faldas en las aguas, dando así una idea aproximada de la profundidad del estrecho callejón.

La angosta vía que constituye la Angostura, está cerrada en su centro matemático por un islote cubierto de vegetación.

Los dos canales que forman este islote son exactamente iguales exteriormente; ambos atraen en la misma forma y en la superficie reúnen las mismas características. En cambio, sus fondos son completamente distintos, uno, el del Este, preñado de rocas bajas que no salen a la superficie, atrae al navío a una muerte segura; el canal Oeste, por el contrario, de una profundidad superior a cuatrocientas brazas, deja el camino libre para seguir mar adelante. El pasaje apenas tiene una anchura de cien metros y el vapor debe salvarlo, orillando el islote que es completamente redondo y pequeño. Terminado este primer recorrido, debe virar a la banda contraria para evitar de ir a estrellarse contra la multitud de rocas que se prolongan hacia el Sur.

El aliento del piloto se suspende durante el paso por este laberinto y la menor despreocupación de su parte traería, como resultado, la catástrofe.

El encuentro de dos navíos en medio de la Angostura, es fatal: ambos tienen forzosamente que chocar y sumergirse en el abismo. Cinco vapores extranjeros se han perdido en ese callejón y ningún pasajero se ha salvado.

Desde la entrada no se divisa la salida y, es obligación de hacer funcionar la sirena antes de aventurarse al paso; consecuente con este principio, el *Imperial* eleva al espacio su silbido poderoso, y detiene la marcha.

Sucede a veces que el aviso dado por una nave es contestado por otra que parece muy próxima; en este caso, los dos barcos se detienen y, sin proseguir la marcha, esperan inútilmente el paso de la contraria.

Desde una puerta a la otra, media una distancia bien marcada; los paredones, en forma de corredores, aproximan estas puertas y dejan sentir los sonidos más cercanos, engañando a los confiados navegantes.

Los pitazos emanados del *Imperial*, son contestados por otros que parecen muy próximos; afortunadamente nuestro navío se encuentra detenido y casi junto a la boca del canal.

-¡Vapor a la vista! -grita el Caballero del Telescopio desde lo alto de su puntiagudo observatorio.

Nadie a bordo lo divisa todavía, sólo se escucha el continuado y estridente son de la sirena lejana, ni siquiera el humo se levanta empañando la claridad de la atmósfera. Lo más probable es que el hombre-lente lo cree ver o lo confunde tal vez con algún islote caprichoso.

De improviso y, en una dirección completamente contraria a la señalada por el alto observador, surge de la montaña, y casi encima de nosotros, la elegante silueta de un barco inglés. Al pasar muy cerca de nuestra banda de estribor, saluda con su bandera levantada a popa, contesta esta atención, gallardo y altanero, nuestro pabellón tricolor, izado en el puesto de honor del *Imperial*.

-Es el *Santa Rosa* -dice el caballero de la lente-, navío mercante de siete mil toneladas de registro.

La hélice de nuestro barco comienza a evolucionar lentamente y la proa inquieta y nerviosa busca, virando, la puerta del angosto canal.

El *Santa Rosa* desaparece pronto, perdido entre los islotes que hemos dejado hacia el Norte, sólo una columna de humo que se retuerce culebreando en todas direcciones indica su presencia en esos mares.

Los pasajeros de nuestra nave han enmudecido y siguen ávidos el lento viraje por la angostura. La marcha se hace eterna; apenas se percibe el movimiento de avance. Al frente, las rocas se levantan verticales esperando el golpe de la proa. Casi rozando las murallas circulares, salva el barco cada precipicio colosal y se dirige hacia un nuevo paredón. En esta forma, esquivando islotes y montañas por espacio de media hora. La convulsión de la hélice señala levemente sobre las aguas la estela demarcadora; casi tocando las boyas continuamos la marcha imperceptible, apreciando en toda su magnitud los encantos vírgenes de esa naturaleza salvaje.

Libre por fin el barco de esas murallas que lo aprisionan, acelera su lento movimiento y se lanza hacia el canal abierto y seguro que se extiende al frente.

Los pasajeros abandonan la cubierta en medio de alegres comentarios; sólo algunos rezagados permanecen a proa y son los involuntarios espectadores de un acontecimiento que no debió tener testigos.

Desde lo alto de su puesto levantado, el hombre-lente, no puede iniciar el descenso; si fácil le fue alcanzar hasta aquel punto, muy difícil le es abandonarlo; por muchos esfuerzos que hizo para recobrar su libertad, no lo pudo conseguir y cuan nuevo Caupolicán, allí quedó clavado equilibrándose maravillosamente.

Como en otra ocasión más peligrosa, la misma mano que lo libró de la tempestad, se extendió hasta la alta plataforma y prestó ayuda al anciano desfallecido.

-¡Es la segunda vez -le dice el marino- que le salvo a Ud. la vida!

Esta frase, imprudentemente vertida, fue oída por algunos espectadores quienes, dirigiéndose al salvador, trataron de averiguar la primera aventura del hombre-lente.

El «Rey de la Tempestad» iba a ser descubierto; la aureola de héroe con que falsamente se supo rodear iba a romperse para dejar paso a los comentarios más prosaicos. Un guiño a tiempo lo salvó de tan crítica situación y el marino comprendiendo aquella señal, guardó silencio y se retiró sonriendo maliciosamente.

Sin embargo, la suerte del anciano había sido echada; una sombra de duda se esparció por los cerebros y los audaces se aprontaron para entrar de lleno al campo de las investigaciones. Desde ese momento se inició una campaña de cuyos resultados dependía la salvación moral del «Rey de la Tempestad».

A las 4 de la tarde el comandante del *Imperial* dio la voz de «¡fondo!» en la hermosa bahía Edén, que se abre hacia el Sur formada por la angosta Punta Eve. Situada sobre la gran isla Wellington, tiene al frente Este el continente cercano que eleva hacia el cielo el alto Monte Jervis cubierto de nieve.

A la simple vista se pueden apreciar en toda su magnitud, los hermosos ventisqueros que al recibir los potentes rayos del sol, se iluminan majestuosos semejando inmensos reflectores con vida.

Los islotes que se desparraman en las aguas del canal, están cubiertos con una débil vegetación y son la morada de esos infelices seres denominados «Alakalufes», que marchan rectos hacia el campo de la muerte. El último censo levantado por los misioneros salesianos señala, para estos vivientes de una naturaleza solitaria y naciente, un número que no sobrepasa de ochenta. Sus dominios están circunscritos a esa cantidad enorme de canales que aparecen en continuidad asombrosa desde la isla Stewart hasta Última Esperanza, punto situado al Este del Archipiélago de la Reina Adelaida, sobre el Estrecho de Magallanes.

Sujetos a una vida semi-acuática, son buenos conductores de pequeñas embarcaciones y se dedican casi exclusivamente en extraer del mar el alimento cotidiano.

Alakalufe significa «Indios en canoas».

Los pasajeros detenidos sobre cubierta, extienden la mirada investigadora por sobre la inmensa superficie que se extiende al frente y hacen los más variados comentarios respecto a los ocultos habitantes de esas frías regiones.

De pronto, la lente de un Zeiss distingue allá muy lejos, la silueta vagamente diseñada de dos embarcaciones que se mueven. Todos a bordo rodean al observador en demanda del punto preciso y hacia él convergen todas las miradas.

El anciano observador inicia en voz alta su reconocimiento.

«En el fondo de aquellas islas, dice, junto a la ribera poblada con una vegetación baja y oscura, se nota el ir y venir de unas pequeñas canoas que se aprestan para hacerse a la mar. Los remos comienzan ya a hundirse bajo las aguas y las embarcaciones, abandonan lentamente la oscura ribera, tomando rumbo directo hacia nosotros.

Sus tripulantes, conglomerados en el centro de cada bote, se mantienen de pie y con dominio absoluto del balance, cortan las pequeñas olas que parecen serles familiares. Las mujeres empuñan los remos e imprimen a la canoa una velocidad considerable».

Poco a poco, y gracias al inmenso espejo líquido que nos sirve de fondo, se destacan más claramente los oscuros tripulantes de esos barcos tan primitivos. Sólo algunos

centenares de metros nos separan de tan extraños visitantes y ya podemos contemplarlos a la simple vista.

El frío exterior es tan intenso, que nos ha obligado a cubrirnos cuidadosamente; extraño contraste, sin duda, con el de aquellos nativos que, sin más cubierta que su piel cobriza, desafían la intensidad glacial de la temperatura, y prosiguen la marcha de aproximación hacia el *Imperial*. Hombres, mujeres y niños, revueltos en completa confusión, elevan hacia los aires sus brazos bronceados y desnudos, prorrumpiendo en gritos destemplados.

-¡Cueri!, ¡cueri!, ¡cueri! -gritan constantemente, mostrando, levantados, rollos de cuero de lobo y nutria.

Pronto las embarcaciones se detienen junto a nuestra banda de estribor, la primera ojeada que les damos, nos causa profunda tristeza.

La tripulación del buque, menos impresionada que nosotros, se entretiene en arrojar al mar pedazos de pan, tarros de conserva y comestibles de todas clases; de cada canoa se lanza a ese elemento frío, un hombre o un niño; medio sumergido, hace presa del objeto y pronto flota sobre la superficie sacudiendo su desgredada cabellera, única parte de su cuerpo que aparece impregnada de agua.

Mientras esto sucede sobre las tranquilas ondas, un indio, tal vez el más anciano y jefe de aquella tribu, sin otro vestido que un jaquet y un sombrero de copa, acompañado por dos nativos desnudos, ha logrado subir hasta cubierta y trabar conversación con algunos de los navegantes; viene a negociar cueros de nutria y lobo a cambio de abrigos y comestibles.

Sólo bastan algunos minutos para finiquitar aquel comercio tan deseado por los pasajeros, momentos que aprovechamos para examinar de cerca la contextura del Alakalufe: su estatura es mediana y de compleción raquílica; la vista tal vez antes penetrante y dura, tiene ahora un tinte opaco y un aspecto triste; apenas se atreven a mirarnos cara a cara y parecen conocer perfectamente que su desnudez es el motivo de nuestra repulsión. No contestan las preguntas y se limitan exclusivamente a hablar de su negocio.

Observando aquella piel cobriza y lustrosa, podemos constatar que está cubierta por una gruesa capa de aceites y grasas marinas; más tarde supimos que aquellos infelices se embetunan con grasa de lobo; tal vez esta cubierta impermeable sea suficiente para preservar sus cuerpos del intenso frío exterior.

Aceptadas y terminadas las bases comerciales, el jefe y los nativos descienden del buque cargados con comestibles y llevando un paquete muy diminuto que contiene ropas.

Las canoas, mientras tanto, se encargan de recibir cuanto desperdicio de comida se les arroja del vapor. Sobre las cabezas de los desgraciados caen papas, panes, carnes, etc.,

etc.; todo aquello lo guardan en un ángulo de la chalupa y bajo una capa de raíces vegetales.

Los indios gritan y ríen como verdaderos idiotas; cada indicación de a bordo, es contestada por un coro de carcajadas estridentes que llegan al alma.

Completamente encogidos en el fondo de los barcos, apenas hacen movimiento con sus cuerpos, únicamente los brazos se agitan por los aires.

En la mayoría, las piernas se muestran completamente atrofiadas. El abdomen sumamente dilatado y deformado, cuelga hasta más abajo del pubis, haciéndolos aparecer como enormes patatas sostenidas por dos cerillas.

Al caer la tarde, tornan las canoas hacia tierra y, lentamente comienzan a alejarse del vapor. Desde cubierta seguimos contemplando aquellos Adanes del siglo XX y, nuestra alma profundamente impresionada, envuelve en un sudario de compasión a los que se retiran y van a ocultar sus desnudeces bajo esa flora virgen, que se extiende hasta muy lejos y va a estrellarse contra los inmensos murallones de nieve eterna que, desde lo alto de los cerros lejanos, en forma vertical, se precipitan en las profundas y heladas aguas del canal.

¡Allí quedan esos seres dominadores de los hielos y de la naturaleza!

¡Allí quedan esas familias ajenas en absoluto a la civilización y a las comodidades que ella nos brinda!

¿Merece nuestra compasión su vida libre, salvaje y natural?, ¿quién sabe!; sólo el poder sobrenatural que rige los destinos del Universo, es capaz de profundizar la magnitud de este misterio.

Ante la indicación de algunos extranjeros que demuestran marcado interés por conocer lo que se refiere al origen, vida y costumbres de estos nativos, un explorador de esas regiones que ha podido reunir detalles y pormenores preciosos referentes a las tres tribus pobladoras del Territorio de Magallanes, promete dar lectura a sus memorias relacionadas con las tribus Alakalufes, Onas y Yaganes.

Tan gentil ofrecimiento queda pendiente en espera de una ocasión favorable.

Por lo pronto se concreta a adelantar que los extraños visitantes de esa tarde, viven en miserables rucas formadas por estacas no más altas de dos metros, sostenedoras de cueros de lobo o nutria que, a manera de carpas, rodean el interior. La parte alta de estas viviendas están cubiertas con el mismo material.

En el interior, precisamente en el centro de la habitación, levantan una fogata que mantienen constantemente encendida; alrededor de ella aparecen montones de conchas de moluscos, testigos de la deficiente alimentación que apenas fortalece el organismo debilitado de los indios.

Bajo la capa de cenizas y junto a tierra, asoma el cuerpo negruzco y mal oliente del lobo marino; este es el principal alimento del alakalufe y jamás falta en las fogatas. Lo consumen lentamente y sólo se desprenden de la parte quemada cuando un nuevo ejemplar viene en reemplazo del anterior.

En derredor de ese fuego, viven los moradores.

Las guaguas que ellos denominan «Pequinini» son atadas por correas en una especie de parihuelas que llevan en los costados unos palos de un metro cincuenta de longitud. Estas estacas costaneras se aguzan en los extremos de las puntas inferiores y se entierran junto a las fogatas; allí permanecen los pequeñuelos durante días y noches completas, sin más abrigo que el amortiguado calor del fuego.

Conglomerados en esas viviendas sucias y malsanas, se extingue esa raza debilitada, la agonía lenta y segura de estas tribus antes numerosas, pronto las hará figurar en la historia de los tiempos que se han ido.

A bordo del *Imperial* y, a pesar del intenso frío exterior, los cerebros privilegiados de los hijos del trópico, sienten bullir ese fuego creador de la poesía.

La reunión nocturna tomó esta vez, las características de un torneo de inteligencias; las declamaciones se sucedieron infinitas y cada visitante extranjero se declaró saturado con el divino soplo de las musas.

Los poetas brotaron espontáneos; con aire melancólico y quejumbroso cantaron endechas sollozantes y lloronas.

Algo extraño debió nacer de aquella reunión, algo que se infiltró en el alma de casi la totalidad de los pasajeros. Habíamos oído decir que el lirismo declamatorio llega a transformarse en enfermedad contagiosa; así lo pudimos apreciar aquella noche en que ninguno se libró de la improvisación o de la declamación.

Una simiente poética fue esparcida en el ambiente y encontró terreno propicio para desarrollarse.

Tantos fueron los que a la vez hablaron en las postrimerías de la velada, que ya no hubo auditorio, los muy pocos que permanecieron mudos, habían abandonado la sala con toda prudencia y oportunidad.

Sin embargo, esta falta de oyentes no fue dique suficiente para retener aquel chorro de poesías; los poetas melancólicos y pensativos, se desbordaron sobre cubierta y ofrecieron sus versos a la inmensidad del mar que nos rodeaba...

A las cuatro de la mañana del día catorce, el barco abandonó Bahía Edén para seguir la marcha.

A las seis debíamos cruzar el famoso «Paso del Indio» o «Paso del Abismo», angostura que se consulta como uno de los pasajes marítimos más hermosos del mundo.

Sólo el eterno observador estaba sobre cubierta junto a nosotros.

La navegación se inició sin grandes nuevas dignas de considerar; la naturaleza se animaba con nueva vida, presentándose más alta y más compacta.

A la hora de antemano señalada, nos internamos por el Paso del Indio, formado por la Isla Wellington y la mayor de las que constituyen el Grupo Covadonga.

No más largo de dos kilómetros, este callejón de doscientos metros de ancho, empina sus muros de granito hasta tres mil pies sobre la superficie del canal. Mirado desde la boca, semeja un túnel colosal. Los costados parecen juntarse en las alturas y la claridad se hace débil, mostrándose en lo alto como una rasgadura prolongada y radiante. El fondo es tan profundo y cortado a pique como son los costados que se levantan. Disecada esta inmensa grieta, podría considerarse como un tajo colosal inferido por el Dios de los mares en el centro de la montaña de granito.

Nada hay en el mundo tan hermoso y tan salvaje como esta inmensa herida que parte por el centro el corazón de un gigante de los mares solitarios.

El pecho calla ante majestad tan imponente y el alma, muda y extasiada, contempla tan extraordinaria belleza.

¡Misterios sublimes de la creación que en vano el hombre trata de profundizar!

Allí el mar tiene su caverna misteriosa donde las aguas tranquilas y profundas reciben la noble caricia de la soledad.

Nada turba esa quietud grandiosa y las moles de granito parecen elevarse hasta los cielos para juntar la tierra con el espacio inmenso, refundiendo en una sola masa colosal la obra estupenda de la Creación.

Salvado este último paso estrecho, el barco se dirige hacia el canal Grappler, término de la península Exmouth, después de abandonarlo, recorre el Canal Icy, y entra a deslizarse por las anchas aguas del Canal Wide. Navegado este último, deja hacia el Oeste la gran Isla Madre de Dios y surcando las aguas que bañan la Isla Chatham en su ribera Este, alcanza el paralelo 51 para ir a botar el ancla en la rada de Puerto Bueno situado en esta latitud.

Estábamos en la boca del Canal Sarmiento.

La navegación del día fue por demás tranquila y en la mayoría de los pasajeros se dejó sentir esa molestia que se origina en las navegaciones prolongadas.

Poco se charló; sólo algunos grupos se reunieron en el comedor y acortaron las horas jugando póquer. Los chistes amenizaron estas reuniones e hicieron llevadero el tiempo.

En el fondo de la rada que forma Puerto Bueno, se extiende una multitud de islas pintorescas y atrayentes. Parece que junto a ella fondeó el día anterior el resto de los barcos que componen la comitiva.

En los árboles de las colinas, se puede distinguir claramente una cantidad de rótulos pintados en tablas, recuerdos pasajeros de la estada de las naves.

En la falda de una pequeña loma se destaca la silueta de una ruca alakalufe; sus moradores la han abandonado y se aprestan para visitar nuestro buque.

Una llovizna ligera comenzó a dejarse sentir en forma interrumpida, y ella no fue obstáculo para que gran número de pasajeros abandonaran la nave y se dirigieran a tierra. Los excursionistas se perdieron luego detrás de las pequeñas Penínsulas y, el regreso lo efectuaron ya caída la noche.

A bordo todo era poesía; los libros brotaron de cada equipaje y los lectores declamaban en voz alta. En los pasillos, detrás de cada rincón, se encontraba algún cantor de las musas y todos se creían con derecho para hacerse oír.

Los pasajeros fueron tomados por asalto, nadie transitaba libremente por el puente o los pasillos, sin verse obligado a escuchar la cadencia, casi nunca variada, de una poesía. El salón también albergaba enfermos de este mal.

Si el viaje no terminaba pronto, o si algún fenómeno no se encargaba de conmover esas almas saturadas de lirismo, estábamos, expuestos a llegar a Punta Arenas conduciendo a bordo una pléyade de jóvenes ilustrados, transformados en monomaniacos del canto a la naturaleza.

Las cubiertas se veían cruzadas constantemente por personajes solitarios que, levantando sus brazos con ademanes enérgicos, elevaban hacia los cielos sus ojos semidormidos, dejando vagar a merced del viento, los largos cabellos de sus melenas calenturientas.

El frío de la noche se encargó de refrescar esos cerebros caldeados y sus jóvenes poseedores se retiraron al descanso.

En un ángulo del puente, junto a un tabique caído, el hombre-lente, sostiene una acalorada discusión con el marino salvador; parece que los dos tratan de convencerse mutuamente. Próximo a ellos, ocultas detrás de un ventilador, dos sombras alargan sus cabezas tratando de percibir la conversación. Un estornudo inoportuno estallado a espaldas del anciano, hace que éste se levante dando un brinco y explore los alrededores. Las sombras se desvanecen en la penumbra y, el explorador sólo encuentra los fantasmas sombríos que nacen junto a las jarcias en medio de la somnolencia del día que muere.

Vuelto al sitio de la conferencia, abraza tiernamente al poseedor de su secreto y, después de desearle las buenas noches, permanece nervioso y agitado, registrando los escondites que se extienden sobre los puentes.

Con las primeras luces del alba del día 15, abandona el barco la rada de Puerto Bueno y, tomando rumbo al Sur, inicia la marcha que, si no es interrumpida por el resto del convoy surto en el punto de reunión antes citado, sólo debe detenerse frente a la metrópoli austral, meta de nuestra navegación, término de los sufrimientos experimentados y comienzo de los colosales festejos en perspectiva.

A las 9 abandonamos el canal Sarmiento para surcar el pintoresco y tortuoso canal Smyth, cuyo recorrido, desde que se pasa el paralelo 52, está cubierto de islotes y saturado de una flora verde y abundante, que lo hacen el más hermoso de toda la navegación. Los ventisqueros y glaciares se suceden en continuidad asombrosa, obligando a que los navegantes prorrumpían constantemente en aclamaciones de sorpresas bien merecidas.

A las 7 de la tarde, dejamos a la espalda la Isla Manuel Rodríguez y, enfrentando por el Este la bahía Beaufort, entramos en las aguas del Estrecho de Magallanes.

Frente al cabo Tamar, somos juguete de la última marejada gruesa que sopla desde el Oeste.

La estabilidad del barco, tanto tiempo tranquila y agradable, sufre su postrera conmoción, perturbando los estómagos, acostumbrados ya a digerir con toda tranquilidad.

Durante dos horas se ocupa el público en pagar el postrer tributo al mar, preparando los cuerpos para la violenta prueba estomacal de que deben ser víctimas en Punta Arenas.

A las 9 cruzamos el paralelo 53 y cambiamos rumbo hacia el Sureste.

A las 11 enfrentamos la bahía Fortescue, frente a las islas San Carlos, y en ella divisamos fondeados al *España, O'Higgins y Esmeralda*.

Las linternas radiográficas nos dan el saludo de bienvenida en los mismos momentos en que las bandas rompen con los acordes del Himno de la Patria.

Se nos hace señal de seguir la ruta y el *Imperial*, prosigue la marcha en medio de las sombras de la noche.

Al llegar al paralelo 54, después de pasar el cabo Froward y enfrentar Bahía San Nicolás, tomamos rumbo directo al Norte, para botar el ancla en la bahía de Punta Arenas, a las 4 de la mañana del día 16.

A las 8 de la madrugada del mismo día, en el horizonte lejano, se ven avanzar hacia nosotros los tres buques de guerra dejados la noche anterior en Fortescue.

A las 9:30 dan fondo en los puntos señalados de antemano y, la plaza saluda la llegada de las embajadas, convulsionando la atmósfera, con el formidable estampido de los mil cañones emplazados en la infinidad de navíos surtos en la ancha rada.

Multitud de sirenas dejan escapar el sonido característico de sus pitos y en medio de esa batalla de gritos, rugidos y estampidos, surca las olas conmovidas, gallarda y altanera, la nave capitana, profusamente engalanada, conduciendo en el puesto de honor, al ilustre visitante don Fernando de Baviera.

Miles de embarcaciones más pequeñas, removiéndolas aguas con el acelerado voltejar de sus hélices diminutas, se lanzan en demanda de las embajadas y comitivas para conducir las hasta el puerto.

Un solo grito, vibrante y estruendoso, se eleva desde la tierra cercana vitoreando a los huéspedes tanto tiempo esperados.

Pronto las bandas militares, elevando los himnos majestuosos, señalan el comienzo de las fiestas, con el paso marcial de los soldados.

Allí, sobre la tierra de aquel puerto tan austral y en la ciudad más apartada de nuestra patria, terminaba la odisea dolorosa de las embajadas, y se daba comienzo a los festejos magníficos con que todo un pueblo viril y entusiasta, supo enaltecer a tan augustos visitantes.

No quisiéramos cerrar este capítulo sin antes consignar dos hechos que tienen relación íntima con la odisea del *Imperial*.

Uno se refiere a nuestro héroe, el hombre-lente, y el otro consulta el último golpe recibido por la estropeada nave.

A las 11 de la noche del día 15, después de recibir los saludos radiográficos de las naves surtas en la rada de Fortescue, todos los pasajeros pasaron al salón a fin de celebrar, con una copa de Champagne, las últimas horas de navegación.

Reunidos en medio del ambiente más cordial, se brindó por el feliz término del viaje, formulando votos por un regreso ajeno a sinsabores.

En la tribuna improvisada junto al piano, se dio colocación al anciano de los catalejos, quien presidió la fiesta, sustentando en su cabeza una corona que decía «Al Rey de la Tempestad».

Sería más o menos la media noche, cuando se destacó del grupo bullicioso, una gentil pasajera portadora de una esquila maliciosamente perfumada.

Haciendo una profunda genuflexión ante el orgulloso anciano, le ofreció aquel presente como muestra de reconocimiento y simpatía por las valiosas lecciones recibidas durante el largo recorrido.

Agradeció nuestro héroe aquella ofrenda delicada y pasando su vista por sobre el escrito, enmudeció repentinamente; y víctima de una palidez cadavérica, desfalleció sobre la butaca.

Las risas maliciosas guardaron silencio profundo y, el inmóvil anciano fue conducido a su camarote en medio de una consternación general.

Sorprendidos en extremo, logramos alcanzar la imprudente esquila y leer lo siguiente:

«‘Al Rey de la Tempestad’, los reconocidos pasajeros del *Imperial*, el último día de navegación a Punta Arenas.

Al admirar su valor estoico en medio de las tormentas, formulan votos muy sinceros para que, al regresar al norte, se vea libre de encerrarse treinta y seis horas en el poco confortable sitio de observación, frente al Golfo de Penas».

Comprendimos inmediatamente el feroz golpe asestado en el sensible corazón del orgulloso anciano y deploramos esa broma cruel que, al regreso, debía de privarnos de tan grata compañía.

Desde ese momento esquivó nuestras miradas y, embutido en su incómodo traje de diplomático, en la mañana del 16 abandonó para siempre el *Imperial*.

Supimos más tarde que, terminados los festejos, permaneció en la apartada región Magallánica y se dedicó a recorrer Tierra del Fuego, donde esperamos encontrarlo en el próximo capítulo.

Por parte del barco, aún no había terminado su calvario.

Fue en la mañana del día siguiente a su arribo. Mientras en tierra los festejos se desarrollaban con todo esplendor, una racha traidora de viento, nacida bruscamente en los anchos pasos del Sur, envolvió a la convaleciente nave y, haciéndola garrear las dos anclas fue a estrellarla contra la proa de un viejo pontón, fracturándole dos planchas de estribor.

Allí dejamos reclinado ese barco herido, con la proa despojada, la popa despedazada y sangrando por los costados.

Capítulo III

Tierra del Fuego

La travesía del Estrecho.- El horizonte que se domina desde el barco.- Las peripecias de los navegantes.- Porvenir, capital de Tierra del Fuego.- Los naufragos del Estrecho.- Reseña histórica de los principales gobernantes del Territorio y hechos culminantes que afectaron el progreso rápido de la Colonia.- Actuación del Teniente Manuel Cambiazo en Punta Arenas.- Ligeras consideraciones de carácter social.- El convenio de los trabajadores y la Administración Contreras.

Largo y ajeno a este trabajo sería detallar los grandiosos festejos de que hizo derroche la inmensamente rica ciudad de Punta Arenas.

Basta saber al benévolo lector que aquello fue una semana de aclamación delirante y de regocijo intenso. Para honra de nuestra querida Institución militar, debemos consignar que las palmas del triunfo, en lo que a presentaciones se refiere, correspondieron en absoluto al bizarro Batallón Magallanes, digno guardador de las glorias del Ejército y Unidad Militar que lleva con orgullo y civismo, las preciadas insignias de la Patria.

Punta Arenas está compuesta de una población cosmopolita.

Nuestra estada obligada de algunos días, nos dio tiempo sobrado para visitar la parte urbana y algunos alrededores que son pintorescos y atrayentes.

Edificios inmensos y de construcción sólida le dan el aspecto de ciudad europea. Sus calles bien delineadas y tiradas a cordel le imprimen el sello de una demarcación estudiada y consciente.

Nuestra preocupación principal se dirigió a la buena Biblioteca que mantiene la Municipalidad; aprovechamos pues la primera oportunidad y nos encaminamos hacia ese centro que guarda la historia de la vida entera de aquel apartado Territorio.

No bien hubimos traspasado los umbrales del amplio salón que alberga la estantería, fuimos alegremente sorprendidos con la presencia de nuestro antiguo amigo, el señor de los Catalejos.

-¡Hola!, ¡hola!, amigo -nos dice-, ¿qué les trae por estos lados?

-Queremos conocer algo sobre la historia de Magallanes -respondemos-, y esperamos pasar algunas horas consultando textos y allegando apuntes.

-¡Oh! -agrega-, encontrarán aquí muy buena fuente de informaciones. Hace ya algunos días que rebusco en los archivos y les prometo que he conseguido sobradamente lo que Uds. buscan. En esta libreta, agrega, he recopilado con minuciosidad, extractos interesantes de documentos de importancia. Puedo pues, economizarles el trabajo que desean imponerse, si quieren darme el placer de leerlas.

Con mucho agrado aceptamos el ofrecimiento del insigne investigador y dejamos para el día siguiente la lectura de esas recopilaciones.

Según nos lo manifestó el estudioso anciano, al día siguiente emprendería viaje hacia Porvenir, capital de Tierra del Fuego, con el propósito de visitar la Isla Grande. Nada de ello nos había dicho durante la navegación en el *Imperial*, y como nuestros deseos eran los mismos de nuestro amigo, le insinuamos la idea de efectuar el viaje en compañía.

Una explosión de júbilo fue la aceptación de nuestra oferta

-Nada más agradable -agregó- que recorrer juntos esa apartada región de la cual se cuentan tantas historias y tantas leyendas.

Consecuente con el pacto que amistosamente selláramos aquella noche; en las primeras horas del día siguiente nos reunimos para finiquitar nuestros aprestos de viaje.

El pequeño vapor *Sur*, perteneciente a la poderosa firma Braun-Blanchard, debía conducirnos a través del Estrecho.

Las diez de la mañana, era la hora oficial de partida, según lo establecido en el itinerario de la Compañía. A la hora precisa nos encontramos sobre el muelle en espera del embarque. Lo primero que llamó nuestra atención, fue el escaso número de pasajeros y, más que nada, la ausencia del vapor.

Interrogamos sobre el particular a un guardia del muelle y nos contestó sonriéndose maliciosamente:

-Uds. deben ser forasteros, señores, el *Sur* no tiene jamás hora determinada para hacerse a la mar, generalmente leva anclas después de medio día. Actualmente se encuentra descargando capones a una hora de aquí en el muelle de Tres Puentes. Vuelvan a las dos de la tarde y tal vez a esa hora ya esté de regreso el barco.

Agradecemos las informaciones de nuestro interlocutor y nos retiramos a la población.

Antes de abandonar el muelle, damos una mirada hacia las tierras que debemos visitar; el día está completamente despejado y la lejana Tierra del Fuego surge en lontananza, mostrando sus costas accidentadas y parduscas.

Frente a Punta Arenas, se extiende el inmenso Estrecho con sus aguas siempre agitadas y convulsas. La vista, después de abarcar en toda su extensión las diecisiete millas que separan la isla del continente, va a estrellarse contra unas colinas bajas que se internan en el mar formando cabos abruptos y oscuros. Los murallones se elevan sobre las aguas de las costas y presentan las características de los acantilados peligrosos.

Más al fondo y tal vez en el interior de la isla, se destaca un cordón de cerros altos cubiertos ligeramente con una capa de nieve.

Mirando hacia el sur y observando siempre las tierras que tenemos al frente, las aguas del estrecho se prolongan considerablemente y sólo son interrumpidas por una punta colosal que lleva el nombre de Punta Monmouht; al Sur de ésta queda Punta Boquerón. Detrás de esta última, Bahía Inútil abre ancha brecha en la Isla y se interna tierra adentro.

Más al Sur y frente a Bahía Inútil, Isla Dawson se levanta desde el centro del Estrecho y eleva hacia el cielo los picachos erizados de sus altos cerros cubiertos de nieve.

Extendiendo la vista hacia el Norte, Tierra del Fuego cambia de aspecto. Se dejan ver extensas bahías formadas por playas tranquilas y de poca altura; las colinas son bajas y de pendiente suave.

El conjunto general de la gran isla, atrae al turista. Verdadera lástima es que se encuentre tan alejada de centros poblados y tan ajena a la mano de los dirigentes del país.

Comentando alegremente la hermosura del panorama y un tanto mal humorados por la broma que nos ha jugado la Compañía Naviera, damos con nuestros bultos y equipajes en el primer hotel que encontramos.

-¡Oh! Los hoteles de Punta Arenas -nos dice nuestro observador acompañante-. Es increíble que un centro tan poblado y de tanto movimiento como éste, tenga establecimientos tan mediocres. En ninguno encontrarán Uds. las comodidades que necesita, la atención es mala y el servicio muy deficiente. Y no hablemos de los precios -agrega-, parece aquí que el dinero abunda en la cartera de los transeúntes. Hay que hacer campaña -prosigue- para que los hoteleros se den cuenta de lo que es un hotel y las atenciones que requiere un establecimiento de esta naturaleza.

Concordamos en absoluto con el modo de pensar de nuestro acompañante; efectivamente éste es un ramo que no está a la altura del resto de la población. Baste sólo consignar el hecho de que durante nuestra corta estada en uno de los mejores hoteles de la ciudad, dos veces la cama se nos vino al suelo con el consiguiente estrépito de tablas que se desgoznan; y por último, el día que nos retiramos de tan poco confortable alojamiento, tal

vez por descuido o por otra causa parecida, guardamos en un bolsillo del pantalón la sábana donde habíamos dormido...

Consecuentes con la indicación del guarda-muelle, a las dos de la tarde nos instalamos sobre la pequeña cubierta del caprichoso *Sur*. Dieciocho millas separan a Punta Arenas del muelle Porvenir. El barco navegaba a razón de seis millas por hora; si no encontramos tropiezos de importancia, a las cinco sentaremos pie en tierra sobre la capital fueguina.

Una veintena de pasajeros, personajes extraños y curiosos que hablan un idioma ininteligible, son nuestros obligados compañeros de travesía.

-Son yugoeslavos y croatas -nos advierte el anciano acompañante-; son los primeros pobladores blancos de Tierra del Fuego; obsérvenlos cómo esquivan nuestras miradas y en cambio nos contemplan como a pájaros raros. Ya tendremos ocasión -prosigue-, de conocerlos personalmente durante nuestra permanencia en la isla.

A bordo, todo es confusión, pasajeros y equipajes aparecen conglomerados sobre cubierta. Queremos instalarnos en el pequeño saloncito pero debemos desistir de nuestro intento, la atmósfera pesada y saturada con olores de comidas y de aceites, nos impulsan al exterior.

El pequeño camarote del capitán, tampoco presta comodidades, es estrecho y no sólo guarda la cama del dirigente del barco, sino que dentro de él se encuentra instalada la dirección y manejo del buque.

No queda otro remedio que permanecer sobre cubierta y buscar comodidad en medio de los equipajes.

El pequeño *Sur* se ha retirado lentamente del muelle de Punta Arenas y permite contemplar en toda su extensión, el panorama que dejamos a espaldas. La ancha rada está cubierta de vapores y cantidad considerable de pequeñas embarcaciones a vela se mecen tranquilas sobre las aguas, empujando hacia lo alto sus arboladuras rectas y flexibles.

La ciudad se destaca sobre la falda de la alta colina que le sirve de protección contra los fuertes vientos del Norte; las numerosas chimeneas se encuentran en pleno funcionamiento, empañando el claro espacio con sus negras y espesas volutas de humo.

La población se muestra como un gran mapa con sus rectas calles y anchas avenidas. En el centro de todas ellas se destaca la hermosa torre de la Iglesia y a su costado se extiende el magnífico palacio de la Gobernación.

En el fondo, coronando el picacho más elevado de una loma, surge hacia lo alto una gran cruz de hierro, colocada allí tal vez por la mano de una de las tantas congregaciones religiosas, primeros habitantes de estas ricas tierras tanto tiempo ajenas a la civilización y al progreso.

Mirando hacia el sur de la población y siempre por sobre las costas del continente, se divisan tres pequeños caseríos: Agua Fresca, Río de los Ciervos y Leña Dura.

Por la parte Norte, sobre una ancha planicie, próximo a Punta Arenas y junto al mar, se levantan los tentáculos de acero de la Estación Radiográfica, único contacto directo que une a esta apartada región con el centro del país. Algo más lejos las chimeneas de un gran edificio señalan la ubicación de la grasería y curtiembre de Tres Puentes (Bahía Catalina), pequeño puerto destinado a recibir gran parte de los productos lanares que pastorean los pequeños estancieros fueguinos.

La vista se extiende después hasta ir a estrellarse contra el pequeño puerto de Río Seco, en cuyas riberas se alza un inmenso frigorífico que se abastece con los lanares de la estancia Río Grande, ubicada en Tierra del Fuego, y parte de los productos que se alimentan sobre los extensos campos de la Patagonia.

Después, nada turba la majestad del Estrecho, sus aguas se prolongan infinitamente y la vista se extiende por sobre la superficie hasta la línea del horizonte que junta el cielo con el mar; sólo la vaga silueta de un vapor o la caprichosa vela que hincha el viento, turba la nitidez del inmenso espejo líquido.

Hacia el Sur, el mar se precipita sobre la cuña formidable que presenta la Isla Dawson, parte ésta las aguas marinas en dos brazos colosales, dando formación al enorme seno del Almirantazgo que abre brecha en tierra fueguina inmediatamente al Suroeste de la Isla.

Una suave brisa se ha levantado, las aguas antes tranquilas y dormidas, se desperezan lentamente e inician la danza de las olas.

-¡Mal tiempo vamos a tener! -dice el Capitán-. ¡El *Sur* va a bailar un poco en medio del Estrecho! Por fortuna son pocas horas las que nos separan de la meta; llevamos unas seis millas recorridas y un balanceo de dos horas resulta una entretención si se compara con la epopeya del Golfo de Penas.

Los compañeros de viaje se han prevenido de antemano y comienzan los preparativos contra el mareo; algunos estrujan limón y chupan el jugo.

El anciano de los catalejos nos mira algo alarmado.

-¡Caramba! -exclama- Nada de agradable sería recordar los difíciles momentos del Golfo. Temo que el tiempo se descomponga. Esa nube de gaviotas que acompaña al vapor, presagia momentos de tormenta; mírenlas Uds. y observen como tienen cara de poco amigas, sin duda cuentan con banquetearse espléndidamente.

Entre tanto, el *Sur* une a su movimiento de cuna que ha iniciado hace un momento, el balanceo que se produce en un columpio lanzado a todo vuelo.

Esta forma de deslizarse es muy poco cómoda y nada de agradable; sin embargo, tenemos que soportar sobre cubierta los efectos de tan loco vaivén.

La atmósfera comienza a encapotarse y una ligera llovizna, helada y penetrante, nos azota por un costado.

Pronto se pierde el buen ánimo; gran parte de los pasajeros permanecen tendidos sobre los bultos y un grupo no pequeño se ocupa en pagar su tributo al mar, con gran contentamiento de las gaviotas que chillan en el espacio y se sumergen en las olas.

Las cortas horas de navegación, se prolongan indefinidamente; el buque entorpecido en su marcha de avance, hace esfuerzos por romper las olas que se oponen a su paso.

El capitán se encarga de levantarnos el espíritu diciéndonos que el vaporcito es buen marinero y que las tempestades son muy frecuentes en el Estrecho. Generalmente se levantan de sorpresa y cuando ya el barco se encuentra en plena mar. En este caso hay que proseguir forzosamente la navegación, pues, todo viraje es peligroso en medio de estas aguas corrientosas.

Nuestro compañero de viaje acepta esta explicación y se pierde entre un montón de maletas.

Las costas de Tierra del Fuego aparecen todavía lejanas, sin embargo, cuatro horas de lucha constante con el mar, nos dejan frente a la puerta de la angosta bahía de Porvenir.

Un último y formidable tumbo de la nave, nos precipita de golpe sobre las tranquilas aguas que se internan tierra adentro. Como sujeto por mano de la Providencia, el *Sur* recupera inmediatamente su estabilidad y avanza en demanda del puerto.

Casi siempre navega así -nos dice el Capitán-, y debo de advertirles que Uds. han tenido suerte en la travesía. Cuando el Estrecho engruesa sus aguas y el viento sopla con fuerza levantando olas colosales, entonces si que hay verdadero peligro. Las tres horas de navegación se prolongan indefinidamente y ha sucedido casos en que el vapor ha permanecido bailando durante setenta y dos horas y ha tenido que ir a fondear donde lo ha querido el viento y las corrientes. El Estrecho es peligroso y traicionero -agrega-, y su profundidad es espantosa; en muchas partes la sonda no ha tocado fondo.

Compadecemos sinceramente a los pobladores de estos suelos que, sin tener otro medio de transporte, están sujetos a viajar en barcos con tan poca comodidad y tan poco adaptables al elemento casi siempre borrascoso que deben surcar.

Este sentimiento se acentúa con mayor fuerza, si se considera que en cierta época del año, el *Sur* se acondiciona en forma de *Caponero*, es decir, se convierte a la bodega, cubierta y puente, en corrales para ovejas.

La premura de los viajes y el recargo de trabajo en el personal, impiden toda limpieza a bordo. Es entonces cuando verdaderamente se pisa sobre suciedades y se respira un ambiente que causa náuseas.

Los pasajeros se ven reducidos a un estrecho pedazo de puente donde deben permanecer de pie horas enteras y de por sí pesadas a causa de las angustias que ocasiona la accidentada travesía.

Agréguese a lo anterior que durante todo el tiempo que hemos anotado, el barco sólo hace escala en Punta Arenas los días en que necesita proveerse de carbón y es ésta la única ocasión en que los pasajeros cuentan con un desembarco cómodo, en el resto de los viajes deben desembarcar en Tres Puentes, puerto destinado exclusivamente para recibir animales. Para trasladarse desde aquel muelle hasta el Hotel de la población, es necesario convertirse en un gimnasta de primer orden. Multitud de barriles con grasa, alambrados, desperdicios, cajones, etc., marcan el obligado camino de tránsito. El que inicia este recorrido con ánimo sereno y tranquilo y echando a las espaldas las dificultades que se le presentan, llega al término de él malhumorado, triste y contuso y, por sobre todo esto, convertido en un inmundo estropajo.

Además, en el Hotel de Tres Puentes sólo existe un auto disponible y que la distancia desde Tres Puentes a Punta Arenas no es inferior a una y media hora de marcha por camino malo y casi siempre cubierto de lodo.

Por otra parte, estas incomodidades no guardan absoluta relación con los precios que se cobran. El pasaje es bastante caro tanto personal como en lo que se refiere al costo de los equipajes y carga; el precio de estos últimos debemos considerarlo exagerado. Por esta causa, el comercio se ve obligado a subir el valor de los consumos, con perjuicio directo para la clase necesitada.

Esta corta pero justa exposición, sólo es bien considerada por aquél que llega desde el Norte y analiza la forma especulativa que rige los destinos de Magallanes. El principio de acaparamiento es absoluto en aquella vasta región y beneficia directamente a muy conocidas firmas comerciales.

La enorme carestía de vida viene agravándose día por día y a pasos de gigantes; el valor de los fletes aumenta en forma alarmante.

El pequeño comerciante está sujeto a esta forma de especulación, y aquéllos que pudieran fácilmente asegurar un comercio cómodo y libre de odiosidades, tienden a agravar enormemente el precio de los artículos de primera necesidad, para asegurarse un lucro que está muy ajeno de ser razonable y corriente.

Como dato ilustrativo, copiamos a continuación el alza que han sufrido algunos artículos, en el espacio de algunos años y que hemos encontrado en el número extraordinario de *La Revista de Chile*, editada en Buenos Aires.

Muy interesante, dice la expresada revista, es el siguiente resumen comparativo de los precios que han tenido en Punta Arenas, los artículos de primera necesidad en el término de veinte años:

	UNIDA	CANTIDAD	AÑOS	
			1919	1897
Descorazados	kilos	100	\$243.-	\$86.-
Fideos	kilos	10	\$14.-	\$5.-
Garbanzos	kilos	100	\$70.70	\$28.-
Huesillos	kilos	100	\$38.-	\$32.-
Lentejas	kilos	100	\$126.-	\$43.-
Sémola	kilos	100	\$71.-	\$32.-
Harina	kilos	40	\$29.20.-	\$8.-
Nueces	kilos	40	\$70.-	\$16.-
Papas	bolsa	1	\$16.-	\$4.50.-
Tocino de Valdivia	kilos	1	\$3.80.-	\$0.40.-
Pasto aprensado	fardo	1	\$20.-	\$4.50.-
Carne de vaca	kilos	1	\$1.60.-	\$0.08.-
Íd. de Cordero	kilos	1	\$1.20.-	\$0.10.-
Pan	kilos	1	\$1.-	\$0.10.-
Fréjoles	kilos	40	\$49.-	\$8.-
Frutas en conserva	cajón	1	\$55.50.-	\$24.-
Mantequilla en tarros	kilos	1	\$9.60.-	\$0.70.-
Pasas de uva	cajón	1	\$14.60.-	\$6.50.-
Vino Urmeneta, blanco	cajón	1	\$42.-	\$17.-

Íd. íd. tinto	cajón	1	\$27.-	\$14.-
Íd. Errazúriz, blanco	cajón	1	\$33.-	\$15.-
Íd. íd. tinto	cajón	1	\$25.-	\$14.-
Suela de Valdivia	kilos	1	\$4.-	\$0.70.-
Carbón de Loreto	kilos	1000	\$40.-	\$24.-

Estos precios, en el año 1920 y 21, han sufrido una nueva alza considerable con motivo de haber aumentado el precio de tonelaje en los vapores que hacen el cabotaje en nuestras costas y en las costas del Atlántico.

La pequeña digresión y las consideraciones que dejamos expuestas han pasado rápidamente por nuestra imaginación y de ellas nos aparta la vista del panorama absolutamente nuevo que nos rodea.

Una enfilación de postes demarcadores, desparramados en las pequeñas colinas que dan formación a la bahía, marcan la dirección que debe seguir el buque y lo obligan a dar miles de vueltas por un zig-zag largo y continuado.

Un enjambre de toninas salta junto a los costados del vapor y lo acompañan en sus variados movimientos.

Sobre una prolongada lengua de tierra, se recrea una compacta población de pájaros-niños y una inmensa variedad de patos marinos. Al aproximarse el *Sur*, los primeros se empinan sobre sus extremidades y alargan la cabeza observando con curiosidad. Los segundos emprenden el vuelo hacia las alturas y cruzan por sobre el pequeño barco formando una nube negra y espesa que casi oscurece el cielo.

Dejamos a retaguardia ese albergue de los pobladores del mar y tomamos rumbo directo hacia la población. Mirada ésta desde lejos, presenta un hermoso golpe de vista. Las casas se encuentran desparramadas en una larga extensión y ubicadas sobre la falda de una pequeña colina. Los techos rojizos y perforados por infinitas chimeneas, refractan los rayos del sol que acaba de resplandecer, dando vida y animación a aquel apartado pueblo que se presenta parodiando a las alegres aldeas de nuestras campiñas del Norte.

Sobre el muelle, que ya está muy próximo a nosotros, una cincuentena de curiosos espera la llegada del barco.

El aspecto de aquellos rudos trabajadores de Tierra del Fuego, de alta corpulencia y de miembros fuertes y robustos, impresiona favorablemente nuestro ánimo y rechaza la idea poco optimista que de ellos nos habíamos formado.

Al abandonar el muelle, nuestro abatido y olvidado compañero de viaje se detiene un momento y anota lo siguiente en su libreta:

«Al pisar por primera vez la gran Isla de Tierra del Fuego, llama grandemente mi atención no encontrar rostros chilenos ni oír hablar este bello idioma; el idioma eslavo predomina en forma absoluta. El aspecto de este elemento extranjero, tiene una diferencia bien marcada con el resto de los que hasta la fecha he conocido. Su porte y sus maneras dan idea de ser gentes tranquilas, sin ambiciones y ajenas a querer sobresalir entre sus connacionales. Todo el grupo que por primera vez he observado, se presenta en la misma forma y con la misma indumentaria. Según he oído comentar, el grupo está formado por ricos y pobres.

Parece que son muy curiosos o algo raro debo tener en mi persona; todos me observan con atención pero con mucho disimulo, tan pronto se dan cuenta que les miro, bajan la vista o vuelven la cabeza. Esto último ha picado mi curiosidad y espero aclararlo más adelante».

Aquí terminaron las observaciones del anciano y, a retaguardia de nuestros equipajes, emprendemos la marcha hacia el hotel.

En la puerta del establecimiento somos recibidos por un hombronazo colosal, de pura raza germana. Nos estira su robusta mano con cortesía no ajena de brusquedad, y graciosamente nos impulsa hacia el interior.

La leña chisporrotea con fuerza dentro de una enorme estufa; alrededor de ella nos sentamos dispuestos a escuchar algunos momentos al enorme sajón.

La temperatura excesivamente baja de esta parte austral, nos dice, se deja sentir en forma muy manifiesta durante el invierno y especialmente cuando se respira a pleno pulmón el aire de mar. Un termómetro sumergido en las aguas del Estrecho, marca siempre una temperatura inferior a cero grado. Si se junta a esta temperatura el viento helado y penetrante que sopla con bastante frecuencia, podrán Uds. formarse una idea cabal de lo penoso que deben ser las navegaciones durante la época de los fríos.

Sin embargo, estos sufrimientos no son obstáculo suficiente para que algunas pequeñas embarcaciones, cutters en su mayoría, se hagan a la mar en demanda de costas lejanas.

Hay veces que el atrevimiento de estos viejos lobos marinos ha rayado en la temeridad, pues, sin más alimentos que el indispensable para uno o dos días y sin más auxilio que el de un bote a cuatro remos, se internan mar adentro en demanda de objetivos difíciles de obtener.

Como Uds. lo han podido observar hoy, el viento se levanta de improviso, fuerte y remolineado, y es entonces cuando estos confiados marinos se ven obligados a hacer rumbo hacia tierras remotas a las cuales no saben si llegarán con vida.

Por esta razón, las playas de Tierra del Fuego recogen muchos despojos de náufragos o de sobrevivientes que apenas respiran un soplo de vida.

Las embarcaciones abandonadas y especialmente los cargamentos de maderas náufragas que vienen a morir sobre las arenas de estas playas, constituyen un rico botín para aquéllos que se dedican a este negocio.

Afortunadamente, la experiencia ha dado margen a la reflexión, y en la actualidad no es tan numerosa la pérdida de vidas, como lo fue en épocas pasadas.

La última de estas desgracias tuvo como escenario las aguas del Estrecho y el desenlace se llevó a efecto sobre las riberas de la bahía de Porvenir, en un punto no muy distante de la población.

Una mañana de intenso frío, vino a encallar un bote sobre el arenoso terreno que cubre la larga punta que Uds. han visto cubierta con patos marinos. Al romperse el bote, arrojó sobre las playas los despojos de cuatro seres que aún respiraban.

Según versiones posteriores, los infelices náufragos habían partido de Punta Arenas con un tiempo espléndido y sin que la más ligera brisa soplara sobre las tranquilas aguas del Estrecho.

Después de una hora de navegación a remo y sin haberse alejado mucho de la costa, fueron sorprendidos por un temporal que se levantó fuerte y sostenido, obligándolos a tomar rumbo hacia la lejana Tierra del Fuego.

Bien sabe el marino de estos mares que todo esfuerzo resulta inútil cuando se trata de combatir contra elementos formidables, sin más embarcación que un pequeño bote. Existe la creencia de que sólo hay probabilidades de salvamento cuando no se presenta lucha al viento, navegando, en cambio, a favor de la tempestad.

Tal vez haya sido esta última idea la que obligó a los navegantes a poner proa hacia la Isla Grande, dejando la embarcación a merced de las furias desencadenadas y circunscrita por las enormes olas cubiertas de espuma.

El avance debió ser casi nulo y el desgaste físico muy enorme. En el invierno, una noche sobre el estrecho, equivale a la muerte; en medio de la oscuridad, el pequeño bote debió perder la dirección y sus tripulantes la esperanza de salvación.

Las primeras luces del día han debido mostrar a los náufragos, la proximidad de la tierra; puerto de salvación al cual sólo vinieron a depositar los despojos de sus cuerpos

lacerados, la tremenda lucha sostenida durante más de doce horas fue tal vez superior a las fuerzas de aquellos infelices y era demasiado tarde cuando pudieron alcanzar la salvación.

El frío intenso de la mañana terminó la obra devastadora iniciada por el mar y los naufragos que alcanzaron a sentar pie sobre tierra firme, concluyeron su lenta agonía en medio de los sufrimientos más atroces.

Cuando algunos pobladores de Porvenir se trasladaron aquella mañana en busca de los despojos que cada tormenta arroja sobre la isla, encontraron aquel cuadro de angustia infinita. Los cuerpos encogidos de los cuatro navegantes, formaban un solo nudo.

Las piernas dobladas mantenían las rodillas junto al mentón y las mandíbulas abiertas señalaban la carcajada espantosa de aquéllos que mueren en medio del frío horroroso de las nieves eternas.

Tal fue la triste historia que aquella tarde nos narró el amable germano.

Profundamente emocionados nos retiramos a nuestro alojamiento y ya nos disponíamos a descansar de las pesadas horas de aquel día, cuando nuestro reposo fue interrumpido con la presencia de nuestro compañero de viaje, el Señor de los Catalejos.

-No sin trabajo -nos dice- pude sacar de una de mis maletas la libreta que guarda los apuntes obtenidos en la biblioteca de Punta Arenas. Aún es temprano y podemos darles una rápida ojeada.

Y sin esperar nuestra venia para hacerlo, se instaló frente a nosotros y dio comienzo a la siguiente lectura:

1) Territorio de Magallanes.- Superficie 171.438 kilómetros cuadrados. De éstos corresponden 86.972 al continente y 84.466 a las islas.

2) Población.- Según los cálculos más aproximados, Magallanes tiene 25.000 habitantes, correspondiendo 18.000 a la ciudad de Punta Arenas.

3) Estrecho de Magallanes.- Extensión total 319 millas marinas. Ancho mayor 35 kilómetros. Ancho menor 3 kilómetros.

4) Límites.- Al Norte el paralelo 47, al Este la línea divisoria con la República Argentina hasta la punta Dungenes sobre el Estrecho de Magallanes; en Tierra del Fuego se continúa por la línea que marca el límite, la que al tocar el Canal Beagle, dobla hacia el Oriente y se pierde en las aguas del Atlántico.

Al Sur y al Oeste limita con el Océano Pacífico.

Después de leer estos párrafos, el buen anciano encendió un cigarrillo, y haciendo una pequeña pausa, continuó su interrumpida lectura con la siguiente relación histórica:

RESEÑA HISTÓRICA DE LOS PRINCIPALES GOBERNANTES DEL TERRITORIO Y HECHOS CULMINANTES QUE AFECTARON EL PROGRESO RÁPIDO DE LA COLONIA

Actuación del Teniente Manuel Cambiaso en Punta Arenas

El año 1843 gobernaba la República de Chile el Excmo. General don Manuel Bulnes, teniendo en la cartera de Guerra al General don José Santiago Aldunate.

Inspirados en el Artículo 1.º de nuestra Carta Fundamental que establece que el territorio de Chile se extiende desde el desierto de Atacama hasta el Cabo de Hornos, decidieron tomar posesión del Estrecho de Magallanes a fin de establecer en aquella zona austral el principio de soberanía nacional.

Obedeciendo a este principio y, a pesar de nuestra deficiente flota naval, se equipó la goleta Ancud que, al mando de John Williams y teniendo como tripulantes al ingeniero don Bernardo Phillipi (oficial artillero al mando de un destacamento de doce hombres), del pescador de lobos don Carlos Miller, que se embarcó en Chiloé y del Teniente de artillería don Manuel González Hidalgo (embarcado también en los canales de Chiloé), más dieciséis hombres de tripulación y dos mujeres, esposas de dos soldados tripulantes, hizo rumbo al Sur, llegando a su destino el 21 de septiembre de 1843.

En nombre de la República de Chile, la expedición tomó posesión del Estrecho de Magallanes, izándose el pabellón de la Patria que fue saludado con una salva de 21 cañonazos.

Después de ejecutado este acto de soberanía nacional, la expedición regresó al Norte dejando en el Estrecho, en la punta de Santa Ana, al Teniente González Hidalgo con siete artilleros y las dos mujeres que los acompañaban. Estas diez personas fueron los primeros pobladores chilenos que se establecieron en Magallanes.

En 1844 llegaba a Magallanes el primer Gobernador de la Colonia, Comandante don Justo de la Rivera, acompañado de un médico y de un capellán.

La escasa tropa de artillería fue elevada a la categoría de Guarnición bajo las órdenes del capitán don Manuel Molina, teniendo como segundo jefe al teniente artillero don Erasmo Escala que llegó a Magallanes en 1845.

González Hidalgo, primer Jefe de la guarnición, regresó poco después a Chiloé, donde falleció el 1.º de noviembre de 1874.

Periódicamente, el Gobierno cuidó de mandar víveres y refuerzo de tropas a aquella apartada región, logrando poner bajo las órdenes del Gobernador de la Rivera una compañía compuesta de 60 hombres.

El primer fuerte de Magallanes fue levantado durante el gobierno de la Rivera; se estableció en la punta de Santa Ana y se le dio el nombre de *Fuerte Bulnes* en honor del primer mandatario de la República.

«Consistía este fuerte en una espaciosa palizada, con parapetos de tierra, conteniendo en su recinto tres galpones de madera con diversos compartimientos que se llamaban el cuartel, la capilla, casa del Gobernador, el hospital, aparte de otras dependencias de poca importancia.

Las chozas exteriores, formadas de tablas aserradas en el bosque que cubría las márgenes del vecino río San Juan, eran ocupadas por los colonos o por los confinados y sus familias».

En 1845 dejó el mando el Gobernador de la Rivera, sucediéndole el Comandante y después General de la República, don Pedro Silva.

Para dar mayor vida a la colonia, se la dotó de un intérprete encargado de comunicarse con los buques extranjeros que surcaran las aguas del Estrecho.

"Nuestros buques de guerra menores -decía el Ministro Aldunate en su Memoria al Congreso en 1844- deben encargarse de mantener las comunicaciones con la colonia y uno de ellos, especialmente, debe estacionarse en el puerto de San Felipe, para prestar a los colonos los auxilios que puedan necesitar y para hacer reconocimientos y levantar planos de la costa".

"Han transcurrido cincuenta y tres años -dice don Robustiano Vera en 1897- y sin embargo, los progresos de la colonia no han sido tan sensibles como debería de esperarse en más de medio siglo de existencia. Todavía el cable no llega a esas regiones y sus habitantes viven enteramente incomunicados con el resto de nuestras poblaciones".

Por los años que se dejan señalados el Gobierno había concebido la idea de relegar a aquella apartada región los individuos que, por diferentes delitos se hubieran hecho acreedores a confinamientos o deportaciones. Fue así que la desgraciada colonia fue poblándose paulatinamente con elementos poco propicios para dar vida tranquila y de progreso a una región aislada del centro del país y que por todos conceptos merecía como pobladores a un elemento joven, vigoroso y amante del progreso.

Más adelante veremos los perjuicios enormes que este sistema de colonización trajo sobre aquel apartado territorio.

Los dos años de gobernación de Silva fueron de agonía y extinción para la incipiente colonia; la falta de combustible y de víveres y el frío intenso que se dejó sentir, diezmo considerablemente la pequeña población. Afortunadamente el 6 de abril de 1847 se hizo cargo de la Gobernación el valiente coronel don José Santos Mardones a quien, en minucioso inventario, hizo entrega el Comandante Silva del *Fuerte Bulnes* rodeado de treinta casas habitación.

Don José Santos Mardones dedicó sus primeras energías a la busca de un paraje más a propósito para instalar la colonia. Consecuencia de ello fue la petición que enviara al Gobierno proponiendo la ubicación que hoy ocupa la actual ciudad de Punta Arenas.

El Gobernador quedó «encantado de las colinas del río Carbón, que también se llama de Punta Arenas, que se forma de una dilatada planicie que viene descendiendo en mesetas sucesivas desde la cordillera, últimas y enanas manifestaciones de los Andes, hasta la playa misma, poblada de densos bosques de roblaría, cruzada en su centro por un curso de agua perenne, que ofrecía además un precioso combustible a flor de tierra, abundante en pastos, con un suelo admirablemente adoptado para las legumbres y especialmente para las plantas de bulbo, como las papas».

«El clima era allí mucho más benigno, porque la meseta de Punta Arenas se alejaba un tanto hacia el Norte, y sabido es por todos los que conocen el Estrecho que, mientras más se aparta el territorio del terrible y tormentoso cabo Froward, hacia el Oriente y el Norte, más dulce y menos tormentoso se hace.

El Estrecho de Magallanes es una honda abierta hacia el Sur y cuyas extremidades parece sujetan los dos océanos: el promontorio del cabo Froward ocupa el lugar del proyectil arrojado de esa honda, cuyos brazos miden cincuenta leguas de extensión.

La distancia de boca a boca es de 320 millas geográficas que un buen vapor, ayudado de las mareas, recorre en el espacio de veinticuatro a treinta horas».

A la feliz realización del proyecto de traslado propuesto por el Gobernador Mardones, contribuyó poderosamente el primer incendio de la colonia que se pronunció en 1848, reduciendo a cenizas la mitad de los edificios de la población.

En febrero de 1849 la colonia compuesta de 378 habitantes, quedaba definitivamente establecida en Punta Arenas.

Los víveres se enviaban cada seis meses desde Valparaíso.

Los pobladores, ya establecidos en Punta Arenas dedicaron sus actividades a la ganadería y a la agricultura. Se comenzó por pastorear 103 vacas, 19 cabras y 14 chanchos; respecto a la agricultura las primeras siembras que se hizo fue de papas, tubérculo que se produjo admirablemente.

«La actividad del Gobernador Mardones fue notable.

En diciembre de 1849, había erigido el nuevo trazado de la colonia que estaba a su cargo. Existían entonces 31 edificios aventajando en uno a los que en cinco años se habían formado en el Fuerte Bulnes.

Había, además, construido su propia casa de tres cuerpos y adelantado el edificio del Cuartel y Fuerte, que era un espacioso recinto que dominaba la vega del río desde sus barrancas y formaba un cuadrilátero de 53 varas de frente.

La palizada de defensa se dilataba en una extensión de más 170 varas.

El vivac de Punta Santa Ana se había convertido de esta suerte, en el espacio de un año, en una colonia, el Fuerte Bulnes en una ciudad.

Era, no obstante, Punta Arenas, un establecimiento militar y penal a la vez.

El Coronel Mardones, fue pues, el verdadero fundador de la colonia de Punta Arenas».

El Gobierno de Mardones duró cuatro años y días, se caracterizó por el acierto con que supo regir los destinos de la colonia y el impulso de progreso, tanto ganadero como agrícola que supo imprimir en tan desamparada región.

El 24 de abril de 1851 regresó al Norte, después de hacer entrega de la Gobernación a su malogrado sucesor don Benjamín Muñoz Gamero, nombrado para ese puesto por decreto de 29 de enero de 1851.

En el año que nos ocupa, la colonia se componía de 700 pobladores y los edificios habían aumentado en forma proporcional al número de habitantes. Los edificios fiscales se habían aumentado con un hospital, una iglesia y una escuela. Las comodidades de vida consultaban un pequeño muelle.

Este entusiasta militar y marino, que lleno de esperanzas y sin ambiciones personales se trasladó hasta los helados mares del Sur con la confianza íntima de servir desinteresadamente a su patria y a sus semejantes, había dedicado todos sus esfuerzos y su juventud al servicio de la Nación.

«Nacido en 1820 -dice don Robustiano Vera-, pertenecía a una familia ilustre; su aspecto era varonil, dulce, blando y caballeroso, como ha dicho un ilustre biógrafo, que le hacían simpático a todos los que le trataban.

Se había educado en la Escuela Militar en la época que regentaba este establecimiento, que tanto lustre ha dado a

nuestro Ejército, el hábil Coronel Pereira.

Enseguida pasó a la Marina y en 1838 hizo la campaña al Perú. Siguió después la carrera del mar; le tocó llevar en marzo de 1844 a Magallanes, esa tierra que debía ser su calvario y su tumba, al primer Gobernador, de la Rivera, invernando en aquellos procelosos mares. En 1845, de regreso de esa comisión, se le ascendió a Capitán de Corbeta, y en 1848 volvió a estar, por segunda vez, de estación en Magallanes. En 1849 exploró la laguna de Nahuelhuapi y volvió a tomar el mando de la Janequeo. El 16 de marzo de 1850, se le ascendió a Capitán de Fragata. Tales eran los títulos con que Muñoz Gamero iba a gobernar la más apartada de nuestras colonias».

Don Santiago Dunn lo acompañaba como secretario e intérprete de la Gobernación.

A principios de 1851, nada hacía presagiar en esa lejana y progresista colonia los trastornos mortales que debía sufrir pocos meses más tarde. La llegada de Muñoz Gamero, personalidad que gozaba de antecedentes irreprochables, afianzó la confianza en los gobernados de Magallanes y una era de prosperidad y bienestar se dejó sentir en el seno de la colonia.

La fatal decisión del Gobierno Central, relegando a Punta Arenas gentes amotinadas y sediciosas, debía ser la consecuencia de la primera página de sangre y exterminio violento que, dentro de poco, debía enlutar tantos hogares trabajadores y honrados con la pérdida inestimable de la vida del primer mandatario y con perjuicio directo del naciente progreso de Punta Arenas.

Para la mejor comprensión de los hechos, conviene retroceder algunos meses y trasladarse al centro del país.

El 20 de abril de 1851, estallaba en Santiago el desgraciado levantamiento militar en que pereció el malogrado coronel don Pedro Urriola. Encabezó este levantamiento el Batallón Valdivia, figurando entre los principales amotinados los sargentos José M. Aréstegui, Bruno Briones, José A. González, Manuel Prieto, Joaquín Aguilera, Juan de D. Jiménez y Antonio Bastías.

Condenados a muerte por el tribunal militar, fueron en el mes de mayo indultados por el Consejo de Estado y condenados a la pena de relegación por diez años a «la colonia de Punta Arenas». Consecuente con este pronunciamiento, el Gobierno los embarcó en el mes de septiembre de 1851, hacia la apartada región austral y el 9 de octubre del mismo año, los siete ex-sargentos del Valdivia, desembarcaban en Punta Arenas.

Este elemento perverso, debía ser fácilmente explotado por el sanguinario Teniente don Manuel Cambiaso, en la fecha, de guarnición en la colonia.

La guarnición militar con que contaba el Gobernador, no excedía de 70 hombres, entre cuyo número se contaban algunos confinados que cumplían condena. El número de reos que debía custodiar esta escasa guarnición, no era inferior a 300 y en su mayor parte se componía de penados militares.

El mes de noviembre del año que nos ocupa, debía señalar la tragedia de Punta Arenas y su protagonista estaba señalado en el Teniente Cambiaso.

La historia de este hombre feroz es breve y saturada de hechos criminosos.

En 1823, nació en Petorca.

En 1841, a los 18 años de edad, en Petorca sedujo a una joven y con ella emigró a Santiago.

En 1842, libre ya de la joven que volvió al lado de la familia, sentó plaza de soldado distinguido en el Regimiento de Artillería.

En 1843 fue ascendido a Cabo y poco después a Sargento.

En 1845 estando de guarnición en Ancud, contrajo matrimonio con una mujer de mala vida a la que intentó envenenar en 1847, año en que fue ascendido a Alférez.

Estando sumariado por el delito anterior, recibió sus despachos de Teniente y fue destinado a Valdivia, guarnición a la que se trasladó después de abandonar a su mujer legítima.

En 1850, su mala conducta y continua embriaguez, dio motivos para que se le calificaran sus servicios.

Poco tiempo después y para que pagara una deuda de 80 pesos que había dejado en el Regimiento, se le llamaba nuevamente al servicio y se le destinaba a la guarnición de Punta Arenas.

Veamos lo que de su paso por Valdivia dice don Vicente Pérez Rosales en sus *Recuerdos del Pasado*.

"Antes de principiar la relación de mis correrías por el interior de la provincia, preciso es dejar aquí consignado, por ser este su legítimo lugar, algo que se relaciona con el motín de Cuartel que, encabezado por el feroz Cambiaso el 21 de diciembre de 1851 en Magallanes, horrorizó al país entero y privó al propio tiempo a la Marina chilena, con el desleal asesinato de Muñoz Gamero, de una de sus más calificadas esperanzas. Era yo Intendente de Valdivia aquel mismo año, y por desgracia los asuntos políticos y los de la colonización

habían obligado al Gobierno a separar los deberes de la Comandancia General de Armas de los de la Intendencia, cuando ancló en el puerto de Corral, de tránsito para el presidio de Magallanes, un transporte del Estado que conducía reos rematados y un piquete de soldados de Artillería a cargo del tristemente célebre chilote Teniente Miguel José Cambiaso. He dicho por desgracia, porque si mis derechos de Intendente no hubieran encontrado contrapeso en los de Comandante General de Armas, Cambiaso hubiera permanecido mucho tiempo confinado en el presidio de la fortaleza de Nieblas, y los anales del crimen no aumentarían como ahora, sus sangrientas páginas, con el relato de atrocidades cuyos antecedentes, ocurridos ante mí en Valdivia, paso a referir. Cambiaso supo aprovechar tan bien la corta estadía del transporte en Corral, que ya, desde el día siguiente de su llegada comenzaron a circular tantas noticias de los desórdenes que el tal militar promovía en Valdivia, donde parece que había residido antes por algún tiempo, que alarmado pregunté al ex-Intendente don Juan Francisco Adriasola si tenía algunos antecedentes de semejante loco. Don Juan Francisco me contestó con amarga jonja: Ese que Ud. llama loco, tiene más de pillo que de loco; es un tuno de tomo y lomo, cuyos pecados veniales nunca han sido otros que el jugar, petardear, beber y enamorar, todo con el mayor descaro y sin taza ni medida; y no me pregunte más. Ese tal, sin el cargo que lleva, yo no se porqué, iría bien a donde va, bien amarrado. La víspera de la salida del transporte en que debía continuar su viaje ese dechado de virtudes, y cuando menos esperaba yo que algo siquiera viniese a interrumpir la insulsa monotonía de mi despacho diario, precedida de algunos destemplados alaridos, entró precipitada en mi sala de trabajo una mujer del pueblo, que con voz convulsa y dolorida me dijo llorando: -Señor: el teniente Cambiaso, aprovechando una ausencia de mi casa, me ha robado a mi única hija y la tiene escondida a bordo junto con mis baulitos de ropa y con cuantas pobreza tenía economizadas para mi sustento. Tranquilizada aquella infeliz, ocho horas después de bien cerciorado de lo que pasaba, había sido traída al nido maternal la inocente paloma que había pensado alzar el vuelo hacia las regiones australes, y el seductor esperaba con una barra de grillos en la Fortaleza de Nieblas la iniciación de la causa que ordené se le formase. Cambiaso, viendo lo que se le esperaba, ocurrió, invocando el fuero militar, al Comandante General de Armas, al pundonoroso y confiado don Benjamín Viel, que desempeñaba a la sazón ese destino y desde entonces mi propósito quedó frustrado. Para qué referir las discusiones verbales de competencia a que dio lugar este incidente entre Viel y yo, discusiones que hasta con gusto referiría por su originalidad, si al haber salido yo mal en ellas no hubiera motivado la catástrofe de Magallanes. Recuerdo, entre otras cosas que Viel me dijo para determinarme a silenciar lo que ocurría, después de hacerme ver que mis deberes de simple Intendente debían detenerse en el punto en que el asunto estaba, que la palabra raptó era una arma de dos filos: -Y si no -agregó sonriéndose-, dime, buen Vicente, cuando hay raptó, ¿quién es el robador y quién es el robado? ¿Es el hombre el que se roba a la mujer, o es la mujer la que se roba al hombre? Cambiaso se descartó del robo atribuyendo el hecho a su querida, y del raptó, cargándolo en cuenta a la juventud. Ese perdido, merced a Viel, siguió su viaje, y fue el que encabezando el motín de cuartel en que corrieron parejas el licor y la sangre, asesinó al bizarro y valiente Comandante don Benjamín Muñoz Gamero, que era una de las más puras esperanzas de nuestra Marina de Guerra. Viel, al recibir la noticia de esta catástrofe, lleno de despecho y de amargura, porque tenía a Gamero el cariño de padre, se lanzó precipitado en busca mía y con lágrimas, echándome los brazos me dijo: -¡Yo no más tengo la culpa de esta desgracia! Yo debía haber hecho escupir sangre a ese malvado antes de dejarle

continuar su viaje!"

Tal era el hombre bajo cuya custodia iban a quedar los siete ex-sargentos del Batallón Valdivia que el 9 de octubre de 1851 llegaban en calidad de relegados a la colonia penal de Punta Arenas.

La conducta de Cambiaso, en aquella apartada región, siguió su curso ordinario y así fue como en medio de su embriaguez y cegado por la ira, en noviembre de 1851 desenvainó su espada contra su Capitán Salas y lo amenazó de muerte.

Sumariado conforme a la Ordenanza Militar, cupo la desgracia que el sumario recayera en manos de un fiscal sin pundonor, el Ayudante de la Gobernación don Nicanor García, a quien más tarde el feroz Cambiaso confiriera el honroso título de General de Brigada.

Mientras se sustanciaba el sumario, Cambiaso, libre de sus grillos, fue arrestado junto a aquellos presos que cumplían condena, contándose entre ellos, los siete ex-sargentos del Batallón Valdivia.

Allí en su prisión fue donde el sanguinario militar concibió y maduró el plan de venganza contra el Capitán Salas, plan que al estallar llevó el luto y el crimen al corazón de la colonia.

Fácil le fue infiltrar sus infames propósitos en el ánimo predispuesto de sus siete subalternos, la guarnición compuesta de un elemento malsano debía secundarlo.

El 16 de noviembre del año que nos ocupa, el complot estaba terminado, la guarnición debía sublevarse, se aprendería al odiado Capitán Salas a fin de castigarlo con todo el rigor que la venganza requería.

El 16 en la tarde Cambiaso hizo partícipe de sus propósitos al Fiscal García, quien, aceptando la idea, la puso en conocimiento de Muñoz Gamero:

"Éste -dice don Robustiano Vera- no tomó medida alguna para desbaratar y castigar a los comprometidos en tan infame proyecto. En vez de proceder con la energía que en tal situación correspondía, convidó ese día a comer a su mesa al reo procesado José Miguel Cambiaso, en su presencia a influjo del vino del festín, se violenta de nuevo y a su manera con su jefe de Cuartel, y del propio techo en que encuentra acogida de amigo, sale arrogante y avinado a volver armas contra el pecho del que le personaba y aún le enaltecía".

El 17 de noviembre, un cañón disparado en el cuartel, señaló el comienzo del fin sangriento de la colonia.

Cambiaso, jefe del motín, acompañado por los siete ex-Sargentos del Valdivia, encabezaron a más de doscientos conspiradores apertrechados con armas de todas clases, garrotes y

herramientas, recorrieron la población en medio de gritos desaforados y embriagándose a medida que el tiempo transcurría.

El día 17 no hubo ensañamiento contra persona determinada, los amotinados se limitaron a sentar su principio de soberanía para terminar en las horas de la noche, en una bacanal espantosa, que fue exaltando los ánimos a medida que el licor hacía sus efectos.

Al amanecer del día 18, Cambiaso se hizo proclamar Gobernador de Magallanes; Muñoz Gamero fue dejado en libertad. El mismo día hizo arrestar y remachar grillos al capitán Salas, condenándolo a muerte, pena que debía efectuarse el día 19.

A las 3 de la tarde del día 18, corrió la primera sangre decretada por la dictadura del nuevo Gobernador; la víctima fue el ex-Sargento del Valdivia José A. González que cometió el enorme delito de haber cambiado algunas palabras con el Capitán Salas, reo a quien el infeliz González custodiaba.

Este primer crimen sentó la personalidad de Cambiaso quien, quedó dueño absoluto de la situación. El título de Gobernador que personalmente se había dado, fue cambiado sucesivamente por el de Coronel y General.

Dueño de sus acciones, se formó una guardia especial, que a más de custodiar su persona daba realce a su autoridad. Los ex-Sargentos del Valdivia recibieron el título de Capitán, y Sargento Mayor, el ex-Sargento Cabello, que también lo había sido del Valdivia.

La fuerza militar de Punta Arenas fue organizada en cuatro Batallones terrestres y una Brigada para el servicio marítimo, cada una de estas unidades estaba bajo el mando de un bandido o asesino. Constituyó su Estado Mayor, nombrando Jefe de él al Fiscal de su causa don Nicanor García, con el título de General de Brigada.

Como legislador, dictó un Código de penas y delitos, Código que se inspiraba exclusivamente en la delación.

Nada había hecho peligrar, por el momento, la tiranía y el poder de Cambiaso en Magallanes si una feliz casualidad, verdadero drama del mar, no se hubiera encargado de recoger a algunos naufragos de la antigua colonia, conduciéndolos hasta Chiloé.

Se encontraba Muñoz Gamero y algunos de sus subordinados que le permanecían fieles, en calidad de detenidos en el recinto de la ciudad, cuando se le informó que había anclado en la rada de Punta Arenas la barca Florida que, habiendo zarpado de Valparaíso a principios de noviembre, llegaba a esas playas a fines del mismo mes conduciendo setenta delincuentes penados a relegación, por estar comprometidos en la revolución que estalló en Valparaíso en octubre de 1851.

El Oficial que conducía a estos penados fue hecho prisionero por Cambiaso y, después de remachársele grillos, encerrado en un calabozo.

Aprovechando el descuido ocasionado por la traslación a tierra de los confinados que conducía la Florida, Muñoz Gamero y los suyos tomaron el bote de la Capitanía e hicieron rumbo a bordo en demanda de auxilio. ¡Cuál no sería su desengaño al observar que en la barca se izaba la escala y se les recibía con fuego de fusilería. Afortunadamente, los proyectiles no dieron en el blanco y el bote empujado por los vientos de tierra, se perdió hacia el Sur, en las aguas del Estrecho. En esta forma fue como Muñoz Gamero y sus acompañantes, lograron alcanzar las playas de Tierra del Fuego, en donde fueron recibidos a flechazos por los nativos pobladores. Este ataque imprevisto, del que resultó herido Muñoz Gamero y uno de los suyos, los obligó a huir de esas playas y confiar la embarcación a la voluntad de las corrientes.

Cuatro días de padecimientos y hambres, los dejaron de nuevo en las playas del continente, a inmediaciones de Agua Fresca.

Echada la suerte de los infelices prófugos, Muñoz Gamero y el Padre Acuña resolvieron buscar refugio al lado de la colonia y, consecuencia de ello fue que el 3 de diciembre llegaron a ponerse bajo el poder de Cambiaso quien, en breve, debía decretarles la pena de muerte.

El resto de los fugitivos permaneció escondido en los bosques ribereños a Agua Santa y, buscando alimentación en los escasos productos del suelo, lograron sostenerse hasta que fueron recogidos, en parcialidades, por la barca Tres Amigos, el vapor Lima y el Virago. La primera de estas naves fondeó en Chiloé en enero de 1852. A su bordo venían dos de los fugitivos recogidos en Agua Santa, primeros voceros que transmitieron al Gobierno la historia de los sucesos que se venían desarrollando en Magallanes.

Volvamos a Punta Arenas.

La pluma se resiste a trasladar al papel el horrendo crimen que el feroz Cambiaso concibiera para exterminar dos vidas acreedoras, por todos conceptos, a la veneración y respeto del país.

La suerte de los dos fugitivos que en la madrugada de 13 de diciembre de 1851, impulsados por el hambre y por el frío, se presentaron ante Cambiaso, estaba de antemano decretada. La ambición de poder de esa fiera humana no tenía límites y el asesinato de Muñoz Gamero debía consumarse.

Simple narradores de los acontecimientos, estampamos a continuación la autorizada palabra de don Robustiano Vera.

"En la madrugada del 3 de diciembre de ese memorable año de 1851, llegaban a la colonia el Gobernador Muñoz Gamero y el Padre Acuña. En el acto Cambiaso hizo formar una especie de proceso en contra de ellos. Fueron sentenciados a muerte y, Cambiaso, sin miramiento alguno y sin recordar los servicios y atenciones que debía a sus víctimas, puso su firma en aquella bárbara e ilegal sentencia. En efecto, ¿cuál era el crimen de estas dos personas? Nadie lo sabía. Pero si para fusilar a Muñoz Gamero podía encontrar los recelos de que intentara recobrar el mando ¿qué cargos podían existir contra el virtuoso y digno Padre Acuña? Dio orden de cargar a Muñoz Gamero con dos barras de grillos y una al Padre Acuña. Les hacen vendar la vista y les sacan al sacrificio. Muñoz Gamero de pie y aún sobre andando todavía, recibe por la espalda la descarga de los fusileros de Cambiaso".

La víctima pertenecía por familia a una raza de valientes y no quiso jamás desmentir tan gloriosos antecedentes.

Aréstegui y Aguilera que habían sido jueces y los asesinos de estas dos víctimas, dejaron contento a su jefe.

Hecho esto, Cambiaso, dio orden de hacer una gran fogata y allí hizo arrojar el cadáver de Muñoz Gamero, ya que había encontrado resistencias para hacerlo quemar vivo como él lo deseaba.

"En esos troncos humeantes se hizo asar Cambiaso una ternera para festejar la victoria. El cadáver del Padre Acuña fue entregado a unas pobres mujeres y como nadie quisiera cavar la sepultura donde se guardaran los restos del Padre Capellán, quedó tirado entre las yerbas del cementerio de esa aldea, para que sirviera de alimento a las zorras del monte. El vino ahogó enseguida los remordimientos de esa gente que ya no tenía límite en sus crueldades.

Ni el tiempo ni la historia perdonarán jamás a los autores de tan negros crímenes".

Repasemos, a vuelapluma, lo que en la Colonia había pasado durante la ausencia, enjuiciamiento y asesinato de las dos víctimas que acabamos de consignar.

Conocedor, Cambiaso, de la fuga de Muñoz Gamero y sus servidores hizo encarcelar, engrillados, al intérprete don Santiago Dunn y al Alférez Díaz, que pasaron a hacer compañía al prisionero Capitán Salas. Además de estos tres encarcelados se encontraban detenidas dos personas de origen francés, un hombre y una mujer cuya presencia en la colonia no la explican los historiadores.

La prisión fue rodeada con materiales inflamables y Cambiaso, el 26 de noviembre, dio la orden de hacerla arder para que los prisioneros murieran en la hoguera. Afortunadamente la mediación del «General de Brigada» don Nicanor García, los libró de este horrendo suplicio. Las llamas, que habían ya tomado incremento, se comunicaron al resto de la población, y en pocos momentos, la colonia entera fue destruida por el incendio.

Se saquearon las habitaciones que pudieron escapar de la destrucción y en un lugar público se procedió al fusilamiento, en efigie, de la abuela y de la madre de Muñoz Gamero, cuyos retratos se logró sacar de la Gobernación.

Concedió la libertad a todos los reos que cumplían condena en Magallanes.

Se apoderó de la barca Florida, haciendo prisioneros, por engaño, al Capitán y otro Oficial del barco. Ambos de origen inglés y desconocedores del idioma castellano. Al conducírseles al calabozo, fueron engrillados.

El 1.º de diciembre, se apoderó de la goleta *Elisa Cornish* que, por las aguas del Estrecho, se dirigía al Atlántico. Capitán y tripulación, engañados como en el caso de la Florida, fueron hechos prisioneros y Cambiaso logró apoderarse de una cantidad considerable de oro y plata sellada, aparte de nueve barras de oro de valor de diez mil pesos cada una.

El 10 de diciembre se fusilaba a don Juan Talbot, Capitán de la *Cornish*, a su propietario Mr. Dean y al piloto y un pasajero de la Florida.

«Uno de los tiradores -dice don Robustiano Vera-, al ver que el Capitán Talbot tenía un brillante en un dedo, sacó su afilado puñal y para apoderarse de esa alhaja, se lo cortó con presteza. El infeliz que no sabía el idioma, sólo pudo decir en mal castellano, ‘malo chileno’».

Los cadáveres fueron colgados en la horca y después arrojados en una hoguera que, con tal objeto, se mantenía encendida.

El 4 de diciembre se fusilaba a un campesino de apellido Riquelme que desde los bosques, llegó a la colonia en busca de tabaco para uno de los prófugos que habían huido con Muñoz Gamero. Aún con vida fue arrojado a la hoguera.

El mismo día 4 fue arrojada a la hoguera una infeliz e indefensa india y tres asistentes de Muñoz Gamero.

El día 5 sufría la misma pena un infeliz cuidador de ganado.

El día 14 se fusilaba y quemaba a cuatro indios fueguinos y dos mujeres patagonas.

Como puede apreciarse, el bandido más feroz quedaba muy distante del sanguinario Cambiaso, quien había logrado dominar en tal forma a sus secuaces que no sólo le temblaban y obedecían ciegamente, sino que demostraban a su Jefe una sumisión tan despreciable y abyecta que puede apreciarse en el siguiente hecho narrado por el autor antes citado.

«En la tarde del 16 de diciembre, el Generalísimo Cambiaso se rompió una mano con un vaso de cristal por causa de un golpe que dio con él en la mesa en que se encontraba con sus famosos capitanes, tal vez todos avinados. Todos abandonan sus asientos, rodean al herido y le chupan la sangre que le salía de la lesión, diciendo que ellos no permitían que se perdiera una sola gota de su sangre. ¡Tal era la bajeza de tan infames presidiarios!»

A tan gran General no debía faltarle su bandera; inauguró, pues, la suya que ostentaba una calavera y dos canillas sobre fondo lacre. Tan macabra divisa llevaba el siguiente lema: «Conmigo no hay cuartel» y «Soy salteador de tierra y pirata en el mar».

Tales eran los acontecimientos que en la Colonia se habían desarrollado en el corto lapso de tiempo transcurrido entre la fuga y el asesinato del malogrado Gobernador Muñoz Gamero.

El comienzo del año 1852 marcó la cumbre del apogeo del temible Cambiaso que debía de pagar sus crímenes, en un patíbulo de Valparaíso en el mes de abril de 1853.

El principio de su decadencia criminal fue marcado por nuevos hechos delictuosos que refuerzan poderosamente la hiel que vertía de ese corazón salvaje que nada atemorizaba.

En diciembre de 1851 cruzó el Estrecho, en viaje de Europa al Pacífico, un buque inglés el que, después de haber fondeado en Punta Arenas, fue debidamente agasajado y continuó su derrotero sin apercibirse del estado anormal de la Colonia.

En enero de 1852 y presintiendo Cambiaso que el fin de su desgraciada gloria se acercaba, llevándose el oro de que se había adueñado, se embarcó en la Florida y tomó rumbo al Pacífico; lo acompañaron todos sus cómplices.

El resto de los amotinados se embarcaron en la barca *Elisa Cornish* y siguieron las aguas de su Jefe.

Antes de la partida se incendió la población y en pocas horas la totalidad de los edificios que aún existían en la colonia, quedaron reducidos a escombros.

Durante la navegación de las naves y frente al cabo Froward se saqueó al buque francés Garonne, varado en aquel punto.

A mediados de enero del mismo año, engañados, desembarcó en el cabo mencionado a 128 de sus compañeros, y después de abandonarlos a la ventura y despistado a la barca *Elisa Cornish*, emprendió viaje a Europa.

Dejemos un momento a Cambiaso navegando con rumbo al Atlántico y volvamos al centro del país.

En enero de 1852 llegaba a Valparaíso el vapor Lima conduciendo a tres de los confinados que lograron escaparse con Muños Gamero y de los cuales el Gobernador se había separado en Agua Fresca.

El relato que éstos hicieron ante el Intendente de la Provincia, vice-Almirante don Manuel Blanco Encalada, obligó a esta autoridad para que el mismo día pasara el Gobierno la siguiente nota:

«Valparaíso, 11 de enero de 1852.

Señor Ministro:

A las 2 de la tarde ha fondeado el vapor inglés *Lima* procedente de Europa, y por el que me llega la tristísima, la terrible noticia de la sublevación del presidio de Magallanes; el asesinato horrible perpetrado en la persona del Gobernador y los demás detalles de la noticia que en copia acompaño y que me transmite el Capitán de Marina don Jorge Bynon, que viene de pasajero en el mismo vapor *Lima*.

El buque en que probablemente vienen los autores de estos horribles crímenes. perpetrados al grito de '¡viva Cruz!'

con el objeto de unirse a sus partidarios que consideran triunfantes en la República, aún no había salido del Estrecho a la pasada del vapor Lima y V. S. verá si conviene con urgencia impartir órdenes a las provincias del Sur para prevenirlas del arribo de unos bandidos como esos y a nuestra fuerza naval en el Sur para que procuren impedir que lleguen a Chiloé, Valdivia o Talcahuano.

El país ha perdido en el bravo capitán Muñoz Gamero, un militar de mérito y la Marina Nacional uno de sus mejores oficiales.

Dios guarde a V. S.- Manuel Blanco Encalada.

Al señor Ministro de Estado en el Departamento de Guerra y Marina».

La nota anterior causó profunda consternación en los círculos gubernativos y el presidente de la República Excmo. señor don Manuel Montt que en septiembre de 1851 había sucedido en el mando de la Nación al General don Manuel Bulnes, dictó las medidas necesarias al castigo de los culpables de Magallanes. Fue así como los barcos nacionales *Meteoro* e *Infatigable* y el vapor inglés *Virago* emprendieron navegación hacia el Sur en demanda de Cambiaso y sus secuaces.

En febrero del año 1852 el *Virago* apresaba en los mares del Sur, al bergantín *Elisa Cornish*, donde, en calidad de prisioneros se encontraban el Capitán Salas y el Sub-teniente Díaz que, como se recordará, habían escapado milagrosamente de ser quemados el 26 de noviembre de 1851, gracias a la intervención inesperada del improvisado General de Brigada don Nicanor García.

Custodiada suficientemente esta primera presa, el *Virago* siguió hacia el Atlántico, regresando de esas aguas después del encuentro con la fragata sueca *Eugenia*, de cuyo capitán recibió noticias que la *Florida* no navegaba por aquellas aguas.

De regreso en el Pacífico, el *Virago*, explorando los mares y después de tomar a remolque al bergantín *Cornish*, llegó a mediados de febrero a las playas de Ancud rada donde fondeó «ceranos a una barca desconocida que se veía fondeada muy adentro del surgidero, bajo los fuegos de las baterías de tierra»:

«Este buque era la *Florida* que había llegado allí el día antes del arribo del *Virago*, batido por las olas».

¿Por qué razón se encontraba en Ancud, el 15 de febrero de 1852, el buque *Florida*? Es lo que vamos a tratar de explicar con pocas palabras. Como se recordará a mediados de enero de 1852, Cambiaso abandonaba a gran parte de sus cómplices sobre las desoladas playas del cabo Froward y tomaba rumbo al Atlántico burlando al bergantín *Cornish*.

Estas maniobras del feroz Cambiaso trajeron a sus secuaces la certidumbre de que su Jefe pretendía paulatinamente desligarse de todos aquellos que habían compartido con él los días de bandidaje.

Consecuente con esta idea que poco a poco fue tomando incremento, se confabularon los principales elementos de a bordo y a fines de enero del mismo año, estando la *Florida* próximo a las Malvinas, estalló la conspiración.

Sus resultados fueron felices, Cambiaso y sus principales cabecillas, cayeron en poder de los nuevos amos y, amordazados y engrillados, tomaron colocación en los calabozos del vapor. La tripulación aceptó gustosa el nuevo Comando.

"Cambiaso y García, dice don Robustiano Vera, se mostraron cobardes en extremo. Lloraban y suplicaban con lágrimas en los ojos, cuando ya les sacaron las mordazas, pidiendo por Dios que no les fusilasen, sin duda porque Villegas, para atemorizarlos hizo un estrépito que creyeron que era para mandarlos al otro mundo. En tales apuros Cambiaso y García decían:-Somos cristianos lo mismo que Uds.; permítasenos rezar un Padre Nuestro".

El nuevo capitán de la *Florida*, Villegas, varió de rumbo a la nave y, por haberse decidido en reunión del nuevo consejo, entregar a Cambiaso y sus secuaces al Gobierno de Chile, la *Florida*, después de dar la vuelta por el Cabo de Hornos, el 14 de febrero echaba el ancla en Ancud, fondeadero donde la sorprendió el 15 el vapor *Virago*.

A fines de diciembre de 1852, Cambiaso y sus criminales cómplices, bajaban a tierra en Valparaíso y el 4 de abril del año siguiente, previo el proceso de estilo, Cambiaso junto con siete compañeros, purgaban los horrendos crímenes cometidos en Punta Arenas y Magallanes.

"Los reos fueron puestos en capilla -dice el autor antes citado- y se señaló para su ejecución el domingo 4 de abril de 1853. A las doce del día quedaban terminados todos los aprestos del suplicio. El verdugo había dado la voz de hallarse listo al Alcaide de la Cárcel y éste al Fiscal que mandaba la lúgubre parada militar del escarmiento, compuesta aquel día de todos los cuerpos de la guarnición. Cincuenta mil personas concurrieron a este triste pero necesario espectáculo. Los reos fueron sacados al patíbulo y tranquilos y resignados soportaron el fallo de la justicia. A las dos de la tarde, ocho cadáveres quedaron tendidos para constatar que la vindicta pública estaba satisfecha. Cambiaso debía ser descuartizado conforme a la sentencia. En la Cárcel de Valparaíso hubo un solo voluntario para aquella degradación: inútil y bárbara mutilación de un cadáver. Un joven que llevaba el apellido de una ilustre familia, en cambio de su libertad, se prestó para realizar esa operación. Se tiñó la cara y con brutal petulancia aserró durante tres horas, los miembros del ensangrentado cadáver".

Fuerte había sido, sin duda, la dolorosa y sangrienta conmoción que demolió hasta sus bases la colonia que el Supremo Gobierno ideara fundar en Magallanes.

Fruto de un elemento pernicioso y perverso fue aquel desquiciamiento total de un pueblo que, bien dirigido por el malogrado Gobernador Muñoz Gamero, debió de emprender francamente el camino del progreso y del bienestar.

Población tan apartada del centro de la República, jamás debió de constituir un lugar de relegación para gentes peligrosas y ajenas a la civilización y el progreso. Sin embargo, al llevarse el luto y la ruina a tantos hogares, la opinión de los gobernantes comprendió el error que antes se cometiera y volvió por sus fueros amargamente aleccionados, decretando a Magallanes, no como un presidio de delincuentes sino como un pedazo de suelo chileno en el cual, además de mantener una guarnición militar señaladora de nuestro principio de autoridad sobre esa región, debía de dotársele de colonos sanos en sus principios y con el valer suficiente para dedicar sus actividades a las industrias y agricultura.

Así lo reconoció el Presidente de la República cuando en la apertura del Congreso el 1.º de junio de 1852, decía lo siguiente:

"La sublevación de Magallanes ha hecho conocer que en un punto lejano no puede establecerse un presidio, sin peligros".

El Ministro de Marina, a mediados del mismo año, decía al Congreso:

"Nuestros establecimientos, en Magallanes, comenzaban a desarrollarse bajo la acción ilustrada del nuevo Gobernador, Capitán de Fragata don Benjamín Muñoz Gamero, correspondiendo ampliamente a las esperanzas que fundaba el Gobierno en la elección de aquel Jefe, cuando un eco espantoso de las pasiones revolucionarias que han agitado el país, levantó en aquellas regiones lejanas un estandarte sangriento y bárbaro a cuya sombra se asesinó al benemérito Gobernador, a un eclesiástico, a indefensos inocentes extranjeros transeúntes, a algunos de nuestros conciudadanos y a miserables indígenas, sustituyéndose a la acción benéfica y clemente que a nombre del Gobierno ejercía el buen Gobernador, un despotismo tenebroso y sangriento que todo lo anonadó. Son conocidos del Congreso y del público los principales hechos de este sangriento episodio de las discordias civiles de 1851, pero he creído de mi deber consignar oficialmente algunos de ellos en la relación que acompaño por separado. En ella se expone la marcha de aquella temible sublevación, las medidas tomadas por el Gobierno para su represión y castigo, las negociaciones entabladas con el señor Almirante Británico, noble y activo auxiliar en este propósito y se sigue paso a paso la marcha de los sucesos hasta dejar espionado en el patíbulo, en cuanto era posible, la serie de crímenes que se perseguían. Aleccionado por la experiencia y en el estado actual de las cosas, el Gobierno ha dado al Gobierno de Magallanes una nueva organización y ha zarpado ya de Valparaíso el Infatigable, conduciendo al nuevo Gobernador, con una guarnición compuesta de unos treinta individuos de tropa, los empleados y Oficiales necesarios y algunos pobladores voluntarios. Las miras del Gobierno, respecto a Magallanes, son mantener ocupado militarmente aquel punto avanzado de nuestro territorio, cuya importancia no puede desconocerse, quitarle el carácter de presidio, aún para el delito de deserción que era el único que con destierro allí se castigaba, y fomentar la explotación voluntaria del carbón mineral y otras industrias que allí puede llevar la mano del emigrado".

La triste y dolorosa historia que dejamos consignada, debía tener un apéndice doloroso en la persona del Gobernador que se hiciera cargo de los restos mortales de la colonia dejada por Muñoz Gamero.

Esta nueva víctima, no caería bajo la mano del civilizado, sino sería hija de la barbarie del vengativo patagón.

En el mes de mayo de 1852, el Supremo Gobierno dictaba el siguiente decreto:

"Santiago, mayo 15 de 1852. He venido en acordar y decreto: 1.º- Nómbrase Gobernador Comandante de Armas de la Colonia de Magallanes, al Tte. Coronel de Ingenieros don Bernardo E. Phillippi. 2.º- Ayudante de dicha Comandancia, al Guardia Marina sin examen don Pedro Godoy Cruz (hijo del benemérito General don Pedro Godoy). 3.º- Comandante de la fuerza que debe guarnecer la expresada Colonia, al Capitán de Ejército don José Gabriel Salas. 4.º- Esta fuerza constará de un Sargento 1.º, un íd. 2.º; un Cabo 1.º; un íd. 2.º y 21 soldados. 5.º- Tanto el Jefe como el Oficial nombrados y la mencionada tropa gozarán de una gratificación que equivalga a una cuarta parte del sueldo de sus respectivas clases. El referido Gobernador propondrá al Gobierno los empleados que debe tener la Colonia con arreglo a lo dispuesto en el presupuesto de Marina.- Tómese razón y comuníquese.- Montt.- José Francisco Gana".

Cabe hacer presente que el nuevo Gobernador no era chileno de nacimiento; nacido en Alemania en septiembre de 1811, hizo sus estudios de ingeniería militar en Prusia. Vino por primera vez a Chile el año 1831. Su segundo viaje lo efectuó en los años 1837-38 y permaneció en la República con el objeto de coleccionar objetos de historia natural. Su amor por este estudio lo llevó hasta el Perú, donde contrajo una enfermedad endémica en ese país, que lo obligó a venirse a Chiloé en busca de salud. En este punto y siendo ya Oficial de Artillería Chilena, lo encontró la goleta *Ancud*, a cuyo bordo, se embarcó el año 1843, cuando el Gobierno envió la primera expedición a Magallanes.

El 19 de agosto de 1852 el nuevo Gobernador desembarcaba en Punta Arenas y podía apreciar, en toda su magnitud, la devastación de la extinguida Colonia.

Sus primeros cuidados se limitaron a la reconstrucción de lo destruido y fue tan tenaz en su empeño que el 2 de septiembre del mismo año, levantaba el pabellón de la Patria declarando el establecimiento de la Colonia.

Algunos indios de los alrededores aparecieron pronto y por ellos pudo saberse que parte del ganado existente en la época de Muñoz Gamero se encontraba desparramado por los bosques. Quiso el nuevo Gobernador recuperar lo perdido al mismo tiempo que entablar negociaciones de amistad con los atemorizados nativos y, ello fue la principal causa de su muerte.

Al frente de las tribus indígenas patagónicas se encontraban los caciques Casimiro y Guachi, quienes, después de visitar al Gobernador le exigieron palabra de retribuirles la visita en sus rucas del interior. Fiel guardador de sus compromisos, don Bernardo Phillippi,

cumplió lo prometido y, el mes de noviembre, en compañía de algunos de los suyos, se internó hacia el Norte. Al regresar al campamento indígena y habiéndose visto obligado a pernoctar próximo a la playa, durante la noche fue asesinado por los nativos. Junto con él murió el pintor Alejandro Simón y cuatro soldados.

De esta manera vengaron los indios la muerte de sus compañeros que fueron sacrificados por el feroz Cambiaso, cuya sombra exterminadora aún vagaba por esos parajes.

Le sucedió en el mando inmediato el Comandante de las fuerzas militares don José Gabriel Salas, quien, al hacerse cargo de su puesto, levantó la siguiente acta, que oportunamente fue elevada al Gobierno central:

«Gobierno provisorio de Magallanes.- Habiéndose ausentado el Gobernador, Tte. Coronel de Ingenieros don Bernardo E. Phillippi el 26 de octubre último, con algunos de los indígenas llamados 'Guaicurues', pequeña tribu de Cabo Negro que se hallaban en ésta con el objeto de acompañarlos hasta Cabo Negro y ver en dicho puerto el lugar más adecuado para un destacamento y a su partida se me dijo estaría de vuelta en dos días y como hasta la fecha no ha llegado, es de temer que haya sido asesinado por los mencionados indios; en esta virtud he tenido a bien hacer abrir la caja y dos barriles de cobre pertenecientes a los fondos del Estado a presencia de los señores doctor don Wilibaldo Lechler, Capellán Presbítero don Juan Cárdenas, Ayudante en Comisión don Pedro Godoy y del Maestre de víveres don Julio Lotten, encontrándose en caja ochenta y cinco onzas de oro selladas, un cóndor y tres pesos cuatro reales en plata; en un barril ciento ochenta pesos y medio real; y en otro ciento ochenta pesos uno y medio reales, ascendiendo el todo a la cantidad de 1.840 pesos dos reales y para constancia de esto firmó con dichos señores en Punta Arenas a los trece días del mes de noviembre de mil ochocientos cincuenta y dos.- J. Gabriel Salas.- Pedro Godoy.- Wilivaldo Lechler.- Juan Cárdenas, presbítero.- Julio Lotten».

A mediados del año 1853 llegaba a Punta Arenas el nuevo Gobernador don Jorge Schythe, de origen dinamarqués y que acababa de entrar a prestar sus servicios a Chile.

El 2 de julio del mismo año, el Supremo Gobierno erigía a Magallanes como Territorio de Colonización, dejando, por lo tanto, de ser colonia penal.

Durante la administración del Gobernador Schythe y por indicación expresa del Supremo Gobierno que había recomendado no se escatimaran sacrificios en indagar sobre

la suerte que había corrido el malogrado don Bernardo E. Phillippi, se logró obtener datos más o menos precisos que fueron elevados al Gobierno en la siguiente comunicación:

«Habiendo el Gobernador interino de ésta, Comandante de la Guarnición don José Gabriel Salas, por medio de abundantes agasajos hechos al Cacique patagón Guaichi, tratado de conseguir que se le entregase a los perpetradores de ese crimen atroz, pertenecientes a la tribu llamada 'Guaicurues', no ha logrado más que la remisión del muchacho indio Martín, a quien llevó Phillippi como lenguaraz en la expedición que tuvo para él tan funesto éxito.

Me permitirá V. S. observar de paso, que así el carácter traicionero y mentiroso de los indios, como su división en varias tribus, que tan pronto se juntan como amigos, tan pronto se separan en enemistad hacen sumamente dificultosa toda negociación pacífica con ellos. Así es que hace como dos meses se separó de ésta otro cacique llamado Casimiro, prometiendo que volvería a los ocho días con Guachi y su gente conduciendo los criminales, lo que hasta la fecha no se ha verificado, no obstante de haberse regalado varios artículos de los destinados para agasajos a los indios».

Sigue a continuación una larga exposición del Gobernador, que en mérito a la concisión, no trasladamos al presente trabajo, en cambio, copiamos a continuación la declaración del indio "En Punta Arenas, del Territorio de Colonización de Magallanes, a veintinueve días del mes de agosto de 1853, hice comparecer ante mí y testigos, Capitán y Comandante de la Guarnición don José Gabriel Salas y Capellán Fray Pedro Díaz, al indio muchacho llamado Martín, de edad de quince años, con el objeto de tomarle su declaración acerca de la suerte del Gobernador don Bernardo Phillippi, en atención a que el mencionado indio lo acompañó en su viaje a las pampas para servirle de lenguaraz. Amonestado de decir verdad acerca de cuanto supiese y le fuese preguntado, prestó la siguiente declaración: El veintiséis de octubre del año próximo pasado, salió de esta Colonia el Gobernador don Bernardo Phillippi, acompañado por el capataz Villa, el declarante y siete indios más con sus familias de la tribu denominada Guaicurues, con el objeto de indicarles en Cabo Negro el punto donde pensaba poner un pequeño destacamento para que le sirviese de apoyo en el caso de ser incomodados por los patagones. Continuando el viaje más adelante de Cabo Negro, llegaron al tercer día al punto llamado Cabeza del Mar, en donde armaron sus tolderías, y oyó en el mismo día el que declara, tratarse entre los indios de quitar la vida al Gobernador y a Villa. Preguntado: ¿cómo no dio parte a ellos luego que oyó esta conversación? Dijo: que si no dio parte, era por temor de que le quitaran la vida, y continuó prestando su declaración como sigue: Habiendo pensado los dos la noche en toldos distintos, vio el declarante, como a las siete de la mañana, entrar al toldo del Gobernador a dos indios apellidados Chauche y Majanero quienes, de improviso se echaron sobre él, dándole de puñaladas y acabando de quitarle la vida con boleadoras, sin que pudiese llamar en su auxilio al dicho Villa, ni emplear sus armas en su defensa por no tenerlas a la mano. Después de muerto lo despojaron de toda su ropa, y poniéndole un lazo al pescuezo, arrastraron el cadáver a la cola de un caballo para enterrarlo en la playa, cerca del lugar en que se había perpetrado el crimen. Casi al mismo tiempo fue el hermano del citado Majanero con dos indios más llamados Luis y Jarbon al toldo de Villa, a quien arremetieron con sus puñales, boleadoras y flechas; sacando él su

cuchillo hirió a un indio en la pierna, dando gritos al Gobernador; pero sujetándole de los brazos concluyeron con su existencia y acto continuo hicieron la misma cosa que con su desgraciado jefe. Concluidos los asesinatos procedieron a quemar parte de la ropa manchada con la sangre, repartiéndose de todo lo demás y continuando su marcha más al interior, se llevaron al muchacho indio que se ha quedado con ellos como ocho meses, hasta que fue mandado a esta por el Cacique Guaichi, Jefe de una partida de patagones. Punta Arenas, 29 de agosto de 1853.- Jorge C. Schythe, Gobernador y Comandante de Armas del Territorio de Colonización de Magallanes.- Testigos: J. Gabriel Salas.- Pedro H. Diers". Martín:

Con los datos enviados al Gobierno por el Gobernador Schythe, se cierra el año 1853, con la siguiente población en el Territorio de Colonización de Magallanes:

Plana mayor y empleados		18
Soldados		<u>31</u>
	Total de Hombres	49
Mujeres		31
	Varones	37
Niños		71
	Mujeres	<u>34</u>
	Total de individuos	151

«En ganado y aves la cantidad es diminuta, y la devastación que sobre éstos ejercían los rebeldes del 51 y después de ellos los salvajes, ha sido enorme».

Así cerraba, con ese año, lo que podríamos llamar el primer período de la colonización de Magallanes. Este lapso de tiempo abarca desde el año 1843 hasta 1852 inclusive. En los nueve años transcurridos todo esfuerzo del Gobierno tendente a dar vida a Punta Arenas había sido destruido por el feroz Cambiaso y la colonia que tan digna fue de mejor vida, no sólo perdió sus elementos más sanos, sino que en el derrumbe de ella hubo sacrificios de vida en personalidades que figuraban como esperanzas para la Patria.

La lejanía inmensa de aquel vasto territorio ajeno a vías de comunicación directa con el centro del país, requería un sistema de colonización completamente distinto al que se había empleado. Característica había sido de los Gobiernos anteriores, la manifiesta separación entre la primera Autoridad y las fuerzas armadas de guarnición en Magallanes.

Este mal absolutamente pernicioso para el orden y progreso de toda población naciente, fue poderosamente reforzado por la simiente desquiciadora de rebelión que envolvía a casi toda la guarnición. El principio de autoridad no era concebido en el

verdadero sentir de la palabra y la dirección suprema radicada en aquel territorio no apreció debidamente el rol, podríamos decirlo, absolutamente dictatorial con que debió regir los destinos de la colonia.

Después de este primer período, de colonia penal, los hechos que más perjuicios causaron al rápido desarrollo de Punta Arenas, descansó siempre en este principio que se deja anotado: Por una parte el Gobernador con sus principios sanos de Gobierno pacifista y por otro el espíritu bélico de la guarnición, fuerza en que descansaba el principio de autoridad y que, mal dirigida por militares indisciplinados, desvalorizaban el poder del Gobernador para constituir un elemento desquiciador del principio de autoridad con respeto únicamente para sus jefes inmediatos. Más adelante veremos que esta política mal llevada influyó enormemente en el progreso de la región austral.

La segunda época de la vida magallánica elevada a la categoría de Territorio de Colonización, fue iniciada el año que hemos dejado anotado y en virtud del Decreto Supremo de 2 de julio de 1852. Su primer Gobernador fue don Jorge Schythe que, tomó el mando de la colonia el 16 de agosto de 1853.

Schythe gobernó a Magallanes desde el año 1853. Durante su administración se continuó la reconstrucción de los edificios de la colonia y se hicieron estudios de especial interés en lo que se refiere a agricultura y aprovechamiento del terreno para fines agrícolas en general. Sus informes respecto al gran valor que se había dado a las minas de carbón, desprecian un tanto este mineral, primero por su mala calidad y segundo por la falta de elementos para explotarlo, en razón a la gran lejanía de las minas (3 leguas).

Propone, con muy buen acierto, si consideramos que actualmente es ésta una riqueza del territorio, el envío de animales vacunos, tanto para dar mayor valor a los campos como para atraer al colono extranjero.

En 1853 hizo la primera plantación de 600 sauces mimbrés, plantación que se conserva hasta la fecha y constituye no sólo en Punta Arenas, sino en Porvenir (Tierra del Fuego) el principal adorno de los jardines.

El mismo año 53 abrió la primera escuela y él se constituyó en profesor de los 24 niños con que aquel centro de enseñanza comenzó a funcionar.

El año 54 inició el comercio de pieles con los indios, dando así facilidades a los habitantes para que aumentaran sus entradas (cueros de guanaco), chingue, pieles de león, zorro y avestruz).

En sus excursiones a los alrededores alcanzó hasta Peckett-Harbour, punto donde fue asesinado don Bernardo Phillippi, logrando encontrar los restos de este malogrado Gobernador.

Informó que la pesca era abundante y segura y que constituía una fuerte entrada para la colonia.

En 1855 construyó la pirámide demarcadora que hasta la fecha existe inmediatamente al Norte de la población y sobre una peligrosa lengua de arena que, desde tierra, se va perdiendo muy lentamente aguas adentro.

De este acto daba cuenta al Gobierno en los siguientes términos:

«Una boya de forma piramidal sobre una base de más de seis pies en cuadro, se colocó en noviembre último, sobre un banco arenoso del que la colonia deriva su nombre; es visible a mucha distancia, indicando el peligro a los buques que pasen».

En 1856 dictó órdenes y bandos de policía para asegurar el orden interno de la colonia.

Como puede apreciarse, por mucha que fuera la actividad del Gobernador, tal vez por desconocimiento a fondo del terreno en que se pisaba o por la lejanía de los centros poblados del país y sujeto únicamente a sus propios medios, Punta Arenas progresaba muy lentamente, sintiéndose en el seno de los habitantes puntarenenses, la nostalgia de un clima más benigno y de un suelo más productivo. Los últimos años se habían deslizado largos y pesados y el progreso era lento e incierto.

Tal estado de cosas debía de traer sus consecuencias. La dejación de los subordinados aguijoneada constantemente por el espíritu trabajador del dirigente, debía de acarrear el consabido descontento. Por esta causa, el 6 de mayo de 1857 el Gobierno lo relevaba del cargo y lo llamaba a Santiago. Este sistema se hizo después endémico en aquella región y la mayoría de sus Gobernantes fueron retirados de aquel Gobierno por causales que se traducían en comunicaciones que los gobernados elevaban hasta las esferas centrales.

Sin embargo, bien inspirado el Gobierno y después de haber oído a Schythe, lo repuso en su puesto por Decreto de 22 de enero de 1858 y con fecha 10 de febrero del mismo año se le confirió el nombramiento de Comandante General de Armas de aquella región.

Regresó el Gobernador a su Colonia donde se mantuvo hasta el año 1865, época en que una segunda intriga de sus subordinados le hizo trasladarse nuevamente al centro del País. Esta vez, junto con llegar a Valparaíso el 21 de febrero de 1865, presentó al Gobierno la renuncia de su empleo.

No puede dejarse de apreciar que este Gobernador fue un hombre estudioso que se dedicó por completo a la región que se le confiara. Su carácter un poco duro fue el causante de su enemistad con los gobernados, pero este carácter, lejos de ser una dificultad para su gobierno, fue sin duda el que le permitió mantener la colonia tranquila y ajena a movimientos de índole subersiva; para Magallanes es necesario un hombre de temple de acero y ajeno a contemplaciones.

Entre los distintos ramos a que dedicó su actividad se presentan sus interesantes observaciones meteorológicas y el acopio que hizo de objetos de historia natural que envió a algunos Institutos del centro del País.

En las administraciones posteriores, Magallanes sigue su marcha incierta y lenta. Nuevamente el año 1867, la guarnición militar bajo el mando de su Comandante Mayor don Maximiliano Benavides se subordina contra el Gobernador y Comandante general de Armas don Damián Riobó quien, dejando de lado la autoridad que le revestía, cedió ante la presión autoritaria que le impusiera el Jefe de la guarnición. Afortunadamente este acatamiento de la voluntad del inferior no tuvo otra consecuencia que la separación del Gobernador Riobó lo que se efectuó por Decreto Supremo de 28 de noviembre de 1867. En esta forma se evitó la repetición de los sangrientos sucesos desarrollados en Magallanes el año 1851 y que tan honda consternación causaran en el País entero.

La administración Riobó fue desgraciada y sin ningún provecho para el Territorio.

Afortunadamente para la lejana colonia, el Supremo Gobierno el 28 de noviembre de 1867 designaba el nuevo Gobernador en la persona del ilustrado y prestigioso marino don Óscar Viel, que sacrificó con buen éxito siete años de energías imprimiendo un marcado progreso en Punta Arenas.

Comenzó su administración, con 22 familias que llevó desde Valparaíso más 38 que se le agregaron en Chiloé, llevando un refuerzo de pobladores no inferior a 234 individuos.

Rectificó el plano de la población dándole la delineación que conserva en la actualidad. Apreciando en su verdadero valor, impulsó la explotación del carbón, dando auge a las minas que permanecían inactivas.

Después de estudiar detenidamente las necesidades de sus subordinados, en agosto de 1868 se trasladó a Santiago a fin de conferenciar con el Supremo Gobierno.

Durante su ausencia, y siendo subrogado por el Secretario de la Gobernación don Esteban 2.º Rojas, la guarnición militar, encabezada por su Jefe Capitán don Sebastián Solís, vuelve a amotinarse desconociendo la autoridad del Gobierno interino.

Afortunadamente, la experiencia dolorosa de los sucesos anteriores, hizo que los pobladores civiles, aumentados ya considerablemente con relación a la guarnición militar, tomaran cartas en el asunto y secundaran la acción del Gobernador interino.

Consecuencia de esta acertada determinación civil fue el feliz éxito de la empresa abordada, por el secretario señor Rojas, quien, ayudado por los suyos y valiéndose de un ardid engañoso, logró sacar la tropa del cuartel y apoderarse del recinto militar, junto con la munición y el armamento.

Constituyó después su guardia civil merced al siguiente decreto:

«Punta Arenas, 27 de agosto de 1868.

En virtud a las atribuciones que invisto como Jefe de este Territorio, Decreto:

1.º) Queda desde esta fecha suspensa en sus servicios militares la fuerza de línea que forma esta guarnición.

2.º) Entre tanto de esta determinación se da cuenta al Supremo Gobierno y resuelve lo conveniente, se constituye una Guardia Cívica compuesta de los empleados civiles y colonos de este Territorio, cuya dotación será la siguiente:

1.º- Un Capitán; 2.º- un Teniente; 3.º- dos Subtenientes; 4.º- un Sargento 1.º; 5.º- dos Sargentos 2.º; 6.º- cuatro Cabos 1.º; 7.º- cuatro Cabos 2.º y cincuenta soldados.

3.º) Nómbrase para que desempeñe el empleo de Capitán, a don José Lobo. Para Teniente a don Juan de Dios Yañez. Para subteniente, a don Leopoldo Ruedas y don Timoteo Pinto. Para sargento 1.º, a don Arturo Rojel. Para sargentos 2.º, a don Remigio Claro, Manuel Astudillo y Ramón V. Rojas. Para Cabos 1.º, Manuel Sivineri, Hernando Márquez, Santiago Díaz y Pedro María Barrientos. Para Cabos 2.º, Lorenzo Vera, G. Valdés, Miguel Muñoz y José María Márquez.

4.º) Tanto esta planta como de los soldados que se alisten, se pasará a esta Gobernación, por el Capitán nombrado, el correspondiente estado.

Comuníquese y archívese.- E. 2.º Rojas, Gobernador interino».

Es copia fiel del decreto a que me refiero en caso necesario.- Punta Arenas, octubre 1º de 1868.- E. 2º Rojas, Gobernador interino.

Tal estado de cosas, en conocimiento ya del Supremo Gobierno, determinaron el pronto regreso del Gobernador Viel, quien, en diciembre del mismo año llegó a Punta Arenas y puso orden en la agitada y quisquillosa colonia.

El año 1869 se descubrieron los lavaderos de oro que tanto auge dieron a Magallanes, atrayendo después una afluencia enorme de extranjeros, ávidos de enriquecerse pronto con el codiciado metal amarillo. De este importante descubrimiento, el Gobernador Viel dio cuenta al Ministro del Interior en la comunicación siguiente:

«Punta Arenas, diciembre 12 de 1869.

Señor Ministro:

En cumplimiento al Artículo 9.º, Título 8.º de la Ordenanza de Minas, o sea el Art. 4.º, Título 8.º de la Exposición de leyes de Minas, paso a exponer a V. S.

Que a consecuencia de haberse descubierto en el río denominado de las Minas, que baña la ribera Norte del pueblo, rebosaderos de oro, los habitantes de esta Colonia se han dedicado a su industria, la cual, habiendo dejado alguna utilidad a los primeros explotadores, han atraído a un gran número de personas que se ocupan en ese trabajo.

A fin de obtener una posesión, se han dirigido hasta la fecha 15 pedimentos solicitando pertenencias, las cuales se han concedido fijando sus dimensiones: 1.º) En atención a la gran extensión en que se encuentra el oro; y, 2.º) Al reducido número de habitantes, en 166 metros de longitud y 83 aspás, extensión fijada en virtud de la autorización que me confiere el Artículo arriba citado.

Permítame V. S., además, poner en su conocimiento que la explotación se ha hecho sólo desde octubre último, de una manera imperfecta, pues, sólo se ha usado para lavar el oro platillos de madera y actualmente sólo se trabaja un Longtons, con el cual se cree tener mejores resultados.

Hasta aquí no se ha sacado nada de oro en polvo, pues con el imperfecto modo de lavarlo, se desperdicia todo el oro de esa clase, contentándose sólo con pepitas más o menos grandes.

Si se hace algún descubrimiento en mayor escala, lo pondré en conocimiento de V. S.

Dios guarde a V. S.

Óscar Viel».

Más tarde, en 1870 informó al Gobierno:

«LAVADEROS DE ORO:

Como casi todos los de esta clase, su descubrimiento ha sido debido a la casualidad, y data desde mediados de 1868.

Hasta fines de 1869, el oro extraído de los lavaderos, según los datos que he podido adquirir, apenas alcanza a representar la suma de quinientos pesos. El oro extraído hasta la fecha, según los datos existentes, no baja de veinticinco mil pesos (25.000)».

Durante su administración se hizo la hijuelación rural en los terrenos que se extienden en la parte S. O. de la población. El suelo se repartió en 23 hijuelas con un frente de 300 metros y con un fondo de 800. Estas hijuelas se repartieron gratis a aquellos que se interesaron por ellas.

Delineada la ciudad, procedió a dar nombre a las calles, eligiendo para denominarlas, cada una de las provincias de Chile. La plaza principal se bautizó con el nombre de Muñoz Gamero, en recuerdo del malogrado Gobernador.

El año 68 llegaron a Punta Arenas ciento treinta familias de inmigrantes (alrededor de 520 individuos), inmigración que se había autorizado por el Decreto Supremo de 27 de noviembre de 1867.

Ese mismo año 68 se propuso la división administrativa del Territorio (creación de una Subdelegación). La población no bajaba de 800 habitantes.

Las minas de carbón comenzaron a trabajarse con intensidad lográndose contar con un personal de 90 obreros.

El año 1874 y gracias a la llegada periódica de inmigrantes, la población subió a 1.300 personas.

Como puede apreciarse, la administración Viel, dio un impulso colosal a la ya floreciente Colonia y en sus comunicaciones al Gobierno dio cuenta en la siguiente forma de algunos de los servicios por él patrocinados:

"MINAS DE CARBÓN:El privilegio concedido a don Ramón Enrique Rojas, por Decreto Supremo de 14 de enero de 1869, ha llegado a ser propiedad de una Sociedad Anónima bajo el nombre de Sociedad Carbonífera de Magallanes. Los trabajos efectuados por esta Sociedad, durante el año último, alcanzaron a 2.404 toneladas, integrándose en caja, por derechos igual número de pesos. Siendo el Territorio de Magallanes esencialmente carbonífero, es del trabajo de sus hulleras, de que depende principalmente su porvenir. Hasta hoy, el dueño del privilegio, se considera en posesión de todo el Territorio, y cada día se hace más urgente que el Supremo Gobierno declare cual es la extensión que le corresponde".

"GUANO:La dificultad que presenta el Estrecho para ser navegado por buques de vela, ha sido la causa de que haya impedido la extracción del total de toneladas vendidas al súbdito alemán don Julio Haase, teniendo que valerse de buques pequeños que no pueden llevar gran cantidad. Dos expediciones han fracasado, habiéndose logrado que otras dos extrajeran 721 toneladas que han producido \$3.605 sin haber tenido el Estado gasto alguno en su extracción. Actualmente se encuentran listas mil toneladas para ser embarcadas, lo que se hará en la próxima primavera".

"COMERCIO:Sigue aumentando cada año y las importaciones que han habido en éste dan un aumento sobre el año último de más de cien mil pesos. Mediante las franquicias que da el puerto, no teniendo que pagar derechos de internación, las mercaderías comienzan a introducirse del extranjero, lo que contribuye a que puedan venderse a menor precio. Los retornos con que se paga esta importación, consisten principalmente en pieles de guanacos y avestruz y plumas de este mismo animal. Asimismo, se exportan con el mismo objeto

pieles de lobos marinos, de las que se han vendido en el presente año en esta Colonia más de cinco mil al precio de cinco pesos, lo que hace un valor de veinticinco mil pesos, todas las cuales han sido remitidas a Inglaterra por los vapores del Estrecho".

"MOVIMIENTO MARÍTIMO: El movimiento marítimo asciende a ciento cincuenta y ocho buques fondeados en este puerto durante el año último. Sólo son ocho de vela y los demás, con cortas excepciones, pertenecientes a las diferentes líneas de vapores que hacen viajes periódicos entre Europa y Valparaíso. Para facilitar la navegación del Estrecho se han avalizado tres lugares peligrosos, con boyas a propósito. La Isla Dawson ofrece ventajas a la colonización, la topografía de la Isla conviene perfectamente al objeto que V. S. se propone al establecer en ella un presidio de criminales, ofreciendo una seguridad relativamente fácil, punto muy importante que no debe dejarse de tomar en consideración".

Como lo hemos manifestado anteriormente, la administración Viel terminó, en Magallanes, el 17 de septiembre de 1874. Sus cualidades sobresalientes como administrador e impulsor del progreso de la Colonia se manifiestan claramente por sus propios hechos y la lectura de ellos es el mejor elogio del Gobernador. Su administración marca ya la vida absolutamente estable de Punta Arenas y podríamos considerar definitivamente obtenido el propósito que abrigó el Gobierno en 1843.

El año 1874 señaló para Magallanes la puerta que se abría de par en par, para que los audaces colonos se lanzaran, a pasos agigantados en demanda del progreso colosal que debía conducirlos a su floreciente estado actual. Sólo pequeños acontecimientos, nubes de verano, pasajeras y sin peligro, pudieron molestar aquella marcha triunfal hacia un porvenir esplendoroso.

Vamos a tratar someramente algunos acontecimientos producidos en las administraciones posteriores a 1874, para presentar a Magallanes en los años recientes, incorporado ya de lleno a las actividades de las ciudades más importantes de la República.

Las administraciones siguientes dieron gran impulso a la instrucción primaria y siguieron desarrollando el espléndido rumbo imprimido por el señor Viel.

Se dio también gran impulso a la pesca mayor (focas y lobos) constituyendo el beneficio de los cueros una considerable fuente de entradas para Magallanes.

Se dio libertad absoluta al comercio y se abolió la especie de tributo consistente en pieles y plumas de avestruz que periódicamente traían los indios al Gobernador.

El año 74 se reglamentó debidamente la Ordenanza de Policía, y se le puso en práctica por Decreto de 10 de enero de 1875.

Se intensificó el arreglo de caminos para lo cual, el terreno próximo a la playa se mostraba en extremo susceptible de tránsito.

El año 75 Punta Arenas contaba con cuatro caminos, dos públicos con un total de cincuenta y dos kilómetros y dos vecinales, uno de ellos unía Punta Arenas con Río Gallegos, con un total de doscientos setenta kilómetros.

La exportación, el año 75, rendía el siguiente resultado:

«COMERCIO:

El movimiento comercial ha sido el siguiente:

Exportación de carbón de piedra	\$9.760
Maderas	\$3.790
Cueros de animales vacunos	\$1.680
Plumas de avestruz	\$4.860
Pieles de guanaco	\$12.180
Íd. de avestruz	\$1.500
Íd. de lobos marinos	<u>\$42.835</u>
Total:	\$76.605

La importación, durante el mismo año ha sido de \$125.860. La disminución notada en la exportación es debida a la paralización casi completa de los trabajos de la Sociedad Carbonífera de Magallanes».

Por el mismo año 75 se encontraban radicados, en calidad de colonos, 300 franceses que habían sido enviados por el Ministro chileno en Buenos Aires; este elemento era perturbador, agitador y había sido expulsado de Francia el año 72.

En el verano del año 75 al 76, tuvo lugar en Punta Arenas la primera trilla. El esfuerzo alcanzado en este sentido se debe al inteligente y trabajador colono suizo, don Alberto Comis, quien dedicó sus esfuerzos a la explotación del suelo, demostrando en forma palpable, que era susceptible de progresar en la agricultura. También se dedicó con especial interés a la crianza del ganado mayor y menor, siendo el señor Comis el primero que en Magallanes formó una hacienda modelo. Fue así como se dio comienzo a la industria y exportación a Montevideo del queso y la mantequilla.

Inspirándose en este colono que dio muestras claras de honradez de trabajo, el Gobierno comisionó al señor Comis para que se trasladara a Suiza con el objeto de traer para Magallanes colonos de aquella nacionalidad. Esta empresa no tuvo un éxito completo a causa de que por los mismos años el francés Pertuiset daba a la publicidad en Europa algunas noticias falsas relacionadas con Magallanes y Tierra del Fuego, presentando a esas regiones como pobladas por tribus caníbales, con las cuales, los colonos, se veían precisados a sostener combates tremendos. Sin embargo, algunas familias suizas, y gracias a que el Gobernador Dublé Almeida pudo desmentir las falsas aseveraciones anteriores por la misma prensa de Europa, se trasladaron hasta Magallanes y, con este nuevo elemento, la colonia experimentó un nuevo y brusco estremecimiento de progreso.

Estos colonos y sus familias no han abandonado el territorio y hoy disfrutan de una renta considerable.

Referente a los 300 franceses revoltosos llegados a Magallanes, la mayor parte abandonó Punta Arenas, repartiéndose en las costas del Atlántico.

A fines del año 76 se hacían estudios en las islas Malvinas, declarándose que aquellos terrenos se mostraban aptos para la crianza de ganados. Conviene dejar establecido que de este estudio hecho personalmente por el Gobernador del Territorio señor Dublé Almeida, se obtuvo como resultado la adquisición de un pequeño número de animales ovejunos, ganado que traído después a Punta Arenas fue la base de la ganadería lanar que tan fabulosa procreación y riqueza dieron posteriormente a Magallanes.

El primer depósito de ovejas tuvo como centro la Isla Isabel y cuyo primer arrendatario lo fue el señor Enrique L. Reynard que más tarde figuró entre los principales capitalistas de Punta Arenas.

A fines del año 1877, y cuando nada hacia prever una alteración en el orden de la colonia, surge nuevamente la potente cabeza de la fuerza armada, revelándose contra su Jefe Superior. El motín, esta vez, con los caracteres de una sublevación, estalló en forma violenta, descargando las armas contra la casa del Gobernador.

La guarnición sublevada hacia fuego a boca de jarro contra el edificio del primer mandatario y el estampido de los cañones de artillería se confundía con los gritos de: «¡Maten al Gobernador!», «¡No lo maten!», «¡Ríndase!», «¡El Capitán está muerto!», «¡Viva don Diego!», «¡Vivan los argentinos!»

El movimiento militar se prolongó por espacio de una noche y un día, tiempo suficiente para que la población, presa del pánico, huyera a los bosques vecinos y se destruyeran y saquearan gran parte de los edificios de la ciudad.

Don Robustiano Vera dice:

«Considerables fueron las pérdidas sufridas por el Fisco y los particulares por causa de este motín. Las propiedades

fiscales consumidas por el fuego, fueron las siguientes:

1.º: La casa de la Gobernación; 2.º: El Almacén de ferretería; 3.º: El cuartel de Guardia Nacional; 4.º: El cuartel de la Guardia de Línea; 5.º: El departamento de los relegados; 6.º: La casa de los oficiales; 7.º: El Hospital; 8.º: La botica y casa del boticario; 9.º: La casa del doctor, último edificio construido y el mejor de la colonia; 10.º: La escuela y casa de los preceptores; 11.º: La del Administrador; 12.º: Media cuadra de casas de los colonos; y 13.º: La casa de Correos.

Las personas que habitaban estos edificios nada salvaron, ni siquiera las piezas de ropa más necesaria».

No es explicable el estallido de este motín en medio de una colonia donde la tranquilidad se había restablecido hacia ya tiempo, y en donde todos los colonos estaban radicados a sus tareas y trabajos.

¿Qué fin se persiguió, pues, con esta sublevación?

Por los datos que se han podido recoger, parece que el móvil que impulsó a los amotinados no fue otro que el robo. Así se explica que la rebelión naciera entre algunos indisciplinados individuos de tropa y los Oficiales fueran completamente ajenos al movimiento.

Según pudo constatarse durante el movimiento (palabras oídas casualmente por el propio Gobernador de boca de uno de los dirigentes del motín), el Cabo Riquelme contestaba lo siguiente a una interrogación de los suyos:

-¿Y qué vamos hacer después de la fiesta?

-Nos vamos a Montevideo en el vapor que llega el miércoles -contestó, agregando todavía-: si no nos llevan por bien, nos llevarán por mal, ya se sacó toda la plata.

El dinero que los amotinados pudieron obtener, no fue mucho, pues se reducía a \$6.622 saqueados en la Tenencia de Ministros, \$2.000 de la caja del Capitán Guilardes, a quien asesinaron junto con su esposa e hijos, y 820 pesos en dinero y 1.000 en alhajas, robados en la Gobernación.

En la sangrienta convulsión fueron muertos 40 individuos, resultando además 14 heridos, entre éstos el Gobernador.

Afortunadamente Dublé Almeida era un Jefe de temple de acero; herido como se encontraba montó a caballo y después de una marcha penosa y sacrificada logró llegar al

Golfo de Skiving donde estaba fondeada la Magallanes y puesto al habla con la guarnición de la nave, regresó por mar a Punta Arenas. Habiendo desembarcado la guarnición militar, la tranquilidad se restableció inmediatamente y se inició el sumario de rigor. Gran parte de los amotinados (en número de cien) huyeron por los campos en demanda de la costa argentina, pero faltos de víveres y agotados por los accidentes del terreno, muchos regresaron a la colonia y otros perecieron en las montañas o quedaron ocultos en ella, merodeando después, cual bandidos, por los alrededores de la población.

Del sumario instruido resultaron como Jefes del motín el Sargento Isaac del Pozo y el Cabo Antonio Riquelme. Parece que el instigador de esta sublevación fue el Capellán Fray Mateo Maluloki persona inmoral y que tenía antecedentes revoltosos.

Maluloki fue puesto a disposición del Gobierno enviándosele al Norte en calidad de preso a bordo de la Magallanes. Los cabecillas y los revoltosos sufrieron la pena a que su conducta se había hecho acreedora.

El motín que dejamos señalado trajo hondas consecuencias para la Colonia y el Supremo Gobierno, temeroso ya de las múltiples dificultades que en aquella lejana región venían desarrollándose periódicamente con perjuicio directo para el Erario Nacional, creyó llegada la hora de hacer desaparecer la Colonia. Sin embargo y gracias a las noticias consoladoras que envió el entonces Gobernador don Carlos Wood (1878), el Gobierno desistió de sus propósitos y prestó nuevamente su concurso para el desarrollo y bienestar de Magallanes.

La población, según censo de 26 de diciembre de 1878 se componía de un total de 1174 habitantes, descompuestos en la siguiente forma: hombres 674 y mujeres 500. De éstos eran: hombres 501 chilenos y mujeres 416. Extranjeros 174 hombres y 84 mujeres.

Durante el año que nos ocupa y alentados por los buenos resultados que hasta entonces procurara la crianza del ganado vacuno, algunos entusiastas pobladores dieron el paso fundamental que, completamente sólido más tarde, trajo al Territorio la riqueza inmensa que le ha proporcionado el ganado lanar.

Don José Menéndez, brazo poderoso de la ganadería y progreso de Magallanes, fallecido el año 1919, después de haber formado una de las fortunas más sólidas del territorio, fue el principal impulsor de la crianza de ovejas y a él se debe el entusiasmo con que algunos capitalistas de Magallanes acogieron, el año 78, el fomento de esta riqueza austral.

Lanzada y aceptada la idea de don José Menéndez y a fin de afianzar esta futura riqueza, se solicitó el permiso para ocupar los campos en los terrenos al Oeste del Estrecho, solicitud que encontró franco apoyo por parte de la autoridad administrativa y más tarde por parte del Gobierno del país.

Las ovejas se trajeron de las Malvinas y se aclimataron fácilmente en Magallanes.

Sentada ya esta base ganadera, los que con sacrificio enorme, tanto de fortuna como de penalidades corporales, habían dado este paso trascendental para Magallanes, buscaron la protección de sus intereses elevando al Supremo Gobierno las peticiones relacionadas con la seguridad de ocupación de los campos donde se habían establecido.

El Gobierno procedió conforme a los deseos de los peticionarios los que, en 1880 disfrutaron ya de los campos pedidos. Ese mismo año quedaron constituidas varias estancias, fuertes en algunos miles de ovejas, figurando entre las principales las de don José Menéndez, don Enrique L. Reynard, doctor Fenton y don José Nogueira.

La campaña del año 79, a pesar de no haber hecho sentir sus influencias bélicas en Magallanes, tuvo sus influencias de otra índole para aquella región. El Ejército reclamaba al Jefe artillero don Carlos Wood, Gobernador que al trasladarse al Norte debía dejar la Colonia en manos de un dirigente exageradamente cuidador de los intereses y entradas fiscales.

El progreso impulsado por Wood, debía resentirse enormemente en atención a las trabas de diferente orden que, en beneficio fiscal, iba a imponer la nueva Administración.

El Gobernador Sampaio, sin considerar que el progreso de una industria naciente, más que los impuestos que la dificultaran, debía necesariamente recibir los beneficios de todo orden que su impulso requería, comenzó por imponer fuertes contribuciones a los nacientes hacendados, trayendo como consecuencia lógica el estancamiento de la industria ganadera.

Tal estado de cosas, influyó enormemente en el desarrollo de las estancias; las ya establecidas paralizaron la compra de nuevo ganado y las que estaban por establecerse, desistieron de sus propósitos o esperaron mejores días para llevarlas a cabo.

Si a las aseveraciones anteriores se agrega la dificultad enorme de transporte que debían salvar los que hasta esas tierras deseaban llegar, unidas al valor de los arriendos de los campos (pastadas) impuesto por la Administración que nos ocupa, fácil es apreciar que el estancamiento en la vida de la colonia debía acentuarse en forma manifiesta, con la consiguiente falta de progreso para el futuro del Territorio.

La exportación de carbón, completamente desprestigiada por los enormes esfuerzos que la extracción exigía y paralizada completamente el año 1881, contribuyó poderosamente a hacer más lánguida la vida de la Colonia; únicamente se presentó la ganadería como el filón de oro salvador del Territorio y, todos los esfuerzos tendieron a librarlos de las gabelas que lo dificultaban.

El año 1884 se llevó a efecto en Punta Arenas el primer *meeting* para protestar de las pocas facilidades con que contaban los colonos y que se referían a los campos ganaderos. Las conclusiones de este *meeting* se pusieron en conocimiento del Gobernador y, extraoficialmente se elevaron al Supremo Gobierno. Aquel las rechazó abiertamente por considerarlas perjudiciales para los intereses fiscales, y en esta virtud lo estableció al comunicarlas al Gobierno.

Don Robustiano Vera dice:

«Sampaio escribió privadamente al Presidente y al Ministro de Colonización y, naturalmente, cuando llegó el comisionado de Magallanes encontró prevenido y dispuesto al Ministro en contra de los colonos y nada se pudo obtener de él.

Se dirigió entonces el comisionado al señor Vicuña Mackenna, quien impuesto de los hechos interpeló en el Senado. Este asunto se debatió en las sesiones del 8-11 y 13 de agosto de 1884.

Se hicieron entonces protestas y promesas de ayuda y facilidad a los colonos de Magallanes, pero de todo apenas quedó el recuerdo de la jornada, como decía don José Menéndez.

Entonces, a fines de ese año, se decretó el arriendo de algunas secciones de tierras de Magallanes, bajo las bases propuestas por Sampaio.

El remate tuvo lugar el 25 de noviembre del mismo año de 1884. En esos remates se impuso a los ganaderos, no sólo por las circunstancias especiales en que se encontraban de no tener donde poner ni que hacer de sus ganados, sino que había otras razones que aquéllos prefirieron callar y que iban contra Sampaio.

En 1895 don Aniceto Vergara Albano en su calidad de Ministro de Relaciones Exteriores y de Colonización, hizo una visita a Magallanes, pero no por eso se alteró lo hecho en los remates.

Los remates del 84 fueron por veinte años, bajo las bases que antes hemos indicado».

Con tales medidas, contraproducentes al llamado de nuevos brazos y de nuevos capitales a Magallanes, el éxodo de colonos se inició en forma franca y alarmante.

El mismo año, el pueblo pedía la creación de un Juzgado, petición que apoyada por el Gobernador, fue elevada al Gobierno.

El año 1886 se presentó al Gobierno una comunicación pidiendo nuevos remates de tierras, remate que, desgraciadamente, no se llevó a efecto.

Por parte de los lavaderos de oro, periódicamente se descubrían nuevos yacimientos y la extracción del metal se hacía en mejores condiciones. Don Samuel Ossa Borne fue quien primero estableció allí una faena para explotar las tierras auríferas. El rendimiento que obtuvo no fue de consideración y por falta de materiales o por circunstancias de diversa índole, paralizó, poco después, este trabajo.

El año 1889 y bajo la administración del General don Samuel Valdivieso se hizo la primera petición al Gobierno, proponiéndose erigir en provincia al Territorio de Magallanes. Afortunadamente esta presentación no encontró eco favorable y aquella importante región, ajena a luchas partidaristas, siguió concretándose exclusivamente al progreso de sus industrias, al desarrollo de sus estancias y al bienestar de sus habitantes.

Ese mismo año y gracias al nuevo impulso imprimido por el Gobernador, cerca de 300 sitios urbanos se entregaron con título definitivo a sus ocupantes, lo que dio motivos para que los emigrantes regresaran a Magallanes, aumentándose en esta forma, considerablemente, la población. Se reglamentó la pesca y se dio a los estancieros las franquicias que el poder gubernativo pudo proporcionar.

Nuevamente el año 1890, el Gobernador insistió ante el Gobierno del malogrado Presidente Excmo. señor Balmaceda, en la erección de Magallanes en provincia, como asimismo en la creación de un Juzgado y de una Aduana. Como la vez anterior, y a pesar de las promesas optimistas que el Gobernador pudo obtener, los nunca bien lamentados sucesos del año 91, defraudaron las esperanzas del General Valdivieso.

La revolución civil que estalló ese año nefasto, no sólo debía traer la desolación a las provincias del país, sino que debía extender sus tentáculos de exterminio hasta la apartada región de Magallanes, digna, por sus múltiples sacrificios de creación, a ser ajena a la ola partidarista que conmovió hasta en sus cimientos a nuestra floreciente República.

El día 13 de enero de 1891 llegaba, misteriosamente a las aguas de Punta Arenas, una escampavía de nuestra Armada, la que, después de ponerse al habla con el Jefe de las fuerzas navales en ese punto (Almirante Lynch y Pilcomayo) tomó nuevamente rumbo al Pacífico.

Al día siguiente, el jefe de esas fuerzas desconoció la autoridad del Gobernador y, tal vez para alarmar a la población, como efectivamente sucedió, puso sus buques en situación hostil contra la ciudad, dedicándose después durante el día y la noche a hacer ejercicios de guerra con el armamento disponible a bordo.

¿Qué objeto se persiguió con esta alarma bélica en el más apartado rincón de nuestro país?

Entre tanto, el pánico se esparció por toda la población y los más exaltados, hombres acostumbrados a conjurar los peligros en provecho propio, apreciando una sublevación de la fuerza armada, presentían los beneficios de un saqueo.

¡Infeliz población si este atentado criminal logra realizarse!

Sólo un hombre como el General Valdivieso podía hacer frente a tan difícil situación. A él le debe Punta Arenas haber sido salvada por última vez de una hecatombe que se señalaba destructora y aplastante.

Con una presencia de ánimo y un valor digno de un militar y gobernante, se trasladó a bordo de los buques que tan hostiles se mostraban y su personalidad de General de la República, más que sus títulos de Gobernador y autoridad constituida en el Territorio, autoridad que por dos veces había sido anteriormente desconocida por los marinos, logró imponerse ante sus subordinados, los que fueron bajados a tierra y embarcados poco después hacia las provincias del norte de Chile.

En esta forma quedó destruida la más temida de todas las calamidades que pudieron aniquilar al Territorio, al mismo tiempo que se robusteció el poder gubernativo y se trajo la tranquilidad a una población tantas veces convulsionada por espíritus contrarios al orden y al progreso.

La personalidad del General Valdivieso, elevada al rango de General de División, se vio obligada a dejar el Territorio y después de recibir algunas misiones honoríficas que le confió el Presidente Balmaceda, sufrió las consecuencias de la revolución viéndose obligado a buscar en un trabajo, ajeno a sus energías de militar, la subsistencia merecida a que se había hecho acreedor, después de dejar en manos de la Nación los años de una vida entera de sacrificios y abnegación desinteresada y leal para con el poder constituido.

Volvamos a la Colonia ya que no es nuestro ánimo analizar acontecimientos deplorados y conocidos por todo el país.

El 23 de diciembre del año 1893 se promulgó la ley que creó el Juzgado de Letras de Magallanes.

El mismo año, administración Señoret, se dio gran impulso a la inmigración incrementándose la Colonia, además del contingente extranjero que llegó a ella, con 1.500 habitantes procedentes de la provincia de Chiloé.

Este último elemento dio un marcado impulso a la explotación de los bosques y, en parte, a la agricultura que casi nada había progresado.

Las concesiones de tierras, al colono extranjero, se hicieron más intensas beneficiándose el Territorio con brazos robustos y capitales dispuestos a ser invertidos en estancias.

Terminó el año 96 con una población de cinco mil habitantes y los campos alimentando a más de un millón de ovejas.

En 1895 el Gobierno dio completas garantías a los industriales y gracias al decreto dictado el 8 de octubre del mismo año se establecieron las graserías y los frigoríficos, destinados, estos últimos, a la congelación de carnes de ovinos que año a año van a llenar los mercados extranjeros.

Se ensanchó, también, el plano de la población, efectuándose algunas obras de mejoramiento local.

El mismo año se gestionó y obtuvo del Congreso la creación de una «Junta Municipal», sistema de gobierno que, ajeno a prejuicios partidaristas, dedica hasta hoy día, todos sus esfuerzos al mejoramiento de la localidad y al bienestar de sus habitantes.

A principios de 1896 y gracias al tenaz empeño del Gobernador Señoret, el Gobierno autorizó al primer Mandatario de la Nación para unir, por medio de un cable submarino, aquella apartada región con Puerto Montt. Desgraciadamente este colosal proyecto, como tantos otros que venían a mejorar directamente a Punta Arenas, han quedado en el papel.

Hasta aquí, podríamos considerar a Magallanes en su segundo período.

Al primero, saturado de sucesos sangrientos y desgraciados, analizado al comienzo de esta exposición, sucedió el que acabamos de bosquejar.

Sin estar libre este segundo de atingencias que hicieron bambolearse a la Colonia, logró sobreponerse eficazmente a las conmociones ajenas a la civilización y al progreso, presentándose cual paladín que, lanza en ristre, se abalanza seguro de un triunfo que debe alcanzar. No son obstáculos para su marcha triunfadora ni los elementos ni las dificultades sociales. Emprendida la ruta demarcadora del progreso, marcha derecho hacia el fin perseguido, conquistando, al finalizar la etapa, el objeto de sus ambiciones.

Echadas las sólidas bases de porvenir brillante y lisonjero, nada debía entorpecer la marcha triunfal de esos titanes luchadores contra un clima hostil y contra un suelo lejano y separado de todo centro de cultura y bienestar; Punta Arenas estaba llamada a tener personalidad propia y a figurar con brillo entre las principales ciudades de la República.

El dado había sido arrojado y el punta señalaba suerte.

Abierta de par en par la brecha demarcadora del triunfo, Magallanes inició una era de progreso colosal, señaladora de la riqueza inmensa que, en sus suelos, guarda el Territorio. Los campos se pueblan con manadas innumerables de ganado que se procrea, multiplica y desarrolla en forma asombrosa. Los bosques sienten en su seno el fatídico rechinar de las sierras y los corpulentos árboles, transportados a la ciudad, ofrecen sus cuerpos a la edificación y a la exportación.

El filón negro, es explotado debidamente por los industriales, dando vida y movimiento a las industrias que lo consumen y lo convierten en penachos interminables de espeso humo.

Sólo el metal amarillo, motivo de atracción para tantos chilenos y extranjeros, parece cansado de mostrarse a flor de tierra y, ocultándose en el seno de los montes, mata esperanzas de riquezas baratas para convertirlas en energías de trabajo industrial y provechoso.

Lanzado ya de lleno hacia el campo de las actividades, el Territorio va convirtiéndose a pasos de gigante en un emporio de riquezas inagotables y cuando nada le hace presentir en que pueda presentarse una impedimenta para su desarrollo, surge de pronto una hidra formidable, desquiciadora de la civilización y del progreso.

Detengámonos un momento y analicemos este tópico de por sí difícil y escabroso.

Libre ya Punta Arenas de un elemento desquiciador del orden, gracias a la expulsión de los revoltosos que lo constituían y reforzaba la guarnición militar con tropas regulares, debidamente disciplinadas y condecoradas del deber sagrado que inviste al soldado, pudo seguir desarrollando su sistema de trabajo ajeno a prejuicios de convulsión interna.

El suelo privilegiado de los inmensos campos, ávidos de ofrecer la esplendorosa naturaleza a los colonos, fue poblándose paulatinamente con inmensos rebaños de ovejas. Los alambres demarcadores se cruzaron en todas direcciones guardando millares de vellones de lana que, surtiendo los mercados extranjeros, llegaban después a la metrópoli austral convertidos en libras esterlinas, nervio poderoso de impulso y poder.

Los frigoríficos tomaron desarrollos colosales y las carnes congeladas compitieron en comercio con los fardos de lana que se exportaban.

La liberación en los derechos de exportación y las ganancias fabulosas que producían los suelos libres de todo gravamen fiscal, beneficiaron en tal forma a sus poseedores, que no sólo vieron compensados sus esfuerzos de colonos sino que llegaron a constituir fortunas tan considerables como jamás pudieron soñarlas.

Consecuencia lógica del exceso de dinero fue la ambición por acaparar y fruto de este acaparamiento de tierras fue el que los pequeños capitalistas, aplastados por los crosos de Magallanes, tuvieron poco a poco, que desprenderse de sus tierras y de sus pequeños ganados que agonizaban bajo la presión de los poseedores de estancias colosales.

El tiempo fue rodando presuroso y apurando el exterminio de los chicos en beneficio de los grandes.

Las enormes fortunas extraídas del suelo virgen, se convertían pronto en sólidas bases de industrias. Los grandes capitales se aunaban, forjándose firmas indisolubles tanto en un comercio homogéneo como de parentesco entre las generaciones de los antiguos colonos. De esta amalgama lógica de intereses y familias, surgían nuevos rumbos para Punta Arenas y las libras esterlinas formaban armadores cuyos buques debían establecer el cabotaje en las costas chilenas y argentinas. Fruto de esta nueva arteria de progreso para el

territorio, debía ser la especulación que se señalaba por parte de los que tenían el predominio de los capitales.

Marcaba, esta nueva faz para la región austral, una separación de clases entre los habitantes; para unos el poder que da el dinero y para los otros, que no lo habían podido conseguir o no habían sabido conquistarlo, la lucha por poseerlo.

La época de las fortunas fáciles había pasado. Mientras el medio ambiente general se mantuvo incierto y el porvenir de riquezas se presentó igual para todos, no existiendo la lucha de clases que da el predominio del dinero, nada turbó la paz de la colonia conquistada a fuerza de tanto sacrificio.

La inmutable ley natural que sólo se muestra benigna para algunos pocos, señalándoles la senda que conduce a un porvenir venturoso y lleno de comodidades, cumplió en Magallanes, como en tantos otros puntos de la República lo ha hecho, sus designios de privilegios personales, fundiendo, podríamos decir, en un solo molde, la base de las ambiciones que más tarde debía regir los destinos e imprimir los rumbos de la ya reconocida fuente de riquezas que se mostraba en la región austral.

Espantados los pocos afortunados, constituyeron su propio medio ambiente y, lanzándose de lleno al campo de las actividades, encontraron que sus esfuerzos resultaban inútiles ante el empeño de soberanía de aquéllos que, más afortunados, habían logrado adueñarse de la situación.

El noble empeño de libertad industrial y de actividad en todo aquello que marca el medio productor de la vida, tendía forzosamente a quedar subyugado al poder de los afortunados y los dos elementos que ya se diseñaban bien marcados, debían constituirse en capital y trabajo; en patrones y obreros.

Magallanes, más que ninguna otra región de la República, debía ser teatro del combate entre estas dos entidades, en atención a que, por ser un centro de reciente creación, las dos clases se conocían perfectamente y siendo ambas hijas de las mismas privaciones y sacrificios, obligadas estaban a prestarse mutua cooperación y ayuda.

Lógicamente que este principio debió inspirar los actos de los que, gracias a su capital, se habían convertido en los dueños de la situación. Desgraciadamente, Magallanes no consultaba unidad en la nacionalidad de sus habitantes y la protección de los enriquecidos se dirigió hacia marcados connacionales, imperando en esta protección las relaciones de parentesco o afinidad de ideales, predominando el ambiente extranjero.

Fue así, como el grupo dueño de la situación fue reduciéndose marcadamente, llegando a constituirse en un block que ninguna emergencia debía romper más tarde.

Toda zona apartada de los centros poblados y ajena al contacto del ambiente general de un país, es centro propiciador para que en él encuentre un arraigamiento más profundo toda idea que nazca de principios antagónicos bien definidos.

La lucha de clases debía pues encontrar un campo abierto para difundir las ideas de mejoramiento de los que se mantenían sin fortuna y que apreciaban la situación no como una recompensa al trabajo que podían desarrollar sino como una obligación de proteccionismo de los que habían logrado enriquecerse.

Fue en esta forma como el elemento obrero pretendió formar parte del impulso que a las actividades comerciales de Magallanes dieron los capitales de los dirigentes. Sin embargo, esta ambición quimérica debía estrellarse contra el capital y la lógica de las cosas dejó a cada cual en su puesto constituyéndose en Magallanes la lucha, eterna para el mundo, entre el capital y el trabajo.

Libres, los capitalistas, de la presión que en un principio encontraron por parte del elemento que se creía unido a ellos por los lazos poderosos que crea el mismo principio, las mismas luchas y las mismas penalidades, se lanzaron de lleno hacia el campo de las actividades, logrando acumular, bajo una sola mano, las arterias conductoras de abastecimiento y vida para la región y para sus habitantes. Las reparticiones de terrenos fueron refundiéndose bajo el poder de firmas bien conocidas y las concesiones de terreno fueron objeto de acaparamientos que tendían al mismo fin. El comercio completo se centralizó bajo la dirección de aquéllos que disponían de medios de transportes, quienes impusieron su voluntad lucrativa a las necesidades de vida en toda una población.

Consolidada fuertemente la era de progreso para Magallanes, no encontró tropiezos para acrecentarse en forma fabulosa y libre de pasiones políticas.

Las industrias en Punta Arenas y la ganadería en todo el territorio, fueron agigantándose rápidamente y la población de Magallanes fue insuficiente para manejar y dar movimiento a toda aquella máquina creadora.

Hubo entonces necesidad de recurrir a la inmigración y procurarse brazos ajenos a aquellos suelos.

Un centro productor y de vida fácil y barata, atrajo una afluencia enorme, tanto de chilotes como de extranjeros, elemento de trabajo que en completa amalgama de ideas y ambiciones se mezclaron para hacer frente a la lucha por la existencia.

Desgraciadamente, las franquicias de que disfrutaba el territorio y la necesidad de brazos que se dejaba sentir, no sólo no consideró nacionalidades, sino que aceptó elementos malsanos, muchas veces individuos expulsados de suelos extranjeros.

Nos cabe, la honra de haber impulsado el auge magallánico con gente robusta, trabajadora y sobria, como lo es el chilote. Este elemento que acudió y que actualmente cada año se traslada al Territorio en la época de las faenas, es completamente ajeno a revueltas y sólo se dedica a cosechar el fruto de su trabajo para invertirlo después en su terruño al cual regresa todos los inviernos.

El chilote de poca cultura, ama por sobre todas las cosas de la vida, el pedazo de tierra que le vio nacer y sólo está feliz y contento cuando con su trabajo y con sus ahorros logra levantarse su propia casa junto al mar y a la sombra de las colinas ribereñas.

Hacemos esta aclaración tan necesaria en beneficio de nuestra raza, porque la afluencia de trabajadores a Magallanes, vino a crear una situación sumamente difícil para el bienestar social de la región.

Convulsionado el mundo con ideales de mejoramiento para la clase proletaria, dio a luz defensores moderados y predicadores conscientes de doctrinas encaminadas a un ideal común, cual es la compensación lógica del trabajo.

Todas las naciones admitieron y estudiaron tan elevada teoría y los dirigentes encontraron campo propicio donde hacer fructificar la justicia de los gobernantes.

Desgraciadamente, tan sanos principios, fueron tergiversadamente admitidos por aquellos cerebros incultos y faltos de base consciente y la llamarada de luz que iluminó al mundo fue de tal magnitud, que cegó a los que debían beneficiarse, a muchos los dejó perplejos y a una parte considerable los arrojó por caminos extraviados que debía conducirlos a la pobreza, a la ruina y a la hecatombe de los pueblos.

La cimiento beneficiadora se atrofió y de aquella atrofia nacieron falsos predicadores destinados a explotar una situación confusa y a sembrar el desorden y la indisciplina, llevando a la ignorancia de los pueblos, ideas de redención social que estaban muy lejos de procurar el bienestar y la comodidad.

Las naciones hicieron frente a esta verdadera avalancha de aventureros peligrosos; algunas condenándolos, otras arrojándolos de su territorio.

Fue así como a Magallanes le tocó pagar su tributo a estos verdaderos parásitos de la clase obrera, admitiendo en su seno, centro magnífico para los nuevos profetas, a una cantidad considerable de pulpos desquiciadores del orden social, muchos de los cuales eran condenados cumplidos o presidiarios de cárceles extranjeras.

Lejos de los centros poblados y con franquicias de toda índole, los aventureros se creyeron dueños de la situación y dueños también de ese núcleo de trabajadores honrados y laboriosos, cuya falta de cultura e ilustración debían explotar con palabras fáciles y con ideas obtusas.

El ambiente general de Magallanes que ya hemos descrito, y que separaba abiertamente a señalados pudientes y a la gran masa obrera, auspició las doctrinas de estos falsos redentores y creó la más difícil de las situaciones para la marcha tranquila del territorio. Los capitales se vieron amenazados y las industrias amagadas.

La hidra del desorden sentó sus reales en Punta Arenas y extendió su babosa ponzoña por todos los campos donde había actividad y vida. Las huelgas comenzaron a dejarse sentir en el territorio y el hambre hizo efectos en muchos hogares.

Afortunadamente Magallanes fue gobernado por verdaderos hombres de talento que supieron hacer frente a tan difícil situación, tratando de armonizar el antagonismo que se manifestaba entre el capital y el trabajo.

En tan ruda tarea batallaron los señores Chaigneau, Alberto Fuentes y Fernando Edwards; tarea muy difícil e ingrata si se considera que, para poder mantener el equilibrio de las dos corrientes, debía marcharse por el camino del medio, camino que siempre ha sido mal mirado por las dos partes interesadas.

Más aún, si la justicia de los procedimientos obliga al Gobernador a inclinarse hacia un lado, el lado contrario se considera que no está garantido en sus derechos y tiene fuerza suficiente para pedir el cambio de mandatario.

No es nuestro ánimo profundizar un tema tan escabroso e ingrato como el que hemos abordado; sólo hemos querido llevar al ánimo del lector la situación actual del Territorio para que, con una pequeña base, pueda seguirnos en nuestra excursión a través de Tierra del Fuego.

Y para terminar el presente artículo, séanos permitido estampar un documento de la actual administración (1918-1919), durante la cual el señor Coronel don Luis Contreras Sotomayor, tan marcados beneficios dejó en el Territorio y tan caballerosa y justicieramente procedió en su gobierno.

Casi todos los números del siguiente documento fueron implantados por primera vez en esta apartada región.

"CONVENIO PARA LA FAENA 1918-1919: 1.º- Los jornales se pagarán en moneda nacional corriente. 2.º- Las horas de trabajo obligatorias para el obrero, no excederán de 9 horas diarias, debiendo pagarse sobre tiempo, por el mayor número de horas que se trabajare. 3.º- Los obreros que se contraten en Punta Arenas, recibirán pasaje de ida y regreso de la faena. Para tener derecho a pasaje es menester que el obrero termine su contrato, o bien se inutilice o se enferme. Ningún obrero podrá ser despedido antes del tiempo del contrato, sino por mala conducta, debidamente comprobada por la administración, recibiendo en este caso su pasaje de regreso, siempre que hubiere trabajado un mes completo. 4.º- Fíjase en \$24.- Moneda corriente el valor mensual de la comida que debe pagar el obrero. 5.º- La comida será sana y abundante y suministrada como sigue: Desayuno: café y pan; Almuerzo: chuletas con papas, cereales, café y pan; Comida y cena: tres a cuatro platos variados, café o té y pan. Los comedores serán aseados, higiénicos y con capacidad de mesas, asientos y servicios suficientes al número de obreros. 6.º- El obrero que deba abandonar el trabajo, poniendo término a su contrato, recibirá comida durante los días necesarios para emprender viaje, pagándola a razón de 80 centavos moneda

corriente. Los que se enfermen o inutilicen recibirán comida gratis. 7.º- Los obreros recibirán gratuitamente atención médica y medicinas. Los específicos patentados serán de cargo del obrero. 8.º- El trabajo de esquila se suspenderá el día sábado, a las 13, pudiendo también descansar los peones después de lavar el piso y dejar todo el galpón en orden. 9.º- Al comenzar la esquila recibirá cada esquilador cuatro peines y seis cortantes, y un peine y dos cortantes más por cada mil de animales esquilados. Los esquiladores a mano recibirán tres tijeras, una más por cada mil animales esquilados. 10.º- Se considerarán como velloneros a los obreros de 14 a 16 años de edad inclusive. 11.º- Para ser ovejero se exigirá experiencia en el ramo y que tengan a lo menos dos perros amaestrados. Los trabajos que los ovejeros deban ejecutar fuera de la Estancia, como ser conducción de arreos, etc., les serán pagados, después del segundo día de salida, con un cincuenta por ciento de aumento sobre el jornal diario. 12.º- Las Estancias darán pastoreo a la cabalgadura de los obreros. 13.º- Las Administraciones darán facilidades a los obreros para hacer giros en dinero a Punta Arenas. 14.º- Tendrán preferencia para recibir trabajos los obreros que residan en el Territorio para lo cual serán provistos de un certificado expedido por el Gobernador. 15.º- El precio de venta fijado a los artículos que se expenden en los Almacenes de las Estancias, al iniciarse las faenas, no podrán alterarse durante la duración del Convenio. 16.º- Queda constituido como Arbitro para resolver toda duda o dificultad que pudiera presentarse sobre interpretación del presente Convenio el Gobernador del Territorio, don Luis Contreras Sotomayor. 17.º- Sueldos para la gente trabajadora del campo para la faena del año 1918-1919:

Esquiladores por cada 100 animales lanares esquilados \$26.40

Ovejeros, sueldo mínimo mensual \$192.00

Peones, salario mínimo mensual \$180.00

Panaderos, durante los meses de faena mensual \$288.00

El resto del año \$192.00

Campañistas, mensual \$186.00

Domadores, por cada animal amansado \$36.00

Carreteros, por mes \$192.00

Velloneros, por mes \$138.00

Cocineros, por mes hasta para diez hombres \$240.00

De diez a treinta \$288.00

De treinta a cincuenta \$384.00

De cincuenta a setenta \$432.00

De setenta a cien hombres \$480.00

Punta Arenas, 20 de octubre de 1918. Luis Contreras S. Firman el presente Convenio las siguientes personas: Por la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, T. R. D. Burbury; por Roux y Cía."

Capítulo IV

La capital de Tierra del Fuego

Situación geográfica de la Bahía de Porvenir.- Los alrededores de la Capital Fueguina.- Extraña repartición de los sitios donados por el Gobierno.- Comercio.- Hoteles.- Un entierro.- Servicio médico.- La quimérica empresa de un italiano.- Festividades patrias.- Consideraciones atmosféricas.- Una visita a la autoridad.- Consideraciones de carácter general.

Era ya muy entrada la noche cuando nuestro compañero de viaje dio término a la lectura de su interesante recopilación.

Sin mayores detalles que referir, transcurrió aquella velada.

El día amaneció espléndido, invitándonos a recorrer los alrededores; un auto ofrecido por el dueño del Hotel nos llevó hasta las playas del Estrecho proporcionándonos la oportunidad de apreciar la bahía con todos sus pintorescos detalles.

Según los apuntes de nuestro minucioso compañero, a la bahía Porvenir corresponde la siguiente situación geográfica:

"(Tomamos del Derrotero del Estrecho de Magallanes y aguas adyacentes del Capitán de Fragata don Baldomero Pacheco C. (1908), página 131 los siguientes datos de navegación. (Plano chileno 137, establecimiento). Lat. S. 53° 18'30" Long. O. 70° 24'30" (Variación magnética) Var. NE. 10° 00" Est. del Puerto O. h. 30 m. aprox. Elev. de las aguas 1.50 mets. Se abre esta bahía tres millas al N. del Cabo Monmouth, y en razón de la poca profundidad y dirección tortuosa del canal de acceso, sólo es útil para buques de corta eslora y cuyo calado no exceda de 4 metros, los cuales podrán entrar o salir del puerto sólo durante la pleamar; ningún buque que cale más de 2.70 metros debe intentar el paso en bajamar. La entrada de la bahía tiene seis cables de ancho entre las puntas Palo (Hearnden en el plano inglés) y Victoria, línea sobre la cual la profundidad es de 5.50 metros a medio canal; pero una milla al interior los bancos reducen el paso a menos de 1/2 cable y la profundidad de 3.25 metros. Esta es la parte más dificultosa del trayecto, rodeando la parte N. O. del banco Requisito y la punta Chilota, pasados los cuales la profundidad aumenta aunque el canal se angosta otra vez y se divide en dos entre la punta Zahorra y Anita, por la

interposición entre ellas del banco Nielson de cerca de tres cables de largo, uno de ancho y un metro de agua en su centro, que allí se encuentra. De los dos pequeños canalejos o pasos referidos, se debe preferir el del Norte llamado Paso Solar, pues aunque el del Sur o Paso Díaz es más profundo, es también más angosto y hace una curva muy corta y violenta en torno de la restinga que se desprende hacia el Norte de la punta Zahorra. El banco Nielson es de arena pero se divisan en él algunos pequeños sargazos. Salvados estos pasos se abre la extensa dársena que constituye propiamente la bahía de Porvenir, de 2 millas de largo por $\frac{3}{4}$ de ancho, aunque los bancos han reducido casi a la mitad estas dimensiones, restringiendo el surgidero a sólo la parte occidental de la bahía, donde la profundidad máxima es de 12 metros. La corriente de marea se hace sentir con fuerza en la entrada y en el canal de acceso. Marcas de dirección e instrucciones para la derrota.- Las marcas son las siguientes: En la punta Victoria existe un poste de madera, bien visible, denominado A; en la tierra al occidente de la punta Chilota están los postes B y C, el primero cerca de la playa y el segundo un cable más al interior; estos tres postes se encuentran en la línea y su demora es N. S. Otros dos postes, D y E, se hallan al Oriente de los anteriores un poco más cerca de la punta Chilota y su demora recíproca es NE-SO. Por último al Occidente de la Punta Anita y a unos tres cables de distancia de ella existen los postes F. y G. que demoran uno de otro al N. 81° E-S. 81° O. Con estas balizas y las mareas naturales que se expresan, se operará como sigue, para entrar al puerto: Gobernado a media distancia entre las puntas Palo y Victoria, se navegará así hasta entrar a la alineación de los tres primeros postes, momento en que se pondrá la proa al Norte, con lo que quedarán enfilados los postes B. y C; se continuará de esta manera hasta llegar a $\frac{1}{4}$ cable de la orilla, o mejor hasta entrar a la enfilación del segundo par de balizas, los postes D y E, cambiándose entonces el rumbo al N. E. que se seguirá por espacio de un cable. Desde este momento se contorneará lentamente la punta Chilota, barajando la costa a no mayor distancia de medio cable, hasta que colocado el buque por el N. E. de la punta, se halle ésta enfilada con las puntas Sara y Victoria; continúese entonces la navegación por espacio de $2\frac{1}{2}$ cables, manteniendo esa enfilación por la popa, hasta que la extremidad de la restinga de la punta Zahorra, llegue a demorar a la cuadra por estribor, lo que ocurrirá cuando la costa de babor esté a $\frac{3}{4}$ de cable de distancia. Cayendo lentamente sobre estribor se pondrá la proa al centro de la pequeña ensenada que se forma al Occidente de la Punta Anita, y se tendrá cuidado de no pasar más al Norte de la enfilación de los postes F y G, enfilación que mantenida por la popa conducirá por el Paso Solar dentro del puerto. Se puede elegir fondeadero hacia el centro de la bahía, demorando al S. la punta Climenea, en profundidad de $4\frac{1}{2}$ metros".

Desde la boca de la bahía hasta la punta Chilota que da formación a un espléndido y abrigado fondeadero, se navega por un canal angosto, peligroso y cuya mayor profundidad no excede de cinco a nueve metros, según la marea. Este canal tiene dos y medio kilómetros de recorrido.

Desde punta Chilota se dirige el barco por un canal ya más ancho, hacia punta Zahorra, conocida casi exclusivamente con la denominación de «Lengua de Vaca»; fondo mayor en este punto, diez metros.

A partir de Punta Zahorra la ruta de navegación encuentra dos pasos, el del Norte, Paso Solar, con profundidad de nueve metros y el del Sur, Paso Díaz, con profundidad de diez metros.

Ambos están separados y son formados por el Banco Nielson que corre de Este a Oeste más o menos seiscientos cincuenta metros y que permanece oculto bajo el agua a una profundidad no mayor de uno a cuatro metros, según la marea.

Para la navegación se aprovecha de preferencia el Paso Solar.

Salvado este último canal, el vapor se dirige rectamente hacia el Este y después de recorrer poco más de tres kilómetros, bota el ancla junto al muelle de Porvenir.

El muelle queda en el extremo Oeste de la población.

Al frente del pueblo y abarcándolo con toda su ribera Norte, queda el fondo de la bahía. En esta depresión buscan refugio todas las inmundicias y desperdicios que se generan en Porvenir.

El constante oleaje o marejada que muere en las playas, se encarga de devolver a la población todo aquello que sus moradores han abandonado a la voluntad del mar. Por esta causa, el panorama que se presenta a la vista del viajero, no es nada atrayente: inmensidad de botellas rotas, aguas servidas, desagües de toda especie que corren a flor de tierra, piltrafas, despojos, cueros descompuestos, etc., etc., aparecen desparramados junto a la playa.

Especialmente en el fondo de la bahía, se ha acumulado tal cantidad de despojos del mar, que ellos constituyen un inmenso y rico depósito de abonos para el futuro engrandecimiento agrícola de los alrededores de Porvenir.

El frío del invierno escarcha estos despojos, impide la putrefacción y conserva un ambiente respirable y ajeno a infecciones; en cambio, el verano, da vida a todos aquellos gérmenes infecciosos, saturando la atmósfera con un olor irrespirable que causa náuseas.

A ambos costados y a todo lo largo de la bahía, se levantan colinas bajas de faldas suaves; hay en ellas terrenos de cultivo y de pastoreo lanar. Nada atrae la vista en estos suelos desposeídos de árboles y construcciones; sólo los pequeños galpones de una mina de cal, abandonada, turban la monotonía del agreste paisaje.

Según comentarios de algunos vivientes de Porvenir, el fondo marino de la bahía, va levantándose lentamente y ello será causa suficiente para que dentro de algunos años el puerto quede separado del Estrecho por una barra que dificulte la navegación.

Hasta hace poco tiempo, vapores caponeros de catorce y quince pies de calado, entraban fácilmente hasta Porvenir; en la actualidad, estos mismos barcos no encuentran fondo suficiente y se ven obligados a efectuar el tráfico por otros puertos de la Isla.

Año a año se va observando más marcadamente este relleno de la bahía; muchos lo atribuyen a la gran cantidad de arenas que las corrientes del Estrecho se encargan de acumular en las costas fueguinas y pocos son los que consideran esta disminución de fondo como la consecuencia del solevantamiento paulatino del terreno en toda aquella vasta región.

Nosotros concordamos con esta última opinión y esperamos conocer más a fondo aquellos suelos, para pronunciarnos con mayor acopio de datos.

Según el sentir de algunos náuticos entendidos, el dragaje de la bahía, además de imponerse, se presenta hacedero y fácil. El dinero que en ello se invierta, representa una economía enorme para el gasto que se originará al dejar este trabajo para más tarde. Porvenir es un centro que reclama poderosamente la atención del Gobierno. Situado en el centro del Estrecho y en las márgenes de una bahía tranquila y segura; es el punto obligado hacia el cual deben acudir los productos que desde la inmensa Isla se trasladan hasta el continente.

Las mejoras que puedan introducirse en el puerto, señalaran un impulso poderoso a las actividades fueguinas; la agricultura y las industrias tienen campo propicio para el desarrollo seguro y productivo. En Porvenir se impone la instalación de frigoríficos y graserías, industrias ambas que se encuentran completamente monopolizadas y atraídas hacia las costas del Atlántico, en Tierra del Fuego. El pueblo vería desarrollar sus actividades y el principio de soberanía nacional tendría sólida base sobre las cuales sustentar sus derechos, hoy por hoy abandonados a una triste suerte, como lo podremos apreciar en el curso de estas memorias.

Reforzando las opiniones que se dejan expuestas, aparece el valor militar de aquel puerto colocado en el centro del Estrecho y favorecido con la defensa natural que le proporcionan sus accidentadas costas.

El pronto dragaje de la bahía se impone en forma manifiesta; ya se hace difícil que buques de algún calado puedan navegar sin tropiezos por esas aguas; aún los de pequeño calado, si no van guiados por capitanes peritos, suelen equivocar el canal y quedan sujetos en algún bajo, en espera de la alta marea.

Respecto a la pesca, puede considerarse de un valor muy insignificante; las redes que se tienden se retiran siempre pesadas; acarrean mucho fango pero pocos peces, uno que otro robalo y algunos pejerreyes compensan los sacrificios de los pescadores. El pez sierra es abundante, pero sólo en una corta época del verano.

El crudo invierno se encarga de hermosear la bahía y sus alrededores. El intenso frío que se deja sentir en toda la región, escarcha las aguas en las lagunas interiores. Es entonces cuando Porvenir disfruta de la presencia de una extraña y numerosa multitud de pobladores alados que van en busca de alimentos y recreo a las salobres aguas de la bahía.

Los hermosos cisnes de cuello negro, el elegante y rojo flamenco y los caprichosos y pintarrajeados patos, adornan y limpian las playas de Porvenir.

Desgraciadamente este hermoso e higiénico adorno desaparece muy pronto y se interna tierra adentro en busca de asilos más tranquilos y seguros.

Tales fueron las apreciaciones que logramos anotar durante nuestro recorrido de la mañana. Las horas de la tarde las dedicamos a visitar el pueblo y sus distintas actividades.

La población de Porvenir está ubicada en la parte menos adecuada de la bahía; casi un poco retirada de la parte más malsana; el pueblo se delineó en el sitio preciso que carece de todo recurso natural. Sólo la calle de la playa se puede considerar plana y libre de accidentes, el resto corre por cerros y depresiones.

En el fondo de la bahía y un poco retirada de ella existe una hermosa planicie cruzada por un chorrillo de agua dulce, es éste el sitio que reúne cuanta necesidad exige la ubicación de un pueblo, sin embargo, está deshabitado.

Parece que el primer habitante de Porvenir llegó cansado hasta aquel punto, se negó a seguir adelante y se dijo:

-Aquí me quedo y aquí edifico.

En efecto, sin buscar comodidades, así lo hizo. Los que llegaron después le imitaron y también edificaron eligiendo terrenos al azar; ninguno dirigió la mirada hacia el porvenir y hoy todos carecen de comodidades; hubo despreocupación y hoy se sufren las consecuencias; pago lógico de la falta de previsión.

Para dar información al pueblo, la autoridad correspondiente lo fraccionó en manzanas y éstas en sitios. La idea fue lógica y el fin perseguido, siendo bueno, resultó malo; ¿la causa?: parece que hubo especulación.

Esta aseveración que dejamos expuesta, pudimos confirmarla aquella misma tarde y ello se debió a una feliz casualidad, o más bien dicho, a la diligencia de nuestro compañero de viaje, el incansable anciano de los catalejos que voluntaria o involuntariamente se apartó de nosotros en busca de noticias.

Desde lo alto de una colina vino en veloz carrera hacia el bajo en que nos encontrábamos.

-¡Vengan Uds. acá! -nos gritó desde lejos-; vengan Uds. y oirán algo curioso respecto a la historia de este pueblo!

Jadeante y sudoroso, nos obligó a acompañarlo hasta la vivienda de un antiguo poblador de esos suelos, para hacernos oír la siguiente relación:

-La población de Porvenir -nos dijo- nació de un Decreto Supremo fechado en Santiago el 20 de junio del año 1894; el Decreto dice así:

«Santiago, 20 de junio de 1894.

Visto el oficio N.º: 214 de 23 de abril último, del Gobernador de Magallanes, Decreto:

1) Procédase a establecer una población en el puerto denominado Bahía de Porvenir, en la Tierra del Fuego;

2) Resérvase para este objeto una extensión de mil hectáreas en las inmediaciones del puerto mencionado;

3) La comisión hijueladora de Magallanes procederá a levantar el plano de la nueva población, el cual deberá someterse a la aprobación del Gobierno, indicándose las reservas del terreno que deban hacerse para construcciones;

4) La distribución de los sitios en que se divida la futura población, deberá verificarse en conformidad al decreto de 24 de abril de 1885; y

5) Encárgase al Gobernador de Magallanes de la ejecución de las disposiciones del presente decreto.

Tómese razón, regístrese y comuníquese.- MONTT.- M. Sánchez Fontecilla».

«-Voy a referirme, exclusivamente -nos agrega nuestro interlocutor, a la forma cómo se procedió a dar cumplimiento a este Decreto Supremo.

La autoridad correspondiente, dividió el terreno para la población y se delinearon los sitios que debían repartirse gratis a los colonos. Para optar a esta repartición sólo se exigió familia constituida con residencia en Porvenir; como complemento de este requisito se obligó a que los beneficiados edificaran sobre el terreno donado.

Para tener derecho al título de propiedad correspondiente, el Subdelegado elevaba bien informada la solicitud del recurrente, en la cual debía constar que en el sitio pedido existía una casa edificada.

Se estudió, pues, el medio de poder burlar esta última cláusula y pronto, con el beneplácito de la autoridad correspondiente, se encontró la solución: ¡se construyó una casa con ruedas!

Al solicitarse un sitio, se arrastraba hacia él la casa; la autoridad informaba:

-Me consta que hay una casa en el predio solicitado.

Y sin más trámite, se extendía el título de propiedad.

En esta forma se presentó un buen negocio no sólo para los interesados sino para el mediador informativo. En realidad, el informante no mentía pero engañaba y lucraba con perjuicio directo para los propósitos de los intereses de los ocupantes pobres que no poseían el dinero suficiente para pagar el engaño. Fue así como la mayoría de los sitios de Porvenir quedaron en dos o tres manos, pudientes que se ganaron con dinero la buena voluntad de un informante inescrupuloso.

La casa con ruedas recorrió muchas manzanas y dio muchos títulos de propiedad. Fue un espléndido negocio para su inventor propietario y una fuente de entradas para muy pocos especuladores.

Total: se defraudó al Fisco y se burlaron los deseos del Gobierno.

Hay una circunstancia agravante: los personajes que hicieron este negociado fueron en su totalidad extranjeros; sólo uno pertenece a nuestra nacionalidad. Consecuencia de ello fue que no se protegiera al hijo del país; esto se presenta lógico al saber que este elemento era pobre y pagaba mal. Se protegió, pues, a aquel elemento que disponía de capital y pagaba buenos precios por la transacción; resultado de esto último fue el acaparamiento de sitios.

Es muy raro que un chileno tenga un bien raíz en este puerto; es un pueblo extranjero y al hijo del país se le mira como a inmigrante.

-Sólo era chileno el mandatario que Porvenir tenía en aquel tiempo, los jefes de oficina y el personal de empleados eran todos de distintas nacionalidades; todos ellos tienen actualmente dinero y terrenos».

Al llegar a este punto, el narrador hizo una pausa, momento que aprovechamos para preguntarle si ante una situación por demás apartada de la legalidad y de la corrección no hubo algún damnificado que presentara el denuncia correspondiente.

-Sí señores -prosigue nuestro interlocutor- hubo muchos que presentaron denuncias escritas, pero todos esos papeles han desaparecido con toda oportunidad, jamás llegó el reclamo hasta la autoridad correspondiente.

Los pocos chilenos que viven en Porvenir arriendan casa a los acaparadores. Solamente el feliz dueño de la casa rodante alcanzó a pedir dieciocho sitios; hoy goza de buena renta y vive en Punta Arenas.

Hasta aquí los datos que esta vez pudimos obtener del amable informante; al despedirnos y consecuente con la amistad que nos brindara, le prometimos reanudar muy pronto tan interesante conversación.

Con nuestro inseparable acompañante, iniciamos nuevamente el recorrido por el pueblo.

Se compone de unas cincuenta manzanas con un total de ochenta casas; estas últimas completamente desparramadas al capricho de una idea loca. Sólo en la calle principal, la de la playa, hay continuidad de construcciones. Los edificios son todos de madera con techos de fierro acanalado; la mayoría son bajos y estrechos, en ninguno faltan las estufas de fierro.

Las casas de dos pisos son muy contadas. Desagües artificiales no existen; las letrinas son pozos. Inmediato a estos últimos están los estanques o las norias de donde se extrae el agua que se usa para las exigencias domésticas; esta agua es salobre y no sólo se ocupa para lavados u otros objetos, sino que algunos la beben. La generalidad de las familias obtiene el agua potable que proporcionan las lluvias; éstas se recogen de los techos por medio de canaletas y se las guarda en barriles o estanques de fierro.

Este sistema se presenta fácil durante el invierno; en el verano las aguas se descomponen o se concluyen; entonces se bebe agua salobre de los pozos o se va al pequeño riachuelo que queda al fondo de la bahía y algo distante de la población. El acarreo se hace por medio de barriles rodantes, algunas veces conducidos a mano y otras tirados por caballos.

El pueblo carece de luz; sólo dieciséis faroles, «chonchones» a parafina, mantienen en tinieblas la población. En medio de la absoluta oscuridad de las tardes o de las noches, semejan colillas de cigarrillos próximas a extinguirse. Parece que el objeto de ese punto luminoso no es otro que el de evitar que el transeúnte vaya estrellarse contra el poste que sostiene el farol.

Por parte del farolero, su raciocinio lo presenta como hombre de ingenio y de recursos; sólo procura alumbrar cuando sale gente a las calles y, como la gente no sale por falta de luz, hay entonces razón suficiente para no encender los «chonchones»; los faroles permanecen apagados y el pueblo a oscuras. Esta lógica del farolero se completa con un principio que él, personalmente, se ha encargado de pregonar; ha dicho:

-En el interior de las casas hay luz; de ello se desprende que el alumbramiento debe estar bajo techo y no a la intemperie de calles frías y expuestas al viento.

Por lo que respecta al comercio, puede dividirse en dos categorías: las casas de comercio y los «boliches». Entre las primeras, dos ocupan el primer lugar, el resto cuyo número no sobrepasa de ocho, debe considerarse en la categoría de despachos. Los «boliches» en cambio, son innumerables y sus víctimas son muchas.

Panadería sólo hay una que trabaja tres veces por semana; el panadero es un buen hombre de nacionalidad yugoeslava; amasa honradamente y día por medio proporciona pan fresco.

Zapateros, existen varios; sólo uno trabaja bien, los demás son remenderos. El zapatero principal es el alma de la población y constituye la alegría del pueblo. Yugoeslavo alto, gordo y coloradote, maneja admirablemente el acordeón y lo toca con entusiasmo.

Representa al director y músicos de la banda del pueblo. Algunos nos dicen que este hombre fue antes un personaje, sin embargo, su aspecto y modales son los de haber nacido zapatero. El acordeón es su compañero inseparable; como, trabaja y duerme junto a él, lo hace partícipe de sus penas y alegrías.

Si se trata de reunir a la población, basta sólo que el zapatero recorra las calles agrandando y achicando su instrumento; todos corren en pos del músico y lo acompañan formando procesión.

El sexo fuerte se distingue por su debilidad por la música; entonan cantos marciales y marchan al compás que señala el maestro. Todos cantan, pero cada uno lo hace en distinto tono formando una espantosa confusión de voces; la armonía musical no ha llegado todavía a esta región.

Consecuencia de ello son los esfuerzos inauditos que hacen los maestros de escuela para que sus discípulos lleguen a entonar un himno; jamás lo consiguen y todo trabajo les resulta inútil.

En presencia de tan grandioso desconcierto musical, se viene a nuestra mente el popular cuento de Grimm, los famosos «Músicos viajeros»; ¡pobres músicos, cuán entristecidos se hubieran sentido en la capital fueguina ante el coro monumental de los yugoeslavos; humillados por estos maestros del arte desconcertante, después de rendido el justo homenaje, se hubieran retirado con la cabeza gacha y el rabo caído.

En Porvenir sólo existen dos hoteles y para las exigencias de esta región uno debe considerarse bueno y el otro, apenas regular, este último, dentro de su ramo constituye también un «boliche». El propietario del primero, el alemán que ya conocemos, obedece al apodo de «el viejo generoso». Los dueños del segundo son de fina raza comerciante; pertenece a un matrimonio austríaco y lo regenta la mujer, hembra robusta y corpulenta que lleva con orgullo el sobrenombre de «la Reina de la chaucha».

Posterior a la época de estas memorias y cuando ya nos disponíamos a abandonar Tierra del Fuego, tuvimos ocasión de alojarnos en un hotelito recién instalado, propiedad de un compatriota nuestro. Consignamos con agrado un recuerdo para este esforzado luchador que después de vencer los tropiezos enormes que se le presentaron para llevar a cabo sus deseos, logró sobreponerse a la poderosa lucha que los porvenireños le presentaron, e instalarse con su negocio chileno en medio de ese elemento que le fue sumamente hostil. Mucho hizo este compatriota por hacernos agradable nuestra corta estada en ese lejano terruño de la patria.

El establecimiento de su hotel en la capital fueguina se destaca por ser el primer negocio chileno establecido en aquella apartada región. Hacia él acude todo el elemento trabajador nacional de los alrededores, elemento que ha sabido recompensar los esfuerzos del compatriota. El nombre de este hijo del país es Clodomiro Gómez.

Las «pensiones» son numerosas; todos estos centros y muy especialmente los «boliches» son los puntos obligados donde se detiene el trabajador que regresa de las

distintas faenas del campo. Generalmente vienen con las carteras bien provistas y por esta causa son muy bien recibidos y atendidos mientras conservan dinero. Dos, tres y hasta cuatro mil pesos, les duran sólo algunos días. Tan pronto como se les concluye la plata, se termina el buen trato y se les señala la puerta. Si el confiado parroquiano se resiste a abandonar el local se emplea la fuerza y si esto no basta, se le denuncia a la justicia por vago o peligroso.

Fácil es comprender que los negocios administrados en esta forma tienen forzosamente que progresar. Como ellos son lugares obligados para la permanencia de la clase trabajadora, nunca les faltan víctimas y siempre se encuentra dinero que recoger.

La mayoría recibe depósitos en custodia, estos depósitos se desvanecen con suma ligereza y muchas veces a los depositantes les resulta saldo en contra.

Recientemente el Banco Yugoslavo de Punta Arenas ha abierto una sucursal en Porvenir, esperamos que este paso dado por esta institución bancaria venga a salvar el fruto del trabajo de muchos proletarios y a defender la vida y el porvenir de numerosas familias.

El trabajador chileno de esta región sólo acude al pueblo en demanda del vapor que debe conducirlo a Punta Arenas. La carencia del barco originada por falla en el itinerario o por mal tiempo en el estrecho, lo obliga a permanecer algunos días en Porvenir. Es suficiente esta estada para que, dueño de un capital, se lance a los «boliches» y se embrutezca con el alcohol, perdiendo allí, miserablemente, el fruto del rudo trabajo de todo un año.

El servicio médico es desconocido en el pueblo y por ende en la isla. No hay doctor, sin embargo, las defunciones son muy escasas; una que otra vez en el año se suele llevar al cementerio el cadáver de algún anciano o de algún niño que ha fallecido a causa de algún accidente.

El lugar destinado al descanso eterno de los porvenireños, constituye la vergüenza del pueblo y un atentado para la civilización.

Cuatro hectáreas de terreno, cercadas con algunos alambrados, es la última morada de los hijos de Porvenir. La actuación de la última autoridad de la capital fueguina, se dedicó con especial interés en mejorar las condiciones del Camposanto, sus esfuerzos han sido estériles y nada ha conseguido de parte de los dirigentes Puntarenenses. El pequeño potrero sigue siendo lecho de los difuntos y pasto de los caballares y vacunos sueltos que buscan alimento sano y abundante.

Los cortejos fúnebres huelen a tiempos muy viejos. El velorio no falta y es de regla llevar el difunto a la Iglesia.

Después de la autoridad civil, el párroco es el principal personaje de la población.

Con su birrete negro y rodeado de los monaguillos envueltos en camisones blancos y provistos de cirios encendidos, inicia el sacerdote sus responsos de ultratumba.

Las campanas tocan los sones quejumbrosos en los momentos en que el ataúd abandona la Iglesia. El párroco inicia la marcha hacia el Camposanto; se coloca inmediatamente adelante del difunto; los monaguillos empuñan el crucifijo y las velas encendidas y rodean al sacerdote, detrás de éste parte de los deudos conducen a pulsos el ataúd, siguen después los deudos encargados de relevar a los conductores. A continuación viene el acompañamiento: una multitud de hombres, mujeres y chiquillos que gritan, corren y saltan en todas direcciones.

El cortejo avanza lentamente y se detiene a intervalos, momentos que se aprovechan para que el difunto cambie de manos.

El sacerdote, con su libro abierto, reza en voz alta y aprovecha cada oportunidad que se le presenta para sermonear al cadáver. Los monaguillos hacen esfuerzos inauditos para mantener encendidos los cirios que el viento se encarga de apagar constantemente.

Después de una penosa marcha a través de un camino accidentado que recorre más de veinte cuadras, el cortejo se detiene frente a la desvencijada puerta del cementerio. En el interior la fosa se encuentra preparada y lista para recibir el cajón. Ayudado por unas cuerdas, desciende el difunto hasta el fondo de la excavación y allí recibe las primeras paladas de tierra que deben poner fin a tan penosa ceremonia.

El muerto permanece tranquilo en tanto que los alegres acompañantes, sin considerar la triste obligación que acaban de cumplir, inician el regreso a sus casas en medio de la charla y de las risas. Sólo el párroco permanece algunos minutos al borde de la tumba y riega con agua bendita aquel sepulcro recién cerrado; los monaguillos, siempre cuidando la llama de los cirios, rezan en voz alta los últimos responsos.

Un movimiento de cabeza del buen sacerdote, indica que todo ha terminado; el representante de Dios en la tierra abandona el cementerio y en el pequeño y abandonado recinto vuelve a reinar la soledad y la paz, símbolo del descanso eterno.

Lo mismo que hemos dicho referente al médico, no lo podemos decir de la matrona. Si la ausencia de aquel no es de mucha importancia, la ausencia de ésta parece ser causal para que se produzcan muchos nacimientos.

Sin embargo, las parturientas no se apuran ni afligen por sus penosas enfermedades; cada amiga constituye una comadrona.

De estas últimas hay una que se destaca por los conocimientos que le ha dado la práctica; tiene plancha de matrona y cobra caro por sus servicios. Es una anciana yugoslava que reúne un requisito de primer orden en beneficio de la profesión que ejerce: ¡es completamente sorda! Este defecto físico le ha hecho decir, y con mucha razón, que jamás ha oído quejarse a sus clientes.

Los niños, en general, se desarrollan mal; crecen enfermos y raquíticos. Son muy pocos los que tienen sus piernas normales; en la casi totalidad los dientes aparecen en pedazos sobre unas encías deformadas y muchas veces putrefactas. Sin embargo, el clima, en extremo seco y saludable de aquella región, mantiene estas naturalezas raquíticas y las preserva contra enfermedades mortales.

Según el decir de algunos facultativos puntarenenses, esta anomalía que se presenta en los adolescentes se debe a la mala y escasa alimentación y muy especialmente a la absoluta carencia de sustancias calcáreas en el agua que se bebe. Lo anterior se refuerza poderosamente con el factor carestía de la vida, factor que se deja sentir en forma manifiesta en los hogares de las familias menesterosas.

Respecto a recursos medicinales, cada hogar debe constituir su propio botiquín. La implantación del nuevo código sanitario ha imposibilitado la presencia de todo practicante o regente competente.

Algunos meses atrás, nos expresa un informante, se estableció en Porvenir una especie de facultativo que abarcaba todos los ramos del saber humano.

De descendencia italiana y de linajuda familia, según él, instaló una botica, droguería y consultorio médico. Tal negocio le procuró clientela abundante y prestigio de consideración. Este primer éxito alentó al emprendedor italiano y lo impulsó a dar mayor desarrollo a sus iniciativas. Imprimió algunos carteles y se dio a conocer como un hombre extraordinario; un aviso puesto en la ventana de su consultorio y junto a sus numerosos títulos profesionales, señaló el comienzo de su caída; el aviso en cuestión decía así:

«Professore diplomato, maestro da güidaria e canto».

Tuvo tres alumnos, la música absorbió sus mejores horas y su fama de doctor se eclipsó pronto. El poco dinero que había reunido pasó al bolsillo de sus tres clientes musicales y el hombre se encontró arruinado. Sin embargo no desmayó, su mente forjadora de ilusiones magníficas, concibió proyectos más amplios y más hermosos.

Se acercó un día a la autoridad del pueblo y con gran reserva le hizo participación de un gran descubrimiento.

La explotación del descubrimiento requería dos concesiones, la primera se reducía a todos los lagos y lagunas de Tierra del Fuego, su invento extraería las sales con suma facilidad y las presentaría al comercio químicamente purificadas; la segunda y ésta era sin duda la de más aliento y beneficio, exigía de la autoridad una concesión de una hectárea alrededor de toda la Isla Grande. Se trataba de la industria del cuero de lobo.

-Dame gratuitamente -decía el famoso italiano- una hectárea alrededor de toda la isla y yo te respondo de una ganancia fabulosa. Bien sabes que el lobo marino es un anfibio que

gusta de la pitanza terrestre. Con poco gasto puede explotarse esta glotonería, basta sólo comprar un millón de anzuelos y colocarlos junto a la mar, sale el lobo, come la carnada y queda preso hasta el momento que se le mata con un fuerte garrotazo aplicado en la cabeza. La muerte es instantánea; después se beneficia el cuero, ¿qué te parece señor autoridad? Dame las dos concesiones y yo te haré millonario, con permiso hablando.

A pesar de los buenos propósitos, todas sus ideas de riquezas, le resultaron efímeras.

La postrer permanencia en la isla, la dedicó a la poesía; una de sus estrofas, cedidas galantemente para un alto empleado de una compañía ganadera, la reproducimos, dice así:

*«A Rodríguez, l'administratore nella
occasione della naschiuta d'un pargoletto».*

La última estrofa terminaba con estos dos versos:

*«Questo e laugurio sincero
d'il vostro amico il droguero».*

Desgraciadamente, este alegre y raro personaje tenía que vivir, para lo cual no tuvo otro remedio que liquidar su menaje y trasladarse a puntos en donde no le conocieran. El remate de sus enseres fue famoso y dejó gratos recuerdos entre los que tuvieron la suerte de presenciarlo; él mismo actuó como martillero y recomendó su mercancía. La famosa «güidaria» se encuentra todavía impaga en poder de uno de sus discípulos.

La vida de los habitantes, se desarrolla, sin mayores datos que anotar. Porvenir es un pueblo apacible y sin ambiciones. Las exigencias sociales se reducen a la reunión de dos o tres familias; el resto se dedica exclusivamente a los trabajos domésticos o a las faenas del campo.

En las tardes sin viento, que son muy pocas, se puede ver a los hombres sentados en el borde de las veredas o tendidos sobre el pasto de las calles. Desde allí contemplan la bahía y conversan un idioma que se hace incomprensible a nuestros oídos. No hay frase en la cual no se emplee, por lo menos dos o tres veces la palabra «Bogati». («Mi Dios»).

Dos o tres autos corren por la única calzada transitada y el punto de detención lo es siempre el Hotel Alemán.

Anexo a este Hotel, en dos habitaciones arrendadas *ex profeso*, tiene sus salones el «Club Chile», de reciente fundación y de muy poca vida. El número de socios es bastante considerable pero muy pocos son los que se reúnen, la mayoría prefiere pasar las horas junto a la cocina de algún «boliche»; allí beben vino y juegan al «truco».

Frente al Club, está el teatro, gran bodega que recién ha sufrido algunas modificaciones en beneficio de la concurrencia. Actualmente funciona un biógrafo, entretención sana y barata que no encuentra admiradores entre los apáticos porvenireños.

En algunas ocasiones se arregla esta sala y se realizan en ella «bailes sociales»; ya tendremos ocasión de asistir a algunos de ellos y podremos formarnos una idea sobre el significado que encierran estas palabras.

En Porvenir, las fiestas patrias revisten caracteres especiales; sólo el veinte por ciento del personal que en ellas toma parte, puede considerarse chileno, en su mayoría trabajadores ajenos al pueblo que acuden desde las estancias vecinas. Sin embargo, todo trabajo se paraliza y toda la población se divierte.

En el programa oficial figuran discursos patrióticos, *Te Deum*, juegos populares, carreras hípicas, etc., etc. Toda casa, por humilde que ella sea, ostenta con orgullo y en lo alto del legendario «palo de bandera», el hermoso tricolor chileno. El pueblo yugoeslavo, el austríaco y la gran variedad de nacionalidades que componen el resto de la población, celebran el dieciocho a la chilena. Tranquilos y enemigos de armar pendencia en público, son pocos los que se embriagan al aire libre y en presencia de las autoridades; en cambio, a puertas cerradas y en el interior de los «boliches» pueden dar curso a sus excesos, siempre que dispongan de dinero.

En los libros de policía, según tuvimos ocasión de verlo más tarde, no aparece parte alguno condenando a un yugoeslavo o austríaco por el delito de embriaguez. Respetan y acatan en absoluto toda orden que emane de la autoridad constituida.

La plaza principal, que se encuentra en formación, pues ya tiene plantado un arbolito y está cercada con estacas de madera, constituye el centro de reunión de las diversiones populares.

La celebración del dieciocho es el único estremecimiento anual que sacude la vida diaria y monótona de los habitantes; el resto del año es triste y lánguido. Pascua y Año Nuevo pasan casi desapercibidos, por presentarse en pleno verano, caen en la época de las faenas y Porvenir permanece desierto.

Los pocos meses de verano transcurren tranquilos; la ausencia de grandes vientos y el retiro de las lluvias, dan tiempo suficiente para efectuar algunos paseos por los alrededores; éstos son hermosos y su esplendor se ve realzado con una naturaleza salvaje y agreste. La carencia de árboles es absoluta y su ausencia se deja sentir con fuerza en el espíritu del turista que llega desde el centro del país.

En el verano los días son muy largos y muy cortas las noches; especialmente en la época de diciembre y enero se disfruta de luz solar desde las dos hasta las veintitrés horas del día.

Casi no es dable apreciar marcadamente transición manifiesta entre las cuatro estaciones; sólo están bien marcados el verano y el invierno; desde principios de octubre hasta fines de marzo puede considerarse el primero; para el segunda queda el resto del año. El invierno es pesado y crudo; las sombras se hacen dueñas del día, como la luz del verano se hace dueña de la noche. Junto con las tinieblas, avanzan los fríos. En esta estación la temperatura hace descender el termómetro hasta quince y veinticinco grados centígrados bajo cero; en el verano la temperatura máxima fluctúa entre quince y veinticinco grados centígrados sobre cero. Mayor o menor graduación marcada por el termómetro, no influye ni se deja sentir en los organismos.

La época del largo verano señala la temporada de actividad en los campos magallánicos; este período de faenas es admirablemente aprovechado por los estancieros y muy especialmente por las familias porvenireñas; cada casa tiene un patio y cada patio se convierte en una chacra. La hortaliza crece y se desarrolla en forma prodigiosa. Pudimos observar en casa de un yugoeslavo, de apellido Mimica, un repollo francés, enormemente corpulento, cuyo porte sobrepasaba en un metro a un hombre de talla común. Conservado en un gran cajón presenta la conformación y resistencia de un árbol de mediana altura; tenía tres años de vida y de cada rama que se desprendía del tallo principal, colgaba un repollo de tamaño común. El invierno no era suficiente para matar aquella hortaliza fecundizada con el frío de la nieve.

Febrero y marzo son los meses de la recolección; ésta es abundante y basta para las necesidades de las familias.

Cabe aquí considerar que en Magallanes el grano germina con mayor rapidez que en la zona del centro del país; ello tiene una explicación. La época de las siembras y del crecimiento puede considerarse como un solo día largo e indefinido. El sol calienta la tierra casi veinte horas diarias, dando calor y vida a todo aquello que nace y que se mueve. El rocío de las imperceptibles noches, fecundiza a la simiente y coopera dando impulsos al desarrollo de esa vida que se levanta.

Los terrenos se ofrecen especialmente generosos para el crecimiento de los tubérculos, las papas o patatas se producen abundantes y de buen tamaño. Cada familia siembra lo que necesita; sin preocuparse de dar mayor desarrollo a la agricultura; por la causa anotada, este tubérculo es escaso y caro en las poblaciones de Magallanes.

Algunos pequeños estancieros tienen el propósito de dar mayor movimiento al cultivo de sus campos; todas las pruebas efectuadas hasta la fecha han dado espléndidos resultados. Es de esperar que estas iniciativas no queden reducidas a buenos propósitos y Magallanes vea que su inmensa zona tiene vida absolutamente propia sin la obligación de tener que recurrir al centro del país en demanda de sus artículos de primera necesidad. La enorme carestía de vida en el Territorio se desvirtuaría poderosamente; Magallanes puede y debe abastecerse con sus propios productos; principio que está llamado a solucionar, en gran parte, el difícil problema social que agita a aquellas poblaciones.

En Tierra del Fuego, las industrias se desconocen o no se toman en consideración sino aquellas que resultan de la explotación de un suelo virgen. El terreno es sumamente

barato y no necesita de grandes capitales para conseguir el fin a que se le ha destinado: la crianza y engorda del ganado lanar no ocasiona grandes gastos y produce, en cambio, pingües ganancias.

Sólo los pequeños estancieros, los arrendatarios de los pequeños lotes que últimamente se han subdividido, comienzan a darse cuenta del verdadero porvenir que les ofrece la siembra de granos. Por esta causa, en los alrededores del pueblo pueden observarse grandes manchas verdes y amarillentas donde la cebada y la avena crece lozana y robusta.

Es de lamentar que las subdivisiones a que nos hemos referido, hayan quedado paralizadas. Grandes extensiones de terrenos bajo el dominio de una sola mano, significan un atraso enorme para el desarrollo industrial y agrícola de esta fértil y rica región.

Fácil es aceptar el enorme capital que se exige para que medio millón o un millón de hectáreas pueda recibir en su suelo el surco benefactor que debe albergar la semilla; por esta causa, Tierra del Fuego o por mejor decir, Magallanes completo permanecerá mucho tiempo siendo emporio de lanares, para cuya alimentación, reproducción y cuidado no se exige más trabajo que el de inmensos alambrados que cruzan el territorio en todas direcciones.

Todo acaparador de tierras, si no representa un peligro para el país, significa por lo menos, un obstáculo para el rápido desarrollo de los pueblos pequeños. Las grandes estancias magallánicas y Fueguinas caen bajo las dos sanciones de la aseveración anterior, pues no sólo se entorpece el crecimiento de los pueblos ubicados en la Isla, sino que se mina nuestro principio de soberanía, toda vez que se deja en arriendo y se vende el suelo chileno a capitalistas extranjeros. Más que ninguna otra zona del país, esa apartada región necesita y reclama una chilenización bien definida. Su mismo alejamiento de los centros poblados, las dificultades de todo orden que se generan con la falta de comunicaciones rápidas y, por sobre estas consideraciones, la difícil situación social del Territorio donde encuentran campo abierto los agitadores de profesión, pulpos que explotan inicualemente al pueblo honrado arrastrándolo a la ruina, a la miseria y al desorden, exigen de nuestros dirigentes una preocupación bien definida en beneficio del inmenso y rico territorio de Magallanes. No debemos olvidar que las poderosas firmas comerciales que han sentado pie firme sobre aquella región, tienen invertidos capitales fabulosos que año por año se ven seriamente amenazados.

La razón de las Naciones descansa en la vitalidad militar de cada país. Siempre prima el derecho del poder y el pequeño debe aceptar la voluntad del más fuerte aunque el análisis de los acontecimientos resulte en su favor.

Por esta razón debemos meditar seriamente el problema que, para el futuro del país, se desarrolla en el Sur de la patria. Un protectorado sobre los intereses extranjeros que ocupan aquella vasta región, nos quitaría de hecho una de las zonas más ricas y vírgenes de la República.

Muchos son los conciudadanos que se trasladan a Magallanes en busca de trabajo honrado, muchos son también los que regresan al Norte desilusionados por la falta de facilidades que allá encuentran y por la falta de terrenos que les permitan emplear sus actividades. Tierra del Fuego cuenta con fuertes y robustos brazos que están dispuestos a sacrificarse siempre que se les de un pedazo de tierra que labrar junto a un centro poblado que les permita vivir.

Lastimoso es dar una mirada sobre el pasado y contemplar el favoritismo y la especulación que dominaron en el ánimo de aquellos que debieron imprimir el rumbo directo hacia la nacionalización de la Isla, señalando al Gobierno las necesidades propias a toda región que comienza a poblarse.

También es doloroso consignar la ninguna garantía con que contaron los proletarios chilenos en el propio suelo de la Patria.

Para afianzar esta aseveración basta sólo citar el hecho de la casa rodante y la forma como fue subdividido el terreno que corresponde a la «Punta» (extensión de tierra que queda comprendida entre Porvenir y el Estrecho y que se extiende desde la Bahía hasta cuatro kilómetros hacia el Norte).

Los antecedentes que se refieren a la primera, ya los conocemos, vamos pues a tratar someramente lo que se relaciona con la segunda. «La Punta» fue subdividida en treinta y dos hijuelas con un término medio de cien hectáreas cada una. Estas hijuelas fueron destinadas por el Gobierno a la radicación de colonos en Tierra del Fuego. Para la donación de ellas sólo se exigió familia constituida y radicada en Porvenir; con estos requisitos, el terreno se obtuvo gratuitamente.

Para quedar en posesión del título definitivo bastó un buen informe de la autoridad correspondiente.

Como para este caso de nada podía servir la casa rodante, se recurrió a un medio que indigna, al mismo tiempo que sorprende por su audacia y descaró. Con el beneplácito de los repartidores de terrenos (en Tierra del Fuego) se hizo figurar a colonos que jamás conocieron Chile y que tal vez nunca tuvieron la intención de trasladarse a la región magallánica. A nombre de estas personas imaginarias se obtuvo el título provisorio y más tarde el definitivo; de este modo, en muy corto tiempo, quedaron colocadas todas las hijuelas. Dado con feliz éxito este primer paso, se dio comienzo al segundo que debía finiquitar el fin perseguido: las firmas supuestas hicieron la venta de las tierras obtenidas y las hijuelas pasaron todas a una sola mano. Hoy día están en un solo poder formando un lote colosal cuyo valor representa algunos millones de pesos.

Los papeles con las firmas apócrifas han desaparecido, sin embargo, el dato lo hemos obtenido de personas que nos merecen plena confianza y a las cuales les consta el hecho que exponemos por ser residentes de Porvenir desde años anteriores a tan oscura transacción. Como tantos otros negociados perjudiciales al Fisco y a los intereses del Gobierno, éste ha quedado sin sanción y sus autores, extranjeros, gozan de la consideración general.

Comentando las anotaciones anteriores con nuestro activo compañero, hemos recorrido buena parte de la población y logrado visitar algunas reparticiones. La primera de ellas es la Iglesia Parroquial. El edificio se levanta sobre un reducido terreno fiscal y contiguo a media hectárea de propiedad religiosa (salesiana). El Templo de Dios es de madera y en su interior tiene tres altares; una o dos alcancías con el nombre de un santo, indican a los feligreses el culto a que está destinado cada altar. Engalanado el Templo con los adornos correspondientes, presenta un agradable golpe de vista.

El párroco, como todo sacerdote de pueblo chico que se mantiene alejado de la política, es querido por la generalidad de sus feligreses y muy especialmente por los chicuelos a quienes, el Venerable, considera sus hijos predilectos.

No lejos de la Iglesia y en un galpón arreglado *ex profeso*, funciona la Escuela Parroquial; el párroco es el Director y un seglar el profesor.

Un poco retirada, y con vista a la plaza del pueblo, se alza la casa habitación del sacerdote; edificio demasiado grande para cobijar una sola alma.

La primera ojeada que damos al párroco, nos lo muestra en sus formas y en su fondo; persona modesta y sencilla, se presenta tal cual es y se capta pronto las simpatías de los que le conocen. Hace doce años que reside en Porvenir y todo su tiempo lo ha dedicado a su misión, ganando almas para el cielo. Su larga estada en Tierra del Fuego y especialmente en la capital Fueguina, le han dado tiempo más que suficiente para conocer a fondo el alma de sus feligreses y, muy en especial, le han hecho conocedor de cuanto movimiento o negociado se ha efectuado en la isla; tal vez por esta causa, además de ser respetado, es temido. Se presenta como un libro interesante que contiene capítulos en extremo curiosos. Son muy pocos los que no le quieren y muy contados los que le aborrecen. El buen párroco conoce perfectamente el ambiente que le rodea y cuando alguna necesidad le hace abrir algún capítulo de Tierra del Fuego, sus detractores se ven obligados a guardar silencio ante la elocuente sonrisa del Venerable.

Quiere a Porvenir con exceso y según su sentir, sólo lo abandonará cuando su alma vague en el espacio buscando lo desconocido.

A ambos lados de la Iglesia se encuentran ubicados dos planteles de educación: uno es la Escuela Fiscal N.º: 5 y el otro la Escuela Municipal N.º: 15, creada durante la Administración Contreras en el Territorio de Magallanes. El total de educandos en Porvenir no pasa de ciento cincuenta niños y la asistencia diaria fluctúa alrededor de cien alumnos.

La tarea de los educacionistas es difícil y en extremo sacrificada; primero deben dedicar todas sus actividades a la enseñanza del castellano para concretarse enseguida a las materias concernientes a su profesión.

tal vez no exista pueblo en Chile en donde la enseñanza se haga más difícil y requiera mayor esfuerzo por parte del profesor; los educandos practican el castellano mientras permanecen en la escuela, fuera de ella sólo hablan el idioma eslavo, que es el de sus padres. Si a esto agregamos la falta de cultura común a la mayor parte de estos colonos,

llegamos a la conclusión de que el niño sólo practica en la escuela las enseñanzas del maestro, fuera de ella, en ningún momento encuentra el ambiente que le diga algo sobre ilustración o enseñanza educativa.

El helado invierno es un cooperador eficaz para dificultar la asistencia al colegio. Ninguno de los edificios educacionales es de propiedad fiscal y los terrenos que ellos ocupan fueron donados gratuitamente a sus afortunados propietarios.

Hoy día el Gobierno paga un arriendo subido por lo que antes le perteneció, gracias a la autoridad administrativa que tan mal supo defender los intereses fiscales.

La administración Contreras dio un paso manifiesto en favor de la instrucción pública de Magallanes. A la iniciativa de esta administración se debe que en la actualidad funcionen varias escuelas en Tierra del Fuego y a ella también se debe el que se hayan iniciado los trabajos de algunos edificios públicos en la capital fueguina. En Porvenir, frente a la plaza principal, debieron construirse los edificios destinados para el funcionamiento de dos escuelas modelo para las exigencias de esta región. Desgraciadamente este bello propósito ha quedado sin cumplirse a causa del alejamiento de este entusiasta Gobernador. La población entera se hubiera beneficiado directamente con la terminación de estos dos planteles que, sin gravamen alguno para el erario nacional, estaban destinados a señalar un asilo seguro para la educación nacional, un heroseamiento para el pueblo y un descanso manifiesto para las rentas fiscales y municipales de este territorio.

La única edificación de propiedad fiscal que existe en Porvenir, es la vieja y ruinosa casa que ocupa el cuartel de policía.

Conocedores de las enormes rentas que Tierra del Fuego proporciona, tanto al Fisco como al Municipio de Punta Arenas, los turistas se sorprenden al tener conocimiento que de toda esa enorme suma, sólo se destina a la capital fueguina la irrisoria cantidad de cuatro mil seiscientos pesos.

Sólo entonces se llega a comprender el abandono absoluto en que se mantiene a Porvenir y la estagnación a que este pueblo está sujeto y que se refleja en su falta de heroseamiento y comodidades propias a todo centro civilizado.

La policía de Porvenir, compuesta sólo de cuatro guardianes, tiene bajo su jurisdicción y control la enorme área que encierran veintiocho mil kilómetros cuadrados. Para el servicio correspondiente cuenta con un armamento viejo e inservible. El material de caballos debe procurárselo de los vecinos que demandan los servicios policiales o de la buena voluntad de aquel que desea ofrecerlos.

Depende de la policía de Punta Arenas, cuya prefectura se encarga, con una escrupulosidad que le hace honor, del control de las multas que van a beneficiarla, importándole un ardite toda aquella necesidad que se refiere al bienestar de la tropa y a la seguridad del cuartel porvenireño.

Una gran barra de hierro impide las evasiones de los reos; los calabozos resguardados con endeble tabiques de madera muy delgada, ceden a la más leve presión; hay mayor facilidad para fugarse a través de las murallas que tratando de forzar puertas.

Todo preso permanece en la policía bajo su palabra de honor. Muchas veces se ha presentado el caso curioso de que, por estar los cuatro guardianes ocupados en servicios fuera de la población, el cuartel ha quedado bajo la custodia de uno de los detenidos; para esta emergencia, el preso toma colocación junto a la puerta y su voluntad por el cumplimiento del deber lo hace más inflexible que la propia autoridad.

Sin embargo, en la isla hay pocos desórdenes y se goza de una relativa tranquilidad.

Próximo al cuartel y junto al mar, se levanta el edificio que sirve de matadero. El abastecimiento se hace con animales lanares procedentes de la «Sociedad Ganadera Gente Grande». La carne se expende a razón de ochenta centavos el kilo y el promedio diario que se beneficia no sube de veintidós capones.

Los derechos que paga el matadero son seis centavos por animal; esta pequeña entrada se ha destinado para atender las necesidades de escritorio en la Subdelegación de Porvenir.

A espaldas del matadero y bastante retirado del pueblo, tiene su asiento el Juzgado de Subdelegación. Está servido por un capataz de la «Sociedad Ganadera Gente Grande», hombre rústico y sin otros conocimientos que aquellos que se derivan de las órdenes o consejos que recibe.

El gobierno marítimo y civil de la Isla, está bajo la dirección de un Subdelegado. Éste tiene su residencia cercana al pueblo y arrienda casa particular.

Respecto a la correspondencia, existe una estafeta dependiente del Correo de Punta Arenas. Las valijas se despachan cada día que sale vapor. Las cartas, diarios, etc., se reciben con un retardo desesperante y las noticias de los acontecimientos que se producen en el centro del país, cuando suelen llegar, se conocen después de solucionados o cuando ya han pasado al olvido.

La culpa de este retardo en las comunicaciones para aquel que ha vivido en el mundo civilizado y que está ávido de noticias, no puede achacarse a las autoridades fueguinas; son la causa lógica del abandono en que se mantiene a la isla y la ninguna comunicación directa que existe entre ella y el continente. Este estado de cosas contribuye poderosamente para que los habitantes fueguinos se preocupen muy poco por lo que pasa en el resto del mundo, jamás se alarman por aquellos acontecimientos que periódicamente estremecen al país y que muchas veces repercuten en el Territorio de Magallanes. Hace muchos años que llevan esa vida ajena a las actividades de un pueblo y, a la casi totalidad, les importa un bledo las noticias del exterior.

Las consideraciones que dejamos anotadas sirven de base para apreciar la apatía y la indolencia que se ha adueñado de Porvenir.

Tierra del Fuego da mucho y no recibe nada, sin embargo sus habitantes nada reclaman y nada piden. Un pueblo que vejeta en esta forma y que está absorbido en absoluto por la progresista capital Magallánica, vorágine que se levanta a pasos de gigante devorándose las entradas de todos los centros que le pertenecen, jamás podrá avanzar y colocarse a la altura que reclama la civilización.

El clima extremadamente frío y seco, hace que no haya grandes epidemias o que ellas se presenten sin caracteres desastrosos; por esta causa jamás se ha levantado un grito de alarma pidiendo el saneamiento de la población. Las familias más pudientes, cansadas de vivir en ese ambiente que permanece sumido en el más profundo sopor, tan pronto acumulan una fortuna apreciable, se trasladan a Punta Arenas en busca de mejores campos para sus actividades.

El elemento trabajador chileno, considera a Porvenir como un pueblo de tránsito y sólo permanece en él el tiempo indispensable, primero para ir en busca de trabajo y después para dejar en él el dinero ganado durante las faenas.

El éxodo de las familias acomodadas se ha venido sintiendo desde hace algún tiempo y un día llegará en que esta población, cansada de soportar la indolencia con que se le trata, sólo constituya un miserable caserío habitado por menesterosos y necesitados.

Sería por demás lamentable que este caso llegara a producirse. La despreocupación de los gobernantes no debe llegar hasta el extremo de ser la causante de la ruina de un pueblo que está llamado a marcar el centro de importación y exportación en una zona inmensamente rica y productora.

Cada una de las grandes estancias fueguinas contribuye paulatinamente y tal vez sin quererlo, a la ruina de Porvenir. La construcción de muelles y embarcaderos particulares alejan de la capital todo aquel movimiento que debe darle vida y progreso. Sin desconocer que este punto señala adelantos para cada parte de la Isla en donde las nuevas construcciones vienen a dar mayor valor a los terrenos, debemos considerar que la subdivisión en pequeñas poblaciones mata el espíritu de colonización impidiendo que las familias puedan radicarse definitivamente en puntos determinados; las estancias sólo se pueblan en la época de las faenas. Todo el elemento trabajador abandona la Isla; tal cosa no pasaría si Porvenir, rodeado de buenos caminos y dueño de muelles y embarcaderos adecuados y poseedor de fábricas e industrias, atrajera hacia el pueblo todos los productos fueguinos. En tal caso, el trabajador no abandonaría la isla, las familias podrían radicarse en la capital fueguina y el elemento de trabajo siempre encontraría ancho campo para desarrollar sus actividades.

Por otra parte, las construcciones particulares que aparecen repartidas en las costas de Tierra del Fuego, no están rodeadas de población alguna, por el contrario, permanecen desiertas durante la mayor parte del año y sólo tienen vida en la época que hemos señalado.

Se impone pues, en forma imperiosa el arreglo definitivo de los distintos caminos que se apartan de Porvenir en demanda de las estancias. No es obra de titanes el arreglo de estas vías de comunicación; ellas han existido y fueron arregladas en mejor forma que muchos de nuestros buenos caminos del centro del país. Todo aquel trabajo fue hecho con dinero particular; las grandes empresas que se organizaron para la explotación del oro, construyeron vías de comunicación, no sólo hacia el interior de la Isla, sino a todo lo largo de sus playas. Estas vías se conservan en la parte que corresponde a las grandes estancias, compañías que constantemente se preocupan de las carreteras y las mantienen en perfectas condiciones. Sólo permanecen abandonados los caminos cuya conservación corresponde al Fisco o al Municipio y, desgraciadamente, este abandono afecta a las arterias que atraviesan la población y que se apartan de la capital fueguina.

Si a lo anterior agregamos la necesidad imperiosa que se deja sentir en el puerto y que se refiere al dragaje de la bahía, base para iniciar las distintas construcciones que ya hemos señalado y cuya realización sería un hecho si se atiende a los sólidos proyectos que existen en el ánimo de fuertes capitalistas puntarenenses, Porvenir se levantaría con el mismo vigor con que hace poco tiempo inició su marcha triunfal la potente metrópoli del Territorio.

Salvadas las dificultades y subsanadas las deficiencias que se dejan señaladas en el presente capítulo, quedaría marcado el rumbo definitivo hacia el cual debe encaminar los pasos la capital fueguina, y este puerto, hoy abandonado y entristecido, podría incorporarse de lleno a las actividades de los puertos comerciales de toda la República.

Íbamos a cerrar la presente exposición, cuando nuestro buen amigo, el señor de los catalejos nos proporciona el siguiente dato ilustrativo que copiamos sin mayores comentarios.

«Memoria anual pasada por la autoridad civil de Tierra del Fuego a la Gobernación de Magallanes.

Correspondiente al año 1918.

Subdelegación de Tierra del Fuego.

Porvenir, 30 de abril de 1919.

A la Gobernación del T. de Magallanes.

Punta Arenas.

En cumplimiento a la nota N.º: 58 de fecha 26-II-919, de esa Gobernación, se acompaña la Memoria correspondiente a esta subdelegación y que se refiere al año 1918.

MOVIMIENTO DE LA OFICINA:

Ha sido escaso y se refiere en general, a la exposición que se acompaña al final.

En lo que respecta a la estadística de matrimonios, nacimientos y defunciones, el pueblo carece de Oficina de Registro Civil y el suscrito manifestó los inconvenientes que esto acarrea, en la Nota N.º: 25 de fecha 5 de septiembre del año próximo pasado. Los datos en referencia corresponden a la Oficina del Registro Civil de Punta Arenas.

El gran número de notas pasadas por esta Subdelegación pidiendo se subsanen los inconvenientes que se relacionan con la falta de los distintos servicios que corresponden al pueblo y a la Isla, hasta la fecha no han tenido una solución satisfactoria, por lo que el suscrito espera de la benevolencia de U. S. la lectura reposada del documento que se acompaña.

En él encontrará US., sucintamente relatada, la Memoria de esta Subdelegación.

En lo que se refiere a las entradas que puede servir de base para subvenir las futuras necesidades de este pueblo, se acompaña el movimiento comercial habido en el puerto de Porvenir en el año 1918.

La exportación aproximada del año próximo pasado es la siguiente:

8.207 fardos de pasto de avena cosechados en los alrededores de Porvenir, valor	\$90.000 m/c.
80 animales vacunos embarcados para Punta Arenas con destino a la matanza	---
20.000 animales ovejunos en pie para ser beneficiados en el frigorífico de Punta Arenas	\$400.000
110 caballos en pie	\$22.000
600 sacos de papas cosechados en Porvenir y sus alrededores	\$12.000
15 barriles de grasa de Porvenir y distintas procedencias de la Isla	\$1.500
28 fardos cueros lanares con 4.480 cueros	\$5.000
6 cerdos en pie	\$900
10 sacos de nabos de Porvenir	\$100

5 sacos de zanahorias y betarragas de Porvenir

\$250

Exportación total por el puerto de Porvenir con un valor aproximado de ochocientos cuatro mil ciento cincuenta pesos: \$804.150.- m/c.

Las cifras anteriores indican que el valor de los productos exportados desde Tierra del Fuego por el puerto de Porvenir y que benefician directamente a Punta Arenas ascienden a una suma próxima a un millón de pesos.

Hay que agregar que esta suma no es el total del valor de los productos exportados por la Isla.

Las distintas caletas de la costa exportan gran cantidad de lanas, cueros lanares y animales en pie, principalmente ovejunos, que van destinados a los frigoríficos de Punta Arenas y Río Seco, como también a las carnicerías que proveen la población de Punta Arenas.

La exportación que se efectúa por las Caletas de Bahía Inútil (Puerto Nuevo) Caleta Josefina, Camerón, Gente Grande, Bahía Felipe, Punta Espora, etc., es inmensamente superior a la que se efectúa por Porvenir, este puerto sólo exporta los productos de las pequeñas estancias circunvecinas.

Los derechos de embarque de todos estos productos no se cobran por no existir una ley que los imponga. Consecuencia de esta falta de entradas es que toda construcción apropiada (muelles, galpones, etc.) y que pertenecen al Fisco, queden expuestas al desgaste consiguiente y sin que las reparaciones del caso puedan efectuarse. Para estas reparaciones la subdelegación no cuenta con ninguna suma.

Memorándum que se adjunta a la Memoria que corresponde pasar a la Gobernación Civil del Territorio en cumplimiento a la nota N.º: 58 de fecha 26-II-1919 y que se refiere a la Subdelegación de Tierra del Fuego:

1) El suscrito asumió el cargo de Subdelegado con fecha uno de mayo de 1918 y la impresión que dejó en su ánimo el estado de la población fue dolorosa. Ello acusaba un abandono por parte de los dirigentes de este Territorio con respecto al puerto de Porvenir y, por ende, de la Isla completa.

Si bien es cierto que es un pueblo de pocos años de vida, ello no es causa para que se le mantenga en un abandono casi absoluto y se desoigan las voces de su mandatario que viene reclamando, casi continuamente, alguna mejora de imprescindible necesidad para el bienestar de la Isla y de sus habitantes, apoyándose en la razón poderosa de la enorme suma que, anualmente y en forma de contribución, pasa desde la Isla a acrecentar las rentas municipales del Territorio.

Según contrato celebrado entre la I. Municipalidad y José Yurjevic, se destina anualmente la módica suma de cuatro mil seiscientos cincuenta pesos para atender el servicio de alumbrado y aseo de la población. Consecuencia de ello es que el pueblo permanezca a oscuras y el aseo no se haga en forma debida.

El alumbrado a parafina consta de dieciséis faroles que distan uno de otro, como mínimo, doscientos metros. La escasa luz que estas lámparas proyectan, sirve únicamente para que el transeúnte no se estrelle directamente contra el poste que sostiene el farol.

En lo que se refiere al servicio de aseo, la suma acordada por la I. Municipalidad es tan insignificante, que sólo basta para que las especies servidas sean extraídas de las casas, dos veces por semana. El clima frío de esta región impide la pronta putrefacción de las especies servidas, y únicamente a esto se debe que en el pueblo no se declaren epidemias de fatales consecuencias.

Servicios de desagües no existen. Las letrinas son pozos, algunas próximas a los pozos de agua. Esta última se aprovecha para el lavado y muy pocos la beben; es salobre.

Agua potable sólo existe la del chorrillo Porvenir que dista del pueblo entre uno y dos kilómetros.

Se impone imperiosamente la necesidad de dotar de agua potable a la población. Ello se haría con muy poco costo, según tuvo el suscrito el honor de manifestarlo a la Honorable Junta de Alcaldes en sesión celebrada con fecha 5 de junio del año próximo pasado.

El agua que más generalmente se usa es la que proviene de las lluvias. Ésta se acumula en barriles o depósitos y se la emplea para las bebidas. La falta absoluta de sales en el agua y la descomposición que sufre al estar tanto tiempo estancada, son causas que originan enfermedades al estómago y contribuyen poderosamente para que el desarrollo del niño se haga en forma anómala. Es lastimoso ver a estos pequeños seres con las piernas torcidas y con las encías putrefactas.

Referente a la luz, el suscrito en la misma sesión ya manifestada, hizo presente a la I. Municipalidad la necesidad de arbitrar alguna medida al respecto. Se nombró una comisión a fin de que hiciera los estudios del caso. No sabe el suscrito, a pesar de haber insistido en ocasiones posteriores, si los estudios en referencia se han llevado a efecto. Sólo sabe que el pueblo sigue manteniéndose a oscuras y la Comisión nombrada por la I. Municipalidad no ha dado ningún resultado favorable para los pobladores de este puerto.

Si se toma en consideración la época del invierno que en esta región dura seis meses, fácil es concebir el estado de vida a que están sujetos sus habitantes por carecer de luz.

Servicios de desagües sólo existen los que se han hecho con peculio personal, en las calzadas y junto a las veredas.

2) El **estado sanitario** del puerto depende de las mejoras que puedan introducirse a las deficiencias anotadas en el punto anterior.

3) La I. Municipalidad acordó una subvención para dotar al pueblo de un doctor titulado. Hasta la fecha los habitantes de Porvenir carecen de asistencia médica, lo que es consecuencia de un constante clamor por parte de las familias que, si se ven amenazadas por alguna enfermedad, no tienen otro recurso que trasladarse a Punta Arenas o morir en manos de alguna comadrona o de los amigos que deseen atenderlas, en la evidencia de que nadie podrá prestarles los verdaderos servicios que reclama su enfermedad.

El año 1917 ejercía en el pueblo, subvencionado por la I. Municipalidad, un doctor extranjero que se vio en la necesidad de abandonar la Isla desde el momento en que se puso en vigencia el nuevo Código Sanitario.

Desde principios de 1918, fecha en que este facultativo abandonó Porvenir, carece el pueblo y la isla de un doctor titulado o sin título.

En numerosas ocasiones, tanto el suscrito como algunas firmas respetables del pueblo, personalmente y secundados por la prensa de Punta Arenas, han pedido a los representantes de Magallanes, se sirvan resolver este problema de vital importancia para la tranquilidad de los hogares y para el desarrollo del pueblo.

Hasta la fecha esta petición debe permanecer en estudio, puesto que no se ha llegado a la solución deseada. Ello, lógicamente, trae alarmados a los vecinos que sólo esperan alguna ocasión favorable para abandonar el pueblo y trasladarse a otros puntos donde puedan contar con recursos de esta clase.

4) **Escuelas** funcionaron tres durante el año escolar de 1918, con la siguiente asistencia media:

Escuela Fiscal N.º: 5 con veintinueve alumnos diariamente.

Escuela Municipal N.º: 15 con veintinueve alumnos diarios.

Escuela Parroquial (particular) con veintiséis alumnos.

El resultado general de los exámenes finales fue satisfactorio.

En el invierno, la asistencia a las Escuelas casi se hace imposible. El suscrito ha arbitrado cuanta medida está a su alcance a fin de que los niños puedan trasladarse, desde sus casas, al colegio. Con este objeto, ayudado con el peculio particular de los habitantes, logró efectuar un arreglo general en las veredas de la población. A pesar de ello, el intenso frío y los grandes barrizales que se forman en las calzadas, impiden en muchas partes, el tránsito de los pequeños peatones y los obliga a permanecer en sus casas por muy grande que sea la voluntad por acudir al Colegio.

Desde comienzos de mayo, la transitabilidad por las calles de la población puede considerarse nula. Todo acarreo, ya sea a lomo de caballo o en vehículos arrastrados, se suspende por completo. Sólo alguna necesidad muy imperiosa obliga a los habitantes a recurrir de hecho a estos medios de locomoción. Cada calle constituye un pantano de casi imposible tránsito.

El suscrito, en la misma circunstancia anteriormente anotada, hizo presente y obtuvo de la H. Junta, la donación de un carretón con sus correspondientes arneses, destinado a la Subdelegación de Tierra del Fuego. Hasta la fecha y a pesar de las reiteradas peticiones de esta Subdelegación, el carretón no ha llegado a Porvenir.

Ello habría venido a salvar, en parte, el deficiente servicio de aseo con que contamos y habría constituido un poderoso auxiliar para el arreglo de los pasillos de las calzadas.

En años anteriores la H. Junta ordenó hacer un estudio que se refería a la pavimentación de la calle principal de Porvenir. Este estudio, como todos los otros que tienden a beneficiar a este pueblo, ha quedado sin solución, dejando a los habitantes con la convicción, tantas veces reforzada, de las promesas sin cumplir.

5) Hora es ya de que manifiestamente se deje sentir la preocupación que tierra del Fuego merece a la H. Junta de Alcaldes de Magallanes. El porcentaje de hectáreas que anualmente se siembra, va aumentando en forma bien apreciable. Los terrenos que rodean a Porvenir están convertidos en hermosos pastizales cuyos productos van a beneficiar directamente al Territorio, en la consideración de que la mayor parte de la producción es transportada a Punta Arenas.

Para el acarreo de estos productos se cuenta con vehículos apropiados que están obligados a transitar por calles y caminos que solamente en cierta época del año son adecuados a tal objeto.

Recientemente esta Subdelegación ha recibido la nómina de todos los vehículos que en Tierra del Fuego carecen de patente. La I. Municipalidad, con muy buen criterio ha recordado la contribución que estos vehículos están obligados a pagar, pero no ha acordado invertir alguna cantidad para el arreglo de las vías de tránsito que estos mismo vehículos tienen que recorrer.

Se hace pues indispensable destinar anualmente una pequeña suma con el objeto de invertirla en el arreglo de los caminos principales, arreglo que no sólo vendría a beneficiar a los agricultores sino que también a los habitantes de esta población que, en el invierno, carecen de toda vía de tránsito.

6) **CEMENTERIO.**- Este lugar que marca el punto de reunión eterno de los hijos de Porvenir, constituye la vergüenza del pueblo.

Distante, más o menos, dos kilómetros de la población, obliga a recorrer un camino accidentado sujeto a los desperfectos que sufre una vía abandonada.

El Camposanto lo constituye una hectárea de terreno cercada con piquetes de madera y ajena, en absoluto, al embellecimiento y cuidado a que es acreedor.

Jamás se ha recibido una pequeña subvención o se ha destinado un tanto por ciento anual de la enorme suma que percibe la Junta de Beneficencia de Magallanes.

El suscrito, en la misma sesión ya anotada, se permitió hacer presente a la H. Junta, este abandono en que se encuentra el Cementerio de Porvenir y, por tratarse de asuntos ajenos a la H. Corporación, rogó al señor Presidente de la H. Comisión de Alcaldes, interponer su influencia a este respecto.

Tuvo más tarde el agrado de saber que la Junta de Beneficencia contribuiría, generosamente, con una suma anual no inferior a dos mil pesos, suma que sería destinada al embellecimiento del Cementerio de Porvenir.

Ha pasado el tiempo y la suma ofrecida aún no ha llegado.

Los esfuerzos particulares no bastan para quitar el aspecto de potrero que ofrece el Camposanto, y el suscrito sin otro recurso que la buena voluntad se ve imposibilitado para transformar este potrero en un Cementerio.

Es pues, de imperiosa necesidad, obtener una pequeña subvención de la Junta de Beneficencia de Magallanes, dinero que vendría a borrar la mancha que nuestro Cementerio representa para la cultura y civilización del siglo en que vivimos.

7) **POLICÍA.**- Compuesta de un primero y tres guardianes de policía.

Esta pequeña guarnición no sólo tiene que mantener el orden público de Porvenir sino que atender a las distintas peticiones que puedan presentarse en cualquier punto de la Isla.

Hasta fines del año pasado se contaba con un servicio de carabineros para asegurar el orden en las estancias, este servicio fue retirado de la Isla que ha quedado bajo el control y dirección de la policía de Porvenir. Tómese en consideración que la parte chilena abarca veintiocho mil kilómetros cuadrados.

Las enormes distancias que deben recorrer para acudir a los distintos llamados y la carencia absoluta de ganado caballar de que dispone la policía, hace que este servicio se haga en forma por demás deficiente, agravándose con las molestias que origina el tener que recurrir a los vecinos en demanda de los caballos que exigen estos recorridos.

De esta falta absoluta de policía en Tierra del Fuego se viene dando cuenta constantemente a la autoridad respectiva. El suscrito, en varias ocasiones, se ha trasladado a Punta Arenas y ha tratado de solucionar este problema, en la mejor forma posible.

Se tiene la promesa de dotar a este retén de un oficial y diez guardianes. Hora sería de cumplir esta promesa en atención a que pronto regresa del Norte el Prefecto de Policía, trayendo guardianes para Magallanes.

8) Con fecha 8 de septiembre se celebró un «*meeting*» en la plaza del pueblo. Las peticiones de este comicio público tuvieron como base la enorme carestía de vida a que alcanzan los artículos alimenticios y de consumo y el cumplimiento de las promesas hechas al suscrito por la H. Junta de Alcaldes en la sesión a que antes me he referido y que fueron publicadas en el diario *El Magallanes* de fecha 5 de julio de 1918.

Las conclusiones del comicio fueron enviadas a la autoridad correspondiente acompañadas de la nota N.º: 36 de esta Subdelegación.

9) **CORREO.-** Fue atendido por el señor R. Jolliffe y después de la partida de éste, por el señor Claudio Bustos. Ambas direcciones fueron acertadas. Actualmente está bajo la dirección de la señora Lucrecia de Dicks.

10) **JUZGADO DE SUBDELEGACIÓN.-** Fue atendido por el señor R. Jolliffe hasta el 30 de septiembre de 1918. Desde esa época quedó vacante y los asuntos judiciales que pudieron presentarse, fueron solucionados por el suscrito o remitidos a la autoridad competente de Punta Arenas.

Últimamente el Decreto N.º: 58 con nota N.º: 94 de fecha 30 de mayo, nombra Juez de Subdelegación de Porvenir al señor Pedro A. Muñoz, quien ejerce sus funciones judiciales desde el 29 del mismo mes.

11) **FAENAS DE 1918 EN LA ISLA.-** Los pequeños reclamos que en algunas estancias se presentaron por parte de los operarios, fueron arreglados por el suscrito con la cooperación de los señores administradores respectivos.

Pude presenciar personalmente la buena voluntad y los deseos de armonía que existía en cada uno de los administradores, quienes se mostraron, en todo momento, de acuerdo con el suscrito para finiquitar dentro de la más estricta justicia, todo lo que pudiera ocasionar entorpecimiento en la marcha de las faenas y, a indicación mía, prometieron efectuar arreglos que redundaran en bienestar y comodidades de los obreros, especialmente para aquéllos que deben pasar el invierno en las estancias.

Cabe aquí mencionar una vez más, lo manifestado por esta Subdelegación en nota N.º: 35 de fecha 26 de agosto de 1918 y que se refiere al gran número de trabajadores sin trabajo, que durante todo el año recorren la Isla y sin trabajar en ninguna parte, se costean una vida cómoda y barata. Esta clase pertenece, generalmente, al elemento pernicioso, elemento que, al no encontrar ocupación, se dedica a predicar ideas subversivas entre el proletario consciente y tranquilo que trabaja con la confianza del hombre honrado y laborioso.

Las medidas tendentes a extirpar este mal que durante todo el año azota la Isla, están claramente manifestadas por el suscrito en la nota a que hace referencia más arriba.

12) CAMINOS Y VÍAS DE COMUNICACIÓN.-

a) Caminos.- Sólo existen en la Isla los que datan desde el tiempo de las faenas auríferas. Caminos espléndidos trazados y arreglados por las distintas compañías y destinados al objeto para el cual fueron creados.

Desde que las Compañías dejaron de trabajar, estas espléndidas vías de tránsito permanecen abandonadas y no se hace ningún sacrificio por mantenerlas en estado de servicio.

Si se toma en consideración que muchas de ellas atraviesan los cordones de montañas demarcadoras de los distintos lotes de terrenos que se trabajan en Tierra del Fuego, fácil es comprender que el mantenimiento de transitabilidad de los caminos redunda en beneficio del progreso industrial y agrícola de la Isla, ello sin entrar a detallar el beneficio inmenso que representa para la clase proletaria cuando tiene que trasladarse desde un punto a otro.

La H. Comisión de Alcaldes, según nota N.º: 729 de 12 de diciembre de 1918 y sin número de fecha 17 de enero de 1919, puso a las órdenes de esta Subdelegación, la suma de siete mil quinientos pesos, dinero que venía destinado al arreglo del camino Porvenir-Baquedano-Discordia.

Esta vía de tránsito recorre cincuenta y cinco kilómetros de terreno y para llegar desde Porvenir hasta Discordia, debe traspasar una altura no inferior a seiscientos metros. Ambos puntos, el de partida y el de término se encuentran próximos al nivel del mar. Si a esto se agrega la construcción de dos puentes, uno sobre el Río Verde y otro sobre el Río del Oro, ambos de material sólido y no inferiores a cuarenta metros de longitud, fácil es darse cuenta que la suma asignada para las reparaciones de este camino resulta irrisoria, tanto más cuanto que hay partes superiores a dos, tres y cinco kilómetros, donde no existe ni siquiera la huella del que fue antes camino.

El viajero sólo se siente confortado cuando pisa o transita por los terrenos que pertenecen a la Sociedad Ganadera de Gente Grande o Explotadora de Tierra del Fuego. Ambas Compañías destinan anualmente una suma para el mantenimiento de sus vías de comunicación. Este pequeño desembolso anual les proporciona caminos buenos en toda época del año.

De desear sería que el Fisco o la I. Municipalidad detuviera a tiempo la destrucción constante de las vías de tránsito que le pertenecen. Más tarde, la completa destrucción de ellas, ocasionará fuertes y obligados desembolsos. La suma que entonces tendrá que invertir, será inmensamente más considerable que las sumas periódicas que anualmente pudiera destinar al mantenimiento de los caminos.

El mal sólo se siente cuando se experimenta. Es pues bien sensible que los miembros que forman la I. Corporación de Magallanes no se vean obligados a recorrer la Isla, por lo menos una, dos o tres veces al año. Entonces podrían apreciar cuanta necesidad tiene Tierra del Fuego de que se le dedique una pequeña suma de la enorme cantidad con que periódicamente acrecienta las arcas municipales del Territorio. La I. Corporación está obligada a dejar sentir el progreso y bienestar en todos aquellos lugares que constituyen a acrecentar las rentas del Municipio.

b) Vías de Comunicación.- En el interior de la Isla sólo existe el hilo telefónico que une las distintas estancias pertenecientes a las dos Sociedades ya nombradas. Esta línea telefónica termina en Punta Espora, punto desde el cual se comunica con el continente empleando la heliografía.

Es una empresa particular destinada exclusivamente al servicio interno de las Sociedades nombradas.

Las autoridades, el pueblo, el comercio, etc., carecen en absoluto de toda vía de comunicación que los una con Punta Arenas. Ha habido ocasiones en que Tierra del Fuego ha pasado quince y más días, completamente aislada y ajena a los acontecimientos que se desarrollan en el resto del mundo.

El suscrito, en repetidas ocasiones, ha puesto de manifiesto ante las autoridades correspondientes, el aislamiento absoluto en que se encuentra esta región. Sus voces se han perdido en el vacío y las promesas de radiografía, que se le hicieran, pasaron como todas las promesas que en el curso de la presente memoria se mencionan, al olvido más absoluto.

Según datos que el suscrito ha podido recoger, existe encajonada en Punta Arenas una pequeña estación radiográfica de escasa potencia, destinada a unir la Isla con el Continente.

¿No sería ya el momento de proceder a su instalación?

Ello marcaría un paso transcendental pro defensa y mejoramiento de este suelo abandonado y vendría también a llenar un vacío inmenso en defensa de los intereses fiscales y particulares de la Isla.

No es del tenor de la presente Memoria hacer un análisis anticipado y tratar de profundizar los acontecimientos sociales que puedan desarrollarse en el futuro. Los últimos sucesos ocurridos en el Territorio piden, en forma categórica y absoluta, el acercamiento de la Isla al Continente.

Antes de terminar, me permito hacer presente el grave peligro que significa para nuestra soberanía nacional, el que se mantenga a Tierra del Fuego ajena a los servicios de Registro Civil.

La nación vecina no omite sacrificios en este sentido y tiene repartidas, en distintos puntos de la Isla, oficinas que se encargan de legitimar las uniones legales y de inscribir los niños que nacen en esta dilatada región.

Estas oficinas no sólo prestan sus servicios a quienes a ellas acuden, el interés por servir a la Nación las induce a proporcionar toda clase de facilidades a los necesitados, trasladándose periódicamente a distintos puntos de la Isla y efectuando por todas partes las inscripciones correspondientes. Por esta causa casi todos los fueguinos presentan la legitimidad de sus matrimonios con documentos argentinos y lo que es más grave aún, los hijos de extranjeros que han nacido en territorio chileno, están inscritos en la frontera argentina.

Consecuencia de esta grave anomalía fue que el suscrito ofreciera gratuitamente sus servicios a fin de que se le autorizara para actuar como Oficial Civil, autorización que no ha sido concedida tal vez porque ella fue ofrecida gratis y porque estaba llamada a llenar un vacío que puede traer funestas consecuencias para el principio de soberanía en el porvenir de esta región.

Termino, señor Gobernador, no sin antes reconocer la idea, profundamente progresista que alimenta el cerebro del primer mandatario de Magallanes, y no dudando de que su paso por la Gobernación del Territorio marcará una era de progreso, comodidad y bienestar para esta abandonada región y para este olvidado y pequeño pueblo, merecedor por todos conceptos de la benevolencia del Gobierno y de la protección del Municipio.

Dios guíe a U. S.- (Firmado) A. Fuentes R., Capitán de Ejército y Subdelegado de Tierra del Fuego».

Capítulo V

En el Biógrafo.- La Estancia Cerro Ballena.- Dragas de Río Verde.- La reserva fiscal de Boquerón.

Visita al Biógrafo.- Viaje a la Estancia Cerro Ballena.- El Aeroplano.- Los Caiquenes.- Recuerdos de la vida de cuartel.- La Cueva del Indio.- Visita a las Dragas de Río Verde.- Benéficos resultados de las subdivisiones de terrenos.- Las Turberas.- Recuerdos de un cazador de indios.- Viaje a Boquerón.- Los arriendos fiscales.- Las reservas del Fisco.- La presentación Stipicic y el beneficio que ella significa para los intereses fiscales.- Vida del guanaco.- Vida del cururo.- Los flamencos y los cisnes.- Los baguales de la selva.- La cuadrilla de los cazadores Azócar y González.- Una tumba para los vivos.- El gas de petróleo.- Boquerón es un centro que llama fuertemente la atención del viajero y que es

digno de profundas consideraciones de carácter social y económico relacionadas con el bienestar de Magallanes.

El largo recorrido de aquel día no fue motivo suficiente para que nuestro incansable acompañante se retirara a descansar. Hubimos de acceder a las reiteradas peticiones de su parte y trasladarnos al biógrafo del pueblo.

Según los informes recopilados por nuestro investigador, el biógrafo sólo hace algunos días que funciona. A pesar de las referencias poco encomiásticas que había logrado recoger, la autoridad de Tierra del Fuego no omitió sacrificios por llevar al pueblo que carecía en absoluto de toda distracción social, un divertimento, a la par que ilustrativo, destinado a acortar las interminables noches de verano, señalando con ello un centro de reunión para las distintas familias.

No dudó que este paso dado en beneficio de los habitantes de Tierra del Fuego, traería para su iniciador el agradecimiento unánime de toda la población porvenireña. Pero el entusiasta Subdelegado, o no comprendía bien a sus gobernados o tenía una idea muy errada de los prejuicios que minan el seno social de toda población pequeña.

Los sacrificios del primer mandatario sólo fueron bien comprendidos por algunos pocos. La mayoría propaló la noticia de que se trataba de una gran especulación con beneficio directo para aquel que sólo hacía un sacrificio desinteresado. Parte del elemento nacional absolutamente ligado por fines comerciales o interesado con el elemento extranjero, se encargó no sólo de atacar al espectáculo, sino que fue el principal encargado de propagar la fantasía especulativa. Tal era el resultado lógico de la falta de criterio, de la poca o casi ninguna educación y, por sobre todo, el desconocimiento absoluto de las exigencias sociales.

La clase baja del pueblo, que constituye la mayoría de los habitantes de Porvenir, es completamente reaccionaria a toda idea de progreso y bienestar; sólo considera como buena, y la acepta, el principio del trabajo y del lucro, sea cual fuere la forma en que esto se presente.

Indudablemente que lo primero encierra un bello ideal, siempre que se vea secundado con una distribución lógica y compensada de la utilidad adquirida; esta segunda parte no se comprende ni se acepta en Porvenir. El poblador yugoeslavo trabaja, se sacrifica, acumula dinero y no ambiciona nada más. Interés por salir de ese medio ambiente, por viajar, por instruirse, por rodearse de comodidades, se desconoce en absoluto. La mayoría ignora lo que es leer, tan sólo saben poner la firma al pie de los cheques o documentos comerciales, por esta causa son desconfiados y recelosos.

Es una población sin ideal alguno; la generalidad de los extranjeros (yugoeslavos) en lo que a ilustración se refiere, permanece tal cual emigró de su patria. Sorprendidos en grado sumo de encontrarse en un país que les brindaba hospitalidad desinteresada, bienestar y dinero, se lanzaron de lleno al campo de las actividades logrando, en poco tiempo, formarse una fortuna que les permitiera hacer frente al porvenir.

Tuvieron la suerte de llegar a Tierra del Fuego en plena época de faenas auríferas; su misma pobreza los hizo ricos de la noche a la mañana y su propia ignorancia les obligó a guardar el oro que lograron acumular.

Dueños ya de un capital, conocieron los beneficios de la especulación, fue así como acrecentaron sus riquezas y se hicieron dueños de los terrenos de Porvenir.

La facilidad de vida que les procuró la carencia de Aduana en la zona Magallánica, contribuyó poderosamente a fortalecer los capitales colocados en custodia y el espléndido interés, acrecentó las fortunas.

Muy poquísimos son los que han aprovechado el fruto de su trabajo; señalados son aquellos que han viajado o que han dado instrucción a sus hijos, ya sea en institutos nacionales o en planteles extranjeros; aquellos que lo han hecho son considerados por sus compatriotas y les denominan «caballeros». Sin embargo, este ejemplo civilizador y educativo no ha sido imitado por la generalidad.

Obligados los muchachos a asistir a los Colegios del Estado, sólo permanecen en las aulas el tiempo necesario para aprender a leer y escribir medianamente. Pronto abandonan la enseñanza que con tantos sacrificios se les inculca y se dedican de lleno a las faenas del campo.

Abrumados con las rudas tareas y en medio de una naturaleza salvaje, el espíritu montaraz del hijo del oscurantismo, pronto se revela contra la civilización, olvida lo poco que sabe y vuelve a ser el analfabeto de los primeros años de la juventud.

La vida se desarrolla en esta forma y la cadena que procrea tiende a hacerse indefinida si alguna conmoción no viene a sacudir aquel sopor maléfico que vaga sobre la abandonada región fueguina.

¡Extraño contraste el de estos hijos de la ignorancia con aquellos titanes luchadores que viven a tan pocas millas de distancia!

Las aguas del Estrecho se encargan de separar dos fuentes de un mismo principio pero de un curso completamente separado. La una, fiera y arrogante ha invadido el Territorio continental e insular con el empuje de su dorada inteligencia, la otra permanece dormida y acariciada con el sople dorado de sus riquezas.

¡Colonia feliz dentro de tus principios y ambiciones, pueda que tus hijos imiten algún día el ejemplo de aquellos que mantienen el predominio de la civilización allende las turbulentas aguas del Estrecho y sobre la inmensa costra continental!

El impuesto decretado por el Gobierno para la Aduana de Punta Arenas, vino a desconcertar la vida cómoda y barata de estos pueblos australes. La carestía que se adueñó de algunos artículos de consumo y de primera necesidad, fue un golpe fuerte asestado a los

estómagos de muchos hogares. La paz general se alteró y los habitantes de este pueblo tan tranquilo experimentaron un fuerte sacudimiento.

La época de riquezas baratas pasaba lentamente; las dragas extractoras de metal amarillo dejaron de funcionar y el oro, tan abundante en un principio, comenzó a ocultarse a los ojos de los buscadores.

Los escasos hogares chilenos sufrieron, más que ningún otro, este golpe asestado contra los intereses de las familias; ello tenía una explicación lógica: en tiempos de la abundancia muy poco se preocupó el chileno de acumular para el porvenir. El poco apego que nuestro pueblo tiene por la moneda y el ningún espíritu de ahorro, característica de nuestra raza, hizo que todas las ganancias fueran a quedar en poder de los innumerables «bolicheros» yugoeslavos. Nuestra gente vivía al día, tenía plata y la gastaba toda; defecto de raza, como decimos vulgarmente. ¿Resultado de esta pobreza? La escasez, la ruina y, la moda del día, los movimientos subversivos.

En cambio, los colonos, se encontraron más ricos que en la época anterior a las contribuciones aduaneras.

La vida cara trajo como consecuencia el éxodo del poco elemento nacional y dejó en el pueblo, casi exclusivamente, elemento extranjero. Este último es el que reina en la Isla y es el que esperamos encontrar reunido en el Biógrafo, punto hacia el cual se encaminan nuestros pasos.

A las orillas del mar, en un amplio salón que se empina sobre las arenas de la playa, está instalada la naciente sala de exhibiciones. Las aguas marinas se recrean bajo los cimientos de madera de aquel solitario galpón y se encargan de efectuar diariamente el aseo y el lavado del aislado edificio.

Pertenece a un eslavo, hombre trabajador como sus compatriotas pero que goza de una fama poco encomiástica: es desprendido. Los motivos que se aducen para propalar esta última cualidad del empresario, son dos; primero, tiene un hijo al que desea educar bien (cosa inaudita en aquel pueblo), y no omite sacrificios para que el chico pueda seguir más tarde una carrera profesional; y segundo: tiene negocio y no gana mucho. Estas dos consideraciones dan motivos sobrados para que sus connacionales lo miren con cierta distancia.

tal vez sea esta la causal para que veamos casi desierta la boletería y muy poco concurrida la sala.

Galantemente invitados por el propietario, tenemos oportunidad de visitar las distintas dependencias. No son muchas; una pequeña sala con algunas mesas y una estantería con bebidas gaseosas, constituye la cantina. La cocina, punto de reunión de la mayoría de los asistentes, señala el salón de los comentarios y la sala de descanso durante los entreactos. Logramos penetrar en ella y no entendemos una palabra del endemoniado idioma que hablan los numerosos concurrentes que permanecen sentados alrededor de una mesa y se entretienen en jugar al «truco» y en beber vino tinto.

Otra pieza con una mesa y algunas sillas, señala el punto de reunión y descanso del elemento chileno; este local está casi desierto.

Penetramos, por último, al amplio salón de las exhibiciones; un galpón inmenso completamente desmantelado, con una profusión asombrosa de puertas y ventanas en sus cuatro muros, encierra el sitio de los espectáculos. Al fondo, ocho palcos rústicos contruidos con madera sin pulir, dan el aspecto al teatro. La platea, adornada con bancas de madera (largos tablones con sus correspondientes soportes) ocupa el mayor espacio y señala el local de las entradas baratas.

En el muro de enfrente se extiende la sábana de proyecciones. En el centro del tabique del fondo, un cuadrito abierto en el tablero de madera, deja ver el poderoso ojo de vidrio de la máquina y señala el sitio que ocupa el operador. A un costado de la sala, fuera de ella y junto al mar, existe una especie de garita destinada a guardar el motor que quita las tinieblas del teatro, y en cuya fachada delantera alimenta la única luz que está encendida en todo el pueblo.

Al sonar la tercera campanilla, las ampolletas eléctricas pestañean tres veces dando la señal para que cada espectador ocupe su localidad.

Por la única puerta que permanece abierta en el fondo de la platea, hace irrupción un grupo compacto de figuras extrañas y desgreñadas que conversan en voz alta el incomprensible idioma eslavo. Es una veintena de personas y, según lo expresa el empresario, aquella noche acude al teatro mayor concurrencia que de costumbre. Aumentando el número que dejamos consignado, aparecen en los rústicos palcos dos o tres familias de las más acomodadas de la población.

Las localidades de platea, no reciben los honores de los recién llegados que se trepan en los palcos desocupados y se arrellanan en las sillas. Interrogamos sobre el particular al propietario del biógrafo y nos responde que la generalidad desdeña las entradas baratas y se dejan llevar por el espíritu de imitación de sus compatriotas más pudientes. Si las entradas a palco se agotan, los porvenireños prefieren renunciar a la vista del espectáculo y buscan comodidad en el recinto de la cocina donde charlan y pasan el tiempo jugando al naipe.

Junto con apagarse las luces, la cinta se proyecta sobre la sábana del frente y se inicia el movimiento de las figuras. En un principio, el silencio más absoluto hace presa de la concurrencia; nada turba el desfile interminable de los cuadros cinematográficos; la sala carece de un instrumento sonador.

Sin embargo, esta tranquilidad del público depende del argumento que se desarrolla; si resulta cómico, una explosión de hilaridad rompe el absoluto silencio del comienzo; si se presenta triste, la gente se aburre y se duerme; si se trata de algún drama, la mayoría no lo comprende y bosteza en voz alta dando muestra de su descontento; y por último, si en el transcurso de la cinta se le ocurre a los artistas abrazarse o besarse, el chasquido que sale de los labios del público se hace ensordecedor y las exclamaciones, de las cuales sólo entendemos las palabras «maico moya» (madre mía) se manifiestan a plena garganta.

Da término a esta algazara general, el timbre del entreacto. Durante los quince minutos de intervalo se repleta la cocina y se continúa la charla.

De improviso, algo lejos de aquel centro y surgiendo de entre las oscuras tinieblas de la población, se perciben claramente los acompasados acordes del acordeón. Todos los asistentes al teatro se precipitan a las puertas y llaman a grandes voces al director de la banda de Porvenir.

Poco tarda el músico zapatero en presentarse ante el público que lo ovaciona, su instrumento inseparable viene seguido de numerosos admiradores que, junto con el maestro, buscan acomodo sobre las duras plateas del teatro.

El intervalo transcurre rápido y se da comienzo a la segunda parte de la función; esta vez la velada se hace más entretenida y llevadera. El zapatero achica y agranda su instrumento, tocando con furia, melodías de su lejano país; todos los asistentes acompañan estas cadencias de la patria ausente, algunos la entonan y la mayoría la canta. Pronto la alegría se hace general. Un grupo en extremo entusiasmado, arma una algarabía espantosa y se lanza a bailar en medio de la oscuridad:

-¡Tamburiza! -gritan unos.

-¡Maico moya! -dicen otros, mientras el zapatero prosigue con más ardor la melodía que ha hecho agitarse a la concurrencia.

De pronto, el músico emocionado lanza hacia los aires su diminuto sombrero y, contagiado tal vez por el contento general, se pone de pie y prosigue su tocata danzando una cadencia original. Sólo en este momento se detiene la cinta, se ilumina el salón y el operador, balanceando un compás con su puntiaguda cabeza, la asoma por el cuadro abierto en el tabique.

Grandes aplausos y una gritería ensordecedora, glosan la terminación de la melodía y la conclusión del baile del extraño músico danzante.

La luz se apaga nuevamente y la interrumpida función se continúa. Una señora esclava que asiste por primera vez al espectáculo, formula en voz alta su protesta en vista de que la sala permanece tanto tiempo a oscuras; indignada después ante el vacío con que es acogida su protesta, se levanta y se retira lanzando miradas furibundas hacia la lente iluminada de la máquina.

Una gran carcajada acompaña a la fugitiva, en tanto que algunos espectadores encuentran muy razonable la protesta de la anciana; es la señora del lamparero del pueblo, dicen, y es muy justo que alguna vez siquiera desee ver luz ante sus ojos acostumbrados a la oscuridad.

El pase de la última película cómica señala el término de las proyecciones. A las doce de la noche el salón se ilumina por última vez y se inicia el desbande general. El zapatero

se retira haciendo sonar su instrumento y rodeado por una poblada que semeja un conglomerado de locos.

Antes de abandonar el local, nos acercamos hasta el empresario y lo felicitamos muy cordialmente por el esfuerzo que ha hecho en beneficio de la sociabilidad e ilustración de Porvenir. Nos recibe junto al mostrador de su pequeño establecimiento, en cuya estantería descansa una veintena de patines; esto último nos llama la atención. Nos dice que muchas veces ha tratado de establecer un centro de patinaje pero que siempre ha fracasado. En un principio, agrega, se experimentó una verdadera furia e interés por el conocimiento y desarrollo de este hermoso y saludable sport; el clima frío de la región parecía auspiciarlo y al empresa vislumbró un buen negocio. La sala se llenó de principiantes y todo Porvenir quería deslizarse sobre ruedas. Sin embargo, el entusiasmo duró muy poco tiempo y el esfuerzo gastado por la empresa fue una vez más mal pagado por los habitantes de este pueblo tan apático. Los instrumentos rodantes fueron abandonados a un descanso eterno y a pesar de estar en venta por la módica suma de cinco pesos, no han encontrado compradores.

Ya retirados en el hotel, nuestro alegre acompañante, el señor de los catalejos, inicia la crítica de los pormenores que hemos podido recoger durante el día y se congratula satisfecho de que su costa estada en Porvenir le haya procurado momentos agradables y datos en extremo interesantes. Sin embargo, algo aqueja su espíritu observador y ello se refiere a la convicción íntima que ha dejado en su ánimo el análisis de los acontecimientos del día; estoy convencido, nos dice, que este pueblo sólo cambiará de rumbos cuando sienta la influencia protectora con que debe favorecerlo la mano del Gobierno, cuando cuente con más elemento nacional y cuando la nueva generación que hoy se levanta se de cuenta cabal de lo que significa para el ciudadano la instrucción, el progreso y la sociabilidad.

Consecuentes con el plan de turismo que conviniéramos aquella misma noche, apenas nos lo permitió la temprana luz del día, emprendimos viaje hacia la pequeña estancia «Cerro Ballena». Esta vez hacemos el recorrido cómodamente instalados en un liviano coche arrastrado por dos robustos trotones.

«Cerro Ballena» está ubicada hacia el Sur-oeste de Porvenir y, poco más o menos, a una hora del pueblo. Pertenece, en arriendo a uno de los muy pocos chilenos que trabaja por cuenta propia en la Isla; la obtuvo en remate en la licitación que se verificó en Punta Arenas el 1.º de abril de 1918 en cumplimiento del Decreto Supremo N.º: 58 de fecha 29 de enero del mismo año.

Corresponde al lote 63, consta de 1132 hectáreas y el precio de arriendo anual sube a la cantidad de dos mil setecientos sesenta pesos.

El camino que desde Porvenir nos debe conducir hasta la Estancia, es algo accidentado y está sujeto a los desperfectos que ocasiona el tiempo: la mantención y cuidado de él corresponden al Fisco.

Después de abandonar el pueblo, bordeamos todo el inmundo fondo de la bahía e iniciamos la peligrosa ascensión hacia la cumbre de las colinas que cierran al pueblo. Desde lo alto se dominan perfectamente los alrededores y la vista abarca un horizonte inmenso

que después de salvar las aguas del Estrecho, va a estrellarse contra los altos murallones de los cerros continentales.

El señor de los catalejos no desperdicia esta ocasión para alargar su fiel instrumento y ver allá muy lejos, perdida entre la bruma y junto al fondo oscuro de las colinas ribereñas, la silueta de la Metrópoli Magallánica que lanza hacia los aires los negros penachos de sus infinitas chimeneas. Sobre el inmenso espejo líquido de la rada que argétea al recibir los primeros rayos del sol, se destacan perfectamente las caprichosas figuras de los innumerables barcos surtos en la bahía.

Doquier que la vista se dirija, la naturaleza muestra sus encantos seductores y convida a muda contemplación. Mucho rato hubiéramos permanecido sobre aquella cumbre, si el motivo de aquella excursión no nos hubiera obligado a seguir adelante.

El terreno que se extiende a nuestro frente está completamente tapizado con una cadena continuada de pequeñas y suaves colinas. Todo aquel campo está destinado al pastoreo de lanares que pertenecen a pequeños propietarios yugoeslavos.

Muy pocas construcciones turban la monotonía agreste del paisaje; una que otra casucha señala la morada de algún viviente guardador de ganado.

Cultivos no observamos por ninguna parte, sólo el pasto natural se levanta orgulloso en aquellos campos, como demostrando que él es el rey de aquella naturaleza.

La ruta corre faldeando las pequeñas colinas, los accidentes del terreno quedan reducidos a lagunas de todas formas y tamaños, que se presentan con continuidad asombrosa; a todas ellas dan vida una multitud de aves acuáticas.

Las aguas son salobres y no sirven para la bebida de los animales.

Media hora de marcha nos deja junto a una tranquera que da entrada a un camino vecinal; por esta vía debemos seguir y abandonar el camino principal que continúa su avance hacia Santa María y Boquerón, estancias que después visitaremos.

El recorrido que ahora hacemos es sumamente accidentado y peligroso. El terreno es duro y seco y se encuentra cubierto con piedrecilla y casajo; las laderas de las colinas tienen gran pendiente y la huella que demarca el camino apenas se percibe a causa de que no se ha hecho desmonte alguno. Las subidas y bajadas son innumerables y el vehículo patina constantemente.

Los terrenos que se extienden a ambos lados del trayecto, como los anteriormente recorridos, están dedicados a la crianza de lanares.

Al trasmontar la parte más alta que nos separa de «Cerro Ballena» hacemos alto sobre la cumbre de la colina y nuestro acompañante arma su instrumento observador.

El continente siempre aparece cerrando el horizonte hacia el noroeste. Hacia el Este, los altos cerros de «El Cordón» se elevan desde el centro de Tierra del Fuego y muestran innumerables entrantes que son la cuna de otros tantos cañadones. Por la parte del Sur, hace irrupción hacia los cielos la inmensa mole blanca de la Isla Dawson que aparece como un diamante colosal al refractar los potentes rayos de un sol que brilla esplendoroso.

Junto a nuestros pies, se extienden pastizales repartidos en manchas caprichosas y cercadas por infinitos cierros de alambrados. Algo distante surge de improviso, la silueta firmemente diseñada de la «Laguna Verde»; sus aguas de un color verde oscuro, duermen tranquilas el postrer sueño de la madrugada. Una diadema de fuego se extiende por las riberas de aquel lado dormido; es la roja flor del «ciruelillo», arbusto de forma galana y encantadora, único adorno de estos parajes solitarios. Ajeno a los perfumes tan codiciados por los admiradores de la naturaleza que vive, deja colgar sus pequeños cálices purpurinos junto al verde follaje de sus ramas. ¡Oh Primavera!, qué galana te muestras doquier extiendas tus encantados efluvios!, ¡jamás has mostrado a los ojos del turista un panorama más encantador! En medio de aquel terreno virgen y despoblado, nada turba el reposo de la señorial mansión. ¡Oh!, ¡cómo atrae la mirada aquella inmensa esmeralda líquida engastada en millones de rubíes que se agitan y que viven!

Un ruido que se pronuncia a cubierto de unas robustas matas de calafate, dan término a nuestra prolongada observación. Un extraño vehículo surge de improviso por entre el tupido y bajo follaje y se dirige hacia nosotros.

-Es el «aeroplano» del Sr. Quintana -nos dice el auriga de nuestro coche-, el propietario de esta estancia es muy amable y siempre acude al encuentro de los visitantes.

Efectivamente, el Sr. Quintana detiene su «aeroplano» y nos saluda cariñosamente. Durante el recorrido que hacemos hasta su casa, nos proporciona algunos detalles referentes a su fortuna.

-Hace años que llegué a estas tierras -nos dice- sin otro patrimonio que mi firme voluntad de trabajo y una salud capaz de resistir un combate contra todas las epidemias del mundo reunidas. La tarea más ardua que debe vencer el chileno trabajador de estas regiones, no es el clima ni el esfuerzo que demanda la rudeza de las faenas, el combate que mayor desgaste le causa, es la lucha constante que debe sostener con un elemento capitalista extraño al país y con el ambiente marcadamente extranjero que rige los destinos de Magallanes.

Es muy difícil que el elemento nacional encuentre protección decidida por parte de los grandes estancieros, pues la lógica de la vida exige que la protección se ejercite en favor de aquellos que pertenecen a la misma sangre y al mismo idioma.

Por lo dicho, pueden Uds. apreciar cuánto he tenido que batallar para llegar a ver coronado por el buen éxito mi sacrificio de muchos años.

Para que Uds. puedan apreciar debidamente la aseveración que acabo de hacerles, voy a citarles un hecho que se presentó hace una semana en los salones del «Club Chile» en Porvenir.

Juntos charlaban alrededor de una mesa algunos extranjeros, radicados hace tiempo en Magallanes, con algunas personas pudientes de esta región. En el transcurso de la conversación, más inglesa que española, un estanciero se mostró sumamente admirado porque un hijo del país, un chileno, declaró que no comprendía el inglés:

-¿Es posible -exclamó estupefacto-, que en diez años que Ud. vive en Porvenir todavía no hable el inglés?

Este hecho, absolutamente verídico, da a Uds. una prueba palpable del elemento que manda en la Isla; por otra parte nada quiero agregar, toda vez que Uds. visitarán las distintas actividades de Tierra del Fuego y podrán recoger impresiones personales.

El español casi no se habla en la Isla, por esta causa, al chileno le es difícil surgir del medio ambiente en que vive. Si bien es cierto que nuestro pueblo se amolda con facilidad a las costumbres e idiomas extranjeros, no es menos cierto que ello sólo le sirve para tener opción a un empleo inferior, de baja categoría, teniendo siempre como superiores a personas extrañas al país.

En medio de tan interesante charla, hemos salvado la última parte de la carretera, cuya característica es correr por un terreno sin huella alguna y sembrado de raíces de calafates que nos han obligado a avanzar dando saltitos.

Las casas de la estancia se levantan en la falda de una colina y junto a la ribera de una pequeña laguna.

Atendidos galantemente por el dueño de casa y sus dos hijitas, pasamos algunos momentos preocupados en calmar los llamados de nuestros debilitados estómagos; mi acompañante anota:

-Por primera vez, desde nuestra partida de Puerto Montt, gustamos la succulenta y bien condimentada comida chilena. Los vinos son de nuestros suelos privilegiados y se beben con mayor placer que los costosos y a veces deficientes vinos extranjeros. Estamos bajo un techo chileno y junto al ambiente agradable y sincero de nuestra raza. Es uno de los momentos más agradables de nuestro viaje.

Entre las conversaciones tenidas durante la sobremesa, logramos conocer los antecedentes que dieron origen al nombre de «Aeroplano» con que se distingue al coche del señor Quintana; el propio anfitrión, sonriendo, nos dio los siguientes detalles:

-Mi coche -nos dijo- fue un carruajito caro que mereció los honores de la importación, hoy día, como Uds. lo han visto, es un aparato bastante original. Lo he acondicionado en forma tal, que puede considerarse construido especialmente para transitar

por parajes accidentados y difíciles; puede viajar en él con la seguridad más absoluta, nada importan las tempestades, los caminos malos, las bajadas a pique o los grandes vientos. En sus buenos tiempos fue un cochecito de lujo, pero el tránsito obligado por estos campos ajenos a calzadas o caminos, le hicieron perder paulatinamente sus buenas formas y junto con ellas parte de su estructura. A fuerza de repuestos elaborados en casa, se ha amoldado al clima y al terreno. Hoy no puede considerarse un vehículo de presentación, pero sí un medio de transporte muy cómodo. Sirve para todo; sólo tiene dos asientos, pero gracias al desaparecimiento del respaldo, caben cuatro personas que deben buscar la comodidad apoyándose sobre las espaldas. En la parte posterior, ajena a la tapa, puede llevarse un cargamento completo. Sobre el eje de las únicas ruedas, la caja se sujeta en forma tal, que queda colgante, lo que le permite tener un equilibrio estable; está fabricado a manera de brújula de barco. Aunque las pendientes sean muy pronunciadas, sólo las ruedas pierden la horizontal, la caja jamás se descompone. Lo estimo y lo aprecio sobre manera, pues lo considero obra exclusivamente mía; las ruedas, casi toda la caja, las varas, etc. me han costado muchos sudores y buenos martillazos.

Las horas de la tarde fueron dedicadas a una visita por los campos. Junto a la casa y sobre las tranquilas aguas de la pequeña laguna, nadan gran cantidad de patitos domésticos; algunos «caiquenes» nuevos, incubados por una gallina, les hacen compañía.

La carne de los caiquenes, nos dice el dueño de casa, es muy apreciada cuando se obtiene tierna; el ave vieja tiene carne dura y muy poco agradable al paladar. El «caiquén» es un ganso silvestre, difiere muy poco de la especie que conocemos en el centro del país. Abunda enormemente en Tierra del Fuego y en la Patagonia y constituye una verdadera plaga para la ganadería; consume, según algunos, lo que basta para la alimentación de una oveja; según otros, el daño que ocasiona es de mayor consideración, pues destruye tres veces una cantidad igual a la que le sirve de alimento. Aparece en bandadas enormes; mil, dos mil y a veces en número superior, se presenta oscureciendo el cielo y llevando el pánico hasta los comarcanos ovejeros. No sólo destruye y arrasa los campos, sino que su estiércol es de tanta fuerza, que impide el crecimiento de nuevo pasto.

Se alimenta de yerbas y del grano de las siembras.

Quienes lo comen de preferencia son los yugoeslavos; lo saben preparar con condimentos especiales.

Se pretende exterminarlos organizándose verdaderas caserías hasta los puntos donde el «caiquén» deposita los huevos. Con este procedimiento se obtienen dos beneficios, se impide la incubación y se aprovechan los huevos que tienen un sabor muy parecido a los de gallina.

En la primavera, que es el tiempo de los pichones, constituye un verdadero pasatiempo salir al campo y darles caza. No vuelan, pero corren con una rapidez sorprendente; sólo pueden utilizar las alas cuando han llegado al período de pleno desarrollo.

Es verdaderamente curiosa y original la forma y las «tretas» que usan los padres para defender la pollada. Siempre permanecen junto a ellos; al menor ruido sospechoso, los polluelos se agazapan y desaparecen junto a la yerba. Es en este momento cuando la madre muestra de toda su ternura; sin volar, deja aproximarse al cazador y sólo cuando este está muy próximo, inicia una fuga lenta y pesada; sin levantarse del suelo, avanza a pequeños saltitos y arrastra una ala como si estuviese herida; en esta forma atrae al cazador y lo aleja de los pequeños caiques que permanecen inmóviles y protegidos por un mimetismo sorprendente.

Mientras la madre ejecuta su peligrosa defensa, el padre se mantiene a conveniente distancia del cazador, haciéndole perder la verdadera ubicación del escondite de los polluelos. De cuando en cuando el macho se eleva por los aires y hace una visita de inspección al sitio donde están sus hijos y, sólo cuando los pichones se encuentran a salvo por haber buscado refugio sobre las aguas de alguna laguna o en el mar, el padre vuelve junto a la madre y desde los aires grazna la señal de salvación. Es de ver entonces a aquella ave que se arrastra herida; de un solo sacudón libra del polvo a su ala falsamente rota y dando un graznido de satisfacción, remonta el vuelo en busca de su cría.

El cazador neófito se deja sorprender fácilmente por esta hábil estratagema, no así los pilluelos comarcanos que casi siempre se apoderan de los pichones.

Otro poderoso destructor de estas aves es el zorro fueguino, astuto animal, que no sólo destruye los huevos y las crías sino que se banquetea con los padres cuando logra cazarlos.

Frente a la laguna y a la casa en que nos encontramos, se extiende el campo con las ovejas.

Como el joven estanciero comienza a trabajar en esta clase de faenas, tiene un número reducido de lanares, el total no sobrepasa de dos mil. El año que viene, nos dice, tendrá más campos y más ovejas.

El porcentaje de las pariciones ha sido escaso, sólo dos o trescientos corderitos. El estanciero nos explica esta falta de aumento en el ganado, diciéndonos que por ahora sólo se dedica a la engorda y al aprovechamiento de la lana.

-En esta tierra chilena -agrega- toda transacción comercial se efectúa a base de libra esterlina, chelines y peniques. Para el que recién llega a estos campos, este sistema significa una verdadera confusión y se ve en la necesidad absoluta de refrescar los conocimientos sobre el cambio.

El producto que se obtiene de las ovejas debe considerarse en cuatro formas, a saber:

1) La carne.- 2) La lana.- 3) La cría (aquí se llama chiporro).- 4) El cuero.

El precio de la primera se calcula en una libra esterlina, hoy día veintidós pesos m. c.

El valor de la segunda fluctúa, como término medio, en dos pesos la libra. De una oveja se obtiene entre ocho, diez y doce libras de lana.

El tercero, a la edad de tres meses, se avalúa en diez y once chelines (once, doce y hasta catorce pesos).

Respecto al cuero, sin lana, vale entre treinta y cuarenta centavos.

En resumen, al finalizar el año (en la primavera), una oveja cuyo valor es de una libra después de la esquila, o sea veintidós pesos, produce treinta y dos pesos líquidos de utilidad. El negocio no puede ser más claro; dentro del año se obtiene un interés del ciento cincuenta por ciento sobre el capital invertido.

Tan interesante exposición nos la ha hecho el Sr. Quintana durante nuestro accidentado recorrido por el campo. El inmenso terreno se prolonga hasta el infinito, alimentando una cantidad considerable de calafates y ciruelillos.

El primero de éstos es un arbusto que se levanta hasta dos metros sobre el nivel del suelo; de madera enmarañada, nudosa y flexible, no tiene otra particularidad que el de producir un fruto negro muy parecido al del maqui, de un sabor agrio que agrada. Existe en la Isla una tradición: Dice que el forastero que come el fruto del calafate, echa raíces en Tierra del Fuego y no abandona más esas regiones; aunque no somos supersticiosos, nos abstenemos de comer aquel peligroso fruto. Respecto al «ciruelillo», es sobradamente conocido en el centro del país para hacer de él una descripción, sin embargo, en aquellos parajes ajenos a flores y verduras, el ciruelillo se presenta como el rey de esos campos infinitos y sus hermosas flores semejan pequeñas campanillas que se agitan; son tan codiciadas y estimadas como lo es el elegante copihue de nuestras selvas araucanas.

Nuestro alegre observador no encuentra nada nuevo sobre lo cual dirigir su vidrioso aparato, y como ya la tarde comienza a dejar sentir un fresco poco agradable, emprendemos el regreso a las casas. Nuestros valientes estómagos soportan con agrado el nuevo chaparrón que se nos ofrece y el Sr. Quintana, de sobremesa, nos regala con la siguiente historia que reproducimos con agrado, por ser ella verdaderamente interesante y narrada por el protagonista de tan peligrosa aventura.

El Sr. Quintana dio comienzo a su narración en los siguientes términos:

-De esto hace ya muchos años; me encontraba haciendo mi servicio militar en el Cuartel Magallanes; la instrucción duraba entonces tres meses.

Quiso mi mala suerte que por una falta a la disciplina, fuera encerrado en un calabozo en compañía de un indio fueguino (ona) que se había hecho reo del mismo delito que yo purgaba.

¿Desean Uds. conocer los motivos de nuestros castigos? Voy a referírselos: La tropa se encontraba acuartelada a causa de ciertos movimientos populares, sediciosos, tan

comunes a esta apartada región. Sólo se nos permitía salir del cuartel y no avanzar más allá de cincuenta metros de la puerta principal; dentro del área formada por este circuito, no permanecía ningún elemento extraño al militar.

El rancho que se nos daba en aquel tiempo no era muy abundante, por lo que nos veíamos obligados a adquirir algunos comestibles, que vinieran a llenar los vacíos que a diario se producían en nuestros estómagos. Permanecer acuartelados, era un verdadero martirio, tanto más, cuanto que en las proximidades del cuartel se instalaban venteras que freían jugosas empanadas, creadoras de un olorcillo que nos hacía sufrir las penas de Tántalo. Fue así que aquel olor penetrante y atrayente, nos hizo dar un paso más allá del límite permitido y dar con nuestros cuerpos en la oscuridad de un calabozo. ¡Maldita ventera!; nunca olvidaré como aquello sucedió! Fue una tarde; el oficial de guardia rondaba las dependencias interiores, y muchos soldados tomábamos un poco de aire puro en la puerta del cuartel. El olorcillo a frituras llegaba penetrante hasta nuestras narices y nos incitaba poderosamente a la masticación.

Calculé muy bien los cincuenta metros y me aproximé a una ventera; por los aires vinieron hacia mí algunas empanadas envueltas en un pañuelo, pero la vendedora, al lanzarlas, o no calculó bien la distancia o le faltaron las fuerzas; el hecho fue que el envoltorio cayó un metro más allá de los cincuenta consabidos; un indio, compañero de filas, se apresuró a recogerlo. Nunca lo hiciera; el arrogante Sargento que estaba de servicio había observado la maniobra y nada había dicho, sólo cuando mi compañero se encontraba con el delito en las manos, se acercó hasta nosotros y sin formular una palabra, midió la distancia y contó cincuenta metros. Nos quitó después pañuelo y empanadas y nos denunció al Oficial por conato de desertión. Bien poco entendíamos de Ordenanza Militar y, medio muertos de susto, recibimos el castigo y nos encerramos en el calabozo.

Aquello marcó para mí el comienzo de muchas penurias y para mi desgraciado acompañante la iniciación de un trágico final para su vida.

Dentro del ambiente común que genera la misma desgracia, bien pronto comenzó el indio a hacerme confidencias más o menos sinceras.

Dos días de cautiverio fueron suficientes para que me confiara el siguiente secreto:

-Nuestros antepasados -me dijo- vivieron felices y confiados en Tierra del Fuego, hasta el momento en que la raza blanca llegó a explotar esos inmensos campos vírgenes, hasta entonces, ajenos en absoluto a la mano destructora del civilizado.

La vida de nuestros padres se deslizó feliz y sin contrariedades gracias a los medios de subsistencia con que les brindara la naturaleza. Todo el trabajo se reducía al desgaste físico que les ocasionaba la caza de los animales salvajes, únicos dueños absolutos de los fértiles cañadones y exuberantes bosques de esas extensas comarcas.

El civilizado comenzó por poblar nuestras tierras con guanacos blancos (ovejas) y a defender sus lanares dando muerte a los confiados indios.

Para llevar a cabo este exterminio, disponían de armas de fuego y de perros feroces que trajeron desde regiones apartadas.

Cazadores especiales se dedicaron a la caza de carne oná y la ferocidad que desplegaron para exterminar a los indefensos nativos, en un principio, trajo un pánico indescriptible entre las diferentes tribus indígenas.

Pasado el primer estremecimiento de horror, quiso la suerte que aquel pánico se convirtiera en un odio profundo por todo aquello que fuese blanco; así fue como los nativos dieron comienzo a una guerra encarnizada contra los europeos y contra sus intereses. La carne de guanaco blanco sustituyó a aquella que hasta entonces fuera nuestro principal alimento y se dio comienzo a la organización de expediciones destinadas al exterminio de los que querían usurpar nuestros terrenos.

¿Pero, qué podrían hacer esos pobres defensores de sus derechos, armados solamente con débiles flechas de madera, contra unos usurpadores que disponían de la impunidad y de excelentes armas de fuego?

Tuvieron, pues, que desistir de tan desigual lucha y buscar refugio en el interior de las selvas. Hasta este último baluarte llegaron algunos blancos, y cansados tal vez de aquella matanza sin precedentes, parlamentaron con los nativos ofreciéndoles víveres y comodidades a cambio de un metal amarillo, cuyo valor los indios desconocían en absoluto.

Fueron tan buenas y tan reiteradas las ofertas que hicieron, que pronto se despertó la codicia entre los onas y tribus enteras se dedicaron a recoger el oro que hasta ese momento se había despreciado y permanecía abandonado, descansando sobre los pedregosos lechos de los distintos ríos de Tierra del Fuego.

Ningún indígena se dedicó a negociar con los extranjeros. Los jefes de tribus se mancomunaron para ocultar todo aquel tesoro a fin de que los blancos no disfrutaran del beneficio.

Mi padre fue nombrado depositario y cuidador único de aquellas riquezas inmensas que hasta la fecha permanecen ocultas en el centro de Tierra del Fuego.

En cierto lugar determinado, existe una profunda cueva cuya ubicación sólo fue conocida por mi padre, y más tarde, a la muerte de él, por su hijo mayor que soy yo y que según el acuerdo de las tribus, debía ser el único heredero y depositario de aquel secreto. El montón de oro yace intacto en el interior de la cueva; persona alguna lo ha tocado ni lo tocará hasta el momento en que yo, personalmente, determine el sitio preciso en donde se encuentra.

El exterminio casi total de los nativos, causado tanto por las balas del extranjero como por las enfermedades que estos llevaron a la Isla, ha dejado sin propietario aquel inmenso tesoro y sólo podrá presentarse a los ojos de algún viajero, el día en que un gran cataclismo tenga a bien depositarlo sobre la superficie de la tierra.

-Hasta aquí -nos dice el señor Quintana-, la historia que el indio me contó aquel día. Días más tarde, al octavo de cautiverio, mi compañero se declaraba íntimo amigo mío y las preguntas que a diario le dirigía, concluyeron por decidirlo a que organizáramos una expedición y tomáramos posesión del tesoro escondido, tan pronto como concluyera nuestro servicio militar.

Consecuentes con nuestra idea expedicionaria, tan pronto abandonamos las filas del Ejército, nos despedimos de nuestros compañeros de armas y dedicamos todas nuestras actividades en procurarnos los medios indispensables que debían conducirnos hasta el fin perseguido.

Escasos de dinero, recurrimos al auxilio de algunos amigos a quienes hicimos partícipes de nuestras intenciones y a quienes nos vimos obligados de aceptar como compañeros de viaje y de fortuna.

Por la causal anterior, el número de expedicionarios se compuso de los dos protagonistas y dos socios capitalistas agregados.

Con el dinero que se logró reunir, fletamos una pequeña goleta y compramos seis caballos. Muy escasos de abrigos apropiados para la región que íbamos a reconocer, sólo conseguimos en el cuartel una carpa individual que se destinó como única cubierta para los futuros campamentos.

Mayores preparativos no hicimos; con los escasos recursos reunidos, una alegre mañana, partió la expedición desde las playas de Punta Arenas; la goleta infló sus velas al viento y puso proa en demanda de las ansiadas costas de Tierra del Fuego.

Me olvidaba decir que entre las especies de mi reducido equipaje mantenía ocultos algunos cartuchos de dinamita, destinados a romper las capas de tierra que pudieran dificultar los trabajos de despejo en la «Cueva del Indio».

Cuatro horas de fácil navegación, nos dejaron junto al puerto de Porvenir; al desembarcar se nos registró el equipaje y habiéndome encontrado la dinamita, se me declaró sospechoso y fui recluido en el cuartel de policía.

Afortunadamente, las felices gestiones de mis compañeros y mi antigua amistad con un conocido y prestigioso comerciante del pueblo, me libraron de tan importuna prisión dejándome en libertad incondicional.

Activamos en buena forma los últimos preparativos y en la mañana siguiente a nuestra llegada, provistos con los alimentos indispensables, emprendimos la marcha hacia el interior de la Isla.

Hasta esos momentos, mis compañeros de aventura habían manifestado desconfianza a lo aseverado por el indio; yo, a decir verdad, no le tenía plena confianza, por cuyo motivo, sin perderlo de vista, le hicimos marchar a la cabeza de la expedición. En esta

forma caminamos durante cuatro penosos días; las matas de calafates, la enmarañada maleza y por sobre todo los accidentes del terreno y el frío de las noches, agotaron visiblemente nuestros debilitados organismos. Sin embargo, la observación constante de los parajes, trajo a mi imaginación las minuciosas descripciones del terreno que el indio me hiciera en el calabozo, ellas coincidían perfectamente y reforzaron en mi ánimo la confianza de un feliz éxito en la expedición. Tan grabadas habían quedado en mi mente las explicaciones del indio, que me parecía transitar por comarcas que ya conociera palmo a palmo.

Olvidaba advertir que durante el tercer día de marcha y en los momentos que menos lo esperábamos, un nuevo compañero vino a aumentar el número de los expedicionarios. Junto a unas malezas encontramos recostado un hermoso ejemplar de perro ovejero; como era ya caída la tarde, resolvimos acampar en aquel sitio y trabar amistad con aquel abatido animal. Examinado el ovejero, pudimos constatar que se encontraba ligeramente herido en una de sus patas, además, nos pareció que el cansancio y la falta de alimentos era la única causal que le retenía en aquel sitio.

Cuidadosamente tratado, logramos reanimarlo pronto y el descanso de la noche, junto al calor de nuestros cuerpos, le devolvió su perdida vitalidad; al día siguiente acompañaba a la cabalgata sin dar muestras de gran extenuación.

El quinto día pernoctamos en medio de un terreno salvaje y árido, sólo la esperanza de alcanzar pronto nuestro objetivo, nos daba ánimo suficiente para desafiar aquella ruda naturaleza. Con las primeras luces del día sexto, emprendimos nuevamente la marcha; una fuerte tensión nerviosa se había apoderado por completo de nuestros organismos y a ello contribuía, poderosamente, la confianza ciega que teníamos en el feliz éxito de la penosa expedición.

El nativo se mostraba un poco inquieto; parecía no estar bien orientado o no recordar con toda precisión la ruta que debía seguir; por esta causa la marcha se hacía lenta y se perdían horas preciosas. La oscuridad de aquella tarde, concurrió a aumentar nuestra nerviosidad y con sentimiento general hubimos de extender, una vez más, la única carpa que nos servía de techo durante la noche. Azotados por el intenso frío de aquellas regiones, contemplamos con angustia que los alimentos habían disminuido considerablemente, lo que nos obligó a hacer economías en las porciones para los días siguientes.

La jornada séptima fue larga y de rodeos continuos; a cada momento el guía se detenía, observaba minuciosamente el terreno y volvía a emprender la marcha. Muchas veces nos dijo que estábamos en las inmediaciones de la cueva y que era cuestión de momentos el dar con ella.

Le interrogamos categóricamente sobre los motivos de su indecisión y el nativo nos calmó, asegurándonos que el terreno había cambiado de aspecto. En verdad, ello debía de ser efectivo; estábamos detenidos en las laderas de un profundo y accidentado cañadón en donde los rodados, la nieve y el viento, son factores suficientes para cambiar a su antojo la configuración del suelo.

Al caer aquella tarde, medio desesperados a causa de la fuerte tensión de nuestros nervios, echamos pie en tierra para armar el campamento; nuestra sorpresa fue profunda cuando llegamos a constatar que estábamos sobre el mismo terreno donde habíamos pernoctado al final de la jornada anterior. El guía se encargó de sacarnos de nuestro asombro explicándonos el gran rodeo efectuado aquella tarde y alentándonos con la certidumbre de estar muy próximos a la cueva, cuya ubicación debía necesariamente quedar fijada al día siguiente.

Alimentando esta última esperanza, nos entregamos al reposo.

El día ocho lo dedicamos a hacer exploraciones en los alrededores. No muy distante del lugar donde habíamos acampado, tal vez a unos diez minutos escasos, el guía se detuvo largo rato y después de observar detenidamente el terreno, nos dijo:

-En la cumbre de esa loma, siguiendo la línea que marca la pequeña quebrada que corre hacia el fondo del cañadón, existen dos especies de chimeneas naturales que señalan los ventiladores de la profunda cueva que guarda el oro. Subamos hasta esa colina y si descubrimos los dos respiraderos, no nos queda sino bajar directamente hasta el fondo del cañadón y abrir la puerta que debe dejarnos en poder de la fortuna.

No había aún el indio terminado su indicación, cuando nos lanzamos precipitadamente en demanda de la altura. Al culminar la cúspide de aquella colina que debía darnos la alegría o la desesperación, un solo grito estalló en nuestras gargantas y, rendidos casi por aquel postrero y supremo esfuerzo, quedamos un momento inmóviles contemplando las dos chimeneas que el nativo nos diseñara.

Nuestros pulmones respiraron cuanto aire pudo haber en ellos y el corazón golpeó tan fuertemente en las paredes del jadeante pecho, que nos vimos obligados a tendernos en demanda de reposo. La alegría inmensa que nos invadió, sólo un momento paralizó nuestros esfuerzos; repuestos rápidamente de esta primera y fuerte impresión, descendimos hasta el fondo del barranco en busca del paso codiciado que debía colmar con creces las fatigas de nuestra angustiosa peregrinación.

Inmensos rodados aparecían acumulados sobre la estrecha abertura y el trabajo constante del tiempo se había encargado de hacer cada vez más impenetrable el paso natural que antes dejara puerta libre al cuidador de aquel tesoro. Reunidos en pequeño comité, se resolvió aplicar, sin pérdida de tiempo, los cartuchos de dinamita. Se me comisionó para tan peligrosa operación, atendiendo a mis recientes conocimientos militares. Aunque bastante neófito en la materia, apliqué la mecha a los cartuchos que coloqué bajo aquella enorme masa de tierra, encendí después el extremo de la guía y me retiré a prudente distancia en espera de los resultados.

Transcurrieron algunos minutos. Con verdadera impaciencia deseábamos oír la formidable deflagración que debía elevar por los aires a aquellos inmensos rodados.

La mecha, al quemarse en combustión lenta, dejaba escapar espesas volutas de humo blanco que se elevaban en formas caprichosas. Una última llamarada de aquella combustión

que se nos hacia eterna, nos anunció el principio del fin; instintivamente nos tapamos los oídos y esperamos el cataclismo.

Transcurrieron cinco minutos y nada dio muestras de destrucción en nuestro derredor. ¿Qué había pasado?, ¿estaría mala la dinamita?, no lo sabíamos, y ello fue causa para que nuestra inmóvil expectación se prolongara por más de quince minutos.

Lo peor del caso, es que bien poco conocía respecto al empleo del explosivo y ante el peligro de que todavía pudiera producirse la explosión, no me atrevía a aproximarme hasta la boca de la cueva.

Nerviosos y timoratos en presencia de aquel primer fracaso, nos mirábamos los unos a los otros sin encontrar una solución a tan difícil problema. ¿Qué debíamos hacer? ¿esperar? ¿hasta cuándo?; nada sabíamos.

Afortunadamente, lo avanzado de la hora nos libró de tan embarazosa situación; de común acuerdo dejamos la dinamita en su lugar y nos dedicamos a preparar el rancho.

Durante esta nerviosa y precipitada merienda consumimos los últimos comestibles que aún conservábamos y nuestro fiel compañero, el pobre perro, apenas tuvo una piltrafa que engullir. ¡Pobre animal! siempre recuerdo con mucha pena aquel día en que prescindimos en absoluto del hermoso ovejero, destinado, tal vez por la Providencia, a prestarnos enormes y útiles servicios en el final de nuestra azarosa expedición.

Concluido el almuerzo, me aproximé cautelosamente hasta el sitio que a esas horas debiera encontrarse abierto y, reuniendo toda mi sangre fría, me decidí a retirar el explosivo: ¡Estaba intacto!

Convoqué a mis compañeros y les expliqué, a mi manera, los motivos de este primer fracaso; motivos que yo mismo ignoraba y que según lo supe más tarde, sólo se debieron a la ausencia del detonador con fulminato de mercurio.

Esta última y dolorosa prueba que se desprendía de nuestra precipitación e inexperiencia, no fue obstáculo para que nos dedicáramos a extraer la tierra a fuerza de puños; sólo una picota habíamos traído desde Porvenir.

Ardua tarea fue la que emprendimos, sin embargo, lo hicimos con tal ardor y entusiasmo, que al cabo de seis horas de trabajo habíamos despejado un pedazo apreciable de terreno.

Con las manos ensangrentadas y doloridas y los cuerpos completamente desfallecidos, abandonamos aquel día el trabajo y nos entregamos a un reposo bien merecido.

Aquella tarde no comimos; el cansancio abrumador nos durmió lentamente y el sueño reparador tranquilizó, en parte, nuestros excitados organismos.

La mañana siguiente, aún en tinieblas, continuamos el trabajo iniciado el día anterior. Un percance de capital importancia vino a entorpecer la marcha rápida de la extracción: ¡La picota se quebró!

Entregados únicamente a la fuerza de nuestros puños, avanzamos muy lentamente a pesar de haber trabajado durante toda la mañana.

A mediodía, completamente fatigados, suspendimos tan penosa tarea y nos sentamos a descansar un momento. El hambre y la sed nos devoraban. Afortunadamente, logramos encontrar agua en abundancia y ella calmó, en parte, nuestros desfallecidos cuerpos. Cuando quisimos reanudar el trabajo, tuvimos que rendirnos ante la impotencia de nuestros flácidos músculos; la falta de alimentos comenzó a dejar sentir sus funestos efectos en forma tal, que todos los ojos se dirigieron hacia el valiente ovejero que permanecía tendido junto a los caballos. El perro nos contemplaba con una tristeza infinita y la dirección de su mirada buscaba mi vista como demandando una orden.

Sólo yo comprendí la importancia de aquella súplica; mis compañeros, menos penetrados tal vez de la inteligencia de aquel animal, sólo vieron en él una víctima capaz de ofrecerse a la voracidad de unos estómagos hambrientos. En un momento se decretó la muerte del ovejero, decreto inaudito al cual me opuse con todas mis fuerzas, llevando al ánimo de mis desgraciados compañeros la idea de abnegación y sacrificio de que están dotados estos valientes auxiliares de los cuidadores de ganados.

Bastó sólo una indicación de mi parte para que el hermoso ovejero emprendiera la carrera y desapareciera ante nuestra vista a través de los inmensos matorrales.

Quise guardar mi secreto a fin de darles una sorpresa a mis desfallecidos compañeros, pero al notar la palidez y extenuación de que empezaban a dar muestras sus semblantes; hube de participarles mis sentimientos:

-El perro -les dije- ha salido en busca de alimento y pronto tendremos carne suficiente para calmar nuestras necesidades.

Con la esperanza de una próxima comida, reanudamos el penoso trabajo que en forma tan lenta habíamos comenzado en la mañana. Con muy poco beneficio, transcurrieron monótonas y pesadas las largas horas de la tarde.

Al caer la noche, apenas podíamos mantenernos de pie. Los dos entusiastas compañeros que en Punta Arenas se habían agregado a la interesada expedición, comenzaron a dar muestras de un decaimiento profundo y nos participaron la idea de regresar pronto a algún paraje poblado. Como teníamos la noche por delante, convinimos en dejar la discusión del regreso para la mañana siguiente; tal cosa se acordó al manifestar mi opinión de que el perro pudiera regresar trayendo algún alimento.

Sin embargo, tan buenos propósitos no fueron debidamente aquilatados por nuestros angustiados compañeros; la brillante claridad de la luna de media noche fue suficiente para

que los agotados camaradas llevaran adelante sus designios y concibieran la loca idea de abandonarnos y marcharse pronto en demanda de auxilios que no debían encontrar.

Sigilosamente ensillaron sus cabalgaduras y se lanzaron a la ventura por terrenos desconocidos y ajenos en absoluto a poblaciones cercanas. Más tarde, tuvimos la dolorosa noticia de la triste tragedia que puso fin a los días de estos dos desesperados compañeros, que se lanzaron tras una idea quimérica por entre los montes de esas inhospitalarias y desconocidas regiones australes. Ambos debieron sucumbir atormentados por el hambre, después de haberse extraviado en medio de los espesos matorrales de Tierra del Fuego.

Por nuestra parte, el imprevisto alejamiento de la mitad de los expedicionarios, nos obligó a pensar en que debían resultar inútiles los esfuerzos que hiciéramos por despejar la boca de la cueva. Convencidos de la inutilidad de un nuevo trabajo, decidimos abandonar momentáneamente tan difícil empresa para volver a reanudarla en mejores condiciones y con los elementos del caso.

Mi compañero, el indio, profundamente conocedor de la comarca, se aprestó para conducirme hacia parajes próximos, donde nos sería fácil encontrar alimentos.

Con las fuerzas casi agotadas a causa del obligado ayuno de nuestros cuerpos, nos dispusimos a ensillar los caballos que pacían alegremente y ajenos en absoluto a las enormes torturas de que eran víctimas sus amos. Caballeros ya, íbamos a partir con un rumbo determinado, cuando percibimos distintamente los ladridos lejanos de un perro; sin pérdida de tiempo enderezamos los caballos hacia aquella dirección y emprendimos la marcha.

Los ladridos se hicieron cada vez más perceptibles a medida que la distancia se acortaba, nosotros avanzábamos con la fe ciega de que nuestro fiel ovejero pudiera haber hecho presa de algún animal salvaje, muy comunes en aquella región y de los cuales la carne siempre es comestible.

Media hora de trote fue suficiente para que lográramos distinguir, medio oculta entre los calafates, la hermosa piel leonada del ovejero que jadeante y ensangrentado, descansaba junto al cuerpo amarillento de un agonizante guanaquito nuevo. Tan pronto el inteligente animal vio la presencia de sus improvisados amos, se incorporó tembloroso y alegre y se aproximó hasta nuestras cabalgaduras.

Lágrimas de gozo fueron la recompensa para nuestro fiel compañero, salvador tal vez de dos vidas que débilmente se debatían contra una naturaleza despiadada y contra un sino que les era francamente adverso. A pesar del hambre espantosa que azotaba a nuestros organismos, tuvimos el tino suficiente para sentar pie seguro sobre tierra y estrechar junto al corazón a aquel abnegado compañero que nos daba nueva vida y nuevas fuerzas. El nativo se mostró en extremo diestro en anatomía de guanacos; en un dos por tres descuartizó la pieza y en un santiamén la presentó cocida.

Aquella noche pernoctamos junto a los restos humeantes de la fogata que nos dio calor y vida.

Cuatro días de viaje constante, recorriendo terrenos sin huella alguna y mantenidos siempre con los restos del guanaco que cuidadosamente conservados llevábamos pendientes de las sillas, nos dejaron en las proximidades de China Kreck, sección de la Estancia Caleta Josefina. (Explotadora de Tierra del Fuego).

Allí fuimos muy bien atendidos y descansamos una noche completa. A la mañana siguiente seguimos viaje hacia la Estancia San Sebastián donde esperábamos llegar el mismo día; 75 kilómetros separan un punto de otro.

Al gran galope y corriendo siempre sobre un buen camino, pronto perdimos de vista las rojas casas de China Kreck. El fresco agradable de las primeras horas matinales, nos hizo avanzar rápidamente; al mediodía almorzamos en Caleta Josefina y después proseguimos la marcha hacia el Este. Una ligera llovizna vino a interrumpir la rapidez de nuestra carrera, obligándonos a marchar al paso por sobre un terreno que comenzó a ponerse resbaladizo. Poco a poco la llovizna se fue haciendo más intensa hasta que se convirtió en un fuerte aguacero junto con caer la primera oscuridad de la tarde.

Nos encontrábamos precisamente en la mitad del camino que separa a Caleta Josefina de San Sebastián, cuando las cataratas del cielo abrieron sus compuertas colosales y se desplomaron sobre la tierra; la oscuridad aumentó su intensidad y las sombras espantosas del caos vinieron a rodearnos en medio de la selva inclemente. No nos quedó otro recurso que guarecernos junto a la espesura del monte y esperar allí la luz del nuevo día para proseguir la marcha.

Aún recuerdo con verdadero pavor los sufrimientos de que nos hizo objeto aquella iracunda noche. Parece que todas las furias del Averno se hubieran conjurado para bailar en medio de aquel caos, la danza espantosa de la tormenta.

El cielo enfurecido desplomaba sobre los negros montes los torrentes de su maldición y el ronco rugir de los truenos retumbaba en las cavernas solitarias de la selva.

La luz macabra del rayo se precipitaba en carrera vertiginosa y desenfrenada, sembrando el espanto y la locura en medio de aquella soledad grandiosa y conmovida.

Sólo nosotros, en medio de ese aterrador mugir de los elementos desencadenados, permanecíamos inmóviles y como clavados en un suelo que nos electrizaba y llenaba de pavor.

El viento zumbaba silbando estridente al cruzar la enmarañada selva y cada vez tomaba nuevos impulsos para atacar con bríos colosales.

¡Oh! ¡Qué pequeño se siente el hombre en medio del caos espantoso y bloqueado por la naturaleza que muge y que se precipita!

El cerebro se anonada al concebir la grandeza de la creación y el espíritu tiembla y se desvanece al comprender la pequeñez humana. Lejos de la civilización y solos ante lo

invisible que todo lo subyuga y lo somete, el alma tiembla ante el misterio profundo que rige los destinos de la inmensidad.

Horas de angustia infinita fueron aquellas de esa noche memorable. El frío glacial que se apoderó de la temperatura, crispó nuestros cuerpos escarchados y mil veces creímos morir despedazados por el viento o entumecidos por esa atmósfera de muerte.

Las primeras luces de la alborada, calmando el combate de las furias desencadenadas, trajeron a nuestro ánimo la esperanza de salvación. Al brillar los potentes rayos del astro rey, los elementos se retiraron a sus cavernas desconocidas y la paz extendió su vara mágica llevando la quietud doquiera la conmoción nocturna había desparramado la desolación y el terror.

Próximos ya a entumecernos, cubiertos de lodo y barro y empapados de pies a cabeza, tuvimos la suerte de amanecer vivos y proseguir la marcha hacia San Sebastián.

Sería más o menos el mediodía cuando echamos pie a tierra junto a la cocina de aquel establecimiento; una alegre sorpresa nos esperaba allí. El Jefe de cocina, un antiguo camarada de cuartel, nos reconoció inmediatamente; recordó que durante el servicio militar le había prestado un servicio de cierta importancia y estaba dispuesto a pagarlo ahora que yo lo reclamaba de él. En cierta ocasión, según me dijo, que purgaba una de sus muchas faltas en el calabozo del cuartel, quiso la fortuna que tuviera la buena suerte de socorrerlo, extra oficialmente, con media botella de grapa (aguardiente de uva). Tanto me lo agradeció el buen hombre que prometió pagarme en alguna forma el enorme servicio que le hacía.

Era pues, la presente ocasión, la más favorable para cumplir aquel compromiso, y en verdad que el maestro cocinero lo supo hacer en forma por demás satisfactoria para nuestras exigencias.

A pesar de la orden terminante que recibimos para que abandonáramos inmediatamente la Estancia, nuestro antiguo compañero, encontró los medios necesarios para mantenernos ocultos durante cuatro días; no sólo nos proporcionó alimentos, sino que su bondad llegó al extremo de procurarnos vestidos y víveres para continuar la marcha.

Bien alimentados y mejor vestidos, nos despedimos una mañana del generoso amigo y seguimos viaje hacia el sur de la Isla en demanda de la misión de Río Grande. (Misión Salesiana en Tierra del Fuego).

Río Grande es la caudalosa arteria fluvial que después de recorrer casi todo el corazón de la Sierra Carmen Silva, va a precipitar sus dulces aguas sobre las amargas ondas del Océano Atlántico.

El paso de este caudaloso río es sumamente peligroso a causa del cambio constante que experimentan los vados.

Verdaderamente sentí escalofríos cuando el indio me propuso pasar hasta la orilla contraria; jamás me imaginé que aquel torrente fuera susceptible de ser franqueado. El nativo quiso servirme de guía y se precipitó en la corriente; ¡nunca lo hiciera! Engañado tal vez con la falsa presencia de un vado que antes conociera, impulsó su cabalgadura hacia el borde de un remanso y desapareció en la profundidad. Faltó el caballo de suelo firme donde sentar pie, surgía sobre la superficie al vigoroso impulso de sus remos y se hundía nuevamente bajo el peso del jinete y bajo la presión de la corriente.

Desde la ribera pude presenciar, sin poder prestar ayuda alguna y presa de la angustia más dolorosa, cómo ese postrer representante de una raza que se extingue a pasos de gigante, luchó denodada y desesperadamente contra el torbellino de agua que lo arrastró para siempre hasta las profundidades inmensas del océano.

Mucho tiempo esperé sobre la ribera, nada apareció sobre la superficie que me indicara indicios de vida humana en el espumoso lecho de aquel torrente que hervía.

Caían ya las sombras de la noche cuando emprendí el regreso a San Sebastián; de todos los expedicionarios, sólo yo y el fiel perro habíamos escapado a las inclemencias del tiempo, a las torturas del hambre y a las furias de los elementos.

Con la ayuda de algún dinero facilitado por mi amigo el cocinero, pude emprender viaje y regresar a Punta Arenas.

El noble perro y un reloj de níquel fueron los únicos recuerdos que pude ofrecer a ese último y excelente amigo que tan desinteresadamente me ayudó en los días de penurias y pobreza».

Así terminó su interesante relación el Sr. Quintana, relación absolutamente verosímil toda vez que fue narrada por el propio jefe de tan trágica expedición.

Indagamos del joven estanciero si con posterioridad a la fecha de su incursión había intentado una nueva visita a la «cueva del indio», en atención a que él era el único poseedor de tan importante y valioso secreto. Nos respondió afirmativamente, diciéndonos que en tres ocasiones había realizado el viaje.

-Los dos primeros -nos dijo-, fueron sin resultado positivo a causa de haber extraviado la ruta de marcha; sólo en el último logré precisar la ubicación de la famosa cueva. Esta última vez -agregó- encontré semi sepultada en el terreno los restos de la picota que usamos en la primera expedición, además, logré emplear con buen éxito los explosivos, haciendo volar parte de los rodados que cubren la entrada de la cueva. Mi confianza en la existencia del tesoro, es absoluta, pues vi recompensados mis desvelos con la presencia de gran cantidad de flechas indígenas que logré recoger en el hueco dejado en la boca del subterráneo por la explosión de la dinamita.

Desgraciadamente, esta última incursión la efectué solo y como estábamos a entradas del invierno, el frío intenso que se dejaba sentir, me obligó a levantar carpas y dejar la prosecución de los trabajos para una época más benigna y oportuna.

Actualmente, sólo espero una ocasión favorable para trasladarme a recoger esa fortuna abandonada; nada me falta, el terreno lo conozco palmo a palmo, dispongo de suficientes comodidades para hacer el viaje sin grandes sacrificios y, lo más esencial, se perfectamente que para hacer deflagrar la dinamita debo emplear el fulminato de mercurio.

La discusión lógica que se produjo después de tan interesante historia, ocupó las últimas horas de la tarde. La noche extendía su denso velo sobre la población de Porvenir cuando nuestros excelentes trotones bajaban la peligrosa cuesta que queda al fondo de la bahía.

Aquella misma noche hicimos los preparativos necesarios para seguir al día siguiente hasta las dragas de Río Verde.

Como todos los ríos de la región fueguina, Río Verde se caracteriza por la gran cantidad de oro que ha proporcionado a los extractores del precioso metal amarillo; prueba de ello son las numerosas ruinas de grandes construcciones que aún permanecen en el curso medio de esta arteria fluvial.

Las Compañías auríferas organizadas para la explotación del metal, no escatimaron gastos de ninguna especie en beneficio del mejor éxito del fin perseguido; gracias a ello aún se conservan en la Isla muy buenos recuerdos de aquellos tiempos, excelentes caminos carreteros y una cantidad enorme de materiales, especialmente fierros de todos tamaños y dimensiones, que yacen repartidos en todos aquellos sitios que señalan el término de la explotación del oro.

De Norte América se trajo una cantidad considerable de maquinarias; algunas de estas remesas sólo llegaron cuando ya los trabajos auríferos se encontraban suspendidos. Sin embargo, se las condujo hasta los distintos puntos donde debieron prestar sus servicios; allí se las abandonó y allí permanecen todavía encajonadas.

Resultado de este abandono ha sido que algunos inescrupulosos hayan substraído las partes más vitales de aquellas maquinarias, dejándolas completamente inutilizadas para un futuro trabajo.

El dineral enorme que se pagó por este costoso material, se encuentra hoy día desvirtuado en más de un ochenta por ciento; lógica consecuencia del abandono absoluto de tantos años, de la rapiña de algunos y del efecto destructor del tiempo.

Indudablemente que son millones de libras esterlinas las que, en forma de maquinarias, se encuentran desparramadas sobre el terreno; pero aquel capital inmenso sufre menoscabo cada día y época llegará en que todo ese fierro viejo no valga un solo

centavo. La zona de Río Verde constituye, pues, un centro de atracción para el turista y hacia ella nos encaminamos aquella mañana, caballeros en hermosos corceles fueguinos.

La ruta de marcha se desprende desde el fondo de la bahía y en pendiente a veces suave y a veces accidentada, se dirige rectamente hacia el Este en demanda de los cerros «El Cordón» que surgen en el corazón de la parte norte de Tierra del Fuego.

«El Cordón» no se eleva más de quinientos metros sobre el nivel del mar, a pesar de su poca altura, su aspecto es imponente y semeja la altivez con que presenta sus esplendores la majestuosa cordillera de los Andes.

La inmensa vértebra elevada, aparece cubierta con una dilatada sábana de nieve que al refractar los rayos del sol, adquiere mil tonos diferentes y deslumbradores.

Corre en línea general de Sur-Oeste hacia el Nor-Este y divide en dos partes casi iguales toda la extensión Norte de la gran Isla. «Río Verde» nace en la ancha meseta que corona al cordón y muy próximo a las selvas de Boquerón; unos pequeños manantiales son su cuna y la afluencia numerosa de chorrillos le dan vida permanente.

Su curso general se precipita por innumerables accidentes del terreno, a veces avanza completamente amurallado y profundo, y a veces convertido en colosales remansos que sepultan vegas completas.

Ha sido el comienzo de numerosas fortunas baratas, especialmente de yugoeslavos buscadores de oro que sin más instrumentos que una picota y una chaira, se han sacrificado con buena recompensa.

Al paso de nuestras cabalgaduras, iniciamos la marcha por una pendiente suave que comienza a empinarse en los afueras del pueblo. Los accidentes que presenta el camino son pocos y de fácil solución; el primero de ellos se experimenta en la famosa subida Cortez.

En esta parte la ruta se empina bordeando una gran loma que permanece a la derecha, mientras que por el costado izquierdo esquiva un barranco colosal que se va haciendo más peligroso a medida que el camino se remonta.

La superestructura del terreno, es aquí mala en todo tiempo; un manantial nace en las faldas de la loma y casi al borde del camino, las aguas después de hacer mil vueltas ruta abajo, buscan salida hacia el barranco. Cada huella que dejan los vehículos, sirve de cauce a estos chorrillos y convierten al camino en un lodazal. Cada arista que se levanta del suelo es atacada por el sol y por los vientos, convirtiéndose en otras tantas puntas afiladas y clavadoras y de una dureza de hierro. Hay momentos en que los pobres caballos parecen andar por sobre espinas y sus sufrimientos se aumentan con la falta de calzado; en Tierra del Fuego no se hierra a los animales, salvo muy rarísimas excepciones.

Al terminar nuestra lenta ascensión, hemos trasmontado una altura que nos permite dominar el panorama recorrido; aprovechamos esta oportunidad para dar un descanso a las cabalgaduras y considerar el terreno que hemos dejado a las espaldas.

A la izquierda se extienden campos inmensos cruzados en todas direcciones por interminables cierros de alambres; son potreros de pastoreo para el invierno, por cuya causa, en la actualidad, se encuentran desprovistos de ganado lanar.

Hacia la derecha del camino, podemos observar grandes extensiones cultivadas. La avena se mueve agitada suavemente por el viento; nacida sobre un suelo, virgen hasta ese año, al arado y a la semilla, ha crecido lozana y vigorosa, demostrando al viajero las riquezas inmensas que guardan esos suelos privilegiados.

Son propiedad de pequeños estancieros que sólo hoy comienzan el estudio de la agricultura; estudio que les ha dado excelentes resultados.

Estos pequeños ensayos agrícolas se deben, en gran parte, a la subdivisión de terrenos efectuada últimamente. Estimamos que los grandes estancieros jamás darán un paso en el sentido de las siembras de granos o de tubérculos; dueños de considerables extensiones de suelos, tienen sobrado campo para enriquecerse con la crianza de ganado lanar; Tierra del Fuego cuenta con exuberantes pastos naturales, alimento seguro para millones de ovejas.

Los nacientes trabajos agrícolas de la Isla, están llamados a revelar al país, que esa inmensa y rica región representa una fortuna colosal para el futuro engrandecimiento de la patria.

Todos aquellos terrenos están arrendados a particulares por una suma tan en desacuerdo con el valor que ellos tienen, que verdaderamente causa la admiración de cuantos lo palpan personalmente.

El Gobierno percibe anualmente un peso por hectárea arrendada; sólo ha bastado una pequeña subdivisión de tierras para que los pequeños capitalistas se hayan apresurado a rematar parte de esos mismos suelos, haciendo subir considerablemente el valor de cada hectárea.

Este solo dato basta para dar una idea de la pérdida enorme que anualmente significa para el país la forma en que ha hecho los grandes arriendos en la región magallánica.

Como dato ilustrativo insertamos a continuación el último remate de arriendo de terrenos fiscales verificado el 1.º de abril del año 1918.

Si el lector considera debidamente la nota que va al pie, podrá admitir el mayor valor que tiene el resto de los terrenos fueguinos y por ende, la pérdida considerable que anualmente experimenta el aumento de nuestras arcas fiscales.

«El remate de arrendamiento de tierras verificado el 1.º de abril de 1918 a las 2:40 p. m.

Resultado general de la licitación:

A las 2:40 de la tarde de ayer, se verificó el remate de arrendamiento de los terrenos magallánicos fijados en el Decreto Supremo N.º: 58 de fecha 29 de enero del presente año.

Asistió al acto la Junta de Almoneda, compuesta del Gobernador del Territorio, el Tesorero Fiscal, el Agrimensor del Territorio, el Promotor Fiscal y el Tesorero Municipal, que actuó de Martillero.

El resultado total de la licitación fue el siguiente:

N.º	HECT.	PAG.	REMATANTE
a	366	5.130	J. Covacevich
b	366	5.200	J. Covacevich
c	366	4.500	Nicolás Baleta
d	366	3.200	Juan Draguicevich
e	366	2.730	Juan Draguicevich
f	366	1.700	Luciano Yercovich
g	366	3.000	Stefano Musac
h	438	4.700	Miguel Covacich
31	1236	6.300	Tomás Mimiza
32	<u>1360</u>	<u>6.800</u>	Tomás Mimiza
	5.596	43.260	
33	1233	7.500	Antonio Tafra
46	1.200	3.600	Manuel Lillo
48	1.075	4.500	Antonio Kuzmanich
61	1.015	3.300	Antonio Kuzmanich

63	1.132	2.760	Ignacio Quintana
65	1.080	1.620	Américo Contardi
66	1.036	1.552.50	Américo Contardi
67	1.100	1.750	Natalio Tafra
68	1.035	4.350	Domio Tafra
69	<u>1.210</u>	<u>2.400</u>	José Luis Contardi
	11.116	33.332.50	
70	54	2.000	Ramón Portas
71	75	2.000	Ramón Portas
72	1.800	13.600	Rafael Rusovich
73	1.900	15.500	Luis Valencia
74	1.970	17.100	Nicolás Balich
75	2.050	19.800	Vicente Fodich
76	1.515	4.000	Eliecer Carreño
77	2.240	4.000	Eliecer Carreño
78	2.530	7.550	Nicolás Buscufuvich
79	<u>2.450</u>	<u>3.150</u>	Luis Valencia
	16.584	88.700	
80	2.420	4.650	Ricardo Iglesias
81	1.740	4.550	Ricardo Iglesias
82	1950	3.400	Manuel Iglesias
83	1940	3.300	Esteban Ragasich
84	2900	7.000	Natalio Tafra
85	2530	4.100	Babaich Jorge

86	2.160	3.240	Miguel Mimiza
87	1.770	2.655	Miguel Mimiza
88	1.500	3.700	Vicente Mimiza
89	<u>1.140</u>	<u>4.600</u>	Serafín Bianco
	20.050	41.195	
90	1.425	4.600	Serafín Bianco
91	2.265	8.100	Mario Scotti
92	1.980	3.200	Fernando Fernández
93	2.030	4.500	Nicolás Buscufuvich
94	1.780	2.670	Fernando Fernández
95	1.740	3.100	José Luis Contardi
96	1.775	7.450	Santiago Díaz

Hijuela N.º: 12 de 5 hectáreas \$200-400. Compañía Frigorífica de Puerto Natales \$600.

Río Verde.- Lote de 0.65 hectáreas 50. José Stifucich \$50.

Población Porvenir.- Manzana A. 21.000 metros \$200. Esteban Regocich \$400».

Como puede verse fácilmente el número de hectáreas que salió a remate fue de 66.341 y las sumas en que ellas se remataron arroja un total de \$240.107.50.

Corresponde como término medio pagado por hectárea; tres pesos y 61/100.

En resumen, el Fisco se benefició con este remate en la suma de \$173.766.50 que corresponde al mayor valor de \$66.341.- que antes percibía por el mismo terreno a razón de \$1.- la hectárea.

Creemos con esa pequeña exposición dejar demostrado que los terrenos magallánicos tienen un valor muy superior a aquel en que hoy día se les tiene tasados, y creemos también haber llevado al ánimo del público lector la verdadera pecha que en el Territorio existe por la subdivisión. Estimamos que ella es absolutamente necesaria para el progreso y vida de aquellas poblaciones australes y para el desarrollo de nuestra soberanía nacional.

Evitamos en el presente capítulo entrar a analizar otros tópicos que pueden servir a esclarecer aún más la demostración que hemos hecho; ellos se refieren a las muchas concesiones de terrenos que se han dado en la Isla, concesiones que por regla general jamás han sido explotadas por aquéllos que las han obtenido, en cambio han pasado a manos conocidas que han pagado por el traspaso, sumas colosales. Esperamos encontrar algunas en el transcurso de nuestro recorrido, y tendremos oportunidad de presentarlas a su debido tiempo.

Respecto al enorme precio de arriendo anual a que alcanzaron algunas manzanas de Porvenir (N.º: A 21.000 mt. \$400.00) baste sólo considerar que la hortaliza y los tubérculos crecen y se desarrollan fecundos y hermosos; exportados a Punta Arenas significan una muy buena utilidad.

La pequeña divagación que dejamos anotada y que ha sido causada por la observación del terreno, ha dado tiempo más que suficiente para el descanso de caballos y jinetes; emprendemos pues, nuevamente, la marcha hacia las dragas de «Río Verde».

Subiendo con precisión casi matemática, recorreremos un nuevo trayecto que nos deja a inmediaciones del río «Casa de Lata». Un angosto y profundo cañadón sirve de lecho a este río; descendemos esta última pendiente y atamos los caballos junto al palenque que se levanta frente al Hotel «Casa de Lata». Llevamos recorridos 22 kilómetros y es esta la primera construcción que hemos encontrado en el camino.

Como es ya la hora del almuerzo, penetramos al establecimiento en demanda de comestibles.

Los propietarios son de nacionalidad eslava, observación que ya no encontramos rara; elemento chileno no existe en la Isla frente a ningún negocio.

Para ser mejor recibidos, saludamos en idioma eslavo; algo hemos aprendido ya con el roce diario de esta colonia extranjera.

El Hotel constituye un depósito donde no falta nada y donde se reúne todo lo indispensable para la vida del campo; es una especie de almacén de menestras, tienda de trapos, abarrotes, mercería, chanchería, cigarrería, zapatería, etc., etc.

Multitud de botellas de todos tipos y tamaños ocupan el mayor espacio del negocio; son ellas las que tienen más venta y por eso se las mantiene a la mano. Una pieza provista de algunas mesas, indica el comedor y sala de reunión. El propietario del establecimiento expresa que mayores comodidades no son necesarias en aquella región; «Casa de Lata»,

está muy próximo de Porvenir y son muy raras las ocasiones en que los pasajeros se ven obligados a pernoctar en el Hotel; su negocio constituye tan sólo un punto de descanso y un centro de aprovisionamiento para los transeúntes rezagados.

Al proseguir nuestra interrumpida marcha, tropezamos con un obstáculo de consideración; el río que forzosamente debemos cruzar, sólo está salvado por un angosto puente de madera en cuya superestructura faltan numerosas tablas. Las aguas corren a bastante profundidad y sumamente encajonadas entre los muros cortados a pique. Sin embargo, haciendo verdaderas pruebas de equilibrio y llevando los caballos de la brida, logramos encontrarnos sanos y salvos y sobre la orilla opuesta de aquel peligroso paso.

Como estamos en verano, el caudal de agua que arrastra el río, es bastante reducido; en el invierno y primavera, nos dicen, se convierte en un torrente turbulento y peligroso; arrastra grandes témpanos de hielo y las aguas cubren centenares de metros, inundando vegas y prados; en la misma forma proceden todos los ríos de la región fueguina.

Una larga y tortuosa cuesta es la última gradiente que debemos remontar para llegar hasta la ancha meseta que corona al cordón; subimos por aquella carretera ancha y firme y entramos a recorrer un terreno casi plano, cortado, muy de tarde en tarde, por pequeñas quebradas que señalan la cuna de otros tantos chorrillos. Pronto encontramos, hacia el costado derecho, una serie de manantiales cristalinos y puros, que son la cuna del caprichoso «Río Verde».

Después de media hora de haber abandonado el Hotel «Casa de Lata» hacemos alto junto a una bifurcación de caminos y frente a un letrero que dice: «A Baquedano, a Río Verde»; una mano con el índice estirado, indica ambas direcciones. El letrero ha sido recientemente colocado y su presencia en medio de aquella zona donde nadie se preocupa de la comodidad de los viajeros, nos sorprende sobremanera. Inquirimos quien ha sido el iniciador de tan feliz idea y obtenemos la siguiente contestación:

«El inglés que cuida las dragas de Río Verde se encontraba verdaderamente aburrido con la presencia diaria del gran número de pasajeros que, por ir a Baquedano, voluntaria o involuntariamente seguían por el camino errado y llegaban hasta las casas de Río Verde, donde pedían alojamiento y comida. Para evitarse esta incomodidad y los gastos consiguientes, el buen inglés colocó el letrero en referencia».

Más tarde, por boca del propio perjudicado supimos que tal precaución no le sirvió de nada; Baquedano es un hotel, y en él debe pagarse lo que se consume; en cambio, las casas de Río Verde dan alojamiento y comida gratis, además, distan sólo una hora del hotel Baquedano.

«La mayoría de los viajeros continúan equivocándose

bajo el pretexto de que ignoran leer. Sin embargo -agrega-, tengo en estudio un problema cuya solución alejará para siempre de estos lados a aquellos que gustan beneficiarse con lo ajeno».

Al abandonar el camino principal, tomamos por la senda que nos debe llevar hasta el objetivo de nuestro viaje. Los terrenos de esta parte, carecen de cierre, circunstancia que aprovechan algunos pequeños estancieros para pastorear sus ganados. Este medio poco delicado de usufructuar de lo ajeno, es pan de cada día en Tierra del Fuego. A veces han ocurrido casos muy curiosos donde ha tenido que intervenir la autoridad, haciendo uso de todos los medios que le confiere su investidura. Algunos inescrupulosos han llegado hasta el extremo de ocupar predios ajenos, con la orden terminante de no abandonarlos hasta el momento en que para ello tome parte directa la justicia.

Durante nuestro paso por aquellos campos fértiles y feraces, encontramos grandes piños de caballares y vacunos, estos últimos en extremo gordos y bien tenidos.

Próximos ya a las Dragas de Río Verde, se inicia la presentación de la innumerable ferretería que en otros tiempos sirviera para el funcionamiento de las maquinarias; líneas de acero, carros de mano, postes, durmientes, etc., etc., descansan tirados por doquier en espera de mejores tiempos o aguardando la mano caritativa de algún necesitado.

Grandes y prolongadas excavaciones que corren a flor de tierra y hasta un metro y medio de profundidad, cortan la continuidad de aquellos inmensos prados; son Turberas: depósitos colosales del mejor y más barato combustible que emplearon las dragas en la época de faenas.

La turba es un conglomerado de raíces de arbustos que tiende a la petrificación; se presenta a flor de tierra y en vetas compactas e interminables. En el pueblo se la emplea muy poco a causa de la gran cantidad de residuos que deja al quemarse; en cambio, en las estancias que están ubicadas lejos de los montes y desde los cuales se hace difícil el transporte de la leña, la turba presta útiles y eficaces servicios. Es de color negro pardusco y al partirse toma la forma de pequeños ladrillos.

Dejamos a las espaldas aquella multitud de excavaciones y continuamos la marcha esquivando constantemente las ruinas abandonadas de las maquinarias. Al doblar un último recodo del camino, divisamos en el fondo del ancho cañadón por donde corre «Río Verde» la primera draga extractora de oro. Flota ésta sobre una porción de agua que ocupa una superficie no mayor de cincuenta metros cuadrados. A su alrededor se levantan montañas de piedrecillas y arenas que la propia draga se ha encargado de extraer del lecho del río para buscar entre ellas el codiciado metal amarillo; éste se presenta siempre en forma de pepitas, de las cuales una de las mayores pesó doscientos catorce gramos.

El aspecto general de una draga que se mira desde lejos, es el mismo que presenta un edificio de varios pisos y, en realidad, en tal forma debe considerarse, toda vez que los muros exteriores se encuentran tapizados de numerosas puertas y ventanas; el techo está cubierto con fierro acanalado y tiene el suficiente declive para soportar las grandes presiones de las lluvias, del viento y de las gruesas capas de nieve. Dos o tres chimeneas surgen desde lo alto del techo y son las conductoras del humo de otros tantos hogares.

Sólo un detalle quita el aspecto de casa a aquel edificio flotante; son dos potentes tentáculos de acero que se apartan desde los extremos de dos muros opuestos. Una de aquellas garras de hierro se encarga de extraer las arenas del fondo del río y alimentar el inmenso estómago de la máquina; el otro, arroja hacia el exterior los restos de aquellas arenas que han sido cuidadosamente observadas y despojadas del oro.

En el vientre del edificio, todo se reduce a maquinarias y operarios; ese inmenso estómago está provisto de innumerables cernidores que se agitan convulsos en todas direcciones. Los tejidos dejan caer sobre un gran receptáculo el material más pesado e impulsan hacia el brazo exterior las arenas y piedrecillas que de nada sirven en aquella faena. El funcionamiento de una draga puede compararse perfectamente con el organismo humano: come, mastica, tritura, digiere, asimila y arroja lo inservible. Busca su alimento con sus propios medios de vida. La draga se arma sobre un remanso y allí comienza a funcionar sin necesidad de necesitar una nueva energía humana para ser trasladada desde un punto a otro. La máquina vive sobre el río y avanza lentamente por sobre aquel lecho de piedras, construyéndose siempre su propio medio de flotación. Cada vez que el tentáculo anterior se hunde en las aguas y reaparece trayendo una cantidad considerable de arenas y piedrecillas, la máquina da un paso hacia adelante; el hueco que ha quedado a retaguardia es llenado con lo que la draga arroja por su parte posterior después de haber hecho su lucrativa digestión.

Las dragas tienen una marcha lenta, provechosa y segura; el camino recorrido queda marcado por montones de piedrecillas removidas y arenas lavadas.

Una draga puede avanzar o retroceder sobre el lecho de un río; todo depende de la dirección de su tentáculo anterior.

A unos dos kilómetros río abajo, y sobre la misma arteria fluvial, descansa el pesado vientre de una segunda draga. El cuidador de ambas máquinas es un ingeniero inglés, especialista en esta clase de trabajos y que habita en aquellos parajes desde el tiempo de las faenas auríferas.

Es un hombre trabajador, cuidadoso de las dragas y buscador de oro en los chorrillos.

Con toda cortesía, nos recibe en su confortable casita habitación; allí nos muestra una botella donde ha acumulado el oro, fruto de un trabajo constante de dos meses:

-Es medio kilo -nos dice-, que he conseguido lavar en un chorrillo próximo a la casa. En Tierra del Fuego -agrega- existe oro por todas partes, es muy fácil encontrarlo y explotarlo si se tiene constancia, paciencia y conocimiento del trabajo.

A continuación nos expresa que el fracaso de las Compañías auríferas, no se debió a falta de oro por lavar, sino a la mala administración de las mismas compañías y a los excesivos gastos, casi siempre injustificados, de que se hizo derroche durante la explotación del metal amarillo. El oro que se extrajo, no fue suficiente para sufragar el tren de lujo que sustentaba el personal superior; basta sólo recordar que los dirigentes no procuraron, por ningún medio, allegar un fuerte fondo de reserva para hacer frente a futuras contingencias. Los barcos que diariamente hacían la carrera entre Punta Arenas y Porvenir, fueron considerados muy poco cómodos por los extractores de oro, y el itinerario obligado no estaba de acuerdo con las exigencias personales. Muchas veces, el vapor que salía a las 9 ó 10 de la mañana de Punta Arenas, viajaba solo con empleados inferiores; después del almuerzo se fletaban barcos especiales destinados a la conducción del personal superior. Si se aúnan todos estos antecedentes, fácilmente se podrá comprender que los gastos debieron ser muy superiores a las entradas proporcionadas por las dragas.

-Parece -nos agregó-, que estas maquinarias volverán a funcionar muy pronto; un sindicato inglés las ha comprado por una cantidad insignificante y pueda ser, que con una buena administración, Tierra del Fuego vuelva a los buenos tiempos del oro.

Ésta es la esperanza -prosiguió- que me mantiene junto a las dragas cuyo funcionamiento conozco perfectamente; aquí he construido mi casa y aquí vivo con mi mujer y mi hijito.

La monotonía de esta vida solitaria y tan ajena a las costumbres de las poblaciones, ha ido infiltrándose poco a poco en mi alma y hoy me siento feliz en medio de la soledad. Hace ocho años que habito en estos parajes y nada me atrae hacia los pueblos en donde la civilización mantiene a los habitantes en continua enemistad. La lucha por la vida sólo es cruel para aquél que no sabe sobreponerse a las desgracias o que se declara vencido antes de iniciar el combate. Solo, en medio de estos campos inmensos y fríos, me impuse el firme propósito de vivir tranquilo y ajeno en absoluto a las mentiras y falsedades de la sociedad. Durante seis años luché tenazmente con la naturaleza y el esfuerzo de mi brazo salió vencedor de esta ruda batalla; construí esta casa en medio de la selva y hasta este hogar que es absolutamente mío, traje a la compañera de mi vida que ha colmado mi felicidad dándome un pequeñín más blanco que las nieves de estos campos.

Invitados por el Ingeniero, hacemos una visita a la casa; nada falta en ella para hacer cómoda y atrayente la vida del hogar. Se encuentra alumbrada con luz eléctrica que el propietario, personalmente, ha instalado aprovechando la mucha ferretería de que en la Isla se puede disponer; las cañerías de agua potable se presentan en todas aquellas partes donde son necesarias. Una grande y hermosa galería rodea todos los contornos de la casa, multitud de flores en maceteros conservan su frescura y su fragancia junto a los vidrios y al calor del sol; es una especie de conservatorio que vive al cariño de la cuidadosa mano de la dueña de casa. Desgraciadamente este hermoso adorno sólo se conserva hasta la entrada del invierno; los grandes fríos escarchan la tierra y matan las flores.

El verano es largo y da tiempo suficiente para que aquella familia efectúe la recolección de sus siembras y el almacenamiento de provisiones y combustibles para los meses de invierno.

-En el corazón de Tierra del Fuego y en medio de los montes de «El Cordón» -nos dice el inglés- el invierno es sumamente cruel y muy crudo; el año que acaba de terminar cayó tanta nieve sobre los campos altos de «El Cordón», que no sólo niveló las diferentes depresiones del terreno, sino que sepultó cuanta construcción existe por estos alrededores. Seis meses pasamos -agrega-, sin ver persona alguna, todo trabajo, durante este tiempo, se reduce a librar la habitación de la avalancha que se le viene encima. Entre los muros y los bloques de nieve, se construyen zanjas para dejar que las aguas corran hacia la parte baja.

Los primeros deshielos de la primavera son sumamente peligrosos; los chorrillos se convierten en torrentes y arrastran témpanos enormes de hielo que llevan la muerte y la destrucción doquiera vayan a estrellarse. Junto con iniciarse el desaparecimiento de la nieve, aparece el sol tanto tiempo perdido y sus rayos traen la vida y la alegría, fecundizando campos y dando calor a la naturaleza. Es entonces, termina el cuidador de las dragas, cuando esta tierra solitaria se convierte en un vergel y cuando mi aprisionado hogar surge majestuoso e imponente como el verdadero dominador de esta inmensa sábana blanca.

Al tender la mano a aquel anacoreta, para despedirnos y agradecerle sus informaciones, nos detiene un momento y mostrándonos un fértil cañadón que va a perder sus pastos junto a la abrupta ladera de un lejano cerro, nos relata conmovido, no una tradición, sino un hecho insólito que él tuvo la desgracia de presenciar. Al fondo de esa quebrada -nos dice- fue donde el famoso inglés Sam Ishlop, cazador profesional de indios fueguinos, encontró a los ocho onas, a quienes se acusaba de haber dado muerte al Teniente de Marina en los espesos bosques de «Boquerón». Verlos y apuntarles, fue sólo obra de un momento; al primer disparó cayó un infeliz nativo presa de convulsiones espantosas, parecía un endemoniado, tan fuertes eran sus gritos y tan enormes sus saltos.

El feroz cazador, sonriente al ver los efectos de su primer proyectil, apuntó nuevamente su rifle con la esperanza de hacer una segunda víctima. Por fortuna uno de sus acompañantes, un chileno que actualmente posee una pequeña estancia, se opuso a tan tremendo salvajismo. ¡Pobres e indefensos nativos!, quisieron repeler aquel inhumano ataque y como fieras acorraladas, se despojaron de sus cubiertas y empuñaron sus armas; siete flechas se remontaron en el espacio silbando al romper el viento. Una carcajada del asesino fue la contestación a aquella demostración de valor y de inútil defensa. Sam Ishlop quería exterminarlos a todos en la evidencia de que aquello significaba una buena suma.

No deben desconocer Uds. -nos dice el cuidador de las dragas- que hubo quienes pagaron una libra esterlina por cabeza de indio y ocho pesos por un ejemplar vivo. A los cazadores profesionales les resultaba mayor facilidad y más ganancia una cabeza cortada, que la conducción molesta y peligrosa de un nativo prisionero.

La oposición del chileno fue secundada por dos o tres de la comparsa cazadora y tal vez fue aquélla la primera vez que el temible cazador de carne humana tuvo merced para sus víctimas. Optó por amarrarlos convenientemente y conducirlos como a un piño de bestias feroces, hasta el lejano puerto de Porvenir; desde allí la autoridad los embarcó para la Isla Dawson, cementerio de gran parte de la raza indígena, tan vilmente tratada sobre un suelo que le vio nacer y que les pertenecía por derecho.

Historias tan trágicas como la que les acabo de narrar, encontrarán Uds. muchas durante su recorrido por Tierra del Fuego, nos dice el narrador, al estrecharnos por última vez la mano.

Profundamente impresionados, nos despedimos de aquel anacoreta y emprendimos el viaje de regreso por sobre la cresta del inmenso «Cordón». El terreno se presenta sumamente accidentado, blando y sembrado de enormes «champones», que dificultan la marcha. Estos champones son una especie de colosales hongos verdes, carecen de tallo y se adhieren a tierra como lo hiciera por la parte abierta una sombrilla ajena al soporte central.

Se encuentran fuertemente sujetos sobre el terreno y son ellos la muestra característica de las extensiones que conservan la nieve por mucho tiempo; estos campos son estériles y poco adaptables para la ganadería. Afortunadamente son muy escasos y sólo se presentan como pequeñas manchas en las partes más elevadas de los cerros. Desde aquellas alturas se divisan campos infinitamente ricos y piños enormes de ovejas y guanacos se recrean y retozan en medio de pastizales exuberantes. Grandes bandadas de caiquenes y patos terrestres revolotean por sobre toda aquella naturaleza que vive y, más de algún astuto zorro fueguino observará nuestra marcha desde su oculta guarida.

Una hora de marcha nos deja sobre el camino principal. Tristes y pensativos iniciamos el regreso a Porvenir; la vida del cuidador de las dragas y la trágica narración que nos hizo, han dejado en nuestro espíritu una impresión dolorosa, muy difícil de olvidar.

Antes de emprender nuestra larga peregrinación a través de las grandes estancias de la Tierra del Fuego, quisimos conocer la reserva fiscal de Boquerón distante veintitrés kilómetros hacia el sur del puerto de Porvenir.

Los campos de Boquerón han sido muy diversamente discutidos y han dado origen a muchas rencillas entre los vecinos porvenireños. Fueron tantos los comentarios que oímos referentes al valor de estas tres mil hectáreas, que no titubeamos en lanzarnos una mañana en demanda de aquellos grandes bosques, que se extienden inmediatamente al Sur de la «Punta Monmouht».

El camino que debemos recorrer, lo han conocido, en parte, nuestros lectores cuando nos acompañaron a la estancia «Cerro Ballena». Desde la tranquera que señala la ruta vecinal que se aparta hacia el Este, el camino principal sigue su marcha hacia el Sur bordeando colinas y salvando ensenadas. Pequeños «cañadones» dificultan momentáneamente la marcha, pero ellos no son obstáculos de consideración para el viajero que monta buenos caballos. La ruta de marcha corre circunscrita entre alambrados interminables que señalan los cierros y extensiones pertenecientes a pequeños estancieros. De tiempo en tiempo nuevos alambrados se apartan perpendicularmente al cierre principal, marcando la delimitación de las hijuelas subdivididas últimamente. Muy pocas construcciones se divisan desde el camino, las que suelen presentarse son albergues de ovejeros o cuidadores y sólo dan muestras de vida en el verano, que es la época de las faenas.

Multitud de ovejas pastan desparramadas en aquellos potreros; los chiporros saltan alegres y confiados y retozan junto al cariñoso regazo de sus madres. Los rebaños con sus lanas pintarrajeadas de lacre, forman distintos grupos y no se mezclan jamás, gracias a la estricta vigilancia de que son objeto por parte de sus guardianes, los inteligentes y hermosos perros ovejeros.

La tiza lacre que el ganado presenta en los lomos, indica a cada propietario los ovinos de su pertenencia. A causa de esta marca que es fácil de imitar, se producen innumerables desavenencias entre los estancieros colindantes y son también numerosos los altercados que estos llevan ante la justicia. Generalmente, los pequeños propietarios yugoeslavos, se proveen de la carne substraída en el cerco del vecino; este sistema poco recomendable es conocido por todos los que tienen ganado y por esta causa casi todos proceden en la misma forma. La feliz solución de tan ventajoso problema consiste en no dejarse sorprender con el delito en las manos. Cuando se suele presentar este último percance, es de ver como el substraído levanta el grito hasta los cielos, pidiendo justicia para él y castigo para el delincuente; tales clamores y aspavientos cesan en el mismo instante en que otro vecino el sorprende en idéntica tarea y a su vez lo acusa por el mismo delito para el cual el llorón pedía justicia.

Esta lucha eterna entre vecinos que se acechan y que viven sobre aviso, constituye un verdadero rompe-cabeza para el que por primera vez llega a Tierra del Fuego con la vara de la justicia.

Todos los terrenos que vamos dejando a las espaldas, pertenecieron antes a la «Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego» y sólo han pasado a manos de nuevos propietarios después del reciente remate de subdivisión de tierras. Como lo dejamos consignado en el viaje a las dragas de Río Verde, todas estas tierras permanecían casi abandonadas por su propietario anterior; se las consideraba sumamente malas para el pastoreo de ovejas y se las entregó a la subdivisión con el objeto manifiesto de que los pequeños estancieros fueran al fracaso. Sin embargo, y a pesar de que los pequeños capitalistas congestionaron, se puede decir, los potreros con un crecido número de ovejas, los pastos fueron suficientes para alimentar más de veinticinco mil cabezas donde antes sólo permanecían unas mil reses. Aún más, en muchas partes, especialmente en las vegas, se ven grandes siembras de avena y cebada.

Las muchas reservas que aún mantiene el Fisco en poder de las grandes Sociedades, deben ser subdivididas y entregadas en pequeños lotes a los colonos de Magallanes o a aquellos que tienen verdadero interés por labrarse una fortuna honrada. Con este sistema no sólo se beneficiaría el Fisco percibiendo una mayor entrada, se beneficiaría manifiestamente el terreno valorizándose con las mejoras que forzosamente se introducirían y el número de habitantes de esta región se vería aumentado en forma bien apreciable.

Hoy por hoy, Tierra del Fuego representa un capital inmenso, muerto, improductivo y sin dar interés alguno.

La vida sacrificada y el inclemente clima de esta región austral, sólo tiene su compensación cuando deja vislumbrar un porvenir tranquilo y holgado, hijo del esfuerzo

personal y de la lucha por la existencia. En la actualidad, ninguna de estas expectativas puede traer gente trabajadora que tenga el firme propósito de radicarse en esta región. Las inmensas extensiones de terrenos permanecen bajo el control de determinadas firmas, quienes no desean soltar las reservas fiscales que tanto bien harían a Porvenir, a los habitantes de Magallanes y al país entero.

Las reservas, en general, se encuentran improductivas; si se considera que estos terrenos se conocen ya sobradamente por los comarcanos fueguinos, y que los pequeños estancieros disponen ya de un capital que invertirían inmediatamente sobre los campos que pudieran arrendar, fácil es concebir como aumentaría el valor de estos suelos y como se beneficiaría el Fisco con la mayor renta que percibiría.

Tales consideraciones golpean nuestra mente, a medida que avanzamos por estos pequeños lotes en los cuales, las huellas marcan los surcos abiertos por los colonos y en donde la semilla sembrada por la mano del agricultor, se presenta convertida en hermosos e inmensos pastizales. En las pequeñas huertas, la hortaliza muestra sus variados colores y los tubérculos asoman sus guías caprichosas y torcidas, esperando la picota o el azadón con que el labrador debe cosecharlos. En partes, grandes cortes del terreno dejan ver ante los ojos del que transita, un suelo virgen y especialmente propicio para la agricultura.

Sólo hace una hora y media que hemos dejado a Porvenir y ya llevamos recorridos unos diez kilómetros. Instalados sobre la cumbre de una colina, divisamos al frente la abrupta punta de Boquerón que va a internarse en el mar, dando formación a la costa Norte de Bahía Inútil. Las aguas del Estrecho se avanzan majestuosa hacia el océano Pacífico, y su marcha tortuosa y accidentada da formación a innumerables ensenadas y bahías. Isla Dawson surge del centro de la superficie plateada y sus picachos abruptos y escarpados casi se confunden con los lejanos cerros continentales que cierran el horizonte.

Al descender de nuestro improvisado observatorio, somos gratamente sorprendidos con la presencia de una hermosa laguna de forma circular que lleva el nombre de «Santa María». Sólo la separa de las aguas del Estrecho, una angosta faja de tierra que no mide más de cuarenta o cincuenta metros de ancho; esta faja constituye el camino obligado de tránsito y por ella nos encaminamos ruta adelante.

Multitud de habitantes alados pueblan las aguas de la laguna. Especialmente en el invierno acude a Santa María cantidad considerable de flamencos y cisnes de cuello negro. Los intensos fríos que azotan esas regiones australes escarchan con facilidad las aguas de los lagos y las hermosas aves se presentan como presas fáciles para los cazadores que transitan por esos parajes. La forma como operan los buscadores de aves es sencilla a la par que peligrosa. Por regla general, los flamencos y los cisnes se posan sobre las aguas de la laguna y sientan pie a muy poca profundidad, allí pasan la noche con sus largas piernas sumergidas hasta un tercio de su longitud. El frío escarcha las aguas y aprisiona los miembros de los confiados huéspedes. Con las primeras luces del día, especialmente el flamenco, se despereza y pretende remontar el vuelo, al sentirse aprisionado por sus extremidades, se debate desesperadamente y busca el equilibrio, apoyando sobre el hielo la punta de sus alas, siempre la escarcha vence en esta lucha y retiene al ave prisionera e

inmóvil hasta el momento de la licuación o hasta el instante en que la mano del cazador atrapa al ave indefensa.

Sucede a veces que la helada capa que cubre a la laguna no es lo suficientemente fuerte para soportar el peso del atrevido cazador, se rompe entonces el vidrioso piso y el buscador de aves se hunde en alguna depresión del terreno; en este caso, raras veces reaparece sobre la superficie y paga con su vida el motivo de su peligrosa incursión.

Las aves que se obtienen vivas, particularmente el flamenco, a pesar de no mostrarse completamente ajenas a la domesticidad, duran muy poco y casi siempre concluyen por morir dentro de un tiempo más o menos corto. Parece que la principal dificultad consiste en la alimentación; todos desconocen de que se alimenta el flamenco, por otra parte, el calor del verano les molesta y los mata.

El elegante y rojo huésped llega a Tierra del Fuego en número considerable, y las bandadas, al posarse sobre la líquida transparencia de los lagos, reflejan sobre las aguas el hermoso tinte rojo de los plumajes, semejando inmensas manchas de sangre o colosales mantos de púrpura. Los gallardos cisnes de cuello negro, son los compañeros inseparables de estos habitantes de los polos. Estos últimos permanecen inmóviles y forman prolongadas y compactas líneas semejantes a regimientos de caballería en formación de parada; los cisnes se recrean en el espacio que queda entre estas líneas y la playa, nadan en forma caprichosa y elegante y dan la idea de que aquellos miles de copos blancos parecen deleitar con sus seguros y rápidos virajes a sus inmóviles y sangrientos espectadores.

Sólo basta una leve señal de peligro para que el silencioso Comandante de esa caballería de la voz de mando que obligue a elevarse hacia los cielos a toda esa inmensa mancha roja; con el orden más absoluto, formando un colosal triángulo en las alturas, se lanza la bandada en demanda de otras aguas y pronto desaparecen, junto a las nubes, las aves más hermosas pueblan la fría y desolada sábana polar. Sus compañeros inseparables, los albos cisnes, más lentos y pesados en el vuelo, acompañan desde lejos aquella marcha majestuosa y se retiran a su vez guardando la retaguardia del grandioso escuadrón volante.

En los alrededores de Porvenir tienen su cuna los cisnes; los islotes de la laguna que lleva su nombre, son asilo seguro para el desarrollo de los polluelos; miles de miles de nidos pueblan esos islotes y el terreno muestra el hogar donde los pichones se alimentan y viven.

El rojo flamenco, más noble que su albo compañero, esconde en tal forma el sitio de sus amores, que ha resultado infructuoso todo paso que se haya encaminado en busca de los nidos; tal vez el hielo de los polos sea el mudo testigo de la procreación y de la juventud de este gentil y frío visitante de Tierra del Fuego.

Los cazadores aprovechan el ave abriéndola por el vientre y beneficiando el plumaje que es suave y muy apreciado.

En la Isla se paga por cada uno, como término medio, la suma de cinco pesos.

El porte general del flamenco no sobrepasa de un metro, el cuerpo es relativamente pequeño en comparación con su elevada talla, sólo las extremidades miden entre sesenta y setenta centímetros. Respecto al producto que proporcionan los cisnes, es muy conocido; además de los plumeros que se usan en los polvos, se hacen hermosos cuellos y capas de abrigo.

Laguna Santa María, es un depósito inagotable de las dos aves que dejamos señaladas y en el invierno se constituye en un punto de bastante atracción para los buscadores de plumajes.

Dejamos a nuestra izquierda aquel emporio de bellezas y seguimos nuestro avance por el pequeño lomo de toro que lo separa del estrecho. Las aguas del mar vienen a estrellarse con fuerza contra los muros de la playa y forman nubes de espumas espesas y salobres que nos saturan con ese sabor característico del aire salino.

El «Río Santa María» marca el término del angosto murallón por donde corre el camino, al mismo tiempo señala la frontera del terreno desprovisto de árboles que acabamos de recorrer y el comienzo de los grandes y tupidos montes de Boquerón. Esta arteria fluvial dista doce kilómetros de Porvenir y da su nombre a la pequeña estancia que riega.

Después de cruzar el río que en esta parte corre completamente encajonado y formando barrancas peligrosas y cubiertas de pantanos, proseguimos la marcha por sobre un terreno completamente accidentado y cubierto de troncos de árboles; iniciamos la penetración a la región boscosa cubierta de «leña dura».

La ruta se empina lentamente hacia lo alto de las colinas y después de salvar dos o tres puentes medio destruidos, tropieza con una solitaria casita de ovejeros; junto a ella corre un alambrado que separa a la estancia Santa María de la reserva de Boquerón.

El terreno virgen se extiende ante nosotros cubierto con espeso monte de «leña dura», ésta debe su nombre a la gran resistencia de sus ramas y a la dureza de hierro que presenta la madera.

El árbol aparece en varios brazos que se separan del tronco junto con abandonar la superficie del suelo; sólo la parte alta de la copa se presenta cubierta de hojas verdes, muy parecidas a las del boldo, que constituye un forraje de primer orden para el ganado mayor.

El combustible que proporciona la «leña dura», es excelente, se consume con lentitud y produce mayores calorías que las que se obtienen con el carbón de piedra que se extrae de la mina Loreto en Punta Arenas.

La ruta de marcha se interna monte adentro siguiendo un trazo reciente y bastante costoso.

Un Decreto Supremo N.º: 467 de fecha 4 de octubre de 1918, pone esta reserva fiscal en manos de un cuidador, sin más obligación que el suministro de leña a las oficinas públicas de Porvenir y sin otro trabajo que dar las correspondientes facilidades a los vecinos que deseen proveerse de combustible. Boquerón es el único punto que tiene leña en toda la parte norte de Tierra del Fuego.

El actual cuidador, de nacionalidad yugoeslava, goza pues, de estos magníficos campos sin otro gravamen que el que dejamos señalado; esperamos visitar Boquerón para pronunciarnos en conciencia si el Fisco se beneficia o pierde con esta concesión.

Durante nuestra marcha vamos anotando las mejoras que se han introducido a fin de dejarlo apto para el pastoreo de lanares. Hasta la fecha, es el terreno más quebrado y difícil porque hemos transitado en Tierra del Fuego; los montes de «leña dura» se hacen impenetrables y los cañadones se presentan cada vez más profundos y peligrosos. Se han construido bastantes puentes y viaductos en todas aquellas partes donde no se concibe paso alguno, se ha desmontado extensiones apreciables y se ha abierto senderos que cruzan la reserva en distintas direcciones. Según datos que hemos recogido posteriormente, los trabajos enunciados no han costado menos de treinta mil pesos. Sin embargo, no puede negarse que todos estos arreglos indispensables son sacrificios que significan una muy buena recompensa, toda vez que Boquerón es uno de los mejores campos de la parte norte de la Isla, donde los pastizales son enormes y magníficos y donde el ganado encuentra alimento abundante y asilo seguro, tanto en invierno como en verano.

Concesiones como estas representan un beneficio colosal para el afortunado que las logra obtener y todo sacrificio pecuniario que se invierta en los terrenos significa dinero colocado a intereses, considerables.

Nuestro paso por Boquerón trae a la mente los misterios de la selva virgen. Miles de osamentas de animales vacunos siembran el terreno en toda su extensión; son los restos de los «baguales» que hasta hace poco fueron los únicos pobladores de esos campos.

Las compañías ganaderas de Tierra del Fuego importaron de Europa hermosos ejemplares de ganado vacuno, ganado que estaba llamado a multiplicarse en la Isla y a señalar el principio de muchas riquezas e industrias; gran parte de las reses se escaparon de los campos mal cuidados en que se les guardaba y buscaron refugio en medio de los impenetrables bosques de Boquerón. Allí permanecieron muchos años; la vida salvaje los volvió salvajes (baguales) y llegaron a constituirse en el terror de los habitantes comarcanos.

Por parte de los indios, debieron ser considerados como un gran obsequio de la Providencia, pues venía a proporcionarles una nueva carne para mezclar a su monótono y siempre igual alimento fueguino.

A principios del año 1916, se calculaba en cinco mil cabezas el número de animales vacunos que poblaban Boquerón. Un comerciante de Punta Arenas, don Juan Oeneisen, concibió la idea de beneficiarlos, para cuyo efecto solicitó la autorización correspondiente de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, poseedora entonces de esos campos.

La peligrosa cacería se inició ese mismo año; cuadrillas de peones ingleses contratados *ex profeso* se internaron en la selva y no lograron obtener los resultados que esperaba el concesionario. En la persecución y matanza de vacunos murieron muchos caballos despedazados y gran número de los cazadores se malograron de consideración.

Resultó, pues, que este primer intento de exterminio y de lucro se presentó completamente contrario a los intereses del señor Oeneisen y lo obligó a recurrir al elemento nacional para proseguir los trabajos.

Se organizó una nueva cuadrilla compuesta de quince hombres al mando de los valientes «huasos» chilenos Elías Azócar y Segundo González; nuestros paisanos no sólo aceptaron tan difícil tarea, sino que se lanzaron al monte dispuestos a concluir con los famosos «baguales».

Para estos esforzados cazadores no hubo dificultades; provistos de sesenta caballos fueguinos desaparecieron en Boquerón e instalaron su campamento en el centro de la selva virgen.

En ocho meses cabales se hicieron dueños de los montes; cañadones, quebradas y cerros, fueron recorridos por la famosa cuadrilla de Azócar y González, y en todas partes dejaron huellas sangrientas del empuje exterminador que impulsaba a los jinetes. Uno a uno fueron cayendo bajo los certeros tiros, los cornudos habitantes de Boquerón.

Tanto sacrificio de parte de los audaces cazadores, tenía una recompensa bien reducida; los animales mayores de dos años que se entregaban vivos, eran pagados a razón de dos libras esterlinas, menores de dos años, una libra, y menores de un año no tenían precio, pero se recibían.

Los vacunos defendieron sus vidas con valentía inaudita y sólo sucumbieron después de haber defendido el terreno palmo a palmo.

Muchos momentos angustiosos se relatan de la cuadrilla dominadora de la selva; uno, especialmente, nos retrata los peligros de aquella sangrienta cacería. Se cuenta de un cazador que quedó pendiente de una mata de «leña dura» mientras huía de la persecución de un toro salvaje; el bruto enfurecido, al ver desprenderse al jinete de la cabalgadura, abandonó la persecución de ésta y se concentró a cornear los pies del cazador colgante. Un segundo jinete acudió en auxilio del indefenso prisionero y con maestría sin igual, logró enlazar a la fiera y reducirla a la impotencia. Sin embargo, tan eficaz ayuda no había sido lo suficiente oportuna como el caso lo requería; descolgado el cazador, mostró un pie empapado en sangre y atravesado de planta a empeine por el acerado y agudo cuerno de su atacante. Fue este herido el único que quedó fuera de combate y que se vio obligado a abandonar el trabajo de la cuadrilla devastadora.

Al finalizar los ocho meses de trabajo, Azócar y González daban por terminada su peligrosa tarea y regresaban a Porvenir conduciendo cincuenta y nueve caballos de los sesenta facilitados por la Sociedad Explotadora; sólo uno había perecido durante la penosa y larga lucha con los «baguales».

Las pingües ganancias que debió producir el exterminio de los cinco mil animales salvajes, resultó sólo nominal para la cuadrilla cazadora; los vacunos que murieron a bala en el fondo de los cañadones o en las grietas de las quebradas, no pudieron beneficiarse y, por lo tanto, no se pagaron. Éstos fueron los que constituyeron el mayor número y ningún beneficio dieron a Azócar y su cuadrilla.

Hasta la fecha se conservan en Santa María y Porvenir algunos ejemplares de esos «baguales»; pillados a lazo cuando sólo contaban algunos meses, fueron conservados junto al hombre y, poco a poco, se han ido domesticando. Sólo guardan, como signo de su independencia y pujanza perdidas, sus acerados cuernos provistos de una punta infinitamente penetrante y dura.

Una vez libre el campo de aquellos molestos y peligrosos pobladores, se ha dedicado a la crianza de ganado lanar que, en piños considerables (en total unos diez mil) aprovechan, en compañía de los elegantes guanacos, el abundante y rico pasto que crece a la sombra del «leña dura».

Una mancha de bosque, tupida, corpulenta y frondosa y que vista desde lejos semeja una gran plazoleta, guarda en su seno la casa en construcción que debe constituir el centro de las faenas de la estancia en formación.

Invitados de antemano por el cuidador de la reserva, debemos pasar la noche en medio de este campo solitario, para proseguir, en la mañana siguiente, nuestro recorrido por los campos de Boquerón.

Antes de entregarnos al reposo, nos aproximamos hasta el borde de un enorme precipicio que cae directamente hacia el mar y divisamos junto al horizonte lejano, la silueta deslumbrante de la metrópoli puntarenense. Las luces forman un solo cono colosal y los destellos luminosos, al reflejarse en la inmensa bóveda del cielo, nos señalan el único centro de vida que se agita dentro del insondable caos que nos rodea.

La noche precipita sus sombras sobre la selva y nos obliga a buscar refugio junto al calor del hogar que arde en el centro de la casa a medio construir. Las estufas temperan vagamente el ambiente y, las capas de guanacos, son suficientes cubiertas para preservarnos del frío exterior y del fuerte viento que comienza a levantarse.

Durante el sueño, somos dos o tres veces despertados por un ruido sordo e intermitente que se deja sentir directamente bajo nuestras almohadas. Por muchos esfuerzos que hacemos para librarnos de tan molesto visitante, nada conseguimos en forma efectiva, sólo un momento se produce la calma para volver nuevamente con su monótono y constante golpear. Tenemos pues que resignarnos a seguir escuchando aquel ruido y a mantenernos despiertos una buena parte de la velada.

-Se trata del «cururo» -nos dice el guardador de la reserva-, minero muy común en estas regiones y trabajador nocturno contumaz y empedernido. El famoso «cururo» -agregapuebla en casi toda su extensión a la inmensa Isla de Tierra del Fuego, y al estar en plena faena, como desgraciadamente ocurre esta noche, produce un golpe exactamente igual al

que deja sentir un ariete hidráulico en pleno vuelo. Construye así sus interminables galerías subterráneas y en ellas acumula sus abundantes provisiones que deben servirle de alimento durante todo el invierno; época en que las lluvias invaden los alojamientos y las nieves cierran la puerta de las habitaciones.

El «cururo» es muy semejante en aspecto, forma y tamaño al modesto «ratón de pirca» que conocemos en el centro del país, sólo se diferencia de este por la forma achatada que tiene su cabeza y por la longitud de sus orejas que son muy parecidas a las del conejo. Se alimenta de raíces de arbustos, del pasto silvestre, y del grano que suele encontrar sobre el terreno. Durante el verano se ocupa en recoger provisiones para el invierno y es curioso observar que al final de la temporada de fríos, cuando ya puede salir libremente al exterior, arroja a la boca de sus depósitos, todo el alimento sobrante que le ha quedado después de su obligado cautiverio. Junto con iniciarse el verano, las bocas-cuevas del «cururo» (curureras) quedan completamente cercadas con el sobrante de los alimentos que estos animalitos arrojan al exterior de sus viviendas.

En tiempo de los nativos el «cururo» fue una caza muy estimada por los fueguinos. Es muy curiosa la manera como los indios los atrapaban: provistos de un palo largo y puntiagudo y a una hora determinada del día, generalmente a las doce, aprovechando que el animalito dormía su siesta obligada, el ona se aproximaba cautelosamente hasta la cueva del cururo, se detenía un momento y de improviso hundía el palo en la boca de la galería. Al retirar el arma de madera, sólo se daba el trabajo de tomar el olor a la punta del palo; después se dirigía hacia un nuevo hoyo para repetir igual tarea cuantas veces lo estimaba necesario. Al dar término a un trabajo más o menos prolongado, volvía sobre sus pasos y retiraba una víctima de todas aquellas cuevas en donde el palo había hecho presa. El animalito lo preparaba entero y sin despojarlo del cuero; lo ensartaba en un asador y lo cocía al calor de las brasas de una fogata. Cocido en esta forma no perdía nada de su sustancia y el indio lo devoraba con verdadera glotonería y con la misma sonrisa de satisfacción que toma el gastrónomo, cuando paladea una delicadeza exquisita.

Las «curureras» invaden los campos y el «cururo» es un verdadero devastador de los sembrados. El mejor remedio contra la propagación de este peligroso enemigo de los pastos, lo constituyen las mismas ovejas. Los grandes piños que transitan por los terrenos sembrados de cuevas, no sólo apisonan el suelo, sino que cierran las puertas de las galerías haciendo que sus habitantes mueran asfixiados.

Existen potreros donde el tránsito a caballo se hace sumamente peligroso, el pasto disimula perfectamente la boca de las cuevas y el terreno suelto que bordea la entrada de las galerías se hunde fácilmente con el peso de la pata de la cabalgadura. Si el jinete no es perito y muy listo, rueda por los suelos junto con su montura y hay veces, generalmente cuando se marcha a aires rápidos, en que, jinete o caballo, resultan con algún miembro quebrado.

Tal disertación sobre el molesto minero nocturno, la hemos escuchado semi adormecidos por el persistente ruido del ariete con vida; algunos momentos más y nuestros sonoros ronquidos deben haber apagado o por lo menos han hecho coro al continuo tic-tac subterráneo.

Antes de despuntar el alba somos despertados por un ruido ensordecedor que retumba sobre el techo de la casa; de un salto nos ponemos de pie y volamos hacia el exterior. Un granizo, grande como una avellana, se desploma de los cielos y rebota sobre el piso de los prados. Sólo un momento se precipita aquel bullicioso despertador de la montaña y satisfecho de haber logrado su intento, se retira hacia las nubes en espera de las luces de una nueva aurora.

Desperezados y contentos tomamos el café de la mañana, estimulante al que agregamos un sorbo de «grapa» (aguardiente) que nos deja listos para proseguir nuestro interrumpido reconocimiento.

El panorama no es el mismo del día anterior; se presenta ahora completamente cambiado y atrayente; las colinas han engalanado sus cumbres con la blancura centelleante de la nieve matinal y las inmensas praderas semejan alfombrados colosales cubiertos con millones de diamantes. El sol inicia su lenta marcha hacia las alturas y envía hasta la tierra unos rayos sin calor, luz que se refracta sobre el inmenso sudario de los prados y que estos devuelven convertidos en millares de chispas de colores.

¡Oh! ¡Qué hermosa es esta naturaleza salvaje saturada de esplendores y sujeta a los cambios de un clima caprichoso y frío!

El helado ambiente parece pretender entumecernos, sin embargo, lo desafiamos y arrojados hasta las orejas, nos lanzamos hacia el sitio donde emanan los discutidos gases de petróleo.

Centenares de guanacos pacen tranquilos sobre los pastos que guardan los cañadones; curiosos se aproximan al paso de la cabalgata y sus ojos hermosos y entristecidos, nos contemplan melancólicos como dándonos muestra de una tristeza infinita.

Estos grandes rebaños silvestres y completamente inofensivos, libres hoy de las flechas del indio, tienden a desaparecer bajo el plomo de la carabina o bajo la codicia de aquellos que trabajan con pieles de guanacos. La propia subdivisión de los terrenos se encarga de matar las pequeñas crías y es una poderosa enemiga de la procreación.

Los «caperos» como se les llama a los buscadores de pieles de guanaco, tienen especial predilección y se dedican de lleno a cazar los productos pequeños; el cuero de estos es especialmente adaptable para las capas o sobrecamas; quince a dieciocho gualaquitos son suficientes para la confección de uno de estos abrigos; para las costuras de uniones se emplean los tendones del mismo animal. Es curioso observar que los trabajos análogos que antes efectuaron los onas, son mucho mejor confeccionados y más acabados que los que hoy día presentan los blancos; aquellos no contaron sino con medios naturales para elaborar las capas, estos, en cambio, emplean todos los medios artificiales que les ha dado la civilización.

Referente a la forma como viven estos simpáticos cuadrúpedos, podemos adelantar algunos pormenores. Sólo en cierta y determinada época del año se juntan los machos con las hembras; pasado el período de celo, los sexos se apartan y el macho más fuerte queda al

cuidado del rebaño de hembras. Estas buscan praderas donde el pasto sea abundante, allí tienen sus crías y las amamantan hasta la primavera siguiente. Junto con haber terminado el año de crianza, aparecen nuevamente los guanacos y entonces el pequeño guanaquito obtiene su libertad absoluta.

La velocidad y resistencia de estos animales son verdaderamente extraordinarias; en campo abierto es un problema sin solución pretender dar caza a un ejemplar de quince o veinte días.

Los cazadores conocen perfectamente esta dificultad y jamás se aventuran en persecuciones infructuosas; generalmente arrean las manadas hacia terrenos alambrados, las madres salvan de un salto los cercos y la pequeña cría, cuando se ve sola, busca refugio junto al caballo del cazador y allí es hecha prisionera y ultimada.

A pesar de la vida absolutamente libre de que disfruta el guanaco, es increíble la docilidad con que se presta para vivir junto al hombre; un guanaquito llevado a la casa, resulta mucho más molesto que un niño regalón y consentido. Allí lo observa todo minuciosamente con la curiosidad de sus grandes ojos y su hocico se introduce en todas aquellas partes donde ha desaparecido la mano de su cuidador. Para él, parece que las habitaciones son dependencias que hubiera conocido desde antes de nacer; cuando no se le atiende debidamente, llora y solloza como una guagua y llega a tomar tanta confianza con las cosas domésticas, que se hace insoportable con sus continuas exigencias.

Mientras más nuevo es el guanaco, tanto más apreciado es su cuero; el animal nonato proporciona una piel finísima completamente cubierta con un pelo cespado, blanco y sedoso. Las capas confeccionadas con este último producto son escasas y caras.

Interrumpimos sólo un momento nuestra marcha para contemplar con profundo dolor aquellos rebaños que tranquilamente pacen a nuestro alrededor; al seguir camino adelante, llevamos la íntima convicción de que ese tipo genuino de Tierra del Fuego, tiende a desaparecer en igual forma que sus antiguos amos, los indios, de cuya raza se conserva uno que otro ejemplar degenerado.

Nos encontramos ya próximos al extremo de Boquerón, cuya punta sigue extendiéndose hacia el mar para terminar por sumergirse, casi verticalmente, en las profundas aguas del Estrecho. Descendimos por un sendero angosto y peligroso y una vez en la playa, contemplamos un momento aquellos acantilados inmensos que presentan sus formidables flancos al embate constante de las olas. Aquellos murallones colosales se precipitan desde lo alto, casi en ángulo recto y después de señalar una caída de cuarenta o cincuenta metros, interrumpen su brusquedad para tender sus faldas que van a ocultarse bajo las aguas del mar, en pendiente suave y constante. La baja marea deja al descubierto aquellas faldas que se encuentran tapizadas de infinitos puntos negros, demarcadores de millones de rocas marinas cubiertas de moluscos.

Una exclamación de nuestro guía nos invita a recoger erizos.

Hemos llevado, *ex profeso*, algunos sacos que pronto se repletan con ejemplares de todos tamaños; al abrir algunos, podemos constatar que difieren de los del norte por carecer de camarón; por otra parte las lenguas son grandes y gordas pero no tienen sabor alguno, particularidad que ya habíamos notado en Porvenir. Todos los moluscos y peces de estos mares helados y fríos, con excepción de la fina y aristocrática centolla, carecen casi en absoluto del sabor tan característico en los productos marinos; pejerreyes, robalos, sierras, choros, erizos, etc., etc., tienen un gusto insípido y desabrido que, especialmente a los que llegamos desde el Norte, nos resulta desagradable al paladar.

La nueva decepción que experimentamos con este marisco tan apreciado en el centro del país, hace que apuremos la marcha hacia el sitio desde donde emanan los gases.

Avanzamos con infinitas precauciones a lo largo del inmenso murallón y junto al mar. El dificultoso y accidentado terreno nos da tiempo suficiente para apreciar el peligro inmenso que significa transitar por ese camino obligado, si se desconocen las horas de las diferentes mareas; el agua sube por el corte a pique de ese acantilado, ¡pobre el jinete aquél que, ignorante del peligro, se aventura en hora peligrosa por aquel paso intrasmontable!

Algunas osamentas humanas y otras de caballares y vacunos, aparecen de cuando en cuando, aplastadas por las piedras o los rodados. En 1917, nos cuenta el guía, cuatro jinetes se lanzaron por este pedregoso paso y pagaron con sus vidas la falta de previsión; era la hora maldita de la llena.

Cuando el mar comienza a subir, va muy lentamente sumergiendo a sus víctimas; las aguas salobres y espumosas parecen complacerse en prolongar la agonía humana y tiempo sobrado tienen para recrearse en tan doloroso pasatiempo ¡desdichado de aquel que no huye en hora oportuna o que desconoce los muy escasos puntos que dan acceso al murallón!

Junto con crecer el mar, las olas engruesan y se precipitan a la playa para ir a chocar con fuerza contra los acantilados de la costa; basta un solo golpe bien asestado de esta masa líquida que se agita, para que el infortunado viajero se despedace contra las rocas o agonice al estrellarse contra el pérfido muro. Los cuerpos molidos quedan después juguete de esas olas criminales y el mar se encarga de atraerlos hacia la inmensidad para arrojarlos nuevamente contra el inmenso murallón. De aquel embate constante de los elementos, sólo quedan desparramadas sobre las rocas, las piltrafas palpitantes y sanguinolentas de los que hasta hace sólo algunos momentos fueron cuerpos con vida.

Al retirarse el mar de esta tumba para los vivos, deposita junto a los arrecifes de la costa, los miembros despedazados de las imprudentes víctimas y allí los deja para el espanto de los viajeros y para satisfacción de las voraces aves del Océano.

Anonadados ante el misterio que nos rodea, contemplamos un momento la pérfida quietud del inmenso mar; sus aguas inmóviles y traicioneras parecen tentarnos a permanecer siempre sobre el mismo sitio, convidándonos a la muda contemplación de la belleza natural y salvaje que nos circunscribe. La oportuna voz de alerta dada por el guía, hace que prosigamos la marcha y nos alejemos de aquel funesto sitio que en pocas horas más debe convertirse en desolación y muerte.

Después de una hora de marcha, estamos junto a los gases. Sobre la misma falda del murallón y retirado apenas unos treinta metros de la playa, emergen desde un pozo cuyas aguas parecen hervir, gran cantidad de glóbulos cristalinos que al llegar a la superficie, se rompen y saturan el ambiente con el olor peculiar de la bencina; junto al pozo existe una abertura en la muralla y por aquella boca natural se escapa una cantidad considerable de los mismos gases. Basta la lumbre de un solo fósforo para encender aquel gasómetro; la llama rojiza permanece sobre el pozo hasta el momento en que una subida del mar o alguna lluvia torrencial tapan la boca de esa cañería terrestre.

Actualmente existe una Compañía destinada a explotar estos gases; muchos ensayos se han hecho y muchos análisis se han llevado a cabo con el fin de determinar el origen y procedencia de estas emanaciones. Geólogos extranjeros han venido expresamente a Tierra del Fuego y después de examinar con minuciosidad el terreno, han regresado a sus países llevando, en vasijas especiales, muestras del agua del pozo. Los estudios que puedan haberse hecho en los institutos extranjeros, no han traído ninguna luz para los accionistas de la Sociedad y si algún resultado positivo se ha llegado a obtener, los interesados han guardado muy bien el secreto.

La mayoría de los fueguinos y magallánicos, creen en yacimientos petrolíferos, cuya cuna estaría bajo el mar y en el centro del profundo brazo que separa a Tierra del Fuego de la Isla Dawson. La minoría, tal vez, la menos interesada, opina porque aquellas emanaciones son gases de pantanos.

Por nuestra parte, nos retiramos de aquel sitio compartiendo, casi en absoluto, con la última opinión que dejamos estampada, por lo menos, así nos lo hace concebir la enorme cantidad de pantanos que rodean al pozo.

Al emprender la marcha de regreso, lo hacemos por una gran «picada» (camino en construcción a través del monte) que nos permite ascender muy lentamente, hasta lo alto de los acantilados.

Sobre la corteza de un enorme leñadura vemos trazadas algunas iniciales y una fecha; el guía nos explica que aquello rememora el asesinato de un joven Teniente de la Armada que en compañía de algunos marineros se extravió en esa parte de Tierra del Fuego y buscó refugio en los montes de Boquerón. Una partida de indios que los sorprendió, combatió con ellos y los ultimó a flechazos.

Junto a aquel árbol murió el Teniente, las iniciales grabadas corresponden a los nombres de las víctimas y, el enorme «leña dura», guarda en su corteza de acero, desde hace más de quince años, la indestructible incisión que en él hiciera el cuchillo demarcador. De los indios se encargó el famoso Sam Ishlop.

Tales son las impresiones que recogimos durante nuestro paso por Boquerón, vamos ahora a comentar ligeramente las deducciones a que dio lugar nuestra visita a la valiosa reserva fiscal, separada sólo veintitrés kilómetros de la Capital de Tierra del Fuego.

El valor de Boquerón fue motivo de muchas opiniones; las hubo que aseguraban ser esos terrenos completamente inútiles para la ganadería y para todo cultivo; estas aseveraciones fueron las que dominaron entre los habitantes de Magallanes, por cuya causa la reserva permaneció mucho tiempo sin tener decididos admiradores.

Como fácilmente puede comprenderse, tal modo de pensar pecaba por su base principal, toda vez que en esos inmensos campos pastaban y se multiplicaban más de cinco mil animales vacunos, sin contar los numerosos rebaños de guanacos que vivían en medio de la selva.

González y Azócar fueron los primeros que lanzaron a los cuatro vientos las riquezas de esos suelos.

Hasta el año 1917 nadie se interesó por Boquerón, sin embargo hubo uno, el actual cuidador de la reserva, que hizo las gestiones del caso y obtuvo del Gobierno la concesión de esos campos.

Sin lugar a dudas, el aprovechamiento de esas tierras fiscales impone fuertes sacrificios y grandes gastos. Un suelo accidentado, boscoso y quebrado demanda un esfuerzo considerable hasta quedar apto para recibir ganado lanar; pero estos sacrificios obtienen una muy buena recompensa toda vez que esos montes deben considerarse como uno de los más ricos de la parte norte de la Isla. En tal virtud y sin desconocer que el actual guardador ha cumplido sobradamente con su compromiso, nos cabe una reflexión de capital importancia relacionada con el bienestar de Magallanes.

El paso por Boquerón deja muchas enseñanzas; son del dominio público las dificultades de todo orden que conmueven a esa lejana región; estas dificultades sociales, unidas al monopolio que existe en Punta Arenas y que se refleja directamente en los hogares que no disponen de grandes medios de fortuna, traen la carestía de la vida y el malestar de los habitantes. Consecuencia de ello es el doloroso espectáculo con que se tropieza el viajero y que se refiere a la enorme cantidad de niños pobres que crecen debilitados, con sus piernas torcidas y con sus encías putrefactas. Los artículos de consumo alcanzan precios exorbitantes, la leche fresca se desconoce en los hogares pobres y los alimentos para los adolescentes llegan enormemente recargados a poder del proletario. Personalmente hemos visto pagar la respetable suma de cincuenta y cuatro pesos (año 1919) por un saco de papas y hemos visto pequeños propietarios de carretones que han dado cuarenta y ocho pesos por un fardo de pasto de segundo corte, llevado desde el centro del país.

Al Gobierno, siempre preocupado por el bienestar de su pueblo, le corresponde velar porque aquella región pueda abastecerse con sus propios recursos; sobrados campos tiene Magallanes para dedicarlos a la agricultura y al pastoreo de animales vacunos.

Voluntariamente vamos a apartarnos de consideraciones de orden social en atención a que el lejano Magallanes, azote de la sombra malvada del sanguinario Cambiaso, primer asesino civilizado en aquella región que aún vaga con su espíritu de convulsión y exterminio por los campos patagónicos, requiere un estudio definitivo y rápido encaminado

a extirpar de raíz la obra revolucionaria que vienen ejerciendo los ácratas salvajes, destructores del orden social y del progreso consciente de los pueblos.

La tarea que en este sentido corresponde al Gobierno, es vasta y definida; la labor administrativa está íntimamente ligada a la social y las necesidades y acontecimientos del Territorio señalan muy claramente en que sentido debe el Gobierno dejar sentir su influencia en Magallanes. Doloroso es dar una mirada al pasado y recordar los recientes acontecimientos que han conmovido la vida y bienestar de aquellos pueblos; fantástico parece el surgimiento colosal de Punta Arenas, progreso enorme y palpable que sólo lo debe al esfuerzo y constancia de sus hijos, luchadores en una región lejana donde muy poco se ven los beneficios y la preocupación del centralismo que impera en nuestra República.

En nuestro altivo país sólo se remedian los males cuando se han producido con todas sus funestas consecuencias y jamás se ha tratado de tomar determinaciones definitivas cuando los gérmenes de aquellos males se presentan como avanzadas pregoneras de futuros acontecimientos. Magallanes alberga en su seno el nefasto germen de la revolución social; Magallanes es un centro abierto e inmensamente rico adonde acuden centenares de ácratas de todas nacionalidades, falsos predicadores de una doctrina que no creen pero que admiten, porque ella les da vida y bienestar a cambio de la especulación de que hacen víctimas a los confiados y tranquilos obreros del Territorio. El germen desquiciador de las colectividades honradas, ha incrustado su ponzoñosa garra en aquel centro de actividad y de industria, y periódicamente hace y hará temblar al Territorio, con la virulencia de su veneno.

Las úlceras se cauterizan, los miembros gangrenados se amputan y los animales venenosos se aplastan y se destruyen. Estos remedios radicales, causan dolor en el paciente, lo debilitan o anonadan un momento, pero le dan la vida y le devuelven la salud.

Magallanes reclama a voz en grito la mano enérgica del facultativo, reclama una consciente organización administrativa, reclama el aliento vivificador de los poderes constituidos tan parcamente desparramado en la zona central del país, reclama con voz poderosa una definida legislación social, reclama, en fin, lo que el Gobierno debe darle, es decir, lo que el Gobierno no ha querido darle nunca.

El propio alejamiento en que vive Punta Arenas y por sobre toda consideración, los inmensos capitales extranjeros que se encuentran invertidos en aquellos campos, exigen la benevolencia y atención de los poderes públicos; nuestra soberanía nacional así lo reclama, exigencia que descansa sobre una base de justicia y de derecho y que desea mantener firmemente afianzado al país un suelo que está sujeto a conmociones peligrosas y luchas violentas, en defensa de cuyos capitales amenazados pueden primar intereses que nos abstenemos de considerar.

Hoy por hoy, los pueblos de Magallanes deben considerarse los centros de vida más difíciles y más caros de toda la República; para lo primero ya hemos señalado el remedio, lo segundo, lo declaramos con la íntima convicción del que ha visitado esas regiones, ha profundizado sus exigencias y conocido la riqueza de los suelos del Territorio, es un mal

cuya base descansa en la desidia y abandono en que se mantiene a aquellos emporios de producción.

Como lo hemos dicho antes, nuestra visita a Boquerón nos dejó lecciones y experiencias que jamás olvidaremos.

El Decreto Supremo a que hemos hecho referencia y que lleva el N.º: 467 de fecha 4 de octubre de 1918 deja esta reserva fiscal en poder de un cuidador que aprovecha las pastadas en beneficio propio sin exigirle otro trabajo que la entrega de leña a las oficinas fiscales de Porvenir. No queremos entrar a profundizar el espíritu de este Decreto, toda vez que él fue dictado en tiempos que se desconocía casi en absoluto el valor de las tierras de Boquerón dado el poco interés que, por ellas, habían demostrado los fueguinos. Estimamos sí que esa medida fue muy acertada porque ella encierra un principio de interés por guardar las cosas de bien público en atención a que la reserva, manteniéndose completamente abierta a las exigencias de los pobladores, podía sufrir enormemente con la explotación sin medida de los montes que guarda; cada necesitado usufructuaba de sus beneficios a su libre albedrío.

El Decreto en referencia cortó a tiempo este mal y aseguró para los habitantes de Porvenir y sus alrededores, un colosal depósito de combustible que se mantendrá inagotable por el espacio de muchos años.

Pero ante las exigencias de vida de todo un Territorio, creemos de necesidad adelantar algunas objeciones encaminadas al bienestar social del proletariado de Magallanes y al progreso agrícola de toda aquella vasta región.

Los campos de Boquerón son tierras magníficas que se prestan admirablemente para la agricultura y la ganadería mayor. Después de observar atentamente las causales que originan el raquitismo infantil de Magallanes, llegamos a la conclusión tantas veces expuesta, que ello se debe exclusivamente a la carencia de alimentos de primera necesidad para el desarrollo del niño.

Muchas veces hemos dicho que el territorio puede y debe abastecerse con sus propios medios. Jamás se ha dado un paso en este sentido; los inmensos campos permanecen acaparados por firmas bien conocidas y las tierras sólo alimentan ovejas, como si este producto fuera el único que puede vivir y desarrollarse en aquella región.

Cualquier viajero que visite Boquerón, se convencerá de lo erróneo que es este principio. Los altos bosques de la reserva son suficiente abrigo para que los pastos permanezcan libres de la nieve durante todo el año, los suelos son de una fecundidad asombrosa y los tubérculos y verduras encuentran vasto campo para un desarrollo seguro y rápido. Este último año, el guardador de la reserva, hizo grandes siembras de papas, a nuestra vista efectuó la cosecha de una parte de sus sembrados y, verdaderamente, quedamos estupefactos al apreciar la bondad de las tierras; hortalizas se producen doquier se planten, cebada y avena crece vigorosa y se desarrolla enorme. Si a esto agregamos la crianza natural de los exterminados vacunos de Boquerón, llegamos a la conclusión de que solamente en la reserva puede producirse gran parte de lo que Punta Arenas importa, no

sólo desde el Norte del país y de la República Argentina, sino aquellos productos que se traen de los puertos portugueses. Sobre esto último vamos a hacer una pequeña aclaración; la papa, la cebolla, la uva, etc., etc., se trae con igual preferencia de nuestros puertos como de los puertos portugueses; para muchos puede esto parecer una exageración, sin embargo, ello es absolutamente verídico. El monopolio y los enormes fletes a que están sujetos nuestros productos naturales, hace que se presenten en igualdad de precios y a veces de un valor superior a los productos extranjeros. Baste citar el hecho acaecido en 1919 en que un saco de papas se vendió en Porvenir en la suma de cincuenta y cuatro pesos (en la misma época este artículo fue cotizado en Natales en setenta y dos pesos el saco) y un fardo de pasto en cuarenta y ocho pesos, para aceptar artículos similares extranjeros de un valor de venta muchas veces inferior al nacional. En el territorio se venden las cebollas a diez pesos la docena, las lechugas sólo tienen precio de ocasión; nada queremos decir de las sandías y melones, son artículos de lujo y su valor jamás baja de doce o quince pesos.

Para contrarrestar estos abusos incalificables es que sometemos al sano criterio de la opinión pública el mejor y más consciente aprovechamiento de las enormes reservas que aún mantiene el fisco en poder de las grandes compañías o bajo la mano de un cuidador que mucho aprovecha en beneficio propio y nada da en beneficio del país y de la población necesitada de Magallanes.

Jamás hemos pretendido combatir intereses personales, bien la tenga quien bien la hubo, pero no podemos silenciar lo que muchos han silenciado tal vez por no conocer el valor de aquellos terrenos o tal vez por desconocer las necesidades de la población.

Decir que el pueblo de Magallanes es rico, es decir una mentira; la clase proletaria de Magallanes no es rica, lo que hay de verdad es que los salarios son muy subidos, pero estos salarios están en relación directa con los precios enormes a que alcanzan los artículos de primera necesidad.

Todo el dinero con que se paga al proletariado, sale de una caja que podríamos considerar como «caja común». Este capital es de un monopolio al cual nada importa subir salarios y satisfacer exigencias o peticiones de huelgas.- ¿Qué el huelguista pide un 15% un 20% o un 30% de aumento de jornal? Con seguridad que después de un corto cambio de ideas y de un formulismo dificultoso, se concede lo pedido. Ello en nada afecta a las firmas dirigentes; pocos días después se han subido los artículos de consumo en una cantidad que guarda analogía con las exigencias de los peticionarios, por esta causa el «tira y afloja» constituye una polea sin fin que siempre tiene como término la caja de caudales.

El único verdaderamente damnificado del Territorio, es el empleado público. Este servidor de la Nación está sujeto a un sueldo determinado y cada exigencia de los huelguistas y cada alza en los precios del comercio, repercute en forma funesta y dolorosa en su presupuesto de vida.

Hemos visto jornaleros que ganan cuarenta y hasta cincuenta pesos diarios, sin embargo, se muestran descorazonados cuando deben pagar los enormes precios que hemos anotado, para procurarse sus medios de subsistencia y de trabajo.

Magallanes no tiene razón alguna para tener una vida tan cara, Magallanes puede proporcionar a sus habitantes los artículos de primera necesidad.

Tierra del Fuego tiene todavía muchas reservas fiscales, Tierra del Fuego reclama y pide la subdivisión de los suelos. El Gobierno tiene la obligación de atender este humanitario pedido y debe dedicar parte de sus mejores actividades en beneficio de esos suelos australes.

Entendemos que dos o tres años son suficientes para que el guardador de la reserva de Boquerón obtenga centuplicado el capital que haya podido invertir en la mejora de esos campos, ninguna pérdida se ocasionaría en los intereses de ese guardador, recuperando para el Fisco y para el provecho de los habitantes de Magallanes, una reserva que tan útiles y positivos servicios puede proporcionar al territorio.

Sin gasto alguno sino con mucho beneficio y provecho para las arcas fiscales, se puede convertir a Boquerón en una magnífica Escuela Agrícola y Ganadera. La creación de este plantel de enseñanza señalaría un paso trascendental en beneficio de los suelos magallánicos y de la población del Territorio. Una Escuela agrícola y Ganadera marcaría nuevos rumbos al porvenir de esos campos y la vida propia de esa inmensa zona austral, quedaría completamente asegurada. Aún más, nos atrevemos a adelantar que desaparecería gran parte de ese malestar social que agita a la clase proletaria y, por ende, las revueltas y huelgas se harían, cada vez más escasas y menos formidables.

Una crianza de vacunos en la reserva, podría surtir de abundante, buena y barata leche a toda la población de Punta Arenas y Porvenir; los niños tendrían un alimento seguro y sano, y tal vez desaparecería de aquella región el mortífero raquitismo infantil. A cuantas industrias podría dar vida Boquerón, queda al criterio de quien lea estas memorias.

Y para que no se nos tilde de ilusos o de fantásticos en nuestras apreciaciones, estampamos a continuación dos documentos que tienen relación con Boquerón, y cuya copia nos fue facilitada por los señores J. y J. Stipicic durante nuestra corta estada en Punta Arenas.

De la autenticidad de estos documentos respondemos, toda vez que de ellos quedó copia en la Subdelegación de Porvenir el 5 de abril de 1918.

El primero dice así:

«CONVENIO DE SOCIEDAD.- Entre don Antonio Kuzmanic por una parte y los señores Jerónimo y José Stipicic por la otra, se ha convenido el siguiente contrato: -1) El señor Antonio Kuzmanic gestionará del Supremo Gobierno la ocupación por arrendamiento o concesión del campo de la reserva fiscal de Cabo Boquerón en Tierra del Fuego, de una superficie de más o menos tres mil (3000) hectáreas.- 2) Los señores Jerónimo v José Stipicic tendrán la onción sobre la

mitad de los derechos, que el señor Antonio Kuzmanic obtenga sobre el campo de referencia, mediante el pago al señor Kuzmanic de la mitad de los gastos de gestiones.- 3) En caso de hacerse efectivas las dos cláusulas precedentes del presente contrato, las dos partes contratantes se comprometen hacer extender la respectiva escritura pública de Sociedad.- Hecho en Punta Arenas en dos ejemplares de un mismo tenor y a un solo efecto a doce días del mes de noviembre de mil novecientos diecisiete.- Fdo. A. Kuzmanic.- Fdo. J. y J. Stipicic.- Testigos: Fdo. J. Suitanic.- Fdo. Y. Suitanic».

El segundo dice:

«Señor Presidente de la Honorable Junta de Alcaldes.- J. y J. Stipicic, dueños de carnicería, a V. S. respetuosamente exponemos que, como no tenemos campo para el pastoreo de animales destinados al beneficio durante los meses de invierno, y sabiendo que la Hon. Junta de Alcaldes está autorizada para disponer del Lote B. de la reserva fiscal de Tierra del Fuego denominada BOQUERÓN, venimos a solicitar se nos conceda dicho Lote en arrendamiento bajo condiciones siguientes: Nos comprometemos a pagar un canon de arrendamiento mensual de \$15.000.- (quince mil pesos) por el término de 20 años. También nos comprometemos de dar a los vecinos del pueblo de Porvenir las mismas facilidades de que ahora gozan para la extracción de leña para lumbre de sus hogares, y haciendo además para su mayor comodidad un potrero de cien hectáreas al lado de la puerta de entrada a dicho campo, donde los vecinos podrían pastorear sus animales durante la noche. A la terminación del contrato las instalaciones, alambrados y demás mejoras que hiciésemos en el campo quedarían a beneficio del Fisco.- También estamos dispuestos a considerar cualquiera cláusula adicional que esa Hon. Junta creyese necesario agregar al contrato.- Punta Arenas, 2 de abril de 1918.- Es gracia.- Fdo. J. y J. Stipicic».- Hay un timbre que dice: «J. & J. Stipicic.- 2 abril 1918.- Punta Arenas (Chile)».

Boquerón, según la Oficina de Mensura, tiene alrededor de tres mil hectáreas, por el documento que antecede el lector podrá formarse juicio cabal que el valor de esas tierras es superior a cinco pesos la hectárea, así lo deja ver aquello de que «las mejoras y alambrados e instalaciones queden a beneficio fiscal», amén de aquello:

«También estamos dispuestos a considerar cualquiera cláusula adicional, que esa Honorable Junta creyese necesario agregar al contrato».

Como se ve, Boquerón puede producir mucho más de lo que hoy día produce, pero es el caso de no considerar a aquellas tierras como campos que deben cederse en concesión, debemos considerarlos como tierras de bien público que deben pasar a manos del Fisco para bien del país, para mejorar la situación del proletariado de Magallanes, para dar un gran impulso agrícola, industrial y ganadero a la región y para dar mayor valor a todos esos suelos que, hoy por hoy, permanecen desconocidos en sus riquezas e inexplorados en sus múltiples productos.

Dejamos cerrado este capítulo en la evidencia de que los verdaderos patriotas dirigentes del país, sabrán apreciarlo debidamente y considerar que no nos guía otro propósito que el bienestar y la grandeza nacional.

Capítulo VI

Viaje hacia el interior de la Isla Grande

Situación geográfica de la Isla Grande de Tierra del Fuego.- Parte norte de la Isla.- Los ríos.- Los Lagos.- Clima.- Visita a la Estancia «Caleta Josefina».- El Hotel Baquedano.- Un pequeño museo en el corazón de Tierra del Fuego.- Río del oro.- Accidentes sobre la ruta de marcha.- Bahía Inútil.- Un terreno difícil.- Los caminos de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego.- «Puerto Nuevo».- Los «Paravientos».- «Caleta Josefina».- El Señor Charles L. Donaldson.- Distintas actividades de la Estancia.- El galpón de esquila.- Vida de los obreros.- El «comedor grande».- La señora Donaldson.- Consideraciones de carácter general.

Antes de emprender el largo recorrido hacia el interior de la Isla, nuestro amable compañero de viaje estimó prudente, hacer un pequeño estudio sobre la carta.

Al efecto, aquella misma noche nos instalamos junto a una pequeña mesa y con la ayuda de una buena lámpara a petróleo, recorrimos, en la carta, los campos que más tarde debíamos visitar.

La gran Isla de Tierra del Fuego, con sus numerosas islas adyacentes, se extiende desde «Punta Anegada» que arranca hacia el Polo a partir de medio grado al sur del

paralelo 52, y termina en el Cabo de Hornos que se pronuncia, distante sólo algunos minutos, al norte del paralelo 56.

Su ancho mayor corre de S. E. a N. O. y está señalado desde el cabo San Diego, próximo al meridiano 65, en la Península Mitra de propiedad Argentina, para terminar en el cabo Deseado, a 15 minutos del meridiano 75.

De la Gran Isla, sólo corresponde a Chile una superficie de 28 mil kilómetros cuadrados, el resto es argentino. La Isla tiene un total de 48 mil Km². El límite entre las dos naciones corre directamente de N. a S., entre los meridianos 68 y 69 inicia su avance junto al cabo Espíritu Santo y termina en el canal Beagle, en las proximidades de Ushuaia, población perteneciente a la vecina República.

El cabo Espíritu Santo está colocado en los 52° 40' latitud Sur y coincide con el meridiano 68° 37' Oeste.

Después que el límite toca las aguas del canal Beagle, dobla bruscamente hacia el Este y se dirige hasta el Atlántico por el centro del angosto canal inter-oceánico. Al salir al mar abierto, cambia rumbo hacia el Sureste y deja en poder de la Argentina no sólo la parte oriente de Tierra del Fuego, sino también las islas e islotes de «Los Estados».

A Chile corresponde toda la parte occidental de la Gran Isla y la austral que se desprende desde el Sur del canal Beagle hasta el Cabo de Hornos. La tierra chilena más oriental, está marcada por la isla Nueva, distante 32' del meridiano 66; ella cierra la ancha abertura marítima que separa a las dos importantes islas de Picton hacia el Norte y Lénnox hacia el Sur, ambas de propiedad chilena.

Tierra del Fuego presenta dos grandes porciones que difieren enormemente entre sí; la línea que se prolonga desde Bahía Inútil hasta Bahía San Sebastián, separa estas dos porciones que se diferencian, tanta por el clima, como por su flora y fauna.

La que queda al Norte carece en absoluto de bosques y el pasto sólo se desarrolla en el sentido de su altura, dentro de las innumerables vegas de sus extensos cañadones; en el resto del terreno, los pastizales son abundantes y robustos, pero no sobrepasan de cincuenta a sesenta centímetros de longitud, a causa que para defenderse de los grandes vientos, deben de crear raíces poderosas. Los cerros no son muy altos y los picos más elevados sólo suben hasta 600 metros sobre el nivel del mar. Las aves y animales que ya conocemos, son los pobladores de esta región.

La porción sur de la Isla, se caracteriza por ser ella abundante en inmensos bosques de roble y porque sus suelos son creadores de pastizales exuberantes que se desarrollan en forma prodigiosa. La flora va apareciendo más formidable a medida que más se avanza hacia el Sur y los altos cordones se empinan mucho más elevados que en la región del Norte.

La temperatura de esta zona es más fría que la de la anterior.

Parece que estas dos grandes secciones de la Isla Grande, estuvieron separadas, antiguamente, por un ancho brazo marítimo, que debió correr por la sensible depresión que hoy une el fondo de las dos bahías nombradas. Esta creencia se deriva de las distintas observaciones recogidas por los viajeros que han recorrido aquella zona, del principio que sostenemos y que se refiere al levantamiento paulatino del inmenso archipiélago y de algunas tradiciones que hemos oído y que relataremos a su debido tiempo.

Casi toda la parte Norte de la Isla se encuentra en manos de la Sociedad «Explotadora de Tierra del Fuego», con excepción de los terrenos que quedan inmediatamente al norte de Bahía Porvenir que pertenecen a la Sociedad Gente Grande, y parte de los que están al Sur de la misma bahía que han sido rematados por los pequeños estancieros.

La Compañía Explotadora tiene establecidas, en la zona nombrada, cuatro grandes estancias, a saber: 1.^a «Río del Oro» en el fondo Norte de Bahía Felipe; 2.^a Spring-Hill en las inmediaciones de Punta Espora; 3.^a Caleta Josefina, en el fondo de Bahía Inútil y San Sebastián en las proximidades de la Bahía del mismo nombre. Cada una de estas estancias cuenta con extensiones enormes de terrenos que fluctúan entre 150 y 250 mil hectáreas.

Los caminos que unen a todos estos establecimientos ganaderos, son de primer orden y están bien cuidados.

Según los datos que hemos recogido y los que nos suministra la carta, debemos comenzar el recorrido por Caleta Josefina. Las distintas distancias y la red de caminos, las tenemos anotadas; ellas nos señalan el siguiente kilometraje: Porvenir a Baquedano 35 kms. -Baquedano a Discordia 20 kms. -Discordia a Caleta Josefina 35 kms.

Desde este último punto el camino se bifurca en tres direcciones, a saber: 1.^a- Se dirige hacia el Este y a la estancia San Sebastián, 50 kilómetros; 2.^a- parte al Sur bordando Bahía Inútil y llega a la estancia Cameron, 45 kilómetros; 3.^a- se dirige al N. O. y, después de recorrer ciento once kms. llega a la estancia Spring-Hill. Partiendo de Caleta Josefina, el viajero encuentra los siguientes puntos de descanso: Kilómetro 35 China Creek (sub-sección de Caleta Josefina), kilómetro 50 Bella Vista, puesto de Spring-Hill, kilómetro 75 Ekwern, sub-sección estancia Río de Oto, kilómetro 111 Spring Hill. Desde este último punto el camino se bifurca en dos, uno va al norte y llega a Punta Espora, 25 kilómetros, el otro, bordeando la playa se dirige al E. y llega al cabo Espíritu Santo, punto por donde corre la línea divisoria con la República Argentina, pasando antes por la sub-sección Cuarto Chorrillo distante 27 kilómetros y Punta Catalina 30 kilómetros; desde este último punto se dirige al Sur, pasa por Cabo Espíritu Santo y llega a Río Cullén, República Argentina, 35 kms. sigue a Fillaret (sub-sección San Sebastián) 35 kms. y llega a San Sebastián, distante 40 kms. de Fillaret.

Desde Spring Hill parte un camino hacia el Sur y su recorrido es el siguiente:

Spring-Hill a Ekwern 26 kms., Ekwern a Bahía Felipe (estancia Río del Oro) 35 kms., Bahía Felipe a Sarita (sub-sección Gente Grande) 25 kms., Sarita a Gente Grande 15 kms., Gente Grande a Porvenir 30 kms.

Éste es el total de la red de caminos que cruza la parte Norte de la isla y es la única vía de comunicación que une a los diversos puntos poblados.

Hemos creído conveniente anotar los distintos kilometrajes porque ellos señalan los escasos puntos poblados de esta inmensa extensión de terrenos; únicos centros de refugio para los viajeros y lugares obligados de hospedaje y descanso para la gran cantidad de trabajadores que recorren a pie la Isla completa.

La línea telefónica corre paralela e inmediata a los caminos.

Todo el terreno que queda comprendido entre los kilómetros que hemos indicado, carece de recursos de toda especie, el caminante encuentra agua en las partes altas, y en las bajas, muy de tarde en tarde; la generalidad es salobre y pésima para la bebida.

En el verano, atendiendo al poco calor de la temperatura, estos recorridos se hacen con relativa facilidad; no pasa lo mismo en el invierno: la nieve, la escarcha y los grandes fríos impiden los descansos: ¡Desgraciado de aquél que se abandona un momento y se detiene a reposar un instante! La obra destructora del frío entumece las extremidades y escarcha los miembros.

Hemos visto muchos de estos infelices que, obligados por las circunstancias, han pasado una noche a la intemperie; ha habido necesidad de recogerlos y transportarlos a Porvenir; la amputación de sus miembros amoratados y escarchados ha sido la única salvación contra la gangrena que pronto comienza a apoderarse de todo el cuerpo.

A pesar de las dificultades de tránsito que se dejan señaladas, ellas no son obstáculo suficiente para que un número bien apreciable de trabajadores haga una vida nómada en tiempos en que las faenas se paralizan, precisamente en el invierno, y recorran la Isla en todas direcciones.

LOS RÍOS

En la parte que tratamos, todos los grandes ríos nacen de los montes «El Cordón» y sus tres cursos están bien marcados.

El curso superior se caracteriza por correr en cañadones profundos y sumamente accidentados; la mayor parte de los afluentes son recibidos en esta parte.

Después de descender de los montes de «El Cordón», los ríos entran a recorrer cañadones anchos y sumamente extendidos. Estas depresiones del terreno revisten formas caprichosas y, como están encerradas por altas colinas, tienen poco declive, obligando a que el río dé mil vueltas buscando su cauce.

Algunos de estos cañadones, el de Bella Vista, por donde corre el río Side que va a desembocar en Bahía Lomas, tiene 50 Kms. de largo y su ancho varía entre dos y tres kilómetros. El terreno está constituido por grandes vegas y pantanos.

El curso inferior se encuentra muy próximo a la desembocadura y, los ríos, sin gran corriente, se ven obligados a salvar un terreno arenoso que consume gran parte de su caudal.

Todas las arenas fluviales son auríferas y sobre los lechos de los ríos están instaladas las construcciones y las maquinarias que constituyen las dragas extractoras de oro.

Ninguno atraviesa los grandes lagos salados y sus aguas son cristalinas y potables.

Todos los ríos de la zona que nos ocupa, tienen dirección general de Sur a Norte y, después de abandonar el cordón, van a morir en las aguas del Estrecho.

Los mayores son tres: el Río del Oro que debe su nombre a la gran cantidad de metal amarillo que ha proporcionado; nace frente a Bahía Porvenir y, separada de ésta apenas unos 30 kms. recorre todo el centro Norte de la Isla y va a desembocar en Bahía Felipe. Sobre él y próximo a la costa se encuentran instaladas las construcciones principales de la Estancia Río del Oro.

Río Óscar, que nace próximo y un poco al E. del anterior, corre paralelo a Río del Oro y va a desembocar en Punta Piedra de Bahía Felipe.

Río Side nace en el centro del cordón, y después de recorrer el hermoso cañadón de Bella Vista, va a desembocar, formando cuatro deltas, en Bahía Lomas. En la misma bahía desembocan el Río Pantanos, el Cuarto Chorrillo y el Calafates, pequeños y sin importancia.

El resto de la red fluvial no reviste mayores consideraciones; constituyen ríos de un solo curso y de trayecto muy corto.

Los más importantes son: el chorrillo Porvenir, que desemboca en la bahía del mismo nombre, el Rosario, Esperanza, Río Nuevo y Centenario, que desembocan en la ribera norte de Bahía Inútil.

Los que van a morir al Atlántico son de curso más pequeño que todos los nombrados; el arroyo Virasoro, que desemboca próximo al cabo Espíritu Santo, los arroyos Alfa y Beta, al sur de este cabo y en Territorio Argentino. El más importante es el Río Cullén que tiene dos cursos: el superior, compuesto de dos brazos, corre por tierras chilenas, el inferior, de un solo brazo corre por tierra argentina hasta su desembocadura en el Atlántico.

Todo su curso es encajonado; sólo al llegar al mar, se extiende y atraviesa un amplio campo de arena, sumamente peligroso para los viajeros, en atención a que es el camino obligado de tránsito; este arenal está muy próximo al mar.

El caudal de aguas que corresponde a cada río, tiene dos épocas bien marcadas, el verano y la primavera. En la primera, se muestran débiles y casi agotados, la ancha vía que

conduce las aguas parece demasiado grande para el objeto a que está destinada. La primavera, en cambio, convierte estos pequeños arroyos en torrentes invadables.

La corriente tranquila y pequeña que muestran en el verano, desaparece durante el invierno, y el inmenso cañadón que les sirve de echo, se repleta de nieve hasta quedar al nivel de las colinas que lo forman. En todo el cordón desaparecen los altos y bajos formados por los accidentes del terreno; la nieve se encarga de nivelar estas depresiones, haciendo aparecer este inmenso campo como una sola costra blanca sin depresión alguna.

Los primeros deshielos de la primavera convierten el cordón en inmensos y peligrosísimos pantanos y toda idea de transitabilidad queda nula.

Poco a poco las aguas se van filtrando y la enorme corteza de nieve, socavada por su base, se precipita hacia los cañadones, formando ríos caudalosos, surcados por hermosos témpanos de hielo. En esta parte reciben casi todos los afluentes, muchos de ellos improvisados y se precipitan después en demanda de su curso, cubriendo inmensas extensiones de terrenos y, con un caudal profundo, corren en forma de torrentes, invadiendo gran parte de los campos poblados por animales. Infeliz del estanciero que no reúne a tiempo su ganado; el río aplasta, sepulta o arrastra todo aquello que quiera interponerse a su paso.

En el curso inferior, también causan destrozos; el año que acaba de pasar, Río del Oro convirtió en isla el caserío de la estancia del mismo nombre; paralizó los trabajos y los moradores tuvieron que usar botes para comunicarse con el resto de la isla; esta inundación demoró más de un mes.

Junto con llegar el verano, las vías fluviales reducen sus aguas y las grandes extensiones de terrenos que fueron inundadas en la primavera, se presentan cubiertas de hermosos pastizales ofreciendo sus primicias al ganado, ávido de alimento sano y abundante.

LOS LAGOS

Como ya se ha dicho, todos son salobres y en su mayoría se encuentran situados en las proximidades de las riberas de la Isla. Tomados en su continuidad, aparecen como una ancha faja de agua separada del Estrecho por una angosta costra terrestre. No tienen desagüe por medio de la red fluvial, parece que todos mantienen comunicación subterránea con las aguas del Estrecho; los deshielos, que generalmente se precipitan a los ríos, no son suficientes para proporcionar a estos lagos o lagunas, el caudal necesario de aguas para darles vida.

El solevantamiento terrestre que llegó a formar la gran isla de Tierra del Fuego, dio ocasión para la formación de estos lagos, es decir, las grandes depresiones del terreno mantuvieron sus aguas salobres y constituyen hoy día la gran faja de agua salada que se extiende próxima a la costa y se alimenta con las aguas marítimas.

Casi todos ellos se mantienen en la parte Oeste de la Isla y algunos, como la laguna de los Cisnes, ofrecen altas y bajas mareas que siguen en su vaivén a las que se producen en las aguas del Estrecho.

De algunos de estos lagos se extrae sal en abundancia. Los productos son tan puros que no sólo se les emplea para salar cueros, sino que se les usa en las mesas como sal de comer, tiene un sabor a yodo muy marcado.

Manteniéndonos siempre en la parte Norte de la Isla, a partir de Cabo Boquerón, nombraremos las lagunas que más interés ofrecen al viajero, no sólo por el color de sus aguas, sino por sus grandes dimensiones. Todas quedan a orillas del camino de marcha, que corre entre éstas y las aguas del Estrecho.

1.º- La laguna Barrosa o Santa María; esta laguna está separada del Estrecho por una faja angostísima de terreno, faja que no tiene más de cincuenta metros de ancho, llegando, en partes, a abarcar solamente diez metros; 2.º- Laguna Azul; 3.º- Laguna Mac-Kay; 4.º- (Bahía Porvenir), nombramos a esta bahía entre las distintas lagunas, porque ella está llamada, si no se draga, a convertirse en tal. Desde hace diez años a esta parte, la boca de la bahía, que mide 1.5 kilómetros.

Al norte de esta bahía se encuentra la pequeña «Laguna de la sal», de ella se extrae la sal no sólo para Porvenir, sino para surtir el mercado de Punta Arenas.

Poco más al norte de esta última, se extiende la gran Laguna de los Cisnes, abarca una extensión mayor de siete kilómetros, por un ancho que fluctúa entre 3 y 4 kilómetros.

En el interior de este lago se levantan siete islotes de 3 a 4 hectáreas cada uno, cubiertos por una capa de guano de aves marinas, que tiene, en partes, un espesor mayor de un metro.

Siguiendo siempre hacia el Norte, encontramos la «Laguna Verde». «Laguna Serrano» y «Laguna Turbia», esta última próxima a la Bahía Gente Grande. Todas son productoras de sal fina.

En todo el resto norte de la Isla no aparece ningún otro lago de consideración; en el centro tampoco existen, únicamente vuelven a encontrarse en la depresión que queda entre los montes de «El Cordón» y la Sierra de Carmen Silva.

En general, deben su nombre al color de sus aguas; constituyen el albergue nocturno de las aves marinas y carecen de peces, pues sus moradores las abandonan durante el día, horas que aprovechan para trasladarse hasta el mar en busca de alimentos.

Las aguas son frías y el termómetro sumergido en ellas, en época de verano, marca generalmente, cero grado.

CLIMA

Cada región del inmenso territorio de Magallanes, en lo que a clima se refiere, reviste sus características especiales. Tierra del Fuego debe considerarse completamente ajena a la parte continental que se encuentra situada en la misma latitud pues, las grandes variaciones atmosféricas se dejan sentir con mayor fuerza en todos esos centros del territorio que carecen de la defensa natural que representan los prolongados montes con que la sabia naturaleza ha dotado a los distintos y extensos campos del territorio.

La Isla reúne dos porciones bien diferentes y cada una de ellas debe considerarse por separado. La parte Norte, expuesta constantemente a los fuertes vientos que soplan desde el Sur y Oeste, no presenta obstáculo alguno de defensa contra el peligroso y molesto visitante, por esta causa, en la época de fríos intensos, el ambiente exterior centuplica su fuerza helada y hace casi imposible el tránsito a través de los campos.

Sin embargo, estas épocas están muy marcadas y no son periódicas; se presentan de tarde en tarde y especialmente en el invierno, estación durante la cual las faenas estén paralizadas y la actividad de los fueguinos puede considerarse reducida a un trabajo que se desarrolla dentro de los hogares.

En toda la parte central de nuestro país y muy especialmente en la zona más poblada, se ignoran, casi absolutamente, las bondades climatológicas de la región sur del territorio de Magallanes.

Las noticias que hasta la fecha se han difundido en el país son erróneas y se derivan en su mayor parte, de las impresiones que los turistas logran recoger durante su peregrinación por los canales.

La proximidad de los altos cordones nevados, la vista de los constantes y hermosos ventisqueros que precipitan sus avalanchas de hielo hasta el nivel mismo de las aguas marinas y, por sobre todas estas cosas la fría temperatura que no se experimenta durante la larga navegación por los canales Messier, Wide y Sarmiento, impresionan falsamente al navegante haciéndolo concebir un clima más crudo mientras más avance hacia las regiones australes.

La extensa zona que se extiende desde el Sur del Golfo de Penas hasta la terminación del Canal Wide, puede y debe considerarse como una faja de transición entre dos zonas igualmente productoras y valiosas.

Aquella faja es árida, inexplorada y muy fría; la vegetación es sumamente escasa y en partes completamente nula. Tal impresión obra fuertemente en el ánimo del viajero y le hace aceptar igual naturaleza y clima para todo el territorio de Magallanes.

Sin embargo, y gracias a que en estos últimos años algunos voceros autorizados se han encargado de pregonar las bondades climáticas de Punta Arenas, Natales y Tierra del Fuego, se ha iniciado una corriente, pequeña es cierto, de atracción hacia la región austral, desvirtuándose poco a poco el falso concepto que presenta a Magallanes como una tierra ajena a la civilización y que, por su posición geográfica, fue mucho tiempo considerada

como una región helada, susceptible de permanecer casi todo el año sumergida bajo el hielo de los polos.

Por sobre todas estas consideraciones se destaca la prolija fuente de informaciones que anualmente proporciona el «Instituto Meteorológico» que funciona bajo la sabia dirección de los Padres Salesianos de Punta Arenas.

Conviene apuntar de paso que esta estación meteorológica no recibe ninguna ayuda de parte de nuestro Gobierno, ella funciona y se mantiene con sus propios recursos y con una pequeña subvención del Gobierno argentino, nación mucho más preocupada que la nuestra, del estudio, progreso y bienestar del territorio y de sus habitantes.

Trascribimos a continuación el importante acápite que sobre el clima de Magallanes encontramos en el «Boletín Meteorológico Salesiano» correspondiente al año 1918.

Estas observaciones son el fruto de treinta años de experiencia y llevan el sello de una labor tesonera y ajena a prejuicios de índole nacionalista.

«El viajero que experimentalmente ha conocido ese clima, siente la necesidad de exteriorizar su agradable sorpresa al encontrarlo muy distinto de lo que se había imaginado.

Esta saludable constatación de hechos a través de la opinión pública tiende a contrarrestar la otra, ganando terreno día por día. Ya se están viendo los frutos de algunos años a esta parte, ya son muchas las personas que descuellan por su posición social, quienes apreciando el territorio por lo benigno de su clima, se trasladan a aquella región con el objeto de pasar los meses de verano en determinados puntos del territorio.

Los grandes vientos, de los cuales se ha escrito tal vez con la misma exactitud que sobre la temperatura, sólo se dejan sentir en forma intensa y molesta durante la época de la primavera.

De los meses de primavera, noviembre es aquél en que el viento sopla con más persistencia (17,5 kms. por hora) y los meses que señalan las tempestades más violentas, son enero y febrero.

Velocidad del viento en kilómetros por hora:

Primavera	16,3
Verano	15,9
Otoño	13,6
Invierno	12,2

La intensidad del viento aumenta o disminuye con la marcha del sol en la eclíptica, según que este astro se dirija al solsticio de verano o se aleja de él; esto explica como durante los meses de invierno (junio, julio, agosto) en que el sol se halla a la mayor distancia de nuestro hemisferio, la fuerza del viento es casi nula y mayores los días de calma. Más, a medida que el sol se aleja del hemisferio Norte y se acerca al hemisferio Sur, el viento crece más y más en su parábola asciende más frecuente, más recio, se dejan sentir los fuertes temporales y las ráfagas más violentas.

Este período borrascoso, perdura hasta la primera mitad de marzo, después de la cual el viento amaina y empieza su parábola descendente. Y como al acercarse o al alejarse el sol de nuestro hemisferio determina el aumento o disminución del viento en el curso del año, así del mismo modo el curso del mismo astro sobre el horizonte determina la intensidad del viento durante el día.

Por lo que podemos dejar por sentado que el viento sigue en esas regiones. La temperatura, débil en la mañana, crece de fuerza hasta las catorce horas, para disminuir de intensidad con rapidez, en las horas de la tarde.

Esto en tiempo normal. Durante las tempestades, que a veces pueden durar de 60 a 70 horas consecutivas, el viento no sigue en su intensidad a la temperatura, se aparta de ella y sopla constantemente con igual fuerza.

Durante estas tempestades, que felizmente no son muchas, en que el viento puede alcanzar con relativa frecuencia 60, 70 y hasta los 80 kilómetros por hora, no es tanto el viento lo que molesta, sino las fuertes y violentas rachas cuya velocidad ha sido imposible apreciar por falta de instrumentos necesarios.

Durante este tiempo no sólo se hace molesto el tránsito sino que llega a constituir un peligro para los viajeros».

Tal es, en general, el clima de la parte Sur continental del Territorio de Magallanes. Respecto al clima de la gran isla de Tierra del Fuego, creemos haber ya manifestado en lo que difiere del que acabamos de señalar.

Si para la época de los grandes vientos la región fueguina coincide con la magallánica, no podemos decir lo mismo respecto a las fluctuaciones del barómetro que tienen relación directa con los cambios atmosféricos. El visitante sólo aprecia dos estaciones bien marcadas: el verano y el invierno. Desde principios de octubre hasta fines de marzo puede considerarse el primero; para el segundo queda el resto del año. La luz del día disminuye en éste a medida que aumenta en aquél.

La temperatura media del verano fluctúa entre quince y veinticinco grados centígrados sobre cero; la mínima del invierno entre cinco y quince grados bajo cero.

Sin embargo, esta temperatura tan baja (15 o más grados bajo cero), no se experimenta con la misma intensidad de frío que en las regiones centrales del país; el aire es seco y el frío no molesta. Un poco de abrigo es cubierta suficiente para que, los no aclimatados en la región, pueden resistir perfectamente el descenso de la temperatura.

Esta última exposición debe aceptarse únicamente para las épocas en que se carece de vientos, pues no ocurre igual cosa cuando sopla una pequeña brisa. Con termómetro bajo y acompañado de un ligero viento, la salida al exterior se hace casi imposible; parece que millares de agujas heladas traspasaran el cuero en toda su extensión y contra ellas, ningún abrigo es suficiente.

En tales circunstancias es cuando se experimenta el frío fueguino en toda su intensidad, y cuando se paraliza todo tránsito exterior.

Afortunadamente, y según lo hemos creído manifestar, los días de vientos se presentan casi siempre en verano y muy contadas veces durante el invierno.

En el interior de la Isla, el clima varía en forma manifiesta y va creciendo en poder a medida que el terreno se eleva hacia las alturas.

Excepcionalmente se ha constatado termómetro muy bajo a inmediaciones de las playas; en la ribera Sur de Bahía Inútil (Estancia Cameron) se registró últimamente un minimum de 30 grados centígrados bajo cero, pero ello, lo repetimos, ha sido excepcional; en el año 1918 reinó, no sólo en la Isla sino en todo el territorio de Magallanes, un frío extraordinariamente intenso.

Tales fueron los rápidos apuntes que logramos anotar aquella noche; en la mañana del día siguiente, si la fortuna y el buen tiempo lo seguían dispensándonos sus bondades, emprenderíamos viaje en demanda de la estancia «Caleta Josefina». Nuestro equipaje era bien reducido; unas cuantas maletas de mano, los abrigos indispensables para el caso de una tormenta de viento, el necesario «cocaví» para el camino y los inseparables aparatos de observación. Lo que más nos preocupaba y que debía molestarnos durante todo nuestro recorrido, estaba señalado por el colosal telescopio de nuestro acompañante, catalejos que se guardaban en una enorme y pesada caja de madera forrada con telas impermeables y duras.

VISITA A LA ESTANCIA «CALETA JOSEFINA»

El día amaneció espléndido

Después de algunos trajines destinados a ultimar los preparativos de marcha, logramos el alquiler, bastante subido por cierto, de un pequeño y viejo auto Ford. Pensamos que en tal máquina sería imposible cruzar la isla en todas direcciones sin embargo, nos trepamos en él y salimos rumbo hacia el Este.

Las estancias que debemos visitar esta vez, son grandes establecimientos y su giro, en gran escala, se dedica de preferencia al ganado lanar; el caballar está reducido a la estancia San Sebastián y sólo se destina, en general, a las exigencias de la Sociedad.

Nos dicen que la ruta de marcha es accidentada y peligrosa, pero que el buen tiempo reinante en la región nos proporcionará un recorrido ajeno a los grandes obstáculos que se presentan en días de lluvias o de fuertes vientos.

Con tan buenos auspicios abandonamos el pueblo de Porvenir y nos lanzamos en demanda de «El Cordón», dispuestos a salvar muy pronto los 70 kilómetros que nos separan de «Caleta Josefina».

El camino, cuya primera parte hemos conocido cuando efectuamos el viaje a las dragas «Río Verde», se separa del que conduce a este último punto en el sitio preciso donde se levanta el tablero demarcador que dice a «Río Verde» a «Baquedano». Por esta nueva ruta nos deslizamos rápidos, ayudados por la pendiente suave, y sin accidentes que se extiende coronando todo lo alto de la enorme y extensa meseta que forma la planicie del alto de «El Cordón».

Las pocas vueltas y los pequeños rodeos a que está obligado el camino son, en esta parte, menos pronunciadas y poco numerosas; veinte kilómetros recorreremos en esta forma, distancia que salvamos sólo en veinte minutos.

Nuestra vertiginosa carrera se detiene ante la presencia de un enorme cañadón que se presenta al frente, y en cuyo seno corre, tortuoso y accidentado, el caprichoso «Río del Oro». Iniciamos el lento descenso por las laderas escarpadas y sinuosas y detenemos el auto junto a un hotel.

Alberto Bour es el nombre del propietario de este establecimiento. Persona entusiasta, culta y hospitalaria, nos recibe con la mayor atención, y nos brinda sus servicios desinteresados.

Nacido y educado bajo el sol de Francia, permaneció en su patria hasta el momento en que Tierra del Fuego se presentó cual un nueva California que llamaba hasta su seno a los esforzados campeones buscadores del precioso metal amarillo. El señor Bour llegó hasta esas regiones australes envuelto en la ola de extranjeros que emigraron deseosos de desplegar sus actividades y esfuerzos con la esperanza de una recompensa problemática.

La fortuna no se mostró pródiga para con el hijo de la gran República, sin embargo, el improvisado fueguino no desmayó ante este primer obstáculo y la lucha por la vida le obligó a dar un nuevo giro a sus ambiciones de surgir.

Su educación ilustrada y extensa, comprendió claramente el inmenso valor que encierran los inagotables pastizales de la isla y, consecuencia de ello fue que abandonara su quimérica idea de fortuna barata, para dedicar todas sus actividades al comercio y a la crianza de ganado. Gracias a este nuevo rumbo que imprimió a sus esfuerzos, hoy día posee

una pequeña estancia, un gran establecimiento de abarrotes, ferretería, tienda, frutos del país y un cómodo hotel instalado en el corazón de la Isla, centro donde vive en compañía de su joven esposa y de sus dos hijos pequeñines.

Entre los animales que se desarrollan en sus campos, pudimos anotar hermosos ejemplares de cabras de angora, productoras de una lana finísima que alcanza un precio muy superior a la que proporcionan las ovejas. Grandes manadas de chanchos se crían forma espléndida en medio de terrenos pantanosos; multitud de aves de corral se recrean en ese extenso y monótono panorama, dando vida y alegría a los campos. Las palomas revolotean descuidadas y los conejos y cuyes asoman sus cuerpos saltones por entre el ramaje seco de los matorrales de las colinas.

En el interior de la casa, todo es orden y confort; en un departamento especial logramos ver un pequeño museo formado con variedad inmensa de aves embalsamadas, todas habitantes de la comarca. Las diversas especies están hermosamente disecadas y llevan al ánimo el convencimiento de que el señor Bour tiene cariño y conocimiento por la fauna y es diestro en la materia de disecación. Albatros, taguas de agua dulce y salada, guairabos con hermosos plumeros blancos en la cabeza, mullroc (especie de gaviota,) bandurrias, águilas, queltehues, picaflones, canarios, poroterías, lechuzas, caturras, caiquenes, jilgueros, zorzales, etc., etc., etc., pueblan el pequeño museo y constituyen la admiración de los pocos transeúntes nocturnos que recorren esas regiones australes.

-Durante el invierno -nos dice el señor Bour-, cuando se paralizan las distintas actividades en la Isla, los habitantes fueguinos buscan refugio en los diversos hoteles y es entonces cuando estos centros se pueblan, se hacen simpáticos y están repletos de vida.

Aquí se hace vida de familia durante tres o cuatro meses, las provisiones acumuladas en la época del verano, son muchas veces consumidas antes del tiempo calculado, por ello, no es raro que se vea precisado a recurrir a otros centros en demanda de provisiones.

Es entonces cuando se debe proceder con toda energía. La inmensa sábana blanca cubre vegas, depresiones y cerros, por ella, sin más orientación que el conocimiento de la comarca, debe guiar a sus buenos trotones arrastrando un pesado carro.

Con los primeros deshielos de la primavera, el hotel comienza a perder sus huéspedes invernales y se apronta para recibir los pasajeros que deben trasladarse hacia las distintas faenas.

El alejamiento del frío permite que los habitantes de «El Cordón» puedan dar principio a la observación de los estragos causados en los animales a consecuencia de las inmensas capas de nieve caída en los campos.

Los vacunos son los que más sufren, nos dice nuestro interlocutor, este año he tenido que lamentar la pérdida de un veinte por ciento en los animales que pastoreaban en mi estancia. Es la única dificultad -agrega- que impide el rápido desarrollo y que desalienta a aquéllos que se dedican a la crianza de vacunos; sin embargo, esta anomalía no reza para los que poseen vastas extensiones, pues, los que disponen de terrenos bajos y altos, pueden

dedicarse a esta crianza sin tener nada que temer, sólo se impone el trabajo de un arreo periódico de los piños; en el verano se pastorea sobre los campos altos, en el invierno se tiene suficiente forraje y abrigo en los campos bajos.

Antes que reanudáramos la marcha, el señor Bour nos hace el presente de algunas pieles de gatos salvajes, cuyo pelaje es hermoso y muy apropiado para la confección de guantes. El gato fueguino es sumamente abundante en toda la isla y se alimenta de preferencia con el indefenso cururo y las numerosas avejillas silvestres, tan fáciles de cazar especialmente durante el frío de las mañanas.

Algunos minutos de recorrido nos dejan junto a las riberas del «Río del Oro»; engañados por el poco caudal de las aguas, hacemos el ánimo de cruzarlo sin descender del auto. Vano intento; no bien hemos penetrado al centro de la corriente cuando el motor deja de funcionar impedido por la presión de las aguas que vienen a estrellarse contra el coche, convertido en compuerta improvisada. Este primer accidente, bien desagradable por cierto, nos deja bloqueados por el río cuyo caudal nos impide, tanto el avance como el retroceso.

Afortunadamente el chófer es hombre prevenido; calzado con unas enormes botas que le cubren las piernas hasta muy cerca de la cintura, salva la corriente y entierra un fuerte piquete de fierro junto a la ribera opuesta. Lo demás es sólo obra de algunos minutos: un largo cordel y dos poleas arrastran el auto por sobre el pedregoso lecho y lo conducen fuera de aquella improvisada y húmeda prisión.

Frente a la ruta de marcha y sobre las arenas del río, flotan dos enormes y pesadas dragas abandonadas. Pertenecen a la Compañía aurífera Supfen y permanecen inactivas. Han corrido la misma suerte que sus congéneres de «Río Verde» y una de ellas, la más antigua tal vez, se encuentra completamente inutilizada y semi-tumbada sobre la arena de la ribera.

Nuestro chófer, hombre conocedor de la comarca, nos narra, una vez más, la odisea de las compañías auríferas, relato que coincide en absoluto con el que antes oyéramos en «Río Verde».

-«Río del Oro» -agrega- recibe, en esta parte, casi todos sus afluentes, especialmente en el invierno, época en que se hace temible al correr en forma de torrente, inundando extensiones inmensas pobladas por ganado.

En el verano se presenta con poco caudal y aparece rodeado por numerosísimas y hermosas vegas que alimentan pastizales enormes.

Efectivamente, toda huella demarcadora del camino se pierde sobre el terreno pantanoso por el que ahora transitamos. Las tembladeras se presentan a cada paso y nos vemos obligados a esquivarlas haciendo continuos y pronunciados zig-zags.

Sin embargo, y a pesar de efectuar una marcha lenta y penosa, en quince minutos de saltos y tumbos peligrosos, logramos vencer los accidentes y encontrarnos sanos y salvos

junto a la pronunciada falda de un inmenso murallón que se levanta al frente y que forzosamente debemos transmontar.

-Ésta es la quebrada de «Río del Oro» -nos dice el guía.

El camino se empina por sobre un terreno de cascajo, con una pendiente que varía entre 25 y 30 grados. Parece imposible que el auto pueda dominar aquella altura.

Nada hay imposible, dice nuestro camarada de viaje; imprimamos al motor el máximo de su potencia y lancémonos sobre la cuesta.

El pequeño Ford acelera sus revoluciones y vibra con intensidad; después, lentamente, inicia la difícil ascensión. Por momentos parece detenerse en su avance; redobla entonces con más furia su soberbia convulsión y ciego de ira ante la impotencia que lo vence, hace un supremo esfuerzo y va a detenerse a media ladera, quedando casi pendiente en el espacio.

-Suban Uds. a pie -nos dice el chófer-, yo me encargaré de la máquina. Penosamente continuamos la ascensión; el cascajo resbala bajo nuestras plantas y más bien que subiendo, trepamos casi a gatas; media hora de lucha costosa nos demandó aquella ladera endemoniada, tiempo que agotó nuestro organismo y nos invitó a un merecido descanso sobre la cumbre de la loma.

Desde allí contemplamos el grandioso panorama que nos rodea; vemos cómo el río va perdiéndose caprichoso entre las innumerables sinuosidades de los cañadones y a cada paso cruza por campos inmensos poblados con ganado lanar. Los pastizales muestran sus manchas verdes y lozanas que se extienden desde las márgenes del río para ir a morir junto al pie de las colinas distantes. Algunos piños de guanacos pacen tranquilos y juegan confiados en esas exuberantes vegas. Miles de aves silvestres revolotean por los alrededores y en bandadas inmensas oscurecen el cielo al cruzar veloces por sobre nuestras cabezas.

Innumerables lagos y lagunas brillan hermosas bajo los rayos del sol; ni una nube enturbia ese horizonte diáfano y puro. El panorama que desde lo alto dominamos, es extenso e infinito, sin embargo, en todo él no aparece ninguna construcción turbando la inmensidad de la naturaleza.

Junto a un fondo muy lejano y casi opaco, cierran el vasto campo visual las encumbradas montañas del continente; sus altos y caprichosos picachos cubiertos de nieve aparecen encendidos bajo el poder del fuego solar, y las faldas que no alcanzamos a percibir deben debatirse contra las aguas del turbulento Estrecho, mar que, contemplado desde tan lejos, aparece tranquilo e inofensivo.

Todo lo que vemos es naturaleza virgen; por ninguna parte se deja ver la mano del hombre hermozeando o valorizando estas extensas campiñas naturales. Únicamente, y muy próximo a nosotros, sobre el mismo lecho del río, se levantan montones enormes de

piedrecilla fluvial, testigos latentes de la ambición humana que busca en las entrañas de la tierra el metal que debe convertirlos en señores del mundo.

Una vez más golpea en nuestra mente el abandono en que yacen estas inmensas zonas, susceptibles de transformarse en una poderosa fuente de riquezas para el presente y futuro del país.

Allí permanecen esos campos infinitos, explotados por una sola mano y reducidos a dar solamente aquello que proporciona su valor natural; mientras permanezcan bajo un monopolio que vive sin mayor iniciativa que el provecho de los suelos, jamás podrán ponerse al nivel de los terrenos subdivididos, en los cuales la mano activa de su poseedor, no escatima esfuerzos por valorizarlos en todo orden de actividades.

La falta de subdivisión trae como consecuencia la falta de población; allí quedan esos campos sin industrias y sin cultivo, mostrando falta de previsión y haciendo insoportablemente cara toda la vida de Magallanes.

Son muy pocos los favorecidos y, doloroso es decirlo, todo el beneficio que actualmente se extrae de estas tierras arrendadas a un precio irrisorio, va en perjuicio manifiesto no sólo para nuestras arcas fiscales, sino para la numerosa población proletaria de todo el territorio.

A nuestro modo de entender, consideramos inaudito que no se den pasos encaminados a que Magallanes se abastezca con sus propios recursos agrícolas de primera necesidad. Hemos ya manifestado que cada pequeño arrendatario siembra y cultiva en sus pequeños huertos y, al final de la temporada cosecha abundantemente para las necesidades de todo el año; ¿por qué entonces esta previsión que algunos logran llevar a cabo con relativa facilidad no se hace extensiva a toda la zona, para satisfacer así las exigencias del mercado magallánico?

Sobrados campos tiene el territorio para anular parte de esta desidia lucrativa que rige los destinos de los grandes estancieros. Las actividades, hoy por hoy, sólo se reducen a obtener pingües ganancias con el beneficio del ganado lanar, ganado que no demanda mayores gastos y que se multiplica admirablemente, guardado sólo por los infinitos alambrados de la Isla.

Las voces de Magallanes deben ser oídas; el pueblo trabajador pide la subdivisión de tierras y esta repartición no debe dejarse esperar. Aun más, necesitamos en el centro del país, la voz de un pregón que se encargue de dar a conocer el valor real de estos suelos y de elementos prestigiosamente colocados que lleven hasta el seno de nuestros dirigentes, la necesidad que existe de que técnica y científicamente se estudien estas zonas y este clima, para llegar a implantar en la región, algunas escuelas agrícolas destinadas a hacer producir lo que hoy día no existe en Magallanes y que constituye el azote de la hogares indigentes de toda una población. Ello traería un beneficio inmenso para el país y esa región austral no sólo se convertiría en un centro de atracción por sus bellezas naturales, sino que se transformaría en un emporio de riquezas, ignoradas hasta la fecha, que llamaría a mucho elemento trabajador, consciente y honrado.

Nuestra consideración y ligeras observaciones que dejamos señaladas, son interrumpidas con la presencia del valeroso Ford que, a fuerza de poleas y motor, ha logrado llegar hasta la cumbre misma de aquel dificultoso paso.

El terreno se extiende al frente, accidentado, siempre virgen y ajeno a la mano del hombre. El punto en que nos encontramos, es la cresta más alta de esta parte de «El Cordón»; al avanzar la ruta de marcha, sólo tiene bajadas más o menos pronunciadas y difíciles, y laderas y pantanos y cortes profundos junto a las faldas de los cerros por donde busca atrevido paso.

Trepados nuevamente en el excelente coche, orillamos un extenso pantano que se pronuncia a nuestra derecha y brincamos por sobre una cantidad de tajos pequeños y cortados a pique, lechos de otros tantos chorrillos que van a dar vida a esa hondonada peligrosa y malamente disimulada bajo una capa de abundante pasto natural.

Posterior a nuestro paso por aquel difícil terreno, hemos sabido que el estanciero, poseedor de esos suelos, a fin de ensanchar sus dominios, ha cerrado la única ruta de marcha que dejamos señalada, obligando a que el viajero rompa los cercos alambrados para salvar el obstáculo pantanoso, o se sumerja en el inmenso lodazal con peligro de su propia vida.

Salvado aquel peligroso y difícil paso, el camino se estrecha y continúa por un corte elaborado sobre un terreno duro en las faldas de las laderas. Chorrillos innumerables bajan desde lo alto de las lomas, y se precipitan sobre el camino, por el cual corren en zig-zags interminables. El ágil Ford esquiva cuanto puede aquellos constantes obstáculos y, de tiempo, hunde sus cuatro ruedas en los pequeños pantanos insalvables. ¡Máquina admirable adaptada especialmente para aquellas regiones!; basta la fuerza de un sólo hombre o el rápido empleo de una cuerda para que abandone su prisión y prosiga su marcha, gallardo y altanero.

En muchas partes, el camino se estrecha hasta presentar un mínimo de transitabilidad, haciendo desaparecer toda huella demarcadora.

Las aguas borran toda señal de suelo firme y el auto se ve en la necesidad de buscar ruta a través del inmenso campo abierto. Los pequeños y a veces prolongados recorridos por sobre las matas de calafates y ramas enormes, nos obligan a dar tumbos colosales con peligro directo para nuestra pobre humanidad. De tan accidentada ruta nos libra la presencia del camino principal que aparece de tarde en tarde.

Grietas enormes y cortadas a pique se presentan a cada momento; todas ellas reciben las aguas lluvias y, después de convertirse en depósitos, arrojan todo su caudal sobre el camino que se presenta construido especialmente para el desagüe de los cañadones.

Parece increíble que la pequeña máquina pueda dominar tanto accidente desparramado sobre una naturaleza virgen y solitaria; sin embargo, el ágil y potente Ford, avanza seguro, a veces lento y a veces rápido, ya por la cima de las colinas, ya por el

húmedo fondo de los valles, ya por cortes peligrosos y profundos, y ya por sobre un terreno cubierto de duras champas y de arbustos secos.

El acceso a una última colina, nos deja frente a la enorme «Bahía Inútil», cuyas aguas azules y tranquilas nos hacen la impresión de un enorme lago dormido entre las abruptas murallas de los montes. En el fondo oscuro de las riberas Sur, se elevan las rocosas playas de «Río Mac-Klellan» cubiertas de acantilados colosales y coronadas por bosques inmensos de robles y «leña dura».

Se nos presenta, pues, un panorama completamente distinto al que llevamos recorrido; durante, toda nuestra marcha, ningún árbol ha aparecido en medio del extenso campo; sólo matorrales bajos y matas de calafates son los pobladores de toda aquella inmensa región. Las florecillas silvestres han sido escasas, sin perfume alguno, y apenas levantadas unos veinte a treinta centímetros sobre el terreno. El pasto es de un color amarillento cuando se presenta en la parte más alta de las lomas, lo que da al recorrido general un aspecto monótono y pesado.

Alegres, pues, ante la perspectiva de un nuevo horizonte, variamos el rumbo hacia el Este y comenzamos a orillar la extensa costa de la inmensa bahía.

Un profundo y ancho zanjón señala en esta parte al que fue y es camino público; rellenamos aquel accidente, tan propio a las vías de tránsito abandonadas, con piedras, terrones y matas de calafates y después de un trabajo más o menos ímprobo, casi exclusivamente a fuerza de puños, logramos pasar el coche.

Una tranquera nos indica que entramos en dominios particulares. Siempre brincando por sobre la naturaleza y corriendo por sobre un terreno completamente virgen, proseguimos la marcha hasta enfrentar las casas de la «Estancia Discordia» de propiedad de don Mariano Edwards.

Lamentamos sinceramente no encontrarnos con el estanciero, por cuya causa nos privamos de inquirir nuevos datos sobre esos suelos y nuevos pormenores sobre la crianza de ganado lanar, a lo cual, el señor Edwards dedica sus actividades.

Una grandiosa vega, exuberante en pastos naturales, nos desorienta por completo y nos obliga a perder más de una hora buscando rumbos definidos encaminados a fijar la verdadera dirección de marcha.

El terreno sobre el cual transitamos, es el más difícil y peligroso de todos los que hasta la fecha hemos recorrido. El motor trabaja con furia inaudita y ante la impotencia de seguir luchando contra un elemento que lo domina, parece redoblar sus esfuerzos poniéndose rojo de ira. Ante tal audacia que no decrece un momento, creemos llegado el caso de darle un pequeño descanso y lanzarnos a pie a fin de efectuar una exploración por los alrededores.

Este sistema produce buenos efectos; a tirones, si pudiéramos decir, logramos que el auto avance dando saltos hasta que consigue salvar la vega y encaramarse sobre una pequeña colina.

Desde aquella altura dominamos un terreno sembrado de vegas productoras de exuberantes pastizales verdes. De trecho en trecho, se distingue la silueta vagamente diseñada de la ruta señaladora del camino que debemos recorrer. Pocas expectativas tenemos de cruzar, con probabilidades de buen éxito y sin tropiezos formales, aquel extenso campo que se extiende a nuestros pies. Sin embargo, confiando en las buenas cualidades de que nuestra máquina ha dado ya pruebas excelentes, descendemos de la colina y nos internamos en las vegas.

Dos horas de rodaje accidentado y continuamente interrumpido, dejan a nuestras espaldas los mayores obstáculos que han interceptado el avance y un último esfuerzo nos lleva frente a la primera tranquera de la estancia «Caleta Josefina».

Detenido el Ford, sobre el pequeño puente del río «Discordia», descansa un momento y bebe ávido el agua que ha evaporado con su esfuerzo de titán.

El terreno que se extiende al frente cambia nuevamente de aspecto; desaparecen las vegas y pantanos para dar lugar a la formación de colinas secas y extendidas, creadoras del pasto ovillo, forraje excelente para el ganado lanar. La ruta, haciendo mil vueltas rápidas en todas direcciones, corre bordeando las pequeñas colinas y muy próximo a los infinitos cañadones a que aquellas dan formación.

En un principio quedamos sorprendidos por la bondad del camino sobre el cual transitamos, sorpresa que se encarga de aclarar nuestro chofer al manifestarnos que la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego destina, anualmente, una suma no despreciable para el arreglo y mantención de estas vías de tránsito tan indispensables en la Isla. Un ingeniero contratado *ex profeso*, a cargo de una cuadrilla de trabajadores, recorre en todas direcciones las vías de comunicación dentro de los dominios de la Sociedad. Así se explica que éstas estén cuidadas en todo tiempo, haciendo extraño contraste con aquéllas cuya vigilancia y arreglo están encomendadas a las oficinas públicas.

Estas últimas deben considerarse como existentes, dentro de los diversos planos o cartas topográficas de la región, con perjuicio manifiesto para los desconocedores de la comarca que se ven obligados a transitar por terrenos desconocidos, ya sea en calidad de turistas, o como hombres de negocios, guiados únicamente por un derrotero, lo hacen en extremo dificultoso y ajeno a la realidad de los datos suministrados.

La inclemencia del tiempo invernal, las lluvias continuas en los terrenos elevados, las tempestades de nieve en «El «Cordón» y más que nada la falta absoluta de preocupación de las autoridades encargadas de velar por el mantenimiento de las vías de tránsito de la Isla, ha sido la causa para que Tierra del Fuego desvalorice sus extensos suelos y halla sufrido enormemente en lo que se refiere a vías de comunicación, con perjuicio manifiesto para el progreso y desarrollo de aquella vasta región y muy especialmente para el beneficio de los

intereses de los pequeños estancieros que se ven en la imposibilidad de iniciar, en sus terrenos, industrias ajenas a la crianza y explotación del ganado lanar.

Innumerables y contestes son los casos desgraciados que se registran, y que se refieren a las penurias y accidentes a que se ven expuestos los trabajadores que durante las distintas épocas del año deben trasladarse desde una a otra estancia, a fin de procurar un mayor sueldo o un nuevo trabajo.

El Río del Oro, intransitable en el invierno y primavera, aísla por completo la parte Este de la región oeste de la Isla. Como es forzoso el traslado desde una a otra zona, a fin de poder alcanzar los puertos chilenos que se encuentran próximos al Estrecho, se hace indispensable arbitrar medidas conducentes a facilitar este traslado, ya sea abriendo camino en las partes adecuadas o construyendo puentes sólidos y capaces de resistir las avalanchas de la primavera.

Clamor general es esta falta de transitabilidad, y este pedido unánime de los fueguinos se encuentra afianzado con la pérdida de vidas que hubo de lamentarse en el invierno que acaba de terminar; Río del Oro es causante de muchas víctimas.

Pequeñas sumas anuales destinadas al mantenimiento de las vías fiscales de la Isla, salvaría la dificultad que dejamos anotada y evitaría la completa destrucción y los deterioros que hoy se experimentan.

Corresponde, pues, al Gobierno de Punta Arenas, velar por el bienestar económico y de transitabilidad de Tierra del Fuego, preocupación que con creces pagarían los fueguinos si se atiende a la mayor entrada fiscal y municipal que este beneficio acarrearía para las rentas del territorio.

Contrarresta, en forma bien manifiesta con el abandono que dejamos señalado, la preocupación constante que despliegan las Grandes Sociedades a fin de mantener expeditas y viables sus vías de tránsito; ello acusa dos causales: interés y necesidad; interés por recorrer constantemente y con facilidad sus inmensos campos y tener comunicación rápida y segura hacia las distintas estancias (los animales cambian periódicamente de ubicación) y después, necesidad por obtener un rápido desalojo y embarque de los productos lanares que, desde la Isla, deben pasar hasta el continente.

Tales reflexiones las hacemos durante nuestra marcha vertiginosa a través de un paisaje que poco cambia en su aspecto general de campos ricos en pastizales infinitos.

Los cierros interminables guardan dentro de los alambradas piños enormes de ganado lanar. Por ninguna parte aparecen construcciones o cuidadores y ovejeros.

Hace ya una hora que corremos por los campos de «Caleta Josefina»; nuestro auto es el único ser mecánico con vida que turba el silencio grandioso de toda aquella inmensidad y que, conmoviendo la quietud de los extensos cañadones, hace que de sus senos se eleven hacia los cielos, bandadas majestuosas de aves que huyen espantadas.

Imperceptiblemente nos hemos ido acercando a la playa y llega un momento en que nuestro excelente Ford se siente aprisionado por sus cuatro extremidades; un enorme arenal dificulta la rápida carrera del coche y lo obliga a marchar con lentitud y con tino. Estamos en las proximidades de «Puerto Nuevo». Un postrer viraje hacia las costas de Bahía Inútil, nos arroja sobre el declive suave de una última colina. Desde la cumbre hemos divisado el pequeño caserío que da formación al puerto.

El chófer nos indica que en aquel lugar existió antes una grasería dependiente de la estancia, destinada a beneficiar los productos lanares que no ofrecían garantías para ser aprovechados como tales. Aquella industria, como todas las similares de Tierra del Fuego, murió a consecuencia del alza experimentada en el valor de las carnes, alza nacida en el comienzo de la última conflagración mundial.

El establecimiento de grasería se desmontó por completo y los diversos edificios se aprovecharon en la confección de viviendas para los trabajadores y en la construcción de grandes galpones destinados a guardar los productos de exportación de las estancias.

Siete casitas de tablas, todas iguales y pintadas de plomo, constituyen el caserío de «Puerto Nuevo». Este pequeño centro poblado tiene un Capitán de Puerto, hombre rudo y de trabajo que al recibir nuestro saludo, sólo contesta las preguntas empleando monosílabos o simples inclinaciones de cabeza.

Una rápida ojeada investigadora, nos da una ligera idea de las actividades locales; el vapor Keel Row, perteneciente a la Compañía Braun y Blanchard, permanece anclado próximo a la playa y está completando un cargamento de lanas.

Muelles no existen, los cargadores, con enormes botas que les suben hasta junto a las caderas, se internan en el mar y están ocupados en cargar un lanchón. Desde el buque, con la ayuda de un largo cordel, remolcan lancha y cargamento. Por la parte de tierra, un poderoso tractor se encarga de efectuar igual faena que en el Row, y la embarcación vacía vuelve a su primer fondeadero para ser cargada nuevamente.

El buque ha aprovechado su venida trayendo una buena porción de maderas destinadas a agrandar una de las sub-secciones de «Caleta Josefina».

Un pito, igual al de una locomotora, tocado a cierta distancia de Puerto Nuevo, llama hacia tierra nuestra atención. Por el espléndido camino que se dirige a las casas de la estancia, avanzan enormes tractores que arrastran varios carros cargados con numerosos fardos de lana. Vistos desde lejos, semejan trenes completos corriendo por sobre terraplenes sin rieles.

Todas aquellas máquinas se dirigen a la playa y depositan los fardos junto a la ribera.

Es día de calma y el buque puede trabajar con toda comodidad. No siempre sucede lo mismo; generalmente sopla un viento fuerte desde el oeste, y entonces Bahía Inútil hace honor a su nombre. Los barcos, si no desean irse a estrellar contra las costas o vararse en

sus arenas, están obligados a levar anclas, abandonar la bahía y buscar la tranquilidad en medio de las convulsionadas aguas del Estrecho.

«Puerto Nuevo» constituye el punto obligado de embarque de todos los productos de «Caleta Josefina» y estancia San Sebastián, próxima esta última, a la línea fronteriza con la República Argentina. La falta de caminos que tienen las distintas estancias con la capital fueguina, ha sido causa suficiente para que la Explotadora se haya visto en la necesidad de construir caletas propias y muchas veces, siendo éstas inadecuadas y peligrosas, señalan puntos obligados de embarque para todo aquel producto que debiera beneficiar directamente al comercio y al movimiento diario de Porvenir.

Tal anomalía, naturalmente, trae un perjuicio directo para el progreso y desarrollo de la capital fueguina, con desmedro del valor real de los distintos terrenos que quedan entre ella y las estancias. Es así como Porvenir permanece abandonado a sus propios esfuerzos sin que nada venga a contribuir para darle vida, uniéndola a las distintas actividades del resto de la Isla. La tranquila y espléndida bahía sólo está destinada a servir los intereses circunvecinos, intereses bien escasos si se comparan con los que proporciona el resto de Tierra del Fuego.

Los pequeños estancieros, aquellos que carecen de caletas o puertos propios, recurren a Porvenir y es legendario ya en el puerto, oír las imprecaciones que lanzan los damnificados cuando reciben productos o cargas que deben trasladar hasta sus campos.

Caía ya la noche de aquel día tan saturado de accidentes y tan espléndidamente aprovechado, cuando nuestro fiel Ford tomó rumbo definitivo hacia las casas de la estancia.

Trepados una última vez sobre aquellas lomas suaves y arenosas, podemos contemplar los enormes «paravientos» que se encuentran simétricamente repartidos sobre el terreno; ellos están destinados a contener las grandes avalanchas de arenas que se precipitan sobre los suelos pastosos.

Al soplar el viento desde la costa, levanta nubes colosales de arenas que van a depositarse tierra adentro, sobre los campos cubiertos de pasto. Esta avalancha, después de matar los pastizales, se convierte en arenales inmensos que sepultan bajo su manto plomizo extensiones considerables de campos aptos para el ganado. Los «paravientos» se encargan de impedir esta destrucción.

Grandes alambrados, cubiertos o rellenos con matas de calafates y a manera de biombos, extendidos como pantallas, gigantes por su longitud, presentan cara contra los vientos de la costa, succionan las arenas que éstos arrastran y forman verdaderas dunas plomizas,

Los «paravientos» son innumerables y, por esta causa, también son innumerables los cerros de arenas a que ellos dan formación.

Sobre la cumbre de estas dunas se forma, con el transcurso del tiempo, una ligera capa vegetal que se va vigorizando con las lluvias y escarchas de cada invierno. El andar lento y seguro del tiempo se encarga de llevar la flora hasta esos cerros improvisados, y muchas son las colinas cubiertas de calafates que deben su formación a un bajo y extenso «paravientos» que yace sepultado en las entrañas arenosas de lomas respetables.

«Caleta Josefina» sólo dista veinte kilómetros de «Puerto Nuevo»; un camino espléndido con ancha calzada une ambos caseríos. La ancha avenida, constantemente aprisionada por el peso de los grandes tractores, presenta el aspecto de nuestras mejores vías de tránsito vecinas a la capital y el suelo muestra la consistencia del concreto.

Sólo una pequeña loma debemos transmontar; desde ella y a mucha distancia, divisamos las luces encendidas en las casas de la estancia. Las primeras sombras de la noche quieren venírse nos encima; son las diez y media de la noche y todavía no tenemos necesidad de alumbrar los focos del Ford.

Corremos como una exhalación y, al señalar las once en nuestros relojes, frenamos el coche junto a las casas de la Administración.

Somos muy bien recibidos por el Jefe de la estancia, persona que, con exquisita cortesía inglesa, nos invita a descansar un momento y a reparar nuestras fuerzas perdidas después de una marcha tan accidentada y penosa.

A las cinco de la mañana todo es actividad y vida. Una enorme campana deja oír su metálica voz e invita a los operarios para que den comienzo a las labores diarias.

El sol brilla espléndido y hace ya más de dos horas que retoza sobre las campiñas y praderas,

La casa del Administrador, edificada en la parte más culminante de todo aquel caserío, domina, en absoluto, todas las construcciones que la rodean.

Desde aquel alto mirador podemos observar la animación y vida que ha hecho presa en las distintas actividades de la faena.

El señor Charles L. Donaldson, persona fina y distinguida, tiene bajo su administración los intereses de «Caleta Josefina». Hace ya media hora que le estamos oyendo cantar junto a las flores de su jardín. Dispuestos a adelantar nuestras investigaciones, vamos a saludar al Administrador y a agradecerle las atenciones recibidas la noche anterior.

Alto, bien formado, vistiendo traje de caza con polainas y jockey, avanza hasta nosotros y nos saluda como lo hiciera con viejos amigos. Enciende después una gastada pipa y permanece un rato observándonos detenidamente.

Llama nuestra atención su vista penetrante y su raro modo de mirar; manteniendo un ojo a medio cerrar, abre desmesuradamente el otro, y clava sobre su interlocutor una mirada de águila, audaz y escrutadora. Parece querer imponerse con este sistema *sui generis* y ello, tal vez, debe producirle buen efecto cuando trata con sus subordinados.

Comienza por presentarnos la casa habitación; nada falta en ella. El confort reina en todas partes y sólo así nos explicamos que estos hombres, cultos y caballerosos, puedan sacrificarse en medio de las soledades y en el corazón de Tierra del Fuego.

Como agregados a una casa completamente amoblada y cómoda, se levantan espaciosos locales, bien calefaccionados, donde no falta el billar, la billa y otros juegos análogos.

Junto a los muros de los edificios, se cultivan hermosas flores de colores diversos, alegría del paisaje y encanto de la señora Donaldson y de su hijita, únicas compañeras del solitario Administrador.

La enorme chimenea de un extenso edificio arroja hacia los aires bocanadas de humo espeso y parduzco que, al ser atacadas por el ligero viento de la mañana, se desvanecen prontamente dibujando en las alturas siluetas caprichosas y fantásticas.

El Jefe sonríe satisfecho ante la energía que comienza a poblar sus dominios y lanzando llamaradas por su ojo escrutador, nos invita para visitar la estancia.

La fundación de ella, data desde comienzos del año 1893 y es el primer establecimiento de esta clase que radicó en la Isla la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. Antes se le conoció con la denominación de «Estancia Pantanos» nombre que se derivó de los terrenos pantanosos que la rodeaban.

El caserío está instalado en el fondo de «Bahía Inútil» y marca el punto céntrico desde el cual arrancan los caminos a estancia «Cameron», «San Sebastián» y «Spring-Hill».

La Administración mantiene bajo su control inmediato, la marcha de tres sub-secciones que funcionan bajo las órdenes de sus respectivos capataces; ellas son: «China Creek» (Chorrillo de la China,) distante 30 kilómetros de «Caleta Josefina», «Bahía Once» y «Río Nuevo» que distan, respectivamente, 20 y 25 kilómetros de la estancia principal.

En la primera de estas sub-secciones funciona, actualmente, una escuela municipal, establecimiento destinado a dar educación y albergue a todos los pequeños educandos radicados en el corazón de Tierra del Fuego. La creación de esta escuela, tan necesaria en medio de un ambiente completamente extranjero, obedece a la iniciativa de la Administración Contreras en el Territorio de Magallanes.

Los frutos de esa corta, pero fecunda administración, los vamos apreciando personalmente y valorizando durante cada etapa que logramos recorrer a través de la inmensa Isla. Los beneficios que ella reporta para el bienestar del proletariado y para la

defensa de la raza, son bien manifiestos y se dejan sentir, claramente en todos aquellos parajes que permanecían abandonados en absoluto a sus propios medios de vida o subordinados a un régimen impuesto por explotadores y que ahora aparecen reglamentados en forma que ofrecen amplias garantías, tanto para el trabajador competente y honrado, como para el patrón consciente de sus deberes y derechos.

Esperamos visitar la Escuela Municipal de «China Creek», a fin de aquilatar personalmente sus beneficios y su verdadero valor educativo y nacional.

«Caleta Josefina» posee treinta y seis edificios fuera de los anexos propios a esta clase de establecimiento.

Las construcciones de la estancia principal están constituidas por veintiséis casas, todas de madera.

Para la administración del régimen interno, «Caleta Josefina» está dividida en varias secciones, a saber:

1.º- «Casa Grande» (o comedor grande), con sus anexos, constituye el edificio de uso exclusivo para el Administrador.

2.º- «Casa chica» (o comedor chico), edificios destinados para el segundo administrador, contador, capataces y cadetes.

3.º- «Casa de trabajadores» (o comedor de trabajadores) constituidos por los edificios destinados a los peones, esquiladores, etc.

A continuación aparece gran número de construcciones dedicadas al funcionamiento de los distintos talleres con que cuenta la estancia.

La vida común se hace en cada una de las tres reparticiones que hemos anotado.

Por parte del Administrador, no se roza con ninguno de sus subordinados y sólo hace vida social, dentro de su hogar, con los escasos visitantes extraños a su dirección. Se visita constantemente con sus congéneres de las otras estancias o sostiene con ellos prolongadas conversaciones telefónicas.

El respeto hacia el Jefe es absoluto y la «Casa Grande» se mira como el albergue de un dios que rige los destinos de la estancia.

Las distintas visitas, siempre encuentran atención y comodidad dentro de la «Casa Grande», y el Administrador se encarga de acompañar constantemente a los pocos visitantes durante los paseos o recorridos que estos últimos logran efectuar dentro del establecimiento. Por esta causa, muy raras veces se logra conocer al resto del personal o inquirir mayores datos que los que buenamente desea proporcionar el Jefe superior.

Todos los edificios se alumbran con parafina, a excepción de la Casa Grande que tiene instalación de acetileno.

Invitados, pues, por nuestro obligado acompañante, nos encaminamos hacia el galpón de esquila, que se encuentra en pleno funcionamiento.

Este gran edificio abarca una extensión superior a ciento cincuenta metros de largo por treinta y cinco metros de ancho, su interior está dividido en dos ramas o brazos iguales que arrancan desde el centro, punto donde está ubicada la fuerza hidráulica y a motor destinada a dar movimiento a la máquina de aprensar y a la multitud de poleas que alimentan a las tijeras esquiladoras.

Sesenta hombres trabajan en esta faena.

A ambos costados interiores del galpón, a una altura de dos metros del nivel del suelo, corre un eje de acero que sustenta, cada uno, veinticinco a treinta poleas. Éstas están en comunicación con una especie de brazo metálico articulado, que baja hasta el piso y que lleva, en su extremo inferior, las tijeras esquiladoras. Estas últimas son exactamente iguales, pero de mayor dimensión que las máquinas usadas en las peluquerías. Junto a cada una de estas tijeras trabaja un hombre.

El centro de la nave está dividido en corrales y estos departamentos se encuentran repletos de ovejas sin esquilar. Un peón lleva el ganado hasta el esquilador; el hombre da un golpe sobre el codo del brazo mecánico y la polea imprime el movimiento a la tijera.

El animal, sujeto entre las dos piernas del esquilador, se sienta sobre el suelo y queda con sus extremidades anteriores levantadas hasta la altura de las caderas del trabajador. La máquina en movimiento, inicia un deslizamiento rápido por sobre la piel de la oveja y, el esquilador, con maestría asombrosa, saca íntegro el vellón que cubre al animal. La res libre de su capa lanar, abandona el galpón por una pequeña puerta que queda a espaldas del operador y allí permanece en un brete numerado, hasta el momento en que todo trabajo se termina. Al finalizar la tarea diaria, cada obrero, en presencia del capataz, cuenta el ganado y lo anota en su libreta de trabajo.

El vellón que se obtiene de cada animal, es recogido por un «vellonero», generalmente un muchacho, quien lo lleva hasta el centro del galpón y lo extiende sobre una mesa construida *ex profeso*. Allí, un clasificador de lanas (siempre extranjero) determina las distintas categorías y señala el sitio que cada una debe ocupar.

El vellón, después de enrollado y atado con la misma lana, es colocado en casilleros especiales, demarcadores de la categoría a que pertenece.

Una escala sin fin (una gran polea de madera), eleva las lanas ya clasificadas y las deposita en el vientre de la máquina aprensadora; ésta, movida con fuerza hidráulica, forma el fardo y, después de someterlo a una presión de tres toneladas por pulgada cuadrada, lo arroja sobre la romana a fin de que sea pesado. Dos hombres se encargan de esta última

operación. El fardo que generalmente pesa seiscientas libras, es llevado sobre un plano inclinado, por cuya superficie se desliza hasta quedar bien acondicionado en los galpones respectivos.

-Este año -nos dice el administrador- tenemos que esquilar ciento setenta mil ovejas; esta faena corre a cargo de un contratista especial, al cual la Sociedad, paga treinta y seis centavos por animal esquilado.

Las distintas administraciones sólo supervigilan este trabajo y nada tienen que hacer con los esquiladores, es decir, la Gerencia entrega las faenas al contratista y se desliga en absoluto de toda cuestión que se relacione con las divergencias que puedan presentarse entre el concesionario y los trabajadores que éste haya contratado. Queda, pues, la esquila, en manos de un sólo hombre dentro de cada estancia, sin que las administraciones tengan que ver nada con los operarios; lo único que hace la Sociedad es proporcionarles alojamiento y abrirles un almacén de menestras destinado a subvenir las necesidades que se puedan originar.

El contratista paga a razón de veintiséis centavos por animal; además, debe correr con la alimentación de la gente, para cuyo efecto descuenta a cada trabajador, una libra esterlina mensual.

Hasta las postrimerías del año que acaba de terminar (1918), toda transacción comercial o pago efectuado dentro de las estancias, se hacía en base de moneda inglesa; en la actualidad ha desaparecido esta anomalía y se ha implantado la moneda nacional. Tal cambio, muy importante para nuestro trabajador que desconoce las fluctuaciones a que está sujeta la moneda, se debe a la tesonera lucha que sobre este particular lo tocó sostener a la Administración Contreras.

Sin duda que tal procedimiento ha venido a favorecer directamente al trabajador chileno, elemento que muy poco o nada conoce de los chelines y peniques, y que en los años anteriores jamás supo, ni siquiera aproximadamente, el salario que lograba acumular y que debía percibir al final de su trabajo.

En el transcurso de las faenas, la gente se alimenta muy bien y trabaja relativamente poco, si se considera que durante el verano los días son sumamente largos y es ésta la única estación apta para desarrollar el máximo de actividad y obtener un mayor rendimiento económico.

Ocho horas de trabajo son suficientes para que los esquiladores más avezados puedan concluir con un número de lanares que fluctúa entre doscientos y doscientos cincuenta ovejas por esquilador.

Una campana que suena a las doce del día da la voz para que todo trabajo se paralice y los operarios, abandonando sus máquinas, se dirigen al «comedor chico».

Siempre en compañía del inseparable administrador, nos encaminamos hacia esta última dependencia. Amplios y confortables comedores, bien alumbrados y bien tenidos, esperan a los comensales; diversas mesas, repartidas simétrica y sistemáticamente, provistas con platos, cubiertos y jarros, reciben a los trabajadores. La comida es abundante y sana, presenciamos como algunos comen con exceso dejando gran cantidad de alimentos sobrantes desparramados sobre las mesas. Todos se sirven a discreción y sin medida.

Las fuentes que llegan repletas permanecen abandonadas y a medio consumir; aquel día logramos anotar la siguiente lista:

- 1) Cazuela de cordero;
- 2) Guiso de fideos con carne;
- 3) Pierna de cordero asada, con garbanzos, ensalada de lechuga y papas cocidas.
- 4) Té con leche a discreción y durante toda la comida.
- 5) Huesillos cocidos, en abundancia.

El pan se coloca sobre las mesas y queda para ser consumido a voluntad.

Verdaderamente quedamos sorprendidos con aquel derroche de alimentos y, de ello, interrogamos al Administrador.

Nos responde que la comida es el problema más difícil que se presenta durante todo el desarrollo de las faenas.

-La cuestión alimentación -agrega- constituye el rompecabezas de los contratistas.

Se hacen cuatro comidas diarias; a saber:

- 1) Desayuno compuesto de té o café con leche, pan abundante y chuletas asadas, a discreción.
- 2) Entre el desayuno y el almuerzo una pequeña colación.
- 3) El almuerzo, como lo dejamos señalado.
- 4) La comida en idénticas condiciones a las del almuerzo.

Sin embargo -agrega el señor Donaldson-, la gente no queda contenta y exige más, es decir, pide más de lo que puede consumir. Hace poco pretendieron paralizar los trabajos alegando que no se les daba mermeladas y budín; hubo necesidad de ordenar tal confección y actualmente se les reparte dos veces por semana.

Una ligera vista por las distintas dependencias del «comedor chico», nos muestra el edificio dividido en varias secciones, a saber: comedor de ovejeros, comedor de peones y comedor de esquiladores. Estas divisiones se han hecho con el objeto de que no puedan mezclarse los distintos gremios de trabajadores.

La cocina, servida por numeroso personal e instalada a la manera de las grandes cocinas de nuestros Regimientos, funciona dentro de un local espacioso y bien aseado. El cocinero mayor, persona que goza del cariño interesado de todos los trabajadores, dirige la maniobra, haciendo derroche con los artículos culinarios.

Bien rentado, especialmente durante la época de la esquila, llega a redondearse un sueldo mensual que no baja de quinientos pesos.

Anexo a la cocina, funciona la panadería; como aquella, está instalada en un local espacioso y limpio.

Las habitaciones de los obreros quedan en las inmediaciones de estos dos edificios y hacia ellas nos encaminamos a fin de visitarlas.

A pesar de que estos pabellones no reúnen el mismo confort, comodidad y aseo que hemos evidenciado en las otras dependencias destinadas al personal subalterno, con algunos arreglos que son indispensables, pueden llegar a constituir viviendas cómodas para los obreros.

Cada edificio consta de tres o cuatro piezas que están distribuidas por agrupaciones de trabajadores. Dentro de las habitaciones y a manera de literas de vapor, aparecen junto a los muros, armazones de madera en forma de catres superpuestos y cada habitación cuenta con ocho o doce camas.

Sólo una ventana da ventilación a cada dormitorio, y como ella permanece casi siempre cerrada, el aire que se respira es pesado y mal sano.

Algunos enfermos reposan en sus lechos. La Sociedad cuenta con un doctor, sin título, y lo destina al servicio médico de todas las estancias; por esta causa los distintos establecimientos están mal atendidos y los enfermos expuestos a muchas dolencias. Estos últimos están obligados a procurarse sus remedios comprando las medicinas en el stock que, para tal objeto, existe en el almacén de cada repartición.

Generalmente, dentro del personal de cada faena, casi siempre existe un obrero que hace las veces de practicante y es éste quien desempeña el verdadero rol de médico y quien receta a los pacientes.

-Durante la presente temporada -nos dice el Administrador- hemos tenido muchos enfermos de gripe, afortunadamente, la epidemia se ha presentado benigna y no se ha lamentado ninguna defunción.

Frente a las piezas habitación y dentro de cada edificio, se ha construido una especie de hall, calefaccionado con el hogar de una gran estufa. En este departamento permanecen los empleados y obreros durante las épocas de vientos, lluvias o grandes fríos.

Todos los dormitorios reúnen las mismas condiciones anotadas y adolecen de iguales defectos. Por parte de los trabajadores, tienen la obligación de llevar sus ropas de cama y utensilios para el aseo personal. Por lo general, la mayor parte de la gente duerme vestida, por cuyo motivo, la salubridad deja mucho que desear y, especialmente durante la noche, el aire interior se hace irrespirable.

El frío matinal es el peor enemigo del aseo corporal, y los obreros se lanzan a sus labores con demostraciones latentes de somnolencia y desaseo.

Respecto a lo que podemos observar y que se refiere a la nacionalidad del conjunto de operarios, debemos considerar una amalgama cosmopolita en la cual predomina el elemento yugoeslavo y croata. Estos representan un 50% del total; el resto se descompone en austríacos, argentinos y muy pocos chilenos.

Entre los peones esquiladores, observamos a algunos acomodados estancieros de los alrededores de Porvenir. El administrador explica nuestra sorpresa, diciéndonos que este último elemento se traslada hasta las grandes estancias y trabaja durante toda la época de las faenas; así logra acumular bastante dinero que, atendiendo a la vida sumamente miserable que hacen, llevan después a sus propias esquilas y tienen con qué pagar las faenas que deben efectuar en sus respectivos campos.

Este elemento, agrega el señor Donaldson, es el más difícil de llevar y el más exigente que acude al trabajo; todo lo encuentra malo y mal pagado, constantemente está influyendo en el ánimo del resto del personal y predicándoles ideas de huelgas, revueltas y aumento de salarios. Todos ellos son croatas o yugoeslavos que disponen de algún capital y que no les importa gran cosa las huelgas, en atención a que tienen dinero con qué sostenerse y a que, convulsionando el ánimo de los trabajadores, se les presenta mayor trabajo en la esquila y mayor salario que acumular.

Lo más curioso es -nos adelanta el Administrador- que después que ellos han cosechado una buena suma, regresan a sus campos y pagan a sus peones un sueldo miserable acompañado de una alimentación de todo punto deficiente. En resumen, con lo que han ganado ellos solos, efectúan todo el trabajo de sus pequeñas estancias.

Este sistema, que no se puede evitar, es tanto más contraproducente, cuanto que no sólo quita el trabajo al proletario verdaderamente necesitado, sino que significa un pésimo ejemplo y un mal elemento entre la gente chilena trabajadora que, desde distintos puntos, aún de Chiloé, acude en busca de trabajo hasta Tierra del Fuego.

Al predicar la rebelión, logran que un número considerable sea expulsado de las distintas labores. Después, terminada la época de las faenas, este elemento retirado, ha consumido sus pequeñas economías y está sin ocupación y sin dinero; es entonces el

momento que los audaces aprovechan para pagarles un sueldo miserable, sometiéndolos a una actividad tal vez mucho más pesada que aquélla que antes abandonaron.

Las gentes desocupadas, urgidas por la necesidad, admiten y aceptan estos sacrificios y reciben como recompensa de su falta de tino, sólo una décima parte de lo que su nuevo señor percibió diariamente durante toda la faena principal.

Por fortuna, el elemento chileno evoluciona en este sentido y es de esperar que en los años venideros, no se deje engañar por estos señores, no necesitados, acaparadores de trabajo.

Los distintos talleres se encuentran repartidos de acuerdo con sus actividades; logramos visitar la sala de mecánica; instalada convenientemente y con todas las maquinarias del caso. Funciona bajo la dirección y control de mecánicos alemanes, en su mayoría sub-oficiales y marinos de la dotación de buques internados en la bahía de Punta Arenas, que pertenecen a los Imperios Centrales. Todos los operarios hablan el inglés y sólo entre ellos usan el idioma natal.

Allí, junto al fogón y ennegrecidos con el humo de las fraguas, prosiguen la eterna lucha de la existencia; aparentemente se manifiestan conformes y resignados con su nueva suerte y se esmeran en servir con empeño la pesada profesión que el destino les ha deparado.

Ya en marcha hacia la casa principal, tropezamos con el «Comedor chico». Este departamento reúne cierto confort y más comodidad y da albergue, podríamos decir, a la clase media.

Somos recibidos por el segundo administrador y por el contador de la estancia.

El edificio está dividido en dormitorios, sala de fumar, comedores y cocina, tiene cocinero y servidumbre especial.

Próximo al «Comedor chico» está ubicada la oficina de la Administración superior y el anexo donde funciona el «despacho» de la estancia. Este último constituye un verdadero almacén de menestras, tienda y abarrotes, donde los trabajadores encuentran todo aquello que les es propio a su vestuario y necesidades de vida.

Los precios se mantienen siguiendo las fluctuaciones del cambio internacional; la reducción de chelines y peniques a moneda chilena, confunde y desconcierta a los consumidores. Y como éstos sólo perciben sus salarios al final de las faenas, hacen sus pedidos por medio de vales que se van acumulando hasta el arqueo total. En esta época estalla la protesta general, protesta que se evapora en medio de chelines, peniques y libras esterlinas reducidas al insignificante valor del papel moneda.

Hemos recogido algunos datos que se refieren a las ganancias obtenidas por estos «despachos» durante el primer semestre del año en curso (1918) y ellos revelan que estos

almacenes, instalados para proporcionar los artículos a precio de costo, están muy lejos de reflejar tal propósito. Las ganancias suman buen capital y parece que una parte bien apreciable de los sueldos acumulados por el trabajador, vuelve a las cajas de la estancia. Esperamos visitar los otros establecimientos para pronunciarnos en definitiva.

Antes de seguir hasta la casa del Administrador, nos detenemos un momento en los garajes; allí descansan los autos del señor Donaldson.

Estimamos, en un principio, que la Sociedad proporciona a sus empleados superiores los coches necesarios para el servicio diario; una observación del Administrador, nos dice lo contrario.

Sólo nos provee, adelanta nuestro acompañante, de la nafta y el aceite para el consumo diario; los autos debemos adquirirlos con fondos personales.

Verdaderamente que no comprendemos esta falsa economía de la Explotadora, Sociedad que tan grandes gastos hace por el confort y bienestar de sus empleados superiores. Inquirimos del Jefe el por qué de aquella economía, y el astuto Administrador sólo nos contesta con una sonrisa indescifrable y con la penetrante mirada de su ojo de águila que ahora se abre desmesuradamente.

Llegamos a la casa principal; una enorme y hermosa galería la rodea en casi toda su extensión.

La esposa del señor Donaldson descansa sobre una cómoda poltrona y se entretiene en tejer junto al calor de las estufas y frente a los brillantes rayos de un sol que apenas calienta.

Muy próximos a ella tomamos colocación y, después de la presentación de rigor, tratamos, muchas veces, de iniciar una conversación que sólo es contestada con algunos monosílabos o pequeñas inclinaciones de cabeza.

Una gran carcajada del Administrador llega a sacarnos de tan embarazosa situación:

-Mi señora -nos dice- habla muy poco castellano y no entiende nada cuando vocalizan tan rápido como lo están haciendo ustedes. Yo siempre le aconsejo que se familiarice con el idioma español; por esta causa -agrega- he aprovechado la ocasión y la he dejado conversar esta media hora.

Consecuente con la muy tardía observación del señor Donaldson, iniciamos un nuevo cambio de palabras, pero esta vez más pausadamente y marcando muy bien el sentido de las frases. La señora contesta con lentitud y aunque hace visibles esfuerzos por expresarse en nuestro idioma, logra hacerse entender perfectamente, dándonos a conocer sus ideas. Nos dice que es gran admiradora de Chile. Su hijita es chilena, tiene ocho años y comienza, ya, a hablar el castellano.

Tiene gran cariño y admiración por las flores; cuida de ellas con delicadeza manifiesta, logrando hermostrar el jardín que rodea a la casa. El invierno -dice- es un formidable enemigo de las plantas; es de no imaginarse los esfuerzos que demanda el cuidarlas contra el frío y la escarcha.

Sin embargo -continúa-, dentro de la galería y al calor de las estufas, he podido conservar esta cantidad apreciable de hermosas flores finas que son encanto y sorpresa para el visitante.

Efectivamente, podemos admirar plantas delicadas y muy finas, conservadas admirablemente y tan lozanas como si estuvieran en nuestros mejores conservatorios del centro del país.

Una cantidad sorprendente de juguetes y muñecos que aparecen desparramados con precisión infantil, dan muestras de la existencia del único ser pequeñín, encargado de alegrar las interminables y monótonas horas del abrumador invierno.

Una cabecita rubia y una carita rosada, representante genuina de la gran Albión, surge de improviso de entre aquella confusión de juguetes y, muy pausadamente se aproxima para saludarnos; efectúa una pequeña flexión con ambas rodillas, nos alarga su blanca manito y nos da los «buenos días». Sólo emplea el inglés en su corto saludo y, al escuchar una respuesta en perfecto castellano, queda sorprendida y turbada. Tal vez, para sus adentros, debe haberse admirado por qué ella, tan chiquitita, habla fácilmente el inglés, y nosotros, hombres que peinamos canas, no somos capaces de poseer lo que le es tan familiar a un niño de ocho años.

Estupefacta, sólo nos contempla un momento y, mirando cara a cara a su papá, le dice en perfecto español:

-¿Qué te parece hombre?

-Adiós, mi plata.

Su carita rosada sube de tonos hasta llegar al tinte rojo; su ágil cuerpecito da un brinco rápido y va a ocultar su confusión detrás de una montaña de muñecas.

El señor Donaldson ríe a mandíbula batiente y se encarga de explicar a su esposa los enormes y palpables progresos que, en el idioma patrio, ha logrado hacer la preciosa chica.

Las primeras horas de la noche son dedicadas a la música; la esposa del Administrador es una pianista de gran valer, que se manifiesta cuando arranca del instrumento las sublimes creaciones de los grandes clásicos.

Su alma, impregnada tal vez con la grandiosidad de aquella soledad que invita a pensar, ha llegado a comprender el fondo infinito de la música. Su cerebro privilegiado ha exprimido gota a gota el alma de los grandes maestros y sus dedos ágiles y vigorosos,

traspasan al teclado las vibraciones del sentimiento, arrancando de la caja mágica, lamentos que hacen soñar en creaciones sublimes. ¡Schumann, Schubert, Mendelson, Mozart y tantos astros de primera magnitud trasladados al centro de la selva virgen y brillando en pleno corazón de la Tierra del Fuego!

Aquella misma noche, y aprovechando la oportunidad de encontrarnos un momento solos en compañía del señor Donaldson, logramos obtener los siguientes datos relacionados con la Estancia.

-«Caleta Josefina» -nos dice el Administrador después de observarnos muy atentamente con su ojo y escrutador- fue fundada en el año 1893 y bautizada con el nombre de «Estancia Pantanos». El primer Administrador fue el señor Cameron; trabajador atrevido y tenaz que imprimió, en Tierra del Fuego, el verdadero rumbo para el trabajo ovino.

En aquellos años se tenía una idea muy errada del valor real de los campos fueguinos, por esa causa, para la ubicación de las primeras poblaciones de ovejas, no se consideró la potencia alimenticia de los suelos y se procedió en forma deficiente. Fue así como resultó, en extremo errado, el cálculo que se hizo y que se refiere al número de animales que pueden pastar en cada hectárea.

«Estancia Pantanos» no conocía límites, sus dominios pudieron considerarse infinitos y, en esas extensiones inmensas se colocó un número tan reducido de ovejas, que llegaron a perderse en la inmensidad de los pastizales.

Del estudio prolijo y reposado del señor Cameron, se llegó al convencimiento que Tierra del Fuego señalaba un emporio de riquezas no apreciadas, y que sus extensos cañadones, innumerables vegas y campos productores de abundante y excelente pasto ovillo, reclamaban reses que alimentar, pertenecieran ellas a la raza ovina, caballar o vacuna.

Se cercenaron, pues, los dominios de Estancia Pantanos y se dio comienzo a la instalación de sub-secciones, destinadas a recibir y cuidar nuevos ganados.

El aumento de pobladores lanares trajo como consecuencia la fundación de nuevas estancias y una parte considerable del cuerpo de «Caleta Josefina», que había dado vida a la sub-sección Río Mac-Klellan, ubicada en la costa sur de Bahía Inútil, se disgregó del núcleo principal y se constituyó en estancia poderosa, con administración independiente.

Más tarde, a este nuevo establecimiento se le denominó «Estancia Cameron», como un recuerdo para aquel primer Administrador que tan buenos y positivos servicios prestó a la Sociedad Explotadora, y que sólo se retiró de ella, después de haberle marcado rumbos definitivos desde el más alto puesto de la Administración General.

Con la mutilación señalada, los terrenos de «Caleta Josefina» quedaron reducidos a poco más de una tercera parte de su total primitivo (unas doscientas cincuenta mil hectáreas).

Sin embargo, los campos son suficientes y alimentan con holgura las 170 mil ovejas que esquilamos esta temporada, más la reproducción anual o sean setenta mil chiporros (corderitos) que pastan juntos con sus madres. Tenemos, pues, en la estancia, un total de doscientos cuarenta mil animales ovejunos.

Para el desarrollo y conservación de este ganado, contamos con espléndidos pastizales, tanto para la época del invierno como para los meses de verano. La subdivisión de los suelos, para las dos temporadas que dejamos señaladas, se hace en la misma forma que en las estancias pequeñas, es decir; campos altos (verano) y campos bajos (invierno).

Aparte del ganado lanar, «Caleta Josefina» dedica algunos potreros a la crianza y reproducción de caballares. Últimamente se han traído algunos reproductores finos (tipo percherón liviano e inglés), tanto de la República Argentina, como de algunos criaderos europeos; actualmente tenemos una existencia no inferior a mil caballares.

Este stock de caballos, en el que predomina la raza de tiro, sirve exclusivamente para proveer de animales de arrastre al resto de las estancias de la Sociedad Explotadora radicadas en la Isla; la venta a particulares no es corriente y sólo se efectúa en casos aislados y en cantidades muy pequeñas.

También existen vacunos en «Caleta Josefina», su número no baja de trescientos y, como los caballares, están destinados a servir a los intereses particulares de la Sociedad.

Por lo que se deja expuesto, claramente se ve que el giro principal de esta estancia, está señalado por el ganado lanar. El beneficio que se espera recoger este año no baja de dos mil fardos de vellones y cada fardo pesa, como término medio, seiscientas libras.

Cuando se inició esta explotación, el precio de la lana fue insignificante; generalmente la libra se cotizaba a razón de tres peniques. En la actualidad, y después de haber experimentado una alza considerable, puede decirse que no tiene precio y el valor de la libra fluctúa entre dos pesos cincuenta centavos y tres pesos moneda corriente.

Considerando efectivo este último valor, puede calcularse, que «Caleta Josefina» obtendrá un beneficio lanar no inferior a tres millones y seiscientos mil pesos.

Tal entrada debe considerarse ganancia líquida, pues no debemos olvidar que la materia prima, o sea la oveja, permanece intacta y en espera de una nueva esquila, faena que se verá poderosamente reforzada con la lana del corderito, ya convertido en hermoso ejemplar productor. Para hacer el cálculo de cosecha anual, debe considerarse este importante detalle que aumenta en un cincuenta por ciento la producción de lana obtenida en el año anterior.

Palpable es el enorme desarrollo que se deja sentir en el ganado ovejuno; por esta causa, la Sociedad se verá en la imprescindible necesidad de construir, periódicamente, nuevas instalaciones destinadas a la esquila fin de evitar el maltrato tan propio a los grandes rebaños que se ven obligados a recorrer distancias considerables.

Consecuente con ello «Caleta Josefina» ensancha las dependencias de «China Creek», la más importante de sus sub-secciones, y espera que el año próximo pueda compartir en ella las pesadas faenas, reduciendo a la mitad el tiempo que hoy emplea en la esquila.

Como deducción de este aumento progresivo y constante del ganado lanar, no es aventurado pensar que dentro de pocos años, cada sub-sección tienda a independizarse, reduciéndose así, gradualmente, la enorme área que hoy domina cada estancia principal.

Respecto al comercio de lanas, la Sociedad tiene representantes en Estados Unidos e Inglaterra, países ambos que monopolizan el producto contratándolo con anticipación. Este sistema es muy conveniente para los grandes ganaderos, pues, así aseguran las producciones anuales y no corren el peligro, muy común a los pequeños estancieros, de no poder vender sus lanas, viéndose en la necesidad de almacenarlas hasta la nueva temporada.

-«Caleta Josefina» tiene un pequeño defecto -continúa el señor Donaldson-; y él se refiere a los recursos naturales de que dispone. Si bien es cierto que para la ubicación de los edificios principales se tomó su consideración el punto céntrico y más apropiado para los traslados periódicos del ganado, y el transporte o acarreo de sus productos hacia el continente, se olvidó de consultar las exigencias relacionadas con las comodidades naturales. Me refiero a la falta absoluta de agua para la bebida y a la carencia de materias combustibles, elementos indispensables en este clima y en estas latitudes. La primera debe extraerse de pozos o norias que contienen materias salobres y dan al agua un sabor bastante desagradable; respecto a la leña, hay que buscarla en los montes de «Río Chico» (Sierra Carmen Silva), distante cuatro jornadas de la Estancia. El acarreo se efectúa durante el verano, y la cantidad de combustible que se acumula es considerable, toda vez que él está destinado a subvenir el total de las distintas exigencias del establecimiento.

Referente al movimiento de trabajadores, hay algo curioso que observar; especialmente durante el invierno, época que obliga a paralizar toda faena en la Isla, sólo permanece en las estancias el personal necesario para el cuidado del ganado y los distintos talleres que continúan funcionando. No obstante, esta reducción en el número de operarios y a pesar del intenso frío que se descarga en la región, los establecimientos se ven visitados continuamente por cantidad considerable de trabajadores que se presentan pidiendo alimentación y alojamiento.

Es incomprensible -dice el Sr. Donaldson-, cómo esta especie de trabajador nómada tiene energía suficiente que le permita cruzar la Isla desde un extremo a otro y en todas direcciones, sin más abrigo que el indispensable para cubrir su cuerpo y sin mayor alimento que aquél que le proporciona el ganado de los caminos.

El terreno que permanece cubierto por una extensa y gruesa capa de nieve, no es obstáculo suficiente para que estas cuadrillas ambulantes puedan pernoctar en medio de la soledad y rodeados por la oscuridad más completa.

Bien conoce el obrero fueguino que en la época del invierno, es tarea inútil llegar hasta las estancias en demanda de trabajo; sin embargo, todos los años, después de las

faenas, permanece en Tierra del Fuego, un número considerable de desocupados que opta por llevar una vida nómada y llena de sacrificios en lugar de trasladarse a lugares habitados en demanda de un descanso que bien se merece.

Este grupo de hombres desocupados, se divide en distintas partidas que se lanzan a través de los campos con la intención preconcebida de vivir de la comarca. Por esta causa, cada estancia recibe, más o menos, en la misma época, un número crecido de albergados. Generalmente se les señala un plazo para que puedan abandonar el establecimiento, determinación que de nada sirve toda vez que las cuadrillas, obrando de acuerdo, dejan expedito un local para que sea inmediatamente ocupado por un número, más o menos igual, de la misma partida. En esta forma, pasan el invierno completo y sólo abandonan una estancia cuando un grupo igual de compañeros deja la vacante en otro establecimiento.

Y lo peor del caso es que no se les puede negar hospedaje y resulta más económico recibirlos que rechazarlos. Al quedar desamparados en los campos, obran con maldad y, a manera de venganza concluyen con piños completos, abandonando las reses muertas en medio de los caminos.

Esta vida errante y sin comodidades de ninguna especie concluye con muchas vidas proletarias y es la causante de daños enormes en el ganado lanar.

Estamos, pues -termina el Administrador-, ante un problema cuya solución se impone y que está llamado a beneficiar directamente al trabajador tranquilo y honrado como igualmente, al bienestar social de los pobladores de Tierra del Fuego.

Tales fueron los datos generales que aquella noche logramos obtener en «Caleta Josefina». Mayores pormenores no necesitábamos, por lo que preparamos el equipaje para partir al día siguiente en busca de «Cameron», estancia situada en los cordones de «Carmen Silva» y a 45 kilómetros de «Caleta Josefina».

Capítulo VII

Viaje hacia estancia *Cameron*

El cementerio de «Caleta Josefina».- Hacia el torcido de Bahía Inútil.- Las arenas del Marazzi.- Las colinas de arenas. Los pastizales inmensos.- Los bosques. -El cañadón de «Las Bandurrias». A la vista de Cameron.- El señor M. W. Greer.- Distintas actividades de la estancia.- Las Concesiones en propiedad.- La esquila y el baño de las ovejas.- Servicio

*médico.- El «comedor grande» y el «comedor chico».- Bahía Inútil.- Los perros salvajes.-
Captura de un indio salvaje.- Visita a las subsecciones.- Río Rulsstin y Río Grande.- Los
inmensos bosques de «Sierra Carmen Silva».- Los chanchos salvajes.- Río Grande.-
Consideraciones de carácter general.*

Muy de mañana abandonamos el cómodo alojamiento de «Caleta Josefina» y tomamos rumbo al Sur en demanda de «Cameron».

La ruta corre por sobre un terreno sinuoso, sembrado de accidentes, cubierto con una escasa capa vegetal y sembrado de champas arenosas; lleva dirección casi recta hacia el fondo de Bahía Inútil.

Antes de dejar a las espaldas las últimas construcciones de la Estancia, divisamos sobre la cumbre de una pequeña loma y guardado con un cerco blanco, el pequeño cementerio de «Caleta Josefina». Una cincuentena de tumbas forman el pequeño camposanto y las cruces se levantan recordando, con sus inscripciones, el postrer recuerdo para los que reposan tan lejos de la vorágine de los pueblos.

En el centro de aquel recinto solitario y bajo una lápida en la cual se han grabado algunos caracteres con leyendas inglesas, descansa el sueño eterno Mrs. Cameron, esposa del primer ganadero, luchador audaz y afortunado en Tierra del Fuego.

Pronto desaparece ante nuestra mirada aquel recinto de los despojos humanos y el fiel Ford, rugiendo de impaciencia, se precipita camino adelante, devorando distancias y salvando obstáculos.

Una tranquera nos aparta del camino principal y nos señala un camino tortuoso y de difícil recorrido.

El coche disminuye su acelerado andar, y trabajosamente comienza a bordear lagunas, esquivar pantanos y cruzar arenales. Miles de aves pueblan esos alrededores y los grandes piños de guanacos vuelven a presentarse en los picachos de las colinas, observándonos con sus ojos enormes y curiosos. Los albos cisnes emprenden el vuelo y, cruzando la inmensidad, se alejan en demanda de otros campos y de otros lagos.

La naturaleza comienza a cambiar su investidura, mostrándose más galana a medida que avanzamos hacia el Sur. Como último baluarte que defiende los dominios de la Sierra «Carmen Silva», hacia cuyos montes iniciamos la penetración, se presentan inmensos arenales, ruta peligrosa y obligada que nuestro excelente Ford se apresta a combatir.

Internados en el suelo movedizo y resbaloso, el auto hunde las ruedas hasta la proximidad de las llantas, lanzando por los aires una nube de arena finísima y cegadora. Cansado el motor por su inmenso esfuerzo, se detiene repentinamente en medio de la inmensa sábana plomiza; tres cuadras nos separan de tierra firme y, esta vez, somos nosotros quienes, a fuerza de puños, arrastramos a la excelente y liviana máquina. Pocos minutos más de marcha nos dejan sobre el puente del tortuoso y límpido río Marazzi. Desde

aquel punto obligado de descanso, contemplamos un momento el grandioso panorama que nos rodea: «Bahía Inútil», inmensa y solitaria, se extiende tranquila delante de nosotros, mostrándonos sus dos costas completamente diferentes.

Nuestro anciano compañero, tanto tiempo enmudecido a causa del continuo choque contra los muelles del Ford y atormentado tal vez por el aguijón de lo desconocido, abre esta vez su libreta de apuntes y nos hace la siguiente descripción. Tiene «Bahía Inútil», nos dice, la siguiente situación geográfica:

- 1.- Formada al N. por el Cabo Boquerón, al S. Cabo Nose.
- 2.- Abertura entre los dos cabos 16 millas.
- 3.- Fondo en cabo Boquerón 47 - 66 - 87 - brazas.
- 4.- Fondo en cabo Nose - 35 - 36 y 40 brazas.
- 5.- Se encuentra entre $53^{\circ} 25'$ y $53^{\circ} 45'$, latitud Sur y $73^{\circ} 30'$, y $69^{\circ} 20'$, longitud 0.

6.- La profundidad media de la bahía no baja de 50 brazas, presentando en partes (centro de la boca) hasta 287 brazas de profundidad.

7.- Abierta completamente a los vientos del Oeste, no presenta abrigo alguno para las embarcaciones que en ella estén surtas, generalmente, los marinos abandonan la bahía tan pronto comienzan a soplar las primeras brisas; éstas son siempre precursoras de fuertes tempestades.

Las playas que la rodean son abruptas y escarpadas, el buque estrellado contra las playas, se vara y se pierde para siempre o se rompe contra los arrecifes de la orilla. El nombre de «Bahía Inútil» obedece, según versión de los fueguinos, a una antigua tradición transmitida hasta nuestros días por boca de los nativos, quienes aseguran que esta Bahía fue un canal abierto que comunicó las aguas del Estrecho con las del Atlántico.

Esta tradición presenta visos de verosimilitud para el que transita por estos parajes y estudia con alguna detención la topografía del suelo de la isla.

«Bahía Inútil» se interna 35 millas en Tierra del Fuego, y su dirección señala matemáticamente la línea que va a llegar al centro de Bahía San Sebastián, brecha marina que en las costas del Atlántico, forma una ancha herradura abierta a los vientos directos del Este; el fondo de esta bahía desciende tan lentamente, que en la baja marea sus playas peligrosas y cubiertas de arena se muestran en seco hasta dos kilómetros de la costa.

El terreno fueguino que une el fondo de las dos bahías, está sembrado de pantanos enormes y de largas lagunas, que conservan la dirección general marcada los senos de Bahía Inútil y Bahía San Sebastián.

En el invierno estos pantanos y las dunas se escarchan y ofrecen consistencia suficiente para trasladarse en esquíes o patines. Desde una a otra bahía en 1916 el señor Cameron, administrador de Caleta Josefina, efectuó este recorrido).

Bordeando la parte Sur, de estos pantanos y lagos, se presenta el cordón de cerros denominado «Sierra Carmen Silva». Este cordón señala la transición de un terreno estéril, sin árbol alguno, que queda en la parte Norte de la Isla y los inmensos bosques que se extienden hacia el Sur de la línea marcada por estos cerros.

La falda del cordón que cae al colosal cañadón a que nos referimos, presenta el corte característico formado por el embate de las olas contra la playa. A todo lo largo de él se pueden observar inmensas moles de piedra que muestran sus cantos gastados a causa de la lucha constante que han sostenido contra el mar. Multitud de conchas marinas, esparcidas a lo largo de todo este recorrido, refuerzan esta suposición.

Según los indígenas, este solevantamiento terrestre no es muy remoto. La fecha no la pueden precisar, pero aseguran que sus antepasados hacían el comercio con los indios de la costa del Atlántico, llevando sus mercaderías en canoas que surcaban las aguas de este canal desaparecido. Más tarde, el solevantamiento del terreno impidió el paso entro el Estrecho y el Océano, entonces los naturales lo declararon «Canal Inútil».

Se cuenta a este respecto una larga narración que en síntesis dice lo siguiente:

«Una tribu indígena venida desde Isla Dawson, marinera en quince piraguas, se internó por la boca de Bahía Inútil en demanda de las aguas del Atlántico. Navegaron confiados por el paso siempre abierto y ajenos a la barrera infranqueable que se había levantado al frente.

Parte de los que componían esta tribu asesinaron a sus propios compañeros, les robaron cuanto tenían y siguieron navegando hacia el Este. Un fuerte temporal sorprendió a las canoas de los asesinos y los estrelló contra la costa. Algunos perecieron y el resto de la expedición, que sólo tomó este temporal como justicia de los espíritus, logró llegar hasta el fondo de la Bahía, encontrando, en lugar de las aguas por donde siempre habían navegado, un terreno pantanoso y lleno de fango.

Mucho tiempo buscaron el canal que conocían, todo esfuerzo les fracasó y entonces declararon ‘inútil’ volver a encontrar una senda que la venganza de los espíritus había hecho desaparecer».

El fondo de esta leyenda y la forma como se presenta el terreno que separa las dos Bahías, afianzan en el ánimo del viajero la certidumbre en la existencia de una comunicación marítima, no muy remota, entre el Estrecho de Magallanes y las aguas del Atlántico.

«Los terrenos que rodean a Bahía Inútil, están bien demarcados; por el Norte, salvo la punta Boquerón, se presentan planos con muy poca elevación, sin árboles y cubiertos de romerillo, calafates y pastizales inmensos.

Cierran el fondo de la Bahía grandes pantanos, extensos arenales y montañas de arena que, a manera de dunas, se levantan rodeando toda la parte interior. Por el Sur, colinas bastantes elevadas cubiertas con bosques inmensos y cortados por numerosos ríos, adquieren las características de la selva virgen. Innumerables cañadones y acantilados colosales y profundos, muestran al marino que esas costas, lejos de ofrecer refugio, señalan la destrucción y la muerte.

Sin embargo, la mano del hombre ha logrado encontrar en la desembocadura de los ríos, algunos puntos accesibles y en ellos se han construido caletas o embarcaderos.

Bordeando la Bahía de la parte Norte, se presenta el pequeño río Rosario a partir de la punta Boquerón, en cuya boca existe un fondeadero de 31 brazas y una pequeña caleta que sirve los intereses de la Estancia Rosario.

Viene después, seis millas más al Este, el chorrillo Esperanza; un buen fondeadero con un mínimo de 5 1/2 brazas sirve las necesidades de caleta Esperanza, destinada a la estancia del mismo nombre.

Cinco millas separan a este chorrillo del río Discordia y entre éste y aquél desembocan los riachuelos Valenzuela y Concordia.

En Discordia existe la caleta del mismo nombre, con buen fondeadero (10 brazas), que sirve los intereses de las pequeñas estancias circunvecinas.

A partir de este último punto, sale en dirección al Este un camino de primer orden que llega a las Estancias de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego y que bordea todo el seno de Bahía Inútil.

Trece y media millas al este de caleta Discordia, aparece «Puerto Nuevo»; allí desemboca el chorrillo del mismo nombre, que se seca en el verano convirtiéndose, próximo al mar, en una grieta profunda y peligrosa. «Puerto Nuevo» fue antes una grasería que trabajó con maquinarias buenas y modernas. Hoy día constituye el puerto de la estancia San Sebastián y «Caleta Josefina» que antes se llamó «Estancia Pantanos» ambas de la Explotadora; la primera dista 17 kilómetros de «Puerto Nuevo» y la segunda 67 kilómetros.

‘Puerto Nuevo’ constituye un pequeño caserío construido con los restos de las habitaciones de la extinguida grasería. Tiene un Capitán de puerto y es la única rada, con Cameron, que alberga buques de pequeño calado (hasta 200 toneladas).

Los productos que exporta lo componen, en primer lugar, el ganado lanar destinado a los frigoríficos de Punta Arenas (cueros y lanas), también se embarcan algunos caballares y vacunos.

‘Caleta Josefina’ queda al fondo de la Bahía y constituye el centro de tránsito hacia la Estancia Cameron al sur de la Bahía, y Estancia San Sebastián, próxima a la costa Argentina.

El fondo de la Bahía Inútil se extiende bordeando playas arenosas y estériles. Cuatro y media millas al sur de ‘Caleta Josefina’, desemboca el río Marazzi, caudaloso y de aguas purísimas.

A partir de la desembocadura de este río, el terreno comienza a elevarse hasta constituirse en verdaderos cerros que van a caer, casi a pique, en las aguas de la Bahía. Enormes y numerosos peñascos se dejan ver levantados a cierta altura de la playa y los grandes bosques coronan las cimas de las colinas.

Cuatro millas al Sur Oeste del río Marazzi, desemboca el Riquelme, conocido en la comarca con el nombre de río Torcido, a consecuencia del cajón profundo por donde corre, y de los zig-zags infinitos que se ve obligado a hacer para buscarse paso a través de las espesas montañas por las que cruza.

Siguiendo siempre en la misma dirección, ocho millas más lejos, muere el río Engaño, que sólo dista cuatro millas del río Mac-Klelland. Este último, como todos los de las playas sur de la Bahía, es tortuoso y accidentado. Antes de su desembocadura, corre por un profundo y ancho cañadón que, junto a la playa, guarda la Estancia Cameron, de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. En este punto existe la caleta Cameron, con un fondeadero peligroso y cuya profundidad mínima es de diez brazas; es el único fondeadero que proporciona Bahía Inútil.

Todas las caletas y puertos que se dejan señalados, carecen de muelles; el embarque se hace con botes o lanchas.

Muy raras veces, en la baja marea, el buque se vara y el embarque se hace a hombro.

Después de río Mac-Klelland, la costa torna dirección Oeste hasta llegar a punta Cameron; en este transcurso, de 9 1/2 millas, sólo tiene pequeños ríos que mueren en el mar, ello son: Río Nef, Río Ana y Río Green.

La característica de la desembocadura de estos ríos, es la misma que hemos anotado para todas las playas sur de la Bahía.

De punta Cameron, la playa torna nuevamente en dirección Suroeste, y después de recorrer 7 1/2 millas, forma el cabo Mose que viene a constituir el extremo sur de la boca de Bahía Inútil

La costa toma después una línea general hacia el sur, y sólo viene a presentar fondeadero nueve millas más adelante, en Puerto Yartona, inmediatamente al sur de Punta Ehown

Los cerros de la ribera se precipitan a la playa, desde una altura de 210 metros.

Esta pequeña Bahía, de 1/2 milla de abertura está cerrada hacia el Sur por la Punta Yarton que, después de desaparecer bajo las aguas del Estrecho, reaparece nuevamente media milla mar adentro, en forma de tres islotes largos y peligrosos.

El fondeadero de este puerto varía entre 14 y 17 brazas».

Antes de guardar sus apuntes, el buen anciano, queda un momento sobre el puente del río y hace algunas anotaciones que se refieren al panorama que nos rodea. A nuestros pies corre, encajonado y profundo el río Marazzi. A manera de una culebra colosal, hace mil vueltas y revueltas sobre el terreno, buscando su salida al mar.

Los grandes arenales que tuvimos que cruzar a pie, muestran sus plomizos y brillantes suelos, algo distante de nosotros. En ellos, y semi enterrado en las arenas, el valiente y anciano explorador logró encontrar un viejo cráneo humano.

El guía que nos conduce, nos adelanta que en aquellos suelos se han encontrado numerosas osamentas. Algunas tradiciones presentan a aquellos campos como cementerio de indígenas, otras relaciones, en cambio, dicen que aquel es un inmenso depósito de los despojos del mar, despojos que los vientos y las aguas de Bahía Inútil se encargan de llevar hasta el Marazzi.

Esta segunda versión es la que más fe nos merece, toda vez que las distintas tribus indígenas hicieron vida nómada y repartidas en toda la extensa Isla fueguina.

Cementerios de indios no es fácil aceptar entre los nativos onas. El temor profundo que, en sus ánimos sencillos despertaba el fallecimiento de algún individuo, les hacía levantar campamentos y abandonar aquellos lugares donde el espíritu del difunto debía de seguir custodiando al cuerpo que acababa de abandonar.

El cráneo recogido por el señor de los catalejos, es deformado y chato; y esperamos presentarlo a algún conocedor a nuestro regreso a la capital.

La ruta de marcha que sigue se presenta sumamente accidentada.

Debemos transmontar una empinada colina totalmente cubierta con arenas; puesto en movimiento el auto, hunde sus ruedas en el movedizo suelo e inicia la ascensión. Junto con

nuestro compañero, empujamos la retaguardia del coche que avanza en forma lenta pero segura. Un supremo esfuerzo nos lleva a la cumbre de la colina y nos deja en situación de proseguir el viaje.

A nuestro frente se extiende un cañadón inmenso, sembrado de vegas y cubierto de arbustos; el camino corre serpenteando las faldas de las colinas y el suelo se presenta accidentado y áspero.

El ruido del motor repercute en los senos montañosos, y cien ecos van desparramándose en medio de la inmensidad de la selva. Bandadas enormes de bandurrias, asustadas e inquietas, emprenden el vuelo hacia las alturas y cruzan los aires en demanda de otros lugares más tranquilos. Sólo la presencia de estas aves hemos encontrado junto al camino, lo que hace que bauticemos aquel inmenso cañadón con el nombre de «Cañadón de las Bandurrias».

A cada paso esquivamos rocas monstruosas que se levantan en la soledad como monumentos de granito. Las lomas que se extienden hacia el mar, se suceden en continuidad interminable, y sus crestas arenosas presentan indicios de vegetación.

Igual que a la llegada a Caleta Josefina, podemos observar que la formación de estas colinas de la costa, se debe a pequeños arbustos interceptores y acaparadores de avalanchas de arena distintas que las dunas, sientan pie entre los arbustos que las aprisionan y se arraigan al terreno.

La nieve del invierno une aquella maza movediza y los deshielo de la primavera las dejan compactas y sólidas y capaces de resistir el choque de los grandes vientos.

Año tras año se repite este fenómeno y aquellas lomas van progresiva y continuamente aumentando su altura. Algunas dejan de crecer a causa de que otra nueva, entre ellas y el mar, se encuentra en formación. Se cubren entonces, poco a poco, con una capa vegetal y presentan su cubierta en forma sólida, adornada con un hermoso manto verde.

Entre colina y colina queda terreno húmedo y productor de pastizales inmensos.

En esta zona, la naturaleza comienza a mostrarse más galana y los arbustos van siendo más altos a medida que avanzamos; es una región distinta de la que acabamos de abandonar.

El río Marazzi marca el término de ella, que es monótona y triste, y el comienzo de ésta que se muestra rica en bosques y arbustos.

El río Marazzi divide estas dos inmensas regiones y corre por la gran hondonada que forma «El Cordón» por el norte y la sierra «Carmen Silva» por el sur.

Una hora de marcha nos basta para abandonar el «Cañadón de las Bandurrias» y encumbrarnos sobre las crestas de las colinas por cuyas cimas corre ahora el camino principal.

A lo lejos, inmensos bosques cierran el horizonte; hacia el Noroeste las aguas de la gran Bahía van a juntarse con las del Estrecho.

Precipicios profundos nos separan de la costa cubierta de peñascos, en cuyas faldas las aguas marinas se estrellan con furia levantando nubes de espuma blanca.

Pájaros de diversos plumajes cantan sobre los arbustos y alguno que otro gato salvaje, a grandes saltos, cruza los prados.

A manera de montaña rusa, bajamos y trepamos por sobre las colinas, sin que los accidentes del terreno sean obstáculos para disminuir la veloz carrera del excelente Ford.

Un nuevo río, el «Torcido», abriendo inmenso surco, se precipita hacia el mar. Desde lo alto lo vemos pequeño y a más de cien metros bajo nosotros.

Tenemos que cruzar aquella peligrosa quebrada y deslizarnos hasta el fondo del cañadón, en cuyo seno alcanzamos a distinguir algunas partes del camino.

La ruta desciende en pendiente rápida y escarpada, bordeando el inmenso precipicio; con los nervios en tensión y con todos los frenos de la máquina iniciamos el descenso. El coche, más que rodando, se acomoda a esa especie de escalera de caracol y, en una carrera vertiginosa, logra llegar hasta el fondo de la pendiente; pronto llega al cajón del río y se detiene sobre el sólido puente de madera que salva la corriente. Las aguas saltan de piedra en piedra y a su choque continuo, se levantan nubes de gotitas cristalinas que, al refractar los rayos del sol, se convierten en mil litros de chispas de colores. Sobre el inmenso murallón del frente y en la margen opuesta del río, el camino se eleva en una extensión de doscientos metros, empinada ruta que salvamos sólo en algunos minutos.

Desde el punto culminante en que ahora nos encontramos, podemos constatar que ya hemos bordeado todo el fondo de Bahía Inútil; la dirección de marcha cambia de rumbo y, esta vez, se dirige directamente hacia el Oeste.

Los campos por que cruzamos, que se encuentran libres de ganado, están dedicados al pastoreo de invierno.

El paso de una tranquera significa el término de la estancia «Caleta Josefina» y nos indica que hemos entrado a los dominios de «Cameron».

Infinidad de canaletas y zanjas, construidas a ambos lados del camino, sirven para desaguar los grandes pantanos y las inmensas vegas que se presentan de trecho en trecho.

Marchamos próximos al mar y a una altura considerable sobre el nivel de las aguas; grandes peñascos marinos aparecen repartidos por todas partes y las bajadas y subidas continuas, algunas peligrosas y tortuosas, son la característica de nuestra ruta de marcha.

De improviso, un campo liso y fecundo, cubierto con bloques enormes de monolitos blancos, se presenta ante nosotros, ofreciéndonos la impresión de contemplar un colosal camposanto, cubierto con infinitos y soberbios mausoleos egipcios.

Las rocas colosales se levantan hasta doce y quince metros y algunas tienen en la base igual longitud. Media hora demoramos en recorrer aquel solitario cementerio de granito; nada turba la grandiosa soledad de aquellas tumbas sólidas. Las aves silvestres y los animales fueguinos parecen haber huido de aquel campo y sólo se escucha lejano el constante y ronco ruido que producen las olas en su eterno combate contra los acantilados de la costa.

La naturaleza se desarrolla magnífica y los abundantes pastizales esperan tranquilos la visita de sus invernales habitantes lanares.

El paso de una nueva tranquera, nos presenta un extenso y llano potrero que, en pendiente suave desciende hasta tocar el mar. El camino se inclina hasta la costa y, después de una brusca bajada, toca las arenas de la playa.

Un nuevo río, el «Azul», nos intercepta el paso. Como en los anteriores, sin grandes dificultades, pero con bastante peligro, logramos salvar los enormes muros que tienen la característica de escarpados barrancos.

A partir de este punto, vuelve el camino a apartarse de la playa y lentamente se interna tierra adentro. Hacia el Sur, cierran el horizonte los tupidos bosques de Sierra «Carmen Silva», hacia el Norte, siempre nos acompañan las aguas de Bahía Inútil.

Muchos y ricos potreros vamos dejando atrás. Todos son campos de pastoreo para el invierno.

La presencia de un profundo y ancho cañadón nos obliga nuevamente a buscar la playa. Antes de descender, desde lo alto distinguimos, próxima a las arenas de la costa, una pequeña construcción, una casita insignificante rodeada o resguardada por rumorosos canales.

Es la primera vivienda que hemos encontrado después de abandonar las casas de «Caleta Josefina»

Es un puesto de ovejero, según nos lo dice el guía, habitación que sólo se ocupa en el invierno, época de pastoreo en los campos bajos. Triste, en verdad, es aquel lugar de destierro para los infelices que deben habitarlo. Solos en medio de la inmensidad espantosa de aquellos lugares solitarios, el alejamiento absoluto de centros poblados, y más que nada,

la época de frío intenso para la cual está destinada, hace que se mire aquel punto, como un lugar de expiación para los desheredados de la fortuna.

Allí dejamos aquella casita abandonada y sola junto al mar y en la falda de los enormes acantilados. Salvado el ancho cañadón, seguimos corriendo por las colinas, esta vez cubiertas con chapitas adheridas sobre un suelo esponjoso y sumamente permeable; cruzamos un terreno de manantiales. Las ramas de calafates tapizan cada terraplén del camino, y el auto avanza roncando por sobre un sendero convertido en eterno zig-zag.

Miles, millones de cuevas de «cururos», aparecen, algunas recién abiertas, sobre el camino y en todo la extensión del inmenso campo; según el guía, estamos en los dominios de estos roedores.

Hace ya cuatro y media horas que bordeamos la bahía, y según el kilometraje marcado por el auto, debemos encontrarnos muy próximos a las casas de «Cameron». Sin embargo, sólo la selva inmensa se extiende al frente y nada hace presagiar que estemos en las proximidades de la Estancia.

Algunos minutos más, y nos detenemos junto a una bifurcación de caminos; uno se interna en dirección a la montaña y el otro lleva rumbo directo hacia la playa. Como sabemos que Cameron está junto al mar, optamos por proseguir el derrotero que nos señala la segunda vía. Detenido el coche a algunos metros delante de un profundo cañadón, nos da tiempo suficiente para reunirnos en consejo y deliberar sobre nuestra situación; lo peor del caso es que el guía se encuentra desorientado.

Nuestro anciano acompañante es el que se manifiesta más nervioso.

-Es imposible -dice- que nos detengamos a deliberar, si hemos recorrido más de cincuenta kilómetros y si no hemos pasado las casas, debemos estar casi encima de Cameron. Sin embargo, voy a observar -agrega- al mismo tiempo que arma su largo y estropeado telescopio.

Por nuestra parte, estimamos que lo más conveniente es efectuar una exploración para buscar el camino de acceso a la quebrada. Mientras el anciano rebusca en el horizonte lejano la vista que apetece, junto con el guía nos aproximamos al borde del barranco del ancho cañadón que nos dificulta la marcha.

Un grito de alegría se escapó de nuestros pechos al acercarnos al borde del precipicio. Logramos ver en el fondo de la quebrada los edificios de la hermosa Estancia Cameron. Calcúlese nuestra alegría ante la contemplación del panorama más hermosamente bello que hasta la fecha hemos visto en Tierra del Fuego: el río Mac-Klelland desliza suavemente sus aguas tranquilas y puras por el fondo de aquella enorme excavación, a veces se oculta bajo el espeso ramaje de los corpulentos robles, para reaparecer nuevamente en medio del verdor de los suelos. Pastizales naturales y sembrados por la mano del hombre, muestran por doquier su magnífica lozanía. Miles de matices de flores de todas clases, adornan las riberas de aquel río, y los campos cubiertos de verdor se muestran cruzados en todas direcciones por anchos y espléndidos caminos.

En medio de aquella naturaleza hermosa y atractiva, se levanta ufana y primorosa la más nueva y la más hermosa estancia de la Sociedad Explotadora. Los rojos techos de las casitas distribuidas simétricamente, dejan pasar las gallardas chimeneas que lanzan hacia los aires bocanadas de humo negro y espeso, que va a disiparse lentamente y concluye por desaparecer antes de coronar las alturas de las enormes murallas que forman el cañadón.

Aquella reducida aldea se presenta, ante nuestros ojos, diminuta y empequeñecida, gracias a la gran distancia que nos separa; sus moradores semejan diminutos habitantes de la ciudad de Liliput.

Aún no hemos salido de nuestra agradable sorpresa, cuando deseamos hacer partícipe de tanta alegría al señor de los catalejos. A pleno pulmón le gritamos el anuncio de tan fausta nueva, al mismo tiempo que emprendemos la carrera en la dirección en que hemos dejado el improvisado observatorio. Si grande fue nuestra sorpresa al distinguir las casas de Cameron, mayor lo es ahora que sólo distinguimos, medio perdida entre el ramaje, la silueta de nuestro anciano compañero que huye como un endemoniado, llevando bajo el brazo su eterno y monumental catalejo.

Más de una hora nos costó alcanzarlo y, ante la tenacidad con que huía de nosotros, hubimos de comprender que nuestro anuncio a grandes gritos, debió tornarlo como el aviso de algún animal feroz que nos atacaba.

Rendidos y jadeantes llegamos hasta él que, empinado en lo alto de un roble, mostraba sus ojos desmesuradamente abiertos y su cara presa de un color cadavérico. Cuando se dio cuenta que veníamos en son de paz y portadores de buenas nuevas, trató de convencernos que su ida a la floresta sólo obedecía a la rebusca de un mirador más alto y de un más amplio horizonte. Aceptado tan extraño y brusco proceder, no sin algunas dificultades, logramos hacerle volver hasta el auto y proseguir la marcha.

Esta vez debemos descender a la quebrada por el único camino casi cortado a pique, que lleva al fondo del cañadón.

La ruta está próxima al mar y se precipita, en forma vertiginosa, hasta la desembocadura del río. Parece que nuestros organismos están ya familiarizados con esta clase de peligros, pues sin el menor apego al espíritu de conservación, arrojamos el auto por sobre aquel camino barranco.

A manera del descenso en un ascensor, sentimos en el interior la impresión de una caída en el vacío; apenas alcanzamos a darnos cuenta del peligro: queremos gritar y nos falta el aliento. Tan vertiginosa caída, sólo ha demorado un instante, momento que nos deja junto al río y muy próximos al mar. Sanos y salvos y seguidos por más de un centenar de perros ovejeros de distintas pintas y portes, tomamos rumbo hacia la casa del administrador.

Como lo hemos dicho anteriormente, esta estancia es de reciente fundación y su antiguo nombre «Río Mac-Klelland», fue cambiado por el de «Cameron», como un

homenaje al Administrador de la Sociedad, que sólo hace poco abandonó la Estancia para ir a trabajar por su cuenta en la capital de la vecina República.

«Cameron» fue creada en 1914, siendo antes sub-sección de «Caleta Josefina».

Su actual Administrador, W. Greer, escocés de pura cepa, sale a nuestro encuentro y nos recibe con exquisita amabilidad inglesa.

Ha hecho una carrera muy rápida, gracias a su constancia y competencia para el trabajo y a la manifiesta deferencia que le dispensa la actual Administración General, bajo la dirección del señor T. R. Burbury.

Antiguo soldado del ejército inglés, actuó en la guerra contra los Boers, y en aquellos campos le tocó desempeñarse como oficial de infantería. Tuvo bajo su mando inmediato a su actual jefe, y desde aquella época data la amistad y ayuda mutua que se dispensan ambos administradores. La carrera del señor Greer fue iniciada como la de todos los subalternos de las estancias, y desde los puestos más bajos, ha llegado hasta la sub-gerencia de la Compañía.

Ya en la casa, somos presentados al 2.º Administrador de Cameron, persona muy amable que recién ha llegado a estas tierras australes. Actuó durante toda la campaña de la última gran guerra y el estallido de un obús lo sepultó en una trinchera, junto con algunos compañeros de armas.

De aquella sepultura de vivos, fue extraído después de algunas horas y, gracias a un tratamiento especial, logró recobrar el conocimiento.

Completamente inútil para las actividades de la vida, el Gobierno inglés le concedió la baja de las filas y lo licenció del Ejército con una pensión de 27 chelines mensuales.

La familia lo envió a América (Argentina) donde pensaba completar su curación. Desde este último país pasó a Tierra del Fuego y, la administración general le dio el empleo de segundo administrador de «Cameron».

Sus actividades y facultades mentales no están por completo superadas, la memoria funciona con muy poca lucidez; sufre constantes trastornos y la tensión de sus nervios es espantosa. El menor movimiento brusco o el más leve ruido inesperado, le traen la excitación nerviosa y le trasportan a los peligros de la guerra.

Tan impresionante estado, nos causa profunda sensación y nos hace pensar en aquel sinnúmero de sobrevivientes que, envueltos en las sombras de la inconsciencia, deben esperar en vida el descanso eterno que debieron encontrar en las trincheras; descanso muy preferible a la excitación constante de unos organismos enfermos o incurables.

A las dos de la tarde y en compañía del señor Greer, visitamos las dependencias de la estancia. Se componen éstas de veintidós edificios pequeños, casas para los empleados

secundarios y obreros y doce casas grandes; en total, treinta y cuatro construcciones. Todas se encuentran repartidas a lo largo del río Mac-Klelland y semi perdidas entre el manto de los prados y el follaje de los robles.

Todas las casas están construidas dentro de veinticinco hectáreas que son propiedad de la Sociedad, terreno que el Gobierno concedió gratis a cambio de que en él se instalaran algunas industrias. Como en la generalidad de las otras estancias, para la adquisición definitiva de estas tierras que el Gobierno daba gratis, se instalaron en ellas, industrias de graserías u otras similares. Ya en poder de la escritura definitiva, las industrias desaparecieron, las construcciones se sacaron, y en aquellos suelos, que naturalmente fueron muy bien escogidos y mejor ubicados, se levantaron permanentes los edificios de las estancias.

No se prestaría esta combinación a una serena crítica, si ella sólo se reflejara en la muerte de las industrias; la gravedad que ella encierra se refiere a la siguiente cláusula de arrendamiento y que figura en el contrato que el Fisco ha hecho a la Explotadora. La cláusula dice así:

«Las mejoras e instalaciones que se efectúen dentro del terreno arrendado, una vez terminado el arriendo, pasarán a poder del Fisco».

Según tal disposición, las casas, construcciones, etc., que tienden a dar mayor valor a los terrenos arrendados, representan un futuro beneficio para aquellas inmensas extensiones de campos que, más tarde, deberán forzosamente subdividirse y repartirse en pequeños lotes a nuevos arrendatarios.

Con el sistema que se ha venido siguiendo en algunas estancias, el Fisco se verá burlado en sus intereses, puesto que al término de los arriendos, sólo recuperará los terrenos desprovistos de mejoras y, todo aquello que tiene o representa algún valor, quedará en los suelos de propiedad particular y que el mismo Fisco les cedió gratuitamente.

Según nos lo manifestó el Administrador, este hermoso cañadón fue ocupado antes por un aserradero rudimentario, destinado a abastecer las necesidades de las distintas estancias. Obtenida la propiedad definitiva del terreno, el aserradero fue trasladado a la subsección Río Russfin, y en el local dejado se levantaron las casas de «Cameron».

Uno de los edificios mayores, está ocupado por el galpón de esquila, cuya distribución es casi idéntica a la de las otras estancias.

El número total de los trabajadores de «Cameron», sube de 240 hombres y en la esquila trabajan 60 operarios. El clasificador de lanas, como todos los de la Explotadora, ha sido importado de Inglaterra y trabaja contratado para la época de las faenas; lo asesora un esquilador chileno que ejecuta tanto su trabajo como el del clasificador.

Los vellones se clasifican en globo, y sólo se hacen cuatro diferencias; en esta forma se obtiene cuatro clases que se enfardan por separado. Al decir que se clasifican en globo debe entenderse que no se hace distinción dentro de la lana de un mismo vellón; este último trabajo queda para los países compradores (especialmente Inglaterra) en donde el vellón sufre una nueva clasificación pidiendo, cada uno, siete y ocho clases diferentes.

Cameron produce al día un número no inferior a sesenta fardos, con un peso que fluctúa alrededor de seiscientas libras. Como lo hemos manifestado para Caleta Josefina, el sistema adoptado para los trabajos de la esquila es el de un contratista especial, quien se encarga de reclutar, pagar y alimentar a la gente trabajadora.

Próximo al galpón de esquila y a continuación de los bretes que guardan el ganado esquilado, está instalado el baño para las ovejas. Los animales desposados de sus lanas deben sumergirse dentro de una combinación compuesta de agua, azufre y cal, preparación suficientemente fuerte, destinada matar la sarna y evitar las enfermedades infecciosas. Una canaleta de un metro y cincuenta centímetros de profundidad, con un ancho de un metro y un largo que varía entre treinta y cuarenta, almacena el líquido preservativo.

Por un extremo se precipitan las ovejas dentro de la canaleta y, nadando, avanzan al extremo opuesto. Durante el recorrido, peones provistos con largos palos fabricados *ex profeso*, sumen dos o tres veces la cabeza del pequeño nadador. Al salir, el animal bañado se sacude fuertemente y el líquido que arroja de su cuerpo vuelve a caer en la canaleta por donde avanzan nadando nuevas compañeras.

Pocas horas bastan para que los cuerpos se sequen. El ganado se suelta entonces en los potreros y al esconderse en las verdes praderas, semejan inmensas manchas de tiras color amarillo oscuro.

No muy distante del lugar donde nos encontramos, al otro lado del río, se levantan todas las habitaciones para los obreros, aunque de construcción reciente, guardan la misma simetría y adolecen de los mismos defectos que los anotados para «Caleta Josefina».

Algunos enfermos yacen postrados en las camas, sin que persona alguna pueda prestarles los servicios que su estado requiere. Interrogado a este respecto, el administrador de la estancia nos indica que se ha telefonado al Doctor de la Sociedad, dándole el aviso correspondiente. Por lo pronto, nos dice, el facultativo ha ordenado se distribuyan algunos medicamentos.

Deseamos ardientemente conocer al famoso Doctor y saber por sus labios, la forma como se multiplica para atender las cinco estancias que están bajo su atención médica.

Sin grandes comentarios, en consideración a que somos visitas, dejamos a aquellos infelices enfermos, entregados a su propia suerte, y nos encaminamos a recorrer las distintas construcciones de «Cameron».

Los comedores, cocinas, panaderías, carnicería, etc., con pequeñas diferencias, siguen el mismo estilo y gozan del mismo confort y limpieza que las visitadas en la estancia anterior.

La casa del contador está constituida por un hermoso chalecito rodeado de jardines. El interior tiene todas las comodidades propias a la fría región que nos ocupa. Queremos visitarlo, pero tropezamos con la dificultad de la persona que nos guía.

El Administrador no debe dar ocasión para que sus subalternos le falten el respeto. Una venia de cabeza no está reñida con la disciplina, al menos así lo creímos nosotros al saludar al señor Langhaus, contador de Cameron, que nos observa cariñosamente desde la puerta de su habitación.

La casa del segundo administrador y capataces, hermosea con el jardín que la rodea, se presenta confortable y pintoresca.

En el interior tiene dormitorios, comedor, sala de fumar y cocina. La calefacción es abundante y el aseo esmerado. Una ancha galería cerrada con vidrios, da vida y sol a un buen número de flores bien cuidadas en maceteros. En un rincón, descansa el fono telefónico que une esta dependencia con la casa del Administrador.

El cable trasmisor apenas recorre setenta metros desde un edificio al otro, sin embargo funciona constantemente comunicando las órdenes impartidas por el señor Greer.

Pocos minutos permanecemos en este recinto de la clase media, una indicación del incorruptible escocés nos señala que debemos seguir hasta la casa grande.

El terreno que rodea a este edificio, está cubierto con una plantación de cebada. El grano se va desarrollado en forma asombrosa y la espiga.

Medimos algunas espigas, todavía verdes, y podemos constatar que no suben de un metro noventa ni bajan de un metro sesenta centímetros.

El sendero porque avanzamos nos permite apreciar de cerca el valor inmenso que representan estas tierras vírgenes, una vez que sean explotadas por distintos agricultores y subdivididas en pequeños lotes.

Preocupados con esta idea, deseamos independizarnos un momento y solos, desde una pequeña altura, observar el panorama que nos rodea. Pretextamos cualquiera cosa y logramos que nuestro guía nos dé libertad. No corremos, volamos hacia el pequeño bosque que hermosea el río y nos empinamos en la loma del murallón de la ladera.

Desde aquel punto culminante dominamos el inmenso cañadón, productor magnífico de todo aquel grano que hace apenas tres meses se sembrara en él.

El campo que tenemos al frente, como la mayor parte de los que ya hemos recorrido, muestra tierras vírgenes, especialmente aptas para ser dedicadas a la agricultura. Así lo explico, y lo demuestra la cantidad de pequeñas siembras que rodean las habitaciones, diseminadas a todo lo largo del cañadón. En mayor profusión que las flores, aparece la hortaliza y los tubérculos, dando un tinte alegre a estas regiones pobladas tan de tarde en tarde.

Una vez más viene la impresión del abandono de Magallanes y de la improducción de estas inmensas tierras, acaparadas por una sola mano.

En forma poderosa, según nuestro entender, se impone la subdivisión de los terrenos. Pequeños campos aprovechados y explotados por pequeños capitalistas, no sólo darán valor a aquella zona, sino que traerán vida y bienestar a todos los pobladores de Magallanes y Tierra del Fuego.

¿Por qué si cada pequeño arrendatario puede procurarse las siembras necesarias para su propio consumo, no lo puede hacer en mayor cantidad gran número de sub-arrendatarios? Ello sin duda alguna, procuraría una vida barata, un bienestar enorme en la región, afluencia mayor de pobladores radicados en estas comarcas, y, de hecho, concluiría con la especulación odiosa de ciertos particulares, grandes capitalistas, que disponen a su antojo de los estómagos del habitante de escasos recursos.

El monopolio de las tierras magallánicas es causa de la estagnamiento y de la muerte de la agricultura e industrias en aquella zona y, trae como consecuencia, la desesperación y el éxodo de la gente que, por no disponer de gruesos capitales, debe hacer la vida nómada del trabajador que sólo visita esas regiones en la época de las faenas lanares.

Obra de patriotismo será la de poblar Tierra del Fuego, problema de muy fácil solución ya que él se deriva de la subdivisión de terrenos.

Es inexplicable que el Gobierno, contando con diversas extensiones de terrenos que yacen en poder de las grandes sociedades y que figuran como reservas fiscales, no procure darles valor, entregándolas a sub-arrendatarios que, al mismo tiempo que introducirán mejoras, vendrán a pagar al Fisco una cantidad de pesos muy superior a la que hoy percibe por ellas. ¿Para qué son estas reservas fiscales? ¿Qué objeto se persigue con reservarlas y dejarlas en poder de las dos poderosas Sociedades que explotan la Isla?

Obra de cordura será distribuir aquellas «reservas», a la inmensa población que continuamente levanta la voz pidiendo los terrenos que su patria les niega y en cambio los deja, sin valor ninguno, en poder de manos extranjeras destinadas a acumular grandes capitales que, tarde o temprano, abandonarán el país y se radicarán en tierras ajenas a nuestro suelo.

Otro punto que merece un estudio especial es la mensura de tierras entregadas a algunos particulares y que actualmente se encuentran en explotación. La configuración del terreno, la buena voluntad de la oficina fiscalizadora y los inconvenientes de todo género con que se ha tropezado al hacer las distintas mensuras, han obligado a veces a efectuar

deslindes más o menos aproximados, deslindes que, generalmente, tienden a abrir y no cerrar los diversos lotes. A nuestro juicio, una remensura de esos terrenos, vendrá a beneficiar enormemente al Fisco, haciéndole percibir una cantidad considerable de pesos que hoy no percibe. De esta remensura saldrá, además, una buena porción de tierras que podrá destinarse a los pequeños capitalistas o al trabajador chileno ansioso de poseer y explotar campos en Tierra del Fuego.

Abstraídos por estas cavilaciones, apenas hemos notado el acercamiento del contador de «Cameron». Desea conversar con nosotros y presentarnos las dependencias que él administra. Nos saluda con aquella cortesía peculiar al elemento sajón y nos invita a que lo sigamos. El señor Jorge Langhaus es alemán y su permanencia en la estancia, donde todos son ingleses, la debe únicamente a que es un contador de primera fuerza y a que posee varios idiomas.

Al pie de la colina se levanta el pequeño chalecito, su habitación, y hacia él nos encaminamos.

El exterior ya lo tenemos visto; el interior nos sorprende: nada falta en esa mansión para que sus habitantes hagan una vida cómoda y confortable. La señora Langhaus, de la misma descendencia de su esposo, pero chilena de nacimiento, nos recibe en el pequeño hall de la entrada.

-Actualmente contamos con doscientos cuarenta hombres, de los cuales sesenta son esquiladores -nos dice.

El galpón de esquila, dotado de una poderosa prensa hidráulica, proporciona tres toneladas de presión por cada pulgada cuadrada y confecciona diariamente entre cincuenta y cuatro a sesenta fardos.

La lana se clasifica en la misma forma que en «Caleta Josefina» y el precio de ella se valoriza conjuntamente con el producto de todas las estancias.

En la esquila hay que hacer gran diferencia entre el producido de los machos y de las hembras. El mayor producto lanar se obtiene de las ovejas y va decreciendo si se trata de capones o de carneros. «Cameron» cuenta con un gran número de machos, en atención a que sus campos exigen ser poblados rápidamente, por esta causa tal vez, su producción de lana no será tan abundante como en el resto de las estancias de la Sociedad.

Después de la esquila los animales se bañan a fin de prevenir infecciones. Este procedimiento no es absoluto, pues, sé de otros administradores que no creen necesario el baño del ganado, alegando

Todas las casas de la estancia, en total cincuenta, contando las dieciséis de las subsecciones, son de construcción nueva. El material lo proporciona el aserradero instalado en Río Russffin, a treinta y cinco kilómetros de «Cameron».

Poseemos desembarcadero propio, carecemos de muelle, pero pensamos instalarlo pronto. La carga y descarga de las mercaderías se efectúa a pulso, para lo cual hay necesidad de varar los pequeños vapores que se internan por «Bahía Inútil» y se aproximan junto al varadero de «Cameron».

La parición correspondiente a este año puede calcularse en un setenta por ciento del ganado total.

De las dos sub-secciones con que cuenta la estancia, la más importante es «Río Grande». Pensamos establecer allí un galpón de esquila a fin de evitar el acarreo de ovejas, acarreo que resulta penoso.

Estos últimos, especie de lobos, son los productos de los primitivos compañeros de los indios. Muertos o extinguidos los amos, los abandonados perros se ocultaron en las selvas de la isla, y siguieron una vida más salvaje que la que hicieron junto a sus propietarios.

Para el exterminio de estos voraces destructores del ganado, se trajeron de Inglaterra y de Norte América una especie de perros fieras, raza especialmente destructora de sus congéneres selváticos.

De una musculatura cincelada y de una talla soberbia, esta formidable raza canina, ha logrado limpiar los montes y concluir con buena parte de los perros salvajes.

De figura imponente y de una ferocidad aterradora, muestran sus enormes cabezas grises por entre el ramaje de la floresta, llenando de pavor al tranquilo caminante que desconoce su presencia en determinados parajes.

Jamás los llevan próximo a las habitaciones; amarrados a una sólida cadena, permanecen atados en el interior de los bosques. Sólo se les da libertad cuando se les ocupa en las cacerías.

Con una dentellada señalan una víctima.

Según lo expresa el señor Greer, a principios del año le tocó actuar en la más peligrosa faena de las cacerías en que haya tomado parte: una cacería humana.

-Se trataba -nos dice- de proceder con toda energía al exterminio de los perros salvajes, que estaban causando destrozos enormes en el ganado. Al efecto, se organizó una gran expedición que logró internarse bastante por entre los bosques de robles buscando el refugio de los merodeadores nocturnos.

Debo anticipar que el exterminio de estos perros ha demandado un gasto colosal a la Sociedad Explotadora. Antes de importar estos perros cazadores, se logró separar los campos poblados con ovejas de los grandes bosques habitados por perros y cerdos salvajes. Para ello, se empleó una cantidad enorme de alambre grueso con tejido fino, alambre que

recorría extensiones de muchos kilómetros, elevándose a más de dos metros y cincuenta centímetros. ¿Qué pasó?, que lejos de favorecer nuestros designios, se convirtió en asilo seguro para los devoradores de ganado. A raíz de tierra, los perros, hicieron grandes hoyos por los que salen a hacer sus correrías, cuando eran perseguidos huían a su escondite y el alambre formaba una barrera infranqueable entre ellos y sus perseguidores. Otras veces se convertían en admirables acróbatas y trepaban el alambrado en forma impecable.

Hubo, pues, que prescindir de aquel medio y recurrir a los perros cazadores.

Dos días llevaba la jauría rastreando a sus perseguidos, cuando en el interior de la selva, logró seguir una pista. No muy lejos de nosotros huía, en grupo compacto, una cincuentena de perros salvajes. Darles alcance no podía ser obra de un momento, había que organizar la caza y distribuir los cazadores en forma, para evitar la desbandada.

Se dividió el grupo en cuatro divisiones y se esperó el día siguiente a fin de efectuar un rodeo que dejara a los perseguidos en el centro de los expedicionarios. Organizados en esta forma, esperábamos un éxito feliz.

Efectivamente, el día vino y un tiro de carabina, señal desde antes convenida, puso en movimiento a los cuatro grupos de cazadores.

Los perros dieron luego con la presa oculta y comenzaron la matanza. En medio de aquel laberinto y trepado en lo más alto de un árbol, un indio, completamente desnudo, hacía uso de sus flechas y mataba nuestros perros.

La sorpresa se apoderó de nosotros y quisimos dar caza a ese salvaje humano. Acorralado por los mastines y sin más armas que sus flechas de madera, hubo de rendirse ante la evidencia de que toda resistencia le era nula.

Amenazado por las bocas de las carabinas, logramos que bajara del árbol y se entregara a nuestra discreción. Convenientemente amarrado, logramos conducirlo a la estancia. Cincuenta y cinco perros salvajes, sus acompañantes y defensores, yacían destripados y desparramados por el suelo.

Con tan preciosa caza, los de «Cameron» advirtieron que estábamos en pleno invierno y el indio permanecía completamente desnudo. En un principio se negó absolutamente a hablar, creímos que no nos comprendía. Sin embargo, poco a poco, y a medida que sus necesidades lo requerían, fue pidiendo ropas y alimentos: ¡Hablaban inglés!

Más tarde nos contó su historia: pertenecía a una tribu fueguina de la cual tuvo que escapar para librar la vida. En cierta ocasión, y por encontrarse enferma una mujer de la tribu, el doctor de la Sociedad Explotadora (que de paso transitaba por esos lugares), logró sanarla mediante una operación efectuada en el cuello de la paciente.

Nuestro indio, llamado Santiago, observó con atención la forma como el doctor operó y un tiempo después, creyéndose con los conocimientos suficientes, quiso mejorar a dos pacientes que sufrían del mismo mal.

Premunido de un afilado cuchillo, degolló a las dos mujeres que, con el sueño eterno, se salvaron de sus dolencias.

La tribu completa quiso linchar al nuevo doctor y éste, ante el peligro de ser sacrificado, hubo de huir a los montes en demanda de libertad. En esas soledades y acompañado por sus cuarenta y siete perros, llevó una vida salvaje, hasta el momento en que fue sorprendido por los cazadores de «Cameron». Sus vestidos consistían en pieles de guanacos, pieles que tuvo que arrojar el día anterior para escapar con más libertad a la persecución de que era objeto.

Por nuestra parte, logramos ver al indio Santiago. Vive en las inmediaciones de la Estancia, viste a la moderna, no trabaja en nada y diariamente acude a la casa principal en demanda de alimentos. La Compañía lo retiene en su poder, y mensualmente lo gratifica con una libra esterlina a fin de que pueda invertirla en el almacén de Cameron. Lo mantiene y lo viste a condición de que no robe ganado y de que no tenga perros salvajes.

Refiriéndose a los trabajadores, el señor Greer nos manifestó que estaban contentos y que Cameron se esfuerza por mantener en sus campos el mayor número posible de chilenos.

-Este elemento -nos dijo- es el mejor trabajador y el más ajeno a las revueltas. Cuando se presentan dificultades, en las faenas, se logra subsanarlas fácilmente expulsando a los cabecillas, elemento que, generalmente, es extraño al nacional. El obrero chileno -agrega-, bien alimentado, bien pagado y sin alcohol, lo considero el trabajador más competente del mundo.

Hasta aquí las apreciaciones y datos que el señor Greer se sirvió proporcionarnos. Antes de retirarnos a descansar y a modo de sobremesa, nos contó la siguiente historieta que se refiere al carácter especial de sus compatriotas:

-Contratamos -nos dijo- dos ovejeros escoceses, solteros, y se los instaló en el puesto que Uds. pudieron observar junto al mar y algo apartado de Cameron.

Allí permanecieron por espacio de dos meses entregados a su trabajo. Ambos vivían juntos y no lucieron dificultades para hacer vida en común.

Un día, al final del tiempo indicado, el más viejo de los dos se presentó a mi oficina y pidió su cuenta, alegando que su compañero era un charlatán de la peor especie, por cuya causa, o se lo trasladaba a otro puesto donde pudiera vivir solo, o se le cancelara su contrato para retirarse de la Estancia.

Antes de proceder, tuvo que llamar al otro escocés a fin de oír su defensa y analizar el problema que, tan rudamente, me planteaba el reclamante.

Poco me costó llegar a la conclusión; se trataba de lo siguiente: durante dos meses, ambos trabajadores llevaron una vida en común, pero jamás se dirigieron la palabra. Un día, al final del segundo mes, el más joven, recorriendo el campo encontró entre las arenas de un río, una bonita pepa de oro. Naturalmente que este metal despertó su codicia y su buen humor; siguió buscando y no encontró más.

Con su valiosa pepita corrió al puesto donde se encontraba su compañero, con la intención de participarle la feliz nueva. Más rápido que de costumbre, empujó la puerta de la habitación y, a boca de jarro, lanzó los: «¡buenos días!». No alcanzó a decir más. Era la primera frase que se cruzaba entre estos dos europeos. Esta sola frase bastó para que el más viejo de los escoceses, sin despegar los labios, se levantara y ensillara su cabalgadura. Dos horas más tarde se presentaba ante mí reclamando de la charla loca de su compañero.

Tuve, pues, que ajustar las cuentas a los dos amigos del silencio, los que, sin agregar palabra, se marcharon mudos en demanda de otra estancia que pudiera proporcionarles trabajo, asignándoles a cada uno un puesto solitario en medio de la selva.

Debo agregar que estos dos hombres trabajan juntos hace más de veinte años y la única dificultad que suele dividirlos es la demasiada conversación de que, como en el caso presente, hace gala el más joven de ellos.

SUB-SECCIONES «RÍO RUSPHEN» Y «RÍO GRANDE»

La mañana del día siguiente amaneció espléndida y nos invitó a internarnos por los inmensos bosques de roble que pueblan las extensas serranías de Cameron.

El Administrador preparó su pequeño Ford y nos acompañó en la incursión.

Nuestra máquina, limpia y engrasada, sólo esperó el golpe de manilla para lanzarse a través de los campos. Ligeros de equipajes, pues debíamos regresar aquella misma tarde al punto de partida, emprendemos la marcha hacia «Río Grande».

El camino se interna cañadón adentro y, suavemente se encumbra hasta coronar los inmensos murallones que nos cierran el paso. Por un sólido puente de madera salvamos el Río Mac-Klelland, ancho y profundo, y volvemos a iniciar un nuevo ascenso, esquivando los miles de troncos de robles cortados que señalan la huella del camino en construcción.

El señor Greer nos indica que es éste el verdadero camino de acceso a la estancia y que el recorrido por nosotros en el descenso del día anterior, es un corte sumamente peligroso, corte perteneciente al camino antiguo y que hubo de abandonarse por las muchas desgracias que ocasionó.

Es verdad que la ruta que ahora recorremos, alarga tal vez en unos cuatro kilómetros el acceso al murallón, pero esta demora es preferible, toda vez que aleja el peligro de una caída y permite el deslizamiento tranquilo de las máquinas.

Bordeando siempre el hermoso río que acabamos de cruzar, tomamos rumbo directo hacia el Sureste e iniciamos la penetración de la selva, apreciando, en toda su magnitud, la grandiosidad de los bosques fueguinos.

En distinta forma que en las inmensas selvas del centro del país, los robles se agrupan en porciones caprichosas y dejan claros pronunciados entre las diversas manchas que constituye cada agrupación.

El camino serpentea por entre el ramaje de esta magnífica flora, bordeando las oscuras manchas de bosques que, en su mayoría, se encuentran inexploradas.

El ganado ovejuno busca el alimento en los grandes pastizales que quedan en los claros y jamás se atreve a penetrar los montes porque sabe que éstos son la guarida segura de los animales montaraces, sus eternos enemigos.

Deseamos observar de cerca esta magnífica naturaleza y, consecuente con ello, logramos persuadir al señor Greer para que detenga el auto. Los grandes robles se elevan hacia lo alto; sus troncos están desnudos de enredaderas y libres de parásitos. El suelo está cubierto con pasto abundante y vigoroso y las ramas del calafate, entrelazadas, impiden casi en absoluto, el tránsito del explorador. A cinco o seis metros del sendero, abandonamos la incursión, poco dispuestos a proseguir la marcha.

Camino adelante, pequeños lagos, con sus aguas verdosas y salinas, se presentan de trecho en trecho; sólo algunos palmípedos pueblan esas aguas, aves pequeñas y de poca variedad. Los famosos caiquenes, tan abundantes en el Norte de la Isla, parecen ser afines a estos terrenos boscosos.

Algunas veces, y por entre el ramaje de la selva, suele aparecer la cabeza de un porcino que, después de contemplarnos un momento con sus ojillos redondos y asombrados, huye a ocultarse en la espesura, buscando tranquilidad y sosiego.

A medida que avanzamos, el ramaje de los árboles se va presentando más poderoso y, en algunas partes, llega a cubrir completamente el camino de marcha.

Algunos picos bastante elevados, se destacan con sus cumbres cubiertas de bosques; estamos en plena Sierra Carmen Silva y corriendo por el corazón de su flora virgen y formidable.

Un pequeño río aparece junto al camino y nos obliga a disminuir la rapidez de la marcha; el «Munizaga», que un poco más adelante cambia su nombre por el de «Río Moneta» y, más allá del límite argentino, entrega sus aguas al caudaloso «Río Grande».

La ruta serpentea ahora por las falda de las colinas y se hace estrecha y peligrosa. Por esta causa, la administración de la estancia se preocupa constantemente por el mantenimiento y cuidado de esta vía y a ello se debe que se presente transitable en todo tiempo.

Treinta y cinco kilómetros llevamos recorridos y, después de salvar el pequeño riachuelo Rusphen, tropezamos con la primera construcción que se presenta en todo aquel trayecto.

El señor Greer nos indica que aquello es la sub-sección Rusphen, cuyos edificios de madera están instalados en pleno bosque y a orillas del río que lleva el mismo nombre.

La creación de esta sub-sección, obedeció a dos fines:

a) A la vigilancia y cuidado del ganado repartido en esos campos. Está a cargo de un capataz de ovejeros y dos peones. Con este personal se domina todo el campo y se asegura la custodia del ganado. Por este dato puede apreciarse el valor que representan los perros ovejeros. Treinta o cuarenta mil ovejas, no necesitan más guardadores que cuatro hombres acompañados de quince veinte perros.

Para la comodidad y bienestar del personal, se han edificado ocho pequeñas habitaciones cuyo material (madera) lo proporciona la misma sub-sección.

Establecer un aserradero en el corazón de la montaña, destinado a surtir las estancias de Cameron y Caleta Josefina.

Los grandes árboles se benefician en dos formas: 1.º: se elaboran tablas; y, 2.º: se cortan troncos rectos de cinco a siete metros de longitud. Pudimos observar algunos de estos últimos y nos sorprendió su diámetro constante, uniforme y de una rectitud absoluta. Se les emplea para formar los muros de las casas habitación. Dan buen resultado pues, además de constituir un material de primer orden, conservan el calor dentro de las habitaciones, por muy frío que sea el ambiente exterior. La unión de un tronco con otro, se completa con estopa y viruta apisonada, y calafateada con alquitrán.

Todos los edificios de Río Grande se han construido con este material.

Sólo algunos minutos nos bastan para observarlo todo y continuar la marcha hacia Río Grande.

El camino sigue internándose hacia el centro de la selva; abandona el curso de los ríos y se empina por sobre las colinas.

Después de cruzar un ancho puente de madera, entramos en un extenso terreno compuesto de turba húmeda que tiembla y se balancea bajo las ruedas del auto. Por momentos parece que nos vamos a sumergir. Sin embargo, con cuidado y avanzando muy

lentamente, logramos salvar este peligroso obstáculo y subir nuevamente a lo alto de las colinas.

Nos ha llamado la atención de que durante todo el trayecto no hemos encontrado ni visto especies de animales o aves iguales a los que pueblan la parte Norte de la Isla. Los guanacos son ajenos a estos campos; los caiquenes y patos no se dejan ver. Sólo cantidades inmensas de ovejas pueblan los prados. Cuevas de cururos se ven más de tarde en tarde,, el zorro fueguino sólo aparece en medio de la oscuridad de la noche; únicamente algunos gatos salvajes cruzan en veloz carrera los grandes claros que quedan entre los bosques.

Una ancha explanada nos indica la proximidad de Río Grande; el camino comienza a descender desde lo alto de la sierra y, después de recorrer cuatro kilómetros, se detiene en una preciosa pradera que se extiende bordeando una pequeña colina cubierta de monte. Entre el ramaje se ocultan las casas de la Sub-sección que vamos a visitar.

Salvada esta última ascensión, podemos dejar en descanso los pequeños automóviles.

Las construcciones de Río Grande no presentan golpe de vista alguno; las casas deben buscar por entre los robles. Ocho construcciones de alguna importancia, constituyen la sub-sección. Todas son habitaciones para el personal, un poco más numeroso que en Rusphen, pero no lo suficiente para guardar todos los campos que pertenecen a Río Grande; los perros ovejeros suplen con ventajas esta falta de personal.

Podemos observar el sistema de construcción de esta nueva subsección y en verdad que él resulta curioso y económico. Los grandes troncos de roble, se levantan juntos y tan perfectamente unidos, que casi constituyen una sola masa. En el exterior de las habitaciones y sobre la corteza muerta de estos muros naturales, crece y se desarrolla cantidad considerable de musgos y parásitos que dan una vida aparente a aquellos troncos sin vida. La sub-división interior de las habitaciones, está constituida por maderos de más pequeña dimensión y forrados, en parte, por tablas pintadas de café.

Verdaderamente sufrimos la impresión de encontrarnos cobijados bajo los mismos árboles vivos que constituyen los bosques del exterior.

Hemos sido recibidos por el capataz de esta sub-sección (hoy administrador de «Cameron»), señor Thomson, y junto con él recorrimos todas las dependencias de esta pequeña estancia.

-Hasta la fecha -nos dice- sólo hemos procurado establecer cómodamente al personal de empleados. Contamos con buena cocina, comedores, habitaciones y talleres. Existe el propósito de continuar las construcciones hasta completar esta sub-sección con todo aquello de que hoy dispone la estancia principal de «Cameron». Como Uds. pueden observar, todos los edificios son sólidos y tienen capacidad para un mayor número de operarios.

Esto obedece al principio que se persigue en estos extensos campos, donde el aumento y reproducción en el ganado va reclamando, periódicamente, una sub-división dentro de las mismas grandes estancias.

No es pues aventurado adelantar, que dentro de poco tiempo la sub-sección de Río Grande se independice de Cameron y constituya una nueva estancia, dependiente directa de la Administración General.

Tampoco es aventurado adelantar que el próximo año tengamos galpones de esquila, baño para el ganado, galpones de guarda, etc., etc.

Los campos de Río Grande se prolongan hacia el sur de la isla ocupando extensiones considerables cuyos límites no ha sido posible fijar con precisión. Los terrenos son magníficos y se prestan admirablemente para la crianza del ganado. Los potreros de invierno y de verano están bien marcados y no existe el peligro de que los grandes fríos puedan sorprendernos y causar destrozos de consideración.

Próximo a las casas, en los bosques de los alrededores, pudimos observar los hermosos ejemplares de perros cazadores, su conformación, alta talla y musculatura, en nada desdican la ferocidad de que gozan ni la ligereza de que deben estar dotados en beneficio del fin a que se les destina. Parecen mirarnos con profundo desprecio, pues, permanecen echados y sin efectuar el más leve movimiento durante nuestra aproximación.

A retaguardia de las casas y próximo a una ladera extensa y peligrosa, están las habitaciones de los perros ovejeros.

Por el fondo de esta ladera corre el caudaloso Río Grande, que va a desembocar en las costas del Atlántico. La hoya de este río abarca un ancho superior a tres kilómetros, extensión que se repleta de agua en la época de los deshielos; en la actualidad, febrero, presenta poco caudal. Próximo a las construcciones de la sub-sección, está atravesado por un angosto y largo puente de madera que sirve de comunicación con el camino que sigue hasta la estancia Vicafia. Esta vía sólo es hábil para peatones e individuos montados.

Desistimos, pues, de atravesar el río y hacemos los preparativos para el regreso a «Cameron». Después de un ligero refrigerio, emprendemos la marcha y al caer la tarde descendimos hacia el hermoso cañadón que guarda las casas de la Estancia principal.

Capítulo VIII

Viaje a la estancia «San Sebastián»

El regreso a «Caleta Josefina», ancha depresión que corre entre la parte norte y la parte sur de la Isla.- El Cañadón Grande - Demostraciones marítimas.- «San Sebastián».- El señor Carnegie Ross.- El «Comedor Grande» en el jardín más hermoso de Tierra del Fuego.- La señora Ross en la Avenida de Las Delicias.- Actividades de la Estancia. - «San Sebastián» y la línea divisoria con la República Argentina. Los hornos de ladrillo.- El carbón de piedra.- Los obreros.- La faena de la Estancia.- Las epidemias reinantes y la asistencia médica.- Los enormes piños de caballares.- Hacia las playas del Atlántico.- Bahía San Sebastián.- «El Páramo».

Para llegar hasta San Sebastián, debíamos regresar a Caleta Josefina y desde allí seguir rumbo hacia el Atlántico.

Sin tropiezo alguno hicimos el primer recorrido y, en las primeras horas de la tarde, partimos hacia el este en demanda de la estancia que deseábamos visitar.

El nuevo camino está labrado en la ancha depresión que corre en las faldas de la Sierra Carmen Silva y cuyos extremos mueren en los senos de Bahía Inútil y Bahía San Sebastián.

Enormes pantanos se extienden en los alrededores de la ruta y, al desbordar sus aguas sobre la vía de tránsito, dificultan enormemente la marcha. Cantidad considerable de lagunas se divisan diseminadas en todo el trayecto y parecen querer unir las dos grandes bahías que separan. Multitud de aves acuáticas se recrean sobre aquellas aguas salobres y nadan tranquilas bajo los rayos del espléndido sol que nos alumbra.

Pequeños riachuelos aparecen constantemente y son salvados con facilidad, gracias a los sólidos puentes de madera, construidos por la Sociedad Explotadora, bajo cuyas manos se encuentran todos estos terrenos.

El caiquén vuelve a dominar en forma alarmante, y en bandadas enormes, hasta sobre esos potreros que le brindan libertad y seguridad casi absolutas. Algunos guanacos toman colocación en lo alto de las colinas que se levantan hacia el Norte, y con sus hermosos ojos llenos de curiosidad, contemplan confiados el paso de los expedicionarios.

A partir de Caleta Josefina, el terreno ha ido subiendo muy lentamente; hemos corrido junto a alambradas interminables, que cierran grandes potreros y que guardan piños enormes de ovejas que se extienden hasta más allá de lo que la vista puede alcanzar.

Las aguas del pequeño río «Pantanos» han destruido parte del camino y nos obligan a efectuar rodeos por sobre un terreno accidentado y sumamente difícil.

A nuestra izquierda corre la angosta laguna Torres que, pocos centenares de metros más adelante, se junta a la laguna Alenk, y por medio de ésta tiene comunicación con la Briceño. Próximo a esta última aparece la extendida y angosta laguna «Larga» que después de abarcar varios kilómetros, va a terminar en las proximidades de las innumerables lagunas que, en la misma dirección, siguen prolongándose hacia las aguas del Atlántico.

Hacia la parte Sur del camino, la vista se va a estrellar contra el alto murallón que forman los cerros de «Carmen Silva».

Entre la ruta de marcha y las alturas, se extienden grandes pantanos y terrenos de pastos exuberantes poblados por aves y animales silvestres.

La ruta continúa deslizándose por bajadas suaves y subidas muy poco pronunciadas. Chorros insignificantes corren por el fondo de estos pequeños cañadones.

Llevamos salvados veinticinco kilómetros y nos encontramos en la mitad del camino que separa a «Caleta Josefina» de San Sebastián; estamos próximos al más soberbio obstáculo que presenta el terreno durante todo su recorrido: «El Cañadón Grande» o «Cañadón Santa Lucía».

El ancho cañadón que se extiende a nuestros pies y que corre casi directo de Sur a Norte, da lugar a la formación de las dos más altas colinas que se elevan en esta parte. Ambas nacen de un cordón de cerros que se separa de la Sierra «Carmen Silva» y que se prolonga hacia el Norte, yendo a morir en las inmediaciones de la «Laguna Larga».

La mayor altura de estas colinas no sobrepasa de ochenta metros y ellas constituyen el campo más alto de esta gran depresión de terreno.

En el fondo del cañadón se distinguen algunas construcciones de madera y galpones de grandes dimensiones. Próximo a ellos, descansan dos tractores de la sociedad, destinados al arrastre de carros transportadores de carga.

El camino desciende en pendiente algo pronunciada y después de salvar por un ancho puente el fondo pantanoso de esta depresión, vuelve a elevarse sobre la colina opuesta en gradiente suave y sin peligro.

A nuestro paso somos saludados por los cuidadores de aquellas instalaciones y por ellos logramos saber que aquel paisaje constituye el punto de descanso de los convoyes que transportan los productos de San Sebastián, destinados a embarcarse por «Puerto Nuevo» hacia el continente.

La gente que conduce los productos, pernocta en las instalaciones del «Cañadón Grande» y al día siguiente emprende viaje hasta el punto de embarque.

Desde aquellas colinas, el camino sigue descendiendo en pendiente casi imperceptible hasta las casas de la Estancia San Sebastián.

El terreno se va haciendo cada vez más seco y más apropiado para la ganadería. En pleno verano, nos dicen, se seca completamente y proporciona un pasto abundantísimo para la engorda del ganado lanar.

Paulatinamente nos vamos acercando al nacimiento Este de la Sierra Carmen Silva, y los montes que coronan sus alturas, van destacándose más distintamente ante nuestros ojos.

Hacia el norte, los campos presentan la monotonía de siempre, ni un solo arbusto se eleva lo suficiente para atraer las miradas del viajero; en cambio, hacia el Sur se disfruta de una vista hermosa; los altos cerros cortados a pique, las innumerables rocas incrustadas en estos acantilados, los enormes bosques que coronan las cimas y el aspecto salvaje de aquella montaña virgen, atraen poderosamente la atención del caminante haciéndolo pensar en la grandiosidad sublime de la naturaleza.

Abstraídos por aquel solitario espectáculo, hemos recorrido los últimos kilómetros que nos llevarán a las casas de la Estancia.

El alegre sonido de una trompeta, nos hace dirigir miradas hacia el auto del Administrador de San Sebastián, que galantemente, se aproxima hasta nosotros para darnos la bienvenida.

Saludamos al señor Carnegie Ross y, en su compañía hacemos el resto de camino que nos queda.

Algunos minutos de marcha y distinguimos el extenso caserío que constituye las casas de la Estancia.

Próximo a las faldas de los cerros, junto al hermoso río San Martín, y bajo algunos árboles de escaso ramaje, se levanta el elegante chalet, mansión del Administrador de San Sebastián.

En dos horas y media hemos recorrido los cincuenta kilómetros que separan a «Caleta Josefina» de la Estancia en que nos encontramos.

Sin lugar a dudas, la casa Administración de San Sebastián es la más confortable, primorosamente cuidada y engalanada de las tres que hasta la fecha hemos visitado.

El Administrador Sr. Carnegie Ross, domina perfectamente nuestro idioma. Su joven esposa, la señora Lucía, a pesar de comprender un poco el castellano, se muestra temerosa y no se atreve a mezclarse en la conversación que sostenemos con su esposo.

Nuestras preguntas sólo son contestadas con algunos monosílabos o con inclinaciones de cabeza.

Ambos son ardiente admiradores de nuestro suelo y de nuestra raza. No conocen el Norte y centro de nuestro territorio y ante el encanto que en ellos despierta la relación detallada que le hacemos de la encantadora flora y fauna central, quedamos convencidos de que pronto serán visitantes entusiastas del resto del país.

Invitados por la señora Ross, nos trasladamos a visitar el hermoso conservatorio de flores naturales que se desarrolla en la gran galería que rodea la casa; enredaderas de todas clases trepan, llenas de flores, por las murallas del edificio. Multitud de maceteros, distribuidos con toda prolijidad, ostentan cantidad bien apreciable de plantas finas; pudimos observar, entre una variedad bien considerable, la Sica, el Sielamen, Heliotropo, Hortensias, Cardenales, Claveles, Violetas, Jacintos, Rosas, Helechos del monte vecino etc., etc.

Frente a la fachada principal y siempre dentro del conservatorio, crecen y se desarrollan pinos, cipreses, manzanos y eucaliptus; éstos naturalmente, no más altos de dos y dos metros y medio, apenas tocan el cielo del techo, se tronchan y buscan el mayor desarrollo hacia el ramaje de los lados.

Desde un costado de la casa se desprende, perpendicular a ella, una hermosa avenida poblada con árboles frutales, flores y hortalizas.

Su extensión es superior a cien metros y su ancho no excede de cinco. Un angosto camino cubierto con conchilla, la cruza en toda su longitud.

Un alto murallón de ramas de calafate corre a todo lo largo y defiende ese pequeño jardín contra los vientos reinantes del oeste. Los árboles frutales apenas alcanzan a florecer, el frío escarcha los brotes y mata la flor. Sin embargo, gracias a los cuidados maternos de la señora Ross, los árboles se mantienen verdes durante el verano aquella hermosa avenida presenta flores de todos colores, causando en el ánimo del visitante la sensación de encontrarse en un oasis encantador, situado en medio de aquel desierto de pasto amarillo y de ovejas blancas.

Próximo a la casa y en el lado opuesto a este pequeño vergel, se levantan las instalaciones que rodean una cancha de tenis. El piso duro y escarchado no necesita gran cuidado para conservarse firme y servir espléndidamente para el objeto a que se le destina. Los esposos Ross son verdaderos campeones en esta clase de deporte.

Anexo a la casa y apenas separado algunos metros, se encuentran las construcciones que guardan el garage, taller mecánico para los autos y depósito de bencina.

Algo distante, al final de la avenida de flores, que hemos bautizado con el nombre de «Avenida de las Delicias», el terreno se presenta cubierto con una cantidad considerable de hortalizas y tubérculos: lechugas, arvejas, zanahorias, coliflores, rábanos, apios, nabos, etc., etc., muestran ejemplares robustos y enormes y listos para ser consumidos. Estas huertas están regadas con agua de pozos, dotados de bombas aspirantes.

El mismo gran murallón de ramas de calafates que hemos visto en el jardín, defiende estos productos contra los vientos del oeste.

-Esto es todo lo que se necesita para tener verduras y flores -nos dice la señora Ross-: un poco de agua, defensa y abrigo contra los fuertes vientos y cuidado en las épocas de

grandes fríos (fogatas contra la escarcha), son suficiente garantía para procurarse en abundancia toda clase de verduras, legumbres y tubérculos. Toda esta región es rica en terrenos agrícolas, falta únicamente saberlos explotar y defenderlos del clima.

-Todo el suelo de la inmensa vega que Uds. acaban de recorrer -agrega el Sr. Ross- tiene una capa vegetal sumamente gruesa, especialmente adaptable para la agricultura. Hay partes donde el pasto natural se desarrolla hasta una altura superior a un metro y sesenta centímetros. Este año hemos hecho una cosecha espléndida, sólo cortando el pasto en algunos cañadones se ha logrado almacenar una cantidad superior a veinte toneladas; espero seguir cosechando este alimento que la naturaleza brinda a los animales y creo poder almacenar una cantidad considerable, cuyo tonelaje no es posible precisar, ya que este trabajo sólo se ejecuta en tiempo extraordinario fuera de programa, y por lo tanto dependo de las horas libres que dejan las faenas obligadas en la Estancia.

No dudo -agrega el señor Ross- que la sub-división y el mayor número de habitantes, traerá irremisiblemente el aprovechamiento de estos terrenos para fines agrícolas, ya que los inmensos cañadones del interior, producen pasto en abundancia para alimentar cuanto ganado sea posible pastorear en ellos. Estimo solamente que la ancha depresión que Uds. han recorrido, es suficiente para proveer a todas las estancias de los tubérculos necesarios para el consumo en la época de faenas. Creo también que más tarde, toda esta zona tendrá que ser agrícola; agua es fácil de encontrar en todas partes, basta una pequeña excavación para procurársela en abundancia y buena. Es cierto que es un poco salobre para la bebida, pero en la agricultura se la emplea con resultados espléndidos.

Desde el punto donde nos encontramos, se domina todo el caserío de la estancia. Las construcciones, todas pintadas de amarillo con techos rojos, se encuentran desparramadas en la ancha llanura y presentan un hermoso golpe de vista.

Es la hora en que terminan las faenas y el movimiento de operarios que se dirigen a sus habitaciones acompañados de un número considerable de perros ovejeros, imprimen al agreste paisaje un tinte alegre y pintoresco. El sol brilla con fulgores resplandecientes y vivos, y a su calor vivificante, corre el ganado que pastorea allá lejos y brincan entusiasmados los inmensos piños de caballares que, en veloz carrera, cruzan los prados en todas direcciones.

Nos retiramos a la casa habitación. El interior reúne cuanta comodidad es indispensable para la vida diaria. El salón, tenido con lujo, guarda recuerdos de familia y ostenta valiosos objetos de arte. La artística estufa que calefacciona aquella habitación, se encuentra lista para comenzar sus funciones. El inseparable whisky viene hacia nosotros y las primeras notas de un disco de Caruso, se dejan oír en la recia Victrola que engalana al salón. Los esposos Ross son virtuosos del piano y grandes admiradores de los cantantes italianos. El repertorio de discos que poseen es inagotable y valioso, constituye las delicias de los dueños de casa y las de los pocos viajeros que transitan por esas apartadas regiones.

Basta una pequeña insinuación de nuestra parte, para que la señora Ross se siente junto al piano y ejecute con maestría admirable, hermosas y difíciles composiciones de los grandes clásicos alemanes. Su esposo la secunda maravillosamente y, entusiasmados ante

un auditorio que los sabe comprender busca entre el vasto repertorio que poseen, nuevos trozos musicales de autores prominentes y los dedos incansables se deslizan con suavidad por sobre el sonoro teclado.

Las primeras horas de la noche apartan de nuestro lado a la esposa del Administrador, momentos que empleamos para que el señor Ross conteste a nuestras preguntas y dé algunos detalles de la estancia que administra. Comienza de esta manera:

-Como Uds. han podido apreciar, esta estancia trabaja activamente y no omite sacrificios por mejorar las vías de comunicación que la unen a «Caleta Josefina». El camino que Uds. hicieron, corre, en parte, contiguo a una ancha vía (veinticinco metros) que debe estar expedita en pocos meses más. Ello obedece a que se ha hecho un atento estudio del terreno y la nueva vía de comunicación está destinada a salvar todos los obstáculos con que hoy se tropieza. El camino actual, en el invierno, se hace intransitable, se inunda por todas partes y constituye un peligro no sólo para los carros, sino también para los caballares y peatones. Creo que la nueva ruta será tránsito fácil y posible en todo tiempo.

La estancia San Sebastián es una de las más antiguas de la Sociedad Explotadora; su fundación data desde el año 1904. Antiguamente exportaba sus productos por Bahía San Sebastián, donde cuenta con numerosos y buenos galpones para la guarda. Actualmente, disponiendo de los poderosos tractores que Uds. pudieron ver en el «Cañadón Grande», todos los productos los envía a Puerto Nuevo, sobre Bahía Inútil.

La superficie que abarcan nuestros campos, no baja de doscientos dieciséis mil hectáreas, esto, según la mensura que a mi juicio es muy poco exacta. De esta enorme extensión de terreno, más de la mitad queda inútil en el invierno. En esa época se mandan los animales a los campos del Norte. La gruesa capa de nieve que cubre los potreros inútiles, desaparece en la primavera y da lugar al nacimiento de pastos abundantes y buenos. Cuando se aproxima la época de la esquila, se arrean los grandes piños y después de quitarles la lana, se envían hacia el sur; en esos campos encuentran alimento sano y generoso, a cuyo desarrollo y crecimiento ha contribuido poderosamente la gran capa de nieve invernal.

Los edificios de la estancia están instalados a un kilómetro y medio del límite con la República Argentina.

Los deslindes de San Sebastián corren junto a la línea divisoria de ambos países y, desde el hito seis, se prolonga hacia el Sur hasta encontrar el hito dieciséis; en total noventa kilómetros.

En la parte Argentina (alrededores de Bahía San Sebastián) poseemos diez mil hectáreas de terrenos en propiedad.

Los productos que se alimentan en aquellos campos, para ser beneficiados, deben ser traídos a los galpones de esta estancia. Por el sólo hecho de pasar la línea divisoria, tenemos que pagar los correspondientes derechos de exportación; más tarde, cuando ese mismo

ganado vuelve a sus campos primitivos, debe pagarse un segundo derecho, esta vez de importación.

La estancia consta de treinta y seis edificios con sus anexos, de éstos hay veinte casas en el establecimiento principal, tres edificios y algunos anexos, en la sub-sección de Filaret, ubicada casi directamente al norte y distante cuarenta kilómetros de San Sebastián, y cinco edificios con algunos anexos en la sub-sección de «Río Chico» situada al sur, en los montes de «Carmen Silva» y distante treinta y cinco kilómetros de la estancia principal.

En este último punto existe un aserradero que explota los robles de la montaña y provee las necesidades de la estancia. Este aserradero no cuenta con maquinarias. Funciona rudimentariamente y en forma lenta. Una cuadrilla de operarios, con la dotación de herramientas necesarias, es suficiente para subvenir las pequeñas necesidades de San Sebastián.

Para las grandes construcciones, tenemos el aserradero de «Río Rusphen» en la estancia Cameron.

En distintos puntos del campo, hemos establecido doce casas que constituyen otros tantos puestos para los ovejeros cuidadores el ganado.

En los terrenos en propiedad que poseemos en la República Argentina, se ha construido una casa y un gran galpón, edificios que se ocuparon en otro tiempo para guardar los productos que debían transportarse al continente. Actualmente, y debido al fuerte impuesto de importación y exportación con que se ha gravado los productos que se llevan del territorio chileno, esa casa y galpón se encuentran arrendados a la Sociedad Ganadera Sara Braun, que posee la estancia «Sara», situada treinta y cinco kilómetros al norte de Bahía San Sebastián.

El material de construcción que empleamos es la madera y el fierro. Se han efectuado algunas pruebas tendentes a la fabricación de ladrillos, pero no ha dado resultados satisfactorios, yo creo que el fracaso no es debido la mala calidad de la materia prima sino a la falta de competencia del operario. El año que acaba de pasar se inició la fabricación de cinco mil ladrillos, la tierra que se empleó fue un mazacote de primer orden.

Se construyeron los hornos para efectuar el cocimiento y algún tiempo después quiso extraerse el material ya confeccionado. Los panes no estaban completamente sólidos y se quebraban con relativa facilidad. El constructor operario dijo que se habían «pasmado». Este año haré una segunda prueba y creo podré obtener excelentes resultados.

El material empleado en todas las estufas es el ladrillo refractario, espléndido para esto objeto; se trae del continente.

San Sebastián no ha trabajado jamás en industria alguna, por cuya causa carece, en tierra chilena, de las veinticinco hectáreas en propiedad que el Gobierno regalaba con este objeto. Todas las construcciones se encuentran en terrenos fiscales y pasarán a poder del

Gobierno, una vez que termine el arriendo con la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego.

Agua potable hay en abundancia y la proporciona el río San Martín, que corre a todo lo largo de las construcciones.

Referente al trabajo, puedo adelantar que actualmente contamos con ciento ochenta operarios, de los cuales setenta trabajan en el galpón de esquila.

El reclutamiento de esta gente se efectúa en igual forma que en las estancias ya visitadas.

Este año debemos esquila ciento treinta y cinco mil ovejas y la parición ha sido de sesenta mil corderitos.

Constantemente tenemos en trabajo varias cuadrillas de alambradores, que se ocupan en tender nuevos cercos, demarcadores de nuevos potreros. En las dos sub-secciones se encuentra el personal suficiente para atender al cuidado del ganado, ambas están bajo la dirección de un capataz de ovejeros.

Contamos en los montes de «Carmen Silva» con tres familias de indios, excelentes cuidadores de ganado y muy poco exigentes en sueldos y en comida. En una de ellas se encuentra el mejor tirador de rifle y flechas que se conoce en estas comarcas. En una ocasión, a sesenta metros de distancia, logró colocar las cuatro flechas que tenía, en el tronco de un árbol cuyo diámetro no sobrepasaba de diez centímetros.

Los clasificadores de lanas se importan de Inglaterra y todos los años acuden a nuestras faenas. Las instalaciones del galpón de esquila funcionan con fuerza motriz proporcionada por potentes motores alimentados con leña. Esta es escasa y debe traerse de las montañas del sur, el acarreo demora cuatro días y se efectúa en carretas.

La presión de la máquina enfardadora es de tres toneladas por cada pulgada cuadrada. Diariamente se enfardan entre 55 y 60 fardos de lana, con peso medio de 550 libras cada uno.

Este año pensamos cosechar dos mil fardos en toda la temporada, lo que, según el precio a que hoy día alcanza este producto (70 libras por fardo), da un total de tres millones y quinientos mil pesos.

La estancia se dedica también a la crianza y selección de ganado caballar, tanto de silla como de tiro, actualmente posee mil y trescientos cabalgaduras. Están destinados a surtir al resto de las estancias de la Explotadora y a la venta del público consumidor.

Ganado vacuno tenemos poco, solamente doscientos y cincuenta cabezas; el objeto que se persigue con esta crianza es el mismo que se deja señalado para los caballos.

En las inmediaciones de Filaret, se ha logrado encontrar carbón de piedra, se presenta a gran profundidad y es de difícil extracción.

Los terrenos que cubren los depósitos, son compuestos por vegas y pantanos que filtran sus aguas y ahogan los trabajos que se relacionan con la extracción del combustible. Las bombas que se han destinado para secar estos pantanos, no son suficientes para exterminar la gran cantidad de aguas que allí se juntan.

La comida que se proporciona a los trabajadores, en general, es igual a la que se ha podido apreciar en las estancias ya visitadas. Diariamente se calcula un capón por cada diez hombres, sólo se aprovecha la carne; el corazón, hígado y otras menudencias se destinan a los perros.

El desayuno es siempre abundante y bueno, generalmente se compone de mermeladas, café con leche abundante y chuletas. Cada trabajador consume, de ordinario, cuatro, cinco o seis chuletas.

Recuerdo a un austríaco que, en materia de comidas, marcó el récord en San Sebastián. Se llamaba Nicolás Calaisic alto, bien formado, era el glotón más grande que he conocido. Un día del año pasado, durante el desayuno, logró devorar la no despreciable cantidad de veintidós chuletas. El almuerzo y las comidas estaban siempre en relación directa con el apetito de la mañana.

Casi nunca existen grandes dificultades entre la administración y el elemento trabajador; el obrero chileno es razonable y se adapta perfectamente a nuestro ambiente de trabajo. Las mayores dificultades son suscitadas por trabajadores extranjeros, tan comunes en Punta Arenas, y que se trasladan a las estancias en la época de las faenas. Este elemento revoltoso convulsiona los mejores propósitos y paraliza el trabajo de aquellos entusiastas y tranquilos que, por el hecho de estar federados, deben incorporarse al movimiento, impulsados por aquellos cabecillas que nada tienen y que nada pierden con el abandono de su empleo o con el tiempo que se deja de trabajar. Afortunadamente, el obrero chileno evoluciona ante el peligro que los presentan estos predicadores de oficio y de doctrinas malsanas.

Hoy en la mañana he tenido que ajustar las cuentas a dos agitadores que, a pedido de sus mismos compañeros, tuvieron que abandonar el trabajo en las faenas de esquila. Creo que el elemento chileno unido y bien organizado, ajeno a los perjuicios que, acarrea la palabra fácil lanzada por aquellos revoltosos de oficio, que anualmente acuden a Magallanes en busca de piños de hombres sin ilustración y sin cultura a quienes amasan, estrujan y manejan a su antojo, quitándoles el fruto de su trabajo y el pan de la familia, sería la base más sólida sobre la cual pudiera descansar el progreso de Magallanes y el bienestar, tranquilidad e ilustración de la clase proletaria.

Así lo ha comprendido este año en que el contratista de esquila, señor Merino, persona con cierta ilustración y consciente con los derechos del ciudadano, a pesar de ser uno de los dirigentes de la Federación Obrera, ha sabido mantener el orden y la corrección durante toda la faena, apresurándose a expulsar de entre la clase trabajadora a aquellos

agitadores extranjeros, que, cual manzana podrida, quieren extender su propia podredumbre hacia un elemento sano, moderado y trabajador, como es el que constituye la gran agrupación chilena de Magallanes. Sin duda que la permanencia de este contratista en San Sebastián marcará una nueva era y una vía recta de trabajo y de progreso para la clase proletaria.

El ejemplo de la tranquilidad absoluta como hemos llevado a término nuestras faenas dirigidas por un proletario chileno consciente de sus actos, y de la responsabilidad que en él depositaran sus compañeros, abrirá los ojos al pueblo de Magallanes y hará que ellos mismos pidan expulsar de su seno a aquel elemento extraño, sin patria y sin hogar que, cual sanguijuela, se traslada periódicamente a Punta Arenas y sus alrededores, a sembrar la cizaña que constituye el desquiciamiento de la sociedad, aprovechándose después de la confusión que su siembra haya producido, para dejar solo y abandonado en medio de aquel caos, al confiado rebaño de trabajadores que han logrado seducir, exponiendo sus vidas y sus valientes pechos, en defensa de una causa absurda y sin fundamento alguno: ellos escapan de aquel campo de Agramante, con las bolsillos repletos de dinero, capital que pertenece a la clase proletaria y que va a servir los intereses particulares de aquellos cabecillas que más tarde aparecen establecidos con algún negocio, en apartados pueblos de las costas del Atlántico o en la misma ciudad de Punta Arenas, como es notorio haya acontecido en más de una ocasión.

Referente al clima -nos dice el señor Ross-, en los campos de San Sebastián, la primavera se presenta más tarde que en el resto de las estancias de la Explotadora. Los calores del verano suben hasta marcar 18 grados centígrados sobre cero y el invierno se deja sentir con un frío tan intenso que escarcha por completo las aguas de cuanto lago o laguna se encuentra en los alrededores. El año pasado (1917) el termómetro llegó a registrar una temperatura mínima no inferior a 20 grados centígrados bajo cero. El clima es muy variable, los días de sol son hermosos pero están sujetos a las variaciones del ambiente; sol, lluvia, granizo en un mismo día, son comunes en esta región. El río San Martín arrastra bastante caudal y sus aguas son permanentes en todo tiempo. Pensamos aprovechar su corriente para instalar fuerza y luz eléctrica en las distintas dependencias de la estancia. Es cierto que esta fuerza sólo sería aprovechable en verano, ya que el invierno escarcha la superficie, de las aguas, pero como ésta es la época de mayor trabajo, siempre resulta un beneficio bien apreciable.

El invierno se aprovecha admirablemente para desarrollar el sport sobre hielo. Patines y esquíes son muy comunes a los habitantes de este suelo.

El señor Cameron, antiguo administrador de «Caleta Josefina», logró hacer un recorrido en esquíes desde el fondo de Bahía Inútil hasta las playas de Bahía San Sebastián, cruzó pues, Tierra del Fuego del Pacífico al Atlántico.

Tengo aquí, agrega el señor Ross, madera petrificada y algunos fósiles marinos encontrados en pleno corazón de la gran depresión que Uds. recorrieron.

En efecto, pudimos admirar grandes trozos de madera petrificada y algunos ejemplares de los fósiles marinos recogidos personalmente por el administrador de San Sebastián.

Las bonitas muestras de madera son comunes a algunos campos de la estancia y generalmente se presentan bajo una ligera capa vegetal.

El oro, tan común en Tierra del Fuego, se encuentra en abundante cantidad en los pequeños ríos que cruzan la Estancia. En Río Chico que corre en pleno cordón de la Sierra «Carmen Silva», se han efectuado algunas pruebas con muy buen resultado; sin embargo, los trabajos no se han llevado a efecto con gran intensidad y los esfuerzos de algunos pocos buscadores de oro, se han paralizado.

Guanacos se encuentran en piños muy reducidos, parece que los grandes piños prefieren los hermosos cañadones de la parte norte de la Isla; a cambio de ellos, tenemos nuestros campos poblados con perros salvajes, zorros fueguinos y cururos, estos últimos son tan populares que, azotados por los grandes fríos, vienen a buscar abrigo en las habitaciones y galpones de la estancia; los perros y una gran cantidad de gatos criados *ex profeso*, los han hecho un poco temerosos y los han expulsado de nuestras construcciones.

A lo largo de todo el cordón que comienza a formarse al Norte de la depresión y a partir desde las costas del Atlántico, se encuentran indicios de vetas carboníferas, todas las pruebas que se ha logrado obtener señalan un combustible de calidad inferior y productor de muy pocas calorías. Carbón de buena clase, nunca hemos logrado obtener. Las fuertes mareas del Este arrojan sobre la playa cantidad de lignita, parece que el fondo del mar, en las costas del Este, constituye un gran depósito de este material.

De muchos otros puntos de importancia, se sirvió imponernos nuestro interlocutor, puntos que, por referirse a los indios fueguinos, los dejaremos para tratarlos en el capítulo correspondiente.

El puerto de Bahía San Sebastián, sólo dista dieciséis kilómetros de las casas del Administrador y aprovechamos la hermosa mañana del día siguiente, para trasladarnos hasta él.

A nuestro paso por las construcciones de San Sebastián, logramos visitar las distintas dependencias. Todas ellas están distribuidas en igual forma que las de «Caleta Josefina».

El confort y la calefacción reina en todas las habitaciones y la vida de los trabajadores debe hacerse fácil y amena. Como en las estancias ya visitadas, nos llamaron la atención algunas deficiencias que tienen relación directa con la salubridad del obrero. Se tiende a darles facilidades en todo sentido, pero se descuida en absoluto la sanidad y ventilación de los locales. No es posible que en dependencias reducidas donde necesariamente debe aglomerarse una cantidad de personas que regresa después un trabajo pesado y largo, permanezcan las ventanas cerradas, las camas en desorden y, más que nada, los enfermos tendidos en sus lechos sin que una mano profesional los atienda debidamente.

Duro es volver a estampar esta deficiencia que se nota en todas las estancias de la Sociedad Explotadora; hemos visitado «Caleta Josefina», «Cameron» y «San Sebastián», y en ninguna de ellas hemos encontrado al famoso Doctor Dao, ni siquiera un botiquín con su correspondiente practicante que sirva para atender a los necesitados. En cambio, en todas hemos visto enfermos y hemos visitado los cementerios bien tenidos, lo que prueba que únicamente se preocupan de los muertos y abandonan a los que se encuentran postrados en cama. Obra humanitaria y de sentido común, sería el que la administración general de la sociedad nombrada se preocupara de mantener en cada estancia, el personal necesario para defender las vidas de aquéllos que se sacrifican por darles las grandes ganancias y los enormes dividendos que anualmente reparte la Explotadora.

Por otra parte, y considerando que el mayor número de los enfermos encontrados sufrían dolencias causadas por epidemias reinantes (gripe), fácil es concebir que la multiplicación y transmisión de los gérmenes patógenos causantes del mal, encuentren campo sobrado donde establecerse y seguir extendiéndose en forma alarmante. Algunas estancias tuvieron, en un mismo día, más de treinta enfermos, sin embargo la administración general no dictó ninguna medida tendente a extirpar el mal, sólo se concretó a dar cuenta a la autoridad de Punta Arenas. La Administración civil de ese vasto territorio obró por su cuenta y, desprendiéndose de parte del personal que tan necesario era para combatir el flagelo que azotaba la capital de Magallanes, lo envió con los medicamentos necesarios a la gran Isla de Tierra del Fuego. No sabemos si este dictado humanitario supo agradecerse debidamente por aquellos que tienen la obligación de prever e impedir que el trabajador sin garantías que le permitan asegurar su salud y su vida, se traslade al corazón de la gran Isla en busca del trabajo que debe proporcionarles el sustento diario.

Sabemos sí, que durante el presente año los obreros, en las mismas estancias, carecen de medicinas, y el doctor, dadas las dificultades de traslado, se verá obligado a diagnosticar y recetar por medio del hilo telefónico. La defensa de la raza y la defensa de la vida del obrero magallánico, exigen más preocupación en este sentido. Se impone la absoluta necesidad de dotar a cada estancia de una sala especial de enfermería anexa a un botiquín completo, atendido, cuando menos, por un practicante do experiencia y competente; el doctor quedaría como consultor técnico destinado a servir los casos graves o de complicaciones en todo caso y, atendidas las enormes distancias y las dificultades de traslado en el invierno, un solo doctor no es suficiente para la atención de las cinco estancias con sus respectivas sub-secciones.

Durante nuestro recorrido, hacemos presente al señor Ross las consideraciones que dejamos apuntadas. El administrador tal vez por disciplina, sólo se contenta con observarnos sin decir palabra, su aprobación tácita nos da a comprender que tal vez aboga, en favor de los obreros, los mismos sentimientos y las mismas críticas que acabamos de exponer.

El camino por donde se deslizan los autos, está labrado en el fondo de los altos murallones, cortados a pique, que señalan la falda Norte de la Sierra «Carmen Silva». La empinada muralla que vamos dejando atrás, está completamente lavada y socavada por las aguas marinas que antiguamente debieron azotarla. Peñascos enormes sobresalen de este acantilado y sus cabezas de granito redondeadas y pulidas por las olas, se avanzan al

espacio, causando pavor en el ánimo de los viajeros que pasan directamente bajo ellos. Piedrecilla menuda y afilada proveniente de los destrozos que causan los hielos en aquellas rocas levantadas, cubren el camino.

Hacia el norte se extiende la enorme pradera cubierta de pasto y lagunas y allá muy lejos, va a morir en las faldas del ancho «Cordón».

Un fuerte viento del oeste empuja con fuerza nuestras máquinas y aumenta la velocidad que no queremos imprimir a los motores. El camino, dando mil vueltas y salvando pequeños chorrillos cruzados por débiles puentes de madera, se aproxima a Bahía San Sebastián. El terreno confianza a ponerse arenoso y la mancha se hace con más dificultad.

Desde lo alto de los cerros que bordeamos, grandes piños de caballos asoman sus hermosas cabezas y contemplan curiosos el paso de los autos.

Algunos, más atrevidos que los otros, se deciden a observar de cerca los extraños vehículos que cruzan sus praderas y, estirando sus ágiles miembros delanteros, hunden sus ancas y sus piernas en la pendiente resbaladiza y cortada a pique. Desde la cumbre del alto murallón se deslizan suavemente hasta el fondo de la quebrada.

Primero algunos, después muchos y por fin todos sus amedrentados compañeros se deciden a seguirlos. Debemos de detener la marcha y contemplar aquella hermosa y desnuda cabalgata que, cual torrente que se despeña, salva con valor y donosura, el inmenso precipicio que se extiende a sus pies.

El enorme piño rodea nuestros coches, impidiéndonos el paso. Algunos brincan, otros saltan, otros se aproximan y nos miran espantados. Hacemos esfuerzos inútiles por deshacernos de aquella alegre manada que nos observa y que nos estrecha.

Gritos, amenazas, golpes, etc., nada es suficiente para obligarlos a retirarse; estamos confundidos y atemorizados.

El más joven de aquellos gentiles cuadrúpedos, nos salva de situación tan embarazosa; lanzando al aire un sonoro relincho y ejecutando una pirueta peligrosa, se lanza en carrera vertiginosa hacia la ancha pradera que se extiende al Norte; sus compañeros saltan y brincan de contento, algunas de sus caricias son sonoramente recibidas por la carrocería de nuestras máquinas, el novel cuadrúpedo que primero se desprendió del grupo, siempre corriendo y saltando retoza en medio del campo. La confusión que nos rodea es espantosa; las bocinas de los autos lanzan al aire, sus estridentes gritos y parecen dar la señal de desbandada a la alegre cabalgata. Levantando una nube de fina arena, inicia el movimiento aquel loco escuadrón; no corren, vuelan en busca del compañero fugitivo y pronto invaden por todas partes la ancha pradera que les ofrece campo abierto para sus correrías.

Allá muy lejos vuelve a juntarse el noble grupo y, vuelto hacia nosotros, nos envía sus alegres relinchos como señal de despedida y amistad. Allí queda la confiada cabalgata alegre y juguetona, en medio del inmenso campo que los brinda seguridad, vida y alegría. Allí quedan esos gentiles cuadrúpedos de miembros acerados y flexibles; allí quedan retozando esas flechas de nervios y de músculos, lanzadas a la pradera por el brazo poderoso de algún hércules desconocido.

El camino, libre de aquella turba tumultuosa y enloquecida, se presenta francamente despejado y nos invita a proseguir el viaje. Roncan los motores al partir el coche, y las ruedas, hundiéndose en la arena, imprimen al comienzo una marcha lenta, marcha que se acelera paulatinamente a medida que los autos van ganando terreno.

Desde la cima de una última pequeña altura, divisamos muy próximo a nosotros, el grandioso Océano Atlántico, cuyas olas inmensas se estrellan y se despedazan contra las costas de dos continentes tan remotos.

Bahía San Sebastián queda a nuestro frente, abriéndose en forma de una herradura colosal, el costado sur deja paso a las aguas del Océano, mientras el costado norte queda al abrigo de ellas y cerrado por el angosto Páramo que, a manera de una lengua estrecha y larga, se interna directamente al sur y va a perderse en el Océano, después de llegar hasta el centro mismo de la boca de la bahía.

Las costas del sur y del centro se muestran escarpadas y cortadas a pique, las del norte mueren suavemente bajo las aguas marinas después de correr, casi al mismo nivel, una extensión enorme de terreno. Las arenas de la playa se internan tierra adentro formando campos eriales de una magnitud considerable. Por el norte estos campos se prolongan hacia el Oeste hasta tocar las innumerables lagunas saladas que se desarrollan en aquellas regiones.

Van disminuyendo en extensión a medida que avanzan hacia el sur de la Bahía y mueren en los primeros acantilados que forman el costado norte de las faldas de «Sierra Carmen Silva».

Casi en el centro de la ancha herradura desemboca el río San Martín, que nace en la Sierra nombrada y próximo al meridiano 69, a una altura de 300 metros. Su recorrido total lo efectúa por la ladera norte de esta sierra y su curso superior desciende rápidamente hasta enfrentar el punto denominado «Casas de San Martín», situado a cien metros sobre el nivel del mar. Desde este punto comienza su curso medio que se extiende hasta las casas de la Estancia San Sebastián. En los dos cursos nombrados recibe todos sus afluentes siendo los principales el chorrillo Nacimi en el primero y el chorrillo Guanaco y estero Pike en el segundo.

Después de abandonar, las casas de «San Sebastián», el río se dirige al N. E. y va a desembocar suavemente en las extensas playas de la Bahía que nos ocupa.

En el extremo sur y próximo al cabo San Sebastián, límite de la Bahía en esta parte, desemboca el arroyo Gama que nace en tierra chilena y próximo al cerro Camus. Sólo

presenta dos cursos; el superior que corre entre laderas escarpadas y que termina próximo al nacimiento E. de la Sierra, y el inferior que, se prolonga tranquilo desde este punto hasta su desembocadura.

Desde cabo San Sebastián al sur, la costa sigue casi recta y no recibe ningún río hasta las inmediaciones de Cabo Domingo, donde desemboca el río Carmen Silva, después toma un nuevo rumbo inclinándose hacia el S. E.

Bahía San Sebastián presenta grandes mareas y sus aguas, al retirarse, dejan en seco un espacio que fluctúa entre 1.5 y 2 kilómetros desde la playa, donde mueren las altas mareas.

Este espacio arenoso que queda en seco es aprovechado por los buques de pequeño calado que se varan y se refaccionan.

A pesar de estar la Bahía completamente cerrada a los vientos de N. E., ofrece un fondeadero peligroso y difícil; el lecho sumamente bajo, en atención a que el terreno se va internando muy lentamente hacia el fondo de las aguas, sólo permite la entrada de pequeños vapores; los de algún calado deben aprovechar la alta marea y abandonar la Bahía tan pronto se inicia el descenso de las aguas.

Los vientos reinantes en aquella zona soplan con fuerza desde el oeste y la ancha depresión que arranca desde Bahía Inútil les ofrece campo propicio para correr sin encontrar tropiezos hasta desembocar en el Atlántico por Bahía San Sebastián.

La angosta y larga punta que cierra por el norte la bahía, está completamente cubierta de arena y apenas se levantan algunos metros sobre las aguas; lleva el nombre de «El Páramo» y ha sido fuente de riquezas para muchos buscadores de oro. Los grandes temporales que muy de tarde en tarde suelen soplar desde el este, arrojan las aguas marinas por sobre este largo dique natural y, al abandonarlo, dejan las arenas cubiertas, con pepas de oro. Este metal parece que abunda en el fondo de las aguas costinas del este de la gran Isla y el mar, cansado de guardar tanto tiempo este tesoro, se desprende de parte de él a manera de recompensa por los enormes destrozos que causa con el azote de sus olas sobre las playas, y con el azote de sus temporales de viento sobre la tierra.

A lo largo de la bahía sólo existen escasas construcciones: sobre el camino de marcha y en la ribera Sur, está instalado un puesto o comisaría argentina servida por un oficial de aduana y un sub-oficial de policía al mando de cuatro guardianes.

Próximo al cabo de San Sebastián y guarecido entre dos pequeñas alturas, existe un hotel, almacén de comestibles, tienda de trapos, cantina, mercería, etc., etc., que constituyen el punto obligado de descanso y aprovisionamiento de los viajeros que se dirigen o regresan desde el sur de la Isla. Pertenece a un trabajador de nacionalidad yugo eslava.

Próximo a la comisaría se levanta la casa y galpón pertenecientes a la estancia San Sebastián y hoy arrendados a la Estancia Sara.

En la parte norte de la bahía sobre el camino que bordeando la playa conduce al norte de la Isla, funciona un segundo puesto o comisario perteneciente a la nación vecina. Ambas comisarías llevan el control de la exportación e importación que pueda provenir o internarse hacia nuestro territorio.

El extremo norte de la bahía lleva el nombre de Punta de Arenas.

Terminado el motivo que originó nuestro rápido viaje, nos preparamos para regresar a las casas de la Estancia; debemos recorrer el mismo camino que hemos utilizado a la ida y tenemos ahora que luchar contra el fuerte viento que sopla y que se nos viene encima directamente desde el frente. Las máquinas avanzan a saltos largos y periódicos y, por momentos, parecen detenerse. El marcador de kilómetros agita la aguja en forma loca y, tan pronto señala gran velocidad, como un andar lento y arrastrado. La arenilla fina mezclada con piedrecitas de pequeño tamaño, choca con fuerza contra el parabrisas y, a veces, parece romper los gruesos cristales. Una llovizna ligera comienza a refrescar nuestros rostros y el cielo, en la mañana tan claro y despejado, toma un tinte nebuloso, presagio seguro de que se aproxima la tempestad.

Afortunadamente, estamos próximos a San Sebastián y allí, con toda comodidad, podemos esperar que el viento cese, que el chubasco pase y que la atmósfera se despeje.

Penosa y larga se hace la marcha; después de una hora de constante lucha con los elementos y azotados por una lluvia torrencial, logramos escabullirnos de aquella lluvia torrencial y refugiarnos en la casa del administrador. Allí pasamos la noche esperando la luz del nuevo día, claridad que debe acompañarnos en nuestro regreso a Caleta «Josefina» única ruta por la cual debemos seguir, si deseamos visitar la estancia Spring-Hills, situada en la parte norte de la Isla.

Capítulo IX

Viaje a la estancia «Spring-Hill»

La ruta de marcha.- El famoso Doctor Dao.- En pleno «Cordón».- Los cañadones.- La subsección China Creek.- La escuela municipal.- Las siete colinas.- Campos exuberantes y ricos.- El río Side.- La flora y la fauna.- El cañadón «Bella Vista».- «Spring-Hill». El señor Thomas Dick.- Actividades de la Estancia.- La esquila.- El mecánico chileno Alberto Osorio.- La especialidad del Doctor Dao y la atención médica.- Con la señora Dick.-

Punta Espora, uno de los puntos más importantes de Tierra del Fuego.- El señor Pedro Bell y el heliógrafo.- El fracaso del cable submarino.- El Creek.- Consideraciones de carácter general.

Muy de mañana dejamos «San Sebastián» y emprendemos el viaje de regreso a «Caleta Josefina». La lluvia del día anterior ha descompuesto por completo el camino y nos obliga a buscar tránsito por entre el tupido ramaje de calafates que se levanta en terreno firme. Miles de vueltas alargan la distancia y después de una marcha penosa que se prolonga por cinco horas, logramos enfrentar las casas de «Caleta Josefina». Cubiertos de barro basta la coronilla, descendemos del auto y saludamos al señor Donaldson. Por él podemos imponernos que el viaje a Spring-Hill es un poco temerario; la lluvia ha destrozado parte del camino y en estas circunstancias, sería aventurado lanzarse a través de la gran extensión, 111 kilómetros, que separa una estancia de la otra. Sin embargo, agrega, podemos esperar la llegada del Dr. Dao que esta mañana muy temprano partió desde Spring-Hill hacia esta estancia.

-Si él llega sin haber sufrido serios tropiezos -dijo-, no dudo que Uds. puedan recorrer el mismo camino sin grandes dificultades. Consecuentes con esta indicación, tomamos el tiempo necesario para descansar y hacer un pequeño aseo en el vestuario.

La expectativa de poder conocer al famoso Dr. de la Explotadora, alarga considerablemente las horas. Pocos minutos antes de las dos de la tarde, divisamos un pequeño Ford que se aproxima rápidamente, es el coche del Doctor, primera persona que después de la primavera, ha logrado recorrer el peligroso y largo cañadón «Bella Vista».

Por nuestra parte, hacemos los preparativos necesarios para proseguir la marcha inmediatamente.

Grandes exclamaciones (en puro acento inglés, llegan hasta nuestros oídos; es el Doctor que moviendo los brazos por los aires, saluda a la concurrencia.

El señor Donaldson se sonríe y con una señal nos muestra que ya empezamos a conocer al famoso médico. Pocos minutos más tarde somos presentados; algunas palabras de rigor y vamos al grano:

-¿Doctor, qué tal el viaje? ¿Cómo está el camino?

-¡Ah!, ah! Bueno, auto corre-corre; poca parte mala, no importa; corre por camino hasta puente. ¡Ah!, ah! Mucho barro. ¡Ah!, ah! Sube puente, para motor. ¡Ah!, ah! Saca ojo izquierdo y tira barro. ¡Ah!, ah! Marcha motor y pasa por encima. ¡Ah!, ah! Después mete pantano lado izquierdo, deja ojo barro y sigue corriendo. ¡Ah!, ah! Todo camino bueno, mucho barro, pero no importa. ¡Ah!, ah! Sigue no más corriendo y llega a Spring-Hill. ¡Ah!, ah! Damos las gracias al Doctor y quedamos enterados que podemos continuar el viaje. Sin embargo, y después de esta explicación tan clara, creemos oportuno molestar al señor Donaldson (que un poco aparte se ríe a carcajadas), y le insinuamos la idea de inquirir mayores datos referentes al estado del camino; por él logramos saber lo que deseamos y, después de despedirnos debidamente, emprendemos la marcha.

El Dr. Dao nos mira un poco inquieto, tal vez pensando por qué hemos pedido al administrador mayores datos de los tan claramente proporcionados por él. Allí permanece mientras nos alejamos; sus ojillos azules nos siguen durante mucho rato. Volvemos la cabeza para hacer una última señal de despedida y entre todo aquel grupo cariñoso, vemos destacarse el corpulento Doctor vestido a la cazadora y cubierta su cabeza de facultativo con un enorme jockey a cuadros blancos en fondo oscuro.

Una vuelta del camino oculta las casas de «Caleta Josefina» y nos presenta los inmensos campos cubiertos de ganado y cruzados por alambrados interminables.

Marchamos con rumbo directo hacia el Norte; la ruta corre por un terreno plano y sin accidente alguno. Pequeños pantanos que se han formado sobre el camino no son obstáculo para el Ford, los salva con facilidad pero se encarga de lanzar a los aires una cantidad considerable de agua y barro, que nos obliga a cubrirnos con los impermeables. Pronto avistamos la pequeña y hermosa laguna «Poca Agua»; sus aguas salobres, muestran un tinte barroso, consecuencia tal vez, del último temporal de vientos. Bordeamos «Poca Agua» por su ribera Este y después de algunos minutos enfrentamos una serie de nuevas lagunas que aparecen hacia el Oeste. La mayor de ellas, «Yack Cameron» está cruzada por el río «Centenario» que nace en la falda Sur de «El Cordón» a 410 metros de altura y frente al centro Norte de Bahía Inútil.

El curso superior de este río, corre de Suroeste a Noreste, es encajonado y casi recto y, en toda su extensión sigue la falda Sur del macizo nombrado. Después de correr 15 kilómetros en esta forma, abandona las alturas y formando un ángulo recto, se dirige hacia el Sureste, hasta llegar a la pequeña laguna de los «Tres Hermanos» situada directamente al Este del cerro «Tres Hermanos», de 110 metros de altura. Esta segunda parte, de 10 kilómetros, marca su curso medio; durante cuyo recorrido desciende 200 metros y presenta bastante corriente. Aquí desprende un brazo que va a echar sus aguas en «Puerto Nuevo» sobre «Bahía Inútil». Este brazo lleva el nombre de «Río Nuevo», no es de aguas permanentes y durante su curso se pierde varias veces bajo el terreno arenoso por que cruza. Los grandes deshielos de la primavera lo convierten en torrente peligroso y sus aguas, próximo a la costa, hacen destrozos de consideración. El año que acaba de terminar (1917) formó una grieta sumamente profunda y ancha que, por cruzar el camino de marcha y abarcar una gran extensión, hubo de cercarse con alambre.

El curso inferior del río «Centenario» nace en la laguna «Tres Hermanos» (91 m. sobre el mar) y describiendo mil vueltas sobre el terreno, se dirige hacia el Este; después de atravesar varias lagunas, entre ellas la «Laguna Patos» y «Yack Cameron» toma rumbo al Suroeste y desemboca en el fondo de Bahía Inútil; la última parte de su recorrido abarca 35 kilómetros.

El camino, ascendiendo muy lentamente, sigue su ruta invariable hacia el Norte y pronto enfrenta la gran laguna «Vergara» que se extiende hacia el Este y está situada a 70 metros sobre el mar. La parte Norte de esta laguna recibe las aguas del pequeño Río Portales, que nace próximo al curso medio del río «Centenario» y después de correr 20 kilómetros casi rectos de Oeste a Este, desemboca en la laguna nombrada. Su único curso se desliza, por el angosto cañadón «Portales», terreno productor de grandes pastizales.

Pocos minutos los separan de la sub-sección China Creek, distante 35 kilómetros de «Caleta Josefina». El terreno que vamos recorriendo se muestra monótono, ajeno en absoluto a árboles y cubierto por inmensas capas de pasto amarillo.

Millares de ovejas pastan tranquilas, guardadas por esos interminables cierres de alambre, únicos cuidadores de los inmensos rebaños. Algunos guanacos, atraídos por el ruido del motor, asoman sus elegantes cabezas por sobre las alturas de las colinas y después de observamos un momento, continúan tranquilos su pastoreo.

Salvado un pequeño solevantamiento del terreno, y después de una curva, nos encontramos frente a las casas de la sub-sección.

Allí somos esperados por el capataz y por una veintena de niños que nos saludan y nos dan la bienvenida.

Como en «Caleta Josefina», todos los edificios de China Creek, están pintados de amarillo con sus techos rojos. En la falda de un pequeño cerrito se encuentran las construcciones que comprenden: la casa habitación del capataz, edificio para dependencia de ovejeros y peones y casa donde funciona la Escuela Municipal N.º: 10, creada durante la administración Contreras en el Territorio de Magallanes.

Acompañados por el capataz, visitamos las distintas dependencias; todas ellas están construidas bajo el mismo sistema y su aspecto es parecido a los anotados para las estancias grandes. El edificio de la Escuela, separado por completo de las otras construcciones, tiene la sala de clases dotada de varios bancos escolares y calefaccionada con una gran estufa.

Marcha bajo la dirección de un preceptor normalista y cuenta con veinte educandos. Todos estos niños, la mayoría de tres a cinco años, viven bajo el mismo techo y duermen en catres de madera que se construyen a manera de camarotes de buque.

Están al cuidado de un matrimonio inglés, quien debe darles el alimento y correr con la conservación del vestuario. Cada educando paga una libra esterlina por su pupilaje y este pago le da derecho a mantención y alojamiento. El preceptor es pagado por la Municipalidad y la enseñanza es gratuita.

Nos llamó la atención la poca edad de los niños e interrogamos al profesor sobre ello; nos respondió que como era escuela que recién funcionaba, se hacía un poco difícil poder tener alumnos de mayor edad, tal vez el próximo año, agregó, y gracias a la propaganda que en bien de la educación hace nuestra autoridad podemos contar con un local más amplio y con mayor número de estudiantes.

Las largas distancias son otro motivo poderoso que aleja los niños de la escuela; China Creek está muy retirada de las estancias, puntos que constituyen los únicos centros poblados de la Isla; si a esto se agrega que cada alumno debe pagar una libra esterlina por permanecer en esta sub-sección fácil es explicarse que muchas familias prefieren retener a

sus hijos y dedicarlos a las faenas, antes que sacrificarse pecuniariamente en bien de la niñez.

Así lo pudimos apreciar nosotros durante nuestro paso por las estancias; en los galpones de esquila no sólo está el hombre desarrollado, sino también una cantidad de niños que se desempeñan como velloneros.

Es obra digna de aplaudir la de aquel gobernante que ha dado el primer paso civilizador en pro de la instrucción, llevando al centro de la isla el pan vivificador que debe abrir nuevos horizontes y nueva vida en aquellos pequeñitos, pero fecundos y aptos para recibir la cimiento de las ciencias.

No podemos menos que aplaudir este primer esfuerzo educacional, esfuerzo que está llamado a señalar las necesidades de instrucción y podríamos decir, de chilenización, de que carece este abandonado pedazo de la Patria.

Lógico es pensar que esta fuente de enseñanzas no puede abarcar toda la zona que recorremos, pero señala la necesidad absoluta que existe, no de llevar a esa escuela todo el elemento de las estancias, sino de llevar a las estancias las necesidades que aquel elemento reclama. Esperamos que los nuevos gobernantes de Magallanes tiendan la vista hacia Tierra del Fuego y no sólo sepan mantener este foco de instrucción establecido en China Creek, sino que lo hagan extensivo al resto de las estancias, donde llegue el profesor chileno y la lengua nacional.

Saludamos y felicitamos al profesor de «China Creek», joven que ha sabido sacrificarse y abandonar las comodidades de Punta Arenas para llevar las luces de su cerebro y la historia de la Patria, hasta el corazón de Tierra del Fuego.

Próximo a las casas de la sub-sección, se levantan los cimientos que deben sostener un gran galpón de esquila. Se tiene la esperanza de que durante las faenas de 1919, China Creek podrá esquilar tantos animales como la estancia de que depende.

El aumento progresivo del ganado obliga a que anualmente se levanten nuevas construcciones y, atendiendo al área enorme que abarcan los campos, todas estas sub-secciones están llamadas a constituirse, un poco más tarde, en cabezas de estancias.

Los terrenos que rodean «China Creek», según nos manifiesta el capataz, son espléndidos para la crianza de ovejas. Los enormes cañadones que aparecen hacia el Norte, están cubiertos de pasto verde, forraje de mejor calidad a aquél que hasta la fecha hemos visto. Como terreno agrícola, también se presenta bueno, lo que se siembra siempre produce.

Después de media hora de estada en la sub-sección, proseguimos nuestro viaje. Próximo a China Creek cruzamos el río del mismo nombre, que nace al Oeste del camino de marcha en la falda Sur de los cerros «El Cordón». Su extensión total abarca 40 kilómetros y en él pueden distinguirse dos cursos: el superior, 20 kilómetros que corre de S.

O. a N. E. encajonado y con poca gradiente, y el inferior, que se dirige rectamente al E. y va a desembocar en la Laguna Bello situada a 40 metros sobre el nivel del mar. Durante este curso (20 klms.) desde una altura de 200 ms., desciende describiendo infinitas curvas y después de cruzar las casas de «China Creek», se precipita en la «Laguna Bello».

A partir de este punto, el camino comienza a elevarse bruscamente en demanda de las cumbres los altos cerros que pertenecen al cordón. Algunos chorrillos, con su caudal aumentado por la reciente lluvia, desbordan sus aguas caras sobre el camino y nos obligan a descender continuamente del coche. La marcha se hace penosa y los obstáculos se salvan, muchas veces, con el agua arriba de los tobillos.

Pronto aparece ante nosotros la primera gran subida que debe dejarnos en la cumbre del cerro Mac-Phearson (280 ms. de altura). Las ruedas traseras del auto se forran con cadenas y cordeles y comenzamos la ascensión por un suelo completamente resbaladizo.

Dos o tres tentativas resultan inútiles, debemos descender y, desde la retaguardia, empujar el coche; media hora de trabajo y nuestros esfuerzos se ven coronados por el éxito. Estamos cansados y, a pesar del frío, completamente cubiertos de transpiración. Desde la cumbre de aquella altura podemos contemplar la ancha depresión que se extiende a nuestras espaldas; infinidad de lagunas repartidas a lo largo de toda ella y en fila continua, parecen prolongarse, sin interrupción, desde «Bahía Inútil» hasta «Bahía San Sebastián». Hacia el Sur, muy lejos y en un fondo oscuro se presenta, cerrando el horizonte, la alta «Sierra Carmen Silva».

A nuestro frente se multiplican, hasta donde la vista puede alcanzar, infinidad de conos elevados y de cerros altos, marcando, cada uno, otros tantos cañadones en medio de «El Cordón». Bandadas enormes de caiquenes pueblan el cielo de estas alturas y los piños de guanacos se van haciendo más numerosos.

La ruta de marcha se interna por las laderas de estos cerros y, después de perderse en los bajos, aparece de vez en cuando algo lejos y coronando alguna altura. El motor vuelve a marchar y el coche, puesto en movimiento, se desliza por la pequeña bajada que tenemos al frente.

Aquí debemos cruzar «El Cordón» por su parte más ancha, pero más baja que la ruta por donde transitamos a nuestra salida de Porvenir. El terreno que vamos recorriendo, es menos duro y podríamos decir, en su totalidad pantanoso. La tierra blanda se esponja fácilmente al contacto de las aguas lluvias.

El pasto crece en todas partes y las ovejas se extienden por las serranías. Siete subidas tan pronunciadas y largas como la que acabamos de transmontar, nos obligan a efectuar idéntica operación que en la primera; casi estamos arrepentidos de haber intentado este viaje tan penoso; sin embargo, confiamos en el excelente motor que nos conduce y proseguimos la marcha. Las alturas van quedando a nuestras espaldas y marchamos por un mar terrestre cuyas olas macizas y solidificadas forman el horizonte a nuestro alrededor. Un último esfuerzo nos deja a orillas del pequeño chorrillo «Pantano»; esquivando puquiales y meducos, continuamos la marcha próximo a la ruta de este arroyo.

Vueltas infinitas que siguen las faldas de cuanta ladera se presenta al frente, aumenta considerablemente el recorrido del camino. Dos nuevas subidas, formadas por ambos costados del cañadón «Primavera» en cuyo fondo corre el chorrillo del mismo nombre, nos hace perder un tiempo precioso. Desde la última de estas alturas comenzamos el descenso de «El Cordón». El camino sigue el curso del río «Side» y el terreno parece estar sostenido por resortes subterráneos.

El río «Side» nace en una pequeña laguna a inmediaciones de la Draga Progreso. Situada en el curso medio del «Río Óscar». Su curso superior (30 kms.) corre tortuoso y encerrado por una cadena continua de altos cerros. Este curso que termina en la desembocadura del «Chorrillo Primavera», recibe los afluentes, cuyas aguas vienen a reforzarlo considerablemente y a darle vida constante. Todos ellos nacen en los cerros de «El Cordón» y tienen dirección general de Sur a Norte; los principales son: el «Río O'Higgins, el «Estero Bellavista» y el «Chorrillo Primavera».

A partir del punto indicado, río «Side» se dirige casi recto al Norte y, en forma suave y pendiente progresiva, efectuando mil vueltas sobre el terreno, recorre 15 kms. y llega al cerro «Sombrero» de 52 metros de altura; allí termina su curso medio; y terminan también las últimas ramificaciones que hacia el Norte avanzan las alturas de «El Cordón». El curso inferior comienza en este punto; el río después de recorrer algunos kilómetros, se abre en cinco brazos y formando cuatro deltas, precipita sus aguas en la ancha «Bahía Lomas», junto a él y, apenas separado algunos metros hacia el Este, era la misma forma, desemboca el pequeño río «Pantanos».

El curso medio del «Río Side» riega el extenso cañadón «Bella-Vista», productor de un pasto exuberante, forraje preferido por los grandes piños de guanacos que lo pueblan. Los altos cerros de los costados se separan dos, tres y cuatro kilómetros, dejando en el centro el campo más variado y hermoso de todos los que hemos visitado. Cada cumbre señala la puerta de un nuevo cañadón que, desde los costados, se viene a juntar al cañadón principal. Todos los cerros se encuentran coronados por algunos guanacos y su presencia da mayor vida a aquella naturaleza privilegiada.

Miles de aves acuáticas revolotean por todas partes, dando animación a esos campos tan apartados de lugares habitados.

Entusiasmados por la belleza salvaje que nos rodea, nos detenemos un momento y tratamos de acercarnos a un grupo de guanacos que pastan tranquilos y muy próximos a nosotros. Apenas se perciben de nuestra intención, el vigilante, que siempre se mantiene sin comer y en una parte elevada del terreno, da la señal de alarma; el hermoso grupo levanta la cabeza y emprende la carrera. Uno a uno desfilan hacia los cerros y nos dan lugar a contarlos, son doscientos cincuenta que, lejos ya de nosotros, hacen alto y se vuelven a mirarnos; en lo alto del cerro parecen una cerca viva y amarilla que, a modo de corona, rodea toda la altura.

Docenas de piños como éste podemos observar durante todo el recorrido del cañadón; las penurias las hemos olvidado y casi no apreciamos los miles de dificultades que a cada rato presenta el terreno. Al abandonar «Bella-Vista» cruzamos el río «Side»; un

sólido puente de madera une sus dos orillas y sobre él forzosamente tenemos que detener el auto. Un inmenso pantano se presenta en la ribera opuesta y nos hace recordar al Dr. Dao.

-Saca ojo izquierdo -nos dijo- tira barro y pasa por encima.

¿Qué quería decir? Una orientación y reconocimiento del terreno, nos descifra el enigma proporcionado por el Doctor: Existe un ancha tranquera y tiene dos hojas ¿no será una de ellas lo que el doctor llamó «ojo izquierdo»?...

Sacamos la hoja izquierda y la arrojamos al mismo costado del pantano; excelente idea. El resto del terreno que parece pantanoso, está firme, duro y muy quebrado, con el auto vacío podemos cruzarlo; así lo hacemos y agradecemos al Doctor tan feliz indicación.

Salvado este último obstáculo, entramos a recorrer un terreno casi llano y el coche marcha a gran velocidad a fin de recuperar tanto tiempo perdido. Algunas construcciones alcanzamos a divisar a la izquierda; son las casas que deben constituir la sub-sección Bella-Vista, dependiente de Río del Oro. Con una carrera vertiginosa, a las 10 y media de la noche, enfrentamos «Elwern» sub-sección de la misma estancia anterior. No tenemos tiempo para visitarla y tomamos rumbo al norte; 26 kilómetros nos separan de Spring-Hill, la luz del día todavía nos, acompaña y, antes de media hora podemos alcanzar el término del viaje. El terreno que debemos recorrer es absolutamente plano, ajeno a ríos, chorrillos y colinas; el auto aumenta la velocidad y poco a poco devora ese camino largo, monótono y completamente recto. Tres tranqueras hacen perder algunos minutos; son las 11 de la noche y ya la claridad parece abandonarnos. Un último esfuerzo, y entramos en la pequeña curva que nos oculta las casas de Spring-Hill.

Los focos del auto se encienden por primera vez durante nuestro recorrido y alumbran la última parte del camino. A las 11 y cinco minutos hacemos alto frente a las casas del administrador, señor Thomas Dick, quien, después de saludarnos con una cortesía exquisita, nos invitó a pasar al comedor de su casa.

La mañana siguiente la dedicamos a recorrer las distintas construcciones de Spring-Hill. Los veinte y nueve edificios que constituyen las habitaciones de la Estancia se encuentran desparramados sobre una ancha planicie que abarca más de ocho hectáreas. El orden y la limpieza más absoluta se nota en todas las dependencias que, a pesar de estar bien cuidadas, muestran su estructura vieja y en partes carcomida.

El terreno en que están ubicadas es el más expuesto a los fuertes vientos del oeste, por esta causa, los edificios deben resistir con mayor intensidad las inclemencias del tiempo.

La distribución general está repartida casi en la misma forma que en las estancias ya visitadas; nada falta para el bienestar del obrero, excepto aquello que se refiere a la salubridad general; de Spring-Hill podemos decir lo mismo que dejamos apuntado para San Sebastián.

El aspecto general de los campos que nos rodean, es triste y en extremo monótono; en ninguna parte divisamos alguna extensión verde, o algún cañadón que demuestre la presencia de chorrillos. De trecho en trecho y próximo a las mismas construcciones, se levantan algunos molinos a viento, elevadores de agua de pozos, única bebida natural que proporcionan esos campos desolados.

Al final de la ancha explanada, mirando hacia el norte, un piño de caballos paca próximo a una vega, única demostración fértil y húmeda que se distingue a nuestro alrededor.

En general, los terrenos de esta parte de la isla son planos y muy suaves los lomajes que suelen presentarse. Ello es causa de que los grandes vientos impidan el desarrollo de los pastos; sin embargo los campos están cubiertos de pasto amarillo que nunca alcanza una altura superior a 40 centímetros; parece que la semilla procura arraigarse sólidamente en tierra y el grano que germina trata de contrarrestar el fenómeno exterior, vigorizando sus raíces y dejando poca savia para la parte que se eleva sobre la cubierta terrestre.

El alimento forrajero, a pesar de ser bajo de estatura, es robusto, fuerte y da vida a muchos miles de ovejas.

Acompañados por el administrador, hacemos un recorrido general deteniéndonos un momento en cada repartición; lo que más llama la atención del viajero es el galpón de esquila. Se encuentra en plena faena y los vellones de los animales esquilados parecen multiplicarse para llenar el gran cajón de la prensa hidráulica encargada de disminuirlos y aprensarlos. Frente a la prensa, una especie de pigmeo encaramado sobre un cajón, clasifica la lana y distribuye las categorías; es un diminuto clasificador inglés que, como los otros, merece los honores de la importación: su talla no sobrepasa de 1.30 m.

El 50 % de los esquiladores son extranjeros, en su mayoría austríacos y yugoeslavos.

-Este porcentaje es inferior al año pasado -nos dice el señor Dick-. La estancia contó con muy poco elemento del país. Estoy empeñado -agrega- en procurarme un porcentaje superior de chilenos, pues he llegado a la conclusión de que este trabajador es un elemento sano de ideas y ajeno a los disturbios que ocasionan las huelgas. Además tiene mayor conciencia y un cabal concepto del trabajo que ejecuta; no trata de abarcar más de lo que puede y procura que su obra sea limpia y bien concluida. Esto último lo podemos apreciar personalmente; a nuestro paso somos saludados por los connacionales, mientras el resto, con una ligereza asombrosa, trata de no perder un sólo momento. En su rapidez por concluir de esquila un animal, no paran mientes que éste padezca o sufra algunas cortaduras; lo esencial es concluir el día con un número mayor; de aquí resulta que, muchas veces se presentan animales a medio esquila o con sus ijares o lomos cubiertos de sangre.

El chileno -dice el señor Dick- es más limpio, trata con cariño a las ovejas y es muy raro que les cause heridas. Es cierto que al finalizar el día cuentan con un número inferior de ganado que el resto de los esquiladores, esto les importa poco, siendo su mejor satisfacción, no la mayor suma de dinero ganada en el día, sino el menor número de animales dañados o rehusados por el personal que revisa las ovejas después del trabajo.

Nos hemos detenido frente a un hombre máquina que, con velocidad asombrosa, despelleja una oveja; es el contratista de la esquila que no sólo se dedica a atender su contrato, sino que toma parte en las faenas. Es un austríaco formidable de una constitución de gigante; aprisiona la víctima entre sus piernas nervudas y antes de un minuto la despoja del vellón.

A pesar que se distrae efectuando algunas visitas de inspección por toda la cuadrilla, aquel día, en siete horas de trabajo, ha quitado la lana a doscientos cuarenta y seis ovejas. Algunos chilenos, criollos en este oficio, llevan doscientos veinte y doscientos treinta animales esquilados.

Abandonamos el galpón y nos dirigimos al edificio que guarda la fragua. Este taller es el primero que vemos funcionando bajo la dirección de un obrero chileno: Alberto Osorio, mecánico de primera fuerza (aprendiz antes en la misma estancia), se afana por mostrarnos sus actividades que no sólo se reducen al trabajo diario que pueda presentarse, sino a mejorar y confeccionar toda aquella maquinaria que exija alguna modificación. El señor Dick tiene palabras cariñosas para este excelente obrero y gracias a su estímulo, el joven mecánico ha logrado colocarse a la cabeza y dirección de su taller. Entre las muchas maquinarias elaboradas por Osorio y nacidas únicamente en su cerebro, se anota una máquina mecánica para tornear madera de cualquier diámetro, y otra máquina para cortar en frío planchas de fierro; ambas las vimos funcionar y verdaderamente quedamos sorprendidos cuando tomó una plancha de fierro de un cuarto pulgada de espesor, la introdujo entre las hojas de su poderosa tijera mecánica y la cortó como si se tratara de un pedazo de papel.

Debemos agregar que Osorio construye sus maquinarias con fierros y materiales que él mismo forja y machaca sobre el yunque, en su mayoría material abandonado.

Saludamos a ese esforzado representante de nuestra raza quien, al despedirse, nos dijo:

-Cuenta señor, allá en el Norte, que el obrero chileno es tan bueno aquí, tan lejos de todo centro poblado y en medio de los ingleses, como cuando trabaja en pleno centro industrial y rodeado de sus compatriotas.

Se lo prometimos, y después de abrazarlo cariñosamente, nos despedimos de él. El señor Dick, tal vez para reforzar la pujanza e intelecto de aquel hombre, al abandonar el taller, nos dijo:

-Es muy buen trabajador y ya habla inglés perfectamente.

Esto, para él, era el *sumum* de la inteligencia.

Antes de dirigirnos a la casa del administrador, visitamos los comedores y las casas habitación de los obreros; todas bien acondicionadas y con las estufas necesarias para contrarrestar el intenso frío de las noches; como en las estancias anteriores, encontramos

algunos enfermos postrados en cama. Interrogados al respecto, respondieron que el Doctor les había visto «por teléfono» (se encontraba en «Río del Oro» y por el mismo hilo había ordenado las medicinas. Uno de ellos, indignado por esta indiferencia sanitaria, nos dijo:

-Haga lo posible, señor, porque venga un médico chileno que pueda entender lo que le decimos; el Dr. Dao no nos comprende y es imposible que nos pueda atender. Sucede, con frecuencia, que uno padece de un dolor a la pierna y después de explicarle, el doctor contesta indefectiblemente: «¿Duele mucho? ¡Ah!, ah! Saca lengua. ¡Ah!, ah!»; después receta un purgante. Ud. comprenderá señor que en esa forma no estamos garantidos; cuesta infinito hacer que el Doctor se dé cuenta de las dolencias que uno padece y, sobre todo, señor, no quiere darse por vencido que desconoce el castellano. Una noche, por casualidad, se encontraba en Spring-Hill y tuvo que asistir a un compañero que sentía grandes dolores al estómago, y pedía a gritos viniera el Doctor.

Cuando el señor Dao llegó a nuestra pieza ninguno de nosotros podía dormir. Los gritos del enfermo tenían en alarma a todos los que estábamos en la misma habitación. Llegó el Doctor y, después de aproximarse al paciente, le dijo lo de costumbre: «¿Duele mucho? ¡Ah!, ah! Saca lengua. ¡Ah!, ah!». El pobre diablo, que se moría con sus dolores, no hacía sino gritar y mirar al señor Dao; éste, en cambio, repetía y repetía la misma pregunta de siempre, hasta que uno de los compañeros, cansado tal vez con tanto grito, exclamó: «¡Saca la lengua, pues, sinvergüenza del diablo!» (Las palabras han sufrido alguna modificación en beneficio del lenguaje). El Doctor abrió tamaños ojos y creyendo que las últimas palabras empleadas por el compañero constituían el nombre del enfermo, volvió a insistir en la siguiente forma: «¿Duele mucho? ¡Ah!, ah! Saca lengua, sinvergüenza diablo. ¡Ah!, ah!».

No tengo para qué explicar la que se armó dentro de la pieza. Unos indicaban que debíamos pedir explicaciones al señor Dao por atreverse a insultar en público a un compañero enfermo, otros se levantaron y querían proceder a golpes y arrojar de la pieza al facultativo, otros gritaban y lo insultaban. Afortunadamente uno pidió explicaciones y después de imponerse en inglés que el facultativo había tomado las últimas palabras por el nombre del paciente, se le disculpó y se le dejó que continuara la atención médica.

Después de prometerle que haríamos cuanto estuviera de nuestra parte a fin de salvar este punto de capital importancia para la tranquilidad de los obreros, nos despedimos de los enfermos con el objeto de visitar el resto de las dependencias.

Terminado el recorrido, que en general nos dejó buena impresión, salvo la visita al almacén o despacho, nos encaminamos a la casa del administrador. El edificio, ruinoso y viejo, se levanta al pie de una pequeña colina y completamente rodeado por negros cipreses. El golpe de vista no es atractivo ni pintoresco, por lo contrario, se presenta lúgubre y hace la impresión de que aquella vivienda debe ser malsana. Así lo confirma el administrador y nos dice que esa casa es una de las más antiguas de las estancias de la sociedad, que el terreno donde se levanta es insalubre, habiendo ocasionado ya más de una defunción y que pronto deben comenzarse los trabajos del nuevo edificio para la administración, sobre la cumbre de la pequeña loma.

Los vientos -agrega- son más sanos y constituyen el mejor doctor para estos climas.

Junto a la puerta nos espera la señora Dick, italiana de pura raza y hermosa representante de las mujeres de su patria, dos chiquitines juegan por el pequeño jardín que rodea la casa y sus cabecitas rubias brillan bajo los esplendorosos rayos del sol de mediodía.

Creemos poder emplear el poco italiano que poseemos, pero nuestras esperanzas se frustran al recibir un «buenos días» en puro español; la gentil dama, poseedora de un vocabulario completo y perfecto de nuestra lengua, inicia la primera conversación netamente española que nos ha sido dado sostener durante todo nuestro recorrido por Tierra del Fuego. A pesar de no ser chilena, la señora Dick es profunda admiradora de la parte austral del territorio y, según lo manifiesta, sus más ardientes deseos son visitar el resto del país. Los dos pequeños se aproximan a nosotros y, empleando el mismo idioma que su madre, toman parte en la conversación; se nos figura estar entre connacionales y, al expresárselo al señor Dick, nos responde que su hogar, con la llegada de su esposa y más tarde con la presencia de sus hijos, tiene un ambiente más latino que inglés.

En compañía de tan grato grupo, efectuamos un pequeño recorrido por los alrededores; frente a la sisa, una cuadrilla de trabajadores se ocupan en segar y amontonar gran cantidad de pasto proveniente de siembras ordenadas por el señor Dick.

-A pesar -nos dice- que el terreno no se presenta favorable a las siembras, quise hacer un ensayo y convencerme personalmente si la semilla germina o no. La prueba no pudo resultar más excelente; las ocho hectáreas elegidas para este ensayo acogieron con alegría el grano que en ellas se depositó y Uds. pueden ver cómo el pasto que se siega es de buena calidad y tiene una altura superior a 1,40 m.

Aprobamos esta aseveración, pero observamos al administrador que el pedazo escogido se encuentra abrigado por el pequeño lomaje que tenemos a nuestras espaldas.

-Indudablemente -rectifica él- es todo cuanto se necesita para obtener buen éxito. Un pequeño reparo contra el viento (de éstos hay muchos) y siembren Uds. sin temor a un fracaso.

Para reforzar lo que dice, nos muestra la gran huerta debida a la iniciativa de su esposa; allí encontramos cuanta verdura es dable imaginar, los tubérculos ocupan una gran extensión y se desarrollan en forma sorprendente. La señora Dick se sonríe y nos indica:

-Uds. no saben lo que poseen en Tierra del Fuego.

Por nuestra parte tenemos que reconocerlo con profundo dolor; hasta la fecha ningún hombre de ciencia se ha dedicado a estudiar agrícolamente esa región y aquéllos que lo han podido hacer, se han desentendido en absoluto, no sólo de las bondades del clima fueguino, sino de la riqueza inmensa que su suelo representa para el bienestar económico o industrial de la República.

En cambio, se conoce la región en forma poco halagadora y las descripciones que de ella se han hecho encierran tanto pesimismo en cuanto a la adaptación agrícola de sus suelos, que desconciertan, en forma errada, el concepto que en el centro del país se tiene sobre Tierra del Fuego.

Conviene, pues, sentar el precedente de que esa zona puede y debe abastecerse a sí misma sin tener que recurrir a mercados extranjeros o a los pueblos del resto de la nación. Se impone en forma imperiosa que el Gobierno dedique parte de sus actividades a fomentar la agricultura subdividiendo esa inmensa extensión de tierra que mientras se mantenga bajo una sola mano, traerá no sólo el encarecimiento de la vida en Magallanes, sino el atraso industrial y económico de los pequeños capitalistas, en su mayoría hijos del país, que jamás verán coronado el fruto de sus sacrificios y trabajos en el propio suelo de la patria.

Una vez más concebimos la imprescindible necesidad que existe en dotar a Tierra del Fuego de una Escuela Agrícola Regional, dedicada no sólo a estudiar la región sino a llevar al ánimo de sus pobladores empecinados ganaderos el verdadero valor agrícola del suelo.

-Los terrenos -agrega el señor Dick- que se extienden desde Spring-Hill hacia el Norte, son muy propicios para la siembra de tubérculos. Solamente en los alrededores de Punta Espora se encuentran potreros inmensos que, si se dedicaran al cultivo de la papa, serían suficientes, no sólo para proveer las necesidades de la Isla, sino también las exigencias de todo el Territorio de Magallanes.

Punta Espora es uno de los puntos más imponentes de Tierra del Fuego, por esta causa dedicamos las horas de la tarde para visitarla.

El camino que une la estancia con aquella Punta, corre por terreno absolutamente plano y tiene una longitud de 25 kilómetros. A medida que se avanza hacia el Estrecho, baja en pendiente casi imperceptible y su dirección general y recta, es de Sureste a Noroeste.

Los campos que se cruzan están cubiertos con pasto amarillo y el suelo, poco a poco, va apareciendo más arenoso. Bastan 40 minutos de marcha para recorrer toda esa extensión; durante el trayecto ningún accidente del terreno atrae las miradas del viajero.

Próximos al término del viaje y después de cruzar un pequeño arrenal, se divisan las construcciones que en Punta Delgada, sobre el continente, posee la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego.

La ancha península por que transitamos, se interna directamente hacia el norte y en su avance sobre las aguas del Estrecho de Magallanes, se aproxima tanto a las del continente que parece juntarse con ellas.

La angosta faja marítima que separa Tierra del Fuego de la Patagonia, en esta parte, recibe el nombre de «Primera Angostura» y su ancho general no excede de dos y media millas marítimas.

Las altas y bajas mareas mantienen las aguas del Estrecho con una corriente continua y la inmensa masa líquida, al precipitarse desde el Este, recorre el angosto paso con velocidad considerable. Según datos que pudimos obtener de algunos náuticos exploradores, la corriente, en esta parte, tira a razón de 12, 13 y 14 millas por hora. La profundidad de esta angostura es considerable y el tránsito se hace peligroso especialmente en los días de fuertes vientos.

Un poco al norte de Punta Espora, en Punta Anegada, muere esta gran península y sus costas del Este, al iniciar un prolongamiento hacia el Sur, dan lugar a la formación de la extensa «Bahía Lomas» cerrada en su extremo Este por una angosta y pronunciada península que termina en Punta Catalina.

Desde el punto en que nos encontramos podemos dominar toda la costa norte de Tierra del Fuego; los terrenos que se extienden hacia el Este, en un principio cubiertos de calafates y pasto amarillo, van adquiriendo, a medida que se alejan, un tinte verdoso pronunciado, lo que viene a reforzar la idea que de ellos teníamos formada con anterioridad y que los presenta como una de las zonas pastosas y ganaderas de gran valor en la Isla. En esta parte están ubicadas algunas estancias particulares que más tarde podemos visitar.

Últimamente el Gobierno ha efectuado subdivisiones y concedido terrenos de poca extensión. El solo traspaso de estos derechos ha proporcionado pingües ganancias a los afortunados que han logrado obtenerlos.

Hacia el frente, después de salvar la angosta faja marina que nos separa del continente, se extienden campos inmensos sembrados con numerosas colinas y altos cerros.

Al frente aparece la ancha Bahía Posesión cuya inmensa boca encierra completamente a Bahía Lomas. Sus costas bastante accidentadas se extienden hacia el Este y después de formar una serie de pequeñas bahías, van a morir en Punta Dunjenes, extremo Norte de la ancha puerta por donde el Estrecho de Magallanes se precipita en el Océano Atlántico. Por esta punta corre la línea divisoria entre Chile y la Argentina.

Directamente hacia el Norte del punto donde nos encontramos y después de salvar las numerosas colinas que comienzan a aparecer en la misma costa, la vista se va a estrellar contra el monte Aymond, última elevación que se divisa sobre el continente y por cuya cúspide pasa la línea divisoria entre las dos naciones.

Hacia el oeste el horizonte termina en las cumbres de la extensa cadena de los «Cerros San Gregorio» que, paralelos a la costa y algo alejados de ella, se extienden desde el Noreste hacia el Suroeste para seguir hacia el Norte después de enfrentar la «Segunda Angostura».

Los terrenos que este cordón de cerro circunda, lleva el nombre de «Pampas de los Terremotos».

Hacia el sur, el Estrecho abre brecha en las tierras de la isla, lo que da lugar a la formación de «Bahía San Felipe». Punta Espora, algo levantada de las aguas marinas, extiende sus playas en forma suave y el terreno arenoso desprovisto de peñascos y piedras, se interna suavemente en el mar.

Su prolongación hacia el Estrecho da lugar a la formación de una pequeña bahía que constituye el puerto de embarque y desembarque de los productos de Spring-Hill. Algunas construcciones, galpones, casas, etc., sirven de guardia y custodia para estos productos.

Próximo al mar se levanta la casa habitación del señor Pedro Bell que, en compañía de su esposa, atiende el servicio de heliografía, única comunicación que en la parte chilena, une la isla con el continente. Punta Delgada, situada al frente posee otra estación radiográfica y se encarga de recibir y transmitir los despachos desde y hacia Punta Espora.

Ambas estaciones pertenecen a la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego y sirven los intereses particulares relacionados con las estancias.

Nos llama la atención que nuestro Gobierno no se haya interesado por tender alguna línea o arbitrar otro medio que haga más expedita y consulte una comunicación constante entre los fueguinos y los continentales; interrogado a este respecto, el señor Dick nos comunica que hace algunos años se intentó tender un cable, submarino y los trabajos fracasaron por falta de estudio. Se adquirieron todos los materiales y cada intento que se hizo por colocar el cable, fue un fracaso completo; la enorme corriente de las aguas del Estrecho y la cantidad de peñascos y piedras que arrastra el fondo del mar, hicieron pedazos el hilo de comunicación. En vista de este éxito desastroso, el trabajo se paralizó, y la gran cantidad de materiales se abandonó.

Esto último lo pudimos apreciar personalmente en distintas partes del terreno, completamente abandonados y tal vez ya inservibles, se encuentra tirada gran cantidad de alambres y restos de maquinarias que con tan poco fruto fueron llevadas y empleadas para una empresa que no debió abandonarse, puesto que, de su feliz resultado, se desprende la tranquilidad y el progreso de Tierra del Fuego.

Punta Espora no sólo ofrece estas mismas facilidades, sino que proporciona, al mismo tiempo que un abrigo y refugio seguro, un dique natural de primer orden. Este dique está constituido por un enorme cerco de arena que corre paralelo a la costa y sólo se viene a juntar a tierra firme una legua al Sur del punto que nos ocupa. Dos barriles colocados a manera de boyas en la parte ancha de la bahía, sirven de señal y marcan la boca de este largo montículo que separado unos cincuenta o cien metros de tierra firme, se levanta de las aguas marinas a manera del dorso de un cetáceo colosal

El espacio que queda entre esta montaña de arena y la Isla, es invadido por las aguas del Estrecho dando lugar a buques de todo calado, aprovechando la alta marea, puedan internarse por este canal sin salida; allí permanecen esperando el descenso de las aguas limpias esperando el descanso de las aguas. Al retirarse éstas, los vapores quedan en seco, momento que sus tripulantes aprovechan para carenarlo o para efectuar las operaciones de carga y descarga.

Siempre atendidos por el señor Dick, visitamos las distintas dependencias de Punta Espora; en uno de los galpones (son dos) depositados 1.330 fardos de lana de un valor de 70 libras esterlinas cada uno, lo que representa un capital de dos millones trescientos veinte y siete mil quinientos pesos de nuestra moneda; el administrador nos indica que sólo es una parte de la lana cosechada en la temporada, pues el acarreo recién comienza a efectuarse,

La nota más simpática de nuestra estada en Punta Espora (si atendemos a nuestros estómagos), la constituye un picnic servido bajo los calafates y próximo al gran creek que acabamos de señalar.

La señora del heliografista Bell nos presenta una mermelada exquisita confeccionada con el fruto del calafate. Esta fruta, parecida al maqui de la zona central del país, se presta admirablemente para la confección de dulces, y su color y gusto en nada difiere de las mermeladas tan caras que nos llegan del extranjero. Todo lo que comemos -agrega el señor Dick- es producto de la Isla (fabricado en la estancia); mantequilla, queso, aves, mermeladas, etc. (*Made in Spring-Hill*).

Una visita por las casas de los cuidadores y un bajativo tomado en casa del señor Bell, completan las horas disponibles de nuestra estada en Punta Espora. Antes de retirarnos damos una última mirada a aquel hermosísimo panorama y nuestra vista se detiene un momento sobre las aguas de la «Primera Angostura» que iluminadas por el espléndido sol que nos acompaña, envuelven en una aureola de irradiación el casco aceitado de un gran vapor inglés que, empujado por sus máquinas poderosas, se pierde en medio de un penacho de humo y marcha rápido en demanda de las olas del inmenso Océano Atlántico.

El motor del pequeño Ford lanza al aire el eco de su poderosa respiración y el coche, acostumbrado ya a una carrera continua, se lanza con velocidad vertiginosa y en pocos minutos devora los 25 kilómetros que nos separan de la Estancia Spring-Hill.

Las últimas horas del día las pasamos agradablemente en compañía de la familia Dick, su joven esposa, eximia pianista y poseedora de una hermosa voz con registro de soprano absoluto, aumenta la alegría y paz de aquel hogar, cantando romanzas elegidas de conocidos autores italianos. Gracias a este acontecimiento imprevisto, la velada se prolonga por varias horas y únicamente, al caer la noche, con la sola compañía del señor Dick, podemos iniciar nuestras acostumbradas preguntas relacionadas con la estancia que visitamos.

-Esta estancia -comienza el administrador- tiene veinticuatro años de existencia y las casas, a mi juicio, son las más antiguas de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. Los campos que posee son buenos ganaderos a pesar de la falta general de agua potable. En total, suman doscientas y quince mil hectáreas, pero yo creo que la porción de terreno es mayor que la manifestada, en atención a que estos campos no han sido nunca bien mensurados. El nombre de Spring-Hill (Cerro Manantiales) se deriva de algunos chorrillos, los únicos que nacen próximos a la cumbre de unos cerros distante quince kilómetros al noreste de las construcciones principales. La estancia, en general, es muy seca, únicamente se encuentra atravesada en su parte sur por el río Side (Río del lado), nombre fluvial cuyo

significado (*Side* = «lado») no se adapta a la denominación de un río y cuyo origen no hemos podido inquirir.

La estancia carece de hectáreas en propiedad de modo que los edificios, una vez terminado el arriendo, pasarán a poder del FISCO.

Actualmente contamos con 160 operarios y obreros, de éstos, 33 son esquiladores.

En la actualidad, toda la gente está dedicada a las faenas lanares, el galpón de esquila se encuentra en pleno funcionamiento y esperamos terminar muy pronto todo el trabajo. El combustible que se emplea para el funcionamiento de las maquinarias es la mata negra, arbusto de pequeña altura cuyas ramas contienen mucha resina y proporciona gran cantidad de calorías; es una leña excelente que se consume lentamente y suple, en forma admirable, la falta absoluta de carbón. Hace pocos días, haciendo una excavación en las proximidades de las oasis, encontramos una capa de turba de primer orden, superior a las conocidas en el resto de la Isla. Esto ha sido un gran acontecimiento para estos campos privados de otra clase de combustibles.

La carencia de agua está dispensada con la presencia de numerosos pozos subterráneos que proporcionan este líquido limpio y potable.

Todas las maquinarias se mueven a fuerza motriz y la prensa enfardadora con fuerza hidráulica que proporciona una presión de 2 1/2 toneladas por pulgada cuadrada, alcanza a elaborar 65 fardos cada día. Los fardos pesan entre 530 y 600 libras. La lana, como en las otras estancias, se clasifica por categorías, la mayoría obtenida este año pertenece a la clase A y B, es decir a las mejores.

Este mejor beneficio lo obtengo por un procedimiento tal vez único dentro de las estancias, y él consiste en que no baño las ovejas después de la esquila y espero para ello el mes de marzo. Estoy convencido de que el baño inmediato obedece a la desconfianza que el estanciero tiene por el estado de salud de sus animales, yo confío absolutamente en la bondad sanitaria del ganado a mi cargo y he podido observar que el baño después de febrero es benefactor para la lana que se produce más larga y de mejor calidad. El clasificador es extranjero (inglés) y se muestra muy favorable a este procedimiento.

Como Uds. han podido apreciar, los campos están cubiertos de calafates y este arbusto contribuye mucho a mermar el total de la producción lanar; los animales acostumbra restregarse contra las ramas y dejan en ellas una buena porción de su abrigo.

Actualmente no existe ninguna dificultad para el cuidado del ganado. Hace algunos años, no pasaba igual cosa. Punta Espora fue centro de una reducción indígena que se encargaba de mantenerse con ovejas (guanacos blancos). Los continuos robos de animales trajeron la alarma en la Sociedad y se optó por amansar o aterrorizar los indios; a este efecto el fundador de la estancia, señor Jahuels, trajo del extranjero una partida de hermosos perros galgos, muy bravos y de raza rastreadora. Estos perros corrían a los indígenas y su ocupación los convirtió en fieras tan formidables que poco tiempo más tarde llegaron a hacerse más temibles que la presencia de los nativos.

Amansados algunos indios, fue fácil reducirlos e incitarlos al trabajo, pero la experiencia confirmó que esta raza era la más huelguista del mundo, el trabajo los cansaba pronto y los sumía en la ociosidad. La pequeña tribu volvió a su campamento y la estancia, a fin de evitar los robos, optó por darles mensualmente la cantidad de cien pesos en víveres.

Caitén, el jefe de la familia, rehusó los víveres y, por haberse acostumbrado a beber mientras estuvo en contacto con los blancos, solicitó aquella ayuda en dinero efectivo. Poco tiempo más tarde volvieron al trabajo pero, a insinuaciones del indio Hunte, a cada momento se declaraban en huelga. Este cabecilla era sumamente revoltoso y bien puede considerársele el primer huelguista del mundo. Vueltos nuevamente a su vida salvaje, fueron concluyéndose poco a poco y, en la actualidad, parece que ya no existen.

Con el desaparecimiento de los nativos, se presentó una segunda plaga constituida por los guanacos y los zorros; los primeros hacían grandes daños en los campos y los segundos ocasionaban considerables bajas en el ganado. El modo de cazar de los zorros es bien curioso y el trabajo muy parecido al de los perros. De preferencia matan los corderitos nuevos (chiporros); varios zorros, formando círculo, arlean los piños y los estrellan contra algún alambrado o accidente del terreno; allí los estrangulan y después les extraen la arteria carótida. La carne no la comen, únicamente se contentan con chupar la sangre; parece que este alimento no los satisface nunca, pues después de abandonar una víctima comienzan de nuevo su trabajo y vuelven a proceder en la misma forma.

Para contrarrestar este peligro y exterminar al zorro, se organizaron grandes cacerías con personal montado y el terreno se sembrado de trampas que se preparaban al caer la tarde. En un principio hubo algunas desgracias; el zorro es un animal sumamente bravo y cuando lo corren a caballo salta a los pies del jinete y no suelta su presa sino después de haber herido a su cazador o de que éste, con toda precisión, consiga asestarle un golpe que lo deje muerto en el acto.

Estas cacerías, que eran bien pagadas, dieron un resultado espléndido y en la actualidad puede considerarse que el zorro sólo existe en el interior de la isla.

Respecto a los trabajadores, el señor Dick nos manifiesta que es admirador del elemento chileno, al que considera constante, trabajador y ajeno a las revueltas. El año pasado, nos agrega, tenía un porcentaje enorme de extranjeros y las faenas se llevaron a cabo con ciertas dificultades; este año marchamos admirablemente bien y el trabajo llega a su término en medio de la mayor tranquilidad por parte de los trabajadores.

Estoy convencido -insinúa- que toda revuelta tiene como base la falta de instrucción en el pueblo; la misma docilidad del elemento chileno, es la causa de que acepten fácilmente y entren a analizar las ideas subversivas que los cerebros desequilibrados se encargan de predicar. El obrero chileno, con cierta ilustración y consciente de sus deberes y obligaciones, jamás llega hasta la administración a solicitar algo indebido, siempre sus peticiones son justas y obedecen a un principio de equidad. Por esta causa me propongo aumentar anualmente el elemento nacional dentro de la estancia y creo que podré llegar a alguna futura faena contando únicamente con los brazos del hijo del país. Tienen un defecto que creo no es adquirido dentro de las estancias sino consecuencia de los largos meses de

invierno, en los cuales, el frío y el dinero adquirido, les ofrecen campo propicio para dedicarse al alcohol. Por la costumbre de dedicar el día lunes al Dios Baco, sucede muchas veces que en las estancias, aun cuando no disponen de bebidas, celebran la mañana del «San Lunes».

Hasta aquí el señor Dick; por nuestra parte lo felicitamos calurosamente por la alta idea y el cariño que demuestra para con nuestro pueblo y pensamos que si todos los administradores tuvieran las mismas ideas, en lo que a este punto se refiere, pronto tendríamos a Tierra del Fuego repleta de trabajadores chilenos, con lo que se señalaría un paso bien manifiesto en favor de la chilenización de esa rica y abandonada región.

Comentando las incidencias del día y aplaudiendo una segunda vez la labor y proyectos del administrador de Spring-Hill, nos retiramos a descansar.

La mañana del día siguiente fue dedicada a visitar las sub-secciones; Laguna Cisnes se encuentra situada a 20 kilómetros al Suroeste de la estancia principal y el recorrido hasta ella no reviste mayor interés que el señalado para la generalidad de los terrenos de Spring-Hill. Cuarto Chorrillo, separado 27 kilómetros, se encuentra ubicado sobre el fondo de la extensa Bahía Lomas. El trayecto es pintoresco y los inmensos pastizales que crecen en las inmediaciones de los ríos Side y Pantanos, que deben cruzarse, ofrecen forraje en abundancia para una cantidad considerable de ganado.

Capítulo X

Viaje a la estancia «Río del Oro»

Nostalgia del ambiente chileno.- La subsección Ekwern.- Encuentro con un ona civilizado.- Dolorosa historia que relata.- Senderos que engañan.- El carromato abandonado.- Estancia Río del Oro.- Con el señor R. F. R. F. Thompson.- Las huelgas y la tarea que corresponde a la autoridad fueguina.- Actividad de la Estancia.- El servicio médico.- Con la señora Thompson.- El señor J. A. Reyes, contador de la Estancia.- Viaje a la Draga Progreso.- Una naturaleza maravillosa y deslumbradora.- Las enormes parvas de pasto natural. Consternaciones de carácter general.

Con verdadera pena, abandonamos, al amanecer del día siguiente, la Estancia Spring-Hill, morada llena de atractivos para el chileno que hasta ella llega desde el centro de Tierra del Fuego.

La nostalgia del ambiente nacional, dentro del suelo de la patria, marca honda huella en el ánimo del turista o viajero que logra recorrer esas regiones apartadas. Parece que el

Administrador de Spring-Hill, como jefe de la familia, imponiendo su autoridad, quiso imprimir al hogar las costumbres de su nación. Todo intento, según nos lo decía personalmente, fracasó. El ambiente suave y atrayente del alma latina lo fue subyugando paso a paso y hubo de someterse a las exigencias femeninas, hasta aceptar las costumbres del país.

Como primer reducto nacional, se presenta Spring-Hill al viajero chileno, reducto reformado por dos pequeñuelos (cosa extraña) nacidos en Chile (Punta Arenas). Es principio absoluto en los administradores de las estancias fueguinas (Explotadora de Tierra del Fuego) tratar de que sus hijos nazcan en Buenos Aires. Prescinden por completo de los elementos de primer orden con que cuentan en Punta Arenas y consideran al resto del país como un centro tan falto de recursos y tan escaso de civilización como Tierra del Fuego. Bien considerada, esta apreciación tiene su razón de ser; casi todos los administradores son extranjeros contratados y el viaje lo efectúan directamente desde Europa a Buenos Aires y desde allí a Punta Arenas, el resto de Chile, para ellos, es completamente desconocido y contribuye poderosamente a reforzar esto desconocimiento el ningún contacto que tienen con nuestros connacionales y con el idioma castellano. Cuando se les habla del centro del país y de sus múltiples actividades de todo orden, oyen con una atención que no está desprovista de cierta desconfianza. Sin embargo, en nuestro largo recorrido hemos hecho lo posible por difundir ideas a este respecto y, por tratarse de personas llegadas desde el Norte y ajenas a ambiciones de carácter comercial, creemos que nuestras palabras puedan haber influido favorablemente en el ánimo de tanto elemento dirigente en el corazón de la Isla.

Consideraciones de toda índole divagan por nuestros cerebros cuando nos disponemos a dejar la Estancia; su administrador parece no querer desprenderse de nosotros, y colma nuestros agradecimientos con sus postreras atenciones. Su auto, junto al nuestro, se apresta para conducirnos en amable compañía, la que nosotros tratamos de rehusar en beneficio de las múltiples ocupaciones que le demanda la época de plenas faenas. Nuestra excusa, sin embargo, no es obstáculo para que el atento administrador nos acompañe hasta la sub-sección Ekwern.

Hasta aquí se extienden mis dominios, nos dice. Ekwern es subsección de «Río del Oro» y nada puedo mostrarles en ella en atención a que no depende de mi administración. Por última vez nos extiende su robusta y cariñosa mano y ya, desde su auto, nos envía el saludo de despedida.

Establecida la sub-sección Ekwern en el cruce obligado de los caminos que, recorriendo la costa se unen a los que van al interior, constituye el punto de descanso de los que transitan por esos parajes. Su administrador, un colosal indio fueguino, último representante viviente de una raza tan inhumanamente extinguida, vistiendo a la manera del civilizado, se aproxima a nosotros y nos saluda en perfecto inglés. Conversando siempre en el mismo idioma, que bien poco o casi nada entendemos, nos muestra los edificios de la sub-sección que, más reducidos, casi en nada difieren de aquellos de las estancias grandes. Hacemos esfuerzos inauditos para que nos entienda el castellano, mucho interés tenemos en ello en atención a que, por primera vez se nos presenta el caso de entablar una encuesta sobre los primitivos pobladores de aquella región. Nuestra insistencia se estrella contra una voluntad de granito y nuestros esfuerzos quedan nulos ante el obstáculo insalvable de un

idioma que no entendemos; sin embargo, los conocimientos que poseemos referentes a la historia de los aborígenes, se refuerzan poderosamente ante el ejemplar vigoroso que nos escucha. Cada pregunta que formulamos es contestada con un suspiro doloroso, hijo de un pecho que se hincha bajo el impulso de un mundo de recuerdos del pasado. El alma de aquel nativo no es ajena a nuestras investigaciones, y ante el dolor mudo que se reconcentra en aquel pecho gigante tratando de romper el dique que se opone a su paso, las mejillas del indio se colorean de furor y sus negros ojazos despiden los rayos de un dominio reducido al vasallaje. Comprendemos perfectamente esa lucha muda que se desencadena en el cerebro del titán y retrocedemos espantados ante nuestra ambición dolorosa, que tantas heridas pudo abrir en el corazón de aquella víctima sacrificado en pro de la poderosa civilización.

Más tarde, en la Estancia «Río del Oro», pudimos comprobar la intensa huella de dolor que pudo dejar nuestro paso por Ekwern. Supimos que el indio hablaba perfectamente el castellano y que los recuerdos dolorosos de un pasado sangriento, lo desconcertaban en tal forma, que huía a los campos en busca de la paz para su alma, llorando el fin desastroso de aquellos que le dieron el ser.

-Hijo de las selvas -nos dijo el administrador-, apenas alcanzó a apreciar la libertad salvaje de los suyos. Dueño de esos mismos campos que hoy cuida, creció junto a su flecha y se desarrolló al abrigo de las pieles silvestres. La civilización mató sus principios de soberanía y la invasión blanca le usurpó el derecho de vivir libre en los campos que le vieran nacer. El plomo destructor que diezmó a sus antepasados, lo estrechó contra el corazón de los bosques y allí, reducido a morir sin piedad, vio caer uno a uno a sus compañeros, parientes y familia.

Junto a él fueron inmolados su padre y su madre, y junto a él, sus vandálicos perseguidores, se ensañaron con los seres queridos que aún permanecían con vida. Su liberación de la muerte la debió a sus pocos años y a su contextura privilegiada que llegó a interesar a uno de los tantos asesinos de esos seres inocentes e indefensos. Criado después, en medio de la esclavitud corporal y ante la impotencia de un valor sumido al vasallaje, llegó a convertirse en hombre cuya única preocupación fue llorar a los suyos, dejando para el trabajo un cuerpo sin alma.

Tan triste historia, en verdad, nos conmovió profundamente y una vez más debimos deplorar nuestro espíritu investigador que, sin premeditación de ninguna especie, se había cebado en un hombre a quien sin quererlo, debimos desgarrarle el corazón.

Al abandonar la sub-sección Ekwern, algo apreciamos de aquel profundo dolor, pero tan triste recuerdo no fue obstáculo para que, durante, nuestro recorrido, pudiéramos contemplar la naturaleza.

A partir desde aquel punto, el camino toma rumbo directo hacia el Suroeste, y se lanza en demanda de la costa.

Los últimos cerros del cordón desparraman, en esta parte, las postreras faldas de sus elevaciones, sembrando sobre el terreno una tan considerable cantidad de pequeñas colinas,

que nuestro viaje semeja un deslizamiento continuo por sobre la pendiente de una «montaña rusa».

Unos pocos cañadones pronunciados dan formación estas pequeñas colinas, sin embargo, el suelo es creador de pastizales inmensos, donde se alimenta cantidad considerable de ganado lanar.

Algunos chorrillos dan vida a esos caminos casi secos, formando verdaderos pantanos y depósitos de agua dulce, bebible, a cuyos alrededores pastan los grandes piños de ovejas.

El terreno, sin accidentes dignos de mención, se desenvuelve en una planicie interminable, creando hoyadas inmensas donde aún permanecen las aguas del invierno anterior, reforzadas considerablemente con los deshielos de la primavera.

Como un depósito enorme y natural, este receptáculo sin salida, señala una de las grandes extensiones que más sufre con los rigores del invierno. Las aguas, sin salidas pronunciadas, se consumen muy lentamente, destruyendo cierres y despedazando caminos. Más peligroso aún que el famoso cañadón «Bella Vista» que se encarga de cerrar herméticamente el tránsito para el viajero, la ruta que nos ocupa es engañosa y traicionera, pues, marcando el camino para los vehículos, los incita a cruzarlo en la época de los deshielos, Infeliz de aquél que sin ser absolutamente «baquiano» de la ruta de marcha, se lanza por la senda que parece presentarse transitable y despejada. La engañosa vía que serpentea a través de la inmensa planicie, semejando una culebra colosal y brillante, se pierde momentáneamente en pantanos pequeños donde las aguas han trabajado surcos profundos. El incauto que, sin rodear estos pequeños accidentes, hunde en ellos su planta o las de su cabalgadura, allí queda retenido y, si no es auxiliado oportunamente, perece helado luchando contra el frío mortal de la noche.

Aun los senderos naturales que se apartan de la ruta principal son engañosos; a primera vista a parecen como demarcados por la planta del que ha transitado y se presenta invitando al que transita. Generalmente conduce a algún pantano o charco gelatinoso; tal huella jamás ha pertenecido a la planta humana o animal, ella es hija de algún chorrillo formado en la época de las aguas y, seco ya, sólo señala el lecho que llevó hasta el pantano, las aguas que sirvieron para formarlo.

Próximo a nuestra ruta y casi junto al camino de marcha, encontramos un testigo mudo, víctima de la aseveración anterior.

Un enrejado enorme, construido a manera de jaula de colihues, descansa su base posterior sobre un encatrado de fierro; a toda esta construcción sostienen cuatro ruedas de un auto Ford. El motor ha desaparecido, como igualmente cuanto fierro de utilidad ha sido fácil extraer.

¿La causa de aquel carromato abandonado?

Según lo supimos más tarde, es la siguiente: Porvenir, capital de Tierra del Fuego, dio albergue y vida a muchos de esos pocos afortunados marinos de barcos alemanes que tan brillante y heroica actuación tuvieron en nuestros mares durante los crudos años de la última hecatombe mundial.

Procedente de uno de estos barcos llegó, primero a Punta Arenas y después a Porvenir, un mecánico alemán, despierto y vivo en demasía, cuyo nombre no consignamos en beneficio de la persona que, hoy día, regenerado en su manía constructora, no escatimó formas ni modos para construir en beneficio propio con perjuicio directo para aquellos que le facilitaron los medios de hacerlo.

Repleto su magín de proyectos colosales, logró interesar a muchos confiados que se propusieron ayudarlo facilitándole diversos medios que jamás vieron retribuidos.

No se sabe de donde, ni como, obtuvo primero una rueda, después otra, luego las cuatro que le sirvieron de base para la construcción de un tractor. Hombre abundante de ingenio comercial, logró establecer un taller mecánico que, gracias a la ayuda del público, tuvo bastante movimiento.

Sólo algún tiempo funcionó este taller y, a pesar de haber dejado satisfechos a sus favorecedores, una buena mañana, las cuatro ruedas obtenidas por nuestro mecánico, salieron a la población sustentando un chasis completo, impulsado por un motor que, con cada explosión, producía un ruido formidable. La población entera salió de sus hogares a contemplar aquel hijo de la nada que se anunciaba con tal colosal estruendo.

El alemán, creador de tanta algarabía, después de pasearse satisfecho por las tres calles principales de la capital fueguina, dio mayor impulso a su ensordecedor vehículo, lanzándose en demanda de los cerros vecinos. El «chuc y chuc», como fue bautizado el nuevo auto, no tuvo fuerzas suficientes para trepar tan tremenda prueba y con una yunta de bueyes (no por falta del motor sino por falta de bencina) hubo de regresar a su alojamiento.

-¡Denme bencina! -dijo el alemán, y cruzó el cordón.

Al decir de las gentes, nadie le proporcionó el combustible, sin embargo el creador de aquella máquina infernal, al día siguiente de la prueba inicial, muy de mañana abandonaba el garaje y, provisto de dos tarros de nafta, emprendía viaje hacia el norte de la Isla, espantando pájaros y ganado y llevando el terror hasta las manadas inmensas de los pobladores silvestres.

¡Fue el primero y último viaje del «chuc y chuc»!

La primavera recién comenzaba sus deshielos y el camino traicionero que desde «Río del Oro» conduce a Spring-Hill iniciaba la formación de los pantanos peligrosos.

Poco conocedor de la comarca, el piloto de la máquina tronadora, esquivando un paso malo sobre el camino, tomó ruta por un sendero falso y fue a depositar el «chuc y

chuc» sobre el lecho de un pantano que tuvo a bien recibirlo y acallar para siempre el resoplido de cien cañones de ese motor endemoniado.

Allí lo vimos nosotros al pasar y allí lo seguirán viendo los que en pos de nosotros transiten por la misma ruta, hasta que el hielo de los inviernos y el efecto destructor del tiempo concluyan con esa armazón, muerta apenas nacida, en la capital de Tierra del Fuego.

Pocos días después de este accidente mortal para la máquina, su constructor llegaba a Porvenir conduciendo en brazos a su pesado motor.

Reabierto el taller, más presuroso que la primera vez, inició la construcción de una segunda máquina. Esta vez, el mecánico anduvo menos afortunado, los favorecedores vieron con estupor que sus autos eran desarmados y al ser armados nuevamente, dejaban en poder del mecánico gran cantidad de piezas metálicas, que éste consideraba estar demás en las máquinas, alegando que los constructores las ponían intencionalmente para acarrear las descomposturas y, por consiguiente, la adquisición de nuevos repuestos.

En este estado de cosas la última de sus composturas se produjo con ocasión del desarme de un automóvil cuyas piezas, por considerarlas inútiles, las vendió en Punta Arenas, percibiendo el correspondiente valor, suma que no devolvió a su dueño. Este acto lo llevó ante la justicia y, condenado a prisión, sólo tuvo el tiempo necesario para liar sus pequeñas economías y, burlando a las autoridades, emprender viaje a pie través de las inmensas pampas en demanda de la vecina República.

Su paso por Estancia «Caleta Josefina» y «San Sebastián», dejó huellas marcadas, lo que le obligó a eclipsarse por algún tiempo.

Con posterioridad a la fecha en que escribimos estas memorias, hemos tenido ocasión de ver a nuestro mecánico instalado con un taller en la ciudad de Punta Arenas. ¿Cómo ha logrado eludir la persecución de la justicia? Sólo él y sus connacionales deben saberlo.

Los restos del carromato que ha ocupado la pequeña disgresión anterior, se encuentran a medio camino entre Ekwern y Río del Oro.

A partir de este objeto demarcador, el camino continúa serpenteando por un terreno que va haciéndose más estéril a medida que se aproxima a la costa. En un suelo ya más consistente, los chorrillos buscan cauce, burlando la atracción que para las aguas tienen los terrenos sueltos o blandos.

La ruta se presenta segura y después de salvar el pequeño estero de los Morros, sobre el punto del mismo nombre, comienza a ascender en pendiente suave, hacia las alturas por cuyo centro se desliza el Río Óscar que toma dirección a Bahía Felipe después de formar un codo frente al punto denominado «Draga Progreso», sitio donde se guardan los restos de la draga aurífera del mismo nombre. Algunos kilómetros tierra adelante vadeamos el pequeño arroyo «Cortado» y salvamos francamente la última etapa de la ruta que nos lleva a «Río

del Oro» en cuyas riberas y junto al mar, se levantan los edificios de la Estancia vamos a visitar.

Detenidos un momento sobre el espléndido puente de madera que une ambas riberas del río, contemplamos aquella vorágine de agua cristalina y turbulenta que se avanza en demanda de las oscuras y salobres aguas del Estrecho.

«Río de Oro», llamado así por la cantidad considerable de metal amarillo que ha proporcionado a los ambiciosos de fortunas baratas, constituye el verdadero filón codiciado por los buscadores de riquezas. Sobre sus márgenes se levantan los monumentos ancianos ya de las antiguas dragas extractoras del codiciado metal. Tierra del Fuego completa, es un depósito donde las corrientes marinas se encargaron de acumular el metal amarillo. Cada vía fluvial ha sido minuciosamente registrada y siempre, en sus lechos de arena, se han encontrado yacimientos de pepas de oro. El río que nos ocupa fue el filón más explotado y el que más garantías de retribución proporcionó al buscador de fortuna. De curso constante y caudaloso, inicia su peregrinación a través de la parte norte de la Isla en las abruptas alturas de cabo Boquerón, junto a las playas norte de Bahía Inútil. Su curso superior se caracteriza por el gran número de afluentes pequeños que recibe, chorrillos que refuerzan poderosamente su caudal precipitándolo, cual torrente, por entre cañadones de una fecundidad virgen y asombrosa.

Río del Oro abandona los montes de Boquerón, único centro al norte de la Isla que alberga bosques de árboles elevados y consistentes, para continuar su ruta vertiginosa a través de las praderas y cañadones a que dan lugar las distintas ramificaciones de «El Cordón», que en su núcleo principal sigue extendiéndose hacia el N. E. en demanda de las pampas argentinas cercanas al Atlántico.

Desde el punto que demarca el «Cerro Campana» podemos consignar el nacimiento del curso medio de este río; en él se caracterizan anchos cañadones, que riegan en toda su extensión, dando vida y alimento a una flora que es la codicia de los propietarios del ganado lanar.

En la forma expuesta «Río del Oro» sigue serpenteando a través de este suelo fértil y virgen hasta tomar francamente dirección al centro de Bahía Felipe, donde junta sus dulces aguas con las amargas del Estrecho.

Su curso inferior es corto y caudaloso y sólo se reduce a los terrenos próximos a las playas.

La ruta general puede considerarse casi recta de sur a norte y el terreno que recorre no es inferior a setenta kilómetros.

Próximo a la desembocadura de este río y sólo a cinco kilómetros al norte, sobre la misma Bahía Felipe va a morir el «Río Óscar». Nacido de las faldas norte de los cerros «El Cordón». Después de recibir varios afluentes, sigue un curso paralelo a «Río del Oro», tomando las mismas características de éste, en su curso medio e inferior. Anotamos estos dos ríos por ser ellos los principales que van a morir en Bahía Felipe y sobre los cuales se

han constituido las principales dragas que lograron funcionar durante los años de la extracción del oro.

Cábenos hacer presente que la cantidad de agua arrastrada por todos los ríos de Tierra del Fuego, no es de un caudal que pueda considerarse constante. Basta sólo apreciar que durante los inviernos, las partes altas del Cordón se constituyen en receptáculo de las nieves que a ellos afluyen. Los primeros calores primaverales se encargan de disolver estas inmensas sábanas blancas que, liquidadas o convertidas en enormes bloques de hielo, se precipitan al cauce de los ríos haciéndolos salir de madre en forma tal que lo que antes constituyera un simple chorrillo no más ancho de diez o veinte metros, aparece como un caudaloso e inmenso río que cubre extensiones tan considerables que a veces abarcan tres, cuatro y cinco kilómetros. Agréguese a este crecimiento de los riachuelos que van a vaciar sus aguas a los ríos principales, y se tendrá un concepto aproximado de los torrentes que estos últimos deben mostrar en las épocas que dejamos señaladas.

Tales reflexiones logramos hacer, detenidos sobre el elevado puente en que nos encontramos y desde el cual contemplemos esa enorme avalancha de agua que se precipita en demanda del Estrecho.

Las casas de la Estancia, se presentan a pocos centenares de metros de nosotros, y hacia ellas nos lanzamos por un camino ancho y espacioso, libre de accidentes y muy bien conservado.

Desde lo alto de las lomas podemos divisar todas las construcciones de la Estancia. Los techos rojizos dan un aspecto de alegría y vida a aquella apartada comarca y los negros penachos de humo que se levantan desde los hogares encendidos, muestran claramente la actividad de los moradores.

El campo inmenso se extiende al frente y las manadas incontables de ovejas, junto a los alambradas que las guardan, esperan impacientes la hora de la esquila que debe desprenderlas del abrigo que tanto les sirviera durante el pasado invierno.

Próximos ya a las tranqueras que deben abrirnos camino para llegar a las casas de la Administración, somos recibidos por el Jefe de la Estancia, señor R. F. Thompson.

El espléndido edificio que sirve de morada al administrador está construido sobre unas pequeñas lomas y algo distante del resto de las construcciones de la Estancia. Este alejamiento, que hemos venido observando en todas las administraciones recorridas, obedece a mantener fuera de contacto diario, el principio de autoridad. Cada administrador, dentro de su Estancia, es un jefe absoluto, su voluntad es omnipotente y sus dictámenes deben obedecerse sin apelación. Así se comprende que pueda mantenerse el orden en los distintos servicios, en atención a que todas las faenas y trabajos deben realizarse en esas agrupaciones aisladas sin cooperación alguna de las fuerzas resguardadoras del orden.

Nada impresiona la impasibilidad de las Administraciones, todo movimiento de carácter huelguista que se produce dentro de las faenas, es liquidado a su manera por el

Administrador, y si aquél asume caracteres graves se da aviso a la autoridad correspondiente, la que siempre se lleva la peor parte.

Los dos elementos que se pronuncian, alegando beneficios de distinta índole, llevan sus quejas hasta el representante del Gobierno que, sin más amparo que su conciencia y sin más apoyo moral que su investidura, debe fallar una situación de por sí difícil y escabrosa. Las dos partes presionan a su manera y el representante de la autoridad se encuentra en ese callejón sin salida en que ambos costados lo forman, por una parte el trabajo y por la otra el capital. Ruda tarea y arduo estudio requiere la situación, sin embargo se dicta el fallo correspondiente y se pone paz a la situación. ¡Pobre autoridad! Si beneficia con su pronunciamiento a los trabajadores, sus días administrativos están contados; basta una comunicación de los estancieros, nota que, se eleva al Gobierno, dando cuenta que tal autoridad no ofrece garantías, para que aquél que creyó proceder con entera justicia, sea exonerado de su puesto. Si por el contrario el pronunciamiento ha sido beneficioso para la Administración, se presenta el caso de que los trabajadores no se consideran garantidos por la autoridad y continúen la huelga comenzada. Con tal proceder, la autoridad, para la Administración, no ha tenido la energía suficiente y el caso de la anterior comunicación elevada a las autoridades superiores se repite alegando, más o menos las mismas causales.

Por fortuna, los disturbios sediciosos en Tierra del Fuego, no asumen los caracteres graves con que se presentan en la parte continental. El elemento subversivo no ha minado todavía el principio de trabajo honrado en el obrero fueguino.

El respeto por la autoridad en la Isla, es más robusto que en el continente y casi siempre se logra detener los avances de una huelga por medio de la palabra dirigida con energía y justicia.

Durante el período de faenas del año 1918 - 19, casi todas las estancias sufrieron las consecuencias de huelgas momentáneas; bastó la expulsión del elemento subversivo dirigente para que la calma se restableciese. Los factores, bien inocentes por cierto, que dieron lugar a algunas reclamaciones, fueron fácilmente solucionados con beneficio directo para las dos partes y el principio de autoridad gubernativa logró robustecerse llevando la confianza a los dos bandos que, con tales movimientos, se perjudicaban.

Al operario, en las estancias, generalmente se le paga bien y se le atiende mejor. El malestar social que se deja sentir en Punta Arenas no se deriva de la escasez de salarios con respecto al trabajo que se ejecuta; el mal proviene de otra causal que radica en aquellas firmas que mantienen el monopolio del comercio, llevando los elementos de subsistencia para las clases que viven a expensas de sus sueldos o del trabajo corporal.

Estas reflexiones nos sugiere nuestro paso por el comedor de los obreros, lugar donde vemos a la autoridad de Porvenir dirigiendo la palabra a los trabajadores. El asunto que allí los congrega, según nos lo manifiesta el administrador, señor Thompson, no es otro que el nacido de una petición de los esquiladores que han formulado un reclamo en contra del contratista de esquila.

Se trata de una cosa sencillísima y fácil de subsanar: el contratista hace sus ajustes de pago al finalizar las faenas, los operarios desean que los ajustes se efectúen semanalmente y con la misma fecha se les imponga de sus ganancias. El contratista, hombre testarudo y rudo, no acepta esas imposiciones alegando que el contrato es por el período completo de las faenas y no semanalmente. Total: los obreros se declaran en huelga mientras su petición es estudiada y fallada por la autoridad, siempre el representante del Gobierno, a pedido de las partes y según lo estipula el contrato de trabajo elaborado por la Gobernación de Magallanes, asume el papel de mediador, cuyo fallo debe ser acatado.

Ante una petición tan justificada por parte de los esquiladores, no le queda a la autoridad de Porvenir otro camino que solucionarla en beneficio de ellos.

Así lo hace, y después de conferenciar más de dos horas, logra que todos regresen al trabajo. Tal fallo, que a nuestro entender es absolutamente justo en atención a que cada obrero debe saber cuanto beneficio le reporta su trabajo, a fin de formular con toda anticipación los reclamos a que pudieran dar lugar las diferencias semanales que suelen presentarse, llena de indignación al contratista, el cual, acatando el veredicto del mediador, desconoce la justicia que asiste a los obreros.

Asuntos tan sencillos y justos como el presente, se suscitan a menudo durante los trabajos. Por su parte, el administrador no toma ingerencia directa en la liquidación de tan fútiles entorpecimientos y se limita a llamar a la autoridad.

Como los contratistas asumen directamente toda responsabilidad, corriendo con la dirección de los trabajos, pago de los obreros, alojamiento, mantención y atención de la gente contratada, viene a ser un intermediario responsable entre la Administración y el trabajador. Tal ocupación, llena de sinsabores y asperezas, deja pingües ganancias al contratista, ganancias que se derivan del trabajo en las mismas faenas ya sea de economías en las raciones (que siempre son muy abundantes) o de mayor precio por animal esquilado.

Este último punto es de necesidad apreciarlo, pues las administraciones, a fin de verse libres de tratar directamente con el esquilador, asignan a éstos una cantidad determinada, generalmente 26 centavos por animal esquilado, dejando al contratista, por el mismo animal, la suma de treinta o más centavos.

Puede apreciarse fácilmente la lucha que se producirá al iniciarse los trabajos, por obtener el contrato en estancias grandes como son las que nos ocupan, en las cuales existen ciento cincuenta y doscientas mil cabezas de lanares. La diferencia de cuatro y más centavos por animal esquilado, es la que da origen a muchas huelgas. Generalmente el contratista no es chileno, pero siempre es operario. El obrero no ve con buenos ojos que se aprecie en treinta o más centavos la esquila de un animal y de ellos, la Estancia da una cantidad apreciable a beneficio del contratista. En nuestras conversaciones a través de la Isla, muchas quejas recibimos en este sentido y naturalmente que bien apreciadas, tienen un fondo de justicia.

Cada estancia cuenta con un primer Administrador y con uno segundo; el papel de éste último es absolutamente nulo, pues nunca lo vimos actuar, salvo en la Estancia Spring-

Hill, donde tomó el mando directo en el galpón de esquila. ¿No sería del caso contemplar aquí el verdadero papel del segundo Administrador? Creemos que si en atención a que los trabajadores tendrían que entenderse, directamente con personal de planta de la Estancia donde trabajan, beneficiándose con los centavos de exceso que la Compañía paga por animal al contratista venido de fuera. Tal sistema imprimiría un rumbo más personal a las faenas y los trabajadores podrían repartirse 10 a 15 ó 20 mil pesos que gana el contratista y que es fruto del trabajo del total de esquiladores de una Estancia determinada.

Sin embargo, difícil es adelantar considerandos en este sentido puesto que, tal como están organizados los trabajos, las compañías obtienen ganancias colosales.

Obedeciendo al principio de evitar las huelgas, insinuamos al señor Thompson el procedimiento que acabamos de señalar y por toda contestación obtenemos una sonrisa inglesa acompañada de las siguientes palabras:

-«Es mucho mejor tal como está, puesto que el Administrador no tiene que entenderse directamente con ningún trabajador, y el contratista responde de la faena ante la Compañía.

Formulando tales proposiciones, nos hemos acercado a la casa principal, recién instalada en aquel punto, según nos manifiesta el señor Thompson, y traída desde una colina distante más de cuatro kilómetros, lugar donde antes se encontraba.

Al calor de la lumbre que alimentan las estufas iniciamos, con el señor Thompson, nuestra acostumbrada encuesta.

-La Estancia «Phillip Bay» -nos dice-, más conocida por «Río del Oro», extiende sus dominios tierra adentro en una extensión considerable cuya mensura jamás ha dado el total exacto de hectáreas que contiene. Los terrenos que a ella dan formación pueden considerarse de primer orden en cuanto a la calidad de sus pastos, que actualmente mantienen alrededor de cien mil ovejas. Las faenas funcionan con ciento veinte operarios y esperamos cosechar unos doscientos cincuenta mil kilos de lana. Aparte del ganado lanar, la estancia guarda para su trabajo de acarreo trescientos cincuenta caballares y ciento veinte vacunos, de estos últimos una pequeña cantidad son hembras destinadas a dotar de leche a la estancia.

El total de hectáreas que le señalan las distintas mensuras que a vuelo de pájaro se han hecho, no bajan de ciento treinta mil hectáreas. «Phillip Bay» es el punto señalado donde acude gran número de ganado de las estancias vecinas, pues, Bahía Felipe ofrece un buen fondeadero para las embarcaciones, facilitando enormemente el embarque y desembarque de lo que va con destino a Punta Arenas, o de los elementos que desde este punto nos envían.

Organizada en la misma forma que las estancias ya recorridas, cuenta con buenas construcciones destinadas al beneficio de la lana y al albergue de los trabajadores. Sin embargo, en beneficio de esta Administración, podemos adelantar una preocupación bien marcada en favor de los obreros: los comedores son amplios, bien ventilados y dotados de

una calefacción a toda prueba; los dormitorios, con arreglos recientes, se muestran más subdivididos que en el resto de las estancias recorridas, dotados de una espléndida y espaciosa sala con su correspondiente calefacción, destinada a albergar a los trabajadores durante los días de lluvias.

Generalmente, el personal que trabaja en esta estancia, se muestra conforme y los reclamos que se presentan son pequeños y fáciles de subsanar.

El estado de salud de la gente es bastante satisfactorio; por regla general a principios de las faenas se cuentan muchos casos de gripe y ella es contraída por el elemento que acude desde Chiloé. Para tales enfermedades la estancia dispone de un botiquín, anexo al almacén de provisiones, y de la atención del médico de la Sociedad, Doctor Dao, cuya personalidad hemos bosquejado en el capítulo precedente.

Ante este abandono médico a que están expuestos los trabajadores isleños, una vez más nos salta a la vista la imprescindible necesidad, de que estas apartadas estancias cuenten con un personal idóneo capaz de prestar su conocimiento en el momento oportuno. Baste sólo considerar las enormes distancias que el médico debe recorrer para acudir a un llamado, y esto sólo en el verano, para convencerse que en su estada en la isla es casi nula, en beneficio de la salubridad.

Las enormes entradas de la Compañía bien poco se perjudicarían dotando a cada estancia con un practicante competente. No consideramos humano se mantenga por más tiempo abandonado a un personal activo y trabajador que, a veces desde muy lejos se traslada a esas tierras impulsado por la sed del trabajo y del ahorro. Un solo practicante en cada estancia y un sólo médico competente, y conocedor del idioma del país, vendrían a salvar tan angustiosa situación, atendiendo a que la comunicación telefónica los podría mantener en contacto constante.

No es posible, volvemos a insistir, que un personal ajeno a esos climas y a esos suelos vaya a dejar su vida o a contraer enfermedades que le impidan más tarde dedicarse al trabajo generador del sustento diario.

A esos lugares se va a laborar por poco tiempo, con poco beneficio particular y con gran beneficio para aquéllos que tienen la obligación absoluta de velar por las vidas y bienestar de los que se sacrifican por la existencia.

Tales son las reflexiones que nos sugiere nuestra conversación con el señor Thompson quien, después de habernos recibido en el escritorio de su casa, nos invita al salón donde tenemos el agrado de conocer a su señora esposa y a una chiquitita nacida, pocos meses atrás, en la capital de la República Argentina.

Turbados ante la presencia de la señora Thompson que no comprende una sola palabra del idioma nuestro, tratamos en vano de coordinar alguna frase en inglés a fin de darle nuestros parabienes y presentarle nuestros respetos. Pero de tan embarazosa situación se encarga de sacarnos el Administrador, quien nos dice que la señora está recientemente llegada de Inglaterra y que espera muy pronto poder hablar el castellano. Sin embargo,

durante las horas de comida, la amena charla que sostenemos con Mr. Thomson, parece contaminar a su esposa que se encarga de alegrar la sobremesa riendo, a más y mejor, nuestros chascarros españoles.

Al hablar de su pequeñita, el anfitrión lamenta que su primer hijo haya sido mujer.

Deseaba mucho un hombrecito -nos dice-, pero qué hemos de hacerle; estas cosas no suelen producirse en la forma que cada uno las desea.

Aprovechamos esta oportunidad para recomendar al señor Thompson los aires de Valparaíso o de Santiago y ante nuestra demanda en beneficio del aumento de la población nacional, el Administrador inquiera noticias relacionadas con los medios de que se dispone en el centro del país.

Tal propaganda hacemos entonces en favor de nuestro suelo, que llegamos a la conclusión de que dado el caso, de repetirse el viaje obligado de la señora, será realizado a las costas chilenas. Con tal ardor le hablamos de las tierras de Chile, que no sólo lo impresionamos en el sentido de un desenlace feliz, sino que llegamos a pronosticar el nacimiento de un varón.

No sabemos si esta conversación pueda haber influido algo en el ánimo del Administrador, pero es el caso que un año más tarde recibimos una tarjeta que decía:

«Qué hermoso es el centro de Chile. Logramos conocer la capital y algunos de sus alrededores. Nuestra estada en Valparaíso fue corta pero logramos traernos al Sur un hombrecito nacido en aquellas playas».

Durante las últimas horas de la tarde, fuimos gratamente sorprendidos con la presentación del señor J. A. Reyes, contador de la Estancia. ¡Era la primera vez, durante todo nuestro recorrido por Tierra del Fuego, que veíamos en una estancia de la Explotadora, figurando entre su personal superior a un chileno!

Estrechamos con todo agrado la franca y cariñosa mano de nuestro compatriota y le expresamos nuestra sincera admiración por haber logrado invadir y tomar parte en las actividades que esos campos chilenos, dominados casi en absoluto por un elemento extranjero.

-Mi estada no será larga -nos dijo con pena-, es difícil hacer huesos viejos en estos lugares. No es nuestro ambiente, no son nuestras costumbres, y por sobre toda otra consideración prima aquella de estar en su propio suelo y verse obligado constantemente a hablar otro idioma. Las exigencias son distintas a las nuestras y las faltas se agrandan enormemente en comparación con las idénticas en que suelen incurrir los que no son chilenos.

Sin embargo, y a pesar de la nostalgia por el terruño y el ambiente lejano que parecía dominar a nuestro compatriota, compartió con nosotros la alegría que logramos imprimir a las postreras horas de la velada.

La señora Thompson, experta en el arte musical, dominó por momentos el elegante piano, saturando el ambiente con esa armonía suave, hija de los autores clásicos. Por su parte, el señor Reyes hizo vibrar las cuerdas de un violín diestramente pulsado y pronto al calor de las estufas y del que lograba comunicarnos el excelente whisky escocés ofrecido por el anfitrión, se elevaron las voces cantando canciones guerreras e himnos patrióticos...

La mañana del día siguiente fue aprovechada para efectuar un viaje de reconocimiento hacia el interior de la Isla, en dirección a la Draga Progreso sobre el Río Óscar.

Puesto en marcha el motor de nuestro excelente y fiel Ford, emprendimos el avance por una ruta difícil y sembrada de accidentes.

Penoso y sacrificado fue aquel viaje, sin embargo jamás nos arrepentiremos de haberlo efectuado.

Lomas continuas y abruptas interceptan constantemente el paso; las matas de calafates, a medida que se avanza hacia el interior, van perdiéndose lentamente para dar lugar a la formación de pastizales inmensos que van creciendo en vigor y lozanía.

Pequeñas huellas demarcan la ruta que seguimos y a pesar de que el auto da tumbos colosales peligrando su estabilidad y crujiendo en todos sus goznes como, si fuera a despedazarse, salva las ensenadas, se precipita por los cortes y trepa hacia las alturas con el vigor y la gallardía del verdadero dominador de esos terrenos.

Aprovechando cada altura contemplamos el lejano horizonte hasta cuya línea demarcadora se extienden campos inmensos, cubiertos de una vegetación admirable. El valor de esos terrenos, vírgenes y productores, se presentan a nuestra vista retándonos a conocerlos y apreciarlos, y como echándonos en cara nuestro desconocimiento, al mantenerlos despreciados y desconocidos.

Las hebras de pasto se agitan ufanas y altivas a nuestro derredor por la planicie inmensa que se extiende a nuestros pies, el viento juguetón se encarga de acariciar la yerba de los prados, formando olas continuas que van a perderse detrás de las colinas lejanas.

¡Hermosa naturaleza repleta de riquezas desconocidas y aprovechadas por tan pocos! Felices tus moradores silvestres que, lejos del ruido civilizador y ajenos a la codicia cazador, pueden pastar libremente bajo la inmensa bóveda azul y entre el rico ropaje de esos campos infinitos.

El sol refleja sus rayos en la movediza sábana dorada y verde, destacando en las cumbres solitarias la fugaz silueta del guanaco, rey de esas praderas. En el fondo de los

angostos cañadones y junto a las aguas cristalinas que por ellos se despeñan, vagan confiados y altaneros piños enormes de esos silvestres habitantes del silencio. Parejas enamoradas se apartan momentáneamente del grupo principal y se desbandan presurosas por los cortes y hondonadas, brincando como resortes comprimidos que, al estirarse, se lanzaran al espacio.

Nubes enormes de aves silvestres rompiendo el aire con sus alas aceradas, desde lo alto, contemplan envidiosas el juego loco de aquellos que parece quisieran emprender el vuelo hacia las alturas.

Los albos cisnes, menos curiosos que sus compañeros del espacio, como flechas lanzadas por manos invisibles, cruzan rectos junto a la bóveda del cielo, en demanda de las salobres aguas de algún lago desconocido.

Menos veloces y más orgullosos que sus blancos compañeros; los elegantes y sangrientos flamencos, se desprenden desde el horizonte lejano y formando un ángulo colosal junto al cielo, inician la marcha de avance por sobre toda aquella naturaleza que vive y que se agita. A muda contemplación convida aquel vuelo majestuoso y, sólo el silencio de admiración los acompaña durante su ruta lenta y pausada que los lleva a perderse tras la silueta demarcadora de la cumbre de los montes.

El enmarañado manto de pasto verde y vigoroso, no es obstáculo suficiente para detener al potente auto que, más altanero, se precipita en demanda del Río Óscar bastante lejano todavía.

Millones de pajaritos nos acompañan en tan accidentada marcha y entre el enjambre que nos rodea, logramos reconocer al familiar jilguero, que vuela formando bandadas enormes, perseguido por su voraz enemigo, el peuco, que implacable, a cada embestida que hace a la bandada, aprisiona una víctima que luego devora satisfecho.

El avecasina, con su volar descompasado y turbulento, huye despavorida desde un pantano a otro, sumergiéndose entre el pastizal de las orillas.

Pero lo que más sorprende en esa tierra del frío y de la escarcha, es la presencia del encantador canarito fueguino, que cruza los aires ostentando su reluciente plumaje amarillo lanzando al aire sus notas trinadoras.

Tan maravillosa naturaleza va creciendo a medida que nos internamos, reforzando, ante nuestra vista entusiasmada, los esplendores de una tierra desconocida y merecedora de figurar con brillo en el concierto de nuestros mejores caminos.

Próximos ya a la meta de nuestra excursión y trepados sobre la loma de una última colina, iniciamos un descenso rápido hacia un inmenso cañadón. Brinca el auto sobre sus cuatro neumáticos y, despedazando malezas y lanzando cual proyectiles a los pedruscos de la ladera, se precipita hasta el fondo de una quebrada por una abrupta falda salta y se retuerce el candoroso Río Óscar.

Las murallas del frente se retiran como formando el arco de una herradura colosal y en ese seno magnífico, desborda sus aguas el río, formando islotes y ensenadas maravillosas imposibles de describir fielmente.

Esa morada oculta y misteriosa, cuajada de plantas acuáticas y poseedora de una flora encantada, parece el nido de toda aquella naturaleza viva que hemos dejado en los campos vecinos al camino recorrido.

Como si una vara mágica hubiera esparcido su fluido eléctrico en medio de ese oasis deslumbrador, sus moradores, agitados por un sólo impulso, conmueven un momento la tranquilidad de aquella morada, convulsionando la atmósfera con ese ruido sordo que parece provenir del centro de la tierra.

A la agitada convulsión, sólo un momento de quietud subsiste. Pronto la flora tranquila vuelve a agitarse nuevamente para dejar paso a multitud de ojos curiosos, cuyas pupilas dilatadas se dirigen rectas hacia los improvisados invasores. Primero uno, después dos, después cien, doscientos y más guanacos, brincan por las laderas vecinas en demanda de las alturas. De cada islote emprenden el viaje hacia los cielos, bandadas de aves acuáticas, espantadas todavía con nuestra brusca presentación. Y por entre el ramaje que se mueve, se escucha el constante ir y venir temeroso de aquéllos que no pueden elevarse o que más lentos en el andar, no se atreven a trepar las colinas en demanda de una libertad que no pelagra.

Entusiasmados ante tanta belleza, durante una hora completa nos ocupamos en recorrer los alrededores en donde, sólo los restos de la antigua draga, dan señales de vestigios civilizados. La ruina más completa envuelve a esa extractora de riquezas que yace medio sumergida, descansando su vientre, flotante en otros tiempos, en las arenas auríferas de la misma poza que ella formara.

Los esfuerzos gastados por los buscadores de oro, se encuentran marcados y diseminados a través de toda la Isla. Verdaderamente asombra el esfuerzo colosal que aquellos hombres gastaron para llevar al corazón de una tierra difícil de transitar, esas enormes máquinas que tan pocos beneficios proporcionaron.

La marcha de regreso debemos iniciarla pronto en atención a lo accidentado del terreno y considerando además que antes de medio día se nos espera en «Río del Oro».

Veinticinco kilómetros nos separan de Phillip Bay, distancia que, con toda felicidad, logramos recorrer en dos horas.

Aprovechando la espléndida tarde que se presentaba, creímos oportuno continuar nuestro derrotero en demanda de Bahía Gente Grande, en cuyas playas se levantan las instalaciones de la Sociedad del mismo nombre.

Después de agradecer debidamente las atenciones recibidas, emprendemos la marcha hacia el Sur.

Al abandonar los terrenos que circundan a los galpones de la Estancia, somos sorprendidos con la presencia de enormes parvas de pasto natural, cosechado en los potreros de Phillip Bay.

Una vez más apreciamos la riqueza de esos suelos, que no sólo dan alimento a los considerables piños de ovejas, que sobre ellos pastan, sino que ofrendan sus productos naturales para que sean enfiadados y aprovechados lejos de esos suelos.

El camino que hemos efectuado el día anterior (Spring-Hill-Ekwern 26 kms. Ekwern-Río del Oro 35 kms.) tiene un total de sesenta y un kilómetros y, para los que viajan desde el Norte señala el último recorrido por terrenos arrendados a la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego.

Haciendo un pequeño resumen de nuestra visita a las cinco últimas estancias que nos han ocupado, llegamos a que conviene considerar que la materia prima, o sea la oveja, va aumentando paulatinamente su valor. Como ya lo hemos dejado consignado en nuestra visita a Estancia Cerro Ballena; el producto que se obtiene de las ovejas, se puede considerar en cuatro formas a saber:

- 1) La carne.
- 2) La lana.
- 3) La cría llamada chiporro.
- 4) El cuero.

El precio de la primera está calculado en una libra esterlina (hoy 28 pesos).

El segundo, como término medio, dos pesos la libra. De una oveja se obtiene entre ocho, diez y doce libras de lana.

El tercero, de edad de dos meses, se avalúa entre 12 y 14 pesos. De un año pasa a figurar en la categoría de las ovejas.

El cuarto, sin lana, se paga a razón de 30 y 40 centavos.

Para terminar, diremos que a fin de año (en la primavera) una oveja que después de la esquila se compra en una libra, produce una utilidad de libra y media sobre el precio de venta o sea, el 150 % líquido sobre el capital invertido.

Capítulo XI

Viaje a la estancia «Gente Grande» y regreso a Porvenir

Los accidentes del terreno.- El triunfo del excelente Ford.- La estancia de «Gente Grande».- Con el señor Simpson.- Actividad de la Estancia.- Hacia Porvenir.- Las lagunas.- «Laguna de los Cisnes». «Laguna de la sal».- Estancia «La Fueguina».- Con don José Covacevich.- Interesante relato de este estanciero.-La fiebre del oro.- La agricultura.- El Hotel Phönix.- Don Daniel Bohp y su interesante relato histórico.- Las astucias de un chileno nortino.- Expediciones auríferas. -La odisea a que dio lugar una botella con oro y un chanco afortunado.

A partir de Río del Oro y después de bordear el fondo de Bahía San Felipe, el camino se dirige casi recto al Sur.

Las últimas construcciones que encontramos, pertenecen a Estancia Río del Oro; se encuentran en ruinas y están abandonadas. Edificadas sobre la desembocadura del pequeño arroyo Rogers, constituyeron en otros tiempos una industria de grasería, instalaciones que daban a sus propietarios la concesión de 25 hectáreas donadas en propiedad.

Como en el resto de las Estancias que llevamos recorridas, estas industrias se han abandonado por completo, pero el beneficio de las veinticinco hectáreas, subsiste.

Salvado el pequeño arroyo, que en esta parte casi corre perdido entre las arenas de la playa, el auto se lanza por un camino sin gradiente alguna que corta por completo el cuello de la caprichosa península «Pampa Seca» que, semejante a una cabeza de águila con su pico abierto, se interna en las aguas del Estrecho, para ir a formar la «Segunda Angostura».

Las costas sur de esta península dan formación a la ribera Norte de «Bahía Gente Grande» en cuyo centro se levantan los edificios de la Estancia Sarita, sub-sección de Estancia Gente Grande.

Desde nuestra partida hasta Estancia Sarita, hemos recorrido veinticinco kilómetros sin accidentes de ninguna especie, el trayecto se ha efectuado con toda comodidad. El terreno presenta su capa superior cubierta de pasto ovido, que da al ambiente un carácter monótono y pesado. Pequeñas lagunas de agua salada se presentan continuamente y en sus riberas buscan alimento una cantidad considerable de caiques. La presencia de esta ave va haciéndose más continuo a medida que avanzamos hacia el Sur; en ninguna parte de nuestro recorrido la hemos visto presentarse en bandadas tan enormes y tan compactas. En cambio, hemos ido perdiendo, paulatinamente, el contacto con el hermoso y triste guanaco; la proximidad de lugares más habitados, los ha expulsado de su primitivo centro y los cercos ya más considerables y que se cruzan en todas direcciones, los ahuyentaron hacia el centro de la Isla.

Quince kilómetros nos separan de Estancia Gente Grande, sólo nos detenemos un momento en Estancia Sarita y después de visitar ligeramente las construcciones, continuamos el viaje.

A nuestra izquierda (este) se aparta un camino carretero que va internándose tierra adentro y después de recorrer 45 kilómetros, se detiene en el nacimiento del Río Óscar, junto a las ruinas de las dragas del mismo nombre, antiguas extractoras de oro.

Nuestra ruta de marcha se ajusta a las sinuosidades de la playa, por cuyas riberas corre. Pronto nos encontramos con las cristalinas aguas de Río Verde que algunos kilómetros al sur ha recibido su único afluente, tan considerable como él, el Río «San Antonio».

Sin puente que una sus riberas, nos vemos obligados a salvar su cauce, saltando por sobre un lecho de piedras que nos hace brincar horriblemente. Salvado el obstáculo, seguimos corriendo hacia el Sur, dejando a nuestra izquierda terrenos inmensos cubiertos de pasto y sembrados de aves silvestres.

Los cañadones aparecen nuevamente, prolongando sus faldas hasta junto al mar y guardando en sus senos riquezas desconocidas.

Las últimas manifestaciones del abrupto cordón dan lugar a accidentes suaves y prolongados que constantemente ocultan el terreno al frente. El auto prosigue su carrera vertiginosa como ansioso de llegar a la meta donde encontrará el descanso merecido.

Las altas construcciones de «Gente Grande», pronto se destacan en el horizonte y un postrer impulso del motor salva el último obstáculo que se presenta a flor de tierra.

Junto a la playa y en el extremo Sur de la Bahía, el mar ha socavado grietas profundas y peligrosas. El camino ha cedido su puesto a las aguas marinas y nos vemos obligados a desafiar zanjas enormes y cortos que se desmoronan arrastrándonos en su caída.

Envueltos en nubes de arenas y saturados con olores salinos, triunfamos de esta última prueba y trepando cortes y saltando zanjas, terminamos definitivamente la planicie que nos brinda una ladera.

Pocos minutos más, y descendemos frente a las casas de la Administración.

Somos recibidos por el Administrador señor Simpson quien, en pocas palabras, nos pone al corriente de la Estancia que administra.

Sólo la casa administración ocupa el lugar donde estamos, todos los edificios relacionados con las faenas, se encuentran en la sub-sección Sarita y ellos se diferencian muy poco de los que hemos descrito para las estancias de la Explotadora de Tierra del Fuego.

-«Gente Grande» -nos dice el señor Simpson- posee en Tierra del Fuego una estancia pequeña que no pasa de ciento veinte mil hectáreas.

Le cabe el honor de ser la primera Sociedad que se instaló en estos campos, poblándolos con ovejas.

El Gobierno hizo la concesión de estos campos en el año 1883, a la firma Wehrhahn, residente en Valparaíso.

A base de esta concesión se organizó la Sociedad Wehrhahn Hobbs y Cía. que el año 1905 comenzó los trabajos bajo la denominación «Sociedad Ganadera de Gente Grande». Ese mismo año y gracias al fuerte concurso que se recibiera del acaudalado caballero alemán señor Stubenrauch, los campos de la Sociedad se poblaron con cien mil ovejas, quinientos vacunos y trescientos caballos.

Con esta fuerte base inició sus operaciones la firma antes mencionada, encontrando un campo propicio para el desarrollo de sus actividades.

Su actual Administrador General es don Ernesto H. Hobbs, inteligente director que está al frente de la Sociedad desde hace más de treinta años.

El campo de acción de «Gente Grande», no se ha extendido en los terrenos de Tierra del Fuego, que está casi toda en poder de la Explotadora, en cambio buscó ensanche en la hermosa y rica isla Dawson donde, además del ganado lanar, se dio gran impulso a la industria maderera, estableciéndose aserraderos, fabricación de muebles, y materiales para construcción de edificios.

Los campos de la isla son espléndidos para la ganadería al mismo tiempo que se ofrecen como una primicia dando maderas finas, de toda clase. Consecuente con lo primero, pastan en esos terrenos más de veinte mil lanares y para el aprovechamiento de lo segundo, existe el puerto Harris donde se han construido los astilleros, fábricas y aserraderos de la Sociedad. El mayor de los buques construidos en Dawson es el «Sara» que desplaza mil toneladas de registro.

La concesión de la Isla, ha pasado por varias manos; primero fue concedida a los padres Salesianos para que instalaran en ella una misión destinada a recoger a los indios fueguinos, misión que no dio los resultados a que estaba destinada porque el elemento que debió recogerse, se extinguía a paso de gigante (Ver Capítulo «Indios»).

Posteriormente en 1901, tenía lugar la concesión de la Fuente, concesión que se cambió en derecho de ocupación por veinticinco años.

Los terrenos que la Sociedad posee en Tierra del Fuego, deben ser devueltos al Gobierno el año 1928 y los de la isla Dawson en 1926.

Seguramente estas concesiones se prorrogarán y la Sociedad seguirá manteniendo sus actuales dominios.

Actualmente, en Tierra del Fuego quedan setenta mil lanares que dieron 540 mil 538 libras de lana y si a éstas agregamos las 64.772 libras que se esquilieron en Dawson podemos apreciar que el total de la cosecha no baja de seiscientos cinco mil trescientas diez libras.

Al apartarse el camino desde el fondo Sur de Bahía Gente Grande se extiende hacia el sur a través de una planicie inmensa, libre de accidentes bruscos y de grandes matorrales.

Marchamos bordeando inmensas lagunas que, en continuidad constante, se suceden desde la bahía que hemos abandonado hasta la punta Boquerón al Norte de Bahía Inútil,

Todas tienen dirección general de norte a sur y, acercando sus extremos unas a otras, semejan un solo lago, largo y caprichoso.

Casi todas reciben las aguas de los pequeños ríos improvisados durante la primavera pero a ninguna parte van a morir aquellos que tienen curso constante.

Todas carecen de desagües y parecen tener comunicación subterránea con las aguas del Estrecho.

La primera con que tropezamos «Laguna Turbia» que debe su nombre al color oscuro de sus aguas; en sus riberas se recrea un número considerable de aves acuáticas, que nos obligan a detenernos un momento para contemplarlas.

Los polluelos del «caiquén», nos ofrecen un rato de agradable distracción; de un mimetismo sorprendente, aparecen por momentos, para desaparecer al instante entre las yerbas ribereñas. A pesar que ya conocemos la estrategia que los padres emplean para apartar de sus polluelos el peligro, nos vemos confundidos para darles caza y cuando ya creemos haber logrado nuestro intento, aparece la familia entera nadando sobre las tranquilas aguas de la laguna.

Sin embargo, algún rezagado permanece oculto entre las ramas y acurrucado completamente entre la maleza, sin hacer el menor movimiento, surge de improviso directamente bajo nuestra planta, y emprende veloz carrera por entre el pastizal.

La persecución se inicia al instante, muchas veces rendidos de fatiga, un traspíe nos tumba por los suelos, privándonos de lograr nuestro objetivo, Tan accidentada caza nos retiene durante una hora completa, y al regresar al auto, cansados y jadeantes, logramos contar casi una docena de pichones, futuras víctimas de la voracidad humana.

Nuevamente en marcha dejamos a las espaldas las pequeñas lagunas Hobbs.

A la izquierda se presenta la hermosa «Laguna Serrano» cuyas aguas tranquilas y transparentes, hacen franco contraste con las oscuras. de aquella que acabamos de visitar.

Pocos minutos más adelante, comenzamos a bordear la caprichosa «Laguna Verde», cuyas aguas, de una transparencia que atrae, reflejan sobre la superficie el color verde claro de su fondo.

Subyugados por esta naturaleza que a cada paso nos muestra caprichos distintos, nos aproximamos a las riberas estimando que aquel verdor de las aguas sólo puede ser hijo de la distancia a que nos encontramos. Nuestra suposición se desvanece ante la efectividad de la realidad: el lecho de toda aquella masa líquida, tiene un marcado color verdusco que, al subir a la superficie en pequeños átomos, van disolviéndose en su carrera ascendente y traspasan su hermoso color a aquella transparencia que atrae.

Poca distancia más al Sur, una nueva laguna, «Laguna Rosada» se presenta ofreciéndose a la vista como un inmenso rubí líquido. Esta vez quedamos asombrados; parte de las riberas se muestran en seco, circunstancia que aprovechamos para descender del auto. La tierra que se ofrece como lecho a estas aguas es de un color rosado subido, una especie de arcilla de color, que perfectamente puede servir para fines industriales. Logramos extraer una pequeña cantidad con la esperanza de hacerla examinar en Punta Arenas.

A partir de esta última laguna, el camino comienza a correr un tanto accidentado; las malezas y pastos naturales van aumentando en vigor y las pequeñas ondulaciones, hijas de las postreras faldas de los cerros, se hacen más perceptibles. El terreno es duro y quebradizo; pequeñas grietas y constantes costras con duras aristas, nos demuestran que viajamos por sobre el lecho seco de un lago salobre.

La inmensa «Laguna de Los Cisnes», marca el término de nuestra accidentada marcha. El gran receptáculo extiende sus tierra adentro, en una extensión que no es inferior a siete kilómetros en su largo, por tres kilómetros en casi todo su ancho.

Es la laguna más hermosa que hasta la fecha hemos visitado. En su seno guarda siete islotes de dimensiones diversas y ellos constituyen otros tantos refugios para los elegantes cisnes de cuello negro. Millares de estas aves tienen en ellos sus hogares y seguros en su aislamiento, depositan confiados sus huevos que se fecundizan ajenos a la codicia del hombre.

«Laguna de los Cisnes» consulta mareas, tempestades y peligros. Sus aguas salobres y profundas, obedecen a los impulsos del viento, y las olas más cortadas y pequeñas que las del océano, levantan sus crestas espumosas, golpeándose con furia, unas contra otras.

Ninguna embarcación aparece en sus riberas; ello no significa que no hayan existido, significa solamente que las aguas de la laguna no quieren ser surcadas. Muchas historias trágicas cuentan los ribereños, se han desarrollado en esas aguas traicioneras; parece que el pequeño lago tuviera alma y esa alma fuera vengativa y criminal.

Muchos son los desgraciados incautos que han encontrado la muerte en medio de esas aguas.

Todos los años, especialmente en la estación de los grandes fríos, «Laguna de los Cisnes» es el punto de reunión de millares de aves hermosas y de valioso plumaje, especialmente el rojo flamenco llega hasta ella en bandadas enormes. El mortífero invierno que cubre de hielo las partes más australes de la Isla, obliga a que todas las aves acuáticas emigren a la parte norte de Tierra del Fuego, procurando así, una caza abundante y peligrosa. Los buscadores de aves aprovechan esa facilidad barata que les proporciona el frío y salen en demanda de las aves cuyo plumaje les ofrece pingües ganancias.

«Laguna de los Cisnes», situada apenas a una hora de marcha a Porvenir, constituye el centro principal de esta atracción.

En el invierno, por regla general, los grandes vientos abandonan la Isla; tempestades en los lagos casi no se pronuncian.

Los flamencos, los cisnes, los patos de mil variedades y plumajes, pueblan la inmensa laguna y como un imán de fuerza poderosa, atraen al habitante de Porvenir.

Las riberas no se presentan abruptas ni difíciles; en pendiente sumamente suave van internándose bajo las aguas y el flamenco se posa sobre éstas a poca distancia de la orilla.

El buscador de aves siempre acude a la laguna después de una noche de frío intenso, con la seguridad de que centenares de prisioneros deben ser presa de los hielos.

En el fondo de las aguas existen depresiones que son peligrosas y disimuladas. Hasta un centenar de metros de la ribera, se forma una costra de hielo que a medida que se avanza aguas adentro, va haciéndose más delgada y quebradiza.

Las aves aprisionadas por sus cuatro extremidades (véase «Viaje a Boquerón») quedan próximas al extremo interior de esta capa helada y hacia ese punto dirigen sus pasos los cazadores. Algunos logran ver coronada por feliz éxito su temeraria empresa, otros, en cambio, pagan con su vida tan peligrosa incursión.

Las fatales depresiones que con tanto disimulo se ocultan bajo la blanca capa, suelen romper su cubierta al paso del cazador y en su seno fangoso, helado y salobre, sepultan vivo el cuerpo del confiado e infeliz buscador de aves.

En el año que acaba de terminar (1918), más de cinco fueron los que encontraron su tumba en el fondo de la laguna y sólo un cadáver fue extraído en el verano siguiente.

Antiguos pobladores ribereños, nos indican que hasta hace poco, existieron algunas embarcaciones en las aguas del pequeño lago; botes o chalupas partieron confiadas de las orillas y sorprendidas por un temporal imprevisto, fueron despedazadas por las olas, pereciendo en medio de la tormenta todos los tripulantes.

Los islotes que se levantan en el centro de las aguas, también han sido causantes de muchas víctimas. Todas las inmensas bandadas de habitantes del espacio, buscan en ellos el nocturno descanso. En las primeras horas de la tarde comienzan a despoblarse las riberas del mar y se inicia el vuelo de regreso que termina en los islotes. Las últimas horas del crepúsculo, diseñan todavía en las alturas las bandadas oscuras y veloces que vuelan en demanda de reposo.

Durante las noches, los islotes se cubren con una capa que hormiguea y que se agita. La constancia de estos habitantes ha apisonado en tal forma la flora de estos terrenos, que en la actualidad aparece oculta bajo una capa tan intensa de guano de aves, que en algunas partes tiene dos y tres metros de espesor; se calcula en millones de toneladas la existencia de este abono.

Muchos han sido los interesados que han pretendido extraer este guano, pero todos los esfuerzos han fracasado ante el poco valor que él les representa. Actualmente existe una sociedad que mantiene la concesión de esos depósitos, concesión que jamás proporcionaría un interés apreciable sobre los gastos que origina.

Cada islote presenta las características de un cono, cuyo vértice está situado en el centro de cada isla. Las aguas lluvias, producidas durante el año, disuelven las materias fertilizantes de aquel guano, y precipitan al fondo de la laguna, todo el valor que ellos deben encerrar. Desprovisto éste de todo aquello que lo pueda hacer útil, nada guarda para la explotación y se presenta como una riqueza ficticia que atrae siempre al que se entusiasma sin conocerla debidamente.

Disecada la inmensa laguna, constituirá una fortuna colosal, fortuna que a nuestro entender, continuará por muchos siglos, durmiendo el mismo sueño tranquilo que hoy duerme, salvo el caso de que la agricultura de la isla tome tal desarrollo y los habitantes insulares aumenten en tal forma, que llegue a constituirse una compañía de drenaje para extraer el rico fango que se oculta bajo las aguas.

Al morir en las playas, las salinas ondas dejan abandonadas una espuma blanca y espesa que al deshacerse con el viento, señalan sobre las piedrecillas de la ribera una pequeña capa de sal impregnada con yodo.

Todas las lagunas que hemos recorrido, según lo expresan los improvisados acompañantes que en aquel punto se nos han agregado, contienen sal de comer, en abundancia y de muy buena calidad.

Poco más al Sur, nos manifiestan, pueden Uds. detenerse junto a la «Laguna de la Sal» y comprobar en forma efectiva este acierto.

Abandonamos «Laguna de los Cisnes» y después de trepar un lomaje accidentado y peligroso, corremos por un zig-zag completamente oculto por altos y robustos calafates.

Algunos minutos de marcha, nos dejan frente a la «Laguna de la Sal», cuya ribera debemos bordear.

Descendiendo con miles de preocupaciones por un corte prolongado y sinuoso, el pequeño auto se desliza hasta la planicie del fondo, donde se detiene un momento.

La laguna, en invierno, no tiene más de dos kilómetros de largo por uno a uno y medio de ancho. En el verano recoge sus aguas hacia el centro y presenta en su derredor una costra salina que va haciéndose más blanca, a medida que se aproxima a las aguas.

Tenemos la suerte de poder contemplar esta segunda situación y de encontrar algunos buscadores de sal que avanzan hacia la faena. Carretones de dos ruedas arrastrados por poderosos caballos, marcan una huella profunda sobre aquella costra blanca y se aproximan con cuidado hacia el centro de la laguna; trepados sobre uno de aquellos carros, hacemos compañía a un yugoeslavo formidable que se presta gustoso para llevarnos junto a él.

Creemos en un principio que el beneficio de la sal demanda algún trabajo extraordinario, fuera de aquel que origina la extracción, creencia que se desvirtúa al presenciar que la enorme pala se hunde en ese depósito inmenso de sal fina y blanquísima, y que va rellenando sacos y dejándolos listos para el consumo o la venta.

El yugoeslavo nos dice que aquella sal es la única que se consume en los hogares y hoteles de Porvenir, aseveración que más tarde vimos confirmada al examinarla personalmente durante nuestra estada en aquel pueblo.

Las industrias de Tierra del Fuego y Magallanes, son grandes consumidoras de esta sal. Su sabor pronunciado a yodo, la aleja de muchas mesas a pesar de que este sabor no es desagradable al paladar; guisada junto con las comidas no se nota. El principal consumo lo hacen aquellas casas que se ocupan de las salazón de carne, pescado y cueros. Según lo hemos sabido con posterioridad, los buques que trabajan en beneficios de cueros marinos, especialmente los extranjeros, la ocupan de preferencia a cualquier otra similar.

Cada laguna constituye en Tierra del Fuego un enorme depósito de sal fina, depósitos que hasta la fecha se encuentran inexplorados, tal vez por la gran cantidad de sal que contienen y la facilidad que presentan para ser explotados. Los porvenireños hacen provisión cada verano y no se preocupan sino de extraer aquella que exigen sus necesidades personales; sólo algunos, muy pocos, han concebido la idea de trabajarla en una escala mayor. Junto al fácil y productivo cuidado del ganado lanar, los inmensos depósitos de sal aparecen como una mina de cobre de difícil explotación, al lado a una rica veta de oro que se ofrece a flor de tierra.

El terreno que nos separa de Porvenir, para nuestro auto, es cuestión de diez o quince minutos. Después de salvar el quebradizo terreno que bordea la ribera de «Laguna de la Sal», el camino corre ancho y fácil dividiendo los potreros correspondientes a los pequeños estancieros; forman una parte reducida de la gran cantidad de hectáreas que el Fisco ha destinado a la subdivisión.

De estos estancieros, el de mayor empuje lo constituye un antiguo comerciante de Porvenir, don José Covacevich, de origen austríaco. Hombre de gran aliento comercial e industrial, ha llegado a formarse el verdadero criterio de lo que son capaces esas tierras, tanto en su valor agrícola como en lo que se refiere a terrenos de pastoreo y crianza.

Este infatigable trabajador, llegó a Tierra del Fuego el año 1894 y solamente en 1916 logró obtener, en remate, la adquisición de algunos terrenos en la Isla. Su estancia se denomina «La Fueguina»; y el rápido desarrollo de ella ha sido el mentís más poderoso que se haya lanzado contra aquellos encargados de pregonar a los cuatro vientos que toda pequeña estancia no tiene vida y debe morir en Tierra del Fuego.

Más aún, la actividad de don José Covacevich no se redujo a poblar sus campos con un número aproximado de cinco mil lanares que hoy posee, agregando a ellos los vacunos y caballares que emplea en los distintos trabajos; fue mucho más adelante. Su iniciativa, ajena a los prejuicios; tanto tiempo pregonados en la Isla, y podríamos decir en todo Magallanes, concibió el robusto principio de la agricultura. Consecuente con ello, no omitió sacrificios de ningún tipo y le cabe la honra de ser el primer fueguino que invirtió gruesas y considerables sumas en adquirir maquinarias agrícolas.

Gran parte de sus campos, precisamente los que vamos recorriendo, están repletos de cebada y avena que se produce, en forma digna de la mano que la sembró.

Un amplio y sólido galpón, guarda cuidadosamente una variedad considerable de maquinarias agrícolas, dispuestas a emplearse en tiempo oportuno.

Esos campos de siembra ocupan de preferencia la mente del agricultor, quien comienza ya a proporcionar a Punta Arenas fardos de pasto fueguino, destinado a expulsar de aquella región el caro pasto del centro del país.

Pese, pues, a los pesimistas pregoneros de la incapacidad agrícola del suelo magallánico, esta demostración palpable hija de un hombre de esfuerzo que, después de un estudio de muchos años, ha llegado a la convicción íntima de lo que son capaces esos suelos privilegiados, llevando la agricultura y con ello, una nueva riqueza al Territorio de Magallanes.

Fuera de los pastos naturales, es la primera vez que vemos campos tan extensos sembrados y cultivados por la mano del hombre. Nuestra vista se extiende por aquellos suelos verdes y nuestro pensamiento se traslada hasta el centro del país y llega hasta los dirigentes del Gobierno, invitándolos a conocer todo aquello que permanece desconocido y sin valor para nuestras arcas fiscales.

¡Cómo pudiéramos mostrarles todo lo que vamos viendo! ¡Cómo pudiéramos decirles cuanto valor tiene todo aquello! ¡Cómo pudiéramos invitarlos a repartir esas reservas fiscales que aún permanecen en poder de las grandes compañías ganando la pequeña suma de un peso anual por hectárea! ¡Cuánto placer tendríamos si al leer estas memorias de viaje, llegaran a aceptar el valor inmenso de este territorio virgen y tan bien aprovechado sólo por algunos pocos!

La población de Tierra del Fuego, está íntimamente ligada a esta subdivisión y en ella también descansa el principio de nacionalidad sobre aquel territorio, hoy día abandonado y ajeno aún, a las autoridades propias y necesarias para mantener el principio de soberanía nacional.

La tarde caía lentamente sobre toda aquella hermosa naturaleza, cuando desde la cumbre de una última colina alcanzamos a divisar la empinada torre de la parroquia del pueblo.

A nuestra derecha, las aguas del vecino Estrecho, rompen con fuerza al chocar contra la agreste ribera y al frente, sin que el menor oleaje perturbe la bahía, las aguas de Porvenir se entregan al reposo.

Sólo el vapor *Sur* se destaca con vida, rompiendo el seno de aquel ancho callejón. Su negro penacho de humo se eleva hacia lo alto y acompaña en el vuelo a las aves rezagadas que van en busca de descanso.

La falda de aquella última colina nos priva de tan agreste panorama, y nos impulsa hacia la primera calle del pueblo.

Una aglomeración de perros, gallinas y cerdos, huyen despavoridos a la vista del auto que se aproxima, mientras que algunos ojos curiosos brillan tras las cortinillas de las pocas casas que enfrentamos.

Próximos a la playa, nos precipitamos por una pendiente casi cortada a pique, pendiente que no se puede evitar por marcar ella el único acceso al pueblo, desde el costado por donde hemos penetrado.

Evitando un tumbo colosal, un quite afortunado nos deja en la calle principal de Porvenir, arteria única que da muestra de vida en aquel entristecido y lejano pueblo.

Casi todos los habitantes se dirigen al muelle; van a recibir al pequeño *Sur* que prosigue lentamente su marcha de aproximación; el diminuto y viejo barco constituye el único punto de contacto entre la Isla y el continente y su presentación frente a Porvenir, es la única prueba palpable de que Tierra del Fuego aún es recordada por los afortunados habitantes de Punta Arenas; por esta causa al *Sur* se le teme y se le quiere.

Esa misma noche tuvimos oportunidad de conocer, personalmente al señor José Covacevich.

No muy lejos del muelle, frente a la bahía, en la parte más central de la población, se levanta su casa habitación junto al gran almacén, negocio que imprimió el giro definitivo a sus actividades.

Hasta la fecha que nos ocupa, ha sido casi el exclusivo proveedor de los habitantes de la Isla.

Su almacén no sólo guarda abarrotes y menestras, se extiende a los ramos de mercería, tienda, zapatería, sastrería, etc., etc.; es un depósito inagotable de todo aquello propio para la vida, costumbre y necesidades de una población.

-Hace veinticuatro años -nos dice don José- que llegué a estas tierras con el firme propósito de labrarme una fortuna. La sola presencia de los fríos y el abandono de la Isla, mataron la esperanza y las ambiciones de muchos de mis compañeros que, anonadados ante tan ardua tarea, fueron abandonando estos campos, unos después de otros.

A mí me pasó algo extraordinario que no lo sabría explicar en forma absoluta, arraigándome, en tal forma a este territorio, que vi facilidad donde otros encontraron obstáculos y vislumbré riquezas donde los demás vieron pobreza.

Muchos, la mayoría de los que conmigo llegaron, dedicaron todas sus actividades a la extracción del oro; la fiebre por este preciado metal mató toda expectativa de trabajo reposado y generador de un bienestar tranquilo.

En un principio el oro se presentó fácil, invitando a ser extraído

Sin grandes dificultades y ello fue el origen de muchas ruinas; el poco dinero que se lograba acumular se esfumaba con la esperanza de acrecentamiento y los buscadores de oro vivían al día, despilfarrando cuanto lograban poseer después de sacrificios y sinsabores.

Porvenir era un desierto; sin casas y sin vida, sólo señalaba el punto de desembarque obligado para las ambiciones de fortunas baratas que, tan pronto asoman pie en tierra, se internaban hacia el interior de la Isla en busca del logro de sus deseos. Una picota, una pala y una chaira constituían todos sus enseres domésticos; el abastecimiento no les preocupaba en gran manera, pues la Isla se los ofrecía abundante y barata.

Muchos perecieron en la empresa; muy pocos volvieron con fortuna, dinero que derrocharon locamente en Punta Arenas, en medio de orgías y francachelas. El oro extraído de la Isla, no ha enriquecido a ningún buscador de oro. Ninguna fortuna sólidamente constituida ha tenido como base el trabajo personal de la extracción del oro. Los infortunados buscadores sólo constituyeron un órgano conductor del metal amarillo, la tierra lo ofrecía, ellos lo sacaban para beneficio de un tercero que era quien lo aprovechaba.

Fue entonces, en ese mismo año de 1894, cuando se hizo fuerte en mi cerebro la idea de un trabajo ajeno a la oferta barata que brindaba Tierra del Fuego.

Levanté la primera casa que señaló la ubicación de este pueblo, creado por Decreto Supremo de 20 de Junio de 1894.

Cabe aquí mencionar que con anterioridad a mi venida a Chile, durante la Administración en Magallanes del Teniente Coronel graduado Dn. Daniel Briceño (1891), a las islas del Sur de Tierra del Fuego, Lénnox, Navarino, Picton y otras, llegó una partida como de quinientos inmigrantes de nacionalidad yugoeslava, croata y dalmata. Atraídos por

la fiebre del oro fueguino, se esparcieron por toda la Isla Grande y después de algunos años, muchos de ellos buscaron refugio en el extenso territorio de Magallanes. Una pequeña parte se radicó en Porvenir y se constituyeron en los primeros colonos habitantes de, esta región.

Con esta base se formó el pueblo y con esta base inicié mis operaciones comerciales.

El Decreto Supremo que creaba la capital fueguina, dio un pequeño impulso a la población.

Por esos mismos años se formaron grandes compañías auríferas y Tierra del Fuego se vio invadida por un sinnúmero de maquinarias colosales que muy pronto, arrastradas por sobre caminos espléndidos construidos expreso, fueron llevadas hasta el centro de la Isla y depositadas en el lecho de muchos ríos.

Los años siguientes pueden considerarse como el *sumum* del auge fueguino. La pequeña población fue subdividida en sitios y en muchos de ellos se levantaron casas, de las cuales, la mayor parte se convirtió en hoteles.

Cantidad enorme de trabajadores encontraron vasto campo de acción en este suelo. Porvenir fue el centro obligado de reunión de toda esta amalgama de nacionalidades; yugoeslavos, dálmatas, croatas, ingleses, austríacos y chilenos bajaban periódicamente al pueblo a dejar todo el fruto de su penoso trabajo.

Cada casa constituía un boliche donde los naipes funcionaban día y noche. Las pepitas de oro corrían por sobre las mesas y fueron consecuencia de muchas riñas y desgracias.

Como toda utilidad obtenida sin sacrificio, pronto se esfumó toda aquella vorágine de oro y de riquezas. Las dragas dejaron de funcionar no por falta de trabajo sino por exceso de gastos. La aglomeración de brazos disminuyó lentamente y Porvenir volvió a su antigua y apacible vida monótona y triste. Los hoteles cerraron sus puertas; los improvisados fueguinos se trasladaron al continente y sólo muy pocos empecinados permanecieron en los ríos revolviendo las arenas tentadoras.

De enmedio de aquella vorágine que pasaba como un meteoro deslumbrador y fugaz, surgió estable y seguro, el logro de mis afanes. Mi pequeño negocio había crecido rápidamente y podía desafiar, confiado y altanero, las vicisitudes y caprichos de la fortuna. Afortunadamente no había yo pertenecido a aquella conglomeración de entusiasmados e ilusionistas.

Seguro del triunfo, esperé confiado junto a mis mercaderías, confianza que me dejó plenamente satisfecho de mis desvelos, cuando la ola de riquezas se disipó y cuando la realidad de las cosas demostró a aquellos cerebros ligeros lo efímero de sus concepciones.

No se pensó ya en el oro; la ganadería reemplazó al primer objetivo.

Sólidamente poseedor de un de un capital que era hijo legítimo de mi constante y honrado trabajo, después de una ardua lucha por la subdivisión de los terrenos, lucha tenaz y porfiada emprendida contra un elemento que se jactaba de pregonar que Tierra del Fuego no daba sus campos para las estancias pequeñas, gracias al remate de 1916, logré verme arrendador de algunos unos lotes que bauticé con el nombre de «Estancia Fueguina». En ellos pastaron en un principio sólo seiscientos lanares; hoy día poseo alrededor de cinco mil, que me han proporcionado diez mil kilos de lana y una reproducción que sube al 85 %.

Dando un nuevo mentís a los pregoneros contrarios a las bondades de estos suelos, he dedicado parte de mis potreros al cultivo de la avena. La agricultura no es ajena al clima de la Isla; doquier se siembre allí se cosecha, sólo exige conocimiento del terreno y estudio de la región.

El año que acaba de terminar he recolectado una cosecha que no es inferior a cinco mil fardos de pasto. Para el año que viene, atendiendo a la mayor extensión de campos cultivados, espero proporcionar a Magallanes una cantidad que puede fluctuar alrededor de unos ocho a diez mil quintales métricos.

Por lo que respecta a las papas, cebollas, nabos, y hortalizas en general, los terrenos son muy apropiados y la germinación es abundante y segura.

Lo avanzado de la hora nos impidió continuar nuestra encuesta con el esforzado dominador de esos territorios australes. Antes de despedirnos quisimos obtener algunos datos relacionados con los primitivos habitantes de esas regiones; con los infortunados indios onas.

Nuestro interlocutor sonrió maliciosamente y una profunda tristeza se retrató en su semblante; más tarde nos dijo, conocerán Uds. a fondo esta desgracia nacional; la historia es larga y llena de hechos sangrientos que más convendría no tocar. El relato de ello me causa profunda tristeza y ruego a Uds., evitarme este dolor.

Consecuente con el sentir de don José, no insistimos, y nos retiramos al único hotel habitable en Porvenir.

«Hotel Phoenix» dice el pequeño letrado de la portada.

En el interior, las estufas chisporrotean al quemar la famosa leña dura; junto a una de ellas tomamos colocación mientras el alegre alemán que ya conocemos, don Daniel Böhr, aspirando el humo de una pipa de porcelana que no mide menos de ochenta centímetros, junto a nosotros, inicia la conversación.

-¡Oh! Este pueblo infernal -dice- en lugar de progresar, cada día da un paso atrás; en tiempo del oro si que había movimiento; entonces se podía sacrificar con gusto un par de años con la esperanza segura de hacer fortuna. Esos años me dejaron bastante platita y mi hotel se repletó con el mejor elemento de la isla. Afortunadamente tuve tino y no me dejé llevar por el impulso del derroche; hoy día poseo algunos bienes raíces en Punta Arenas,

ciudad donde habita mi familia. Muchas veces he querido dejar este hotel pero nunca lo he hecho en forma definitiva; siempre hay algo en este pueblo, que me hace volver y pasar horas enteras contemplando el mar y arrojando a las alturas el humo constante de mi pipa.

¡Qué tiempos aquéllos que pasaron! Recuerdo los viajes que hacíamos al interior. Siempre para las expediciones nos juntábamos varios sin importar un ardite la nacionalidad de cada uno; la mayoría era compuesta por raza croata y yugoeslava. Esta mayoría, lejos de perjudicar el objeto de la expedición, era conveniente. Los yugoeslavos, a pesar de ser desconfiados, reservados y hablar un idioma más confundido que todos los del mundo juntos, son gente muy sencilla y que se deja sorprender con facilidad.

Sin más adminículos que las inseparables picotas, palas, chairas y el indispensable cuchillo y sin otro alimento que una bolsa de harina, emprendíamos el viaje al interior en busca de oro.

Fatigas, únicamente pasábamos las causadas por las marchas y el trabajo diario; alimento encontrábamos en todos los campos; los inteligentes perros ovejeros se encargaban de hacer presa de alguna oveja y el cuchillo se encargaba del resto. Este sistema de alimentación era común a todas las expediciones y era moneda corriente entre los buscadores de oro.

Los yugoeslavos conocían mejor que ningún otro la comarca y casi nunca erraban sus apreciaciones. En una ocasión que estábamos acampados en las riberas de «Río Verde», bajo una carpa de campaña improvisada, uno de nuestros compañeros llegó con la noticia de haber encontrado un pequeño manto aurífero. La misma tarde demarcamos la ubicación para comenzar el trabajo en las primeras horas del día siguiente.

En nuestra compañía viajaba un chileno nortino, más preocupado de vivir a expensas de la broma, que de aquello que lo pudiera proporcionar el trabajo.

Desde el primer día aquilató la sencillez del yugoeslavo que dirigía la expedición y se propuso explotarlo a fuerza de hacerle jugadas.

Recuerdo algunas de ellas y tendré el mayor placer en relatarlas. La mañana misma en que debían iniciarse los trabajos, el jefe expedicionario tropezó con la primera dificultad. Usaba unas botas extremadamente largas y que le cubrían por completo las piernas. Apenas las primeras luces del día iluminaban la atmósfera, nuestro yugoeslavo se desperezaba e iniciaba el arduo trabajo de calzarse las botas (cosa que no siempre sucedía, pues generalmente, dormía con ellas puestas). Quiso su mala fortuna que aquella noche durmiera descalzo.

Para facilitar su trabajo, había amarrado en las orejas de cada bota un trapito de color distinto, el de la derecha era blanco y el de la izquierda rojo. Durante la noche y aprovechando el profundo sueño del jefe, el chileno se ocupó en cambiar de botas a los consabidos trapitos y ello dio motivos para desconcertar a casi toda la expedición. Una hora no fue suficiente para sacar de su error al yugoeslavo; el pie había cambiado de dirección y las rodillas lo resultaban donde nunca las habla llevado. Sudoroso y fatigado se descalzaba

y se volvía a calzar, sin poder atinar con aquel fenómeno tan extraño y tan ajeno a su vida ordinaria.

Aburrido con un trabajo que siempre lo resultaba contrario a sus deseos, concluyó por arrojar lejos aquel par de botas endemoniadas que tan repentinamente habían cambiado de conformación.

El chileno moría de risa y en medio de su alegría, me confió su broma. Quise enojarme, pero no pude; me vi forzado a acompañar en su hilaridad a aquel bromista compañero.

A todo esto, el yugoeslavo enfurecido y descalzo, permanecía sin poder conducir la expedición a su trabajo. Con disimulo tomamos las botas y le cortamos los trapitos; después las pusimos en manos del jefe para que tentara una última prueba.

Más atónito que antes al observar sus señales perdidas, reclamó con sus ojos nuestra ayuda, ayuda que fue eficaz toda vez que las botas fueron colocadas en las extremidades debidas. Un soberbio «¡ah!» de asombro y de descanso, acompañaron el término de los afanes y una explosión de alegría dio movimiento a los expedicionarios.

Para el jefe, fue aquel acto un hechizamiento infernal, hechizamiento que jamás se llegó a explicar, pero que nunca se repitió pues el burlado, en lo futuro, se guardó muy bien de dormir sin botas.

En otra ocasión, reunidos nuevamente varios porvenireños, se dio comienzo a una segunda expedición en la cual tomaba parte el alegre chileno del caso anterior. Esta vez, con más comodidades, hicimos la incursión trepados en buenas cabalgaduras.

Carecíamos de perros, por cuya causa las provisiones de ovejas se, hacían difíciles y escasas; sin embargo, llevábamos revólveres y bastantes balas, muchas de las cuales debían perderse en los blancos vellones de la carne apetecida.

Quiso nuestra mala suerte que al tercer día de marcha, el mejor tirador de la comparsa, perdiera su caballo en forma trágica.

Recuerdo el hecho en forma tan patente que creo no lo podré olvidar jamás. Carecíamos de carne y marchábamos a la ventura esperando levantar el campamento próximo a algún campamento poblado por lanares.

Al caer la tarde apareció, en un ancho cañadón y frente a nosotros, un piño enorme de ovejas. Echamos pie a tierra e instalamos la carpa. El mejor tirador (por lo menos así lo manifestaba él) permaneció a caballo y tomó rumbo al potrero busca de carne.

Desde la colina le pudimos observar perfectamente; agazapado entre los materiales se dirigió, lentamente, hacia el piño. Su mano derecha armada se levantó muchas veces buscando la víctima, la que al alejarse en veloz carrera burlaba la puntería del cazador.

Ninguna detonación había turbado el silencio que guardábamos, y la tarde se oscurecía lentamente anunciando la proximidad de la noche.

Este cazador va a hacer alguna barbaridad, me dijo el chileno, ha tenido veinte veces una oveja a boca de jarro y no ha disparado.

Ahora dispara le contesté yo, al observar que el cazador apuntaba su arma contra una oveja que pastaba a algunos pasos delante de su caballo.

Hubo un momento de silencio; percibimos el foganazo y oímos el disparo y casi en el mismo instante, pudimos ver que jinete caballo rodaban por el suelo, en tanto que el espantado piño se perdía a lo lejos en veloz carrera.

¿Qué había pasado? Muy sencillo; el proyectil, pegando en la cabeza del caballo, le había destrozado el cráneo.

Esa noche la pasamos sin comer y al día siguiente continuamos la marcha llevando a la grupa a uno de los expedicionarios.

Pocos días después, estando acampados en las orillas del «Río del Oro», toco la desgracia al alegre chileno. Tal vez un cólico o no sé qué enfermedad rápida, lo dejó a pie; su caballo amaneció muerto una mañana.

Como el campamento no debía levantarse hasta dentro de algunos días, este acontecimiento no tendría mayores consecuencias que aquéllas que se presentan para un regreso a pie.

Sin embargo, no fue el chileno quien regresó a pie, fue el yugoeslavo que montaba el mejor caballo.

Alguna idea maduraba el inteligente bromista, pues cada vez que se le hacían presente las penalidades de un regreso incómodo y a través de esas serranías sembradas de accidentes; sonreía y contestaba: qué le vamos a hacer; de alguna manera llegaré hasta Porvenir, medios de locomoción no me han de faltar.

Así sucedió en efecto.

La noche antes del regreso me confió sus planes, idea que me hizo reír estrepitosamente, turbando el profundo sueño de mis compañeros.

El chileno durmió poco aquella noche; después de la comida estuvo más de una hora ocupado en afilar su enorme cuchillo y apenas caída la primera oscuridad, se recostó en su blanda cama de pellones.

Cuando todos los expedicionarios estuvieron recogidos y el sueño invadió el campamento, el chileno abandonó la carpa y, sigilosamente, se dirigió hacia los caballos. Más de tres horas estuvo ausente y a su regreso lo pude observar sonriente y satisfecho.

-¡Listo! -me dijo cuando se acostó.

La mañana siguiente fue de carreras y confusiones; los caballos habían desaparecido y sólo uno permanecía atado al improvisado palenque.

-¡Maldita suerte! -decían los yugoeslavos- ¡Cómo diantre pueden haberse escapado los caballos cuando estaban tan bien amarrados!

-Por suerte queda uno -dijo el chileno-, y con él podemos buscar el resto de la piara.

Personalmente, se ofreció para tan ardua tarea, proposición que fue aceptada en atención al buen jinete que la presentaba.

De un salto se trepó al caballo y desapareció detrás de las lomas vecinas.

Ese día perdimos íntegra toda la mañana. Eran cerca de las diez y media cuando regresaban los caballos al campamento; sólo faltaba uno, el mejor caballo de la expedición.

El chileno se me aproximó y guiñándome el ojo me dijo:

-El tiro debe ser tirado, hay que ver si cuaja -y se dirigió nuevamente hacia el inmenso campo en busca del animal que faltaba.

Poco antes de las doce, regresó al campamento trayendo esta vez un nuevo caballo que ante los ojos poco conocedores no era el que faltaba.

Los yugoeslavos no cortan jamás las crines de sus cabalgaduras; la enorme cola arrastra a veces hasta el suelo y las crines del cuello lo cubren completamente.

El caballo que traía el chileno estaba completamente libre de sus crines; la cola cortada a raíz del muslo, las cuartillas completamente libres de cernejas y el cuello aparecía en toda su extensión ajeno a las crines y a la tuza.

-El otro caballo no aparece por ninguna parte -dijo echando pie a tierra-. En cambio pillé a este endemoniado que me hizo correr más de una legua a pique de empantanarme más de veinte veces.

Decididos a regresar esa misma tarde, reunimos nuestros enseres y nos dispusimos a partir.

Los yugoeslavos no quisieron acompañarnos y hubimos de dejarlos sobre el terreno con la esperanza de encontrar el caballo perdido.

-Suerte grande la de este chileno -decía el expedicionario afectado con la pérdida de su animal-; era el único que estaba a pie y cuando menos se pensaba, encontró un caballo para regresar a Porvenir -y al decir esto, acariciaba la montura recién aparecida-. Que les vaya bien compañeros -nos dijo al partir-, pueda que por el camino los alcance; mi caballo es bueno y de aguante y si lo pillo hoy, mañana me reuniré con Uds.

-Que así suceda -le contestó el ladino chileno; y poniendo las espuelas en los costados de su cabalgadura, partió al galope en demanda del lejano Porvenir-. Nos iremos despacio -agregó- para que nos den alcance. Hube de acompañarle en su rápida partida, dando rienda suelta a una carcajada que ya no podía contener.

-Tales eran nuestras expediciones -nos dijo el señor Böhr-; poco resultado metálico pero con mucho derroche de buen humor a causa de ese infatigable nortino con quien nos hicimos muy amigos y a quien hace años no he vuelto a ver; parece que regresó al norte.

-Pero no todas las expediciones -repusimos- tendrían tan poco fruto como las de Uds.

-Indudablemente -agregó- hubo muchos buscadores que regresaron con oro, pero todo lo perdieron jugando o en medio de diversiones donde abundaba el alcohol.

Una de estas expediciones, compuesta sólo de dos personajes, permaneció más de un mes junto a un río y no logró sino sacar una cantidad tan pequeña de oro que no recompensaba ni la milésima parte del sacrificio hecho. Aburridos ante la inutilidad de sus esfuerzos, resolvieron regresar a poblado. Uno de ellos, cuenta que ya montado a caballo y cuando arreglaba los útiles sobre el borrén delantero de su silla se le cayó al suelo un pesado martillo que rebotó sobre una piedra. El sonido de la piedra llamó la atención del jinete que, con todo disimulo, se bajó a recoger su herramienta; la piedra sobre la cual había rebotado el hierro, era de puro oro; por supuesto que la guardó cuidadosamente y sin decir nada a su compañero.

De regreso en Porvenir aquella piedra fue puesta en la balanza y pesó trescientos noventa gramos. Fue una de las pepas más grandes que se encontraron.

Son innumerables las historias a que ha dado lugar la extracción del oro -dice el señor Böhr-, pero la más curiosa de ellas, es sin duda, la que les voy a relatar; los protagonistas son yugoeslavos y todavía están en Porvenir.

Fue un minero que después de un trabajo de varios meses, regresó al pueblo trayendo una botella llena de pepas de oro, fuera del que guardaba en uno de sus bolsillos.

Como todo aquél que bajaba a Porvenir después de algún tiempo más o menos prolongado, buscó alojamiento en uno de los tantos hoteles improvisados, verdaderos boliches y casas de juego, donde los naipes y las bebidas pronto daban cuenta de todo el esfuerzo gastado en el interior de la Isla.

Consecuente con ello, nuestro afortunado minero inició sus operaciones junto a una mesa de juego. Las apuestas se hacían con pepitas de oro y el juego más usado era el «truco», una especie de brisca jugada con tres cartas; el siete y medio y la veintiuna también gozaban de general simpatía.

A media noche, nuestro minero estaba completamente ebrio y jugaba descabelladamente; sin embargo, un momento de lucidez le hizo comprender el peligro en que estaba su botella con oro (unos diez kilos neto) y simulando una salida necesaria abandonó momentáneamente la mesa para ir a ocultar su tesoro.

Concibió la idea de enterrarlo y así lo hizo. Elegido un paraje distante del hotel, en medio de la oscuridad de la noche, cavó un hoyo y en él enterró su botella, apisonó después la tierra suelta y regresó al local del juego.

Embrutecido por el alcohol y dominado por las cartas, permaneció tres días en el «boliche».

La lluvia que cayó durante esos días y el frío exterior, escarcharon en tal forma el terreno, que disimularon por completo el sitio del entierro.

Vuelto a su estado normal el afortunado minero, quiso aprovechar la presencia de un vapor para trasladarse a Punta Arenas con el objeto de realizar su fortuna. Sus recuerdos concentrados le trajeron a la mente el trabajo que había efectuado para salvar su botella, oro que en un principio creyó le habían robado. Se dedicó con tesón a buscar el sitio del entierro, dándole su trabajo un resultado completamente nulo.

En un principio no desesperó; creyó posible poder coordinar sus ideas y dar con el sitio de su fortuna; sin embargo la realidad se le presentó siempre adversa y todos sus esfuerzos le resultaron inútiles.

Más de seis meses estuvo el infeliz buscando su fortuna, tiempo más que suficiente para desilusionarlo por completo y llevarle el convencimiento de que había sido robado.

No tuvo pues otro camino que volver sobre sus pasos e internarse nuevamente en los inmensos campos de Tierra del Fuego.

Más de dos años pasaron de esta pérdida que fue muy comentada y que sembró de hoyos al pueblo de Porvenir. No quedó habitante que no registrara sus patios y sus huertos; todo fue inútil, la botella no apareció por ninguna parte.

Hace apenas unos dos años -nos dice el señor Böhr- el oro fue encontrado en la forma más casual.

En la última casa que aparece en dirección al muelle, el mismo propietario que hoy allí tiene establecido un negocio, fue quien disfrutó de aquella fortuna.

En el ancho patio que se extiende a los pies de la casa, tenía un criadero de cerdos, y uno de ellos fue quien encontró lo perdido: medio sumergida en el barro, la robusta trompa del animal, revolviendo con tenacidad en aquella masa, trajo a la superficie la valiosa botella.

Dominado por la codicia guardó aquel yugoeslavo un dinero que no le pertenecía. Sin embargo, el secreto que hizo lo posible por guardar, trascendió hasta el público y todos se indignaron ante un hecho que cada uno hubiera hecho suyo en el caso de que se lo hubiera presentado.

Sin pérdida de tiempo se enviaron emisarios hacia el minero, dueño de aquella fortuna, único ignorante tal vez del hallazgo de su oro.

Apresurose éste a regresar, pero no con tanta prontitud como la empleada por el yugoeslavo para desaparecer con el tesoro.

La venta de pepas, era transacción corriente en Punta Arenas; el fugitivo no encontró obstáculo para su negociación y poseedor de un capital no inferior a cuarenta y cinco mil pesos, dejó la bahía de Punta Arenas el día anterior a la llegada de su perseguidor.

Pasó algún tiempo y ya nadie se ocupó de aquellos hechos.

Hace apenas un mes, ante los ojos atónitos de los porvenireños, desembarcó en el muelle de este pueblo, el afortunado fugitivo.

¿Qué le obligaba a regresar al sitio donde fue perseguido?

El cuento no es largo; es la eterna historia de las fortunas mal adquiridas. Creyéndose un Crespo con sus cuarenta y cinco mil pesos, tomó rumbo a su patria, a la que no alcanzó a llegar; una fatalidad lo retuvo postrado a bordo y se vio obligado a desembarcar en Norte América.

Después de algunos días de navegación su mala suerte le hizo tropezar con algunas cadenas, estrellándolo contra un puente que le destrozó una pierna. Tal accidente lo llevó a un hospital de Nueva York donde permaneció enyesado más de seis meses; sin embargo, no tuvo curación; la parte baja de su miembro mutilado se atrofió y hubo de procederse a la amputación.

Tan trabajosa curación, le llevó casi toda su fortuna y al salir del hospital lo hacía con una pierna de goma, adquisición que pagó con el postrer dinero de su aventura.

Su precaria situación le valió algunas recomendaciones que le sirvieron para colocarse como mozo en un hotel. Allí trabajó y logró reunir algunos ahorros con los que pudo reembarcarse hasta el punto inicial de su fuga.

Se dedica nuevamente a la crianza de cerdos -nos dice sonriendo el señor Böhr, al mismo tiempo que nos guía hasta nuestras habitaciones.

Capítulo XII

Hacia el sur de la Isla Grande

El temporal de viento.- Bahía San Sebastián.- Las estancias de la costa argentina.- Hacia el Sur de la Isla.- La policía argentina.- La estancia «Sara».- Los edificios de la Misión Salesiana.- Una estación radiográfica.- Río Grande.- Cómo se deja sentir la preocupación argentina y el abandono chileno.- La Compañía Menéndez Behety.- La Compañía «Frigorífico Argentina».- «La 2.ª y la 1.ª Argentina».- Las pequeñas estancias.- El lago Fagnano o Camí.- La estancia Bridge y los Indios onas.- Los tiempos de Popert.- El seno del Almirantazgo.- Ushuaia.- El canal Beagle.- Las islas e islotes de Sur.

Pocos días permanecemos en Porvenir y nuestra estada en el pueblo fue más obligada que voluntaria.

Durante la noche se desencadenó un temporal de viento, tan furioso y de tal magnitud, que por momentos creíamos volar por el espacio. El edificio del hotel crujía en todas sus partes y se retorció como si fuera una jaula desvencijada.

Durante toda la mañana llovió torrencialmente y el viento impidió el tránsito por las calles. Quisimos efectuar una salida al exterior pero no nos fue posible; el primer golpe de viento nos hizo rodar por los suelos y hubimos de refugiarnos en el hotel, hasta donde llegamos después de muchos esfuerzos.

En esas regiones, los grandes vientos tienen sus períodos bien marcados y lo curioso es que dentro de la misma intensidad con que soplan, se presentan unas ráfagas o rachas de tal consideración que, semejantes a un golpe dado con sin impulso colosal, derriban y atropellan cuanto se opone a su paso. Hemos podido presenciar casos de volcaduras de caballos y de vehículos livianos. Personalmente experimentamos, en una ocasión, la potencia de estas rachas colosales, experiencia que nos lanzó contra un cerco que destruimos y que nos llevó a empantanarnos en una pequeña laguna formada por las aguas lluvias.

Las casas parecen levantarse con la fuerza del viento, pero su misma construcción ligera les da tal elasticidad, que sólo se limitan a crujir y retorcerse como si estuvieran poseídas de algún mal nervioso. Para proteger los edificios contra este enemigo que se presenta en forma periódica durante el verano, las construcciones descansan sobre unos

sólidos cimientos de madera que están enterrados en suelo firme hasta una profundidad apreciable; sobre ellos se clavan y amarran las vigas, después se levanta la casa haciendo derroche de clavos, amarras y tornillos.

Tres días nos retuvo encerrados este enemigo exterior; la mañana del cuarto amaneció espléndida y serena. A pesar de la mucha lluvia caída los caminos se presentaban transitables y libres de pantanos; el mismo viento se había encargado de secarlos.

Mucha gente se dirigía hacia las costas del Estrecho. Conocedores de los estragos que causa el temporal, que siempre sopla desde el continente hacia Tierra del Fuego, se dirigen presurosos a las playas, seguros de encontrar el rico botín que el mar se encarga de llevar a tierra. Botes, chalupas, maderas, barriles, balsas completas, etc., etc., se recogen en esas apartadas playas de Porvenir; despojos del mar que muchas veces guardan el misterio de tragedias espantosas desarrolladas en medio de la turbulencia de un Estrecho profundo y traicionero.

Antes de partir hacia el sur de la Isla tuvimos que despedirnos de nuestro buen amigo, el señor de los catalejos que, temeroso ante la borrasca que venía de presenciar, optó por separarse de nosotros y permanecer en Porvenir, esperando nuestro regreso.

Algo anormal debía ocurrir en el ánimo de aquel infatigable observador; así lo comprendimos cuando llegamos hasta su habitación; encontramos liados todos sus bultos, y observamos que el anciano vestía su acostumbrado traje de viaje. Más todavía, cuando nos despedimos del señor Böhr y le insinuamos la conveniencia de atender bien a nuestro compañero, se manifestó altamente sorprendido y nos hizo presente que el alegre pensionista había cancelado su cuenta anunciando que salía de viaje.

Por nuestra parte, ninguna comunicación habíamos recibido y optamos por guardar la reserva del anciano.

Solos ya, e impulsados por el deseo de llegar pronto hasta la desconocida región del sur, muy luego dejamos a las espaldas a aquel pueblo que se agitaba en forma manifiesta y que se desparramaba hacia las playas del Estrecho en demanda de los despojos del mar.

Trepados sobre las alturas del fondo de Porvenir, contemplamos una última vez la bahía, y nuestras miradas fueron a chocar contra las puertas del hotel que acabábamos de abandonar. Con la ayuda de los anteojos, distinguimos perfectamente a nuestro ingrato compañero que, cómodamente instalado en un auto, tomaba rumbo hacia el norte de la isla. Sólo un momento le seguimos con la mirada; muy pronto se perdió por entre los lomajes a cuyos flancos corre el camino que conduce a «Río del Oro».

Sin llegar a comprender tan entraña actitud y, más que nada, tanta reserva por parte del entusiasta compañero, corrimos todo aquel día y, al caer ya la tarde, echamos pie a tierra en la «Estancia San Sebastián».

Durante las horas de la comida, tuvimos oportunidad de hacer conocimiento con un ganadero de aquellas regiones, en viaje hacia el Sur de la isla, en compra de ganado lanar. Venía de «Estancia Catalina», situada al sur de Bahía «Lomas», hasta la cual se llega desde el norte por el camino que ya hemos conocido y que se dirige a Spring-Hill.

Estancia Catalina, de propiedad de don Francisco M. Bermúdez, tiene 18 mil hectáreas de extensión y en ella pastan 20 mil ovejas.

El camino, serpenteando siempre a orillas de las playas del Atlántico, se dirige después hacia el Sur en demanda de la Estancia «Río Cullén». Ésta se encuentra situada sobre las márgenes del río del mismo nombre y pastorea 50 mil ovejas en una extensión de tierras que no baja de 50 mil hectáreas, parte en territorio argentino y parte en territorio chileno. Pertenece a un sindicato inglés que se denomina «Río Cullén *Station Company*».

A partir de esta estancia, el camino pierde su huella en terreno firme y corre por sobre las peligrosas arenas de la playa, en una extensión no inferior a tres kilómetros. El Ford debe trabajar endemoniadamente para librarse de esas arenas que lo retienen. Las mareas son enormes y suben con una rapidez que espanta; muchas veces la pequeña máquina ha tenido que ceder ante el esfuerzo enorme, superior a sus fuerzas, y ha permanecido largo tiempo bajo las aguas de la playa; sin embargo ningún Ford se ha perdido; envalentonado con un descanso tan poco agradable recobra su potencia y, desprendido del montón de arenas que lo cubren, prosigue impertérrito su marcha trepando cerros y salvando cañadones.

Filaret, sub-sección de San Sebastián, son las últimas construcciones con que el viajero se encuentra antes de llegar a esta última Estancia.

En la mañana del día siguiente a nuestra llegada a San Sebastián, emprendimos el viaje hacia el sur. Sólo dos kilómetros después de abandonar la estancia, cruzamos la línea divisoria de las dos naciones; un largo alambrado, división de potreros, es la social demarcadora de las dos Repúblicas.

-Esta tranquera -nos dice el Administrador que nos acompaña- es la dificultad mayor con que he tropezado para mantener la buena armonía con las autoridades que Uds. encontrarán en Bahía San Sebastián. Los potreros de la Estancia que administro se extienden hasta la misma Bahía y en ellos pastaban antes, grandes piños de ovejas. Vino la demarcación de límites y todos los terrenos al oriente de la línea, hubimos de abandonarlos a pesar que aún están en nuestro poder. Cada vez que las ovejas pasaban a este lado, aprovechando la época del invierno, nos veíamos obligados a pagar derechos de exportación; venía la esquila y el ganado se arreaba a la Estancia: derechos de importación; regresaban a los potreros después de las faenas: derechos de exportación nuevamente. Tantos y tan repetidos se presentaron estos derechos, que tuvimos que abandonar los terrenos en beneficio de una mejor administración.

Bahía San Sebastián se presenta al frente. En la misma ribera se levantan las casitas del resguardo de aquel puerto. Un indio enorme es el jefe de aquella Bahía y de las fuerzas militares (tres gendarmes) que componen la guarnición.

Nos apresuramos a saludarlo y después de pasarnos una mano semejante a una catapulta, nos exige nuestros papeles. En todo habíamos pensado, menos en ello. De tan crítica situación nos libra nuestro improvisado acompañante, diciendo que somos compradores de ganado que venimos desde «Río Cullén».

En el extremo sur de la Bahía y sobre un morrito que se levanta junto a «Cabo San Sebastián» se ha instalado un yugoeslavo con un Hotel. Como todos los establecimientos de esta índole que hemos visitado en el centro de la Isla, tienen todas las necesidades propias a la región, presentándose como almacén, cantina, mercería, tienda, etc., etc.; los regionales le llaman «Boliche».

Allí descansamos un momento y entre las muchas historias que nos refiere el yugoeslavo, siempre quejándose y lamentándose de su mala suerte, nos dice que en aquella región el frío se presenta más intenso que en el resto de la Isla. El invierno pasado, agrega, tuve una pérdida de consideración en mi negocio; cuanto líquido había en el almacén, se escorchó y rompiendo los envases, se perdió casi todo. Lo único que logré salvar fue el vino; los barriles se hicieron pedazos, pero el licor permaneció compacto, lo que me dio lugar a venderlo al peso; un trozo de un kilo equivalía a un litro, los comarcanos lo compraban y lo derretían después junto al fuego.

Mucho dudamos de la veracidad de este hecho, sin embargo, algunos días más tarde conversando con don Mariano Edwards, ganadero de aquella región, nos lo confirmó en forma absoluta, agregando que en aquella ocasión ha sido la única vez que pudo presenciar la venta de vino en trozos.

Comentando este fenómeno, tal vez no repetido en Tierra del Fuego, abandonamos el «Boliche» y, bordeando la playa, nos dirigimos hacia el sur; esta vez sólo nos acompaña el ganadero conocido recientemente, el Administrador de San Sebastián tuvo que regresar a la Estancia.

La ancha sierra de Carmen Silva, inicia su movimiento ascendente desde las mismas márgenes del Atlántico, y su enorme espina dorsal va internándose casi recta hacia el sur oeste. Sus innumerables ramificaciones, desprendiéndose del núcleo principal, se precipitan en distintas direcciones, formando cerros abruptos y escapados y dan lugar al nacimiento de infinidad de cañadones que guardan los terrenos más fértiles y ricos de la Isla.

Los contrafuertes que se dirigen hacia el Atlántico, se retuercen primero en todas direcciones y como cansados de una lucha constante entre unos y otros, arrojan sus faldas en pendientes suaves que van a morir junto a la playa.

Algunos riachuelos aparecen en estas faldas extensas y pastosas, y sus aguas desaparecen en algún pequeño lago salobre y solitario.

-Allá lejos, hacia el Sur, una compuerta formidable se eleva hacia las alturas; son las serranías de «Río Grande» -nos dice nuestro acompañante.

Desde el centro de la Isla se abalanza ese murallón colosal, que corre casi recto hacia el Este, albergando en su seno al formidable y peligroso «Río Grande», el más considerable de todos los que surcan Tierra del Fuego.

En la hermosa planicie por donde corremos y junto al tortuoso río «Carmen Silva», se levantan los edificios de la Estancia Sara, de propiedad de la Señora Sara Braun de Valenzuela.

Apenas nos detenemos a visitarla. Construida a semejanza de las grandes Estancias, posee extensos galpones de esquila, habitaciones para los operarios y las distintas dependencias necesarias a la comodidad de los trabajadores.

La casa administración es confortable en todo sentido y está rodeada de un parquecito que le da vida y alegría; en el interior un hermoso conservatorio de flores.

Setenta y cinco mil ovejas esquilará ese verano, ganado que pasta en 75 mil hectáreas de ricos terrenos cubiertos de pasto.

Hacia el sur, el camino se separa lentamente de la playa y se dirige directamente a la desembocadura del río «Carmen Silva», que muere en las proximidades del cabo «Domingo». En este punto, la antigua misión Salesiana de Río Grande, tuvo antes una gran Estancia, donde pastaron treinta mil ovejas.

No hace muchos años, fue vendida a la Sociedad Menéndez Behety en una cantidad considerable de libras esterlinas. Los Salesianos sólo conservaron una parte del terreno que no sube de cuatro mil hectáreas y el ganado que mantienen en esos campos, sube a unas 3 mil quinientas cabezas.

Algunos kilómetros al sur de «Cabo Domingo» se levantan los edificios de la antigua misión; algunas Iglesias rodeadas de doce o quince casas habitación, sirven de morada a los sacerdotes, monjas y hermanos postulantes, que aún se sacrifican en aquellos terrenos.

A este centro de civilización, fueron conducidos los indios que en un principio encontraron refugio en la Misión de la Isla Dawson, allí aprendieron a pastorear el ganado y a llevar una vida ajena a aquella salvaje que antes vivieron.

Todavía se conservan algunas casuchas y chozas donde habitaron esos hijos de la libertad que, no pudiendo soportar las bondades de la civilización, fueron extinguiéndose paulatinamente hasta desaparecer casi por completo.

Uno que otro indio merodea por los alrededores: entristecido casi sin personalidad propia, cumplen las funciones diarias que les están encomendadas, sin otra ambición que la esperanza de una muerte próxima, hija legítima de su minado organismo y de su mutilado cerebro.

Casi un kilómetro y medio al norte de «Río Grande», se levantan hacia los cielos, los tentáculos de acero de una Estación Radiográfica; es la primera que encontramos en la Isla y ella se presenta haciendo extraño contraste con la despreocupación que merece aquel terreno que hemos recorrido en la parte chilena.

En esta última región nada demuestra el interés que debe existir por aproximar a Tierra del Fuego con continente; la inmensa tierra permanece abandonada y sujeta sólo a sus propios esfuerzos.

Cuarenta y ocho mil kilómetros cuadrados son los que forman la Isla. De ellos, veintiocho mil son nuestros y allí permanecen en espera de mejores días.

Argentina ha logrado conquistar 20 mil kilómetros de estos terrenos y, en ellos nada falta que demuestra la preocupación constante que le merecen al Gobierno; nada falta que le dé vida y nacionalidad a aquella región. La primera prueba la hemos encontrado en «Río Grande» que, en tiempos normales, se comunica directamente con Buenos Aires y, cuando ello no es posible, lo hace con las estaciones intermedias diseminadas a todo lo largo de la costa del Atlántico. Y no es ésta la sola estación radiográfica que Argentina tiene en Tierra del Fuego; más al Sur, en el límite austral de su territorio, un nuevo tentáculo se levanta hacia las alturas y pone a Ushuaia en comunicación constante con el resto del mundo civilizado.

Más aún, «Río Grande» no es un centro de gran actividad comercial e industrial, es un centro netamente ganadero y puerto particular de una firma de Punta Arenas: Menéndez Behety. Veamos el principio de nacionalidad establecido en ese punto.

Durante los muchos días que hemos dedicado a recorrer el extenso territorio chileno, en ninguna parte hemos encontrado ni siquiera vestigios de autoridad constituida. Sólo en Porvenir existe una Subdelegación y su representante se limita a poner paz en un rebaño, sin más autoridad e interés que aquellas que se desprenden de su cargo personal. Muchas veces se ha insinuado la idea de facultar a este representante del Gobierno para que pueda ejercer el oficio de Oficial del Registro Civil; siempre se ha tropezado con inconvenientes y jamás se ha llegado a una solución satisfactoria.

Los matrimonios, en la Isla, permanecen sin legalizarse o están legalizados en la República Argentina, cuyo Gobierno no omite sacrificios en este sentido, manteniendo en Tierra del Fuego dos oficinas de Registro Civil, una en «Río Grande» y otra en Ushuaia.

Por este motivo, los fueguinos, acostumbrados a efectuar grandes recorridos en las épocas de las faenas, aprovechan sus viajes y legitiman sus matrimonios en la vecina República; quien, al darles la libreta correspondiente, les insinúan la conveniencia de inscribir en aquella nación los hijos que puedan nacer en Tierra del Fuego. Esto último sucede con frecuencia. El Invierno, en la Isla, es largo, frío y oscuro, y los hombres carecen de trabajo, dedicando todas sus actividades al descanso en el hogar. Especialmente entre el elemento yugoeslavo se nota una tendencia manifiesta al engrandecimiento numérico de la familia; creen todavía que el mayor número de hijos les dará derecho a mayor número de tierras, en la futura subdivisión de los suelos.

La mayoría de los habitantes de la Isla Grande, a pesar de haber nacido en Chile, son ciudadanos argentinos, ciudadanía extranjera que aumenta considerablemente a medida que se avanza hacia el sur.

En «Río Grande», existe un Juzgado servido por un Juez de Paz, funcionario que está revestido con los poderes suficientes para desempeñarse como Oficial del Registro Civil; para ello, lleva una estadística minuciosa de todo lo que a este ramo se refiere, y en cuyo desempeño no omite sacrificios y da toda clase de facilidades a los que reclaman sus servicios.

Existe además un servicio de Policía y otro de Comisaría, el primero encargado del mantenimiento del orden y el segundo del control y vigilancia de las entradas y salidas que pueda procurar aquella región. También, extiende sus servicios a la investigación del personal que hasta ese punto acude, exigiendo papeles y cédulas de identidad.

El Gobierno mantiene en aquel punto un servicio de veterinaria servido por un profesional titulado.

Durante nuestra corta permanencia en «Río Grande», logramos visitar las instalaciones y edificios que la Compañía Menéndez Behety ha levantado en aquel punto.

El enorme río que nace en las proximidades de las costas sur de Bahía Inútil, parte por su centro el macizo corazón de «Sierra Carmen Silva» y junta a su cauce acrecentado continuamente, casi todos los ríos que se presentan en medio de la selva.

Su recorrido, no inferior a ciento cincuenta kilómetros, marca casi una marcha directa de Oeste a Este, cruzando los colosales bosques de robles y regando cañadones enormes donde el pasto se presenta como un prodigio de la naturaleza.

Como un reto de tierras fértiles y ricas, se presenta este corazón desconocido de Tierra del Fuego, desvirtuando la idea errada de todos aquellos que, sin conocerla, han adelantado datos o relaciones que la señalan como sumergida en los eternos hielos polares,

El curso superior de «Río Grande» que podemos considerarlo hasta el límite de las dos naciones, corre tortuoso y accidentado, formando ricos cañadones que se desprenden desde los altos montes de «Sierra Carmen Silva». Recibe numerosos afluentes pequeños. Todos los terrenos que encuentra en este curso, son inmensamente ricos en bosques de roble y en vegas productoras de pastizales infinitos.

Pequeños lagos se presentan en medio de la soledad de la floresta y sus aguas dulces y cristalinas, señalan el nacimiento de otros tantos chorrillos que van a morir en «Río Grande».

Junto a las faldas de los montes, aparecen terrenos peligrosos, cubiertos con paquiales y pantanos; sin embargo, no son ellos de tal magnitud, que signifiquen un menor valor en los suelos, Tierra del Fuego es tan inmensa y sus campos tan vigorosamente ricos,

que estos pantanos de la selva en nada menguan el poder alimenticio de sus pastos ni la virtud creadora de sus suelos.

A partir de la línea demarcadora de las fronteras, «Río Grande» comienza a desprenderse de los montes de «Carmen Silva», toma rumbo casi recto hacia el Este y se dirige al Atlántico. En esta parte puede señalarse su curso medio y en él recibe sus afluentes más poderosos: por el norte, el «Río Moneta» que ya conocemos, y por el sur el «Río Bellavista», el «Río de las Turbas» y el «Río Candelaria». Este último llega a vaciar sus aguas próximo al Atlántico y en el punto donde termina el curso medio de «Río Grande». A partir de esta confluencia, se señala para «Río Grande», un avance muy lento hacia el Océano; el cauce sumamente acrecentado, corre por una enorme brecha que va tomando la forma de un embudo colosal, abierto hacia el mar. Ambas riberas se apartan lentamente, y junto a la desembocadura del río, están separadas por una extensión no inferior a cinco kilómetros. Por esta boca colosal entran buques de todo calado; y pueden internarse hasta dos kilómetros aguas adentro.

Es asombrosa la influencia que ejercen las mareas en la desembocadura del río; cuando el mar se llena, las aguas suben con una rapidez que espanta, y vienen a formar el ancho estuario que hemos señalado.

Este momento es el que aprovechan los buques para internarse en «Río Grande», y para ir botar el ancla en aquellos puntos donde les es fácil el carguío. La baja marea se presenta en forma brusca y peligrosa y las aguas se precipitan de golpe hacia el Atlántico y, ese enorme brazo marítimo que inundó con sus aguas hasta cinco kilómetros de ancho y en una profundidad que se deja sentir tierra muy adentro, sólo en algunas horas se desagua, dejando el estuario con un débil hilo de agua que no pasa de cien metros.

La baja marea es la hora de más peligro en «Río Grande», la corriente que se precipita al océano es enorme, y el caudal de aguas que va a estrellarse contra las olas, levanta nubes de espumas y forman millones de remolinos.

Afortunadamente los comarcanos no desconocen estos peligros y tornan las precauciones del caso. Los buques que navegan por estas regiones, han sido construidos exprofeso para ser varados; no tienen quilla profunda y la parte baja de la nave es plana o chata. Por esta causa, cuando las aguas se apartan de las riberas donde se ha fondeado, el buque desciende lentamente hasta que apoya su vientre en las arenas; allí permanece hasta su completa carga o descarga.

Los viajeros jamás atraviesan el río en los comienzos de la baja marea; los vados son muy difíciles y peligrosos y cambian constantemente de ubicación.

En la parte norte del río y próximo a su desembocadura, existe un excelente muelle de hierro con madera, perteneciente a la firma Menéndez Behety, propietaria de la Estancia 2.^a Argentina, que extiende sus campos en esta zona.

Esta gran estancia es la que más empuje y vida ha dado a esta parte de Tierra del Fuego y, para el mejor control y vigilancia de sus extensos potreros, se ha fraccionado en tres secciones; que en total suman doscientas mil hectáreas de suelos.

Inmediatamente al sur y junto a la desembocadura del río, se levantan los edificios e instalaciones de la «Compañía Frigorífico Argentina» de propiedad de la misma firma Menéndez Behety. Allí se beneficia y frigoriza la mayor parte de los productos lanares de esta zona E. fueguina.

Las numerosas casas y grandes galpones que rodean a los edificios principales, están destinadas para la habitación de los empleados y para la guarda de lanas; 2.^a Argentina esquila este año un número no inferior a ciento setenta mil ovejas.

Anterior a las instalaciones que dejamos anotadas y sobre el mismo terreno que hoy ocupan los edificios del Frigorífico, se encontraban ubicadas las casas de la Estancia 1.^a Argentina, también de propiedad de la firma Menéndez Behety. Esta Estancia instaló la administración y dirección junto a la desembocadura del «Río de las Turbas» y tiene una sub-sección próxima a Tierra del Fuego, en Cabo Chincol. Su extensión no es inferior a doscientas mil hectáreas y en ellas pastorean ciento cuarenta mil ovejas.

Todos los terrenos con que cuentan las estancias 1.^a y 2.^a Argentina, son propiedad de la firma a la cual pertenecen y son también unos de los mejores de la Isla, por la buena y enorme cantidad de pastos que producen.

Verdaderamente es lastimoso considerar que estos suelos que fueron y debieran ser chilenos, se encuentren hoy día en poder de la nación vecina gracias, en primer lugar, al poco valor que se daba a aquellas tierras y en segundo lugar, a la magnanimidad del perito chileno «que percibió el error de aquella carta de Fitz-Roy), y que conoció esta contradicción entre las dos indicaciones del tratado, creyó que la lealtad recomendaba atenerse al espíritu de este pacto, y trazar la línea partiendo del Cabo Espíritu Santo, sin tomar en cuenta la designación de longitud». (Ver el capítulo correspondiente a los tratados).

Sólo un día permanecemos junto a la desembocadura de «Río Grande»; allí tuvimos que dejar el auto y proseguir nuestro viaje a lomo de caballo.

Sin mayores accidentes y con la ayuda de un buen guía, en la mañana del día siguiente vadeamos la peligrosa vía fluvial y nos encaminamos hacia el sur, manteniéndonos siempre en las proximidades de la playa.

Pequeños lagos se van presentando de tarde en tarde y todos ellos señalan el nacimiento de algunos riachuelos que serpentean por entre los montes, fertilizando cañadones ricos en pastizales.

El terreno que se extiende al frente, es sinuoso, accidentado y de tránsito bastante difícil. Los lomajes se suceden con precisión admirable y en los senos que ellos forman, la

naturaleza vive y se agita, tapizando los suelos con el hermoso ropaje verde de los pastos naturales. Los inmensos bosques de roble continúan multiplicando su frondosidad y altura, dominando por completo todo el horizonte que la vista abarca.

Parece increíble que a medida que más nos aproximamos al polo, la flora aparezca más exuberante y rica, engalanando el frío ambiente, con el magnífico ropaje de su lozanía y esplendor.

Hemos avanzado todo el día y llevamos recorrido, sin grandes accidentes, todo el magnífico suelo que se extiende entre la abrupta «Sierra del Fuego» y la empinada «Sierra Irigoyen»; en total unos noventa kilómetros.

A nuestro paso encontramos muchas pequeñas estancias, guardadoras de veinte, treinta y cincuenta mil ovejas; las mayores de ellas son las tres estancias «Rubin», «Teresita» y «Herminita», de propiedad de la señora Sara Braun de Valenzuela.

Con ardientes deseos de llegar cuanto antes a la vista del lago Fagnano o Cami, muy de mañana ensillamos los caballos y proseguimos la marcha. El camino se aparta de la playa y se dirige casi recto hacia el Suroeste, en demanda de la «Sierra Irigoyen».

A mediodía transmontamos estos cerros y, desde lo alto de sus crestas cubiertas de bosques y vegetación, divisamos, rectamente a nuestro frente, los enormes acantilados y los altos murallones que dan albergue al largo y profundo lago. El terreno que nos rodea, en nada desmerece del que llevamos recorrido; por el contrario, parece que los suelos son más robustos y fertilizantes, productores de mantos inmensos de pasto natural.

Fantástica se presenta aquella tierra, engalanada con las mejores primeras de la naturaleza. Estamos muy próximos al paralelo 55 y doquier se extienda la vista, encuentra riquezas incalculables y panoramas de una belleza indescriptible. Los animales y las aves silvestres, vagan y se recrean seguras en medio de los bosques y en la inmensidad de las praderas.

Infinidad de picos elevados, surgen de la tierra esplendoroso y se empinan hacia las alturas como deseosos de ser admirados. Los distintos cordones forman fajas compactas que se extienden en dirección general de Este a Oeste y sus crestas más altas, presentan conos cubiertos de nieve que, al refractar los rayos del sol, semejan potentes reflectores, colgando del inmenso espacio.

Tierra del Fuego se hace, en esta zona, mucho más imponente que en la región del Norte. Paulatinamente ha ido creciendo en la potencia de sus montes y en sus alturas, hasta presentar picos tan elevados como el monte Darwin de 2.125 metros de elevación y el cerro Sarmiento de 2.040 metros de altura.

Al caer la tarde, echamos pie a tierra en las casas de la «Estancia Marina», situada en la punta este del lago y de propiedad de los señores Blanco y Menéndez.

No tuvimos la suerte de encontrar al administrador, sin embargo, por boca de un capataz supimos algunos pormenores.

-En toda esta parte Sur de la Isla -nos dijo- se trabaja activamente y se ha logrado ubicar numerosas estancias, algunas pequeñas y otras grandes, que han sido fuente de riquezas para muchos ganaderos. Los campos de esta región, son excepcionalmente buenos y apropiados para la ganadería, los suelos son ricos en pastos naturales y los bosques constituyen una magnífica defensa contra los grandes fríos del invierno.

«Estancia Marina» tiene veinte mil ovejas, número insuficiente para los espléndidos potreros que posee.

Al norte del lago, está la «Estancia Lago Fagnano» de propiedad de los Padres Salesianos; allí pastorean unos diez mil lanares.

Al sur del lago, en la parte comprendida entre éste, el canal Beagle y las costas que señala la Punta de Tierra del Fuego que se interna en el Atlántico, se encuentran:

1) La estancia Pizarro, con 6 a 7 mil ovejas.

2) La estancia Kosovó, de Mimiza y Vusolic, con 4 a 5 mil lanares.

3) La estancia Irigoyen, de Montes y Cía, con 12 a 15 mil ovejas.

4) La estancia Bridges, perteneciente a los dos hermanos Bridges, que poseen de 60 a 70 mil lanares.

Esta última estancia es una de las más antiguas en Tierra del Fuego y sus propietarios, varias veces millonarios, son hijos del Pastor Anglicano Dn. Tomás Bridges, que inició sus actividades en Tierra del Fuego, teniendo como norma de sus procedimientos, la alta misión de su ministerio y el porvenir de su familia. El señor Tomás Bridges, fue el primer extranjero que obtuvo concesión de tierras chilenas (Isla Picton), concesión cuyos beneficios no alcanzó a obtener, por haber fallecido dos años después de ello (julio de 1898), en la ciudad de Buenos Aires.

Posterior a la llegada del señor Bridge desembarcó en Tierra del Fuego (Bahía San Sebastián) un famoso aventurero, buscador de oro, llamado Julio Popper.

El desembarco lo hizo en son de guerra y con su gente amunicionada y armada, estableció el campamento donde mejor le pareció.

Acuñó moneda propia y en Tierra del Fuego se conservan, todavía, algunos ejemplares de los diferentes tipos de esta moneda.

Tenemos a la vista un grano de oro sellado por Popper; en el reverso puede verse claramente un signo constituido por un martillo y una picota, rodeado por una leyenda que

dice: «El Páramo» - «Un gramo». El anverso lleva como timbre la palabra «Popper», rodeada con la siguiente leyenda: «Tierra del Fuego - 1889».

Estos conquistadores combatieron tenazmente a los indios onas, a quienes despojaron de sus campos, obligándolos a retirarse hacia el centro de las selvas.

Gracias al esfuerzo que desplegaron, a la organización que dieron a sus huestes y a las guardias permanentes que mantuvieron en combate constante con los nativos, lograron adquirir extensiones de tierras fértiles y pastosas, en donde las ovejas se multiplicaron en forma asombrosa.

Por parte de don Tomás Bridges, tuvo como sucesores a sus dos hijos, hermanos que se instalaron definitivamente al Sureste de la Isla Grande de Tierra del Fuego, constituyendo, en Harberton, una valiosa estancia.

Conocedores profundos de la comarca, han dado un impulso colosal a sus negocios y valorizado sus suelos, abriendo caminos en medio de los bosques y en lo alto de los cerros.

Recogieron en su estancia los restos agónicos de algunos nativos, a los que lograron darles tranquilidad y civilización.

El contacto diario con el ona, los hizo comprender su idioma y sus costumbres y no es raro verles, algunas veces, hacer largas excursiones calzando el calzado del ona y vistiendo el traje del nativo.

Desde Harberton, y con la ayuda de los indígenas, construyeron un camino que une a la estancia con la región Norte de la Isla (Río Fuego-Río Grande). Hacia Ushuaia se comunican por los antiguos senderos del nativo. Actualmente, el gobierno argentino ha iniciado la construcción de una vía que debe unir a Ushuaia con Harberton, unido este camino con el construido por los Bridges hacia el Norte, el presidio argentino quedará con vía de tránsito expedita hasta Río Grande y, desde este punto, con todo el resto de Tierra del Fuego.

Uno de los hermanos Bridges, interesado por un nativo ona, de inteligencia superior para el dibujo, aprovechando uno de sus viajes periódicos, lo llevó hasta Europa. Nunca han sabido los fueguinos el porvenir que tuvo aquel indio.

Tales fueron los pormenores que aquella noche recogimos del capataz de la «Estancia Marina», pormenores que amplió con los siguientes datos:

-En los alrededores del Seno del Almirantazgo -nos dijo-, también se establecieron algunas estancias pequeñas, pero todas fracasaron.

Este fracaso no se debe a que aquellos terrenos no sean aptos para el ganado, no, absolutamente, la causa fue la falta de comunicaciones con la parte Norte y Sureste de la Isla. Era muy difícil el transporte de los productos y, más que nada, el llevar trabajadores por

un tiempo más o menos cortos. Las cuatro estancias que se formaron en aquella zona, pertenecieron a los señores Pasinovic, Raicevic, Muñoz y Cía. y Gustavo Müller.

Sin mayores nuevas que anotar, transcurrió aquella noche. La mañana siguiente la destinamos a visitar los alrededores del lago.

El lago Fagnano, denominación con que se le encuentra en casi todos los buenos atlas, y nombre con que se le conoce en la Isla, fue descubierto en diciembre de 1886 por el misionero Salesiano, Monseñor Fagnano. Algunos autores dan a este lago un descubrimiento anterior a esta fecha y no reconocen, por lo tanto, la denominación con que hoy se le distingue; sin embargo la posteridad ha consagrado el nombre dado por los misioneros salesianos y las distintas expediciones extranjeras llevadas a Tierra del Fuego, al hacer el relato de sus viajes, han hecho honor al nombre del Obispo Otto Nordenskjöld, informando a raíz de la expedición sueca en Tierra del Fuego, se expresa así en lo que a este lago se refiere:

«He creído oportuno conservar este nombre (Fagnano) dado por los primeros descubridores del importante lago, en honor de una persona que tanto ha hecho por mejorar la situación de los indígenas, los únicos que desde hace mucho tiempo conocieron su existencia. Este nombre figura ya en varios mapas y en la literatura general».

Por nuestra parte, agregaremos que las cartas chilenas zanján toda dificultad en la tal denominación y dan al lago, indistintamente, el nombre de Fagnano o Camí; estimamos que tal proceder puede ser el más acertado.

Es el lago mayor de toda la Isla y su ubicación y forma, semeja la prolongación del accidentado y profundo seno del Almirantazgo, que abre inmensa brecha en Tierra del Fuego. Está a ciento cuarenta metros sobre el nivel del mar y sólo quince kilómetros separado de las aguas del Estrecho. Se extiende casi directamente de O. a E. en una longitud no inferior a 80 kilómetros, fluctuando su ancho entre cuatro y nueve kilómetros. La parte chilena es la más angosta y sólo representa una sexta porción del inmenso lago.

En general, las playas de la región norte, son laderas sumamente abruptas y escarpadas, y en muchas partes, los altos murallones se precipitan a las aguas en forma de acantilados cortados a pique.

Las playas del sur son menos accidentadas y sólo la alta Sierra Valdivieso, que corre paralela al lago, envía sus faldas hasta las riberas, dando formación a algunos cañadones y a una que otra altura aislada.

La profundidad del lago no ha sido sondeada, pero debe ser considerable, si se atiende a la configuración norte de sus orillas.

Un pequeño río, el Azopardo, lo comunica con el seno del Almirantazgo, río que corre en forma de torrente, a través de los espesos bosques y altos cerros que forman el murallón o compuerta que separa ambas porciones de aguas.

Pocos ríos, más bien pequeños chorrillos, son los que desembocan en el lago; el más importante, por su caudal, es el «Río Jofré» que desagua la laguna Solier, situada pocos kilómetros al norte y sobre, el meridiano 68.

Las aguas son saladas.

Desde los altos cerros de la «Sierra Valdivieso», se domina, no sólo el lago, sino la inmensa brecha que en Tierra del Fuego, abre el seno del Almirantazgo. Los sollevamientos del terreno aparecen como cortinas colosales y todos se extienden con precisión matemática de Oriente a Poniente; sólo pequeñas ramificaciones se desprenden hacia el Norte o hacia el Sur, para dar lugar a la formación de los innumerables cañadones, que son otros tantos depósitos de pastos y verduras.

Como continuación de la Sierra Valdivieso, hacia el oeste, se prolonga la nevada cordillera Darwin, que lleva sus picachos cubiertos de nieve y que tiene el honor de dar vida al pico más alto de Tierra del Fuego, el empinado monte Darwin de 2.135 metros de altura.

Hacia el sur, nada vemos que no sean montes y montañas. Estamos próximos a las aguas del canal Beagle, pero la barrera de enormes alturas con que se estrella nuestra vista, nos limitan y reducen el horizonte.

Después de descender desde los altos cerros en que instalamos el observatorio, iniciamos la aproximación hacia el pueblo argentino de Ushuaia.

Indudablemente que el ánimo del chileno se siente apocado cuando palpa los enormes esfuerzos que ha hecho la nación hermana, no sólo para mantener, sino para dar mayor valor a los suelos con que acrecentarán sus riquezas naturales, después del fabuloso y memorable litigio de límites con Chile.

Ushuaia no es un presidio argentino; Ushuaia fue un presidio, colonia penal que sólo sirvió para echar las bases de un pueblo que se ha desarrollado y que marcha por el camino de la civilización, del progreso y, más que nada, que deja sentir el principio de soberanía sobre los terrenos conquistados o cedidos sin mayores consideraciones,

Allí encontramos una ciudad organizada con todas las necesidades propias a una población moderna y amante de su patria.

Todos los servicios están constituidos: gobernación civil y militar con un espléndido edificio, juzgado, correo, autoridad eclesiástica, registro civil, escuelas, etc., etc.; nada falta en la ciudad más austral del mundo y, por sobre toda aquella aglomeración de edificios, casas y establecimientos, se levantan potentes y brillantes los formidables tentáculos de

acero de la instalación radiográfica, muda demostración de acercamiento desde la más apartada población argentina hacia la progresista metrópoli del Plata.

Desde aquel centro único, podríamos decir, en Tierra del Fuego se imprime el rumbo bien definido a los habitantes de toda la parte sur de la Isla; allí se hacen inscripciones, se efectúan matrimonios y se da toda clase de facilidades para que los habitantes fueguinos se nacionalicen y aprendan a querer a la nación que les da garantías cívicas y que los atrae, enseñándoles las virtudes que se desprenden de una preocupación constante por el bienestar del ciudadano.

Triste es la lección que golpea a nuestro patriotismo y a nuestro modo de ser de chilenos honrados y amantes de la nación. En ninguna parte de nuestro recorrido por suelo fueguino chileno, hemos encontrado una lección objetiva cívica, tan elocuente dolorosa como la recibida en el último rincón argentino.

¡Con qué profundo dolor hemos estudiado el difícil futuro problema que Chile se está creando en esas tierras vírgenes y tan inmensamente ricas en todo orden de actividades!

En la parte sur de la región a que nos venimos refiriendo, todo es extranjero. Las familias son argentinas, los niños argentinos, el acento argentino, las costumbres argentinas, la moneda argentina y, lo más grave, es también argentina toda la atención gubernativa que en aquella zona se deja sentir.

Por nuestra parte, todas las actividades las vemos completamente absorbidas en el centro del país y nada dejamos para el sur, en donde la riqueza es efectiva y palpable, siempre que una sana administración y un mejor estudio de la zona, preocupen a los que tienen la obligación de velar por el mejor provecho de nuestros suelos.

Debe también considerarse que el futuro de Chile está señalado por la riqueza infinita de sus tierras, en donde la sabia naturaleza ha colocado cuanto medio es necesario para el triunfo agrícola de Chile. Los años jamás harán mella en la producción de nuestros campos, por el contrario, el transcurso del tiempo los hará cada vez más sólidos productores.

Amargados por el peso de aquella lección nacionalizadora bien llevada y mejor dirigida, nos encaminamos hasta las tranquilas playas del Canal Beagle, y desde allí contemplamos las cercanas riberas del sur, dormidas todavía en sus riquezas inexploradas y ansiosas de ser visitadas y conocidas.

El denso velo de las leyendas iba a ser roto ante nuestro paso y la realidad de las cosas nos atraía en forma terminante.

Aquella noche tuvimos un sueño intranquilo y sobresaltado; veíamos las islas al Sur del Canal Beagle, pobres, sin valor, destartaladas y dominadas por ese frío intenso que mata toda vida.

Durante nuestra velada involuntaria, se nos vino a la mente el tremendo concepto emitido por un compatriota nuestro, durante una reunión celebrada poco tiempo antes, en los salones del Club Social de Punta Arenas.

Entiéndase que nuestro connacional era hombre «versado» en la geografía del país y que, al emitir su juicio sobre algunas islas al sur del canal Beagle, dijo textualmente:

«Isla Picton debe considerarse como una gran roca clavada en el mar y en cuyos suelos jamás habrá tierra suficiente para que pueda arraigarse y germinar un grano de cimiente; isla Lénnox y Nueva, merecen igual apreciación que la anterior».

Dichos estos conceptos, en medio de una reunión social y bajo aquel ambiente que se generó a raíz del famoso asunto del «Canal Beagle» hicieron profundo surco en nuestro ánimo investigador, y nuestras ansias por conocer lo desconocido, sufrieron un fuerte impulso hacia el sur del territorio y nos dio nuevos bríos para seguir adelante en nuestras investigaciones.

¡Qué inmensa alegría experimentamos en los momentos en que, surcando las aguas del Beagle, navegamos con rumbo hacia las islas del Sur!

¡Qué dicha inmensa estremeció nuestros organismos, cuando sentamos pie firme sobre las riberas de la isla «Picton»! ¡Qué dirá hoy nuestro geógrafo compatriota, cuando sepa que en «Picton» hemos comido ricos corderos nacidos y criados en medio de los prados de esas enormes jardineras marinas, en donde hemos recogido hebras de pasto natural de 1.70 y 1.80 ms. de altura, en donde hemos quedado convencidos de que la flora de aquellas rocas clavadas en el mar, puede alimentar innumerables reses, no sólo ovina, sino también vacuna y caballar.

Más aún, el valor que «aquellas rocas» representan para el futuro del país, que no sólo se limita a su producción natural. La ubicación que la naturaleza ha dado a las tres islas, dicen algo más que el sólo aprovechamiento de sus pastos. Si en el propio Punta Arenas se incurre en errores tan crasos como el que dejamos anotado, ¿qué se puede esperar del centro del país, hasta donde sólo llegan cuentos fantásticos y relaciones caprichosas de personas que jamás han pasado al Sur del Estrecho de Magallanes, y a las cuales sólo les ha bastado conocer Punta Arenas o sus alrededores para pronunciarse en forma definitiva sobre las bondades de los suelos, del clima y de la riqueza natural de Tierra del Fuego?

Apreciaciones son éstas, que merecen la sanción pública, toda vez que están encaminadas a mistificar ideas y a formar conceptos erróneos.

Medite bien el chileno que recorre nuestros suelos, antes de llevar al dominio público apreciaciones tendentes a quitar el valor real de las cosas y de los suelos.

Por regla general, el que viaja o el que narra ante un núcleo de amigos, tiene una facilidad asombrosa para crear ideas y para relatar hechos que jamás ha presenciado o que

son hijos legítimos de su fatuidad y petulancia. Esto es, simplemente, falta de honradez personal y genera males incalculables, tales como aquellos que fueron la causa de la pérdida de nuestros suelos australes.

Falsear los hechos o silenciarlos por un mal entendido prejuicio social, es no tener dignidad personal y es considerarse sin personalidad propia.

La opinión que se emite en público, es una semilla que se siembra en terreno fértil; si es aceptada, se comenta favorablemente. Si es rechazada se combate; pero siempre subsiste el principio y de él nacen ideas antagónicas, ambas son hijas de un mismo origen, pero creadoras de ideales diametralmente opuestos.

La opinión pública de un país influye poderosamente en el desenvolvimiento de los destinos de la Nación. Falsear esta opinión pública es un delito, mistificarla es un crimen; robustecerla con criterio sano y con nobleza de pensamientos, no sólo es digno de almas bien nacidas, sino que es un deber absoluto de todo buen patriota.

Consideremos, a vuelapluma, esto principio, generador de sanas ambiciones.

Nosotros desprestigiamos un suelo que nos pertenecía y lo perdimos inconscientemente. Aquéllos a quienes nos pertenecía, lo desprestigiaron con un fin completamente distinto al nuestro.

-Terrenos sin valor alguno -decían- no los defendemos porque algo valgan, absolutamente, sólo lo hacemos porque nos pertenecen.

Chile pronunció el veredicto:

-Nada valen -dijo-, no los defendemos, y los perdió, Argentina, en cambio, lanzó a la opinión pública chilena el escaso valor de esos suelos, la opinión pública aceptó tan errado concepto y ayudó a aquella nación para el logro de sus deseos. ¡Quédese Argentina -dijo- con el presente griego!

Y así sucedió. Creyose que la nación amiga, ganando, salía perdiendo. ¡Linda pérdida; un territorio completo en donde la naturaleza se agita y viva en forma prodigiosa!

Seamos sinceros en nuestros relatos y evitaremos muchos daños de consecuencias funestas.

Las aguas del Canal Beagle, marcan o señalan la delimitación fronteriza, definitiva, entre las tierras que pertenecen a las dos naciones más australes de América. Estas aguas corren de O. a E. y desembocan en el Océano Atlántico, por la ancha boca que queda cerrada, hacia el Norte, por el Cabo San Pío y Cabo Argentino, próximos al paralelo 55. Hacia el sur cierran esta ancha boca, una serie de islas, grandes unas y pequeñas otras, siendo tres de ellas las de «Picton», «Lénox» y «Nueva».

Sobre estas tres islas, Chile ha sentado su soberanía y nada vino a entorpecerla, hasta el año 1915, época en que el Gobierno Argentino se creyó con derecho para formular una protesta a causa de un decreto de ampliación de concesión, dictado por nuestro Gobierno y que se refería a las islas «Picton» y «Nueva».

Entiéndase que este derecho de ocupación y el decreto de concesión, se venían ejerciendo por Chile desde veintitrés años antes a la época de 1915.

Los mapas todos que se refieren a la demarcación geográfica del Canal Beagle, ponen de relieve la ubicación exacta de este canal y en ninguno aparece el más leve indicio que pueda reflejar el sentir argentino.

Un audaz aventurero, de trágica historia en la Tierra del Fuego, Dn. Julio Popper, imaginó y trazó en algunos croquis, el año 1891, una fantasía ideológica que desviaba la salida E. del canal, en forma caprichosa y personal.

Dn. J. Guillermo Guerra, en la pág. 6 de *La soberanía chilena en las islas al Sur del Canal Beagle*, dice así:

«Solamente en el año 1891, un explorador argentino de la Tierra del Fuego, Dn. Julio Popper, trazó por primera vez en un mapa una línea divisoria de las soberanías argentina y chilena en la Tierra del Fuego, que se desvía del rumbo general del Canal Beagle, que es de Este a Oeste del mundo, para encaminarse hacia el sur por entre las islas Picton y Lénnox que dejaba al poniente como chilenas. El señor Popper no expresó razón alguna en fundamento de su línea limítrofe, que venía a modificar lo que se había entendido en los dos países interesados y en el mundo entero como interpretación correcta del tratado de 1881. Entretanto, esa línea se encuentra en abierta pugna con la letra y el espíritu del tratado de 1881, el cual, señalando al Canal Beagle como un límite entre tierras del Norte y tierras del Sur, indicó claramente que lo tomaba como una vía marítima que corre de Este a Oeste únicamente, sin ninguna desviación hacia el Sur para deslindar islas del Oriente y del Poniente, de acuerdo con la noción geográfica que se tenía en el mundo entero respecto a la dirección y forma del Canal Beagle, la cual no ha cambiado hasta hoy, a pesar de los esfuerzos que algunos argentinos han hecho por tergiversarla».

Más adelante refiriéndose a la reclamación Argentina, agrega:

«Recordando una frase célebre, podríamos decir que la actitud inesperadamente adoptada por el Gobierno argentino a

principios de 1915, es algo peor que un crimen, es una falta, pues viene a revelar una especie particular de flaqueza, que no lo permite perseverar en los buenos propósitos de armonía internacional cuando se considera fuerte».

De las dos reclamaciones formuladas en 1915, nos ocuparemos, cuando el tiempo nos lo permita, de la que se refiere al Estrecho de Magallanes, y estudiaremos en esta obra la relativa a la soberanía de las islas Picton y Nueva. El estudio detenido que de esta última hemos hecho, nos ha llevado a la conclusión de que ella envuelve un profundo error del Gobierno argentino, porque si no conocía los antecedentes que nosotros exponemos, obró irreflexivamente al formularla; y si los conocía, vulneró a ciencia cierta los dictados de la justicia».

Hecha la salvedad que queda expuesta en beneficio del público lector, sobre la soberanía de las islas Picton y Lénnox, reanudamos nuestro viaje hacia el sur, a fin de visitar las tierras australes.

La boca occidental del Canal Beagle, fue descubierta por el marino inglés Murray, en Marzo de 1830 y en Abril del mismo año el marino nombrado, inició el viaje de descubrimiento, internándose por las aguas del canal.

De todas las islas chilenas al Sur del Canal Beagle, las tres islas nombradas (Picton, Lénnox y Nueva) y la gran isla Navarino, son las que han jugado un papel más destacado en la historia que se ha escrito sobre esos suelos.

Desconocidas casi para el mundo entero, las distintas expediciones inglesas que fueron a aquellos mares, nunca las consideraron de importancia. El alejamiento de los centros poblados; la idea dominante de que aquellos jardines eran hijos legítimos del polo, quitó ambiciones encaminadas a poseerlas o sentar pie en ellas para llevar adelante una explotación.

Por esta causa, los infelices moradores de aquellos pasajes, los indios yaganes, vivieron tranquilos y confiados en medio de los bosques y sobre las aguas de la multitud de canales.

El primer civilizado que llegó hasta las islas al sur del Canal Beagle, con la intención de establecerse en ellas, lo fue un Oficial de la Marina inglesa, Mr. Allen F. Gardiner, que había abandonado su brillante carrera para dedicar el resto de sus días a la prédica de la fe cristiana.

En 1848, llegó a la Isla de los Estados con el propósito de fundar allí una misión. Por haber fracasado en su intento, siguió rumbo a la isla Lénnox, para pasar después,

definitivamente, a la isla Picton. Un nuevo fracaso lo hizo regresar a Inglaterra, desde donde volvió a la Isla Picton en 1850.

Su empresa no tuvo éxito y el misionero murió, algún tiempo después, en Tierra del Fuego.

Posterior a esta misión, vinieron a las islas del Sur de Chile varias expediciones, algunas inspiradas en la fe cristiana, y otras estimuladas por la ciencia.

Una de las más interesantes que se refiere a las islas que nos ocupan, es la del Coronel Sir Thomas Holdich (1903) de cuya narración, inglesa, encontramos en el profundo estudio de don J. Guillermo Guerra (pág.: 126), la siguiente traducción:

«Regresamos al norte, y después de hacer de paso una visita a la Bahía Slogget y de abrimos camino entre sargazos descompuestos, por la playa hasta el campamento de los buscadores de oro (donde encontramos muchas demostraciones de una industria pasada, pero no mucha expectativa de riqueza futura, doblamos de nuevo hacia el poniente por el Canal Beagle y llegamos a fondear frente a la Isla Picton. Desembarcamos en el histórico sitio donde se alza todavía la piedra que atestigua el trágico fin de la misión de Allen Gardiner. Se trata de una antigua leyenda, pero la piedra conserva todavía la patética súplica: 'Caven abajo'. Aquí fue donde una goleta que pasaba encontró el recuerdo del malogrado misionero y de sus compañeros, con indicaciones para buscarlos en una isla vecina. Los encontraron; pero como todos lo saben, los encontraron muertos. La isla llamada Allen Gardiner (es la isla Garden) es plácidamente hermosa. Las playas se ven bordeadas por una espesa franja de sargazo en la cual aletean y se alimentan gaviotas y alcatraces; y la rocallosa línea de la costa se presenta cortada por ensenadas cuyos displayados se encuentran señalados por los desperdicios de antiguos establecimientos indígenas. Los pastosos faldeos de los montes se ven salpicados de bosques y engalanados de flores y las torcidas ramas de los árboles inclinados hacia el N. O. atestiguan la constante dirección y fuerza del viento. Bandadas de gaviotas y de avutardas negras y blancas surcan las aguas con espasmos de inútil agitación, dejando en pos de sí blancas estelas. Aquello era muy hermoso y apacible».

Por su parte, el señor Guerra, agrega (pág.: 127):

«Esta poética descripción demuestra que Mr. Holdich, como Fitz-Roy, como Darwin, como Snow y los marinos de la *Romanche* y cuantos han recorrido el Canal Beagle, se sintió dominado por la espléndida belleza de aquel paisaje encuadrado en un marco de purísimas nieves».

El Gobierno de Chile, se preocupó muy poco, o por mejor decir, jamás se preocupó de llevar radicación chilena hasta las islas al Sur del Canal Beagle. Tan hermosa tarea iba a corresponder a los Gobernantes de Magallanes y de su celo y constancia por el cumplimiento de su alta misión, debía nacer la ocupación nacional de las abandonadas islas.

El Art. 1.º del decreto de 8 de Julio de 1853, dice así:

«Art. 1.º: Erígese en Territorio de colonización el Establecimiento de Magallanes».

Hasta 1892, la obra de los Gobernadores se había circunscrito a una estrecha área, cuyo centro lo era Punta Arenas y que más bien se entendía desde el Estrecho hacia el continente, descuidándose visiblemente las tierras de la zona fueguina.

Un acontecimiento, hijo absoluto del abandono, debía atraer las miradas de los gobernantes hacia el sur del Canal Beagle. La fiebre del oro fueguino atrajo una cantidad considerable de aventureros que fueron a sentar sus actividades, parte en la Isla Grande y parte en las Islas más australes (Navarino, Lénnox y Nueva).

Disturbios constantes, suscitados entre esta amalgama de gente que no tenía más ley que la propia conciencia ni más respeto que aquel que se deriva de la fuerza bruta o de las armas con que cada cual se defiende; llamaron la atención del Gobernador del Territorio, que se vio en la necesidad de destacar parte de sus fuerzas de policía, para radicarlas en las islas mencionadas.

Ese mismo año, el Ministerio de Colonización dictó el Decreto N.º: 950 de 7 de octubre, que erigía en Subdelegación aquella zona. El primer Subdelegado fue el Sargento Mayor retirado Dn. Juan de Dios Olivares, el asiento de la Subdelegación se fijó sobre la isla Lénnox.

La isla Picton fue dada en concesión a Dn. Carlos Stuken, a quien se nombró en el año 1902, Comisario *ad honorem*, de esta Subdelegación.

El oro fue la primera causal que llevó pobladores hasta aquellos suelos y, al igual, que en la gran Isla de Tierra del Fuego, dio origen a riquezas baratas que se esfumaban con la misma facilidad con que se adquirían.

Muchos abandonaron las islas, pero entre esos muchos hubo gente a quien no fue sólo el oro lo que atrajo sus actividades. Los pastos hicieron pensar en la ganadería, y los grandes bosques en aserraderos y en industrias.

Hubo, pues, gente esforzada y luchadora que inició la explotación de los suelos, radicándose en ellos como concesionarios. Franco apoyo encontraron de parte del activo Gobernador del Territorio, Dn. Manuel Señoret, que, en 1892, comprendiendo la responsabilidad de su gobierno, dedicó la mayor parte de sus esfuerzos en llevar población y medios de vida hasta las islas australes. Más aún, ese mismo año y para demostrar que en aquellas islas la ganadería encontraba ancho campo para su desarrollo, envió una cantidad considerable de vacunos, con el propósito de que creciera y se multiplicara en aquellos campos.

En la pág. 319 de la obra del señor Guerra, encontramos:

«El Gobierno chileno envió el año 1896 (fue en 1892) uno de sus avisos, el Huemul, cargado con animales vacunos que, debía desembarcar en isla Nueva e isla Picton. Los malos tiempos obligaron al citado aviso a dejar toda su carga en Picton, donde hoy existen, por la procreación, alrededor de 1000 cabezas de ganado vacuno en estado salvaje. Este ganado ocupa la parte oriental de la isla y sólo pueden tomarse a tiros».

Tenían, pues, y tienen valor ganadero aquellas «rocas clavadas en el mar»; cuando sólo en la parte oriental de una de ellas, pudo vivir y desarrollarse tranquilamente una hacienda de vacunos que pasaba de mil cabezas.

La primera concesión que se hizo en Magallanes, y que se refieren a estas islas, lleva el número 209 y está fechada en Punta Arenas el 30 de Julio de 1892. El favorecido lo fue Dn. Pedro Guyon, a quien se le dio «permiso provisorio para ocupar veinticinco mil hectáreas de terrenos baldíos ubicados en la parte sur de la isla Picton».

En el Supremo Decreto de 8 de Octubre de 1895, se decretó:

«Concédese a don Tomas Bridges, título provisorio de las cuarenta hectáreas de terreno que solicita en la Isla Picton para el establecimiento de un aserradero en el punto conocido bajo el nombre de 'Bahía Picton'.

El concesionario queda en la obligación de dar cumplimiento en todos sus partes a las cláusulas consignadas en el citado Supremo Decreto.- Anótese: -Aguirre A.- J. B. Contardi, secretario».

En el mismo año de 1895, don Antonio Milicich, obtuvo permiso verbal del Gobernador Señoret para ocupar la isla Nueva y establecer en ella una crianza de ganado lanar.

En julio de 1903, estos derechos y la venta del ganado de la isla, fueron adquiridos por don Juan Stiven González. El señor Stiven para dar mayor desarrollo a sus negocios, formó sociedad con don Carlos Stiven y con don Mariano Edwards Aristía. Fue así como las actividades de esta Sociedad no se limitaron sólo a la explotación y provecho de la Isla Nueva; el campo de acción vio más amplios horizontes. En noviembre del mismo año, la nueva Sociedad compró a los hermanos Bridges, todos los intereses que tenían en la Isla Pleton, consistentes en animales, instalaciones, etc.

El 30 de enero de 1904, el Gobernador Borjes reconocía el derecho de ocupación que la Sociedad nombrada tenía sobre las islas Picton y Nueva, y las islas e islotes que circundan a estas isla, cuyos nombres son: Snipe, Solitario, Becasses, Islotes de los Hermanos, Garden, Reparó, Augusto y varios islotes sin nombre:

«Siempre -dice el Decreto- que la superficie total de los terrenos ocupados no excedan de 30,000 hectáreas».

En 1907 el señor Mariano Edwards quedó sólo frente al activo y pasivo de los intereses de la Sociedad y acrecentaba sus actividades con los derechos de ocupación sobre parte de los terrenos de la isla Navarino, por traspaso que lo hizo don Juan Stüven, junto con disolverse la Sociedad. Esta isla se encontraba ocupada en concesión desde Junio del año 1895.

Por parte de la Isla Lénnox, fue obtenida en remate de arrendamiento (\$1.500 anuales) por la «Sociedad Estancia Lénnox».

Don Mariano Edwards Aristía, luchador infatigable y denodado en esos suelos australes, imprimió rumbos bien definidos al valor ganadero de las islas. Su concepción clara y sus vastos conocimientos del suelo que ha pisado durante muchos años, arrebataron buena parte de sus múltiples energías y lo arraigaron al territorio fueguino. En plena lucha con la naturaleza y con el clima, no sólo ha sabido dominarlo, sino que ha sacado de ambos, el mejor provecho para sus ambiciones de hombre de esfuerzo y de trabajador honrado y laborioso. Dejamos pues, a este hombre infatigable, la demostración práctica de lo que son y de lo que valen las islas del Sur.

Trabajos iniciados con un pequeño «cutter», buquecito a vela, no mayor de 25 toneladas, han prosperado y se han dilatado en forma que hacen honor a quien los concibió.

No lo veremos nosotros, pero lo verá la posteridad: Tierra del Fuego con industrias, con agriculturas, con ganadería y con ferrocarriles que unan los distintos puntos, hoy abandonados, será una fuente de riquezas tan positivas, como hoy puede concebirlos el más optimista.

Hay distinguidos autores que presentan a aquella zona, como una Tierra de castigo y como un sitio propio para el destierro, ¡qué falsa idea y qué dolorosas consecuencias ha acarreado!

La flora de las islas australes, se sigue extendiendo hasta el sur y, más hermosa y más lozana se presenta a medida que se avanza hacia el Cabo de Hornos.

Hay islas que constituyen verdaderos vergeles y, hoy por hoy, casi todas o gran parte de ellas, están ocupadas en concesión.

La enorme isla Navarino sólo está explotada en la parte de la costa; hacia el corazón de ella aun no ha avanzado la mano destructora del blanco. Los inmensos bosques permanecen intactos, nada ha hecho, todavía el hacha sobre el ciprés, el roble, el leña dura (maitenus-magellánica) y el canelo.

La península Dumas, cuya extensión es de 540 kilómetros cuadrados tiene una parte considerable poblada por ovejas.

La isla O'Brien, junto al paralelo 55, de 150 kilómetros cuadrados, de tierras, también está en manos de un arrendatario.

En igual forma que las anteriores se encuentran la isla Londonderry, paralelo 55, de 900 kilómetros cuadrados, la isla Gordon, paralelo 55, de 900 Km.2 y por último, la parte Norte de las islas Wollaston (650 Km. cuadrados que forman el último grupo del archipiélago fueguino y cuya isla más austral, isla Horno, muere con el Cabo de Hornos, sobre el paralelo 56.

Lo que más sorprende al viajero que se interna por este laberinto de tierras que se suponen dominadas por los hielos eternos del polo, es la magnífica flora que se levanta en el corazón de cada isla. Riquezas inmensas guardan esos bosques gigantes que cada invierno se ven fecundados por la nieve y por el frío.

Las deslumbrantes jardineras esperan impacientes la mano que debe explotarlas y, orgullosas, presentan a la vista del explorador estupefacto, los añosos y acerados robles, los cipreses esbeltos y elegantes, el formidable y compacto leña dura y el verde y coposo canelo. Y bajo aquella frondosidad majestuosa, el suelo se tapiza con el pasto exuberante y las flores se levantan mostrando con primor sus hermosos colores y la verdura se desarrolla silvestre, altiva y seductora.

Tales fueron las impresiones que recogimos en la parte más austral del orbe, en la región más hermosa de Chile, en la parte más abandonada de nuestra patria.

El corazón se ensancha y apresura sus latidos cuando palpa la grandeza sublime de las imponderables bellezas y riquezas con que se dignó dotarnos la naturaleza. ¡Quiera el destino que siempre seamos los dominadores de aquello que debe hacernos inmensamente poderosos en un porvenir no lejano!

Referente a los antiguos pobladores de esos suelos, los indios yaganes; extinguidos y diezmados, ya no surcan las aguas de los canales ni se ven sus rápidas canoas destacarse en la superficie, junto a las playas y bajo esa nube de gaviotas y alcatraces que revolotean confiados y ligeros. Individuos de una raza muy inferior a la de todas las que habitaron la Patagonia y Tierra del Fuego, con excepción de los alakalufes, y de una mentalidad rayana en la inconsciencia, habitaron las distintas caletas del Canal Beagle, haciendo una vida completamente nómada. Los últimos paraderos de las distintas familias, quedaron señalados en Navarino, Mejillones y Punta Remolino.

El número total a que hoy día alcanzan los yaganes, es difícil que suba de 70 u 80 individuos, contando a los hombres, mujeres y niños. Algunas de sus costumbres son derivadas de los onas, con quienes, parece, tuvieron algún contacto. Tienen algunas ideas religiosas y ellas se basan en la creencia de un sólo Dios.

Quien primero los visitó, fue el ilustre Darwin el año 1832 y posterior a él en 1882 el Comandante don Luis Martial que llegó al Estrecho a bordo de la «Romanche», acompañado por el naturalista Hyades.

El honorable don Tomas Bridges, vivió junto con ellos por espacio mayor de cuarenta años.

Nunca se llegó a profundizar el fondo de los yaganes, por cuya causa han continuado sumidos en el más profundo misterio.

Recientemente nuestro Gobierno ha designado una misión científica que debe trasladarse hasta el centro de los yaganes. En ella figuran los ilustrados profesores RR. PP. don Martín Gusinde y Guillermo Koppers.

El señor Martin Gusinde es jefe de sección en el Museo de Etnología y Antropología de Santiago.

Dadas las relevantes prendas de carácter, prestigio y abnegación de que disfrutaban estos sabios sacerdotes, es de esperar que muy pronto la ciencia tendrá resuelto un nuevo trabajo y un nuevo problema que estudiar.

Los censos que se levantaron referente a los yaganes, hizo subir su número a la no despreciable suma de 3.000 individuos. En la extinción de esta raza, han obrado los mismos o parecidos factores que para la raza ona.

En la actualidad, los hermanos Lawrence, concesionarios de una parte de la isla Navarino, han recogido los despojos de la tribu yagan, y cumplen con el humanitario deber de darles terrenos donde trabajen y choza donde se abriguen. Sin embargo, tan humanitario proceder, digno por cierto de toda alabanza, no será lenitivo suficiente para que reviva una raza que agoniza a la cual sólo queda un estertor de vida...

Quince días empleamos en esta inolvidable excursión a las islas del sur y, nuestro regreso a Porvenir, no fue accidentado ni dio nuevos motivos para ser descrito. De paso por «Río Grande», recuperamos el excelente Ford y, más seguros que sobre el lomo de las cabalgaduras, en la tarde de un sábado, echamos pie a tierra en el Hotel del pueblo.

Grande fue nuestra alegría, cuando supimos que nuestro antiguo compañero, el excelente anciano de los catalejos, había regresado el día anterior.

Tan pronto se le dio aviso de nuestra presencia, acudió presuroso a abrazarnos y a darnos la bienvenida.

Durante la comida nos hizo partícipes de su viaje al Norte de la Isla:

-He pasado muchos días -nos dijo- en la subsección Ekwern y he recogido apuntes y datos tan preciosos, como Uds. jamás podrán imaginar. Me prometo ofrecer a Uds. una espléndida velada si me permiten darles lectura después de la sobremesa.

Con mucho gusto accedimos a tan espontáneo ofrecimiento y aquella noche oímos el siguiente relato que conmueve y espanta y, cuyo epílogo doloroso, estimamos sea la página de sangre en la historia de Tierra del Fuego.

Capítulo XIII

Los indios onas

Estudio etnográfico de las tres primeras razas pobladoras del archipiélago fueguino.- Las razas yagan, alakalufe y ona.- Los onas: origen, vida, costumbres y tradiciones.- Causas que se relacionan con el exterminio de esta raza.- Influencia que en esta extinción cupo a la raza blanca, primeros pobladores civilizados de Tierra del Fuego.- Consideraciones de carácter general.

El buen anciano dio comienzo a la velada en la siguiente forma:

-Antes que nada -nos dijo-, y para la mejor asimilación de lo que les voy a relatar, es necesario que Uds. conozcan una opinión autorizada sobre el más probable origen de la raza ona y de las otras razas que Uds. han podido conocer en el transcurso de este viaje.

Estos datos los he tomado del libro *Antropología chilena* de Ricardo E. Latcham, cuyo completo trabajo podrán Uds. encontrarlo en el volumen XIV de los Trabajos del Cuarto Congreso Científico (1.º Pan Americano) celebrado en Santiago de Chile del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909.

El señor Latcham dice así:

ONAS

Los onas habitan el Este y Noreste de Tierra del Fuego. Acusan una descendencia patagónica; pero es discutible si pertenecen a la nación de los Tehuelches; o más bien a otra rama de la familia que ocupaba el territorio vecino al Río Negro en tiempos prehistóricos. Los datos precisos sobre la morfología de esta raza son muy escasos. Sabemos que son de

alta estatura, corpulentos y que en general se asemejan a sus vecinos del norte del Estrecho; pero también en algunos puntos se diferencian de ellos.

El promedio de la estatura, referida por distintos viajeros, resulta en 1.81 ms. para los hombres y 1.67 para las mujeres. Son corpulentos, de anchas espaldas y miembros proporcionados a su tronco.

Las únicas mediciones craneométricas que conocemos de esta raza, son las que da Hultkrantz de tres ejemplares hallados por la expedición científica sueca; y de tres que existen en el Museo de París.

Son todos dólicocéfalos con índice cefálico medio de 74.6 y akrocéfalos con índice mixto de altura de 88.4 y mesósems y leptorinos, con índice nasal de 45.3.

Los cráneos son relativamente voluminosos con una capacidad media de 1.487 c.c.

En los vivos se nota que la fisonomía es menos agradable que entre los tehuelches; la cara es alargada, angulosa, los pómulos salientes, la nariz larga y delgada y la boca grande.

Muchos observadores han encontrado una semejanza marcada entre los tehuelches y los onas. Sin embargo, esta semejanza es más aparente que verdadera; porque los primeros son esencialmente branquicéfalos, según Ten Kate y Deniker; pero mientras no estemos en posesión de mayores datos, creemos más prudente no pronunciar opinión sobre el parentesco existente entre las dos razas.

Al mismo tiempo no estamos de acuerdo con el señor Félix Ontes, quien supone que los onas deben su dolicocefalia, a la mezcla habida con sus vecinos los yaganes; puesto que son dólico y subdolicocefalos, con índice mayor que los onas; y todavía tenemos que aprender que una raza branquicéfala, mezclándose con otra subdolicocefala, produzca una netamente dolicocefala.

YAGANES

Al Sur y al Oeste de los onas, en ambos lados del canal de Beagle encontramos a los yaganes; el pueblo más austral del mundo.

Gracias a las expediciones científicas mandadas a los mares antárticos por diversos gobiernos europeos, y las publicaciones de los esforzados misioneros que se han dedicado al alivio físico y moral de los últimos restos de esta desgraciada nación; tenemos datos más precisos sobre esta raza.

Hoy, escasamente llegan a 300 individuos; (Otto Nordenshjord) la mayor parte de los cuales están domiciliados alrededor de las misiones.

Son de pequeña estatura llegando al promedio de 359 hombres sólo a 1.585 mt., y de 160 mujeres a 1.40 mt.

Tienen la cabeza voluminosa, con capacidad craneana de 1.445 c. c. para los hombres y 1287 c. c. para las mujeres, según Hyades y Deniker. Los tres cráneos medidos por Hultkrantz dieron, respectivamente 1290, 1360 y 1550 centímetros cúbicos.

Son subdolicocéfalos. El índice cefálico para 30 cráneos de hombres era 76.78, y para 18 mujeres 77.98, o para toda la serie de 28 cráneos de 77.3. El mismo índice en los vivos era para 29 hombres 79.6; y para 24 mujeres 79; y en 36 niños de 2 a 15 años 80.64. Para los 53 adultos se alcanzó a 79.2.

Se nota una tendencia a la escafocefalia. La cara es larga en forma de losango, y angular. Esta forma se debe a que la frente es relativamente estrecha, baja y huyente, y los pómulos pronunciados. El frontal mínimo es 102 mm. en los hombres, y 88 mm. en las mujeres, mientras el diámetro bizigomático es 147 mm. en los primeros, y 126 mm., en las últimas. La diferencia entre estas dos mediciones es de 45 mm. en los hombres, y 38 mm. en las mujeres.

Los ojos son pequeños, horizontales y oscuros. Las órbitas son cuadrangulares, con índice arbitrario en 61 individuos de 87.5, siendo un poco mayor en las mujeres que en los hombres.

La nariz es generalmente cóncava, con puente estrecho, alza grandes, ventanillas abiertas y la punta un poco levantada. La «apertura piriformis», es larga y angosta, encontrándose los yaganes en este respecto entre las razas leptorinas, con índice nasal de 47.4 en una serie de 70 cráneos.

La boca es grande y los labios gruesos y salientes; y existe un débil pronatismo subnasal. La barba es pequeña y poco protuberante; los dientes bien alineados y parejos (Hyades y Denicker).

El cuello es corto, bien torneado y fuerte; los hombros anchos, cuadrados y un poco altos.

El tronco en general es más grande y no corresponde a la proporción de las extremidades, que son delgadas y mal formadas. Esto les da la apariencia de ser más altos de lo que realmente son cuando se les ve sentados.

Andando parecen más bajos por la costumbre de caminar con el cuerpo echado hacia adelante: con las piernas un poco dobladas.

Los brazos son largos en proporción al tronco, las manos y los pies cortos pero anchos.

Las piernas son cortas y mal hechas, sin pantorrilla señalada; debido a que pasan lo más del tiempo acurrucados a la orilla del fuego, o en el fondo de sus canoas; y hacen muy poco ejercicio.

La misma costumbre hace que la piel de las rodillas habitualmente estirada forma hondas arrugas y superficies callosas cuando están parados.

Los brazos y las piernas son redondeados y acusan muy poca musculatura.

El color de estos indios es entre cobrizo y bronceado, pero difícil de distinguir a causa de la mugre y pintura que los cubre. Las mujeres son un poco más claras que los hombres.

El pelo es negro, lacio y liso, cayendo sobre la frente y los hombros. Las cejas son oscuras y poco pobladas y la barba casi nula (Dr. Hyades. *Un año en Cabo de Hornos*).

Fitzroy dice que el «*corpus adiposum*» que envuelve el cuerpo, conserva la temperatura necesaria para continuar las funciones vitales y la circulación de la sangre. Es especialmente grueso sobre el abdomen y el dorso; en las caderas forma rollos y llena los intersticios entre los músculos en general.

El epidermis también es más grueso que en la raza blanca. Estos dos factores, comunes a todas las razas australes, son los que permiten una vida nómada expuesta a todos los rigores de la intemperie.

No sabemos el origen de esta raza, distinta en su físico e idioma a las que la rodean; pero es posible que sea oriunda de la Patagonia; y haya sido empujada hacia el sur por sus más poderosos vecinos.

Tiene muchas semejanzas con la antigua raza dolicocefala, cuyos restos se han hallado cerca de Roca. Dice Déniker que se asemejan más a los botocudos que a cualquier otra raza conocida, no sólo en la forma del sino también en otros caracteres como la estatura, fisonomía, etc.

ALAKALUFES

Los alakalufes, o alijoolipes ocupan el Oeste y el Norte de la Tierra del Fuego, como también las islas occidentales del extremo sur de la República.

Casi todos los observadores están de acuerdo en que no pertenecen a la misma raza que los yaganes; aun cuando sus costumbres y modo de existencia son muy parecidas.

Su «hábitat» ha extendido, sin duda, mucho más al norte, probablemente hasta la isla de Chiloé, tanto en las costas del continente como en la de los archipiélagos.

Su estatura es un poco mayor que las de los yaganes y con un promedio de 1,62 mt. para los hombres, y 1,487 mt. para las mujeres. Son también más vigorosos y activos.

El tronco es ancho en proporción a la estatura, los miembros son torcidos y delgados, debido a su modo de vivir casi constantemente en las canoas. Los brazos son más largos

que las piernas, y en las mujeres más desarrollados que en los hombres, a causa de su mucho ejercicio en remar.

La cara es más regular, más redonda y de mejor aspecto que entre los yaganes.

La frente es angosta y retrocedente, los ojos pequeños y hundidos, horizontales, de color oscuro y bastante separados.

La nariz es angosta entre los ojos, pero ancha en su extremidad, con las ventanillas abiertas y un poco prominente vista de perfil. La boca es grande y los labios, sobre todo el inferior gruesos; los dientes bien alineados y blancos y duran hasta la vejez. Los pómulos son poco salientes, pero el mentón es grande y protuberante. Tiene orejas pequeñas, algo encorvadas hacia adelante. El pelo es negro, lacio y grueso; tienen poca barba, aun cuando es más tupida que entre los yaganes. Por lo general arrancan todo el pelo de la cara, y cuerpo.

En cuanto al color del cutis, son parecidos a los yaganes, siendo un poco más claros que estos últimos (observaciones personales del autor); sobre sus caracteres osteológicos tenemos pocos datos.

Martin, quien estudió los esqueletos de cinco individuos de esta raza que murieron en Zurich, dice que los cráneos eran mesaticéfálicos, pero no conocemos las cifras que le sirvieron para sus cálculos. También dice que eran hipsiconchicéfalos, leptorinos y camoprosóficos, con la frente angosta y huyente (R. Martin, *Anthropologie des Fuegiens. L'Anthropologie*, Paris, 1893).

Hyades y Deniker, los antropólogos que acompañaron la expedición científica francesa en su misión al Cabo de Hornos dan los siguientes datos sobre esta raza.

Cinco cráneos masculinos dieron un índice cefálico de 75.68, y los de dos mujeres 78.15 y seis mujeres uno de 79.84.

Tanto los cráneos como los vivos se encuentran dentro de los límites de la subdolicocefalia, con tendencia entre los hombres a la dolicocefalia, como por ejemplo los cuatro individuos vivos citados por Bohr, cuyo índice medio sólo llegó a 75.

La cara es más angosta que en los yaganes, pero el frontal es más ancho, como también los molares y la mandíbula inferior, de modo que no se nota esa forma de losanjo tan característica de los últimos (Obra citada).

De los seis cráneos que nosotros hemos estudiado personalmente, existen tres en el Museo Nacional de esta ciudad. Los otros tres son de nuestra colección.

Los del Museo nos dieron un índice cefálico de 76.4 y son, por lo tanto, subdolicocefálos.

Los índices respectivos eran 74.4, 76.6 y 78.4. Todos eran hipsiakrocefálicos micrósemos, índice orbitario 83.4; y leptorinos, índice nasal 45.6. Eran muy simétricos, con curvas suaves; el occipital bien pronunciado, los arcos supraciliarios bastante marcados, y la frente angosta y huyente.

El esqueleto de la cara es corto, los huesos de la nariz prominentes, las órbitas alargadas y el paladar largo y de poca altura.

Los molares son de regular anchura, pero protuberantes, y existe muy poco proñatismo, siendo casi recta la cara. A todos los tres cráneos les falta la mandíbula inferior.

Los tres que nosotros poseemos proceden, de la isla Dawson, y el otro de la península de Brunswick, cerca del Fuerte Hambre; y pertenecen probablemente a esa tribu llamada por los viajeros Pesheraí.

Presentan pequeñas diferencias a los del Museo, aun cuando es preciso tomar en cuenta que dos de ellos son de mujeres.

Son más dolicocefálicos 74.7, con la cara más angosta, el diámetro bizigomático llegando sólo a 119 mm. Las órbitas son más megásimas, con índice orbitario de 936.

Los demás caracteres son iguales a los de la serie del Museo; la frente angosta, la nariz prominente y leptorina, con índice nasal de 44.6; y los cráneos en general hipsiakrocefálicos y simétricos.

La capacidad media era de 1.232 c. c. El índice cefálico medio de los seis cráneos es 75.6; ligeramente subdolico-cefálico; el índice mixto de la altura 89.2, el orbital 88.5 y nasal 45.1.

Medina en sus Aborígenes de Chile da algunas mediciones de los cráneos de esta raza, que resultan con un índice cefálico de 73.

El resumen de estos estudios nos da los siguientes índice cefálico, para los cráneos de 11 hombres: 75.3 y para cuatro mujeres: 76.4.

De esta raza se encuentran restos por toda la costa, hasta el sur de la isla de Chiloé, y hay evidencia en prueba de que en un tiempo fue bien numerosa en los archipiélagos de Guaytecas y Chonos.

Hemos podido estudiar ocho cráneos de esta región; tres de Guaytecas, tres de Chonos y dos de la isla de Wellington.

Los de Wellington y de Chonos eran más dolicocefálicos que los de Guaytecas.

Los índices eran, respectivamente: 74, 74.9, 75.5, en los chonos, y 77.6, 76.9, en los de Guaytecas.

El índice medio de los ocho cráneos era 75.9, subdolicocefalos. Medina cita el cráneo de un chono cuyo índice cefálico sólo alcanzaba a 69.4 (José Toribio Medina. *Los aborígenes de Chile*. Santiago).

Los de Guaytecas eran más megásemos que los otros, con un índice orbitario de 92; mientras los de chonos no pasaban de 83.1, siendo, por lo tanto, casi micrósemos. Para este índice toda la serie dio un término medio de 87.5.

Eran hipsiakrocefálicos, leptorinos, índice nasal 45, y tenían en general todos los rasgos característicos de los alakalufes de los estrechos del sur.

El Capitán Wallis halló 32 de ellos, y dice que eran muy parecidos a estos últimos; pero mejor formados.

El Capitán Fitzroy (obra citada) dice otro tanto, y afirma que sus miembros eran más redondeados, más musculares y llenos; y que eran de mejor aspecto que los fueguinos.

Otros observadores también han notado esta semejanza entre los dos pueblos y creen que no es aventurado considerarlos como la misma raza.

Al mismo tiempo, no cabe duda de que los antiguos habitantes de las islas Guaytecas habían sufrido algunas mezclas con otras razas. Sus mayores índices cefálicos y orbitario, y su menor estatura, 1.55 mt., según Cappinger, lo indican.

El elemento extraño venía, probablemente del sur de Chiloé.

Tradiciones conservadas entre los indios de esta última isla, cuentan que los chonos y los chilotes vivían en estado de constante guerra y maloqueándose los unos a los otros; llevando las mujeres y matando los hombres.

Ambas tribus eran exogámicas, y así se queda de manifiesto, uno de los factores de las mezclas que notamos en el archipiélago de las Guaytecas.

El Padre Menéndez también nos informa que los Tehuelches y Puelches de la región de Nahuelhuapi, hacían excursiones periódicas contra sus vecinos de las costas del Pacífico. (Francisco Fonk. *Diarios de Fray Francisco Menéndez*. Valparaíso (1896-1900).

No es de extrañarse, entonces, que no hallemos uniformidad completa en esas regiones. El tipo predominante, sin embargo, es el de los alakalufes.

Algunos escritores han tratado de establecer la probabilidad de haberse poblado estas regiones desde la Polinesia; pero estimamos que no hay fundamento para una opinión tan temeraria.

PATAGONES

Al noroeste del golfo de Otway encontramos a los Tehuelches o Patagones.

Al Sur y al Norte del mismo golfo había una tribu de la misma raza a quienes Fitzroy dio el nombre de Huemules; pero que formaba parte de la familia de los Keyuhues. Estas tribus formaban una sub-raza, debido a sus mezclas con los alakalufes.

En el tiempo de Falkner los onas, que él denominaba yacanacunnes, habitaban ambos lados del Estrecho, pero fueron desalojados por sus vecinos del norte los sehancunnes, o tehuelches; y pasaron a la Isla Grande de Tierra del Fuego.

Estos tehuelches o patagones son de otra raza. Ten Kate (obra citada) declara que son braquicéfalos.

Félix Ontes (obra citada) afirma lo mismo.

Este último autor dice que el cráneo es de gran capacidad, la frente encorvada, y rara vez huyente, la cara alta, megásema, leptorina, y en algunos casos ligeramente proñata.

Démker (obra citada) los clasifica entre los sub-braquicéfalos, y da 85 como el índice cefálico de 18 individuos vivos.

Esta cifra limita a los braquicéfalos y los sub-braquicéfalos; de modo que no sería muy arriesgado clasificarlos entre los primeros.

La estatura de esta raza es considerable, pero no tanto como muchas veces se ha dicho. El término medio de los hombres es más o menos 1.80 mt.; fluctuando entre 1.70 mt. y 1.95 mt.; y el de las mujeres entre 1.60 mt. y 1.75 mt., con un término medio de 1.68 mt.

Topinard. (*L'antropologie*, 4.^a edition, 1884. Paris) dice que la estatura media de seis series era 1.78 mt. Wiesbacli (*Viaje del Novara*) (*Tradueciox*, Barcelona, 1890) y Musters (Patagonia) la colocan en 1.73 mt., pero probablemente incluyen a las mujeres; Ten Kate (obra citada) da 1.716 mt., por tres mediciones tomadas por él.

D'Orbigny (*L'Homme Americain*), que vivió por ocho meses entre ellos, y midió gran número de ellos, dice que la altura media de los hombres era 1.73 y de las mujeres 1.72 mt.

Estas diferencias provienen de circunstancias locales. Los tehuelches son oxogámicos, buscando sus mujeres entre las tribus que los rodean. Esto también explica las diferencias craneales, que se hallan entre estos indios.

Los tehuelches tienen la cabeza relativamente grande; la cara ancha, cuadrada y achatada; los pómulos poco salientes; los ojos pequeños, vivos y horizontales; la nariz corta, chata, ancha con las ventanillas dilatadas; la boca grande y los labios gruesos y prominentes.

La frente es arqueada, y no muy estrecha y huyente. La barba es corta, cuadrada y bien pronunciada. El cuello es corto, las espaldas, muy anchas, y el pecho desarrollado y levantado.

El tronco es grande y largo, pero los brazos y las piernas son relativamente cortos, y acusan poca musculatura.

El cutis es más suave que en las razas blancas y de color moreno rojizo, o bien un bruno más o menos bronceado, poniéndose algo amarillento entre los viejos.

Rogers (obra citada) dice que son algo más blancos que el común de nuestro bajo pueblo, refiriéndose a los chilenos.

Aquella rama que vive entre las montañas y la costa del Pacífico, incluyendo los huemules y keyuhues, han sufrido más variación de tipo, que los de las faldas y llanuras del territorio oriental.

Tienen menor estatura, 1.69.; y representan sin duda, un mestizaje entre los tehuelches y los alakalufes o chonos.

Sólo hemos podido obtener datos auténticos sobre tres cráneos de esta región.

Dos eran mesaticéfalos con índice de 78.4 y 78.9 respectivamente, y el otro era ligeramente braquicéfalo, llegando a 83.95.

Uno citado por Medina era subdolicocefalo con índice de 77.5.

No son tan hipsicefálicos como en los alakalufes, siendo el índice mixto de altura, 83.9. En cambio son megásemos, índice orbitario 90. El índice nasal es casi igual, 45.5.

Son más grandes que los cráneos de los fueguinos y más globulosos.

Los parietales como también el oxipital, son algo aplastados, pero la región temporal es llena.

El esqueleto de la cara es alargado, y los huesos pesados y fuertes. El frontal es un poco deprimido; y los arcos supraciliarios bastante pronunciados. Los huesos de la nariz son angostos en su base y algo salientes.

El capitán King (*Voyages of the Adventure y The Beagle an the years 1826-1836*. Vol I. London 1840) dice que los huemules eran algo parecidos a los alakalufes, pero más robustos y activos, y con facciones distintas. Agrega que en cuanto a complejión, son muy poco más oscuros que los europeos meridionales.

Estos tehuelches en tiempos no muy lejanos se extendían mucho más al norte y frecuentaban las faldas de este lado de la Cordillera en la región del Golfo de Reloncaví; y

tenían frecuentes relaciones con los cuncos y hulliches de la provincia de Llanquihue. En esta zona eran conocidos con el nombre de poyas».

Después que el buen anciano dio término a la lectura del interesante trabajo del señor Latcham, que antecede, nos dijo:

-Voy a permitirme adelantar a Uds. algunas apreciaciones personales, dictadas con imparcialidad e hijas de mis observaciones.

El señor Latcham, en el volumen antes citado, en la página 48, dice:

«Ninguna de las otras razas que poblaban el país ha podido hacer frente contra los avances del invasor, y de la civilización que introdujo.

Los fueguinos ya no alcanzan a mil almas, los chonos y los cuncos, tan numerosos hace dos siglos, no han dejado más que sus nombres. Los pehuenches quedan reducidos a unas pocas parcialidades y los changos a unas tantas familias.

Todavía vegetan algunos pocos grupos de indios en los valles interiores de las provincias del norte, pero el futuro cercano será la completa extinción de todo el elemento netamente indígena, sin que quede más que un breve recuerdo de ellos».

Cuánta razón tuvo el señor Latcham al escribir estas palabras en 1909. Solamente ocho años después de haber predicho tan rápida extinción, el propio autor de aquellos conceptos deberá horrorizarse al saber que de las mil almas fueguinas que él calcula, apenas alcanzan a sumar hoy unas docenas.

Hemos recorrido los canales de Chiloé y los de Magallanes, hemos visitado casi todos los rincones e islas de Tierra del Fuego, hemos tenido sumo interés por encontrar a los nativos, especialmente a los onas, y sólo en Ekwern entrevistamos uno, en estancia Cameron otro (el indio Santiago) en Río Chico; (Sub-sección de San Sebastián), dos familias; dos hombres y dos mujeres, en Río Grande, Misión Salesiana ocho o diez indios y, por último, supimos que los hermanos Bridges, en la estancia del mismo nombre, conservaban un total que no sumaba la docena. En las distintas islas, al sur del canal Beagle, sólo encontramos algunos y las noticias que tuvimos sobre la existencia de los nativos fueron muy desconsoladoras.

Sólo en los canales al norte del Estrecho de Magallanes, en el grupo de islotes que quedan a una jornada al sur de la Angostura Inglesa vive una veintena escasa de alakalufes que marchan derecho al exterminio. Aunque la planta del civilizado no ha logrado sentar pie en estos parajes solitarios y heridos, el propio clima y la mala alimentación, únicamente marina, hará que esos cuerpos extremadamente deformados, con una laxitud aterradora en los tejidos adiposos, causada por la deficiencia nutritiva de las comidas, concluya por hacerlos desaparecer definitivamente.

Las causales que anotamos para el desaparecimiento de estos últimos, los alakalufes, a quienes consideramos hoy día la más baja de las cuatro razas tratadas, aunque estemos en desacuerdo con lo que dice el señor Latcham en la página 36 de su trabajo, no son las mismas que hemos apreciado para el indio ona, habitante hasta hace poco en Tierra del Fuego.

El ona hizo frente al avance del invasor y defendió con valentía el suelo que le brindaba la naturaleza. La civilización que los blancos introdujeron en Tierra del Fuego, no alcanzó a tocar al elemento nativo. La invasión blanca fue demasiado rápida, podríamos decir fue un estallido, sin otra consecuencia que el exterminio, la desolación y la muerte.

Casi no hubo lucha entre invasores e invadidos: fue tal la diferencia en el armamento de los dos combatientes, que sólo se destacaron matanceros y víctimas indefensas.

Con anterioridad a nuestro viaje al sur y en conversación con algunos amigos en un Club santiaguino, uno de entre ellos, hombre de estudio sin duda, trató de disuadirnos de aquel viaje, alegando que era sumamente peligroso, no sólo por la inclemencia del clima, sino por los onas, indios que en número mayor de mil, poblaban la gran isla.

-Estos indios -nos dijo- pertenecen a la raza más miserable que puebla la tierra, son antropófagos cuando pueden alimentarse con carne blanca, el frío de la región les ha degenerado el organismo, haciéndolos contrahechos y deformados, y se alimentan con inmundicias y parásitos que crían en tiestos especiales. Para mayor afianzamiento de sus razones, nos leyó un acápite de una enciclopedia inglesa, impresa el año 1914, que en la parte pertinente dice así:

«Tierra del Fuego, isla del sur de Chile poblada por más de mil indios salvajes de la peor especie».

Lejos de apartar de nuestro ánimo el viaje que habíamos concebido, las palabras anteriores dieron margen para que nos embarcáramos cuanto antes.

Citamos el hecho anterior, porque él refleja el sentir casi general del centro del país, sentir que muy pocos autores, o más bien dicho nadie, se ha encargado de desvirtuar, presentando la zona austral al sur del Estrecho de Magallanes, tal cual es en sus riquezas y en su vida.

Recordamos, ya que cuadran perfectamente en esta apreciación, las palabras de don Gonzalo Bulnes escrita en su obra: *Chile y la Argentina*. Un debate de 55 años dice:

«Así, por ejemplo, Darwin, escribió en su célebre libro de viajes alrededor del mundo, que la Patagonia, siendo estéril, era fecunda en roedores, y en Chile se amplió la frase diciendo: que era tierra sólo para ratones y que éstos acabarían con los hombres que se establecieran en ella».

Se formó una leyenda que sería graciosa leer hoy, si no fuera en extremo dolorosa para nuestro patriotismo y recuerdos. Se exageró hasta el ridículo el rigor de su clima, la esterilidad de su suelo y sus condiciones repulsivas para la vida humana. ¡Se llegó a decir que hasta sus flores eran hediondas! Y el mismo ilustre Darwin declaró que no sólo las tierras eran malditas sino que «la maldición parece trasmitirse al agua».

Consecuente tal vez con estos mismos principios, encontramos en el valioso trabajo del señor Latcham, las siguientes frases, cuyos primeros conceptos, los que se refieren al terreno, difieren de nuestro modo de pensar en la página 37 del volumen antes citado dice:

«En un territorio inhospitalario como el de Tierra del Fuego, habría sido casi imposible que un pueblo avanzara mucho en civilización.

El cultivo del campo no puede iniciarse ni prosperar más que en aquellos países en que las diversas estaciones son propicias.

Los territorios donde las consideraciones especiales del clima no consienten nada más que una vegetación pobre y sólo en determinados puntos, no puede ser cuna de una raza muy civilizada. Mientras las tribus permanecen en tales regiones, continuarán necesariamente en este estado nómada. Así se explica el grado de salvajismo en que han quedado sumergidos por tantos siglos los fueguinos.

Fuera de contacto de otro pueblo más avanzado, habitando una región donde sólo podían mantenerse miserablemente dedicándose a la caza y la pesca y sin tener oportunidad ni estímulo para progresar, presentan un estado social tal como podemos imaginar, tenían sus antecesores de miles de años atrás».

Si está aceptado que las distintas razas primitivas de Chile, fueron disminuyendo en civilización a medida que se avanzaban para el sur, por sentado tenemos que los fueguinos debían ser los menos civilizados, o si se quiere, los más salvajes.

Pero este estado de civilización, no puede atribuirse a que Tierra del Fuego sea inhospitalaria o a que en sus campos no pueda iniciarse el cultivo o que su vegetación sea pobre y sólo se presente en determinados puntos. Invitamos al que tal concepto tenga sobre Tierra del Fuego, a leer estas memorias, escritas sin pasionismo de ninguna especie y sólo destinadas a dar a conocer la región, sus riquezas y sus necesidades.

El indio fueguino, nos referimos al ona, obligado por la naturaleza a vivir en una zona completamente aislada y «fuera de contacto de otro pueblo más avanzado», debió, forzosamente mantenerse en un manifiesto atraso con respecto al progreso de civilización del resto de las primitivas razas aborígenes de Chile.

Sin embargo, estimamos que de las cuatro razas presentadas en este capítulo, lo cabe al ona un lugar prominente si se atiende a su vida, costumbres, moral, temperamento, talla, conformación corporal, etc.

Considérese que el ona debió batallar sólo y completamente aislado de tribus más civilizadas y que los alakalufes, sus vecinos descendientes de los chonos, tuvieron contacto con razas más avanzadas y, sin embargo, decayeron a tal estado de indolencia y barbarie, que hoy día, sea quien sea el que les contemple un momento a través de los canales, experimenta la sensación de encontrarse entre degenerados inofensivos y de la última especie.

Hay más; los misioneros salesianos que han vivido en contacto directo con estos infelices tan bárbaramente exterminados, refiriéndose al ona, lo presenta siempre como el aborígen fueguino de más capacidad, de mejores sentimientos y de más sanas costumbres.

El padre Antonio Coiazzi, en la página 11, de su trabajo *Los indios del archipiélago fueguino*, entre otras cosas, dice así:

«Verdaderos gigantes son los onas, los más altos de los cuales pasan de 1.90 m. con una media de 1.74 m. (...) En los jóvenes aún adultos se conserva un aire femenino y su rostro no es nada feroz ni repugnante. En una palabra, los más presentan una belleza que agrada aún al ojo del europeo. Una comparación psicológica entre las tribus onas y alakalufes, se hizo en la persona de dos indios viejos (de 54 años, más o menos) que vivían en la misión de la isla Dawson desde el año 1891 y ahora están en Río Grande.

Se llamaban Eliseo y Miguel. Eliseo pertenece a la tribu de los onas y Miguel a la de los alakalufes. El primero está siempre alegre, jovial y de buen humor; el segundo, al

contrario, se muestra casi siempre serio y taciturno y es muy difícil que se le dibuje una sonrisa en los labios. En general, los alakalufes son tristes y taciturnos; los onas, al contrario, son más joviales y expansivos.

Los alakalufes, además de ser taciturnos y tristes, son también notoriamente traicioneros, lo que parece consecuencia o causa de su carácter cerrado. Prueba de esto son las muchas anécdotas oídas al respecto por los misioneros; pero el ejemplo más trágico se tuvo el día 9 de setiembre de 1889, cuando tres alakalufes se presentaron, so pretexto de ofrecer una piel de nutria al director de nuestra misión de la Isla Dawson, don Bartolomé Pistono, que aquel día estaba allí sólo con un hermano, y trataron de asesinarlo a traición, mientras al mismo tiempo otros tres atacaban al hermano, acribillándolo de heridas que luego le ocasionaron la muerte».

Cientos de casos podríamos citar en beneficio de los onas y con perjuicio de las otras tribus fueguinas; nos abstenemos de hacerlo en atención a que el lector podrá formarse juicio cabal después de leer este capítulo, dedicado a los infelices y poco conocidos onas, tan bárbaramente exterminados por los usurpadores de sus campos.

Llegado a este punto, el incansable anciano hizo una pequeña pausa, alimentó su pipa y prosiguió de esta manera:

-Casi la totalidad de los autores, estudiosos de esta región, están contestes en que los onas descienden de los tehuelches o patagones:

«Los onas se han considerado siempre como rama austral de los tehuelches o patagones, por su estatura, aspecto general y sus costumbres».

Respecto a que algunos escritores dan a los onas una procedencia ajena a la sudamericana, el mismo autor antes citado dice:

«Algunos escritores han tratado de establecer la probabilidad de haberse poblado estas regiones desde la Polinesia; pero estimamos que no hay fundamento para una opinión tan temeraria».

-Sentada, pues, la más probable descendencia de los onas, y los valiosos estudios que a Uds. acabo de leer -prosigue el señor de los catalejos-, voy a participarles que mi negativa para acompañarlos al sur de la isla, no obedeció a cansancio ni a fatiga. Recordarán perfectamente que a nuestro paso por Ekweron encontramos un ona, capataz de aquella subsección, que tan triste historia nos contara de su vida. Impresionado por el relato, regresé hasta aquel punto y he permanecido junto al ona, logrando recoger de su boca la siguiente tristísima historia que se relaciona con sus antepasados.

-Olka, tal es el nombre del ona -prosigue el anciano investigador-. En un principio se mostró sumamente reservado para conmigo; sin embargo, cinco días de vida común hicieron que me abriera su alma y me considerara digno de ser su confidente.

Junto a la lumbre de una fogata y en medio del silencio de la selva, Olka me habló de esta manera:

-Muchas veces se han enrojecido las hojas del roble después de aquel tiempo en que nos reuníamos junto al fuego y en medio de los bosques para oír de mi anciano padre la historia de sus antepasados.

La gran familia ona vivía feliz en medio de los inmensos bosques y prados de Tierra del Fuego, sin otra preocupación que aquella que se deriva de las urgencias diarias de la vida,

Según mi anciano padre, el Gran Kuanip (el principal héroe ona que lleva el nombre de la constelación de Kuanip), se internó una vez en la inviolable montaña de Heuhupen (se levanta junto al lago Fagnano) y allí conferenció tres días y tres noches con la cabeza del Kon que los yaganes mataron cerca del Canal Beagle. Después de esta conferencia, el héroe Kuanip regresó donde los onas, portador de una noticia en extremo desconsoladora.

Dijo Kuanip que para la tribu se presentaban días de color rojo y que por los solitarios y tranquilos bosques y praderas fueguinas correrían torrentes de sangre ona. Que se aproximaba el fin del dominio ona sobre la gran isla y que la raza empezaría a sucumbir tan pronto como el hombre blanco llegara hasta aquellas regiones.

-Tal es la venganza -dijo Kuanip- que la gran médica escapada de la mné-maten (matanza de las mujeres) va a ejercer sobre todo el pueblo cuyo dominio le pertenecía.

Días de angustia y de dolor -continúa Olka- iban a convertir muy pronto en realidad, tan tremendo presagio.

Anterior al dominio de los hombres -dice Olka-, la raza ona fue dominada por las mujeres, yugo del cual el hombre se libertó después del mné-maten, una historia le voy a relatar.

«Es tradición de los onas que antiquísimamente las mujeres ejercían una superioridad de dominio sobre todos los hombres, ellas cazaban y pescaban, dejando las faenas domésticas y pesadas para los hombres. Las mujeres conseguían mantener tanto predominio mediante un sistema de apariciones terroríficas de supuestos espíritus, los cuales se aparecían siempre protegiendo a aquellas y castigando a los hombres hasta con la muerte cuando éstos mostraban deseos de insubordinación o sólo resistencia a sus caprichos. En una palabra, un verdadero régimen de terror que explotaba la supersticiosa creencia de los hombres en las apariciones de los espíritus, los cuales no eran nada más que mujeres disfrazadas.

Todo este sistema de supercherías de las mujeres en desafío de los hombres, que de esta manera quedaban reducidos a la condición de verdaderos esclavos, estaba encubierto con el más riguroso secreto, que debió permanecer oculto no sólo a los hombres, sino también a las niñas que no eran aún juzgadas fieles depositarias de él. Tal secreto se revelaba a las jóvenes mediante una ceremonia especie en la cual conocían la impostura de tales apariciones, que tantas veces antes habían visto y temido como los hombres. Pero, continúa la tradición, un día, sea por indiscreción de alguna mujer o por sorpresa de algún hombre, el secreto se descubrió; entonces los hombres esperaron la época de una iniciación, cayeron sobre las mujeres y las mataron (mné-maten, matanza de las mujeres), perdonando sólo a las niñas que no habían sido nunca partícipes del secreto.

De las mujeres, sólo cinco escaparon de la matanza, a saber: la luna, que entonces era una gran médica (bruja), hacía mucho daño a los hombres y tenía la preeminencia entre las mujeres. Esta, agarrada a un hombre forzado (que después se transformó en un pájaro de plumas amarillas), fue violentamente sumergida de cabeza en el fuego; pero habiéndose soltado, pudo huir y correr al mar para encontrar en el agua un alivio a las quemaduras, de las cuales no obstante, le quedaron las señales, que constituyen, según los onas, las actuales manchas lunares. Otra, habiéndose precipitado en una cascada, se cambió en pato salvaje de plumaje blanco como la espuma de las aguas. La tercera tomó la forma de un pato marino de alas largas (pato a vapor). La cuarta se cambió en cisne y la quinta en becada. Es aún tradición que los hombres de entonces, terminada la matanza imitaron en provecho propio el sistema usado hasta entonces por las mujeres. para hacer esclava a las

niñas que todo lo ignoraban.

Aparte de la mayor o menor autoridad de esta tradición, lo cierto es que actualmente los onas se sirven precisamente de la creencia supersticiosa de las mujeres en los espíritus (representados, se entiende con apariciones), para tenerlas totalmente subyugadas».

A partir de aquella época -continúa Olka-, los hombres fueron los únicos señores de estos suelos donde vivieron tranquilos niños viendo muchas veces los árboles con flores. El ona fue valiente y luchó contra la naturaleza; las madres (querían mucho a sus hijos y, desde pequeños se preocupaban de que su vista fuera penetrante y fuerte y su cuerpo sano y robusto, para lo cual los daban constantes masajes con tierra blanca.

De mi niñez, anterior al período de la iniciación, sólo tengo un vago recuerdo; andábamos mucho y mi padre nos decía que aquello no sólo era saludable al cuerpo, sino que los espíritus así lo habían ordenado.

En nuestra choza, que se instalaba generalmente junto a la sombra de los bosques y algo apartada de la playa, ardía constantemente el fuego del hogar a cuyo alrededor se sentaba mi padre, sus tres mujeres, sus cuatro hijos y dos hijas. Yo fui el menor de la familia y el más querido por mis progenitores.

Ha caído muchas veces la nieve después de aquel día en que se conmovió la floresta y los montes, con la noticia de la llegada de los blancos. Centenares de onas corrieron a través de las praderas y por el medio de los bosques, llevando a las distintas tribus el fatal aviso. ¡La profecía de Kuanip comenzaba a cumplirse.

La primera pisada del blanco marcó huellas de sangre y de dolor. Junto a la bahía San Sebastián, botó el ancla un bergantín velero. Desde aquella nave saltaron a tierra una veintena de hombres armados que, tan pronto se encontraron en tierra firme, atronaron los montes y las selvas con el estampido formidable de sus armas de fuego.

La noticia esparcida por los onas, se supo pronto en todos aquellos rincones donde la tribu tenía repartidas las familias. Muchos pensaron que para el nativo no habría salvación, sin embargo, de los pechos brotó un grito de guerra y todos, sin excepción de sexo, se aprontaron para la lucha.

En un principio, todos los nativos buscaron abrigo momentáneo bajo la sombra de los bosques; allí trasladamos nuestra choza y permanecimos ocultos. Una noche de lluvia, mi buen padre reunió a toda la familia junto al calor del hogar y nos dijo:

-Hijos míos, el fin de nuestra raza se aproxima, empero debemos prolongar nuestra existencia hasta donde lo permitan las fuerzas de nuestros brazos hay la voluntad de los

espíritus. Sois demasiado jóvenes -nos dijo-, especialmente tú, mi buen Olka, que apenas has visto diez veces las hojas rojas del roble.

Sin embargo, las circunstancias exigen que sacrifiquen vuestra juventud en beneficio de nuestra raza. Muy pronto vais a iniciaros en los secretos que únicamente son del dominio y conocimiento de los hombres ya formados. Espero que sean fuerte y sepan sacrificar su vida defendiendo el suelo que os vio nacer y la tierra que os ha dado libertad y vida.

Tal vez el Destino tenga ya trazado el camino de los onas y tal vez sus ojos no verán por mucho tiempo las verdes praderas de los campos y los inmensos bosques de las selvas.

Han sido tratados con todo el cariño y el amor que un padre tiene para sus hijos, en particular tú, mi buen Olka, que eres el más pequeño y el único hijo de la más joven de mis esposas.

Pueden, pues, disponer de esta noche para despedirse de sus madres y hermanas; mañana partirán conmigo a la montaña y ya no se pertenecerán a vosotros mismos, sino a todo el pueblo ona que se estremece y que se agita ante el avance del extranjero.

No bien hubo mi padre concluido de hablarnos, cuando sentí junto a mi corazón el sollozo de mi madre, que al acariciarme en su regazo, me apartó del seno de la familia para decirme a solas, sus cuitas y amarguras. Me dijo:

-Hijo mío, vas a ser un hombre cuando todavía tus labios sienten la dulzura de la leche materna. Vas a abandonar el regazo de tu madre cuando más necesitas de su calor y cariño. Vas a entrar a una vida nueva antes de que tus espaldas puedan llevar el peso de la responsabilidad, y antes de que tus brazos tengan fuerza suficiente para estirar la cuerda que debe lanzar la flecha. El Destino así lo quiere y debe cumplirse su voluntad.

Antes que partas de mi lado debes saber que por tus venas corre la sangre de uno de los hombres más respetados entre los onas, tanto por su fuerza y valentía como por el rango que ocupa.

Recuerdo que cuando tú, mi buen Olka, viniste al mundo, la fatal profecía de Kuanip amenazaba cumplirse; por esta causa tu madre se esforzó por tener un hijo robusto y fuerte, capaz de defender la soberanía de nuestra raza.

Muchas veces, cuando estabas por nacer, tu madre se internó en lo profundo del bosque y volvió de allí cargada con pesados troncos de roble, que, poco a poco fueron subiendo en altura hasta convertirse en la choza contra los fuertes vientos del oeste.

Junto al claro que el trabajo de tu padre dejó en el bosque, al lado de un chorrillo cristalino, naciste tú. Muchos días pasaron sin que tu padre supiera tu nacimiento, durante ese tiempo tu madre purificó su cuerpo, mis labios no probaron la carne del guanaco y su lengua jamás se movió para hablar a tu padre.

Sólo cuando ya tenías un mes de vida, dije a mi esposo la inmensa dicha que me dominaba. Cúidale mucho -me dijo él-, hazlo fuerte y valiente como Kuanip; no le des jamás gordura, críale con carne flaca y enséñale a no comer tendones de guanaco que ponen el cuerpo demasiado grueso. Bautízale con el nombre de Olka, porque la tribu entera llora hoy día la funesta predicción de Kuanip.

Mucho te cuidé, hijo mío, durante el tiempo que mis ojos te han visto. Mis manos fueron diestras para tejer las vendas de piel de guanaco que debían cubrir tu frente para que tu vista fuera fuerte y poderosa; nadie como tu madre supo escoger la tierra más blanca para frotar tu cuerpo a fin de acostumbrarlo al sufrimiento; ningunos brazos, como los míos, supieron construir más hermosas parihuelas para adormecerte junto al fuego. Allí, contemplándote muchas horas, trabajaba las correas de piel que, pintadas con el rojo encendido de una tierra suave y fina, eran destinadas a cubrir tu cuerpecito diminuto.

Hasta los cinco años tomaste leche de mis pechos y eras mucho más físicamente hermoso que tus hermanas, de las cuales sólo te distinguías por la banda de cuero que aquéllas llevaban en la cintura.

Estaba orgullosa con mi hijo, tanto más, cuanto que tu padre, día por día, te iba tomando un cariño cada vez más entrañable.

Estoy contento con mi hijo -me dijo muchas veces-, dámelo para que me acompañe a cazar -agregaba-, pues deseo que sea tan valiente y tan fuerte como Kuanip.

Aquella noche interrogué a mi madre sobre la historia de Kuanip, héroe que tantas veces oí nombrar sin que jamás se me dijera nada respecto de él.

Oye la historia de Kuanip, me dijo mi madre, y comenzó así:

-Kausel, mi padre, enseñaba a todos los indios; él sabía todas las cosas que han sucedido; estas cosas las tenía impresas en la cabeza y nada más; yo sé muchas palabras que ha dicho mi padre. Kuanip es nuestro héroe; fue engendrado en la tierra y nació precisamente de una montaña roja que está junto a Harberton (canal de Beagle), que fue su madre y del cabo Kayel (un paso al sur del cabo Santa Inés), que fue su padre. Cuando nació dijeron los indios:

-¿Quién es éste?, ¿quién lo ha engendrado?, ¿de dónde viene?

Algunos respondieron:

-Hijo de la piedra.

Según iba creciendo parecía tan extraño e incomprensible que algunos indios intentaron matarlo dos veces, pero en vano. Lo intentaron tercera vez y entonces se dieron cuenta por propia experiencia de que era un héroe. En efecto, cuando querían sorprenderlo y matarlo disparando flechas sobre sus espaldas, él lo advirtió, miró atrás, los vio y dijo:

-No os mováis.

Así fue, los indios quedaron con el arco tendido hasta que murieron. Una vez comenzadas sus empresas heroicas, Kuanip no paró jamás. La más importante fue la que hizo con Ciaskels.

Éste era un hombre malo que vivía en una montaña del interior de la Tierra del Fuego y se alimentaba con carne humana. Ciaskels, claro está, era amigo de Kuanip, al cual dijo un día:

-Haz el favor de darme dos de tus hijos, nacidos de mi hermana Kokercé, tu mujer.

-¿Para qué? -preguntó Kuanip-

Para que me cojan los guanacos cuando los perros los maten. Yo soy viejo y no alcanzo la presa antes que los perros la coman, y me dejan sólo los huesos.

Así le dijo Ciaskels para engañar a Kuanip el cual le entregó dos hijos, solamente por dos años, pasado los cuales Kuanip fue a la choza de Ciaskels para cogerlos. El amo estaba cazando guanacos, pero los dos niños estaban en la choza:

-¿Qué come este hombre? -preguntó a uno de los dos.

-Come estiércol y gente durante todo el año -respondió el niño.

Y en efecto los dos tenían las manos sucias, porque su trabajo consistía en limpiar los intestinos de la gente que Ciaskels mataba. Kuanip, airado entonces, preguntó:

-¿Dónde está la hermana de Ciaskels?

Respondieron los dos hijos:

-Está allá arriba, haciendo tiendas con las pieles de los hombres muertos y recogiendo sus cabellos.

-«Traedme el pedernal -dijo Kuanip. Lo cogió, y frotándolo con las manos, lo arrojó al suelo y añadió-: Yo mando a todas las cosas; no salga jamás fuego de esta piedra, y muera así este pérfido.

Y así fue, aquel pedernal no dio jamás fuego. Cuando Kuanip se disponía a partir, los hijos le rogaron llorando que los llevase consigo; pero no quiso diciéndoles:

-«No conviene que vengan, ahora, porque si ese bruto viene y no los encuentra, es capaz de hacerme una broma pesada. Pero seguid mi consejo: Cuando os mande a buscar leña, id enseguida procurando alejaros cada vez mas. Yo estaré sobre aquella colina Ciaxis; a la cuarta vez, tiran la leña y se van conmigo.

«La cosa sucedió así: un día los dos niños tiraron la leña y se escaparon a la colina. Ciaskels se dio cuenta y los siguió con el más famoso de sus perros y ya tenía seguridad de alcanzarlos porque los dos fugitivos debían vadear un río muy ancho, cuando Kuanip que lo podía todo, hizo que se acercaran las dos orillas, y los hijos pasaron y se reunieron fácilmente con él, Ciaskels, creyendo poder aprovecharse de aquel prodigio, dio un salto, y mientras estaba en el aire, Kuanip volvió las orillas del río a su sitio, y cayó en el centro donde era más profundo. Estuvo tres horas en el agua y ya le dolían las espaldas, por lo cual gritó:

-¿Quién es el que quiere matarme en el agua?

Desde lejos Kuanip le preguntó:

-¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas?

-Yo soy Ciaskels, adoro mi tierra; no me aplastes más, me duelen las espaldas.

Repentinamente desapareció el agua; él se levantó y se encaminó a la colina Ciaxis donde estaba Kuanip. Cuando llegó le dijo a Kuanip:

-¿Qué hacías tú con el agua?

-¿Por qué no me dejabas levantar?

Respondióle Kuanip:

-Porque no me daba la gana de hacerlo; pero tú enderézate.

-No puedo -respondió Ciaskels-; pon tus pies sobre mis espaldas, que estoy cansado de luchar con el agua y he perdido todas mis fuerzas.

Entonces Kuanip dijo al muchacho que estaba más cerca de él:

-Es mejor que te levantes tú y le pongas los pies sobre las espaldas a Ciaskels.

Y al mismo tiempo mandó interiormente que los pies del niño se volvieran cuchillos. El muchacho puso los pies sobre las espaldas a Ciaskels y lo hizo tres pedazos, los cuales fueron apedreados por los hijos de Kuanip con las piedras que lanzaban sus hondas.

De los ojos del moribundo salieron dos mosquitos, uno llamado zi-i-i y el otro, doi-doi.

No contento con este terrible castigo, Kuanip mandó cinco hombres para que matasen a la hermana de Ciaskels; y a fin de que ésta no advirtiese su llegada ni se oyeran sus gritos y lamentos, mandó a todos los pájaros que rodearan la casa cantando y

graznando. Los enviados la encontraron raspando las pieles de los muertos y comenzaron a herirla hasta que la dejaron muerta. Pero antes de morir habló con Kuanip y le suplicó:

-Quema todas mis cosas.

Así lo hizo; después de lo cual su espíritu (men) se apareció a Kuanip, y éste le preguntó:

-¿Cómo van las cosas allá arriba?

Bien -respondió aquella-, allá se está mejor que aquí; hermosa vista y ninguna enfermedad.

Entonces Kuanip abandonó la Tierra del Fuego; y para estar mejor se convirtió en aquella estrella roja que brilla de noche.

Tal es la historia de Kuanip -continuó mi madre-, historia que sirvió de ejemplo para nuestros guerreros, de entre los cuales tu padre logró conquistarse el puesto de mayor importancia.

Fue en un hermoso día en que el prado estaba todo verde; yo pertenecía a una tribu cercana a la montaña roja, hasta allí llegaron tus antepasados guerreros y desafiaron a los nuestros. Mis progenitores aceptaron el reto y aquella misma noche se fijó el sitio de la pelea.

Tú no habías nacido aún, mi buen Olka, y el destino tal vez fue el que llevó a tu padre junto a mi choza para sacarme de allí como botín de guerra.

Tres días demoraron los preparativos para la lucha; todos los hombres de mi tribu, valientes y confiados, acudieron al sitio del combate. El día estaba hermoso y los campos lucían su majestuoso tapiz verde claro.

Despuntaba apenas el alba cuando las tribus adversarias sentaban el pie sobre el anfiteatro de la lucha. A la espalda de mi colina y junto al mar, formando un ancho redondel, nos sentamos las mujeres y los niños; los hombres tomaron asiento delante de nosotras e iniciaron la contienda. Recuerdo que tu padre le dijo al mío:

-Enemigo, muchas veces ha caído la nieve sobre nuestros campos desde aquel día en que los tuyos nos arrebataron las mujeres; ahora volvemos para recuperarlas.

Mi padre, desde el extremo opuesto del círculo, contestó:

-Alista a tus luchadores y si son más fuertes que los míos, en buena hora pueden recuperar lo que nuestra fuerza ha conquistado.

Nada más se dijeron los dos guerreros; nosotras guardamos profundo silencio en espera de los campeones.

De pronto, de entre el grupo de los tuyos surgió un joven fornido, hermoso, como Kuanip, y avanzó silencioso hasta el medio del círculo, llevando en su cabeza erguida, la frente aprisionada con la cinta de guanaco, símbolo del poder y de la fiereza. El brazo izquierdo no iba desnudo, junto al hombro lucía las plumas de las aves más ligeras de Tierra del Fuego; aquel hombre debía ser más rápido que el rayo.

Un murmullo de asombro admiró aquella escultura modelada en el bronce de las selvas y en la grandiosidad de los montes.

Ni la luz de un relámpago hubiera alcanzado a alumbrar antes de que un guerrero nuestro se lanzara sobre el redondel.

Ágil como el guanaco, se desprendió de sus vestidos y saltó en medio del prado. Ningún espectador hizo movimiento alguno; los dos rivales, digno por cierto el uno del otro, se saludaron con energía, pero sin odio, y emprendieron la carrera hacia la llanura. Veloces como los pájaros cuyas plumas se ataron al brazo izquierdo, pronto desaparecieron en la inmensidad de los prados.

Muchas parejas adversarias recorrieron los campos aquel día; quiso el destino que la suerte no se pronunciara para ninguna tribu y que la lucha quedara aplazada para la mañana siguiente.

Aquella noche dormimos sobre el mismo sitio que ocupamos en el día y un extranjero que hubiera visto a los contendores agrupados en aquel redondel, jamás se hubiera imaginado que ese grupo pudiera juntar a dos adversarios que ya llevaban un día de combate. Tan sólo dos frases se cruzaron; tu padre dijo:

-Enemigo, mañana lucharemos.

Y mi padre respondió:

-Mañana lucharemos.

Después, el silencio y las sombras rodearon a las tribus que sólo permanecían separadas por el calor de la inmensa hoguera, que iba a reflejar sus llamas en la tranquila superficie del océano.

El día amaneció y ninguno había abandonado su puesto; los hombres se irguieron frente a sus mujeres y el viento de la mañana, al levantar las hermosas capas, dejaba al descubierto los cueros primorosamente adornados con pinturas rojo y blanco. Tierra del Fuego había reunido aquel día y en aquel punto, a lo más granado y viril de sus hijos.

A una voz de tu padre, todos se sentaron; y entonces el guerrero, dirigiéndose a nosotros, dijo así:

-Siempre hemos sido valientes en el combate y reconocemos también vuestro valor. Tenemos sentimiento con ustedes porque nos arrebataron nuestras mujeres en una lucha desigual. Eligieron para la pelea una época en que casi todos nuestros guerreros eran niños, Os portasteis mal; la lucha fue desigual y el botín de guerra de que se hicieron, fue mal adquirido. Ayer no los pudimos vencer ni fuimos vencidos. Los desafío a que luchemos nuevamente para ver si pueden tanto como nosotros.

Aquí calló tu padre y el mío dijo:

-Guerrero, no tienes motivos para quejarte, los hemos vencido en buena lucha y hemos tomado lo que nos pertenecía. Aceptamos el desafío; luchemos para ver si puedes tirarnos al suelo.

Después de este diálogo, cada guerrero, permaneciendo siempre sentado, comenzó a enrostrar a su contrario el mal proceder de la lucha anterior. Poco a poco, las voces fueron en aumento, hasta que un solo clamor, se dejó sentir en medio de la pradera.

Tanta confusión de voces jamás se hubiera acallado, si, desprendiéndose del centro de los desafiantes, no hubiera avanzado al medio del redondel, el cincelado corredor que el día antes fue la envidia de las mujeres. Todos enmudecieron y sólo el acelerado latir de los corazones, turbó el silencio de aquel momento solemne.

Inmóvil el guerrero en el centro del redondel, posó su vista airada sobre los ojos de nuestros defensores; después, con ademán altivo y caballeroso, arrojó a los suyos su hermosa capa y extendió hacia el frente su brazo izquierdo acerado y fuerte: daba la señal del desafío.

Un mancebo corpulento y ágil, saltó de nuestras filas; con paso tranquilo y firme, barrió un momento la yerba con el ancho pliegue de su capa, para irse a despojar de ella a pocos pasos de su adversario. Relumbró su cuerpo de bronce y su mirada de águila, audaz y quemante, fue a posarse sobre la pupila del guerrero. Levantó después su brazo derecho y la mano derecha fue a caer suavemente sobre la siniestra del adversario: aceptaba el desafío y daba la señal del duelo.

Un gemido se escapó de todos los labios cuando aquellos gigantes de la selva se entrelazaron mutuamente; la pradera tembló estremecida y el monte acalló su mugido para escuchar la lucha de los titanes.

El silencio más profundo dominó a los espectadores; todos los pechos contuvieron el aliento y las órbitas de los ojos se dilataron, para dar paso a una vista ansiosa que fue a clavarse en el cuerpo de los luchadores.

En el centro del círculo aparecía un sólo cuerpo, tan sólo las piernas se movieron un momento buscando el apoyo necesario; después quedaron como clavadas en el suelo. Inmóviles las tribus e inmóviles los luchadores, aparecía todo aquello como centenares de estatuas esculpidas en bronce.

Nada indicaba que los dos hombres luchaban; semejaban un solo bloque sin vida representando la fuerza del aborígen.

Sin embargo, las aceradas piernas hinchaban por momentos sus músculos de hierro y, a los rayos del sol que se reflejaban en ellas, podían distinguirse claramente pequeños hilos de sudor que comenzaban a perderse junto a los pies hundidos en la tierra.

Muchos minutos trascurrieron antes que uno de esos hombres se doblegara a la fuerza de su adversario, la angustia de los espectadores era infinita y el cansancio de los pechos oprimidos comenzaba a desfallecer a las mujeres.

De pronto, se vio que el guerrero de tu tribu, hinchaba horrorosamente los músculos de sus espalda y, haciendo tal vez un grandioso esfuerzo, se inclinaba sobre su contendor, doblándolo imperceptiblemente junto a la cintura.

Hacía mucho rato que el sol iluminaba aquel combate; los músculos no cabían ya en sus envolturas y la yerba que sostenía a aquellos héroes, aparecía completamente húmeda; tal era, el sudor que vertía aquel esfuerzo prolongado.

Un momento más, y toda nuestra tribu se puso de pie, muda de espanto: nuestros ojos sorprendidos vieron cómo el cuerpo del guerrero se inclinaba poco a poco sobre el pecho del mancebo que nos defendía. Hundida en las espaldas la cabeza del vencedor, lo hacía aparecer como un puño colosal cuyos dedos formidables, convertidos en tenazas de acero, trituraban el cuerpo de otro puño tan enorme como él.

Sólo entonces escuchamos el primer indicio de cansancio; un débil gemido se escapó del mancebo que cedía, gemido que fue el comienzo de la derrota. Haciendo un supremo esfuerzo, el guerrero triunfador oprimió con fuerza sobrehumana la cintura del rival y, el cuerpo ya desfallecido de éste, se dobló hacia la espalda, hasta tocar la cabeza con el suelo. Un estertor ronco y espantoso brotó de sus labios, al mismo tiempo que llegó hasta nosotros el crujido de los huesos rotos.

Así terminaba el primer encuentro del día. Incorporose el guerrero, arregló su cinta de guanaco junto a la ancha frente, desprendió al aire su enojada cabellera, abandonó de un salto el sitio preciso de la lucha, dio ancho paso a su respiración tanto tiempo contenida y abriendo su hermosa nariz, fijó sus oscuros y brillantes ojos sobre los hombres de la tribu adversaria. Hinchó después su robusto pecho dándole cuanto aire podía caber en él y extendió enseguida su mojado y férreo brazo, lanzando un segundo desafío.

Un nuevo adversario aceptó el reto y, esta vez el vencedor, cansado tal vez con su primera victoria, no resistió tan tremendo esfuerzo y fue vencido.

Seis días lucharon ambas tribus y, al comienzo del séptimo, ya la balanza de la gloria se inclinaba del lado de tu padre. De tanto combate singular, llevaban ustedes la mejor parte.

Había pasado ya el mediodía, cuando salió al redondel el hombre que debía de hacerme su esposa.

Fornido como un gigante de las selvas, arrojó con gallardía su cubierta de guanaco, extendió su brazo poderoso y lanzó el reto formidable.

Un rugido contestó a este reto, al mismo tiempo que mi padre avanzó a paso lento pisando una yerba que no debía volver a levantarse.

Pasaron muchas horas antes que aquellos colosos se vencieran. El sol no pudo por más tiempo detenerse a mirar aquella lucha y se hundió con su brillante luz detrás de los montes solitarios.

Las sombras no fueron obstáculo para que ellos prosiguieran en su esfuerzo colosal; las antorchas iluminaron el redondel y, a la vaga luz de aquellas llamas, pudimos observar como mi padre temblaba de impotencia y de coraje; mientras el tuyo permanecía inmóvil y como petrificado ante el coloso que no se dejaba dominar.

Un acontecimiento inesperado puso término a tan igual contienda: entraba ya la noche cuando, junto al cielo y frente al defensor de tu tribu, brilló la roja estrella de Kuanip. Parece que la aparición de aquel héroe hubiera fulminado a mi defensor; tu padre no hizo esfuerzo alguno, mientras el mío se desplomó a sus plantas, convertido en un montón de músculos.

Tu padre fue generoso y, levantándolo, le dijo:

-Enemigo, luchemos.

-No puedo más -le dijo el mío-, me has vencido.

Al día siguiente, entre muchas mujeres, fui entregada como botín de guerra. Tu padre no era el jefe de la tribu, honor con que aquella vez le distinguieron, como galardón de la gran lucha que había sostenido, logrando vencer al jefe contrario.

Sin rencor de ninguna especie, ambos adversarios se despidieron, no sin que antes mi padre le dijera al tuyo:

-Guerrero, nos haz vencido; espero que muy pronto nos darás la revancha y nos devolverás nuestras mujeres. Cuida a mi hija, guerrero, aún es muy joven; sus ojos apenas han visto doce veces el verdor de las praderas.

Dicho esto, reunió a los suyos y emprendió el regreso a su choza. Los triunfadores se retiraron en la misma forma sin que ninguna muestra de regocijo diera a entender que volvían triunfantes; para sus adversarios no tuvieron ni palabras de desprecio ni palabras de mofa. Tu padre me tomó por esposa.

Muchos días anduvimos por las selvas; los hombres de tu tribu eran excelentes cazadores y jamás nos faltó la carne de guanaco.

Penosas y prolongadas marchas nos llevaron hasta las playas del estrecho, allí levantamos nuestras chozas y allí, junto a los montes, naciste tú, mi buen Olka, un año justo después de haber sido mi esposo el jefe de la tribu.

Olka, hijo mío, continuó mi madre, las estrellas se ocultan ya en el cielo, el sol asoma su penacho de oro junto al mar y el día inicia su marcha sobre la tierra. Muy de mañana debes partir con tu padre y perderte mucho tiempo en el corazón de la selva. Vas a pasar por el período más difícil y tal vez más doloroso de tu vida. Jamás olvides que eres el hijo de un gran guerrero y el único fruto de mi cariño. Sé valiente y generoso porque días de amargura se presentan a los onas.

No recuerdo cuánto tiempo -prosigue Olka-, permanecí abrazado a mi madre y junto al calor de su regazo; allí sólo sentí el latir de su corazón y los sollozos de su pecho.

Una voz me arrancó de aquel nido:

-Olka, hijo mío -decía mi padre-; besa a tu madre y prepárate para marchar. Aquel mismo día nos internamos en la montaña.

En medio de la espesura del bosque ardía un gran fuego; cuando llegamos hasta él, mis dos hermanos y yo fuimos presentados a un viejo Kon (médico, brujo) quien nos dio colocación juntó a una cantidad de jóvenes novicios que se habían reunido para el Klóketen (noviciado).

Aquella noche el Kon nos dijo:

-Sólo hoy permanecerán reunidos; mañana deben vivir apartados en un lugar sombrío y frío y allí aprenderán a ser fuertes y valientes. Antes de darles a conocer nuestros secretos, deben habitar solos en medio la floresta y hacer frente con valor a todas las exigencias de la vida, como también a todos los seres extraños que se opongan a su iniciación. Sólo pueden alimentarse con carne de guanaco grande, pues ella los hará resistentes a la fatiga y adelgazará sus cuerpos. Deben abstenerse en absoluto de comer sesos, riñones, guanacos recién nacidos, carne con grasa, entrañas, tripas, sebo y huevos. Deben ser serios y tranquilos; ya no son niños y el juego debe trocarse por el trabajo. Hasta ahora han llevado una sola capa, en adelante usarán dos, porque ello les dará más aspecto de hombres.

Tal cosa nos dijo el Kon y después se sentó junto a la lumbre sin proferir una nueva palabra durante toda la velada.

No quiero cansarlos -prosigue Olka- con una descripción minuciosa del Klóketen, baste saber, buen anciano, que durante los primeros quince días, permanecí sólo en medio de la espesura. Sin toldo donde guarecerme, sólo tuve como albergue mi pequeña capa de guanaco y el follaje de los bosques. Mi padre me había enseñado el manejo del arco, los calafates me dieron suficientes flechas para procurarme la caza. Adelgacé mucho en aquellos días y sólo me contuvieron en la selva los consejos que mi madre me diera antes de partir.

Espantosas apariciones fueron muchas veces a estorbar la tranquilidad de mi sueño; sombras de espíritus me rodeaban constantemente, manteniendo mis nervios en una tensión espantosa.

No podría decir cuántas veces esas sombras se hicieron reales y me atacaron sorpresivamente en medio de la oscuridad de la noche. Prevenido como estaba por las palabras del Kon, luché con desesperación y siempre mis esfuerzos se vieron coronados por un éxito feliz.

Más tarde supe que aquellas apariciones no eran obra del misterio; muchos onas, hombres ya iniciados, se repartían por el bosque y se presentaban periódicamente a los postulantes, a fin de comprobar si eran capaces de resistir el período del Klóqueten.

Al final de los quince días, el Kon llegó hasta mí y me citó a reunión junto a la fogata donde nos recibió la vez primera.

Si yo había adelgazado durante aquella prueba que venía de terminar, me pareció que mis compañeros, junto a los cuales me sentara aquella noche, no sólo estaban demacrados y escuálidos, sino que algunos semejabán verdaderos espectros.

Mucho rato permanecimos junto al fuego, sin que nada turbara la tranquilidad del momento. Las sombras espantosas que nos rodeaban, se hicieron poco a poco más densas y las siluetas de los inmensos robles aparecían como formas vagas que gimieran en el palpitante corazón de los bosques.

Muchos onas, ya iniciados, fueron llegando periódicamente y tomaron colocación junto al fuego; uno se sentó junto a mí e inició una conversación sin objeto determinado alguno.

Sería ya probablemente la media noche, cuando un ruido formidable y espantoso, crispó aún más mis nervios en tensión. Los hombres abrieron desmesuradamente los ojos y dieron señales de un pavor indescriptible. Parecía que todos los árboles gritaran presa de un dolor infinito y aquellos lamentos horripilantes y pavorosos, se aproximaban lentamente hacia el sitio de la fogata. Un nuevo y más cercano clamor infernal, estalló casi en las espaldas mías; los que allí estábamos reunidos, no pudimos resistir más y, presa del pánico

más absoluto, arrojamos las capas y disparamos en confuso tropel hacia la inmensidad de la selva. El ona que me acompañaba, despojado también de su abrigo, me siguió en la carrera.

El corazón parecía saltárseme del pecho, sin embargo, tuve la energía suficiente para escuchar al ona que me dijo:

-No huyas más Olka; debemos volver junto al fuego, porque es Schort quien ha hecho su aparición en medio de las llamas; Schort castiga a los cobardes.

Regresamos y, efectivamente, Schort, el espíritu de las piedras blancas, permanecía junto al fuego, He de advertir que ninguno de mis compañeros regresó al mismo tiempo que yo; lo hicieron después y escalonados de a uno por uno.

El espíritu permanecía mudo e inmóvil al lado de la lumbre y, a la luz difusa de las llamas, se destacaba vagamente su silueta aterradora: de una estatura colosal y completamente pintado de blanco, dejaba mecerse al viento su larga melena, mientras su ancha cabeza mostraba dos ojillos pequeños que se retorcían en unas cuencas oscuras. La enorme barriga parecía próxima a reventar por no poder ya resistir más la presión interior y los brazos, pegados por los codos al ancho abdomen, avanzaban hacia el frente, un antebrazo hinchado que iba a terminar, en la mano derecha, con un dedo medio extremadamente largo y retorcido.

Aquel dedo que me llenaba de pavor, me hizo una señal:

-Anda -me dijo mi compañero el ona-, aproxímate a Schort sin dirigirle la vista; tus ojos deben permanecer fijos en el fuego.

Presa de un temor bien explicable, seguí la indicación del ona y ya llegaba junto a Schort, cuando fui aprisionado fuertemente por los poderosos brazos de un nativo que me echó sobre sus espaldas. Quise gritar, pero el terror había anudado mi garganta y mis fuerzas comenzaban a flaquear. Sólo mi pensamiento tenía un punto lúcido y aquel punto no estaba en la selva; habla volado muy lejos de aquel antro de terror, me encontraba bajo el toldo de mi padre y reclinado junto al regazo de mi madre.

Tal vez por esta causa soporté, casi sin moverme, aquella prueba horrorosa: preso como estaba sobre las espaldas del agresor y con mis brazos aprisionados sobre el pecho de él, distinguí confusamente, como Schort tomó un tizón enorme y comenzó a amenazarme con él, pasándolo repetidas veces casi rozando la piel de todo mi cuerpo. Sentí que me quemaba por partes; sentí que me convertía en una sola llaga; percibí indistintamente el desagradable olor que despedía la grasa quemada de mi prolijo cuerpo.

Creí desvanecerme por momentos y ya estaba próximo a desfallecer, cuando Schort arrojó el leño ardiente y, bajándome de las espaldas de mi carcelero, me dijo:

-Olka, eres valiente y serás tan buen guerrero como tu padre; has terminado las pruebas de tu iniciación. Retírate al bosque y prepárate para regresar al primer llamado.

Nada más me dijo Schort; sin salir de mi asombro y todavía bajo el poder del terror, me alejé de aquel antro pavoroso y, en compañía del ona, fui a buscar reposo en el centro de la selva.

Muchos días pasaron antes que pudiera reaccionar completamente; todo lo veía confuso y rodeado de tinieblas.

Por el nativo supe que Schort era un hombre y que la última prueba a que fui sometido, era la etapa final de la iniciación corporal- sólo me restaba iniciarme en los secretos de las tribus.

El día señalado por el Kon, nos encontramos todos reunidos en el mismo punto donde tanto terror tuviera con la presencia de Schort; el Kon nos dijo:

-Hijos míos, todos han sufrido con valor las duras pruebas del noviciado; van ahora a oír los secretos de los hombres, secretos que deben guardar fielmente en nuestro interior, sin que jamás sus labios puedan comunicarlo a mujer alguna o a hombre que no haya pasado por el Klóketen.

Jóvenes iniciados -prosiguió el Kon- juran por sus vidas no revelar jamás a las mujeres y a los niños los secretos de la tribu? Todos nos pusimos de pie y pronunciamos en voz alta las tremendas palabras del juramento y, desde aquel día, nuestra existencia no dependió de nosotros, sino del juicio que sobre nuestra conducta pudieran formular los nobles Kones.

Aquella noche supimos lo que ya les he contado y que se refiere a la «matanza de las mujeres»; supimos también que los ocho espíritus: Schort, Halpen (espíritu de las nubes, esposa de Schort), Táne (hermana de Halpen), Gketermen (hijo de Schort), Harciai (espíritu de las piedras negras), Gkmánta (espíritu del árbol vivo), Ráse (espíritu del árbol seco), Holemin (espíritu del cielo), son únicamente invenciones de los onas, los cuales los hacen aparecer para infundir pavor entre las mujeres y niños y mantenerlos constantemente dominados.

Muchos consejos nos dio el Kon aquella noche; todos ellos se refirieron a las incomodidades de la vida y a saber apartar de nuestro ánimo la cobardía.

En la nueva vida que hoy comienza para ustedes, añadió, deben tener como norma el sacrificio corporal y el dominio absoluto sobre todos sus actos. La vida es sumamente amarga de ser vivida, si el hombre no es capaz de sobreponerse a los sinsabores de que ella está rodeada, la nobleza de sus proceder, marcará rumbos definidos en beneficio de la tranquilidad de las familias y de las tribus. Que sus actos, ante el beneficio del extraño, se inspiren siempre en el sacrificio propio. Pero tengan presente, que por sobre toda consideración en la existencia, debe primar el ejercicio corporal, el robustecimiento de los músculos y el desprecio por las incomodidades de la vida.

Antes de regresar a sus hogares, prosiguió el Kon, deben habitar dos años en medio de las selvas; esto no sólo contribuirá a vigorizar sus organismos extenuados, sino que los acostumbrará a vivir con lo que sea capaz de producir la fuerza de sus brazos y la diligencia de sus cerebros.

Tal fue lo que nos dijo el Kon aquella noche; después nos besó en la frente y nos señaló la montaña. En ella permanecí dos años justos, pues mis ojos vieron dos veces el continuado caer de la nieve sobre el follaje.

De allí salí hecho un hombre y con la convicción íntima de haber cumplido fielmente los cariñosos consejos de mi madre y las sabias palabras del Kon. Una alegre mañana en que la pradera engalanaba sus campos con la primicia de su naciente verdura, emprendí el regreso al hogar. Tenía ya catorce años y deseaba ardientemente abrazar a mis padres para demostrarles de todo lo que Olka era capaz.

Es sumamente difícil para el que cumple sus dos años de noviciado, poder encontrar su hogar, junto con salir de la selva. Nuestra tribu cambiaba constantemente de ubicación y las mujeres arrastraban los toldos hasta aquellos puntos donde abundaba bastante la pesca y la caza. Tan pronto el alimento se hacía escaso, las tiendas se enrollaban y cargadas en las espaldas de las esposas, recorrían extensiones enormes buscando un nuevo paraje.

El compañero inseparable del oná ha sido siempre el perro, mi familia tenía varios y los queríamos entrañablemente; ellos no sólo nos servían de abrigo y guarda durante las noches, sino que eran auxiliares poderosos, encargados de secundarnos en la caza.

Pensando constantemente en el hogar que abandonara siendo tan pequeño y al cual iba a regresar convertido en hombre, marché por espacio de muchos días y muchas noches, encaminando siempre mis pasos hacia aquel sitio donde había dejado la choza.

Quiso el destino que al finalizar ya mi prolongada marcha, fuera atacado por un mal desconocido que puso flácidos mis músculos y debilitó mis brazos; una fiebre interna se apoderó de todo mi cuerpo y me obligó a dormirme en la espesura. Sólo al día siguiente pude continuar mi peregrinación; más de veinte horas hacía que no probaba alimentos y mis miembros comenzaban a desfallecer.

Poníase ya el sol tras de los montes cuando, muerto de hambre y presa de una sed devoradora, llegué a golpear la puerta de una choza que se levantaba junto al mar y al abrigo de los robles.

La familia que allí habitaba no era la mía, sin embargo fui tratado con benevolencia y colocado junto al fuego. Nadie me habló, ninguno me dirigió la palabra y, a pesar de encontrarse entretenidos en comer de un guanaquito que se cocía junto al calor de la lumbre, ninguno hizo indicación para ofrecerme comida.

Por mi parte, hacía ya dos días que no probaba alimentos y la sed que me devoraba era espantosa. Consecuente con las palabras que el Kon me dirigiera en medio de la selva,

nada pedí y nada dije que demostrara mi cansancio y mi fatiga. Más de dos horas pasaron antes que aquella situación cambiara. Fue una india la que llegó hasta mi y me dijo:

-¿Estás enfermo, joven?, ¿tienes hambre?

Nada le respondí. Sin embargo, aquella mujer cortó un pedazo de carne y me lo dio. No di las gracias porque no debía hacerlo, no mostró alegría ni di pruebas de reconocimiento, porque ya no era un niño; el Klóketen me había vuelto formal y ya era un hombre. A pesar del hambre espantosa que me consumía, muy lentamente fui comiendo aquel pedazo de carne, a fin de demostrar que mi estómago estaba lleno y no tenía gran necesidad de alimentos. Después de la comida bebí y aquello me confortó debidamente.

Junto al fuego pasé la noche; si mi apetito estaba calmado, no pasaba igual cosa con la fiebre que tomaba cuerpo a medida que las horas avanzaban.

A la mañana siguiente el ona, jefe de aquella familia, me dijo:

-Tú estás enfermo, espera aquí en la choza que voy a llamar un Kon.

Llegó el Kon y me dijo:

-Muchos pedazos de flechas tienes en el cuerpo, eres víctima de un Kon de la tribu de tu madre, yo te sanaré.

Aún recuerdo cuando aquel viejo, con su cara toda pintarrajeada, y llevando en su cabeza un manojo enorme de plumas que sujetaba junto a la frente con una correa de guanaco, extendió en el suelo la manta y me arrodilló sobre ella.

Allí permanecí completamente desnudo, mientras el Kon danzaba a mi alrededor, escupiendo pedazos de flechas estrechando cada vez más el círculo. De improviso, me rodeó con sus brazos y, haciéndome masajes en todo el cuerpo, puso sus labios junto a mi espalda y comenzó a chupar con fuerza prodigiosa.

Muchas veces repitió esta extraña operación y, al final de ella, arrojó de su boca una cantidad considerable de puntas de flechas que, según dijo, las había extraído de mi cuerpo. Manifestó después que el mal tenía que desaparecer, porque la causa de la cual provenía había sido extirpada.

Sin embargo, ninguna mejoría experimenté aquella noche; una semana completa permanecí en la choza y hube después de pensar en abandonarla, por sentir que mi enfermedad declinaba lentamente y por haber recuperado ya parte de mis perdidas fuerzas.

No me despedí de aquella familia; me retiré del toldo con la misma indiferencia con que hasta él llegué. Sus moradores no dieron señales de alegría ni desagrado; junto al fuego los encontré y junto al fuego los dejé; la indiferencia por ambos lados es señal de fortaleza y voluntad.

Al cabo de muchas penalidades y sufrimientos encontré mi hogar; nada podía decir y nada dije; se me recibió como si jamás me hubiera apartado del seno de la familia o como si regresara después de haber salido sólo algunos minutos. Tan sólo mi madre me durmió junto a su pecho y aquella noche, sin decir una palabra, lloró muchas horas.

Es muestra de cobardía hacer alarde de las proezas propias y relatar las victorias que cada uno pueda haber alcanzado.

Pasaron algunos años y tomé por esposa a una joven de una tribu amiga; mi mujer no fue hija del botín de guerra, ella vino a mi choza llamada por el amor y el cariño. Fui a su cabaña y le dije:

-Otkat (ojos grandes, ojos hermosos), te amo, ¿quieres ser mi compañera?

Te amo Olka -me respondió-. Llévame a tu techo.

Y desde aquel día fue mi esposa.

De este matrimonio nacieron cinco hijos; cuatro tuvieron la desgracia de vivir y sólo uno la suerte de morir. Le enterramos junto a la choza y al día siguiente trasladamos el campamento a otro sitio a fin de que el espíritu del muerto, pudiera seguir vagando junto al cuerpo que acababa de abandonar.

Nuestra vida no era tranquila; continuamente llegaban hasta los bosques, noticias espantosas que se referían a las matanzas que estaban ejecutando los blancos. Las distintas tribus que antes habitaban a las orillas del mar, habían huido ante el avance exterminador del asesino, y buscaban refugio a la sombra de los robles. Ya las mujeres no se adornaban y, presas del dolor más profundo, mostraban su pelo sin corte alguno y sus cuellos desprovistos de los hermosos collares de tendones y conchas marinas. Las muñecas y los tobillos permanecían desnudos y el hermoso color rojo y blanco, no pintaba sus robustos cuerpos. Los hombres fabricaban arcos y preparaban flechas.

Obligados a vivir en las selvas, los alimentos comenzaron a escasear; no podíamos contar con las ofrendas del mar, hasta cuyas rocas llegaban las mujeres a recoger el marisco y donde los hombres cazaban el lobo con la afilada punta de hueso del pesado arpón.

Tan triste y monótona existencia, nos obligó a abandonar el bosque y hacer frente al enemigo. Nunca lo hiciéramos; aún recuerdo con pavor aquella carnicería espantosa.

En el lindero de la selva y próximo al campamento de los blancos, celebramos una noche el consejo de guerra. Desde allí salimos con nuestros arcos extendidos y con las flechas en la aljaba. El grito de guerra se extendió por la pradera y repercutió en los montes. Más de cien flechas silbaron por los aires y más de mil onas se lanzaron a la contienda.

El trueno espantoso del cañón, no trajo el pavor a nuestras filas; uno a uno caían los onas en ese avance hacia la muerte y las tribus se diezmaban como segadas por feroz guadaña. ¡Infelices nativos dueños de un dominio que tambaleaba en sus manos!

Aquello no fue lucha -continúa Olka-, aquello fue un sacrificio horroroso y un desafío inútil a la pujanza y a la ambición de una horda sanguinaria. Parapetados los blancos detrás de sus trincheras, hacían vomitar la mortífera metralla de sus armas de fuego, causando el exterminio y sembrando el coraje inútil entre los enfurecidos nativos.

Muchos onas cayeron aquel día y ningún blanco sucumbió en el combate; las débiles flechas, por mucha pujanza que les imprimiera el potente brazo del indio, iban a caer muy lejos del adversario o iban a estrellarse contra el fuerte muro donde se parapetaba el exterminador.

Después de aquel día, en que tantos cuerpos bronceados quedaron palpitantes en el campo, fecundizando con su sangre generosa una yerba que huía de nuestro dominio, el ona se internó para siempre en las profundidades de la floresta.

-No podemos buscar el combate -dijo un guerrero-, la selva es del nativo, confiemos pues en que la sombra de sus robles y el follaje de sus ramas resguardará nuestra existencia.

Esperemos el combate, no lo busquemos, porque nuestras flechas no pueden contra la metralla y nuestros pechos desnudos no son capaces de derribar la fortaleza tras la cual se oculta el enemigo.

Los onas se retiraron al monte.

La vida fue haciéndose cada día más difícil; reducidos como estábamos al corazón de la selva, sólo el guanaco, el zorro y las aves silvestres, caían bajo la punta de la flecha, Sin embargo, este alimento que en parte bastaba para nuestras exigencias, fue también huyendo paulatinamente del peligro, y muy pronto el nativo se vio obligado a abandonar el bosque para buscar la caza.

Las sombras de la noche y muchas veces la claridad de la luna, fueron testigos de nuestras excursiones hasta los campos que nos habían usurpado. Desde ellos regresábamos cargados con nuestro botín perseguidos por los sanguinarios especuladores que nos exterminaban.

Fue entonces cuando conocimos la carne de guanaco blanco (la oveja), ganado que comenzaba ya a poblar nuestras praderas. Carne más apetecida y de más fácil caza que hasta la entonces conocida, atrajo todas las miradas del nativo y fue la que con más frecuencia se coció junto al calor la fogata.

El guanaco blanco había sido traído por el extranjero y él fue la causa del derrumbe total de nuestra vida. El invasor no sólo nos sacrificó para usurparnos nuestro suelos, sino que se ensañó con los onas porque los llamó ladrones de sus haciendas.

No fueron ya los montes un refugio seguro para el indefenso nativo, si el hombre blanco no pudo llegar hasta el corazón de la selva, su capacidad sanguinaria le hizo considerarnos como animales feroces contra los cuales debía arrojarse otro animal más feroz todavía.

Un grito de horror conmovió a la floresta, cuando una jauría de perros colosales hizo irrupción en medio de los montes. Las fieras habían sido especialmente amaestradas para romper tendones y desgarrar entrañas. Centenares de nativos fueron despedazados por esa jauría de fieras y los inocentes niños, morían junto al regazo de sus madres que, enloquecidas de dolor, desparramaban sobre el cuerpecito de la víctima, las mismas entrañas que con tanto amor les diera vida.

Ya no hubo chozas para el ona, el suelo no soportó más el descanso de sus cuerpos amedrentados, ni la tierra volvió a sentir el firme paso de su planta; los árboles le dieron abrigo y las ramas le ofrecieron lecho.

Poco a poco se extinguían las tribus; el dolor mató muchos corazones y la carnicería trastornó muchos cerebros. Sin alimento, sin toldo y sin calor, el ona se consumía lentamente y los organismos desfallecían, víctima de una enfermedad incurable: la tuberculosis iniciaba su marcha triunfal, matando todo aquello que hasta entonces había sido fuerte y poderoso.

Siguiendo el rastro de las jaurías, muchas veces los blancos se internaron hasta los claros de los bosques; allí rodearon a los infelices nativos y los hicieron caer bajo sus manos. Las armas de fuego primero y después los perros, se encargaron de sembrar los suelos con pedazos sanguinolentos de piltrafas humanas, que palpitaban sus estertores de agonía bajo la carcajada salvaje de sus asesinos.

Las diezmadas tribus se habían diseminado a todo lo largo de los montes; la Sierra Carmen Silva fue el teatro de las últimas matanzas y en aquella formidable montaña fueron sacrificados todos los míos.

-¡Oh, cuánto dolor -dice Olka- me causa este recuerdo! Hasta nuestro escondite llegaron las fieras enemigas y a los pies de nuestros árboles, despedazaron a nuestros compañeros más fieles, ningún perro ona se escapó a la carnicería; allí quedaron desparramados esos restos que nos fueron tan útiles y tan queridos.

Las flechas silbaron desde lo alto de los robles y dos o tres fieras cayeron víctimas de su choque mortal.

El blanco llegó y comenzó la matanza humana. Las balas rebotaban en los añosos troncos del roble y más de un ona se desplomó desde lo alto.

Un solo grito de espanto y de impotencia, estremeció el follaje que nos abrigaba, grito que fue contestado con una imprecación sarcástica que nos invitaba a descender.

Ya en tierra, sólo un momento, alimentamos la esperanza de poder vivir. Bajo la presión de las bocas de fuego, fuimos despojados de las flechas, después un sólo montón humano se retorció gimiendo y agonizando. Las madres escudaron a sus hijos contra su débil pecho, escudo inútil; el amor y la ternura no son capaces de embotar el plomo o de repeler el acero de un cuchillo que va dirigido al corazón. Los desnudos pechos de los onas formaron barrera, ocultando a aquello que tanto tiempo vivió y palpó junto a él; la mujer y los hijos son parte de nuestro cuerpo y se han infiltrada en nuestra alma, con el poder de aquellos lazos que ningún hombre ha sido capaz de definir.

Los blancos atronaron la selva con el estampido de sus cañones; no hubo piedad para nadie, los hombres sucumbieron bajo las balas y las indefensas mujeres fueron pasadas a cuchillo, junto a las enloquecidas criaturas que estrechaban contra el seno.

-¡Oh! ¡Qué horror! -prosigue Olka-; enfurecido el blanco con el olor de la sangre, no se contuvo ante el dolor inmenso de las madres, allí mismo, en aquel nudo estrecho que unía dos corazones despedazados, hundía la mano criminal entre los cabellos del niño y de un solo tajo feroz, degollaba a la criatura arrojando después la cabeza, aún con vida, en el seno de la madre enloquecida.

Ríos de sangre se precipitaron de la montaña y el estertor agónico de los onas, fue haciéndose cada vez más débil.

Como un reto sarcástico a la civilización y a la justicia, los propios asesinos bautizaron aquel monte, testigo del dolor y del martirio, con el sugestivo nombre de «Monte Matanza»

Después de aquel crimen sin precedentes en que murieron más de ciento veinte onas, los hombres dejaron el campo a los perros feroces y éstos se ensañaron con los troncos decapitados o contra los pechos atravesados por el plomo de tan tremendo salvajismo.

Sólo yo escapé a la matanza; ¿por qué?, lo ignoro; fui maniatado como un animal selvático y conducido al campamento de los blancos. Más tarde supe que se me quería conservar no sólo para que sirviera de intérprete entre los blancos y una raza que moría, sino como tipo de estudio del indio fueguino. Tal es mi historia y la historia de los míos - terminó Olka-; se la he contado, buen anciano, con el dolor más profundo de mi alma.

Un recuerdo tan espantoso, ha minado nuestro organismo y embotado nuestro cerebro. La muerte por horrorosa que ella sea, es preferible a una vida saturada de amarguras y azotada constantemente por dolores que despedazan el alma...

Así terminó aquella triste lectura el buen anciano de los catalejos; trágica historia que había logrado aumentar con los siguientes hechos cuya autenticidad afianzamos, señalando nombres y citando casos, muy conocidos en la región.

-Después de la narración anterior -continuó el señor de los catalejos-, por la cual Uds. han conocido el origen, vida y costumbres del simpático y desgraciado nativo que pobló estas remotas regiones fueguinas, debemos charlar un momento sobre las causales que se refieren a la extinción de las tribus.

Sabemos, ya que la raza ona dominó y se propagó en la Isla hasta aquel momento en que aparecieron las hordas sanguinarias de especuladores, ansiosas no sólo de apropiarse de estos terrenos, sino de hacer desaparecer por completo a los indefensos indios.

Algunos historiadores atribuyen el exterminio indígena a las influencias del clima y al desarrollo de epidemias que llegaron a hacerse endémicas en esta zona. El padre Salesiano Dn. Antonio Coiazzi, autor del interesante estudio que nos sirve de guía para el presente capítulo, entre las diversas causales de este exterminio, señala con valentía la principal de ellas, tan bondadosamente silenciada por aquellos que se han ocupado de los primitivos habitantes de Tierra del Fuego.

El padre Coiazzi, en síntesis se expresa así:

«En primer lugar -dice-, apareció una epidemia que se hizo endémica y ocasionó muchas muertes; (sífilis), después, las influencias patológicas que afectaron fuertemente los órganos de la respiración».

A continuación señala la captura de las mujeres y niños durante las guerras con tribus enemigas y en venganzas privadas. Expone por último «las matanzas efectuadas con armas de fuego por los colonos y las deportaciones violentas causadas por las autoridades».

Analizando estos puntos, resulta indudable que el cambio repentino de alimentación, vida y vestidos, pudo contribuir, en parte, al desaparecimiento de individuos aislados pero en ningún caso pueden ser la consecuencia del exterminio completo de la raza. Hablamos en forma absoluta porque los muy pocos individuos que aún existen, sólo alcanzan a formar un número tan reducido que más vale no tomarlo en consideración. En la actualidad, se presentan raquíuticos, con el organismo minado el alcohol y la tuberculosis y con su carácter primitivo deprimido y muerto por el sufrimiento moral, derivado de la inicua matanza de sus padres, madres, hermanos e hijos.

Antes de que a aquella Isla acudieran los misioneros salesianos que apenas tuvieron tiempo de sustraer a las hordas sanguinarias, las pocas y amedrentadas familias indígenas que habían logrado escapar al plomo invasor, el ona tenía profundo terror por los blancos a quienes «llamaba, kaliote-bandido», por cuatro razones: 1.^a: que les habían quitado sus campos a fuerza de balas; 2.^a: arrojándolos al interior de la selva e imposibilitándoles para llevar vida libre, les quitaban el derecho de cazar y con ello el alimento; 3.^a: los perseguían y mataban; y, 4.^a: les robaban las mujeres.

Esto fue general a todas las tribus y el mal se agravó con la introducción del alcohol y enfermedades de carácter social, que comenzaron a hacer estragos en los nativos.

Como lo hemos manifestado, las misiones de Río Grande e Isla Dawson, alcanzaron a recoger los despojos de esta raza, antes viril y fuerte y que en la actualidad puede considerarse extinguida para la historia del país.

Hace más o menos 40 años, se presentaron en Tierra del Fuego dos familias de aventureros seguidas de un verdadero ejército de conquistadores.

Uno de ellos, el inglés Popert, se instaló en la parte norte de Bahía San Sebastián, punto donde estableció su campamento. Organizó una guardia permanente y su pequeño ejército se dedicó a la caza de indígenas. En esta forma logró apropiarse de gran cantidad de terrenos y de pastorear bastante ganado. Su fortuna creció rápidamente y llegó a constituir un pequeño feudo donde circulaba moneda propia, acuñada especialmente para esta raza de conquistadores.

Los indios fueron muertos por docenas y los que lograron escapar, buscaron refugio hacia el sur y en el interior de la Isla.

La familia, descendiente de un pastor anglicano, de apellido Bridges, levantó su campamento en los campos del sur y, con un sistema completamente humanitario y ajeno a asesinatos o bandolerismo, consiguió formarse una colosal fortuna que hoy sube de varios millones.

Al tratar de las islas al sur de Tierra del Fuego, hemos manifestado el papel preponderante que correspondió al Hno. señor Bridges, como también la misión y el trabajo en que se han inspirado los actos de sus hijos.

De lamentar es que estos esforzados luchadores en estas tierras australes, no hayan logrado reunir un mayor número de nativos fueguinos, para el bien de la civilización y para facilitar el difícil estudio que hoy se hace, sobre esta raza extinguida.

Como estos hermanos hacen viajes periódicos a Europa, en uno de ellos lograron llevar un indio que se destacaba entre sus compañeros por estar dotado de una inteligencia privilegiada y de una disposición asombrosa para el dibujo y la pintura. No se ha logrado saber el fin que aquel nativo pudo tener en el lejano continente.

Aparte de estas dos familias que, dejamos señaladas, y que se destacaron en distinta forma, hubo quienes contrataron cazadores de indios que por estar bien remunerados, se dedicaron con bastante fruto a tan sanguinaria ocupación. Los más crueles de éstos fueron dos: los ingleses Sam Islop, que ya no existe y, N. N. que todavía está vivo y trabaja en los terrenos de la Isla. Preferimos callar el nombre.

El primero de ellos se vanagloriaba de usar correas fabricadas con piel de indio (según él, la extraía de «los lomos»).

Un poderoso estanciero, muy conocido en la región que hoy está radicado fuera del país, y que disfruta de una fortuna considerable, fue otro famoso cazador de indios, les disparó por placer y gozó con los padecimientos de sus víctimas.

En un principio fue administrador de una gran estancia, a la que legó su nombre en recuerdo de los buenos o importantes servicios que prestó despejando el campo.

Todas las expediciones que se internaron en busca de oro o que con el mismo objeto se embarcaron en pequeños «cutters» con rumbo al Cabo de Hornos o Islas Sur, hicieron estragos entre los nativos a quienes dieron muerte sin esperanzas de cuartel.

Estas expediciones recibían dos beneficios; el que les pudiera proporcionar el oro recogido, y la paga que se les daba por la matanza de indios, a saber: «Una libra por cabeza de indio y diez pesos por indio vivo». Muy sencillo es llegar a la conclusión de que la matanza se imponía; era más fácil presentar varias cabezas que custodiar y alimentar a un hombre.

Uno de los más sanguinarios de estos cazadores pagados fue un bandido argentino: Máximo Gutiérrez, quien expresó que sólo concluiría la matanza, cuando completara el número de cien muertes.

En una ocasión (esto nos lo narró el Sr. Simón Macan, vecino respetable y acaudalado comerciante de Punta Arenas), Gutiérrez mató por gusto y por la espalda a una indefensa india que tenía a su servicio. Aún quedan en Porvenir espectadores de este hecho, entre ellos, el señor Marco Yukic hoy comerciante de fortuna y en aquel tiempo correo entre los distintos puntos de la Isla. Gutiérrez -dice el señor Yukic- ordenó a la india que fuera a traer un poco de leña a un montón vecino de la casa; cuando se encontraba 10 metros distante, el asesino empuñó la carabina y disparó un tiro que, al dar en la cabeza, hirió de muerte a la indefensa india. Mi indignación -dice el señor Yukic- fue tan grande, que si no maté en el acto a aquel bandido, fue porque los demás compañeros me lo impidieron.

El instinto sanguinario se desarrolló en tal forma en Gutiérrez que, más tarde, no encontrando indios, se dedicó a la matanza de blancos. Así sucedió un día en que después de pedir y obtener albergue en casa de una familia inglesa radicada en pleno centro de Tierra del Fuego, logró engañar al padre de la familia y lo hizo salir de la habitación, momento que aprovechó para matar a la madre junto con sus cuatro hijos.

Afortunadamente, este peligroso asesino, murió bajo las balas de un comisario argentino, Sr. Gebar, a quien apodaban Mateo Chico.

Otro famoso bandolero fue un joven de unos 30 años de edad y de nacionalidad chilena. Llegó a la Isla huyendo de la policía argentina, que lo perseguía por el delito de asesinato. Después de sentar sus reales en Tierra del Fuego, se dedicó a la matanza de nativos. El olor a sangre humana acrecentó sus instintos criminales y sólo miró víctimas sin distinguir razas. Fue por esto que la autoridad argentina volvió a alarmarse y a continuar su

persecución, jamás se le supo el nombre, únicamente se le distinguió con el apodo de «Cuatro Pasos».

Acorralado por la policía a la que secundaban algunos indios provistos de boleadoras, «Cuatro Pasos» retrocedió su caballo hasta el borde de un precipicio que, en plano vertical, desde una altura de cincuenta metros, se precipita en las profunda aguas de «Río Grande». Allí, en el mismo borde del barranco, se vio a «cuatro pasos» elevarse con su caballo en el vacío y sepultarse después, en las correntosas aguas del río. Todos le creyeron muerto y hecho pedazos; sin embargo, algunos meses más tarde, sucumbía bajo las balas de algunos policías que le sorprendieron en la Patagonia.

La sierra «Carmen Silva» fue testigo de innumerables matanzas. Ésos fueron los campos preferidos por Sam Islop quien, para economizar pólvora, se dedicó a matar hombres y degollar niños.

Otro cazador cuyo nombre silenciamos porque goza hoy día de cierta prestigiosa reputación en Tierra del Fuego, cansado tal vez de esta carnicería humana y ya en presencia del exterminio de la tribu, concluyó por adoptar un pequeño indiecito que todavía conserva en su poder.

Como dato ilustrativo creemos necesario manifestar que, posterior a estas matanzas, se creyó conveniente gratificar a uno de los buenos servidores, regalándole dos grandes lotes de terrenos. Estos lotes fueron vendidos por su propietario al señor Antonio Covacic. Otros dos lotes que la misma Compañía apartó de sus terrenos para repartirlos entre los colonos, después de haber sido solicitados sin fruto alguno por más de un centenar de personas necesitadas, fueron donados al mismo cazador de indios «en reconocimiento de los importantes servicios prestados a la Compañía».

En la misma sierra que acabamos de mencionar, existe una ancha depresión denominada el cañadón del muerto; en aquella depresión descansó una expedición compuesta por un chileno y un inglés que conducían un piño de nativos. Allí se quedaron dormidos estos dos expedicionarios y su sueño temporal pasó a transformarse en el sueño eterno; los indios les dieron muerte y huyeron a la selva. Actos como éste, hacían que recrudecieran las persecuciones y que las matanzas adquirieran mayor furor.

Antes de terminar vamos a narrar dos episodios que se relacionan con este capítulo y que nos fueron contados personalmente por un estanciero chileno que antes trabajó como ovejero en una de las estancias.

Al fondo de una quebrada, nos dijo, fue donde el famoso inglés Sam Islop, «cazador de indios fueguinos», encontró a los ocho nativos que habían dado muerte a un teniente de marina en los campos de Boquerón. Verlos y apuntarles fue cosa de un momento. Al primer disparo cayó un nativo dando grandes saltos y fuertes gritos, parecía un endemoniado.

Iba ya a hacer fuego sobre el segundo cuando uno de los acompañantes, que era chileno, se opuso. ¡Pobres indios indefensos! Las flechas con que respondían a este ataque brutal, iban a morir muy lejos de sus asesinos. Sam Islop quería concluir con todos. La

oposición de algunos puso término a este salvajismo inaudito y la vida de aquellos infelices fue por primera vez respetada. Amarrados como bestias feroces fueron llevados a Porvenir y desde allí embarcados hacia la Isla Dawson.

El otro se relaciona con las Compañías Ganaderas y es el siguiente:

El señor X. X. (permítasenos silenciar el nombre) figura prominente en la administración de una de las Sociedades y a cuyos esfuerzos se debe principalmente el brillante pie en que hoy día se mantiene esta institución ganadera, narra un episodio particular que se refiere al exterminio de los nativos. Según datos que hemos podido inquirir personalmente, fue este Administrador quien declaró que a él se le debía casi exclusivamente, haber limpiado la isla del elemento que hacía daño al ganado lanar. Por esta causa, agregan los informantes, los indios habían dictado sentencia de muerte contra el administrador.

Más tarde pude reforzar estas informaciones por la relación que me hizo uno de los estancieros de la isla, el señor A. Kuzmanic, quien lo supo de propia boca del señor X. X.; el episodio es el siguiente:

-Viajaba -dijo el Administrador- por uno de los caminos de la Isla, cuando fui repentinamente atacado por un indio oculto detrás de una alta roca junto a la cual debía forzosamente transitar. El ataque fue tan sorpresivo que apenas tuve tiempo de inclinar el cuerpo hacia atrás y el gran machete con que el indio dio el golpe, fue a incrustarse sobre la parte delantera de mi montura. Al ver fracasado el ataque, el asaltante se arrodilló sobre la misma piedra y cruzando los brazos sobre el pecho, imploró perdón.

No tuve más que preparar mi carabina y hacer blanco sobre ese infame que había pretendido ultimarme. Allí quedó tendido y agonizando el cuerpo ensangrentado de ese infeliz, que había querido asesinar a uno de los principales personajes dedicado a limpiar la isla de sus primitivos habitantes.

Un sinnúmero de hechos de esta naturaleza podríamos señalar en la presente relación. Sin embargo, en beneficio de la concisión, debemos prescindir de ellos.

Creemos, pues, con lo manifestado, haber llevado al ánimo de los lectores, la historia de los onas y la verdadera causa de tan sanguinario exterminio. Se nos preguntará, y con mucha lógica, ¿las autoridades no tenían conocimiento de estos hechos?, ¿qué hizo el Gobierno por impedirlos.

Dolorosamente debemos confesar que esta misma pregunta nos la hicimos personalmente y muchas veces durante el viaje por Tierra del Fuego y llegamos a la triste convicción, de que aquel asesinato era del dominio público y que nada se hizo por ponerle término. Las misiones salesianas fueron inspiradas por los propios misioneros, quienes apenas alcanzaron a recibir y cuidar los estertores agónicos de una raza que moría bajo el plomo del asesino.

Los incansables salesianos fueron los únicos que intentaron detener aquella ola destructora.

El paso de los misioneros ha dejado profundas huellas en aquel inmenso territorio, huellas que se traducen en cariño para el nativo y en esfuerzos por civilizar y conservar los restos de una raza que, con ímpetu asombroso, marchó a la historia.

Entristecidos pero no descorazonados ante el prematuro desaparecimiento del ella, los misioneros no omitieron sacrificios por legar al país una verdadera joya de informaciones, levantando en Punta Arenas, un monumento que encierra la *Historia Natural Patagónica y Fueguina*.

El Museo Regional «Mayorino Borgatello» exponente, del estudio y de la ciencia, no sólo está destinado a proporcionar al mundo civilizado el esfuerzo de aquél que lo concibió y de aquéllos que lograron formarlo, sino que él es la demostración más sincera de la vida, costumbres y capacidad del ona; tan dura y malamente tratado por tantos historiadores.

El ojo del visitante se asombra al contemplar las mil variedades de la flora y fauna Magallánica y Fueguina, y el mentís más poderoso surge de aquel científico conjunto, cuando se compara lo real con aquellas descripciones, muchas veces antojadizas y faltas de verdad, destinadas a quitar el valer verdadero de toda la riqueza que encierra el Territorio de Magallanes.

Antes de cerrar este capítulo y como un homenaje al nativo a quien hemos dedicado la última parte de este libro, séanos permitido estampar las cariñosas palabras del padre salesiano señor A. B., frases que encierran un monumento de compasión para el indio ona; el padre A. B. dice así:

«Allí se ve el desenvolvimiento progresivo desde el salvajismo a la civilización, en forma que resulta arbitraria la afirmación de Darwin, el cual sentenció que los indios de la Patagonia y Tierra del Fuego, eran los hombres más primitivos de la humanidad en su grado ínfimo.

¡No! La naturaleza que con estas tierras fue pródiga de riquezas, minerales y animales, no fue parca con el Rey del Universo.

Niños y niñas de la Misión de Dawson dejaron en el Museo Salesiano de Punta Arenas, un exponente magnífico de su espíritu en las cartitas candorosas como el perfume de la inocencia, en los cuadernos de tareas escolares y de música bien escritos y dispuestos como los de cualquier colegio fiscal, y en los tejidos de lana con que se adelantaron a los industriales del Territorio que sólo ahora empiezan a pensar en lavaderos y fábricas textiles.

¡Ah! Si esas reducciones del Capitán Bueno, como llamaban los indios a Monseñor Fagnano, no hubiesen prematuramente perecido, ¡qué de portentos de la civilización católica no hubieran revelado al mundo en este glorioso Centenario! .

Mas, por desgracia las razas indianas no pudieron subsistir ante la invasión arrolladora de quienes necesitaban el campo libre, o les infiltraron vicios degeneradores o les predispusieron a extinguirse con las hondas penas del alma de un pueblo domado y proscrito en su propio suelo.

Es verdad que la tuberculosis arrebató los aborígenes de Magallanes, pero es más verdad, también que le abrieron paso las nostalgias, el alcoholismo y la sífilis. Y es también muy verdad que para civilizarlos hubo de acorrallar -permítasenos la palabra - a los que estaban acostumbrados a viajar más libres que el aire, los guanacos y el caiquén.

Hoy, los pocos indios que restan, viven escondidos en los canales inclementes, mientras que los más, sólo han legado a la posteridad los objetos coleccionados en el Museo 'Mayorino Borgatello'».

Tal ha sido la verídica y triste historia del noble fueguino, termina el estudioso anciano de los catalejos.

Estimo -prosigue- que nuestro viaje a la Isla ha sido provechoso y muy bien recompensadas las penalidades del largo recorrido.

Se refiere al 4.º Centenario de Magallanes.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

